



LAURA  
KAESTNER

*Dos almas destinadas a estar juntas  
no pueden seguir su camino en soledad...*

POR TI  
*pagaría*  
las CONSE  
CUEN  
CIAS

LAURA KAESTNER

POR TI  
*pagaria*  
las CONSE  
CUEN  
CIAS

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

*Por ti pagaría las consecuencias*

© 2019, Laura Kaestner

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Imágenes de cubierta: ©CanStockPhoto Inc./misfire y /AmeKamura, ©Adobe Stock/loya\_ya y Freepik

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-987-783-183-2

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

# Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

*A mis hijos Eric y Alondra, con el deseo  
vehemente de que en su camino se cruce un amor  
que los contenga, los haga sentir completos y se  
atreva a pagar las consecuencias en busca de la  
felicidad.*

# Capítulo 1

**D**ixie contemplaba emocionada la fachada de la casa de campo de sus tíos Berk y Ariadna Tarik, situada en Francia, en Saint Cyprien, pueblo medieval del Périgord Negro, a orillas de la Dordoña.

Era impactante, irreal, casi mágica... tal y como la llevaba en su retina a pesar de tantos años transcurridos.

Estaba emocionada, pero a la vez ansiosa... temerosa del reencuentro, de la posibilidad de sentirse una extraña entre tanta opulencia; temerosa de lo que podía suceder cuando se vieran otra vez.

Hacía ya veinte años que había abandonado esa casa después de innumerables veranos para volver al Estados Unidos que la había visto nacer, pero el cual no recordaba en lo más mínimo. Su padre, diplomático inglés ahora retirado, había pasado la mayor parte de su vida en Londres donde regresó después del nacimiento de su hija. Su esposa había pedido expresamente que naciera en su país de origen al lado de su familia y él no se había negado.

Pero pronto volvieron a Inglaterra donde ella se crio entre Londres y Saint Cyprien, la campiña francesa donde vivían sus primos lejanos, hijos de un primo de su madre.

Cuando Dixie hubo cumplido los 15 años y después de abandonar su trabajo para el gobierno, su padre decidió instalarse en Estados Unidos donde tenía ofrecimientos laborales para dar clases en varias universidades, y hacia allí se dirigieron. Ese cambio provocó un alejamiento de la familia Tarik, con quienes prácticamente se había criado y, en especial de Ahmed, su primo favorito, su héroe, su amor imposible.

Desde ese día, Dixie no había vuelto a ver a Ahmed. Deniz, su prima, la había visitado esporádicamente durante las vacaciones, pero

a su primo no lo veía desde aquellas épocas en que eran conocidos en la casa de campo como «el trío terremoto». Con dolor había sufrido su ausencia y su evidente desprecio.

Ahora, después de tanto tiempo y de haberse consolidado como una de las veterinarias más reconocidas en Boston, catedrática de la Universidad de Tufts donde también trabajaba en el Hospital Veterinario, en la sección de equinos (especialidad que había elegido por el amor que sentía hacia los caballos desde la niñez y en recuerdo de las maravillosas vacaciones francesas), volvía a recorrer los prados y valles que tanto había amado.

Su interés estaba puesto en profundizar sus conocimientos acerca de los caballos de carrera y terminar la tesis de su master sobre inseminación de esta clase de equinos, aprovechando que en el laboratorio de vanguardia que pertenecía a la familia Tarik habían pedido postulantes para ocupar un nuevo cargo de veterinario y asistente de investigación y procreación. Y ella, debido a sus credenciales, recomendaciones y experiencia, había resultado la elegida.

Quería creer que el hecho de ser la prima del dueño no había influenciado para nada en la selección. Deniz le había dicho que no, que había sido el jefe de veterinarios de la empresa familiar quien se había hecho cargo de la exhaustiva elección, sin saber quién era ella en realidad. Y con toda seguridad era así porque dudaba que Ahmed la hubiera elegido, no después de haber dejado en claro que no quería saber nada de ella... nunca más...

Pero estaba otra vez en los dominios de la familia Tarik, una de las más ricas y poderosas de Francia, dueños de cientos de hectáreas cubiertas por césped esmeralda, surcadas por ríos maravillosos y flores multicolores. El lugar era mágico, especialmente creado para extasiar. Una casa de campo tranquila y alejada del ruido. Había llanos con lagos y un pequeño arroyo corría por el sur entre las rocas formando una cascada al desembocar en las tierras del señor Jenton, vecino de sus tíos.

Poseían también un castillo pequeño donde funcionaban los viñedos de la familia y un pequeño *chateau* devenido en hotel del cual se hacía cargo su tía Ariadna, ayudada por Deniz.

Ahmed poseía un extenso haras de gran prestigio, el *Arc En Ciel*, de donde habían salido premiados muchos caballos de carrera y donde había también un club de campo. Allí realizaría su especialización Dixie, ya que funcionaba uno de los mejores laboratorios de inseminación del mundo, galardonado en infinidad de oportunidades.

Dixie y Deniz tenían la misma edad, 35 años. Ahmed, 38. Y ya no eran los adolescentes del trío que revolucionaba la casa campestre día y noche.

Dixie recordaba a su prima como una muchacha alegre, vital y dueña de unos inconfundibles ojos color verde esmeralda, igual que el césped de sus prados. Su cabello oscuro (heredado de la familia turca de su padre) caía en ondas sobre sus hombros. Después de completar sus estudios de Administración de Empresas, comenzó a trabajar al lado de su padre en los viñedos que circundaban las tierras de la casa principal, actividad que se había vuelto muy redituable. En esos momentos tenía varios de sus vinos premiados en importantes concursos internacionales y había ampliado el mercado hacia América Latina y Estados Unidos.

Cuando su madre se hizo cargo del *petit hotel*, el *Chateau*, le pidió colaboración allí también. Por lo tanto, estaba bastante ocupada.

Dixie y Deniz siempre se habían llevado muy bien y eran buenas amigas. Por sus cartas primero y mails después, sabía que Deniz se había divorciado de un joven emparentado con la realeza holandesa, un amigo de su hermano, un playboy que le había roto el corazón con sus traiciones, pero le había dado una hija maravillosa, Damla, la luz de sus ojos.

Le había comentado también que estaba de novia con Jeff, hijo de su vecino Dan Jenton, pero que no lo amaba, aunque él estaba loco por ella.

Cuando el automóvil en que viajaba se detuvo frente a la entrada principal la invadió una leve melancolía. ¡No iba a esperar que después de veinte años él estuviera sentado allí esperando por ella como solía hacer todos los veranos! Imposible.

Sin embargo, sí la esperaban los brazos de Deniz, entusiasmados y afectuosos.



Los cautivantes ojos color topacio de Dixie se llenaron de lágrimas que pugnaban por salir, lágrimas que supo retener. ¡Tantos años separadas! Su cabello castaño claro con vetas doradas se agitó sobre sus brazos cuando se alejó de su prima para verla mejor:

—¡Cielos, estás más vieja! —exclamó Dixie fingiendo sorpresa y sin dejar de reír ni abrazarla.

—¿Y tú? ¿Acaso crees que te ves mejor que yo? ¡Hasta arrugas tienes al lado de los ojos! —bromeó Deniz en el mismo tono burlón—. Pasa, no podía esperar un segundo más para verte. ¡Estaba casi histérica! —dijo mientras caminaban juntas hacia la mansión principal.

Quien las viera entrar pensaría en lo mucho que se parecían y estaría en lo cierto, pero al mismo tiempo eran polos opuestos. El carácter de Deniz era indefinido y su estado de ánimo cambiaba infinidad de veces durante el día. Aunque tenía un gran corazón podía convertirse en la persona más cínica e hiriente del mundo, pero con un gran sentido de la justicia. Por su lado, Dixie era tempestuosa cuando el momento lo ameritaba, y toda calma cuando la tormenta asolaba. Era encantadora y divertida, profesional y de decisiones rápidas. Y siempre había apoyado con uñas y dientes a su queridísima prima en cualquiera de sus disparatadas ideas. ¡Cualquiera!

Con Ahmed las cosas no eran tan simples.

Era un apuesto muchacho (por lo menos así perfilaba la última vez que lo había visto) de cabello oscuro, levemente ondeado, y ojos color avellana, miel si el día era soleado, oscuros si la tempestad azotaba. Su carácter era jovial y participaba en cualquier salida o idea que ellas tuvieran y a la hora de enfrentarse con el reto o la llamada de atención, era el primero en dar la cara y echarse la culpa de todo con tal de hacerles a ellas el castigo un poco menos fuerte.

¡Era el perfecto caballero! ¡El príncipe azul que las defendía a capa y espada!

¡Ojalá siguiera siendo simplemente Med!

En lo más íntimo de su corazón, ella deseaba que su adorado primo fuera el mismo joven arrebatado que tanto amaba, pero veinte años era mucho tiempo y la gente... cambiaba, más aún después de su hiriente carta... esa que le rompiera el corazón tantos años atrás.

Sabía por su prima que no trabajaba con su padre desde hacía tiempo, aunque siempre estaba atento a las finanzas de las empresas familiares. Se había vuelto taciturno y serio, la antítesis de lo que Dixie era. Y nunca había intentado ponerse en contacto con ella... nunca en veinte años...

Había cumplido su promesa.

«*Si te marchas, no volverás a saber de mí*».

Se lo había dicho con rabia, con dolor, con lágrimas en los ojos, arrastrando cada una de las palabras.

¡No había entendido que cuando se tienen apenas 15 años no se es dueño de su destino!

Deniz le mostró su antigua habitación, aquella en la que se había refugiado tantos veranos atrás. Todo estaba igual que siempre: los cortinados azules, la inmensa cama (la misma que tantas noches de pequeña le pareciera tan grande), los ventanales que daban al jardín trasero y a la hermosa campiña, el espejo de cuerpo entero que la viera crecer y dejar atrás zapatillas y jeans que cada vez se hacían más ajustados. La ventana ahora daba a una terraza con pisos de madera y modernos sillones, desde la cual se apreciaba el lago principal de la propiedad.

¡Todo era perfecto!

¡Todo estaba igual!

Hasta las mismas flores del jardín que su tía Ariadna cuidaba con tanto esmero perfumaban el recinto: ¡las rosas!

Deniz y Dixie se tiraron en la cama riendo...

—Esta noche te quedas aquí así no te sientes tan sola —le dijo su prima—. Y mañana ocuparás la cabaña de huéspedes.

Dixie se extrañó.

—¿Ahora soy considerada un huésped?

—Ay, no, tontaaaaaa —se rio Deniz—. Pero vas a estar algunos meses aquí y la cabaña te dará más privacidad —aclaró guiñándole un ojo—. Además casi nadie de la familia ocupa esta casa. Mamá en general se queda en el *Chateau*, papá prácticamente vive en París y Ahmed suele hacerlo en la casa del club. A veces viene a su cabaña, pero muy poco, creo que hace meses que no pisa estas tierras —le aseguró frunciendo el ceño—. Damla y yo repartimos el tiempo en

forma arbitraria: si me requieren en el *Chateau*, me quedo allá. En época de escuela, prefiero que la niña esté aquí. En verano... hace lo que quiere: se queda con mis padres, con Med, con su nana... ¡Todo le viene bien!

—No hay problema —dijo ella con un dejo de decepción que trató que pasara desapercibido.

—Pero puedes preguntarle a Med si no será más cómodo que te quedes tú también en el club.

—Veremos —dijo Dixie, sonriendo.

—¿Recuerdas cuando veníamos corriendo hasta esta habitación y nos arrojábamos a tu cama riendo, igual que ahora? —le preguntó su prima, apoyando el codo en el colchón.

—¡Lo hacíamos siempre que escondíamos algo de Med y él comenzaba a preguntar a todos si lo habían visto y nosotras escapábamos para no reírnos delante de él y descubrirnos! —recordó Dixie sin poder parar de reír, estirada en su cama.

—Pero siempre nos descubría y abría la puerta de golpe, asustándonos —agregó Deniz—. Y ahí nos poníamos a gritar...

—Y nos corría por el cuarto, hasta que tú te encerrabas en mi baño y me dejabas afuera —se quejó ella con un mohín.

—¡Como si te molestara quedarte a solas con él! —exclamó su prima con ironía—. Era evidente que entre ustedes dos había algo especial. Algo que no me incluía —e hizo una pausa—. Siempre creí que terminarías casada con mi hermano.

—Ya ves que no. No me he casado ni con él ni con nadie —agregó Dixie con rapidez.

—Ya ves que él tampoco. No se ha casado ni contigo ni con nadie —acotó Deniz con una mueca. Por un momento Dixie se acordó de aquellos momentos junto a Ahmed y de su olvidada presencia. Deniz notó una veta de tristeza en sus ojos—. ¿Ocurre algo? De pronto te pusiste seria.

—Nada, no pasa nada —se apresuró a responder ella mientras se ponía de pie.

—Cuéntame cómo es tu vida en Boston.

—Vivo cerca del campus de la Universidad, en un amplio departamento y trabajo mucho. Pero mucho literalmente. No sólo en

la universidad dando cátedra y en el Hospital del lugar sino también como consultora externa en casos judiciales y para algunos haras importantes. Te sorprendería saber lo bien que pagan las empresas privadas, aunque prefiero mi hospital veterinario y mis alumnos.

—¡Wow, wow, wow! —exclamó exagerando la mujer—. ¡Inteligente, hermosa, talentosa, solicitada y rica! —y las dos rieron una vez más—. ¿Qué dicen tus padres de que te hayas mudado a Boston? Podrías haber buscado un trabajo en Florida.

—Cuando les dije que quería estudiar veterinaria, se barajó la posibilidad de hacerlo en Florida —le explicó Dixie—. Pero las opciones que me brindaba Tufts eran muy superiores. Así que no les quedó otra que aceptar porque fui criada como un espíritu libre y así soy.

—¡Para tristeza de tus padres!

—¡Y para mi satisfacción! —le contestó ella sonriendo—. ¿Qué me cuentas de la relación que dices tener con el hijo del vecino?

—Jeff y yo salimos desde hace varios meses —dijo Deniz, sentándose en la cama—. Desde que William y yo nos divorciamos, he estado demasiado sola.

—Me acuerdo de Jeff, por Dios —dijo Dixie con desagrado—. ¡Él no es para ti!

—¿Por qué no?

—Porque tú necesitas un hombre que lleve las riendas de la relación, alguien con mucha personalidad, no un muñeco bonito como siempre fue Jeff Jenton.

Deniz no quiso decirle que estaba locamente enamorada de uno de los mejores amigos de su hermano que ni siquiera la miraba ni registraba su presencia en la empresa. Calló.

—¡Tú casi no conoces a Jeff! —exclamó su prima asombrada por su vehemencia.

—Lo que recuerdo de él me alcanza para formarme una visión más o menos exacta de su persona —le contestó ella con desagrado—. Además, no pareces una mujer enamorada, ni cuando hablas de él ni cuando me escribes por mail. Y en uno de tus mails mencionaste la palabra matrimonio —se horrorizó ella—. ¿Vas a decirme que no lo amas locamente, pero piensas casarte con él? —le preguntó ella,

asombrada—. ¿Y tu hija? ¿Has pensado en ella? ¿Crees que le gustará tener un padrastro?

—¡Miras demasiadas películas románticas! —exclamó Deniz dejándose caer sobre los almohadones, muerta de risa—. ¡Las cosas en la realidad no son como en la televisión!

—¿Me estás llamando tonta? —indagó ella enfadándose, arrojándole uno de los almohadones—. ¡Sé que no todo es color de rosa, pero yo jamás hablaría de casamiento con alguien a quien no amara con todo el corazón!

Jane la miró en silencio y se asombró de la vehemencia de sus palabras.

—Es verdad —dijo Deniz poniéndose seria. Y agregó—: Si mal no recuerdo la última vez que viajé a verte estabas de novia con un joven que estudiaba lo mismo que tú, ¿no? ¿Siguen juntos?

Dixie bajó la mirada.

*Touché.*

—Vivimos juntos desde el año pasado.

—Ahhh, ok, lo están intentando —comentó Deniz.

—¿Intentando qué? No te entiendo —dijo ella, confundida.

—Intentando ver qué pasa. Dijiste que no te casarías si no amaras con todo el corazón y es evidente que no lo amas de esa manera... ¿no? —la apuró Deniz con una media sonrisa.

Sabía que Dixie era una persona de sentimientos poderosos, alguien con una vorágine en el cuerpo, pero temía que el dolor y el sufrimiento por un desengaño pudieran tocarla con la misma intensidad. Y también temía que ese «amor» que ella suponía que había surgido en la adolescencia entre su hermano y su prima siguiera dándole vuelta a los dos, como ella sabía que pasaba con Ahmed, aunque él no lo aceptara ni quisiera escuchar saber nada de ella.

Porque su hermano del alma, el más sensible entre los sensibles, se había convertido en una estatua de piedra desde que ella se había marchado para no regresar.

Y por más que él lo negara desde siempre, ella sabía que la partida de su prima había causado un gran dolor en el corazón del hombre. El mismo dolor que impedía que encontrara una mujer que lo hiciera

feliz. O, mejor dicho, que él le permitiera hacerlo feliz.

—Dexter es un hombre maravilloso, un gran compañero —dijo Dixie, intentando encontrar palabras que dejaran contenta a su prima sin faltar a la verdad—. Pero Jeff, vamos... No es el hombre que hubiera imaginado para ti, sobre todo después del matrimonio que tuviste. Deberías buscar alguien que te fascine, que te halague, que...

—Dix, en la vida real, a veces las cosas no se dan como uno las imagina. Tú tampoco has escrito en tus mails cosas maravillosas acerca de Dexter. Ni se te iluminan los ojos cuando hablas de él —le dijo con voz suave, pero con un dejo de reproche—. Si bien no amo a Jeff locamente, él me agrada, nos llevamos bien y sería una unión muy conveniente para las dos familias —aclaró casi al descuido, tratando de verse más convencida de lo que se sentía—. Me siento bien a su lado, me colma de atenciones y en cierta forma me atrae. Damla lo aprecia, se llevan bien. ¿Tú te has enamorado alguna vez? —le preguntó su prima con curiosidad.

—Nada más allá de un cosquilleo infantil —dijo al pasar, pero su prima supo que hablaba de Ahmed—. Tampoco me siento como creo que debería sentirme estando enamorada —le confesó ella casi en un susurro.

—Es decir que vives con un hombre que no amas —se quejó Deniz—. Entonces no puedes decir nada al respecto.

—Yo no dije que no amo a Dexter. Sólo que no es esa clase de amor arrebatado, posesivo, estimulante... sino más bien calmo.

—Casi como lo que me sucede con Jeff —dijo Deniz, pero al ver los gestos que su prima hacía con los ojos, agregó—: Dejemos ese tema de lado por ahora. ¡Hablas igual que Med! —se quejó. Ante la sola mención de su nombre, ella bajó la mirada con dolor. Su prima notó ese pequeño cambio—. ¡Es la segunda vez que sale el nombre de mi hermano en la conversación y tú te callas abruptamente!

Dixie se puso de pie y recorrió la habitación lentamente deteniéndose frente al gran ventanal y saliendo a la terraza.

—¡Siempre me gustó la vista desde aquí! —exclamó Dixie mirando el lago cuando sintió la presencia de su prima a su lado. Deniz la obligó a voltearse.

—¡Basta ya de evasiones! ¡Es la segunda vez que te hago la misma

pregunta y no respondes! ¿Somos amigas o no?

—Sí, por supuesto.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que te ocurre? ¡Te noto rara desde que te recibí en la puerta! Parece como si fueras una extraña en este lugar, cuando es como tu casa.

Dixie pensó que sería una tontería confesarle lo mal que se sentía por no haber visto a Ahmed esperándola como solía hacerlo antes, una fantasía que sabía que nunca se hubiera cumplido.

—Cada vez que mencionas a tu hermano me corre frío por el cuerpo... No volvimos a hablar ni a vernos, solo hubo una carta horrible que respondí con otra más horrible aún. Pero vuelvo a este lugar que me trae tantos recuerdos y es imposible que mis ojos no lo busquen esperándome en la puerta, como solía hacer.

—Y por eso cada vez que lo menciono te pones mal —entendió la mujer—. Med está trabajando, Dix. A pesar de todo lo pasado, seguramente aquello que se dijeron ha quedado atrás.

Mintió.

Ni siquiera sabía si su hermano estaba enterado de la llegada de la mujer que le había quitado el sueño durante tanto tiempo. Tampoco le había comentado que la veterinaria que esperaban para trabajar con sus caballos era justamente su prima, en especial sabiendo que él no se había ocupado de seleccionarla.

No se hacía mención de su nombre en esa casa o frente a Ahmed desde hacía muchos años.

—¡Ya lo sé! —minimizó Dixie—. El mejor recuerdo que tengo de este lugar son aquellos brazos estrechándome fuerte y sus ojos metiéndose en los míos —le confesó su prima con dulzura—. Y luego repetía esa broma año tras año y ambos reíamos...

Deniz la miró extrañada. Jamás supo que su hermano hiciera eso de la forma en que ella lo explicaba. ¿Sería así y no lo había notado o Dixie imaginaba todo lo que le estaba contando? Sufriría cuando se enterara de que su hermano pocas veces dormía en esa casa, estaba comprometido desde hacía un año con la hija de un socio de su padre y se había convertido en una persona bastante dura.

¡Y aburrida!

¡Demasiado por momentos!

Además de que no había querido tener noticias de ella nunca.  
Nunca.

—¡Dix, algunas cosas no van a volver a ser como eran antes! Med está de novio desde hace tiempo y no creo que vayamos a verlo con demasiada frecuencia. Sus caballos, el club de paseo y la insoportable de Cloé lo tienen absorto.

Dixie no se sorprendió ante la noticia. Creía que lo iba a encontrar casado.

Lo hubiera preferido antes que «comprometido». Al menos casado hubiera quedado afuera de sus pensamientos.

No como ahora.

No de esta forma en que lo sentía disponible.

No quiso preguntarse por qué, pero supo que en parte esa posesión que no podía dejar de sentir se había resquebrajado.

Su prima volvió a repetirle lo feliz que estaba con su regreso y la dejó sola para que pudiera descansar, tomar un baño y cambiarse. Le dijo que la esperaba para llevarla hasta el Haras de Ahmed, *Arc En Ciel*, que quedaba de camino hacia el *chateau* y los viñedos, a donde ella debía ir a trabajar porque los viernes eran días movidos en el hotel y su madre se ponía como loca si no estaba allí.

Dixie se lo agradeció y cuando Deniz se hubo marchado una lágrima rebelde se escapó de sus ojos. De pronto se sintió muy fuera de lugar, como si ya no perteneciera a ese mundo. O tal vez había idealizado los recuerdos de su infancia, dándoles una magnitud que, a su edad hoy, no tenían...

En su momento había significado todo para ella: ese lugar, esa terraza, esas cabalgatas y él...

Y, quitando la casa, hoy no había nada de eso.

Tal vez se sentía desubicada porque se veía desprotegida, tan lejos de su familia y de sus cosas. A pesar de su padre y sus hirientes comentarios acerca de la familia Tarik, había pasado toda su vida deseando regresar a esa casa, volver al mágico lugar de sus sueños, a esos ojos color avellana que la habían enamorado, y ahora se encontraba con que todo había cambiado tanto que ya no sabía si quería quedarse allí o no.

Dexter la estaría esperando cuando regresara a su hogar. El



departamento que habían elegido juntos. La Universidad. El Hospital. Las convenciones...

Su mundo.

Su vida real.

El hombre que la amaba sin exigencias.

Lo que la unía a él no era una relación afectiva fuerte, pero se estaba acostumbrando a contar con su presencia y su opinión en todo. La convivencia era sencilla: él no estaba casi nunca, ella tampoco. Él era tranquilo, reposado. Ella había aprendido a temperar sus ánimos. Se complementaban. Y a pesar de que sabía que no estaba enamorándose de él, se sentía muy cómoda a su lado.

Confortable.

Pero ella... no lo amaba.

No con el ímpetu, las ganas, la fiereza y la pasión que recordaba haber sentido en su adolescencia por ese hombre que hoy no había estado allí para recibirla.

No de la forma en que había amado y se había dejado amar por Ahmed veinte años atrás...

Un hombre que no había querido entender su partida.

Un hombre que le había escrito cosas hirientes con las mismas manos que la había acariciado.

Dixie sacudió la cabeza queriendo alejar esos pensamientos de su mente y buscó un jean ajustado blanco y una camisa de jean ceñida con una musculosa celeste básica algo escotada. Tomó sus bucaneras de gamuza color habano, tan monas y divertidas, con cordones cruzados y largos flecos arriba y sonriendo entró en el baño para ducharse...

Debía relajarse un poco y dejarse embeber por los aromas conocidos y amados.

Lo demás vendría luego...

\*\*\*

El hombre descendió de su caballo casi antes de que el

semental se detuviera y se le notó el gesto de preocupación. Sus empleados intentaban contener un par de alazanes ariscos que se mostraban nerviosos y altivos.

—¿Dónde está Sarket? —preguntó con voz autoritaria, acomodando su sombrero.

—Lo llamaron de los establos del *chateau*. Hubo un problema con Whiskery —respondió uno de los peones.

La mirada del hombre lo atravesó.

—¿Qué problema?

—No sé, no alcancé a escuchar, *patrón* —respondió con nervios, mezclando el francés con el español materno.

—¿Por qué no se ocupó Gerard del caballo? Whiskery es el potrillo más valioso del establo en este momento —farfulló mientras tranquilizaba a uno de los bravos corceles—. Justamente lo separé del resto de los caballos que criamos y lo mandé al *chateau* para que no hubiera ningún problema. ¡Y ahora me dices que algo sucedió!

—Eso dijo el capataz cuando llamó.

—¿Dónde está el veterinario en jefe? ¡Fortuna le pago para que tenga que hacerse cargo de mi semental alguien que no está capacitado para ello, por más buena voluntad que ponga! —exclamó Ahmed, fastidiado. ¡Menos mal que estaba por llegar un nuevo veterinario porque no podían con tanto trabajo en esa época!

—El doctor Rassant está atendiendo el parto de Alison, también en el *chateau* —respondió el otro hombre—. Al parecer viene complicado y adelantado y empezó en el camino hacia la llanura.

—Le dije que esa yegua ya no tenía que salir a pastar. ¡Hablo con las paredes! —se quejó el dueño mientras entregaba el segundo caballo, milagrosamente calmo.

Desde niño, Ahmed Tarik siempre había logrado eso en los caballos... paz y seguridad.

Ante él no había ninguno que se doblegara.

No había nadie que lo hiciera... casi nadie.

De carácter irascible y áspero, trataba a todos con respeto, pero en

forma altanera. Era un hombre cautivador y dolorosamente apuesto. Su tez algo oscura y sus vivaces ojos almendrados delataban su ascendencia francesa y turca. Su cabello era oscuro, casi negro, lo llevaba corto y prolijo, y su porte y modales denotaban elegancia y refinamiento y lo hacían aún más atractivo, si eso era posible.

—Estos caballos no están preparados para ser montados por turistas —dijo Ahmed frunciendo el ceño—. Van a tener que seguir trabajando con ellos. Por suerte no hemos tenido ningún accidente — y mirando a su asistente, agregó—: Aimeé, obsequia a la pareja que los alquiló con una noche gratis en el hotel del club. ¡Evitemos inconvenientes!

La joven pelirroja y poco agraciada asintió con eficiencia.

Volvió a montar a su bayo negro, Waterfall, y antes de salir a todo galope gritó a la joven...

—Voy hasta el *chateau* a ver qué sucedió con Whiskery. Estaré en los establos.

—¿Por qué no se lleva la camioneta que...?

Y ella no tuvo tiempo de decir más nada porque él ya había desaparecido, en forma veloz.

\*\*\*

Deniz golpeó su puerta con los nudillos y esperó a que su prima le diera la orden de pasar. Nuevamente se maravilló del cambio que se había producido en ella en todos esos años. Estaba mucho más hermosa, adulta, con un brillo especial en esos ojos que decían tanto. ¡Y ese cuerpo escultural!

La miró acomodarse un pañuelo beige al cuello y tomar su bolso mientras se ponía los anteojos de sol y se acomodaba el cabello.

—¿Lista? —preguntó Deniz sonriendo. Dixie asintió—. Pasaremos primero por el *chateau* porque mi madre me acaba de avisar que está demorada en el centro del pueblo y una delegación llegará a

hospedarse por la tarde. Debo confirmar que todo está perfecto —se quejó revoleando los ojos—. Luego te llevaré al club.

—No hay problema.

—¡Había olvidado lo bien que te sentaban los jeans blancos! Siempre fuiste mi envidia. ¡Y qué botas fabulosas! —exclamó su prima mientras bajaban la larga escalera.

El trayecto era corto y lo hicieron entre risas y recuerdos del paisaje y de las correrías infantiles. Dixie no tuvo tiempo de entristecerse melancólicamente porque enseguida se vieron envueltas en la vorágine del establo y los problemas del potrillo semental.

Deniz y Dixie bajaron a toda prisa al escuchar el jaleo y Niz distinguió enseguida a la mano derecha de su hermano.

—¡Sarket! —gritó haciéndole señas con la mano, volviendo a sentir un cosquilleo en el cuerpo al sentirse observada por el hombre, actitud que casi nunca percibía.

Era atlético, desenvuelto y alto. Se les acercó y, sin prestarle atención a Dixie, besó a su prima en la mejilla.

—¿Qué sucede? —preguntó Niz, tratando de evitar que no se le notara el nerviosismo luego del inofensivo beso.

—Es Whiskery. Intentó escapar otra vez y se lastimó una de las patas —protestó el hombre—. ¡Tu hermano va a poner el grito en el cielo! Les dije que subir las cercas no iba a detenerlo y no me escucharon. ¡Ese semental sólo trae problemas! Saltó al escuchar a Alison.

—¿Qué le sucede a ella? ¡No puede ser que esté de parto ya! —exclamó Deniz con extrañeza.

—Pues sí. Y según el doc puede venir complicada la cosa. Yegua primeriza y muy nerviosa —respondió con una mueca y deteniéndose en Dixie, se quitó el sombrero para saludarla, mirándola con respeto—. Perdone la falta de modales. Buenas tardes.

Ella asintió con la cabeza y le habló a su prima...

—Niz, ¿quieres que mire el caballo?

Sarket respingó. ¿Quién era la beldad que con tanta seguridad se ofrecía a revisar al padrillo herido?

—Sí, sí, claro —dijo Deniz con rapidez—. ¡Quién mejor que tú!

—Momento —las detuvo el hombre—. Nadie tiene permitido tocar

los caballos del haras a excepción de Gerard.

—Sark, ella es...

—Soy veterinaria matriculada, especializada en equinos, específicamente de carrera —completó Dixie con firmeza—. Sin agregar que soy la nueva veterinaria contratada. Creo que en este momento soy la única capacitada para resolver la situación —y miró hacia el semental—. No se calma, puede herirse aún más si sus hombres no lo controlan —aseguró. Sarket dudó y ella agregó—: Si quiere me pone en comunicación con el doctor Rassant y le doy un parte a él antes de tomar ninguna determinación.

Los ojos de la mujer, turquesa al sol, esperaron una respuesta que vino con el relinchar nervioso de Whiskery. Los flecos de sus botas bailotearon al compás de sus caderas mientras se acercaba al animal, infructuosamente detenido por tres peones del campo, que la miraron asustados al verla tan segura.

Sarket hablaba por teléfono con Gerard mientras Dixie revisaba al animal, dándole palmadas cariñosas en el lomo, susurrándole palabras inentendibles para los presentes pero que lograron lo que se proponía: que el corcel le permitiera revisar su pata herida.

Cuando Sarket le dio el celular, Dixie hizo un reporte detallado y eficiente de la laceración, preguntándole al profesional dónde podía encontrar los insumos para desinfectar y vendar al animal. Rápidamente le trajeron todo lo que pidió con órdenes claras. Obedecieron sin mediar protesta alguna. La belleza blonda y sensual sabía de lo que estaba hablando y se notaba su profesionalismo.

Dixie terminó de vendarlo en forma firme e impecable y rellenó la jeringa con el antibiótico que el veterinario le indicara por teléfono.

A la distancia se veía venir a toda prisa la figura recortada de un hombre y un caballo, negros ambos como la noche, una sola figura.

Nadie les prestó atención.

Alison relinchaba dolorida a lo lejos y cada tanto Whiskery respondía a su lamento. Los quejidos eran tristes e impedían una conversación fluida entre los presentes.

Ahmed se puso nervioso al ver a una desconocida manipular a su caballo y bajó de Waterfall cuando éste aún venía a la carrera, dejando por el piso su sombrero. Empujó a los hombres que la rodeaban y se

arrojó sobre la mujer agachada, a punto de inyectar al animal.

El cabello dorado le cubría la cara y estaba de espaldas. La tomó bruscamente del antebrazo derecho y la puso de pie de una sacudida, arrojando la jeringa a los lejos. La situación fue violenta y sorpresiva para todos, en especial para Dixie que estaba concentrada en las acciones que realizaba.

Se hizo un silencio profundo cuando Ahmed vociferó...

—¿Quién es esta maldita mujer y cómo le permiten medicar un caballo de mi establo? —gritó a sus hombres.

Aún la sostenía por el brazo cuando la giró para mirarla de frente. Le pareció que resplandecía con un inusitado atractivo que le fascinó. Sus mechones dorados centelleaban en una especie de halo protector. Sus ojos se habían tornado diáfananamente azules y desprendían un brillo misterioso; sus mejillas se habían encendido. Tenía un aspecto sensual, atrevido, apasionado, indómito, como si acabara de cometer un acto escandaloso... o como si estuviera a punto de cometerlo, al borde del pecado.

Lo descolocó.

El azul de los ojos, el cabello dorado, esa mirada desafiante... ¿Dónde había visto eso todo junto en una mujer alguna vez?

Ella estaba en medio de una nebulosa y necesitó pestañear varias veces para poder recuperar la visión. Temblorosa, se tocó la mano derecha que sangraba. Sentía como si toda una parte de su cabeza hubiera sido aplastada contra una sólida pared de ladrillos. Apenas era consciente de la sangre que goteaba de sus dedos y lo ignoró mientras enfrentaba al hombre con frío desprecio.

Era el hombre de expresión más malvada que había visto jamás. Se dijo que no estaba asustada; no, estaba demasiado furiosa para asustarse.

Dixie se mantuvo firme y sostuvo la mirada del sujeto largo rato antes de recobrar cierta compostura, pero luego comprendió que jamás lo lograría si seguía contemplándolo. Él tenía las facciones intensas y un oscuro color de piel. Debía tener 40 años, más o menos. El pelo corto, aunque sobre la frente le caía un rizo rebelde y las canas se vislumbraban en los costados. Su nariz era recta. Sus labios firmes, la boca curva de un buen humor rápido y fácil.

Pero en ese momento no sonreían.

Los ojos como miel, tras la barricada de cejas y pestañas gruesas, eran duros y predatorios, entornados como si fuera a golpearla.

Los gritos de Deniz sacaron a ambos del ensimismamiento de la primera impresión y los escupieron a la realidad.

—¡Med, por Dios! ¡Suelta a Dix! ¿No ves que la has lastimado? — vociferó su hermana acercándose a ellos.

¿Med?

¿Dix?

Se miraron una vez más.

No era posible.

No.

No era ella.

No era él.

¡No podía ser!

Deniz ordenó que alguien le alcanzara gasas y desinfectante mientras le quitaba el guante descartable para ver la herida provocada por la aguja que violentamente le había arrebatado Ahmed.

Un accidente.

Sarket se detuvo al lado de su amigo y se extrañó al verlo tan afectado por la situación: el sudor corría por su frente, la camisa afuera de los pantalones de montar oscuros, la respiración agitada y una mirada perdida en los ojos de la mujer recién llegada.

¿Quién había dicho Deniz que era?

Dix.

¿Había dicho Dix? Pero... ¿quién era Dix?

¡Dix!

¡Dixie!

¡Dixie Cabbot!

La tan nombrada y no nombrada en la familia.

La prima norteamericana, la exitosa profesional, la mujer que acosaba a su amigo desde las sombras del pasado.

¡Y era pre-cio-sa!

Deniz hablaba sin mirarlos, atendiendo a Dixie que no lograba que su boca articulara ni una palabra, ni un gracias, ni un estoy bien. No quería levantar la vista y volver a toparse con los ojos de Ahmed. No

quería mirar esa boca que tantas noches había poblado sus sueños, que aún recordaba sobre su cuerpo aquella tarde de tormenta...

—¡Eres bestial, Med! ¡Un desbordado! Dixie estaba atendiendo a Whiskery después de haber hablado con Gerard. ¡Fíjate la herida que le has provocado! —se quejó sin parar.

Cuando terminó, quedó en medio de los dos, que evitaban mirarse de manera obvia.

Uno de los peones volvió a darle a Dixie una jeringa y el medicamento y ella miró a Ahmed, buscando su aceptación. Él asintió en silencio y ella se agachó para inyectar al animal, con las manos poco firmes. Contó hasta cinco para tranquilizarse y completó el procedimiento. Giró con seguridad hacia los peones que sostenían a Whiskery y dio un par de indicaciones acerca de la limpieza y cuidado de la herida y se volteó hacia Deniz.

Antes de que cualquiera pudiera hablar, Sarket le entregó a Dixie su celular...

—Es el doctor Rassant.

Ella escuchó en silencio y, sin dejar el celular, preguntó en tono frío a su primo...

—Tu veterinario de cabecera me dice que te pregunte si puedo asistirlo en el parto de la yegua.

Ahmed estaba furioso, sorprendido y además avergonzado de la forma en que la había tratado y le respondió hablando por sobre su hombro mientras acariciaba a su caballo.

—Si no es problema para ti...

—Yo te llevo en la camioneta —le dijo Deniz y ambas caminaron hacia el vehículo.

Sarket guardó el celular en el bolsillo de su pantalón y miró a su mejor amigo con expectación.

—¿Qué? —lo encaró Ahmed, tosco.

—¿No sabías que ella venía?

—No.

—¿Hacia cuánto que no se veían? —indagó con sorpresa.

—Veinte años —respondió, parco.

—¡Es mucho tiempo!

—Es como si no hubiera pasado un solo día —susurró él mirando el



camino que había tomado Deniz—. Como si volviera a tener 18 años. ¡Mierda! ¡Es como si no hubiera vivido nada más desde la tarde en que la vi partir! —y exclamó con rabia—. ¡Mil veces mierda!

\*\*\*

Dixie se acercó al pastizal donde el doctor Rassant luchaba con la inquietud de la yegua, auxiliado por algunos peones. Tenía las manos ensangrentadas cubiertas con los guantes de látex, los mismos que ella recibió cuando se acercó.

Gerard la miró, encandilado.

Desde la armonía de su figura sensual hasta el cabello dorado, pasando por los ojos que lo conquistaron de inmediato y la sonrisa que se lo devoró como un profeso, todo en ella era subyugante.

Todos los que estaban presentes quedaron momentáneamente callados ante la presencia femenina, pero era evidente que el doctor había sido el más perjudicado.

Dixie notó la absorción del hombre y le repitió la pregunta:

—¿Doctor Rassant? Soy su nueva asistente.

—Hola —balbuceó él ensimismado y sin poder darle la mano, le sonrió—: ¡Bienvenida sea! —y mirando la venda en su mano, rio—: Ya me han comentado que tuvo un brusco encuentro con nuestro jefe. ¡Bonita forma de verlo por primera vez!

Ella también rio.

Él se subyugó más.

—Tranquilo. Mi primo siempre ha sido... vehemente —respondió ella alzando los hombros. Gerard no entendió bien sus palabras en un fluido francés americanizado y ella siguió hablando sin darle tiempo a registrar el peso de la información—. ¡Las noticias vuelan en este lugar! —exclamó con una mueca—. Veo que esta yegua hermosa ha decidido tener a su bebé en medio de los pastizales.

Alison protestó cuando Dixie la acarició para tomar confianza, pero

se calmó cuando ella le susurró palabras inentendibles para los demás.

—Así es —comentó Gerard—. Un pastizal de baja altura es una buena opción, sobre todo si el parto sucede en esta época del año en que no está lleno de lodo o nieve. Ya nos cercioramos de que no hubiera piedras, clavos viejos, zanjas o charcos de agua. Y arrojamos paja para tener una superficie suave.

—Es lo mejor ya que no se va a pegar al potro, ni se le meterá en sus fosas nasales ni se atorará en sus vías respiratorias y tampoco se la tragará la yegua cuando limpie al potro —agregó ella dejando en claro que estaba al tanto de las ventajas del lugar.

—Además, hay menor riesgo de infección y es un ambiente más natural en el que la yegua buscó privacidad y logró estar menos irritada y nerviosa —explicó el veterinario mirando a Ahmed, que acababa de llegar con Sarket y que de seguro se quejaría de que Alison no debía estar pastando sino en reposo esperando el parto.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó sin mirar a la mujer, pero habiendo notado la comodidad con la que se trataban los dos a pesar de que recién se conocían.

—Por ahora bien, pero sabes que las yeguas primerizas son impredecibles —respondió Gerard.

—Todas las yeguas lo son —acotó Med con sarcástico doble sentido—. Te dije que estuvieras atento porque hacía días que estaba inquieta —agregó con fastidio.

—Y yo te dije que le diéramos espacio. Era evidente que estaba buscando privacidad —se quejó el veterinario—. Ya le vendé la cola para que el potro no se ensuciara al salir. Sabes que Alison es por naturaleza nerviosa.

—¿Pudieron limpiarla? —aventuró a acotar Dixie sin mirar a su primo y sin dejar de acariciar al animal.

—Limpiamos las ubres, el vientre, las patas traseras y delanteras con agua tibia y clorhexidina para reducir el riesgo de que el potro se infecte —respondió Gerard.

—La noto mucho más nerviosa de lo habitual —dijo Deniz apesadumbrada. Alison era su yegua.

—Deberíamos darle más privacidad —dijo Gerard, levantándose y

alejando a todos del animal con una seña. Sólo se quedó Dixie a su lado—. Es mejor observarla en silencio desde donde no pueda oírnos ni vernos. Las yeguas se irritan con facilidad si hay personas merodeando y todos sabemos que Alison es especial.

—Pero ella se quedó a su lado —se quejó Sarket señalando a Dixie con la vista.

—Aunque parezca extraño, mi nueva asistente ha logrado establecer una conexión natural inmediata con Alison. Le habló al oído, casi en un susurro, y la yegua se calmó —explicó asombrado.

—Lo mismo hizo con Whiskery —agregó Sarket sorprendido—. Y ese potrillo endiablado y caprichoso se dejó curar por ella sin un corcoveo. ¡De no creer!

—Me hace acordar a ti —le dijo Deniz a Ahmed—. Tienen una rara habilidad para comunicarse con los caballos.

Pero su hermano no la escuchaba.

No podía quitar los ojos de encima de su prima.

La yegua yacía de lado, y se movía con las suaves contracciones. Dixie acariciaba su vientre, acuclillada, controlaba los latidos y no dejaba de susurrarle en forma inentendible.

Ahmed había presenciado muchos partos en su vida, pero estaba fascinado por la forma en que la mujer acompañaba al animal. Por momentos hasta lograba olvidarse de quién era.

—¡Saco amniótico! —avisó Dixie en voz alta y Gerard se apuró a acercarse—. Ya viene la cría.

—¿Falta mucho? —preguntó Deniz—. Med le dijo a Damla que le regalaría el potrillo y me gustaría que ella estuviera presente.

—El nacimiento del potro no se demorará mucho, de 5 a 30 minutos desde ahora —le respondió Dixie—. Si se demora más de 30 minutos en parir, necesitaremos asistirle de urgencia.

—¿Damla está en el *chateau*? —preguntó Sarket a la mujer. Deniz asintió—. Voy por ella.

Deniz se lo agradeció con la mirada.

—¿Por qué de urgencia? —indagó Deniz espantada.

—Porque a esas alturas, la yegua puja tan fuerte que podría matar a su cría o expulsar solo parte de esta por el útero —contestó Dixie sin dejar de asistir a Gerard en su control de la situación.

Ahmed continuaba en silencio. Veía a la mujer limpiarse el sudor de la cara con el antebrazo, cambiar los guantes descartables luego de recogerse el cabello con el pañuelo que llevaba al cuello, sin dejar en ningún momento de ser absolutamente sensual y provocativa.

El tiempo pasaba y la yegua, al igual que todos los que estaban alrededor, comenzaba a impacientarse.

Gerard miró a Dixie sin decir nada.

Ella habló.

—¿Distocia?

—Es eso o podría ser demasiado grande para pasar por el canal de parto con facilidad —respondió el hombre.

—Vamos a ponerla de pie —ordenó ella, con la tranquilidad que le daba la experiencia, sin darse cuenta de que pasaba por encima de la autoridad del médico a cargo.

Levantaron a la yegua entre todos, dándole palmadas en las grupas para animarla a ponerse de pie y colocarle un cabestro. No importaba si era un problema simple de fácil solución o uno más grave, pero debían tratar de corregirlo porque los partos de mala posición más graves tenían como resultado la muerte del potro.

Dixie pidió a un peón que la asistiera para lavarse las manos. Se calzó guantes nuevos y los lubricó.

Gerard observó su prolijidad y eficiencia y decidió no intervenir. Era obvio que la mujer sabía lo que hacía.

En ese momento, él pasó a ser su asistente.

Dixie metió la mano en la vagina de la yegua para determinar en qué posición de parto estaba el potro.

—No hay patas dobladas ni tiene la cabeza volteada, gracias a Dios —dijo como dando un informe.

Ahmed notó a su hermana nerviosa y le susurró...

—Eso es bueno porque si tiene la cabeza volteada, el potro muere cuando nace.

Deniz contuvo el aliento.

—Tampoco está rotado transversalmente —dijo ella aliviando el gesto—. Viene al revés y debemos darnos prisa.

Gerard dio indicaciones a los peones y comentó algo en voz baja con Dixie, quien asintió. Damla llegó y se abrazó a su mamá,

maravillada de poder ver el nacimiento de su potrillo.

—¿Por qué deben darse prisa? —le preguntó la niña a su tío, quién la tomó en sus brazos para que viera mejor.

—El potro debe nacer rápidamente porque viene al revés de lo normal y tiene que tratar de que no se sofoque ni inhale ninguno de los fluidos de alrededor antes de que haya salido por completo —susurró él, asombrándose de la forma en que la suciedad en sus ropas y cabello le pasaran inadvertidas a la mujer que tan impecablemente había llegado.

Las órdenes de Gerard a sus peones se oyeron claras a pesar de la distancia.

—Necesitamos dos personas para que sujeten a la Alison y otras dos para que nos ayuden a Dixie y a mí a jalar al potro.

¿Ya le decía Dixie? ¿Desde cuándo la familiaridad?

Ahmed se incomodó.

Se vieron aparecer las patas traseras del potro que fueron recibidas con una exclamación ahogada por parte de Damla. Gerard le colocó cadenas obstétricas en las patas traseras, una un poco por encima del espolón y otra debajo de las articulaciones del jarrete y comenzaron a jalar con todas sus fuerzas en el momento en que la yegua hizo fuerza. No se detuvieron cuando la yegua lo hizo, exhausta, ya que debían sacar al potro lo antes posible para que naciera vivo.

Se oyó un respiro de alivio cuando vieron salir al potro y Dixie tomó control de la situación. ¡Debía hacerlo respirar lo antes posible! Sacó las mucosidades de su nariz con un bulbo de succión sosteniéndolo boca abajo por unos segundos para sacar los fluidos. Pero no funcionó.

Le pasó una rama de paja limpia por las fosas nasales y le dio unas palmadas en el costillar.

No reaccionaba. Los demás comenzaron a inquietarse.

—¿Por qué mi potrillo no se mueve, tío?

—Calma, acaba de nacer y no sabe respirar solo —respondió Ahmed, tratando de mantener la calma.

¿Por qué Gerard la dejaba a ella a cargo de la situación? No le perdonaría si la cría moría frente a los ojos de la niña por la inoperancia de la mujer.

Dixie lo colocó panza abajo, con la cabeza y el mentón en el suelo para permitir que los fluidos se escurrieran. Y se dio cuenta de que debería darle respiración artificial para que se recuperara. Puso las manos con firmeza en su hocico y nariz para luego darle respiración por una de sus fosas nasales de manera constante y con cuidado, dejando que el pecho se inflara y que luego se desinflara. Volvió a darle respiración, repitiendo el proceso varias veces, infinitas veces para los que estaban a la espera. Siguió unos dos minutos hasta que se dio cuenta de que podía respirar solo con normalidad.

Las sonrisas invadieron las bocas de todos, incluyendo la de ella, que se relajó y hasta tuvo que limpiarse las lágrimas con la camisa.

—¡Excelente trabajo! —se admiró Gerard mostrando su perfecta dentadura—. Yo no lo hubiera hecho mejor.

Ella agradeció con la cabeza e hizo un gran esfuerzo por no voltear a mirar donde estaban los otros.

Dejaron a la nueva mamá y a su cría solas. La yegua se mantendría acostada por unos 10 o 20 minutos para luego levantarse y comenzar la limpieza de su primera cría. Aquellos minutos de descanso eran la manera que tenía la naturaleza de asegurarse de que el potro recibiera el suministro de sangre completo de la placenta antes de que la yegua se levantara y rompiera el cordón umbilical.

Dixie se ocupó de controlar la placenta y determinar si estaba completa, para dar el parto por concluido.

Gerard se reunió con el grupo quienes lo felicitaron y hablaron casi al mismo tiempo.

—No hice nada esta vez —dijo sin aceptar los cumplidos—. Todo fue mérito de la nueva veterinaria.

¿La nueva veterinaria? ¿De qué estaba hablando?

Ahmed tragó con dificultad y se alejó para recibir una llamada que acababa de entrar a su celular. Mientras hablaba no dejaba de mirar insistentemente la forma en que se manejaba Dixie, revisando la placenta, guardando los insumos y organizando todo.

Estaba tranquila. No parecía que hubiera pasado por los mismos momentos de tensión que los demás.

Él se sentía sofocado.

No podía respirar con Dixie tan cerca.

Sus agudizados sentidos la percibían por completo. Escuchaba el ritmo alocado de su corazón, la sequedad de su boca y lo que era peor: podía paladear su deseo. Un deseo que seguía intacto a pesar del tiempo.

Eso lo estimulaba todavía más. Su entrepierna se tensó hasta un punto rayano en el dolor. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no acercarse a ella; para no enterrar los labios en su garganta e inhalar ese aroma dulce y cálido, esa fragancia peculiar que reconocería en cualquier parte.

Cuando cortó, la descubrió mirando a la madre y su hijo con embobada ternura, con la satisfacción de quien sabe que colaboró en ese milagro de la naturaleza.

Deniz lo vio mirarla, absorto, y se preguntó qué estaba pasando por la cabeza de su hermano en ese momento. Su mirada era dura pero conmovida, como si pudiera ver a la mujer con otros ojos.

Su celular sonó otra vez y lo vio alejarse para responder.

La niña tiró de su falda.

—¡Quiero ver a mi potrillo! —exigió con inocencia.

—Todavía no se puede, Damla —le explicó ella—. Tu potrillo y su mamá se están conociendo y deben estar juntos y solos durante un rato.

—Pero, mamá... —se quejó la niña.

—He dicho que más tarde —la interrumpió Deniz—. Pero podemos ir a merendar al *chateau* y en un rato nos acercamos a ver cómo están los dos, ¿te parece?

La niña asintió. En ese momento, Dixie se acercó a su prima, sonriendo.

—Esta niña preciosa debe ser Damla —dijo con dulzura.

—¿Tú eres la nueva veterinaria del club? —indagó la niña con curiosidad y sin dejar de mirarla.

—No —respondió Ahmed con brusquedad—. Sólo es la asistente del doctor Rassant. No va a trabajar en el club.

Dixie no lo miró.

Pero él devoró su cuerpo desprolijo, sucio de tierra, los pantalones manchados de sangre y placenta, la musculosa adherida al cuerpo, el cabello intentando escapar del improvisado atado con el pañuelo.

No se perdió detalle alguno de la mujer... respiración agitada, manos delicadas pero nerviosas, el balanceo sobre la pierna derecha, la boca fruncida, molesta.

—Pero, tío, deberías contratarla para siempre —dijo Damla en forma inocente—. ¡Salvó a mi potrillo! —y la miró con una sonrisa—. No sabía que se le podía hacer respiración artificial a un caballo.

—¡Increíble, ¿no?! —exclamó Dixie, maravillada con la miniatura de Deniz que tenía frente a ella, los mismos ojos verdes, las mismas ondas en el cabello, un poco más claro que el de la madre.

—¿Podrías enseñarme? —le preguntó manteniendo a los demás al margen de la conversación.

—Basta, Damla —la interrumpió Ahmed, fastidiado. ¡No iba a quitarle su lugar de preferencia frente a su sobrina! —La señorita tiene que asearse y estás haciendo demasiadas preguntas.

Dixie sintió que se abría el suelo a sus pies. ¡Definitivamente debía de verse mucho peor de lo que imaginaba si él lo había mencionado!

—Dix, vamos al *chateau* para que te asees y te doy ropa para cambiarte —le dijo Deniz—. De paso, merendamos.

—Si ya no me necesitan acá... —dudó ella mirando a Gerard que se había agregado al grupo.

—¡Claro que no! —exclamó el hombre con una sonrisa—. Acabas de llegar y ya te has puesto a trabajar. ¡Tomate el resto de la tarde!

Y Ahmed sintió que la rabia se apoderaba de su garganta. Debía controlarse...

—¿No se supone que ha venido a trabajar? —insistió él, sin mirarla—. Llega y ya le das el día libre.

—¡Ay, Med! —exclamó su hermana con cansancio—. Eres un pesado. ¿Por qué no vienes a merendar también?

Dudó.

Deseaba alejarse de ella lo más rápido posible. Pero también deseaba contemplarla un poco más.

—¿Yo también estoy invitado? —indagó Gerard riendo—. ¡Me merezco una buena merienda, aunque todo el trabajo pesado lo haya hecho mi nueva asistente!

Ah, no... No iba a dejarlo avanzar sobre ella de esa manera.

—Pongámonos en camino porque tengo una reunión más tarde —



dijo Ahmed caminando hacia Waterfall.

Las damas subieron a la camioneta mientras que el veterinario dijo que se acercaría al hotel ni bien se hubiera aseado. Damla no paraba de hacerle preguntas a Dixie, quien le contestaba con toda la paciencia del mundo.

Pero Deniz quería hablar con su prima a solas y saber qué sensaciones había despertado en ella el encuentro con su hermano... un encuentro desafortunado, brusco y tosco, pero el primer contacto entre los dos después de veinte años y tanto dolor.

Imposible.

Damla subió con ambas hasta la habitación de su madre y no las dejó solas hasta que Dixie entró a darse una ducha.

Agachó la cabeza para que el chorro de agua le diera de lleno en la nuca porque el dolor que sentía se estaba acentuando y apoyó la frente contra la pared, intentando recuperar el control de sus emociones.

Ahmed.

Hermoso, fuerte, dominante...

Tal como ella sabía que sería.

Un semental.

Se mordió el labio inferior, recordando la forma en que le sentaban los pantalones de montar, la camisa entreabierta dejando ver vellos oscuros en el pecho, los ojos ámbar estudiándola.

Lo recordó joven e inexperto.

Lo encontró maduro y prepotente.

¡Le fascinó el cambio! A pesar de la angustia que le cerraba la garganta, a pesar de la rabia acumulada por años, reconoció que la atracción persistía.

Pero no.

Los ojos del hombre le hablaron con desprecio, como si hubiera preferido que ella nunca regresara.

Cerró la mente y el corazón.

Arrojaría la llave lejos antes de volver a enamorarse de su primo... antes de dejarse seducir por ese hombre de mirada perversa y brazos fuertes, de actitudes temerarias y aliento mentolado, sediento de rabia y desazón...

El candado estaba puesto.  
Adiós, Ahmed.  
Adiós.

## Capítulo 2

**E**staban los tres sentados en una amplia mesa, conversando.

Damla absorbía a su tío hasta acaparar toda su atención, haciéndole preguntas acerca del club, los caballos, su potrillo y las vacaciones. Deniz trataba de contener el avance de la niña, pero la sabía impaciente y avasallante, un huracán. Tal como era ella de pequeña.

Y Ahmed, nervioso y a la espera de la llegada de Dixie, no le prestaba la suficiente atención y respondía con monosílabos, lo cual fastidiaba a Damla quien ponía mala cara.

Lucía impecable y seguro, hasta parecía relajado. ¡Qué bien interpretaba el papel de empresario dominante!

Pero por dentro... un torbellino de emociones, un tsunami, un volcán en erupción. Se había dicho a sí mismo que nunca más iba a mirarla, que el infierno por el que había pasado veinte años atrás jamás iba a formar parte de su mundo de hoy... que la había arrancado de su alma con la misma facilidad con la que ella había aceptado irse aquel verano... a pesar de las súplicas, de decirle que la amaba, de pararse con los brazos abiertos aferrados a la puerta de su habitación para evitar que se fuera...

Ella lo había abandonado.

Lo había dejado vacío.

Lo había convertido en el descreído que hoy era.

En ese hombre infeliz. Más allá de esa carta que le había escrito, enceguecido por las palabras de su madre. Más allá de la respuesta de ella, de su deseo de no volver a cruzarlo nunca más.

Pero al verla bajar las escaleras de la confitería del *chateau*, todas

las barreras que hubiera querido interponer se desmoronaron.

Quien la viera, tan etérea, tan sensual, tan exquisita jamás adivinaría el dolor que había causado esa mujer.

El vestido que traía en tonos de beige era corto, muy corto, descaradamente corto, y dejaba al descubierto sus largas piernas que seguían el compás cadencioso de los flecos de sus altas botas.

Quitaba el aliento.

Se había hecho dos trenzas sueltas, casi desprolijas, adorables. El volado del vestido ni siquiera llegaba a sus rodillas, y la delantera, festoneada y con botones pequeños, parecía que iba a explotar por el busto que también bailoteaba, al ritmo de sus caderas.

No era posible que alguien se viera tan bien con tan poca ropa, prestada para colmo, con el cabello despeinado y con maquillaje tan básico.

Deniz rio al verla llegar.

—Es increíble la diferencia entre tú y yo —le dijo con una sonrisa—. A mí ese vestido me hace ver como una campesina del pueblo. Y a ti, como una diosa sensual.

Dixie se sintió muy incómoda ante la mirada de Ahmed, silenciosa, escrutadora, imposible de dilucidar.

—Es muy corto —respondió casi sin sonreír—. Y algo ajustado al frente —dijo haciendo una mueca e intentando estirar el vestido por detrás—. Hubiera preferido ir por mi ropa. Esto me queda... estrecho.

—No, nada que ver. ¡Te queda genial! ¿O no, Ahmed? —lo apuró su hermana, mirándolo de soslayo.

—Es muy corto —afirmó él mirando hacia otra parte.

Dixie se quiso morir una vez más. ¡Otra crítica!

—Lo que sí lamento es que hayas destrozado unos jeans tan fabulosos como los que traías —se quejó Deniz—. Dejó tu ropa en la lavandería del *chateau* a ver si pueden hacer algo para recuperarla —le dijo su prima, guiñándole un ojo, enfundándole valor.

—Si no la recuperan, hazle un *voucher* para la tienda que te provee y que se compre todo nuevo —la interrumpió Ahmed en tono cortante—. Al fin de cuentas estaba en horas de trabajo.

¡Dixie se sintió morir! ¿Cómo podía ser tan odioso?

—No necesito que nadie me compre ropa —manifestó ella con

desagrado—. Hace tiempo que me proveo sola.

—Pues el vestido de mami te queda precioso, Dixie —le dijo Damla, feliz—. Y me encantan tus botas, te juro.

Dixie rió y sacudió la pierna con los flecos.

—Prometo que cuanto regrese a Boston te enviaré unas iguales —la niña le encantaba.

—Pero para eso falta mucho, ¿verdad? —indagó la pequeña, mirando a su tío. Había algo en él muy raro ese día. Como no contestaba, ella insistió—: Tío, no vas a dejar que Dixie se vaya tan rápido a su casa, ¿no?

—Ella vino aquí a trabajar y a investigar. Se irá cuando haya terminado —respondió Ahmed con frialdad.

Dixie elevó el mentón y miró por el ventanal. Si por ella fuera se iría en ese mismo momento.

Y entonces Gerard llegó con una sonrisa, feliz, los ojos verdes brillantes y con una actitud completamente contraria a la de Ahmed.

—¡Bella, bella, bella! —exclamó tomándola de la mano y haciéndola sentar a su lado, enfrente de Ahmed—. ¡Qué suerte tengo! Me trajeron a la asistente más capaz y atractiva que he conocido.

Ahmed se revolvió en la silla.

¡Odioso!

¡Baboso!

¡Entrometido!

Un desubicado.

—Un privilegio, ¿no, doctor Rassant? —aseveró Deniz intentando no mirar a su hermano—. Tiene usted la suerte de ser asistido por una verdadera eminencia. Y es nuestra prima.

Dixie miró su taza y no pudo siquiera sonreír. Hubiera deseado comentar las palabras de Deniz con la risa contagiosa que las caracterizaba, pero no sintió ganas de decir nada.

Era increíble la forma en que la presencia de Ahmed la intimidaba. Le oprimía la garganta, la dejaba sin aliento. Sin querer levantar la vista de la mesa, sólo podía observar sus manos, pulcras, cuidadas, de dedos largos y delgados, que ella recordaba cálidos y seguros, igual que la tarde que la recorrieran por completo, igual que hacía veinte años atrás...

—Claro que sé acerca de las cualidades y experiencia de Dixie —rio Gerard. Y, mirándola con una sonrisa, le dijo—: Tu curriculum es impactante... tanto como tus ojos.

Ella le devolvió la sonrisa.

Deniz se hizo la desentendida.

Ahmed casi se ahoga con el café.

Y Damla... ¡ideal!

—¡Cuántos piropos, doctor! —exclamó la niña sorprendida—. Parece que mi tía le gusta.

¿Mi tía?

Ahmed miró a la niña y estuvo a punto de corregirla cuando su hermana se le adelantó...

—¡Me encanta que la llares así! Dixie es para mí como una hermana, así que... bienvenida la nueva tía —dijo Deniz, feliz, divertida, disfrutando de la incomodidad de Med.

Gerard miró a la niña y agregó, para fastidio de su jefe...

—Por supuesto que me gusta tu tía. ¿A quién podría no gustarle? —y le guiñó un ojo, cómplice.

La niña rio.

—¿Has averiguado cómo se encuentra Whiskery? —interrumpió Ahmed, cortante.

El veterinario lo miró, dudoso.

—Pasé a verlo antes de venir —respondió sin perder la sonrisa—. Está perfecto. La doctora hizo una labor increíble.

—Yo sólo lo vendé —aclaró Dixie en voz baja—. Algo básico que hubiera podido hacer cualquier estudiante de veterinaria de primer año.

—No es lo que hiciste sino a quién —aclaró su prima—. Dixie, tú no sabes lo que es ese caballo—le comentó Deniz con asombro—. Es altanero, arrogante, fastidioso.

Dixie no pudo evitar mirar de reojo a su primo.

Ella lo hubiera descrito de la misma manera que al semental.

Y hubiera agregado justamente... semental...

Volvió a la realidad.

—Todos los caballos de esa raza tienen una personalidad muy definida —manifestó ella con seguridad—. Poseen temperamento,

gran energía mental y física, son valientes, pero también sensibles y nerviosos.

—Así es este caballo —dijo Damla sonriendo—. Siempre parece nervioso y me mira con esos ojos enormes.

—Tienen ojos expresivos y grandes —continuó ella, explicándole a la niña—. La cabeza es hermosa, bien dibujada y son de piel fina. Whiskery es un ejemplar impresionante y más dócil de lo que se imaginan.

—No estoy de acuerdo en eso —comentó Gerard—. No se deja montar con facilidad, es soberbio y malhumorado. No se deja revisar, es desconfiado e intimidante.

Dixie y Ahmed acotaron al mismo tiempo...

—No lo conoces.

Se miraron en silencio.

—Digo, no es lo que me pareció hace un rato —se desdijo ella, nerviosa—. Son caballos que se saben llenos de puro poder gracias a la dureza de sus músculos, hombros inclinados, piernas despejadas... Son maravillosos... —dijo con admiración sin darse cuenta de lo mucho que comparaba a su primo con los pura sangre.

—Te encantan los caballos, ¿no? —le preguntó la niña con una sonrisa y recibió un guiño divertido de la joven.

—Me encantan desde que era niña —respondió sin mirar a nadie más que a Damla—. Los veranos me hicieron enamorarme... de ellos...

—A mí también me encantan, igual que a mi tío —Ahmed bebió de su taza en silencio sin mirar a su sobrina—. ¿Te vas a quedar a vivir en el *chateau* o en la casa del club con mi tío Ahmed?

Y la conversación comenzaba a complicarse...

—Dixie se quedará en la casa de los abuelos —aclaró Deniz viendo el apriete en el que se metían todos—. Al menos los primeros días. Luego veremos... o verás tú —dijo mirando a su hermano.

—¿Yo qué tengo que ver? —se desligó Ahmed—. De eso te ocupas tú. Yo ni siquiera sabía que ella venía, sino...

Se detuvo.

La confesión, en tono fastidioso y duro, tomó por sorpresa a Dixie, quién casi deja caer el vaso de jugo de naranja.

¿Cómo que él no sabía que ella venía?

—Yo creí que iba a quedarse en el club —opinó Gerard, interrumpiendo los pensamientos de la mujer—. Creo que es lo más cómodo para ella y evitaría sus traslados.

—Si el traslado es el problema, hay muchos vehículos disponibles. Le diré a mi asistente que te envíe uno —respondió Ahmed sin mirarla.

Quería a esa mujer lo más lejos posible de su vida y de su vista.

—Yo no quiero ser un problema —aclaró Dixie, incómoda—. Me quedaré donde no moleste.

Ahmed se arrepintió de haber sido tan rudo.

Pero no.

¿Por qué arrepentirse?

Ella se lo merecía.

—¿Molestar? —indagó su prima—. ¡Eres una invitada de honor! Si quieres te quedas aquí en el *chateau*, o en la casita del lago en casa de mis padres, o en tu habitación de la casa principal... como tú quieras.

Dixie asintió sin querer elegir ninguna opción. Por un lado, quería estar cerca de la familia. Por el otro, no.

Por momentos deseaba subirse a un avión y volver a la seguridad de su departamento y a los brazos de Dexter...

Por otro... deseaba dejarse abrazar por los brazos de Ahmed, fuertes y musculosos, que se notaba aún debajo de la camisa que eran marcados y fibrosos, más aún de lo que recordaba ella.

El hombre ladeó la cabeza en forma inconsciente. De repente, clavó en ella una mirada amenazadora, como si pudiera leer sus pensamientos. Pese a ser increíblemente apuesto, su rostro mostraba una fría mueca de desprecio que le robaba parte de su atractivo. Tenía unos ojos crueles y brillantes que se asemejaban a los de una víbora. Vacíos, calculadores y carentes de compasión.

No eran los ojos que ella recordaba...

No era el hombre que ella recordaba tampoco.

Ahmed observó el perfil de su prima mientras ella miraba a Damla, sentada a su lado, que volvía a hacerle preguntas acerca de los caballos. ¡Esa niña nunca terminaba de curiosear!

No quería concentrarse en la mujer, pero era imposible.



Su voz lo subyugaba. Tenía la magia de la enseñanza y el increíble don de la claridad. A pesar de que él sabía que enseñaba a universitarios (había tenido tiempo de leer su curriculum al regresar a su oficina en el *chateau*), la escuchaba dándole explicaciones concretas y simples a la niña, adaptando perfectamente el nivel de la información.

Su cabello claro estaba recogido en dos trenzas suaves y algunos mechones le caían por la nuca. Siempre se había sentido atraído por su bello cuello... una vez había logrado recorrerlo con su lengua.

Todavía deseaba hacerlo.

Cerró los ojos para alejar esos pensamientos. No podía desearla una vez más. Aunque sintiera que no había pasado el tiempo.

—Mientras deciden dónde va a dormir, yo decido qué va a hacer mañana domingo —se apresuró a aventurar Gerard, entusiasmado. Y agregó mirando a Dixie—: Porque es mi día de descanso y estoy a tu disposición.

Ahmed dejó el tenedor con el trozo de pastel en el aire, asombrado de la desfachatez del veterinario.

—Podemos ir hasta el pueblo de Le Bugue —continuó el hombre—. Tiene hermosos paisajes salpicados de sitios prehistóricos. Y mañana estarán los artesanos en la feria dominical.

Dixie sonrió sin responder.

—Puedes llevarla al acuario —sugirió Damla. Y miró a su nueva tía—: Tiene una piscina en el abierto con 6.000 peces. ¿Me llevan?

—Damla, no seas entrometida —le llamó la atención su madre, no sabiendo si retar a la niña o reírse de las caras de su hermano.

—A mí me encanta el pueblo y también la cueva de Bara— Bahau, donde hay huellas del oso de las cavernas y los hombres prehistóricos —opinó Damla con una mueca.

—Por supuesto que puedes venir —le respondió Gerard—. Puede venir quien quiera, lógicamente.

—Yo tengo obligaciones que cumplir en los viñedos porque se acercan las cosechas y durante la tarde debo organizar todo el proceso. Por la mañana tengo que ir a ver unos caballos que me han ofrecido —respondió Ahmed dejando la servilleta al lado de su plato y a punto de ponerse de pie para marcharse.

—¿Qué me dices de ti, Dixie? —la comprometió Gerard.

—Yo...

Pero Med la interrumpió mientras se paraba, y respondió en su lugar en tono cortante y autoritario...

—Dixie vendrá conmigo.

Y en cuanto lo dijo se arrepintió. Lo había dicho por despecho, por el deseo de evitar que esos dos se fueran a divertirse mientras él se quedaba rumiando de rabia... y también porque la quería a su lado a solas...

Para quitarse las dudas...

Para sacarse las ganas...

Para reprocharle su ausencia...

Para contemplarla sin sentir que Deniz lo espiaba, esperando que diera el paso incorrecto...

Dix giró la cabeza para mirarlo, extrañada.

¿Con él? ¿A solas?

No, no, no, no... No podría soportar los dardos y el dolor y la mirada lapidaria de esos ojos dorados una vez más sin poder escapar...

—¿Cómo que iré contigo? —se asombró Deniz, sin poder dar crédito a lo que oía, sobre todo después de la forma despectiva en que se había comportado con ella desde que había llegado.

—Sí. Necesito que vea a los animales y me dé su opinión antes de decidir la compra —aclaró sin mirarla—. No te lo pido a ti, Gerard, porque es tu día libre —y le sonrió al hombre con total y fingida inocencia.

—Podemos salir por la tarde —se apresuró a aclarar el veterinario—. Dijiste que verías los caballos por la mañana.

Ahmed controló las ganas de gritarle que no iba a dejarlo pasear con ella en ningún momento.

—No —fue drástico con la respuesta—. Mientras organizo los temas del viñedo, la doctora revisará algunos de los caballos del *chateau*.

—¿No sabía que...? —empezó a protestar Gerard.

Lo interrumpió.

—No te lo pedí a ti porque tú te ocupas del club y del laboratorio. Además, es tu día libre. La doctora tiene que empezar a familiarizarse

con el lugar donde va a trabajar, ¿no? —y sonrió—. Que tengan una buena tarde.

Y se marchó.

El lugar pareció quedar vacío sin su presencia.

Dixie alzó los ojos para verlo partir, admirando su estampa, el porte aristocrático y la forma perfecta en que le calzaban esos pantalones... un deleite visual, sin duda alguna.

Deniz los observó a los dos.

A ella, perdiéndose en el alejamiento de él antes de volver a concentrarse en Damla.

A él, lanzándole una última mirada antes de darse vuelta y dirigirse a los establos, mirada que ella nunca descubrió.

¿Qué les estaba ocurriendo? ¿A qué se debía esa turbación que ambos parecían sentir frente a frente?

¿Por qué se miraban así entonces? ¿Qué había detrás de ese silencio que perturbaba, de esa frialdad al tratarse?

¿Por qué Ahmed no podía quitarle los ojos de encima, y su corazón parecía salirse del pecho?

¿Y por qué Dixie respiraba agitadamente, estrechándose las manos, nerviosa, sin poder sostenerle la mirada?

Sabía que su hermano había sufrido con la partida de su prima, pero ella era muy pequeña para entender cuánto. Sabía que había habido una carta, y luego otra, y luego una respuesta que terminó de destrozar el corazón adolescente de su hermano... Pero Ahmed nunca había hablado con ella sobre su prima.

—Enseguida regreso —dijo Deniz, poniéndose sorpresivamente de pie y saliendo detrás de su hermano.

Lo encontró dando órdenes a algunos de los peones de las caballerizas y dispuesto a montar a su caballo.

—Med...

Su tono, apremiante y duro, llamó la atención de Ahmed, que se dio vuelta para mirarla.

—¿Qué sucede? —le preguntó, extrañado.

—Eso es lo que me pregunto yo —respondió ella casi con enojo—. ¿Qué te sucede?

—¿A mí? No sé a qué te refieres —contestó haciéndose el

desentendido, pero sabiendo que para su hermana él era transparente.

—Te impresionó mucho verla, ¿verdad?

¡Y él no supo qué se contestar! ¡A veces le resultaba imposible pasar desapercibido bajo su escrutadora mirada! ¡Ella leía en él como en un libro!

—¡Está demasiado cambiada! —exclamó Ahmed, tratando de quitarse una mancha inexistente en su hombro. La miró. Ella lo miró con el ceño fruncido. Lo tuvo que reconocer—. ¡Sí, me impresionó! Me dejó sin palabras... ¿Tan notorio fue?

¡Maldita Deniz y esa horrible facultad suya de hacerle aceptar lo inaceptable! ¡La odió!

—Para mí, sí. No creo que ella lo haya notado puesto que estaba más sorprendida que tú. ¡Dios, parecía el encuentro de dos extraños! —se quejó con fastidio.

—¡Es que así lo sentí! —exclamó el hombre, molesto—. ¡Fue como si la viera por primera vez! Por momentos éramos como dos personas desconocidas a pesar de...

Se calló y pasó la mano por su cabello, desordenado.

¿Por qué lo veía tan confundido? ¿Qué era lo que estaba pasando por su mente?

—Pero no por eso tenías que ser tan desagradable.

—Y tú tan traicionera —la azuzó él con rabia—. Siempre has sabido que no quería volver a verla y la traes de regreso.

—Yo no tuve nada que ver con eso —se defendió Niz—. El acuerdo fue con Gerard y tú lo aprobaste. ¿Acaso no viste escrito su nombre en la aplicación que llenó?

—Ni siquiera recuerdo haber firmado la aplicación —se quejó con fastidio, pateando una piedra del camino—. Tengo tantas cosas en la cabeza que seguro este estúpido veterinario me tomó desprevenido.

—Si vas a hablar así de Gerard porque ha estado coqueteando con nuestra prima...

—¡Que haga lo que quiera con ella! —exclamó molesto.

Deniz sonrió, divertida.

—Lo que quiera no, porque desbarataste su idea de un domingo perfecto con la ridícula imposición de que ella te acompañe a ti —se

aprovechó la mujer—. Si tanto te fastidia su presencia no sé por qué te empeñas en retenerla a tu lado todo un domingo.

—Yo no quiero retenerla. Si pudiera ni siquiera desearía verla —se apresuró a aclarar él—. Pero necesito un veterinario que examine a los caballos y Gerard tiene el día libre.

—¡Qué linda excusa te inventaste! —exclamó Deniz riendo, aunque a su hermano era obvio que no le divertía el tema—. Ir a ver los caballos puede llevarle un par de horas, pero sin embargo armaste un paquete de actividades: viñedos, recorrido, caballos... Y me gustaría preguntarle a Aimeé si en verdad tienes esa condenada cita que dices...

Ahmed la miró en silencio.

—¡Qué absurda eres! —exclamó moviendo lado a lado la cabeza—. Si en 20 años no he querido saber nada de ella, no entiendo por qué crees que ahora planeo tenerla a mi lado con excusas laborales —la corrigió con rabia—. No me interesa ella. No quiero siquiera nombrarla. Y no entiendo por qué piensas que sí.

A ella le dio la impresión de que su hermano estaba siendo demasiado duro con la joven y frunció el ceño:

—Está hermosa, Med.

—Una fachada bonita no basta para esconder los defectos de su carácter —aclaró sin mirarla—. Bonita siempre fue.

—¿Y cuáles son esos supuestos defectos?

Med soltó un leve resoplido, como si fueran demasiado evidentes como para requerir que se los enumerara.

—Aprovechó el momento de confusión entre el daño de Whiskery y el parto de Alison, para quedar como la heroína de la historia —dijo entre dientes—. Es una manipuladora.

—También lo eres tú, querido.

Su hermano pasó por alto el comentario.

—No sabe ubicarse. Quitó de en medio al débil de Gerard para hacerse cargo de todo —se quejó, enojado—. Es dominante.

—Como tú.

—Y luego bajó los ojos ante los halagos, pero se pavoneó delante de los peones dando órdenes a diestra y siniestra. Es arrogante.

—También como tú —dijo ella con jovialidad.

Med la miró echando chispas por los ojos.

—Creía que estábamos discutiendo los defectos de nuestra prima, no los míos según tu criterio.

—Al parecer, tienen mucho en común —protestó Deniz con fingida inocencia.

Ahmed montó sin contestarle.

—Dile que mañana a las 7 en estos establos. Saldré solo si ella no llegó para las 7:05. Será toda la tolerancia que le permita.

Y se marchó sin esperar que su hermana acotara algo más.

¡Embaucadora!

Lo único que le faltaba a él era que le hiciera reconocer que había tramado acapararla el domingo entero.

Apuró a su caballo. Tenía que llegar rápido al club y organizar el día siguiente con su asistente personal. Tenía que confirmar que iría a ver esos caballos.

Iría con ella.

Mierda.

¿En qué momento se le había ocurrido invitarla?

Mierda, mil veces mierda...

\*\*\*

—Sonia.

Atendió Dixie, levantándose de la mesa y haciendo un gesto de disculpas a Gerard.

Su mejor amiga en Boston, catedrática en la misma universidad y doctora en psicología animal en el centro de salud, gritó como loca cuando oyó la voz de Dixie.

—Al fin tengo noticias tuyas... ¡No puedo creer que no me hayas llamado para contarme qué tal el encuentro con tu soñado primo! —exclamó Sonia, a la espera de noticias que mitigaran su ansiedad.

—No hay nada que contar —respondió ella con tristeza—. Las cosas aquí son complicadas, amiga. Tal y como esperaba, él me sigue detestando.

Sonia se preocupó. Sin sonrisa en el rostro, sentada cómodamente

en su escritorio en la oficina de la universidad, se dispuso a escuchar.

—¿Lo viste? ¿Te estaba esperando en la puerta como antes? — indagó dudosa, con voz suave.

—Ni siquiera sabía que yo venía —respondió Dixie con pesar, mirando por el amplio ventanal, divisando a lo lejos a Deniz, que volvía a la confitería del *chateau*.

—¿Cómo que no sabía? Si llenaste los formularios de aplicación y te enviaron las copias firmadas por él.

—Él dijo no saber nada —se quejó ella con dolor—. Mira cómo será todo de raro que todavía no tengo definido siquiera dónde voy a dormir. Tampoco le importa a él —e hizo un silencio—. Estoy a un pie de volverme para allá en el primer avión que salga de este maldito país.

—¡De ninguna manera! —exclamó Sonia incorporándose en el sillón—. Tienes que enfrentar esta etapa, Dix. Sabes que era tu asignatura pendiente, el momento que dejaste pasar durante veinte años.

—Lo sé, pero es difícil —se quejó en tono lastimero—. No hace un día que llegué y ya me estoy arrepintiendo. Debí haber aceptado las otras ofertas que tuve. ¡Me dejé convencer por ti y tu idealismo romántico!

—Ah, claro, porque tú no querías ir a verlo... —le reprochó su amiga—. Morías por llegar a los verdes prados franceses y echarte a los brazos de tu amor adolescente. Ok, un amor despechado que te hizo sufrir, pero bueno...

—Desde que he llegado todo ha sido pura desilusión —se quejó volviendo la vista hacia la mesa donde Gerard reía con Damla—. Todo excepto la hija de mi prima que es un primor y... mi tutor, el veterinario a cargo del club y del laboratorio, un francés que a ti te encantaría conocer.

—¿Ya estás conquistando nuevos corazones, doc? —rio su amiga, conociéndola.

—¡Qué va! Con Ahmed cerca no puedo mirar a nadie... No sólo porque me ahoga su presencia sino porque parece empeñado en arruinar los planes de su veterinario de llevarme de paseo por los pueblos vecinos. Mejor. No creo tener cabeza para nadie más.

Tampoco tengo derecho.

—¡Otra vez el tema Dexter! Tú y tu culpa infantil... Avanza de una buena vez, amiga. Quiero mucho a Dexter, pero no es el hombre para ti. ¿Cuántas veces lo hemos conversado?

—¿Me vas a psicoanalizar? ¡No soy un animalito de los que van a tu consulta, doctora! —bromeó Dix, recordándole, como siempre le decía, que el rol de Sonia en la clínica era atender animales estresados, no personas. Y su amiga se molestaba ante el comentario.

—¡Oye! Soy licenciada en psicología y psiquiatría, y lo sabes. Mi especialización en animales fue posterior — protestó Sonia.

—Sí, sí, sí... Ya sé que preferiste pacientes que no hablen porque te cansaste de los humanos —rio Dixie—. Así que no trates de recordar tus estudios anteriores conmigo. Soy un caso perdido.

—Focalízate —le ordenó Sonia—. Y date tiempo. Hace mucho que no los ves y hace mucho también que no estás en ese ambiente. Intenta sentirte cómoda de a poco, querida zorrita —las dos rieron porque Sonia siempre la llamaba así, exactamente porque decía que Dix tenía que ser más provocativa y tratar de buscar un hombre que la mereciera.

—Tienes razón —aceptó ella—. Tengo que calmar mi corazón y hacer lo que he venido a hacer, que es aprender de los mejores.

—Mientes. Fuiste a verlo a él.

—Necesito decirle adiós porque sigo enamorada de lo que podría ser, aunque no será... —confesó con dolor—. Los sueños deberían tener también fecha de caducidad.

Se despidieron prometiendo hablarse en unos días y Dixie volvió a la mesa. Pronto Gerard se despidió ya que quería pasar a ver al nuevo potrillo y Damla pidió acompañarlo.

¡Momento ideal!

Las dos primas quedaron solas, viendo cómo la niña se colgaba de la mano del hombre y salían entre risas.

—Gerard es encantador —dijo Deniz casi con indiferencia—. ¿No crees?

—Sí —respondió Dixie casi al descuido, mirando por el ventanal—. Me ha caído muy bien.

—Lo dices con tanto desinterés que parece que hablaras del perro



de la esquina —rio su prima—. No, me corrijo. Creo que el perro de la esquina podría resultarte más interesante.

Las dos rieron, llamando la atención de las mesas cercanas.

—No te estaba prestando atención, perdón —confesó Dixie sonriendo—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Mi hermano por ejemplo?

Dixie dejó de sonreír.

—Mi nuevo trabajo, dónde voy a dormir, Dexter, mis clases en la Universidad, el bienestar del potrillo que nació...

—Y mi hermano —completó Deniz, insistiendo. Su prima bajó la vista unos momentos y ella agregó—. Confiésalo.

—Y tu hermano, lo confieso —reconoció la mujer volviendo a mirar por el amplio ventanal—. Negártelo sería negármelo a mí misma. Y no suelo mentirme con tanto descaro.

La mueca de su boca dejó en evidencia la incomodidad que sentía hablando sobre el tema.

—Imagino que tiene que haber sido fuerte el impacto al encontrarse después de tantos años —reconoció Niz alzando los hombros—. Recuerdo que la relación entre ustedes dos era muy estrecha, pero es todo lo que mi infantil registro me permite traer a la memoria. Sin embargo...

—Sin embargo, los años han pasado —la interrumpió Dix intentando evitar el tema—. Cada uno siguió un camino distinto y si no volvimos a vernos fue por... circunstancias de la vida —dijo ella en voz alta tratando de aceptar la excusa como valedera.

—Sí, claro —avaló Deniz casi al descuido—. Él también quedó muy impresionado al verte —le confesó con sinceridad.

—¿Sí? —indagó Dixie con ironía—. ¿En qué momento? ¿Cuándo me tomó bruscamente del brazo o cuando manifestó que no estaba enterado de que yo venía?

Deniz la observó en silencio. Su prima no era mujer que se fuera por las ramas.

—Dix, voy a serte sincera —le dijo respetando la honestidad de su prima—. Cuando tú te marchaste hace veinte años, Med quedó destrozado. Durante días no hubo forma de que saliera de su habitación; no comía, no cabalgaba, no nadaba, nada... no hacía otra

cosa que no fuera estar sentado en el borde de su ventana, contemplando el paisaje en absoluto silencio. No hablaba. Algunas noches juro que hasta lo escuché llorar.

Dixie bajó la vista a la taza. Ella también recordaba su propia tristeza como uno de los momentos más dolorosos de su vida. Nada podía superar la angustia que había sentido cuando su avión despegó, cuando el automóvil la alejó de los prados de ensueño, cuando vio por última vez los ojos de su primo bañados en lágrimas, cuando recibió su carta.

Nunca se quitaría esas imágenes del corazón.

*«Si te hubieras querido quedar, lo hubieras hecho... Si yo te hubiese importado lo suficiente...*

*Pero te fuiste.*

*Y espero que no regreses nunca.*

*Pasamos juntos momentos bonitos que quedarán en el recuerdo. Ya encontrarás alguien con quien divertirte.*

*Nunca dije que quisiera casarme contigo. Solo tuvimos sexo algunas veces... Nada más que eso.*

*Sigue con tu vida y olvídame.*

*Ahmed»*

—Entiende que tu nombre no se mencionó durante mucho tiempo en mi casa, no delante de él —completó Deniz con tristeza—. Sé que hubo algunas cartas, más tristeza, silencios... Ahmed no quiso que yo le contara cómo estabas o alguna noticia tuya. No quiso nada que viniera de ti.

Dixie la enfrentó con la mirada.

—Como si de mí hubiera dependido irme o quedarme —se quejó ella con rabia—. Como si yo no hubiera sufrido con la distancia, con

los recuerdos de tantos veranos juntos, de las veces que...

Y se interrumpió. Deniz alzó las cejas, expectante.

—Las veces que... ¿Qué ibas a decir? —la apremió con dudas.

—Nada... ya sabes... —trató de evadirse Dixie.

—No, no lo sé. Por momentos creo que sé de qué hablan tú y él y otras... otras no entiendo nada de nada —se quejó la joven, molesta—. Al parecer tienen una historia paralela a la historia de nosotros tres... algo que sólo les pertenece a ustedes dos.

Las dos mujeres hicieron silencio.

Deniz no estaba segura de querer saber.

Dixie no estaba segura de desear contárselo.

La niña volvió corriendo a la mesa a decirles lo hermoso que estaba su potrillo. El veterinario se despidió para seguir sus rondas.

No volvieron a hablar...

—¿Al final dónde vas a querer quedarte a dormir? —le preguntó su prima mientras se ponían de pie para irse.

—Por ahora prefiero quedarme en la casa de tus padres —respondió ella, prefiriendo la comodidad de lo conocido—. Luego veremos.

En ese momento se les acercó una joven de cabello rojizo y ojos verdosos, vistiendo un traje de falda recta por debajo de las rodillas y chaqueta azul, camisa celeste con un lazo y zapatos cerrados. Era pulcra y correcta, pero poco femenina, neutra, sin maquillaje. La dulzura de su voz sorprendió a Dixie quien le sonrió de inmediato.

—Señorita Deniz, el señor Ahmed me pidió que le trajera las llaves del vehículo para la nueva veterinaria.

—Sí, Aimeé. Gracias —le dijo Niz con una sonrisa—. Ella es mi prima, Dixie, la nueva veterinaria. Dix, Aimeé es la asistente personal de Med, la pobre mujer que lo soporta todo el día —las presentó riendo.

La muchacha le tendió la mano, pero Dixie se acercó y le dio un beso en la mejilla, con familiaridad.

—Encantada, Aimeé. Y mi más sincero pésame —rio Dixie—. Debe ser tortuoso tu trabajo.

Las dos primas rieron. La muchacha apenas sonrió.

—Un placer conocerla. Y mi trabajo es cansador, pero me encanta

—aclaró con rapidez—. Es verdad que a veces hay que lidiar con el ánimo y el carácter del señor Tarik, pero bueno... he aprendido a manejarlo.

—¡Y haces un maravilloso trabajo! —exclamó Deniz con sinceridad—. Nada funcionaría en las empresas de mi hermano si no fuera por esta mujer, lo juro. ¡Sobre todo cuando Med decide cambiar su agenda sin aviso! Imagino la locura que debe haber causado cuando llegó hace un rato con tantas órdenes para organizar el día de mañana.

Deniz estaba segura de que su hermano no tenía nada planificado para ese domingo, nada de lo que había dicho, y que su asistente había tenido que correr a último momento para ultimar detalles.

—Bueno, él me tiene acostumbrada a estos cambios —explicó la joven—. Pero sí... Vehículo listo ya, revisión de caballos para la compra, confirmar visita, avisar a los viñedos que hará el recorrido y avisar a la casa de sus padres que mantengan lista y ordenada su cabaña han sido...

—¿Cómo? —la interrumpió Deniz bruscamente—. ¿Para qué quiere tener la cabaña lista? Nadie la habita desde hace más de un año.

—Tal vez pensó que me la cederías este tiempo —sugirió Dixie, algo confusa.

—¿Su cabaña? —indagó Deniz antes de reír—. ¡Jamás! Ahmed no comparte sus espacios con nadie. Y no se ha dado una vuelta por la casa de mis padres desde hace muchos meses.

—Dijo que tal vez pasaría un tiempo allá —comentó Aimeé extrañada—. A mí me llamó la atención porque siempre se queda en su casa en el club y, que yo sepa, no hay ningún desperfecto allí.

Deniz miró a Dixie y ésta le replicó...

—¿Qué? No inventes... Quitas las ideas absurdas que tienes en la mente —se quejó Dixie—. No es por mi causa.

—¿Por qué lo haría si no es por ti?

—Vamos... no sabe dónde me voy a quedar. Yo no dije que lo haría en casa de tus padres —se defendió ella frunciendo el ceño—. No veas cosas donde no las hay. Ahmed tendrá sus motivos.

—Sí... tú eres el motivo, tonta —rio Deniz guiñándole un ojo—. ¿Tú qué piensas, Aimeé?

La joven se asombró por haber sido incluida en la conversación y porque le estaban pidiendo su opinión, algo que no era frecuente.

Miró a la mujer recién llegada y no pudo más que admirar su belleza y sencillez. Había escuchado hablar de ella a Deniz, pero no la imaginaba tan fresca, tan segura de sí misma... Si era cierto que había sido el amor de su vida, Aimeé entendía a su jefe. Evidentemente era una mujer difícil de olvidar.

—No lo sé —se excusó ella con sinceridad—. El pedido fue extraño, sin motivos aparentes y tampoco me dio explicaciones. Sólo me pidió que le avisara al personal. Y que trajera el vehículo más seguro, confortable y nuevo de la flota adquirida este año.

Deniz se atragantó con su propia risa.

—¡Basta! —exclamó Dixie, golpeándole el hombro—. Seguramente dirá que no quiere que tenga ningún accidente que su seguro deba pagar —aclaró con gesto de fastidio.

—Se preocupa por ti —la corrigió Niz—. Acéptalo.

—Agggggg... vamos hasta el auto que me quiero instalar ya —le dijo dirigiéndose hacia la salida.

Las tres salieron juntas y Aimeé las guió hasta una camioneta Nissan Frontier Desert Runner SV V6, nueva, rojo escandaloso, alta, compacta... ¡Una maravilla!

—Wow... ¿es la última adquisición de mi hermano? —indagó Deniz, revisándola por dentro y abriendo los ojos con asombro—. ¡Es perfecta, perfectísima! Envidio tu suerte, prima.

Dixie la contemplaba desde la vereda, pensando que era demasiado para ella... demasiado brillante, demasiado grande, demasiado lujosa...

—¿No había algo menos... ostentoso? —indagó ella casi sin palabras, apabullada.

—Sí. En el club hay toda clase de vehículos —explicó Aimeé con correcta eficiencia.

—Entonces preferiría algo más sencillo y económico —le pidió Dixie con una sonrisa.

—Pero el señor Ahmed fue muy específico... —se excusó la joven, algo nerviosa—. Quería el mejor vehículo de la flota del club. Cuando sugerí éste, dijo que la camioneta nueva era ideal, que sería más

práctica para trasladarse de un lado al otro, circular por los bosques y era la más segura de todas. Ah... agregó que si no había perdido el toque con seguridad seguiría manejando tan bien como hace veinte años, mejor que cualquier otra mujer que conociera —repitió con sinceridad.

—Obvio... él me enseñó —dijo ella en voz baja, recordando las veces que se escapaban con la vieja camioneta del jardinero para que sus tíos no pusieran el grito en el cielo al enterarse.

Caminó alrededor de la camioneta con pasos lentos admirando todos y cada uno de los detalles, la perfección de su línea, los faros antiniebla... ¡Era increíble!

Aimeé le tendió las llaves, sonriendo.

—Él dijo que te iba a gustar.

—¿Mi hermano dijo eso? —se asombró Deniz abriendo los ojos en forma exagerada.

—No me lo dijo a mí... sólo lo susurró para sí mismo —confesó la joven guiñándole un ojo—. Pero yo lo escuché.

Deniz rio otra vez y Dixie la fulminó con la mirada. Se calló poniendo la mano sobre la boca.

Ella se sentó al volante y acarició el cuero con delicadeza...

¿Sería verdad que se había preocupado por ella, eligiendo el mejor de los vehículos, pidiendo que acondicionaran su antigua vivienda para quedarse más cerca? ¿Sería capaz de tenerla en cuenta a pesar de las hirientes frases que le había escrito... a pesar de su ausencia de 20 años?

No.

Alguna explicación debía existir.

Ahmed había dejado en claro que no quería saber nada con ella tratándola de forma brusca y fría.

Pero había decidido que el día de mañana lo pasarían juntos, trabajando, claro... pero juntos.

Cerró los ojos y aspiró el aroma a nuevo, al perfume a maderas que él usaba.

El auto olía a él.

Perfumes que huelen a recuerdos.

—¿Tú trajiste la camioneta hasta aquí? —le preguntó Deniz—.

¿Cómo vas a regresar?

—No. El señor Ahmed lo hizo. Yo vine en mi auto —respondió la joven señalando un automóvil color plata.

—¿Y mi hermano dónde está?

Aimeé alzó los hombros negando saber su paradero. Dixie levantó la vista hacia la caballeriza y lo vio, hablando con varios peones.

Se quedó nuevamente sin aliento. Estaba guapísimo, dominando la conversación, impartiendo órdenes y siendo acatado sin contradicción. Tenía un mentón fuerte y cuadrado y los pómulos marcados. Sus rasgos eran más aristocráticos de lo que recordaba de joven. Tenía los labios más increíbles que ella hubiera visto jamás. Esa boca, llena y expresiva, había sido creada para dar besos largos y abrasadores, besos como los que le había dado alguna vez.

Cuando Ahmed giró, se dio cuenta de que ella lo observaba.

Y eso lo descolocó.

Pensó cómo se vería él desde esa distancia, si sería notorio lo nervioso que estaba sabiéndose observado por ella.

Él se perdió en los labios entreabiertos, respirando en forma agitada, como siempre que se miraban... nerviosos... excitados...

Sin poder seguir el hilo de la conversación que mantenía, dejó a los hombres parados sin darles ninguna explicación y caminó con paso seguro hacia la camioneta. Debía mirarla otra vez, decirle alguna cosa que inventara sobre el día siguiente, algo, cualquier tontería...

Quería tenerla frente a él. Pero ella no le dio el gusto...

Encendió el motor, se ajustó el cinturón de seguridad, saludó a las dos jóvenes con la mano y partió a gran velocidad. Pasó al lado de él y ni siquiera lo miró.

Ahmed se detuvo y la vio alejarse, sin poder creerlo.

¡Cómo era posible que se hubiera marchado así si era evidente que caminaba hacia ella!

Ahora tendría que esperar hasta la mañana siguiente para verla.

Y no sabía si iba a poder manejar la ansiedad.

Mierda, mierda, mil veces mierda.

\*\*\*

Sarket lo vio entrar en su oficina del club y desparramar los papeles que traía en la carpeta al arrojarla sobre el escritorio con fastidio. Lo miró en silencio y esperó a que su amigo hablara primero. Era lo único que podía hacer en situaciones como esa.

Ahmed era así.

Intempestivo, explosivo, inestable...

Se apoyó en uno de los muebles y cruzó los brazos, con relajada postura, sin sonreír, calmado.

Ahmed lo miró en silencio y respiró agitadamente unos segundos. Su mejor amigo tenía una mirada potente y diáfana y la extraña habilidad de relajarlo cada vez que sentía que su corazón se le precipitaba fuera del cuerpo... por la razón que fuera.

—Se marchó —escupió con enojo mientras escondía papel tras papel en uno de los cajones de su escritorio.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? —se fastidió más—. Ella.

—Y ella es...

—Vamos, Sark. ¿A qué estamos jugando? —se quejó frunciendo el ceño—. Sabes de quién estoy hablando.

—No, no lo sé —mintió su amigo, intentando que de una vez por todas le pusiera nombre a la situación—. Tal vez porque no terminas de definir de qué manera te vas a referir a ella... ¿tu prima? ¿El amor de tu vida? ¿Dixie? ¿Dix? De alguna manera la tienes que nombrar.

—¿El amor de mi vida? —repitió Ahmed con sarcasmo—. ¡Jamás la llamaré de esa manera!

—Pues a mi entender es la forma que mejor la califica —y continuó con su explicación—. También podrías decirle la veterinaria más sexy que conozco, la americana más sensual, la...

—Basta.

—Estabas diciendo que la mujer de tu vida se marchó sin rendirte pleitesía... —explicó su amigo en forma socarrona, burlándose de su enojo.

—¡No! —vociferó Med con rabia—. No es el amor de mi vida ni la



mujer de mi vida ni la veterinaria más sexy que conozco ni nada similar... Y lógicamente que no debía arrastrarse a mis pies, pero al menos podía haberme agradecido el gesto.

—¿Eso era lo que pretendías?

Los dos hombres se miraron. Ahmed agachó la cabeza sobre su pecho, rindiéndose.

—No lo sé. No sé qué pretendía de esa mujer.

—Tal vez querías decirle que habías elegido esa camioneta especialmente para ella.

—No. Y yo no la elegí, lo hizo mi asistente —lo interrumpió alzando la mano para detener sus palabras—. ¡No digas pavadas!

—Vamos, hombre. ¡La llevaste personalmente! —exclamó mientras reía, divertido.

—Tenía que ir para allá —dijo al pasar.

—No, no tenías que ir —lo corrigió su amigo con una sonrisa—. No me engañes que te conozco —agregó señalándolo con el dedo en forma acusadora—. Fuiste porque querías verla, porque necesitabas ver su cara cuando subiera al vehículo. Elegiste una camioneta como esa sólo para impresionarla, para dejar en claro lo exitoso, rico y poderoso que eres, el gran hombre en el que te has convertido.

—¿De qué hablas? —se extrañó Ahmed confundido—. Dices cualquier cosa. Yo no tengo que demostrarle nada a ella. Soy quien soy y punto. Le envié una de las camionetas mejor equipadas porque tiene que trabajar con ella, ir y venir, y...

—Bla, bla, bla —lo interrumpió Sarket con ironía—. Puedes mentirte todo lo que quieras, pero sabes que tengo razón. Sino no hubieras ido hasta allá para llevarla.

—Fui porque me había olvidado de darle algunas indicaciones a los peones y decirles que...

—Lo hubieras hecho por teléfono —lo interrumpió su amigo—. Contrataste un capataz para hacerse cargo de esa caballeriza. Podías haberle telefonado, como tantas veces hiciste antes.

—Aproveche el momento —mintió sin mirarlo.

—Fuiste a verla. Punto.

Silencio.

Ahmed se pasó la mano por el pelo, confundido consigo mismo, sin

querer ver la realidad. Su mejor amigo le abrió los ojos.

—Fuiste a verla y quiero que seas consciente de lo que produce esa mujer de tu pasado en ti porque recién llega y ya estás así, descolocado, desconcentrado, ansioso —le hizo notar el hombre. Sonriendo, agregó—: Y no me extrañaría que hubieras ido para saber si el doc seguía todavía con ella...

Ahmed miró por la ventana.

Le costaba asumir los sentimientos que revoloteaban en su interior desde el momento en que la había tomado fuertemente del brazo. Cada mirada que habían cruzado, cada roce mínimo, cada sonrisa que ella le dedicaba a otro, causaban un desenfreno que no quería aceptar.

—Me alborota por dentro —confesó con resignación mientras se sentaba detrás de su escritorio—. No sé si será su voz o serán los recuerdos, pero definitivamente ella nunca me dejará de gustar.

—Piensa bien cómo vas a actuar porque no hace ni seis horas que la has visto y tiene al doc obnubilado; a tu hermana, feliz; a tu sobrina, maravillada y a ti... a ti te tiene encabritado.

—Tendré que aceptar que me veo así porque tú y Deniz son las personas que más me conocen en el mundo y ambos me han dicho lo mismo. Entonces será verdad —reconoció a regañadientes.

—Cuídate de esa mujer. Te destrozó el corazón y nunca pudiste rearmarlo, amigo... —sugirió con afecto—. Desde que te conozco y me has contado la historia que tienen en común, sé que siempre te ha quedado algo pendiente con ella. ¿Qué harás ahora si vuelves a caer bajo su embrujo?

—Eso no sucederá —le aseguró su amigo, con falsa seguridad, consultando sus mails en la computadora.

—¿Seguro? —indagó Sarket—. ¿Y por qué avisaste que prepararan tu cabaña en la casa de tus padres?

Med alzó la vista, confundido. Esa decisión apresurada seguía dándole vueltas por la cabeza.

—No lo sé.

—Peligrosa decisión— aseveró el hombre.

—Mierdaaaaaaaaaaaaaa —casi susurró Ahmed, dándose cuenta de que su desesperado intento por tenerla cerca lo iba a enloquecer.

Sarket alzó los hombros y salió de la oficina. Ahmed cerró los ojos y se frotó la sien.

No iba a ocupar su cabaña.

Eso era definitivo.

De ninguna manera tentaría al destino poniéndose a disposición de esa maldita mujer una vez más.

Apoyó la mano derecha sobre el lado izquierdo de su pecho...

—Tranquilo, corazón, yo tampoco entiendo nada.

Y le prometió que nunca volvería a dejarla entrar.

\*\*\*

—Abuelita, tengo un potrillo hermoso —gritó la niña a su abuela, entrando en la oficina de la gerencia a las corridas.

Ariadna Tarik recibió entre sus brazos a su única nieta y rio, divertida mientras se dejaba interrumpir por la niña.

—Cuéntame cómo es eso de que ya tienes un potrillo —le dijo, sorprendida—. Yo creí que todavía faltaba para que naciera.

—Yo también, pero ya ves... quiso nacer y punto. ¡Y no sabes lo difícil que fue para él, pobrecito! —exclamó frunciendo el ceño con pena—. ¡Tuvieron que darle respiración boca a boca!

—¿Es eso posible? —se sorprendió la mujer.

—La tía Dixie dice que es más común de lo que uno piensa —respondió la niña con total naturalidad.

Ariadna miró a su hija que acababa de entrar para escuchar la última frase y alzó las cejas, interrogante.

—¿Quién? —indagó la mujer, con dudas.

—Mi tía, la nueva veterinaria. ¡No sabes lo hermosa que es! ¡Tiene unas botas fantásticas! Y me dijo que cuando vuelva a Boston me va a enviar unas iguales —casi escupió la niña con la velocidad de un rayo—. Pero yo no quiero que se vaya porque salvó a mi potrillo y es muy buena doctora. Me dijo que me va a enseñar todo lo que sabe sobre los caballos. ¡Y sabe muchísimo!, ¿no, mami? —buscó el apoyo de

Deniz.

—Sí, hija. Pero mejor deja a tu abuela terminar sus asuntos y ve a cambiarte para la cena.

—¿Verdad que es preciosa y que el doc se ha enamorado de ella a primera vista? —rio la niña—. ¡A mi tío no le ha gustado para nada eso! Estaba muy molesto durante la merienda.

Ariadna volvió a mirar a su hija que llevó a la niña hacia la puerta para cerrarla tras ella y enfrentarse a los ojos de su madre.

—¡Cuánta información! —exclamó Ariadna, quitándose los anteojos de lectura—. ¿Cómo es eso de que Rassant está enamorado de Dixie y Ahmed está molesto? ¿Qué demonios hace esa mujer aquí de nuevo?

—Uffff... a ver... —bufó Niz, dejándose caer en el sillón frente al escritorio de su madre—. Hoy pasaron muchas cosas.

—Ya veo. Muchas cosas que yo desconocía que podían suceder —se quejó la mujer, tratando de controlar su rabia.

—Te dije que iba a venir una nueva veterinaria.

—¡Jamás la mencionaste a ella! —exclamó Ariadna intentando no gritar.

—Me enteré hace poco. Reconozco que evité comentártelo porque sé que la odias por todo el dolor que causó en tu hijo favorito —confesó Deniz sin quejarse. Siempre había sido obvia la preferencia de su madre por su hermano—. ¡Pero pasaron veinte años! ¡Superalo!

—¿Superarlo? —Ariadna respiró hondo—. Veo que Damla y tu prima congeniaron a la perfección, sino ella no la llamaría tía... Algo que Cloé no ha conseguido en dos años —aceptó haciendo referencia a la prometida de su hijo.

—Y jamás lo logrará porque mi hija y ella no se pueden ni ver —reconoció Deniz con una mueca—. ¡Y yo no he tenido nada que ver con eso! No la soporto, pero he sabido guardar las apariencias.

—Mi nieta es una niña muy especial y cree que esa jovencita malcriada no es la mujer que Ahmed necesita a su lado —comentó la mujer en tono despectivo—. Pero no nos distraigamos de lo verdaderamente importante...

—Te decía que Damla y Dixie se adoraron. La inquieta nieta que tienes acribilló a preguntas a Dix y ella le tuvo una paciencia infinita,

según mi entender... Algo que yo no poseo —reconoció la joven.

—Porque tu hija y tú son iguales. Dime de una vez cómo fue el encuentro entre ellos dos... ya sabes —indagó con curiosidad, atenta a las palabras de su hija.

—Agresivo sería la palabra que lo definiría mejor —manifestó Deniz alzando las cejas con resignación—. Al principio él no la reconoció. Ella estaba atendiendo una emergencia con Whiskery y hubo un encontronazo. Se sacaban chispas los dos.

—Me imagino la sorpresa de Ahmed cuando descubrió que era ella —afirmó su madre.

—Más que sorpresa, temor. Creo que fue un encuentro en el que se sintió violentado, descolocado. La trató en forma despectiva todo el tiempo, a pesar de haber salvado al potrillo de Damla y de ver la forma en que ellas dos se trataban. ¡Le temblaba el pulso durante la merienda! —exclamó Niz con asombro—. No se hablaron, no se miraron, nada... Sólo fue cortante y le refregó delante de todos que él no sabía que ella venía. ¡Ni siquiera le agradeció todo lo que había hecho ese día!

—Típico de tu hermano —comentó tratando de que no se le notara la felicidad al saberla despreciada por su hijo.

—No sabes las caras que ponía cada vez que nuestro veterinario en jefe la halagaba o le sonreía, embobado —rio la joven—. Por un momento creí que iba a golpear la mesa de la frustración que sentía. Porque te aseguro que Gerard está enloquecido por Dix.

—¿Y Ahmed?

—Luchando.

—¿Con quién?

—Consigo mismo. Con los recuerdos, con la sorpresa de volver a encontrarla aquí, con el dolor, imagino —respondió con tristeza—. Todos sabemos cuánto sufrió. Y no importa que hayan pasado veinte años... Es como si el tiempo se hubiese detenido.

—¿Y ella?

—A-va-sa-llan-te —silabeó con una sonrisa—. Segura de sí misma, inteligente, elegante, sexy...

—Imagino que sí, pero qué le pasó con él.

—Fue difícil hablar con Damla en medio todo el tiempo. Sólo

estuvimos a solas unos momentos y reconoció estar impactada, pero no sé si eso es bueno o malo. Yo la noté triste —confesó ella con una mueca—. Pensé que el encuentro iba a ser tirante pero que los dos se iban a acomodar rápidamente y, sin embargo, fue horrible.

—Horrible fue su despedida —recordó Ariadna.

—Sí, lo sé y lo recuerdo. Pero el encuentro fue también un espanto, mamá. Y creo que ella esperaba otra cosa. No sé por qué teniendo en cuenta que nunca volvieron a ponerse en contacto, pero bueno... Ella me confesó que hubiera deseado encontrarlo en la entrada, esperándola.

—Como siempre solía hacer —susurró la mujer con tristeza. ¡Sólo ella como madre sabía el dolor que su hijo había sentido ante la separación!

No había encontrado el camino para llegar a él y apaciguarlo. Había buscado miles de opciones y salidas, deportes extremos, viajes maravillosos..., lo había consolado, se había enojado, le había gritado y habían llorado juntos.

Él no había podido quitarse esa mujer del alma. Y entonces elucubró el plan que había llevado a cabo.

—¿Tú te acuerdas de ese momento? —indagó Deniz.

—¡Claro que sí! Estaba toda la semana anterior ansioso, revoloteando en mi jardín y recordándome que mis rosas eran las favoritas de ella y que no debían faltar en su habitación... Y luego se sentaba durante horas a esperarla, sin importar cuánto tuviera que estar allí —recordó la mujer mirando por el gran ventanal—. Corría a abrazarla cuando ella bajaba del automóvil y giraban juntos, riendo... Se detenía y tomaba su cara entre las manos, clavando sus ojos en ella... Y le decía que se había demorado demasiado —suspiró con dolor, sabiendo que la infelicidad de su hijo estaba ligada a esa niña que sólo tenía ojos para él.

—Ahora entiendo por qué se entristeció al no encontrarlo —comentó Deniz cerrando los ojos.

—Ella lo dejó sin alma cuando se fue.

—Ella no se fue —la corrigió su hija—. Sus padres se mudaron a otro continente, mamá. No pueden culparla de eso. ¡Era una niña, por Dios! —exclamó con fastidio.

—Ahmed la amaba con locura —le aseguró Ariadna—. Lo veía en sus ojos cuando la miraba sin necesidad de que me lo dijera. Y estoy segura de que hubo mucho entre ellos. ¡Estaba obsesionado con Dixie! Le dijo a tu padre que se casaría con ella, que haría cualquier cosa con tal de que no se la llevaran... Una locura adolescente, sin ninguna duda —trató de minimizar la mujer, no queriendo hablar más del tema.

—Mamá, Ahmed tenía 18 años.

—Y ella, 15.

—Lo sé —aceptó Niz—. Teniendo en cuenta que se marchaba de cualquier lugar en el que se la mencionara, su actitud de hoy me desconcertó —comentó con extrañeza.

—Siempre supe que iba a mostrarse antipático con ella —le recordó su madre.

—Si bien se mostró resentido, desagradable, hosco, encontró la manera de acapararla mañana con excusas laborales.

—¿A qué te refieres con «acapararla»?

—Gerard la invitó a dar un paseo, pero Ahmed casi lo devora. Le dijo que ella tenía que acompañarlo mañana a evaluar unos caballos que piensa adquirir y luego a recorrer los viñedos.

—No entiendo.

—Yo tampoco —reconoció la joven alzando los hombros—. Pero eso no es todo. Le mandó la mejor camioneta del club (nueva, roja, radiante, perfecta) y pidió que acondicionaran su cabaña en la casa.

La mujer alzó las cejas, sorprendida, expectante.

—Wow.

Se miraron en silencio.

—Vuelve a ella —declaró Deniz.

—¿A casa?

—Al amor de su vida —respondió la joven con dolorosa certeza y solidaria resignación.

Ariadna volvió su vista al ventanal.

Tenía que hablar con Ahmed de inmediato.

¡Y la hija de esa zorra tenía que marcharse de una vez!

## Capítulo 3

Se miró por décima vez en el espejo de la habitación. Se había cambiado demasiadas veces. Pero seguía desconforme. No sabía qué estilo usar, si él la miraría con aprobación, si se vería muy informal o demasiado seria o...

Alzó los hombros tratando de restarle importancia y bajó la amplia escalinata casi al trote.

Llevaba retraso.

Deniz le había dicho que se reuniría la familia para desayunar, pero ella no quería ser parte de esa formalidad. De todos modos, si uno se ponía a hurgar, no era familiar directo de los Tarik. No era familia.

Colocó su celular en el bolsillo trasero de sus jeans azul claro y se arregló la botamanga. Las botas de montar nuevas tenían un taco más bajo que el que solía usar y sus jeans favoritos arrastraban un poco. Se ajustó la camisa a cuadros en turquesa, naranja claro y azul, con pequeñas piedras en los hombros, que de pronto le pareció ceñida, algo ajustada por demás y dudó si volver a subir para ponerse una remera debajo o permitir que el borde de su corpiño de encaje salmón se vislumbrara un poco.

Miró el reloj. Demasiado tarde para volver a cambiarse.

Con manos hábiles se hizo una trenza al descuido y se calzó su gorra favorita, en salmón y turquesa, su última compra antes de viajar. Cinturón ancho camel con hebilla dorada, pulseras rústicas, maquillaje suave destacando sus maravillosos ojos... estaba lista.

Arrancó el motor de la camioneta y partió.

El corazón rugió.

Se desbocó.

Todo el día con él. Dios la amparara...



\*\*\*

Ahmed volvía de dejar su caballo en el establo cuando su madre lo interceptó antes de entrar al desayunador.

—Buenos días, madre —le dijo dándole un beso fugaz en la mejilla.

Ariadna notó de inmediato su perfume, la pulcritud de su ropa, algo de nervios en las manos.

—Buenos días. Quería que cruzáramos unas palabras antes de entrar —le dijo, deteniéndolo del brazo.

—¿Qué sucede?

—¿Por qué trajiste a esa mujer aquí después de todo lo que te hizo?

—Yo no la traje —aclaró él con fastidio—. Rassant hizo la elección.

—Pero con seguridad te habrá hecho algún comentario...

—No —la interrumpió—. Solo dijo que había encontrado a la persona perfecta. Y capacitada está.

—Sí... Capacitada para darte vuelta la cabeza —se quejó con rabia—. ¿Olvidaste las noches que despertabas en llanto, llamándola? ¿Olvidaste que te despreció, jugó con tu amor y no le importó lo que fue de ti? ¿Olvidaste que...?

—¡Basta! —fue contundente—. Yo la quité de mi vida hace veinte años y no me mueve un pelo que esté aquí. Viene a trabajar y por suerte la veré poco y nada.

—Pero...

—Tengo mucho que hacer hoy, mamá.

Ahmed ingresó y se sentó en la mesa que siempre tenían disponible. Su madre lo hizo unos minutos después, cuando logró serenarse.

Conversaron poco y nada, cada uno en sus cavilaciones.

Ahmed miró por quinta vez su reloj y Deniz lo descubrió fastidioso... para variar.

—Son las 7 menos cuarto y le dijiste que estuviera a las 7 —le reprochó ella haciéndole burlas.

—Y tú dijiste que sería un desayuno familiar —se quejó tomando

su segunda taza de café—. No estamos todos aquí.

—Hijo, estamos todos los que tenemos que estar—le recordó su madre mientras mordía una tostada de pan fresco.

—Tío, pareces ansioso —comentó Damla comiendo su cereal con leche—. Mi tía llegará enseguida. No te preocupes.

Deniz ahogó la risa en el jugo de naranja, aunque su hermano había descubierto el gesto.

Se detuvo en observarlo, prolijamente afeitado, cada onda de su cabello en el lugar exacto donde debía estar. Siempre había sido muy cuidadoso de su imagen, pero parecía que se hubiera esmerado más esa mañana. Vestía pantalones ceñidos en color habano claro (esos que a ella le encantaban porque marcaban lascivamente su trasero, que era espectacular y lo reconocía, aunque fuera su hermano), camisa de jean ajustada en los brazos (bueno, todas le quedaban así porque tenía brazos anchos y marcados por el trabajo diario), botas marrones tipo borceguíes y un extraño cinto bordado, de esos que a él le gustaba comprar en el mercado artesanal, combinando los tonos de marrón y celeste.

A Dixie le encantaría.

Volvió a sonreír.

—¡Qué maldad estarás tramando, hermanita! —exclamó el hombre con una mueca de desdén.

—Ninguna maldad. Sólo te observaba —le dijo acercándose a él con complicidad, que estaba sentado a su lado, susurrando para que nadie más los escuchara—. Pensaba en cuánto esmero pusiste hoy en acicalarte.

—Igual que siempre —desestimó él sin mirarla.

—No es cierto —desmintió ella haciendo un gesto negativo con la mano—. Tú y yo sabemos que no es verdad.

Ahmed se puso de pie con brusquedad.

—Iré a la caballeriza a preparar todo —y, mirando a su hermana mientras tomaba su sombrero de la silla, le advirtió—: Saldré en 10 minutos, con o sin ella.

Deniz le hizo un gesto de burla con la boca cuando él le dio la espalda, imitándolo. Su hija rio.

—¡Mamá! Ya estás grande para eso.

Dixie hizo su entrada en el restaurant y fue recibida por el aplauso y las risas de Damla que la llamaba con la mano.

—Hola, tía Dixie. ¡Qué bueno que llegas! Mi tío está que trina porque no viniste a desayunar —le dijo la niña guiñándole el ojo.

—¿Sí? —Se hizo la tonta mientras la besaba—. Pobrecito.

Y las dos chocaron las manos.

Ariadna la miró en silencio, sintiendo dolor y orgullo al mismo tiempo... Dolor de madre por haber sido testigo de la angustia que esa mujer le había causado a su hijo, y orgullo por ver la hermosa mujer en que se había convertido.

Una belleza.

Pura elegancia.

—Hola, tía Ariadna —la saludó Dixie con poca efusividad, sin saber si darle un beso o limitarse a ese saludo por compromiso.

Siempre se había llevado bien con ella, pero aún quedaban vestigios de antiguas conversaciones entre sus padres y sus tíos, en especial entre su madre y ella que no alcanzaba a descifrar. Discusiones alteradas, reproches, viajes a París, un encuentro con su tío...

Algo había sucedido en la familia que Dixie seguía sin poder dilucidar y que también había contribuido a que ella no regresara a esa ciudad luego de marcharse a Estados Unidos.

—Hola, querida. Te ves muy bien —le dijo la mujer con una sonrisa escueta y limitada—. ¿Tus padres?

—Muy bien, por suerte. En Florida —respondió casi al descuido, sintiendo que a la mujer no le interesaba su respuesta—. ¿Y el tío Berk?

—De viaje, como siempre en esta época del año —respondió Deniz sonriendo, sin aclarar que su padre hacía muchos años que no vivía en esa ciudad—. Si no te apresuras mi hermano va a dejarte aquí.

—¿Dónde está? —preguntó fingiendo indiferencia.

—En los establos.

—Vengo de allí.

—Seguro que se cruzaron y no se vieron.

¡Como si fuera posible que ella no lo viera venir! Ni falta hacía que lo percibieran sus ojos. Su corazón se daba cuenta antes que la razón.

Siempre había sido así.

—¡Amo tu gorra! ¡Y amo también tu trenza! —exclamó Damla fascinada—. ¿Me haces una trenza así antes de irte?

—Claro que sí —rio Dixie, tendiéndole la mano—. Vamos hasta el *toilet* del vestíbulo que tiene un espejo gigante.

—Dix, Med se va a enfadar si te atrasas más —le advirtió su prima alzando los ojos—. Dejen el peinado para más tarde.

—No, mamá. Quiero que me lo haga ahora así salimos a pasear tú y yo y me veo más bonita —se quejó su hija.

—Tu hermano tendrá que esperar —le dijo Dixie alzando los hombros con resignación.

Y ambas se dirigieron hacia el frente del hotel.

Ariadna alzó las cejas.

—Esa es la mujer que tu hermano necesita, mal que me pese y aunque no la soporte —dijo entre dientes.

Dos minutos más tarde, Ahmed entraba hecho una tromba en el restaurant y la buscaba con la mirada.

—¿Dónde está la impuntual? —preguntó con rabia, más por el deseo retrasado de verla que por el horario.

—Peinando a Damla en el *toilet*.

Y caminó a pasos apresurados con fastidio.

Desde la puerta entreabierta, él podía oír la conversación entre las dos y observarlas sin ser visto.

Se estremeció al detenerse en lo ajustado de sus jeans, en la forma en que marcaban sus nalgas, perfectas y redondeadas, la sonrisa sincera en su cara mirando a la niña a través del espejo, la complicidad entre las dos, riendo divertidas.

No pudo interrumpirlas. Estaba fascinado.

—¿Te gusta la trenza así o la hago de nuevo? —le preguntó alejándose para mirarla mejor.

—Así está perfecta. Pero deshiciste la tuya —se quejó la niña con algo de pesar al ver que Dixie había usado la bandita celeste que traía puesta para peinarla a ella.

—No tenía cómo atarte el cabello. Pero no te preocupes, me las arreglo con cualquier hierbajo más tarde.

Y él se aceleró al recordar la cantidad de veces que la viera

acomodar su cabello con las hierbas que encontraba en el camino.

—Me encanta tu gorra. ¿La compraste en Boston?

—No. La compré en Texas hace un mes cuando tuve que viajar por trabajo, al igual que mis pulseras indias. Me encantan los accesorios hechos por indígenas americanos. Tienen colores preciosos —le dijo mostrándole las pulseras que traía puestas.

—¿También me vas a mandar algunas cuando vuelvas a tu país? —le preguntó la niña—. Ah, y una gorra igual.

Dixie la miró en silencio, sonrió y se quitó la gorra. Se la colocó a Damla y la hizo voltear para que se viera en el gran espejo.

—A ti te queda mejor —le dijo con una sonrisa sincera—. Esta gorra va con trenzas.

Y le guiñó el ojo.

Ahmed cerró los puños, entre abatido, conmovido y feliz. Amaba a su sobrina, era lo que más quería en el mundo... y ahora llegaba esa mujer y en menos de un día la conquistaba con detalles pequeños pero amorosos.

Pero no iba a conquistarlo a él.

—¡Gracias, tía! —exclamó Damla abrazándose a su cintura. Luego se apartó para mirarla—: Diviértete con mi tío. Yo siempre lo hago.

—Porque a ti te quiere mucho.

—¿Y a ti no?

Ella bajó la vista.

Él hizo lo mismo.

El silencio llenó el espacio.

Ahmed estaba por golpear la puerta cuando Damla lo vio y corrió hacia él con los brazos estirados. El hombre la alzó y ella le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué tal me veo, tío?

—Hermosa, como siempre —le dijo él sin querer mirar a la mujer, bajándola al suelo—. ¿Irás de paseo con tu mamá?

—Sí. Jeff va a llevarnos a recorrer el pueblo.

Caminaron de la mano mientras conversaban, dejando a Dixie unos pasos atrás, tratando de recuperar el ritmo de la sangre después de encontrarse con la presencia tan poderosa de su primo. Sus brazos musculosos, el sombrero que le calzaba a la perfección, el pantalón

ceñido en las caderas, la cadencia al caminar.

Agradeció que se hubieran olvidado de ella. Prefería verlo por detrás: masculino, de piernas fuertes, pantalones ceñidos a la cintura y ese trasero que sabía encantador.

Caminaba distraída cuando una voz masculina la detuvo.

—Oye, tú y yo no nos conocemos... pero tenemos amaneceres pendientes —le dijo el hombre con total desparpajo.

Dixie se detuvo.

Ahmed también.

Él sabía a quién pertenecía esa voz.

Era un joven increíblemente apuesto, con un mentón fuerte, agresivo, cabello oscuro, una nariz aguileña y ojos azules como el zafiro. Sí, era, sin duda, muy bien parecido. Su seguridad al encararla la sorprendió.

—¡Ah, sí! —exclamó ella sonriendo ante el comentario osado—. ¿Y por qué piensas eso?

—Porque las tentaciones como tú merecen pecados como yo —le respondió enredando uno de sus mechones en el dedo.

La celeridad con la que Ahmed se acercó a ellos provocó que su sobrina se asustara, quedándose quieta en el lugar por el que caminaban. ¡Su tío estaba descontrolado!

—¡Richard! —casi gritó el hombre deteniéndose a su lado.

El aludido le sonrió con confianza.

—Med, no te había visto.

Dixie se entretuvo en compararlos, masculinos los dos, fuertes, provocadores... Cualquiera le vendría bien para calmar esa sed de desierto abrasador que sentía desde el día anterior.

—Tu yegua está lista —le dijo su primo, tratando de quitarla de en medio de la conversación.

Dixie siguió el camino hacia los establos, tomando a Damla de la mano, pero sin dejar de darse vuelta para ver qué sucedía entre los dos hombres poderosos. Dos ejemplares apabullantes.

—¿Quién es ella?

—La nueva veterinaria asistente de Gerard —respondió entre dientes Ahmed, sin dar más explicaciones.

—¡Vaya suerte la del doc! —exclamó su amigo con una sonrisa—.

Me tendrás dando vueltas por el club con más frecuencia.

—No lo hagas —le advirtió su amigo con brusquedad— No quiero conflictos en el trabajo. Mantén tus conquistas afuera. Ella no está disponible.

Y salió a toda prisa sin darle oportunidad de preguntar por qué.

Sería difícil explicarle a una de sus manos derechas, un amigo de años, alguien a quien apreciaba de verdad, que esa mujer no podría ser nadie... ni de él.

Y si no podía ser de él, nadie podría tenerla.

\*\*\*

Dixie miró la yegua con ojos apreciativos.

Era un magnífico ejemplar Paint Horse, de tamaño medio, que dócilmente comía de la mano de su cuidador, esperándola. Dixie cruzó algunas palabras con el peón, quien respetuosamente le enumeró algunas de las características de la yegua de nombre Cyrene.

Dixie la acarició amorosamente y le habló al oído. El animal cabeceó, alegremente. Ella sonrió.

—Usted le gusta —le dijo el hombre.

—Y ella me gusta a mí —respondió ella sonriendo, atándose el cabello con un trozo de hierba y montándola con destreza a una mano y sin necesidad de ayuda.

—¿Me permite recomendarle que lleve un sombrero para protegerse del sol?

—Mi sobrina se quedó con el mío —respondió ella, alzando los hombros con resignación.

—Le traeré uno de la señorita Deniz.

Dixie dejó que su mirada vagara ociosamente por el lugar, hasta que vio la esbelta figura de Ahmed cruzando el patio. Su chaqueta tenía un buen corte y la piel de las botas tenía un aspecto suave y maleable.

Se acercó a su caballo que ya lo habían sacado los peones. El animal, llamado Waterfall, era un magnífico bayo oscuro, de patas blancas, de disposición habilidosa.

No había caballo más veloz entre los ejemplares de los Tarik.

De pie junto a su amo, Waterfall se agitó y golpeó con el hocico a Ahmed en un despliegue de rudo afecto, aunque se calmó cuando éste extendió la mano para acariciarlo.

Entonces la vio, observándolo. El sol le daba por detrás en el cabello, que llevaba nuevamente atado al descuido, formando un halo brillante que la hacía verse etérea.

¡Basta!

La vio colocarse el sombrero marrón que el peón le alcanzó y agradecerle con una sonrisa, dejando al hombre obnubilado. Siempre había conseguido eso de los hombres... que la miraran con entrega, aun siendo adolescente.

Dixie se percató de que alguien se ponía a su altura.

Se trataba de Ahmed, cabalgando con una facilidad y una economía de movimientos que le erizaron el vello de los brazos y de la nuca.

Tenía que admitir que su primo ofrecía una imagen arrebatadora y sensual, montado a caballo.

Ninguno dijo nada.

Ella acompañó el trote del hombre sin demostrar fastidio ni cansancio, aunque le hubiera gustado una carrera más osada. Él trató de mantener un ritmo constante pero firme ya que desconocía si ella había continuado montando alguna vez y no quería exponerla a caer de la yegua.

Todo se hubiera remediado con una simple pregunta. Pero Ahmed seguía empeinado en no hablarle.

Dixie lo siguió por tierras que no recordaba haber recorrido veinte años atrás, o que tal vez no pertenecían a la familia Tarik en ese entonces. No le quiso preguntar. Para cuando el silencio se volvió insoportable, dejó deslizar la primera de las preguntas...

—¿Para qué utilizarás los caballos que vamos a comprar? —indagó levantando la voz para que él la escuchara.

—¿Por qué la pregunta?

—Un buen caballo debe de tener una morfología adecuada para el trabajo que va a desempeñar —le respondió ella en el mismo tono parco—. Si este caballo además va a ser destinado al adiestramiento es importante que tenga buenos movimientos.



Se hizo el silencio una vez más.

—Quiero tener algunos caballos en los viñedos para realizar paseos con los turistas. Los hay en el *chateau* y en mi club, pero no en los viñedos y la demanda de actividades recreativas además de los recorridos por las bodegas ha ido en aumento —respondió sin mirarla—. Por eso es que se buscó otro veterinario también. El trabajo en el club y el laboratorio es muy demandante. Necesito que alguien se ocupe de los caballos del *chateau* y de organizar y poner en funcionamiento este tema en los viñedos.

—¿Ya acondicionaron el lugar? ¿Hay establos, consultorio, zona de pastoreo?

—Estamos casi finalizando las obras. Las verás esta tarde cuando hagamos el recorrido.

Ella asintió y se entretuvo observando el paisaje. Era bonito, pero no tanto como las cuevas y la cascada de las tierras de los Tarik. Nada se comparaba con los bosques y caminos internos que solían recorrer juntos.

—No recuerdo haber cabalgado nunca por estas tierras.

—No eran de mi padre en esa época —respondió él en tono cortante y sin mirarla.

El resto del trayecto, que no era demasiado largo, lo volvieron a hacer en silencio.

El dueño del haras los recibió con una sonrisa en los labios y una magnífica colección de caballos a la vista. Ahmed la presentó como su veterinaria de confianza y se enfrascó en una conversación técnica sobre alguno de los ejemplares mientras ella los miraba desde lejos. Quería observar a los animales en libertad para ver sus movimientos al natural.

Señaló el primer animal que deseaba ver de cerca e inmediatamente lo tuvo frente a ella. Uno tras otro pidió ver aquellos que le resultaron más interesantes y bien desarrollados.

A cada uno de ellos lo observó de delante hacia atrás; primero su cabeza, que no fuera desproporcionada. Después, se fijó en su boca y le miró los dientes. Luego siguió con el tamaño y conformación de su cuello.

Cuando terminó de ver el cuello, se fijó en la inserción de este en

las espaldas, y se detuvo en las extremidades anteriores, buscando rectitud tanto las anteriores como en las posteriores.

Se fijó en la grupa, no le gustaban las grupas demasiado altas, pero sí que fueran musculosas y estuvieran más bajas que la altura de la cruz. Por último, estudió la posición de las extremidades traseras. También observó que las articulaciones estuvieran limpias y libres de cicatrices e inflamaciones.

Por último, quiso verlo montado para comprobar su carácter y habilidades y se tomó varios minutos mientras los peones hacían una demostración de caminata, paseo y trote de cada uno de los animales. Tres de los que había apartado seguían sin resultarle del todo confiables y pidió subirse y probarlos para asegurarse su grado de adiestramiento.

La gracia con la que se movía, la elegancia de sus movimientos, el cariño con el que trataba a cada animal, su femineidad, no pasaron desapercibidas para los hombres del rancho vecino que nunca habían visto una mujer como ella en la zona.

Ahmed no podía dejar de observarla, deteniéndose en la forma en que acariciaba detrás de las orejas de cada caballo, como subía de un solo movimiento y con la destreza de quien conoce su trabajo y lo disfruta. Daba placer verla en ese rol. La escuchaba detallar en voz alta las características positivas de cada uno y descartar con justificada eficacia a los que no consideraba aptos.

Oía su voz de fondo, intentando recordarle a su corazón que esa mujer lo había lastimado, lo había arrojado al peor de los infiernos y lo había convertido en una muralla de piedra incapaz de dejarle ver a nadie cuáles eran sus sentimientos.

Un descreído.

Un solitario.

Un hombre sin pasión.

La insistencia en la voz de Dixie lo devolvió a la realidad.

—¿Me estás escuchando, Med?

Era la primera vez que ella se dirigía a él con el diminutivo que solía usar de niña y al que todos se habían acostumbrado.

Otro cosquilleo.

—Te pregunté si vas a adquirir caballos de salto para el club,

porque he visto un par que me gustaría revisar de cerca —y bajó del caballo con absoluta calma, haciendo que sus pechos se sacudieran en el rebote y se desprendiera uno de los botones de la camisa.

Quedaron los dos muy cerca uno del otro.

Ella no había notado la forma en que su ropa interior estaba expuesta a los ojos devoradores del hombre ni los nervios en sus manos sudorosas tratando de no tocarla.

Ella estaba esperando una respuesta.

Ahmed no tenía pensado comprar caballos de salto, pero se asombró ante la sonrisa de niña complacida de ella, entusiasmada, deleitándose con la vista de los animales que le habían gustado.

—Ven —le dijo tomándolo del brazo y obligándolo a seguirla—. Tienes que verlos conmigo.

Él se dejó llevar, intentando encontrar el modo de detenerla, de alejarla, de poner distancia entre los dos... una distancia que le permitiera respirar con calma una vez más. Ella iba hablando con evidente pasión.

—Son preciosos. Ya verás —y mientras caminaban hablaba en voz alta—. Jinete y caballo deben estar psicológicamente compensados y físicamente coordinados —explicaba mientras se acercaban—. Las masas respectivas necesitan guardar la debida proporción; los temperamentos, en cambio, es mejor que sean contrarios. Así mismo, cuanto menor sea la experiencia del jinete, mayor ha de ser la del caballo. Me han dicho que varios competidores entrenan en tu club y que no todos traen sus propios caballos. ¡Estos se ven magníficos!

Acercaron el primero de los caballos.

—Es esencial que el caballo sea valiente, inteligente y colaborador —hablaba mientras acariciaba al animal—. Eso hará que perdone llegadas imprecisas, faltas de equilibrio, trazados incorrectos. La buena cabeza aceptará el esfuerzo y perdonará fallos de progresión en el entrenamiento o errores del jinete en los concursos.

Ahmed se asombró de la precisión de sus palabras, la seguridad con la que explicaba los pasos que seguía, como si estuviera dando una clase...

—Una boca suave indica que el caballo ha estado en buenas manos y que no tiene molestias o dolor al saltar. Casi todas las resistencias

de dorso y posteriores se reflejan en la boca. También indica que la actitud ante el obstáculo es correcta; si no lo fuera y tratase de escapar, el jinete intentaría evitarlo y siempre acabaría sufriendo la boca del caballo. Una boca suave, receptiva y obediente indica salud física, buena aceptación del trabajo, actitud obediente en los terrenos del salto y buena cabeza.

Acarició las orejas del animal que se mostró manso y receptivo a sus palabras al oído.

—El equilibrio de un caballo está relacionado con el peso en los posteriores —continuó como cuando daba clases en la Universidad, sin darse cuenta de que varios de los peones y empleados del lugar se iban acercando para escucharla—. Podemos desglosarlo en tres fases: Equilibrio natural. Es la base fisiológica de la estabilidad; reside en el oído interno del caballo y está relacionado con la inteligencia. Es un don y consiste en que el caballo tenga de manera intuitiva buen control de su masa.

Le pidió a uno de los peones que lo montara y continuó con su explicación.

—El equilibrio con jinete está relacionado con la voluntad del caballo para corregir el pequeño desequilibrio que supone el peso del jinete. La interferencia del jinete recargaría el tercio anterior del caballo; para neutralizarlo el caballo debe percibir el pequeño desequilibrio y asumir el peso —le indicó por señas que descendiera por una pendiente del costado—. Se aprecia mejor bajando una pendiente pronunciada. El caballo desequilibrado parece que va a «caerse»; se deja llevar por la cuesta de manera poco cuidadosa o desprevenida. El equilibrado, por el contrario, es sensible a la pendiente y ejerce una acción correctora para que la cuesta no le ponga en peligro de caer. En equilibrio, el caballo «controla la pendiente»; en desequilibrio «la pendiente lo controla a él» —le hizo una señal al peón con la mano, marcando un recorrido—. El jinete experimentado va atento al equilibrio y con acciones sutiles de mano y pierna estimula al caballo a mantenerse activo y equilibrado. ¡Qué hermoso ejemplar!

Dixie le había pedido al jinete que hiciera un recorrido por el circuito de salto que había en el lugar y sonrió satisfecha al ver la

perfección de los saltos estilizados.

—Y queda el equilibrio en acción. En los aires rápidos o durante un recorrido de salto, el caballo tiende a desestabilizarse, volcándose en las espaldas y presentando dificultades de control. Se evita manteniendo el peso natural de los posteriores en todo momento. El caballo pesa menos en la mano y tiene mayor libertad para girar o para batir con los anteriores, ya que no se encuentran tan «comprometidos» con el peso —y siguió observando al ejemplar que estaba evaluando—. Este equilibrio está relacionado con la obediencia, el trabajo realizado y grado de doma alcanzado por el caballo.

Ahmed estaba tan absorto como el resto de los hombres que se apoyaba en la valla para mirar mejor al caballo y a la atrapante mujer que lo evaluaba, sin poder creer que ese cuerpo, esa voz, ese conocimiento tan claro y esos ojos maravillosos pudieran reunirse en una sola persona.

Y que esa persona hubiera sido suya veinte años atrás.

Y que siguiera perteneciéndole, aunque ella se negara.

Aunque él se negara.

—El buen caballo se equilibra con los saltos, contra los obstáculos. El caballo equilibrado es lo que todos buscamos; permite una equitación correcta y fluida hacia delante, con poca o nula intervención de la mano. Consigue mejores tiempos y es bueno en desempates y pruebas de velocidad. Lo bueno del equilibrio es poder olvidarse de él.

Y les sonrió a todos con sencillez.

—¿Separo este también? —indagó el vendedor dirigiéndose a Ahmed, que no quitaba los ojos de encima de Dixie, quien mimaba al caballo y reía con el peón que lo había montado.

—¿Ya terminaste tu evaluación del animal? ¿Encontraste lo que estabas buscando? —le preguntó con fastidio, celoso, deseoso de marcharse de una vez de allí.

—Buscamos un caballo que tenga buen mecanismo, que sea «rápido» delante de la batida y lo que es más importante, que no haya que colocarlo lejos del obstáculo. El caballo rápido de delante no se encuentra tan comprometido cuando llega muy cerca. Es

precisamente lo que se busca; que el jinete gane confianza, galope hacia los saltos sin temor y que el caballo esté cómodo y agradezca el buen ritmo. Si además tiene buenos pies que salen hacia atrás y se elevan, resultará más fácil conseguir recorridos limpios. Y este ejemplar es maravilloso —dijo ella frotando su nariz contra la frente del animal, que relinchó de gozo.

—Entonces lo llevamos también —se oyó decir Med, intentando darse cuenta de que no había ido con intención de comprar un caballo de esa clase y ese precio.

—Señor Fulard... —aclaró ella con una sonrisa en los labios—. Cuando el señor Tarik dice que nos llevamos los caballos es claro que queremos probarlos en el lugar que será su hogar y ver cómo se adaptan a los demás ejemplares que ya tenemos. Le haremos los análisis de laboratorio completos bajo nuestra supervisión, así como también un test de sensibilidad al último de los ejemplares.

—No sé a qué se refiere con un test de sensibilidad —comentó el hombre, extrañado.

—Un test de sensibilidad puede ser, por ejemplo, permitir que el caballo toque una vez por mala distancia. Si el caballo tiene sensibilidad debe reaccionar y la siguiente vez sobre el mismo obstáculo o se para o se va muy alto. Si vuelve a descuidarse y derriba es que le falta sensibilidad; no le compensa hacer el esfuerzo y será un caballo sucio o poco cuidadoso —le explicó ella con la misma simpleza que había hablado antes—. Si se para después de golpearse es signo de sensibilidad; al menos no le gusta tocar. Hay que darle otra oportunidad y vigilar su moral. Si el caballo es demasiado cuidadoso hay peligro de que su moral sea frágil. Si va tan alto y le preocupa tanto tocar que hace sobreesfuerzos ante un gran obstáculo o distancia comprometida, es propenso a la duda. Por tanto, sensibilidad en su justa medida. ¿Le parece bien? —preguntó sonriendo. El hombre asintió—. Perfecto. Yo misma me haré cargo de todos los análisis y test que haya que hacer y me hago responsable de los caballos que elegí, lógicamente.

El hombre miró a Ahmed, sorprendido.

—Debe decirme de dónde sacó una criatura tan exquisita y profesional —Med no contestó y el hombre se dirigió a ella—. Déjeme

decirle, señorita, que tiene usted un puesto en mi rancho cuando quiera en el momento que sea —le ofreció el hombre, admirado de sus conocimientos y su belleza.

—La señorita ya tiene trabajo —cortó seco Ahmed, sin dejarla responder a ella.

Dixie no dijo nada y se dio media vuelta. Ahmed la observó volver a caminar hacia los animales seleccionados y darles un repaso visual una vez más.

Fulard y él conversaron acerca del precio y de la forma de pago una vez comprobado el estado físico y mental de cada animal y volvieron a acercarse a Dixie, quien escuchó al vendedor decir...

—Quitando el caballo de salto, la señorita eligió exactamente los mismos ejemplares que usted ya había reservado la semana pasada —rio el hombre con asombro.

Dixie levantó la vista y miró a Ahmed, confundida. ¿Él ya había hecho una primera selección? ¿Entonces para qué le había pedido que fuera ella a verlos? ¿Y por qué había dejado que viera todos los caballos y no sólo los que ya había separado? ¿Qué estaba tratando de demostrar?

Dejó a los dos hombres haciendo los últimos arreglos comerciales y se entretuvo acariciando a su yegua que se dejó mimar y consentir con zanahorias frescas.

No quería que se notara su enfado. No iba a darle el gusto.

Cuando vio que los dos hombres se daban la mano para cerrar el trato y despedirse, se subió ágilmente a su yegua, saludó con un gesto de sombrero, sonrió a los peones y jinetes que aventuraron silbidos e inició el camino de regreso sin esperarlo. Ahmed soportó estoicamente que los hombres le demostraran sin tapujos su admiración y que ella recibiera los halagos con divertida alegría. Mantuvo la calma hasta que la vio alejarse y, montando su caballo, partió tras ella con prisa.

No quería que escapara de su visión.

No quería que se alejara tanto.

No quería sentir esa ausencia aplastante una vez más.

Mierda, mil veces mierda...

\*\*\*

Sarket se cruzó con Richie en el estacionamiento del *chateau* y se saludaron con sincero afecto. Hacía muchos años que mantenían una amistad duradera junto con Ahmed y William y compartían salidas a pescar, vacaciones y fiestas.

—¿Qué haces por aquí un domingo y tan temprano? —le preguntó Sarket extrañado.

—Vine a coordinar unos eventos con Deniz y a desayunar —le contestó el joven—. ¿Y tú?

—Estoy esperando a Med para visitar las obras de los viñedos. Quiere agilizar la construcción de los establos y las nuevas áreas de recreación —respondió apoyándose en el automóvil de su amigo—. Me dijeron que estás a cargo de la contratación del personal que va a trabajar allí.

—Sí, me ha tocado la mejor parte —rio con descaro—. Tú te ensucias en las obras y yo disfruto de jóvenes esculturales y deseosas de pasar una noche divertida.

—No aprendes más.

—Es que tú eres un aburrido —se quejó Richard.

—¿Llegaste a ver a Ahmed antes de que se fuera?

—Unos segundos nada más. Me entretuve con una dama increíble... naturalmente rubia, ojos de cielo y cuerpo de modelo... ¡Infartante! —exclamó con entusiasmo.

—¿Y lograste obtener su teléfono? —rio Sarket divertido. Las conquistas de su amigo eran empresas temerarias.

—¡Nooo! Med casi me devora por atreverme a decirle un piropo, un simple comentario bonito, aunque tal vez un tanto audaz —se asombró alzando las cejas—. Pero la dama lo merecía. Y cuando me respondió... wowwww... ¡tiene un tono encantador!

Sarket se extrañó ante el comentario y repasó mentalmente la descripción de Richard: rubia natural, ojos azules, cuerpo escultural, tonada diferente... ¡Dixie!



—¿Qué te dijo Med? —le preguntó con dudas.

—Se acercó con esas zancadas que lo caracterizan cuando se enfada y me dijo que era la nueva veterinaria y que me mantuviera lejos de ella —le respondió sin comprender—. No entiendo desde cuando le interesa con quien me relaciono. Me advirtió que no mezclara mis conquistas con el trabajo.

Richie se echó a reír divertido.

—Esta vez sería bueno que prestaras atención a su advertencia —le sugirió Sarket frunciendo el ceño—. Sé que no es lo que sueles hacer, pero... él tiene sus motivos.

Richard dejó de reír y lo miró, extrañado.

—¿Qué motivos tiene? ¿Acaso ya la dejó separada para él? —y volvió a reír—. Si no le alcanza con su prometida...

—Dixie es su prima.

—¿Su prima? —indagó con dudas—. ¿Y desde cuándo se preocupa por eso? Yo te aseguro que la forma en la que me habló me hizo suponer que era otra la cuestión. Fue posesivo, duro, celoso... Habló como si ella le perteneciera de alguna manera.

Sarket no quiso ahondar en comentarios. Ninguno sabía la historia de ellos dos más que él. Y tampoco lo sabía todo, sólo retazos de alguna que otra noche angustiada plagada de alcohol.

—Y... es familia —trató de desviar el tema Sarket.

—Fíjate que a mí me importa un bledo —le dijo Richard dejando de sonreír—. Si la dama corresponde a mis avances... lo siento por él. Yo no soy tú —agregó mirándolo a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A que yo no respeto nada cuando una mujer me encanta.

—¿Y yo sí?

—Estás muerto con Deniz y no avanzas ni un paso porque sabes que Ahmed se pondría como loco —respondió su amigo dejándolo en evidencia y haciendo voz pópuli sus sentimientos.

¿Cómo se había dado cuenta de eso?

—¡No digas tonterías! —exclamó Sarket, haciéndose el desentendido y levantándose del automóvil de Richard—. Y baja el tono porque si alguien te escucha se empezarán a tejer conjeturas equivocadas.

—Te conozco. Estás loco por ella.

—Si así fuera lo hubiera demostrado en algún momento —mintió Sarket haciéndose el tonto.

—No dices nada porque todos sabemos cómo es Ahmed con su hermana y lo que tuvo que pasar William cuando se divorció de ella. Sabes que si no hubiera sido porque Deniz lo dejó y le advirtió a Med que se mantuviera al margen, hubiera corrido sangre bajo el puente — le recordó Richie—. Y tú no te atreves a dar el paso porque nuestro amigo no soportaría que otro de nosotros rompiera el corazón de la bella Niz. Pero su prima no cuenta en la familia... y yo no pienso quedarme con las ganas de saborear esa boca tentadora. ¡Nos vemos!

Y se marchó.

Sarket seguía en estado de shock. ¡No podía haber sido tan obvio con sus sentimientos! Si Richard se había dado cuenta... ¿cuánta gente más lo sabía?

Estaba parado en medio del estacionamiento, completamente azorado por las palabras de su amigo, cuando la voz de ella lo sorprendió...

—¿Te sucede algo? —le preguntó Deniz sin poder entender la expresión del hombre.

—No... no, no, sólo me quedé pensando en algo que dijo Richard — explicó volviendo a la realidad.

—¿Se acaba de ir? Porque olvidé darle unos horarios —se quejó ella con una mueca y mostrándole unos papeles que llevaba en la mano.

—Dámelos y se los hago llegar cuando vaya a los viñedos —se ofreció el hombre en forma parca.

Deniz se controló para no reprocharle que siempre la tratara de esa manera tan fría.

—Si vas para los viñedos te ruego que le alcances al administrador unos recibos que me pidió —le solicitó ella en el mismo tono—. Pero los tengo en mi oficina.

—Vamos por ellos.

Caminaron los dos casi sin hablarse, lo más lejos posible que pudieron sin resultar llamativa la actitud. Deniz entró primera en la oficina y caminó hacia su escritorio donde buscó la carpeta que contenía los papeles. Sarket se detuvo en medio de la estancia,

contemplándola, perdiéndose en su oscuro cabello y la forma en que caía por su espalda, el verde destellante que le sentaba tan bien, las piernas delgadas y bien formadas.

Escuchó voces a lo lejos. Se lamentó de no haber cerrado la puerta del todo, más por respeto que por prudencia.

—Aquí están —le dijo entregándole la carpeta y quedándose de pie frente a él—. ¿Seguro que no es problema que lleves tú esto? Puedo enviar a uno de los mensajeros.

—No hace falta —le aseguró él, tratando de no perderse en el bosque de sus ojos, reteniendo la carpeta sin querer soltar la conexión.

Ninguno se movió.

—No querría molestarte, pero Richard se marchó muy de prisa. Seguramente andaría entusiasmado con alguna de las señoritas que está entrevistando en los viñedos —sonrió ella.

—Andaba entusiasmado con Dixie —la corrigió Sarket—. Se cruzaron antes de que ella se marchara con Med y, al parecer, quedó obnubilado. O algo así, según me dijo.

—Parece que mi prima ya está haciendo estragos —comentó ella, intentando no mostrarse celosa y sin querer preguntarle en forma directa qué le pasaba a él.

—Bueno, es lógico, ¿no?

—¿Por qué es lógico? —preguntó ella con rabia.

Sabía que Dixie era hermosa, eficiente, simpática, sensual... pero no quería que justamente el hombre que tenía frente a ella lo hubiera notado.

—Porque es llamativa y tiene una personalidad fuerte que hace que todos reparan en ella.

—¿A ti también te ha conquistado?

—¿A quién se supone que tiene conquistado? —repreguntó él sin querer quedar en evidencia.

—Richard, Gerard, los peones, sus asistentes. Pero ninguno entiende que Med no va a dejar que nadie la tenga —dijo con dolor—. Él o ninguno. Y cómo no va a ser él quien dé el primer paso o asuma que nunca ha podido olvidarla, entonces será para ninguno.

Sarket alzó los hombros son resignación, pensando en la difícil

situación que atravesaba su mejor amigo. Deniz se fastidió porque él no le había respondido. No quería volver a preguntar, pero tampoco soportaría quedarse con la duda... Sark le señaló la carpeta y le sonrió, caminando hacia la salida, entendiendo que no había tema para detenerse más tiempo allí. La voz de Deniz lo detuvo.

—No me has respondido.

El hombre se volteó, sin saber cómo reaccionar ante el comentario.

—¿Qué quieres saber?

—Si tú eres uno más de su larga lista de embobados admiradores —respondió ella sin pensar, deseosa de quitarse la duda.

Sarket la miró en silencio. No entendía por qué insistía en saber eso, y lo hacía en una forma extraña, como si tuviera celos.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso estás haciendo una encuesta? —indagó casi con sorna.

—No. Sólo te he preguntado a ti.

Silencio otra vez.

—Ella me resulta preciosa y encantadora —respondió con sinceridad. La cara de la mujer la delató. Él se sintió confundido y agregó—: Pero hay dos razones por las cuales nunca me fijaría en ella —le aclaró. Hizo una pausa que a Deniz le resultó eterna y la dejó con el corazón en la boca—. Mi mejor amigo ha estado loco por esa mujer desde que tiene uso de razón y, como tú dijiste, no permitirá que sea de nadie más. No me enfrento a mis amigos por una mujer, aunque ella sea hermosa, inteligente, tentadora y su sonrisa te desbarate el corazón.

Deniz hizo una mueca de fastidio que a él le resultó encantadora. ¡Si ella supiera lo que despertaba en él con cada una de sus miradas!

—O sea que si Med no... —empezó ella.

—Ssshhhh —la interrumpió él—. No dije la otra razón.

Sarket volvió a caminar hasta el centro de la habitación y se detuvo frente a ella, sin rozarla. Nunca se habían tocado. Tampoco lo hacían ahora. Deniz sintió que las rodillas se le aflojaban, nerviosa, acelerada, como si fuera una adolescente inexperta. Apenas pudo dominar un hilo de voz para preguntar...

—¿Y cuál es la otra razón?

El hombre se perdió en sus ojos, maravillado. Ella estaba radiante,

arrebatada, esperando la respuesta. Un mechón de cabello ondeado se le había escapado del recogido que llevaba ese día, haciéndola ver desestructurada y juvenil. Sin poder contenerse tomó el mechón de cabello y se lo colocó detrás de la oreja, rozando con sus dedos la delicada piel.

Deniz se estremeció.

—La otra razón por la cual no me fijaría en Dixie es que a mí me ha conquistado otra mujer.

Deniz sentía su corazón bombeando contra el pecho, desbocado, saliéndose del cuerpo.

—¿Y ella te corresponde? —se atrevió a preguntar.

—Mmmm... no lo sé... pero no creo —dijo quitando sus ojos de los de ella—. No me mira, no me presta atención jamás. Probablemente esté fuera de mi alcance.

Y volvió a mirarla, reclamándole con los ojos que refutara eso, que le dijera que ella también estaba perdida de amor por él.

—¿Por qué piensas eso? —murmuró ella cerrando los ojos al sentir deslizar un dedo del hombre por su mejilla.

—Porque siempre la he visto como un imposible.

Deniz abrió los ojos justo cuando Sarket retiraba su mano de su mejilla arrebatada. Ambos se sabían nerviosos, tensos, agitados. Sarket se acercó aún más. Inclino la cabeza para buscar el ángulo perfecto para poder disfrutar de esos labios que lo tenían perturbado día y noche. Deniz sintió que el calor le subía por el cuerpo, adelantándose al deleite que iba a sentir.

Pero la voz de Aimeé desde la puerta entreabierta los quitó rápidamente del ensueño...

—Niz, tú sabes si... —la mujer se detuvo al darse cuenta de la escena que se estaba desarrollando y se sintió incómoda—. Perdón, creí que estabas sola y... debí haber golpeado, lo siento.

—La puerta estaba abierta, Aimeé —comentó Deniz tratando de que la joven no se diera cuenta de su turbación.

Sarket se separó de Deniz de manera lenta y sin dejar de mirarla a los ojos, sabiendo que, de no haber sido interrumpidos por la secretaria de Ahmed, hubiera cometido la locura de dejarse llevar por esos labios que tanto lo tentaban.

Deniz se acomodó la falda en forma automática, sin poder dejar de perderse en la claridad de la mirada del hombre que la tenía fascinada desde hacía tanto tiempo.

Un hombre que ella creía que no le interesaba como mujer.

Un hombre que acababa de demostrar que estaba equivocada.

—Yo ya me iba. Tengo trabajo que hacer en los viñedos y entregaré esto —le dijo, mostrándole la carpeta.

—Sí, gracias, Sark —le dijo ella, intentando no parecer nerviosa—. Dile a Richard que me llame si tiene alguna duda.

Sarket caminó hacia la puerta y se volvió a mirarla antes de partir.

Deniz y Aimeé se enfrentaron en silencio.

—No sabía que entre ustedes...

—No pasa nada entre nosotros —la interrumpió ella un tanto molesta—. Pero al menos hubieras avisado que entrabas.

—Sí, lo sé —se disculpó la joven—. Perdona.

Deniz la miró en silencio y se dejó caer en el sillón que estaba a un costado, recostándose contra el respaldo y cerrando los ojos. Necesitaba hablar con alguien porque iba a volverse loca. Y la asistente de su hermano era callada, respetuosa y confiable. Además de que había presenciado la pequeña escena que acababan de montar.

—¡Me quiero morir! —exclamó Niz, abatida—. Estaba a punto de besarme... a punto... casi casi... y tú... aaagggggggggg.

Aimeé se tomó la cabeza, apenada, sabiendo que había roto un momento mágico.

—Perdón, perdón, perdón... Yo no sabía... No venía atenta. No escuché voces ni me di cuenta de que no estabas sola —se disculpó de mil maneras distintas.

—Lo sé, lo sé —dijo Deniz, incorporándose y tomándose la cabeza con ambas manos—. Años esperando que me mirara, que se diera cuenta de que estaba presente en alguna de las reuniones y nada, nunca nada... nunca una sonrisa, ni un roce, ni una palabra halagadora. Nunca me hizo dar cuenta de que podía llegar a estar interesado en mí —se soltó la cabeza, abatida—. Y el único momento en que estamos solos, cerca, en medio de una conversación delicada, llena de sentimientos...

—¡Yo interrumpo! —exclamó Aimeé desconsolada, sentándose al

lado de ella en el sillón—. Ay, Dios, ¡cuánto lo siento!

—Me siento ahogada, fuera de mi eje —confesó la mujer, sintiendo que se comportaba como una inexperta.

La joven asistente se levantó rápidamente y le trajo una botella de agua mineral de la nevera de su despacho, solícita, sintiendo que no iba a encontrar la forma de demostrarle lo mal que la ponía la situación.

—Lo lamento tanto.

—No te preocupes. Me hubiera ilusionado inútilmente —se lamentó alzando los hombros—. Med lo mataría antes de que llegáramos a primera base... —agregó en inglés.

—¿Primera base? —se extrañó la joven francesa frunciendo el ceño, sin entender. Le costaba interpretar a la mujer cuando mezclaba los dos idiomas, igual que su prima.

—Sí, antes de que llegara a tocarme un pelo... ya sabes.

—Ahhhhhh, ok... Pero, ¿qué tiene que ver tu hermano en todo esto? Ustedes dos son adultos capaces de responsabilizarse de sus actos y de tomar la decisión de estar con quien quieren estar.

Deniz se sentó en el sillón y la miró en silencio.

—¿No conoces a mi hermano?

Las dos se miraron en silencio.

—Sí, tienes razón —aceptó Aimeé—. Pondría el grito en el cielo porque es muy posesivo. Pero la verdad que sería una tontería oponerse. Conoce a Sarket, es uno de sus mejores amigos, sabe que es un hombre serio, responsable, muy humano, respetuoso...

—Ya, ya, ya —la interrumpió ella con fastidio—. No me sigas enumerando sus virtudes. Sin importar lo maravilloso que sea ese hombre, Med tiene reglas que no se pueden romper.

—Pero te casaste con uno de sus mejores amigos —se sorprendió la secretaria—. ¿No había reglas en ese momento?

—Sí, las había, pero éramos jóvenes y yo quedé embarazada, no sé si con el fin de evitar las quejas de mi hermano o porque fui totalmente irresponsable —respondió Deniz con una mueca—. Pero en ese momento se tuvo que tragar sus condiciones, aunque después de nuestro divorcio, William dejó de pertenecer al grupo selecto de las pocas amistades de Ahmed.

—¿Tú crees que si tu hermano se entera de que entre Sarket y tú pasa algo se va a oponer?

—Obvio —contestó Deniz con una mueca—. Soy su hermana... no estoy disponible. ¡Y yo me quiero matar!

Y volvió a dejarse caer en el sillón.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Yo no tengo que hacer nada —manifestó con desconsuelo—. Si él está realmente interesado en mí tiene que jugarse, sin importarle mi hermano, ni mi ex, ni nada... Y ahí viene el problema, no va a querer problemas —afirmó cerrando los ojos.

Aimeé apoyó su mano sobre la de la joven y la consoló con su silencio.

\*\*\*

—¿Cómo va todo por el *chateau*? —preguntó la cantarina voz de Berk Tarik en el teléfono.

—Lleno, a explotar —le respondió Ariadna, colmándose de paciencia para evitar fastidiarse con el hombre.

—¡Muy bien! —exclamó feliz—. Cada día que pasa me convenzo más de que fue una excelente idea la que tuviste aquella vez que viste la propiedad. Siempre habías estado obsesionada con ella.

—Me obsesioné cuando supe que la habías alquilado para tu amante —le respondió la mujer con dureza.

Se hizo silencio del otro lado de la línea.

—No fue así. Ni yo la alquilé ni ella era mi amante.

—Vamos... puedo hacerme la tonta, pero no serlo —rio la mujer con sorna—. Estabas loco por ella —siguió con los reproches—. No concebías tenerla lejos de ti y por eso buscaste una forma de tenernos a las dos a mano —le recordó la mujer.

—¿Por qué vuelves sobre el tema? —indagó el hombre, harto de escuchar lo mismo tantas veces, pero sorprendido porque hacía tiempo que ella no hacía sus ácidos comentarios—. ¿Qué es lo que ha detonado el recuerdo después de tantos años de silencio?



—La hija de tu amante está aquí.

—¿Dixie? —se sorprendió Berk.

—Sí... y es el vivo reflejo de su madre —respondió con odio la mujer, recordando las noches de llanto y desolación.

—¿Qué hace Dixie ahí? —le preguntó Berk sin hacer caso de los comentarios insidiosos.

—Es la nueva veterinaria del *chateau* y de los establos que tu hijo va a inaugurar en los viñedos.

—No sabía nada de esos establos —comentó Berk al descuido—. Pero... ¿cómo es posible que Ahmed la haya contratado justamente a ella? ¡Hace años que no quiere escuchar su nombre!

—Parece que fue el doctor Rassant quien la contrató. Med no tenía idea de que ella venía y te aseguro que la sorpresa no ha sido grata —le advirtió la mujer con fastidio.

—Lo que tenga que ser, será —vaticinó el hombre, contento de saber que la joven estaba allí ya que siempre habían congeniado.

—Ya empiezas con tus frases célebres. No será nada mientras yo viva —se quejó ella. Y cambió de tema—. ¿Vendrás a la cosecha y a la fiesta?

—A la fiesta con toda seguridad ya que presentaremos los nuevos vinos de la temporada, pero no creo que llegue a la cosecha. Tengo unos negocios que ultimar en París esta semana.

Se despidieron rápidamente y Ariadna Tarik cortó la comunicación primero. Siempre que hablaba con su marido le quedaba un amargo sabor en la boca... se quedaba con la idea de que si esa mujer no se hubiera interpuesto entre ellos su matrimonio aún continuaría y no sería la farsa que hoy era.

Las Cabbot habían traído sufrimiento a esa familia. Y ella no quería a Dixie cerca de su adorado hijo, sin importarle lo que el hombre deseara.

Su instinto de madre le decía a gritos que Ahmed nunca sería feliz con esa mujer...

\*\*\*

Desde el momento en que Ahmed la había alcanzado en la salida del campo del vendedor, Dixie había mantenido la vista al frente sin mirarlo tan siquiera una vez.

Estaba enojada.

Estaba dolida y fastidiada.

Estaba hecha una furia.

El hombre supo quedarse callado todo ese tiempo, manteniendo el ritmo al trote constante, sin darle pie a que dijera nada, esperando que se mantuviera así hasta que llegaran al *chateau*.

Pero la rabia que sentía la mujer era mucho más fuerte que su orgullo y, definitivamente, más fuerte que su silencio.

—¿Me puedes explicar para qué quisiste que te acompañara a comprar los caballos si tú ya los habías elegido? —indagó entre dientes y tratando de no hacer un escándalo.

—Tú eres la veterinaria. Yo, simplemente, el dueño del Haras. Necesitaba que un profesional los evaluara antes de encaminar la compra —se explicó él sin mirarla tampoco.

—No eres simplemente el dueño —rectificó ella—. Sabes elegir un caballo, eres un maldito experto —arrastró las palabras con rabia—. No hacía falta que viniera yo. De hecho, elegimos los mismos ejemplares, así que puedes quedarte tranquilo para la próxima vez. Sabes lo suficiente como para hacerte cargo solito de la compra.

—Te repito. La profesional eres tú. Serás quien trabaje con esos caballos, quien se ocupe de ellos y quien haga el evalúo final —la corrigió Ahmed en tono frío—. Tú debías tomar la decisión.

—A mí me suena más a prueba que a comprobación.

—No sé a qué te refieres —dijo haciéndose el desentendido.

—Lo sabes muy bien —retrucó ella mirándolo por primera vez desde que iniciaran el regreso—. Estabas evaluando mi trabajo, poniéndome a prueba —se quejó con rabia—. Hubieras empezado por ahí.

—No es cierto —negó él—. Pero si así fuera... estaría en todo mi derecho de evaluarte porque trabajas para mí.

—Si hubieras leído mi curriculum conocerías mis capacidades sin necesidad de someterme a una prueba —le respondió con sorna—. Pero claro... no sabes nada acerca de mí.

—No entiendo tu enojo —también se quejó él, fastidiado. No reconoció que había leído todo de arriba abajo—. Fuimos a ver los caballos, los evaluaste y yo te evalué a ti haciendo tu trabajo. Nada más simple que eso —pero se volvió para mirarla—. Aunque entiendo que hubieras preferido salir de paseo por el pueblo como te habían propuesto —agregó con ironía.

Dixie lo miró, extrañada.

—Vine aquí a trabajar.

—No se notó cuando te dejaste halagar por el doctor Rassant —acotó él, celoso, sin poder contenerse.

—Yo no me dejé halagar —retrucó ella con fastidio—. No vine aquí a eso. No soy esa clase de mujer.

—¿Ah no? —indagó él alzando una ceja—. Pues no lo demuestras —ella lo miró, extrañada—. Tienes revoloteando a tu alrededor a todos los peones, cumplen tus órdenes sin chistar, hoy tenías a todos los hombres embobados escuchándote, al Dr. Rassant sin poder quitar sus ojos de ti y un desconocido que te piropeó en el hall del *chateau*... ¿Qué más quieres?

«A ti».

Se lo dijo a sí misma, en lo profundo de su ser, en el rincón más escondido de su alma. Pero no se lo dijo a él.

—Estás exagerando —minimizó ella—. Soy la novedad, nada más. Por eso tienes una opinión equivocada.

Ahmed no acotó nada.

Sabía que ella atraía a los hombres porque siempre había sido así, aún desde pequeña. Y ahora que se había convertido en una mujer tan llamativa, tan sensual, sabía que sería peor.

Y en el fondo de su corazón, sentía una opresión, un vacío que dolía cada vez más.

Ella le había roto el corazón, arrastrando por el suelo su orgullo y el amor incondicional que le profesara.

Si por él fuera, ella nunca sería feliz.

Dixie notó que ya estaban cerca del *chateau*, las tierras eran

mayormente llanas, con algunos obstáculos naturales, árboles caídos que decoraban el paisaje, ramas apiladas por el viento.

No quería seguir hablando con él del mismo tema.

No quería sentir que la estaba tratando de provocadora.

No quería sentirse tan mal.

—Te quedaste callada —comentó él, tratando de alivianar su rabia, la desesperación de tenerla tan cerca.

—Pensaba que tal vez tu intención es evaluarme y criticarme, buscar la forma de romper nuestro contrato y enviarme de regreso a casa, mandarme lo más lejos posible de ti.

—No necesito excusas para eso —dijo Ahmed, cortante.

—¿Y por qué todavía no lo has hecho? Es evidente que mi presencia te molesta.

—Mi sobrina se ha encariñado contigo —respondió él con frialdad—. Mi hermana está feliz con tu presencia —ella hizo una mueca de disgusto sin mirarlo—. Profesionalmente estás demostrando que me sirves —ella tragó saliva con dolor y rabia—. Por ahora no hay razones para deshacer el contrato, a menos que tú quieras regresar a Boston.

Dixie meditó la respuesta. ¿Deseaba regresar a la seguridad de su empleo impartiendo clases y a un hogar donde la esperaba un hombre al que no amaba? ¿O deseaba quedarse allí, libre, tratando de recuperar los años pasados, dejando que su corazón se agitara cada vez que lo viera llegar?

La comodidad era atractiva, pero no la hacía llegar a ninguna parte, la dejaba estancada, la dejaba vacía.

La incertidumbre era desconcertante, pero le arrebolaba las mejillas, la despeinaba de la rutina, la hacía creer que el tiempo podía volverse atrás con tan sólo una mirada de ese hombre.

Pero era una mirada que no llegaba nunca, porque él sólo intentaba herirla, despreciarla, castigarla aún más.

—Veo que no te decides —dejó deslizar él, acelerando un poco el paso de su caballo.

Y la rabia, la impotencia, la necesidad de desquitarse pudo más que ella y, apurando a su yegua le gritó mientras lo pasaba a gran velocidad...

—Carrera... el que gana elige el premio.

Y se lanzó por el camino, obteniendo del animal toda la fuerza y la velocidad que había imaginado que tenía, desapareciendo de su vista y aterrándolo.

Ahmed se sorprendió y le llevó unos segundos reaccionar ante la desbocada carrera que ella había iniciado. Apuró a su caballo con rabia, preocupado por la terca mujer que se había largado a una carrera peligrosa sin conocer a la yegua ni los vericuetos del terreno, a pesar de haberlo transitado muchas veces veinte años atrás.

Mientras ellos se acercaban velozmente a campo traviesa, en los establos del *chateau* la actividad estaba en su máximo momento: los peones alimentaban a los caballos, los cepillaban, limpiaban las caballerizas.

Deniz y Damla caminaban junto a Sarket hacia la camioneta donde habían dejado las bolsas con las compras. Cerca de ellos, su madre conversaba con el capataz, organizando las excursiones del fin de semana. Todos escucharon el galope desbandado de los dos. Levantaron la vista de sus actividades y se detuvieron para ver de qué se trataba.

Ella tenía la delantera por un gran trecho. Ahmed no había podido alcanzarla.

Si bien era un jinete excelente, era obvio que ella lo superaba, demostrando una habilidad increíble para poner a la yegua a todo terreno, consiguiendo destrezas que nadie nunca le había visto hacer.

Ahmed estaba sorprendido y enojado al mismo tiempo. ¡No podía darle alcance, aunque se esforzara, aunque su caballo fuera mejor que la yegua! Era evidente que no tenía que ver con las habilidades de los corceles sino con las de sus jinetes.

Y ella era mejor amazona que él.

Pero el corazón se le detuvo cuando vio el obstáculo que se presentaba en el camino, los troncos caídos, las ramas que impedían el tránsito. Recordó que uno de los peones le había recomendado que no regresaran por allí porque tenían que acondicionar el terreno después de los últimos vientos del norte que habían provocado la caída de algunos árboles.

Y hacia allí se dirigía ella en ese momento.

Ahmed apuró a Waterfall, intentando ponerse a la par de ella, pero

fue imposible. Si bien su caballo era más fuerte que la yegua, Dixie la guiaba con una destreza que superaba ampliamente la de él. Ella notó que se le acercaba mucho, demasiado para su gusto teniendo en cuenta que el obstáculo estaba cada vez más cerca.

Los espectadores ahogaron un grito nervioso cuando se dieron cuenta de que la mujer no se detenía ante los árboles caídos, no los rodeaba, sino que corría hacia ellos en forma desbocada.

Antes de que Ahmed pudiera reaccionar y evitar que ella se abalanzara hacia una caída, Dixie hundió los talones en los flancos de su yegua y se inclinó sobre la silla de montar con el fin de equilibrar el peso de su cuerpo cuando diera un súbito salto hacia delante.

Cyrene reaccionó de inmediato y emprendió el galope.

Tras apretar los muslos contra la silla, notó que la yegua alzaba las patas delanteras, así como el tremendo impulso de los cuartos traseros al levantarse del suelo en un salto que le proporcionó a la joven un instante de euforia al sobrevolar las ramas caídas.

No obstante, en cuanto Cyrene pisó de nuevo el suelo, tuvo que esforzarse por guardar el equilibrio en la silla y fue su muslo derecho el que absorbió la mayor parte del impacto, ocasionándole un desagradable y doloroso tirón.

Todos vitorearon el gran salto, donde se lucieron jinete y yegua, unidas en forma impecable.

Waterfall rodeó el desorden de ramas y árboles sin frenar su marcha, jinete y caballo encabritados por la rabia.

Con una sonrisa triunfal, aminoró el paso y dirigió a su yegua hacia los establos cuando fue consciente de las miradas asombradas de todos los que se encontraban allí, que se preguntaban sin lugar a dudas qué era lo que había ocasionado ese impulsivo salto.

De buenas a primeras, captó por el rabillo del ojo una mancha de color oscuro en movimiento y oyó el estruendo de unos cascos al galope. No tuvo tiempo para defenderse ni para protestar cuando fue literalmente arrancada de su montura.

Cyrene cabalgó sola hasta las manos de su cuidador.

Ahmed frenó la velocidad de su caballo y retuvo a la mujer sentada adelante suyo, inquieta, agitada. Podía oler su perfume, su cabello, la humedad de su piel después de la carrera.

Y lo fascinaba.

Dixie mantuvo la espalda recta, tratando de separarse del cuerpo de él, rogando que su primo no notara cómo la afectaba su cercanía, la fuerza de sus brazos que la rodeaban, manteniéndola en su sitio.

En un principio había intentado zafarse, pero él no estaba dispuesto a dejarla escapar. Se había aproximado a ella, probando que sus cuerpos se rozaran. La sensación lo había estremecido. Saltaban chispas allí donde se tocaban y le resultaba inquietante volver a estar tan cerca de ella.

Compartían una afinidad física, la clase de compatibilidad que sólo los amantes más afortunados conseguían. Estaban sintonizados.

Se obligó a dejar esos pensamientos con un gemido de incomodidad y observó a la joven sentada delante de él. Estaba hecha un desastre, con el pelo enredado, sudada... Sin embargo, por alguna razón no podía dejar de pensar en lo que ella le provocaba al sentirla casi encima de él, rozando su miembro que cada vez se ponía más y más duro.

Ella era esbelta, con muchas curvas femeninas. No era su tipo en lo absoluto, no al menos el tipo de mujer que había buscado desde su partida. Lo más distintas a ella que fuera posible.

No obstante, hubiera deseado con desesperación encerrar esa cintura entre sus manos, empujar sus caderas hacia abajo y colocarla exactamente sobre su sexo.

Mientras luchaba por poner en orden sus emociones, Ahmed volvió a observar a Dixie.

Cuando su prima había cabalgado en actitud desafiante hacia el obstáculo, él había creído ver una pérdida momentánea de equilibrio y en ese instante había temido que la joven se cayera del caballo. Le había dado un susto de muerte. A esa velocidad, Dixie bien podía haberse partido el cuello o la columna. Y él no hubiera podido hacer otra cosa que observarla con impotencia. El pánico lo había dejado helado y le había provocado una oleada de náuseas.

Cuando consiguió regresar al suelo a salvo, el miedo se había transformado en una ira incandescente. No fue consciente de que se acercaba a ella pero, de pronto, ambos se encontraban sobre su caballo y la tenía tan agarrada por la cintura que era imposible que se

moviera.

El hecho de que su integridad física significara tanto para él era algo sobre lo que no quería reflexionar.

Detuvo su caballo a la entrada de los establos y bajó con rapidez, tendiéndole la mano para que ella hiciera lo mismo. Sólo que la mujer lo esquivó y bajó sin mirarlo, con la gracia de quien tiene arraigada la costumbre de cabalgar. Trató de alejarse de él, sabiendo que todos los ojos estaban puestos en los dos, expectantes, intentando entender por qué él la había sacado en vuelo de su yegua y la había traído a la fuerza en su caballo.

Pero no pudo irse. La retuvo fuertemente del brazo y la hizo darse vuelta, sujetándola con rabia.

—¿Qué haces? —se quejó ella, fastidiada.

—¿Acaso estás loca? —replicó él con la mirada perdida, la boca apretada, tratando de contener la furia.

—Te gané —respondió ella con soberbia—. ¿Eso es lo que te tiene tan enojado?

—Podías haberte caído en ese salto. Podías haber lastimado a la yegua. ¡No la conoces! ¡No sabes de lo que es capaz! Eres una inconsciente —le gritó delante de todos.

—¡Conozco muy bien de lo que es capaz, aunque esta sea la primera vez que la monto! —exclamó ella montada en cólera—. Hablé largamente con su cuidador cuando supe que era la yegua que me iban a dar. No monto cualquier caballo —le aclaró en forma despectiva—. Es un animal acostumbrado al salto, hábil, ágil y que responde fácilmente ante los nuevos jinetes. ¡No soy una improvisada!

—Hablar con el cuidador no es lo mismo que conocer al animal —retrucó Ahmed en el mismo tono y sin soltarla—. Además, tu salto fue arriesgado e inconsciente. No tienes la experiencia necesaria para exponerla ni exponerte innecesariamente.

—Cabalgo desde que tengo uso de razón, lo he hecho durante toda mi vida en Inglaterra, en Estados Unidos, aquí —le aclaró ella—. Hice salto olímpico durante diez años representando a mi país en infinidad de competencias. ¿Cuánta experiencia más crees que necesito?

Ahmed la miró sorprendido. Se sintió un idiota.



—No lo sabía.

—Porque nunca más quisiste saber de mí. Lo demás estaba en mi currículum, al igual que mis masters, mis años de experiencia en mi cargo, las horas cátedra que le he dedicado a la enseñanza, mi trabajo en el hospital de emergencias de la Universidad. Todo está allí —gritó ella, colérica—. No te tomaste la molestia de informarte antes de contratarme. Pero sí te divirtió exponerme a un examen ridículo que sólo tenía como fin menospreciarme.

—Ya te dije que esa no era mi intención —le comentó tratando de que no se notara la vergüenza de la situación.

—No se notó —le dijo con furia—. No me necesitas para elegir un caballo o evaluar si está bien alimentado. No me necesitas para cabalgar a tu lado de paseo ni para dar cátedra a tus vendedores acerca de lo necesario en un caballo de entrenamiento. No me necesitas para armar tus establos nuevos ni para organizar excursiones turísticas. ¡No me necesitas para nada!

Y trató de zafarse de la mano de él, que la tenía aferrada como si fuera una tenaza. Ella luchó por soltarse, pero Ahmed no se lo permitió. En medio del tironeo, la rabia, el enojo, los ojos de todos puestos en ellos dos, el hombre gritó sin soltarla.

—Sí, te necesito.

Y se hizo un silencio sepulcral.

Dixie dejó de luchar.

Quedaron cerca, alterados, agitados, perdidos en los ojos del otro, sin saber qué decir, sin darse cuenta de que todos esperaban el próximo paso.

Ella estaba espectacular cuando se enfadaba y Ahmed no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo podría mantenerla con ese rubor en las mejillas y echando fuego por esos increíbles ojos azules.

Mientras sus pechos subían y bajaban con la fuerza de su resolución, pasaron por la mente de Ahmed otra serie de cosas que también la dejarían sin aliento.

Quería dejarla sin aliento.

Quería saborear toda la fuerza de su pasión.

Le ardían los labios por el deseo de besarla y le dolían las manos por el ansia de acariciar su cuerpo hasta hacerla gritar de placer.

¡Por todos los dioses! Esa mujer lo tentaba nuevamente, como ninguna otra lo había hecho. A él, que había adorado las tentaciones de una forma que desafiaba cualquier explicación. Un hombre que se había negado a enamorarse, que había pasado de una mujer a otra hasta quedarse sin ganas de hallar la ideal porque esa estaba a kilómetros de distancia.

Pero desde que había vuelto a verla, había ido recordando dolorosamente al hombre que había sido antaño, al joven que sonreía con los ojos al verla desayunando a su lado, al muchacho que besaba el suelo que ella pisaba con completa devoción. Sentía cómo la sangre corría con fuerza por sus venas mientras contemplaba los labios húmedos y plenos de Dixie.

Casi podía saborearlos.

Sentirlos.

Que los dioses se apiadasen de él urgentemente, porque la deseaba con desesperación.

Sólo ella era capaz de despertar a la bestia hambrienta que moraba en su interior. Esa parte de él que quería rugir y devorarla de la cabeza a los pies sin pérdida de tiempo, ahora, en ese momento, en cualquier lugar. Se tragó el nudo que le obstruía la garganta, dolorido aún por el deseo insatisfecho, y en ese mismo instante supo que tenía que alejarla de sus pensamientos.

Jamás podría ser suya.

—Ahmed.

La voz de su prometida interrumpió el momento que tenía a todos hechizados.

Él la soltó.

Dixie miró a la joven con una mezcla de rabia e interés.

La multitud que había alrededor de los dos se apartó cuando la dama habló y se acercó con elegancia. Llevaba puesto un vestido de seda, largo hasta la rodilla y de diseño tenue, vaporoso, en diversos tonos de azul y verde, que a buen seguro había costado una fortuna. Su corta cabellera caoba relucía enmarcando un rostro que cualquier escultor habría adorado. Sus ojos verdes claro completaban la primorosa visión. Era una preciosidad, tal vez la mujer más bella que Dixie había visto jamás. Era perfecta.

Cloé se acercó a Ahmed y lo besó posesivamente, delante de todos, dejando en claro que era de su pertenencia. Ahmed no le devolvió el beso ni sacó los ojos de los de Dixie ni un segundo. Tampoco ella los sacó de los de él.

Cloé se separó y Dixie esperó unos segundos antes de comentarle a Ahmed, ignorando a la mujer.

—Voy a pensar en mi premio y te aseguro que me lo voy a cobrar — le dijo ella antes de marcharse hacia los establos, intentando que nadie se diera cuenta de su desilusión.

Golpe de realidad.

Le venía bien para quitarse de encima las últimas palabras de él que aún las sentía rebotar en su cabeza.

Tenía dueña.

Era perfecta.

La mujer ideal para él.

No era ella.

Fin.

## Capítulo 4

Los momentos posteriores fueron extraños. **L**Ahmed vio a su prima caminar decidida hacia los establos, seguida por algunos de los peones. No pudo hacer nada para detenerla porque Cloé se había colgado de su brazo y lo taladraba a preguntas acerca de quién era la mujer a la que acababa de decirle que la necesitaba.

Deniz apuró el paso hacia el interior del *chateau*, llevando a su hija casi a la rastra para evitar que hiciera comentarios que desencadenaran más discusiones y malos entendidos. Perdió de vista a Sarket quien seguramente dejaría las bolsas que traía en su oficina y se pondría a disposición de su hermano, especialmente para quitarle de encima a la prometida soberbia.

Ariadna volvió al restaurante para ver si el almuerzo familiar ya estaba encaminado y tratando de no involucrarse, pero feliz de que Cloé apareciera.

No volvieron a reunirse hasta que les avisaron que el almuerzo estaba listo en el salón.

Ariadna presidió la mesa, seguida por sus dos hijos. A continuación, Cloé al lado de Ahmed y Damla al lado de su madre.

Quedaron dos lugares vacíos. Nadie hizo comentario alguno acerca de los comensales que faltaban, ni siquiera Damla. Ahmed la buscó varias veces con la mirada y se detuvo en los ojos escrutadores de su hermana, que también buscaba a alguien. Si bien Ahmed creyó que se preguntaba dónde estaría su prima, Deniz buscaba a Sarket, quien generalmente compartía la comida con ellos.

Ninguno de los dos estaba por allí.

—¿Pudiste elegir los caballos que tanto te interesaban? —le

preguntó su madre, sorbiendo de su copa de vino.

—Sí.

—¿Cuándo llegarán?

—Mañana.

—¿Por eso estaban haciendo espacio en los establos? —indagó Deniz, con poco interés.

—Exacto. Los nuevos establos aún no están listos —respondió Med sin mirarla.

—¿Habrá lugar suficiente? —insistió su madre.

—Sí. De todos modos, será por pocos días. En tanto se terminen los establos de los viñedos y los exámenes definitivos a los ejemplares que trajimos, los trasladaremos. Sólo el ejemplar de salto irá directamente al club —lo cortante de la respuesta extrañó a su sobrina.

—¿Te pasa algo, tío?

—No.

—¿Mañana estarás presente para la cosecha? —le preguntó su madre alzando una ceja.

—Sí, lógicamente —respondió él—. Siempre estoy ahí, especialmente si papá sigue de viaje.

—¿Puedo ir contigo, tío? —le rogó Damla con una de sus sonrisas compradoras.

—Conmigo no porque tengo que resolver unos asuntos en el club primero, pero te veré allá —le dijo con poco interés. Y le comentó a su hermana—: Llévala tú.

Damla frunció el ceño, preocupada.

—Tío, estás enojado. A mí no me puedes mentir.

Ahmed iba a contestarle cuando Cloé se adelantó.

—Seguramente sigue molesto por la discusión que tuvo hace un rato —aclaró su prometida intentando averiguar más acerca de la mujer.

—No inventes, por favor —le reprochó él con desagrado.

—No es invento sino la impresión que me causó... que nos causó a todos —dijo la joven tratando de involucrar a los demás.

—A mí, no —dijo Damla a pesar del golpe que le dio su madre por debajo de la mesa—. No creo que mi tío esté enojado con tía Dixie. Él

sabe muy bien que ella es la mejor veterinaria del mundo y hoy quedó en claro que también es la mejor amazona. ¡Te ganó la carrera, tío! — exclamó asombrada. Y agregó mirando a su madre—: ¡Voy a tener que pedirle que me dé algunas clases, ¿no, mami?!

—¿Tía Dixie? —preguntó Cloé con desagrado—. Creí que «yo» era la única tía que tenías.

Deniz cerró los ojos. Había esperado que la prometida de su hermano hubiera pasado por alto el tratamiento que la niña le había dado a la mujer desconocida para ella, pero no... no se le había escapado.

—Tú no eres mi tía —le aclaró la niña de forma lapidaria—. Sólo eres la novia de mi tío.

—Su prometida —la corrigió con rabia entre dientes.

—¡Da igual! —exclamó la niña en el mismo tono—. Mami, quiero tomar clases con mi tía además de que me enseñe acerca de mi potrillo. ¿Verdad que puedo?

—Hablaremos con Dixie, mi amor —respondió Deniz mirando la pantalla de su celular que acababa de iluminarse—. Debo atender la llamada. Con permiso.

Y se alejó hacia la puerta.

Cloé giró la cabeza hacia su prometido que comía en silencio.

—¿Quién es la «tía Dixie»? —le preguntó con fastidio.

—Mi prima.

—¿Esa a la que le dijiste que la necesitabas? —insistió su novia tratando de dominar su rabia.

—Estamos almorzando en familia, Cloé —cortó él.

—¿Y por qué ella está aquí y mi tía no? —lo interrogó la niña, señalando a la novia de Ahmed.

—Porque yo soy parte de la familia —contestó Cloé, empezando a tomarle coraje a la niña.

—No aún —replicó Damla sin poder ocultar su enojo.

El celular de Ahmed sonó interrumpiendo la conversación. Era Deniz. Med se disculpó y fingió atender el llamado, saliendo por la misma puerta que había salido su hermana. Se encontraron en el patio trasero del restaurante, donde nadie los podía escuchar.

—Menos mal que me sacaste de ese odioso almuerzo —le agradeció

él—. No sé qué era peor: Cloé indagando sobre Dixie o tu hija menospreciándola. Nunca van a llevarse bien.

—Nadie puede llevarse bien con tu prometida porque es caprichosa y estúpida —se quejó su hermana—. ¿Dónde está Dix?

—No lo sé. Se fue hacia los establos y no regresó —respondió seco—. Sarket tampoco vino al almuerzo.

—Traía unas bolsas mías y supuse que las iba a dejar en mi oficina —le explicó ella—. Después del espectáculo que dieron nuestra prima y tú, lo perdí de vista.

—No dimos ningún espectáculo —aclaró él—. Casi muero del susto cuando comprendí su intención de saltar.

—¿Y por eso la sacaste en andas del caballo?

—Fue un acto reflejo.

—Vamos... no sabes qué hacer para tenerla entre tus brazos —lo encaró ella—. Acéptalo.

—Nada que ver —negó él con el brazo—. Supongo que... no sé... no sé por qué lo hice.

—Por la misma razón que le dijiste que la necesitabas —le explicó ella—. Porque no has podido quitártela de la cabeza.

—Eso no es cierto.

—¿Por qué le dijiste eso con tanta vehemencia delante de todos? —lo apuró ella con fastidio.

Ahmed se quedó en silencio.

No sabía qué decir.

No sabía por qué lo había dicho.

—Supongo que porque la necesito trabajando aquí —trató de explicar—. La inversión que he hecho en los nuevos establos y el emprendimiento es muy alta y una de las razones por las que contraté otro veterinario es para que se hiciera cargo de todo eso.

Su hermana lo miró en silencio. Luego ella agregó...

—Puedes mentirte todo lo que quieras, pero el énfasis, el apasionamiento con el que le hablaste no tiene que ver con el trabajo. Lo dijiste desde lo más hondo de tu corazón. Tu confesión fue visceral —le abrió los ojos ella—. Y tu necesidad de ella ha quedado tan en evidencia como las ganas de tocarla, de tenerla cerca, de sentirla contigo —Él trató de negarlo, de interrumpirla. Pero ella lo detuvo con

la mano—. Hasta que lo aceptes o te des cuenta, te recomiendo que te alejes de ella lo más que puedas. Porque estás mostrándote como un toro desbocado. No puedes manejar los sentimientos que te inspira, la sigues con la mirada a todas partes, la menosprecias verbalmente, pero al mismo tiempo aceptas que te resulta necesaria, y lo aceptas delante de todos, delante de tu prometida incluso. Piénsalo. Te estás comportando como un adolescente —estaba por darse vuelta cuando agregó—: Y fíjate dónde quedaron los ocupantes de nuestra mesa de hoy.

Y se marchó hacia el interior del restaurante.

Ahmed se maldijo a sí mismo con cada paso que daba. Su hermana tenía razón y no había argumento alguno para desmentirla, menos aún si describía de forma tan clara lo que le pasaba por la mente y el cuerpo cuando Dixie estaba cerca.

Se había quedado con las ganas de devorarle la boca de un beso, de quitarle el aliento como hacía 20 años.

Debería haberla besado.

Debería.

No.

Había hecho lo correcto.

Jamás podría haber algo entre ellos.

Pero el dolor que sentía cada vez que la tenía cerca era tan fuerte que estaba a punto de acabar con él.

Odiaba esos sentimientos que albergaba en su interior.

Odiaba la necesidad que Dixie despertaba en él.

Hacía mucho tiempo que había desterrado todas sus emociones y prefería vivir de ese modo. Era una especie de capullo que lo mantenía a salvo de cualquier tipo de confusión. Pero ella podía contra todas sus barreras.

—¡Tengo que sacármela de la cabeza!

Y no era una orden, era una maldición...

\*\*\*

Caminó por todo el establo, la enfermería, el hall del



*chateau* y terminó en la ventana trasera del comedor de empleados.

Y allí la encontró.

Dixie almorzaba con los peones, el capataz, algunas de las mucamas del *chateau*, otros empleados del hotel y Sarket. Se la notaba distendida, alegre, riendo ante los comentarios de los demás, con la simpleza que siempre la había caracterizado. Todos hablaban de manera informal, riendo ante los comentarios de unos y otros, en un clima armónico.

No podía dejar de mirarla, tratando de descubrir qué era lo que le llamaba tanto la atención, qué cosas le recordaban a la adolescente que había dejado de ver hacía veinte años.

De pronto, lo vio con toda claridad.

Antes Dixie tenía toda la inocencia de una niña. Ahora era una mujer. Tenía una nueva madurez. Él había percibido cierta diferencia indefinible en su manera de conducir su cuerpo; lo hacía con orgullo, pero con un conocimiento nuevo e íntimo. Su sonrisa y su mirada tenían ahora una seducción natural; no era esquiva ni coqueta, sino inconscientemente atractiva, especialmente cuando sus ojos se demoraban en Ahmed.

Sarket lo vio detrás de la ventana y se miraron. Ahmed le hizo señas de que más tarde iría hacia la oficina y su amigo asintió. Pero no se puso de pie. Aún no había terminado de almorzar e imaginaba que Ahmed tampoco. Miró a la mujer que tenía a su lado y, después de escucharla contar anécdotas que había vivido en los campos cercanos o en los viñedos, entendía perfectamente por qué su amigo se había enamorado de ella.

Admiraba de Dixie que era demasiado directa; parecía no albergar dudas acerca de que su conversación resultaba interesante y digna de ser escuchada. No fingía estar impresionada por las opiniones de los demás y parecía incapaz de mostrar deferencia alguna por nadie. Para ella era igual hablar con los peones del establo como con los camareros, las empleadas de limpieza o el capataz.

Y era esa simpleza, su don de gente, su calidez sin importar la clase social de la persona con la que hablaba, lo que la hacía tan atractiva

más allá de su belleza exterior.

Cuando terminaron de almorzar, Sarket se disculpó y caminó hacia las oficinas del primer piso. Golpeó a la puerta y entró. Ahmed revisaba unos mails en la computadora del escritorio.

Hacía años que se conocían, así que no era necesario que su amigo le dijera que estaba nervioso y de mal humor. Era más que obvio.

—¿Por qué almorzó contigo? La familia almuerza en el restaurante —le preguntó de mal talante.

—No almorzó conmigo, sino con todos los empleados —lo corrigió Sarket—. Dijo que ella era una empleada como cualquiera.

—No lo es.

—Díselo.

Silencio.

Ahmed bajó la vista hacia la computadora otra vez.

—¿Qué es lo que quieres que le diga?

—El rol que ocupa —respondió su amigo. Y agregó con ironía—: Claro que primero deberías identificar tú cuál es ese rol. La tratas con frialdad como a una empleada más pero te quejas si la ves comiendo con tus otros empleados porque sostienes que es familia. ¿Es familia?

Ahmed alzó la vista de la pantalla y lo miró.

—Difícil pregunta la tuya, amigo —comentó pensativo—. Siempre lo fue... familia, digo. Hasta que se fue.

—¿Por qué dejó de ser familia cuando se marchó? —insistió el hombre de los ojos claros frunciendo el ceño—. Uno no deja de pertenecer a la familia después de una discusión, un alejamiento, un desencuentro, un error... especialmente si tienes 15 años y ningún poder de decisión —aclaró alzando las cejas—. Los lazos de sangre son indestructibles.

—No nos unen lazos de sangre —se apresuró a aclarar Med—. No cercanos. Bah, ni siquiera lejanos... es larga la historia. Pero siempre ha sido parte de nuestra familia sin tener en cuenta las diferencias entre mi madre y su madre, diferencias que, sólo el paso de los años, me permitieron entender... a medias...

—Para ser parte de tu familia te has mostrado bastante descortés y agresivo con ella —le recordó Sarket—. La trataste con rabia, con enojo descontrolado, la maltrataste delante de todos, causaste la

herida que se hizo en la mano por la forma en que la alejaste del caballo que intentaba curar y hoy la tenías sujeta por el brazo a pesar de que ella trataba de soltarse —Y agregó con asombro—: ¡Y le gritaste frente a todos tus empleados, tu hermana, tu madre y tu prometida que la necesitabas! ¿No te parece que resulta bastante extraña la forma en que actúas?

—Ya se lo dije a Deniz cuando me lo reclamó que sólo fue una forma de decir...

—Todo el personal quedó petrificado —continuó su mano derecha—. Es la segunda vez en dos días que la tratas tan mal —le reprochó con enojo—. Tienes que empezar a controlarte.

Ahmed hizo silencio.

—¿Ahora dónde está?

—Fue a la casa de tus padres. Iba a cambiarse de ropa para ir a los viñedos contigo.

Med tomó las llaves de su camioneta y se puso de pie, caminando hacia la puerta. Sarket lo detuvo del brazo.

—No.

—Suéltame.

—No vayas —le dijo sin soltarlo—. ¡Enfríate!

—No me pasa nada —se quejó Ahmed.

—¡Te pasa de todo! —exclamó Sarket, corrigiéndolo.

—No digas pavadas...

—Vamos, Med. Te conozco desde hace años y nunca te he visto comportarte así. ¡Estás descontrolado! No sé... desmedido, sin términos medios. Tienes que bajar un cambio.

—No puedo.

Se miraron los dos. Ahmed soltó las llaves en el escritorio, cediendo, aceptando la realidad. Recién ahí su amigo lo soltó.

—Tienes razón. Lo reconozco. No estoy pensando con la suficiente claridad —se resignó el hombre—. Ella me descoloca, como siempre. Y no se le mueve un músculo de la cara. No le afecto en nada.

—¿Tú crees?

—Sí, la conozco bien. No puede ser más fría —dijo dejándose caer de nuevo en el sillón frente al escritorio.

Sarket abrió los ojos, extrañado. Hubiera jurado que la mujer era

de todo menos fría.

—Estaba molesta.

—Sí —dijo Med, sonriendo levemente para sí mismo—. Me encanta cuando se molesta.

Y lo dijo en un tono extraño y con esa media sonrisa sádica, sin siquiera darse cuenta, como si se hubiera hablado a sí mismo. Sarket detectó el gesto, aunque sólo había durado unos segundos.

—La que estaba encabritada era tu prometida.

—Dímelo a mí que tuve que soportarla durante todo el almuerzo: sus comentarios con doble intención, el acicateo de Damla que parece empecinada en detestarla y la forma en que Deniz la ignora... —se quejó con una mueca.

—Imagino que te habrá torturado a preguntas acerca de Dixie. Estaba como loca de celos.

—Me tiene sin cuidado —comentó Ahmed sin dejar de dedicarse a responder correos.

—No entiendo por qué vas a casarte con esa niña egoísta y prepotente. ¡Es insoportable! —exclamó su amigo mirando por el amplio ventanal que daba a la ruta arbolada—. No es mujer para ti... bueno, no es una mujer sino una jovencita caprichosa. Muchas veces me he preguntado qué ves en ella —comentó mirándolo de soslayo.

—Yo me he hecho la misma pregunta —sorprendió el comentario de Ahmed, hecho en voz baja, como para sí mismo—. Será porque es simple, no es tan inteligente que llegue a resultar molesta, es hermosa, complaciente en la cama, con un padre rico con el que hago muchos negocios y dueña de las tierras que quiero para ampliar mi club. Ah, y no se mete en mis asuntos.

La frialdad de la respuesta dejó perplejo a Sarket.

Sabía que Ahmed era temperamental y posesivo, despiadado con sus pertenencias, déspota y un témpano sin sentimientos aparentes, pero esos dos días había vislumbrado una faceta desconocida del hombre: la obsesión desmedida.

Dixie provocaba en él desconcierto y rabia, pero también una pasión que sólo le conocía por sus caballos.

Y temía por él.

La mujer había venido por un corto tiempo y luego regresaría a su

país natal. Tenía que lograr que él se hiciera a un lado y la sacara de su mente porque todo iba a complicarse.

—¿Por qué no comiste tú con la familia? —le preguntó Med, sacándolo de su ensimismamiento.

—Estaba con ella cuando nos avisaron que la comida estaba lista. Dijo que no era familia y, sin ir más lejos, yo tampoco lo soy.

—Es como si lo fueras.

—Pero no —aclaró con una mueca—. Y fuiste a buscarla a ella, no a mí, querido amigo.

—Los fui a buscar a los dos —le retrucó Ahmed—. Esa fue la orden de mi hermana... ir por los dos — y Sarket se perdió una vez más por la ventana. Deniz había preguntado por él.

Sonrió apenas.

—¿Te vas a los viñedos? —le preguntó caminando hacia la salida.

—En cuanto ella regrese —respondió Med casi al descuido.

—Si regresa... —aventuró su amigo haciendo una mueca.

—Regresará —dijo Ahmed alzando una ceja y mirándolo con la misma sonrisa torcida que le había descubierto momentos atrás.

La conocía bien.

Ella iba a volver por más.

\*\*\*

## Dixie subió a la camioneta con rabia.

Había almorzado con los empleados y él ni siquiera se había molestado en preguntar dónde estaba ella. No es que le molestara comer con ellos, para nada... Lo que la tenía loca era la falta de interés de él.

Claro, si estaba con la perfecta prometida, la insulsa, la de porte de princesa.

Golpeó el volante varias veces para descargar su frustración. No había nadie cerca que la viera u oyera, así que gritó entre dientes en forma gutural, de rabia e impotencia.

¡Maldito Ahmed!

Maldito el momento en que había aceptado ese trabajo.

Malditas las sugerencias de Sonia y maldita su estupidez en aceptarlas.

Maldito viaje retorcido.

¿Qué hacía ella ahí?

Sacando toda la idílica idea de que iba a terminar su tesis y concretar otro título que la posicionaría aún mejor entre los profesionales de su nivel, era la peor decisión que había tomado en la vida.

¡Y su novia!

Tan perfecta, tan pulcra, tan elegante y etérea. Sus verdes ojos destellaban con vida, su rostro se le antojaba hermoso y atractivo. Su esbelta figura era femenina y sus curvas, bien definidas y seductoras.

¡Era preciosa! De sólo recordarse al lado de ella, desgredada, transpirada, con olor a caballo, la ropa sucia, el cabello enredado... ¡un desastre! Ni punto de comparación.

Arrancó el vehículo y salió como alma que llevaba el diablo. Hizo el recorrido en tiempo record.

Dejó la camioneta arrimada al cordón de entrada de la casa de sus tíos, como quiso, como pudo ante tanta rabia y subió las escaleras corriendo, derecho a la ducha. Cuando el agua fría la golpeó, sintió el aguijón de la desesperanza.

¡Odiaba trabajar para él!

¡Odiaba depender íntimamente de su aprobación cuando ella sabía cuáles eran sus capacidades!

¡Odiaba sus ojos y su boca y sus brazos fuertes y su trasero marcado por el pantalón ceñido y...!

¡Odiaba sentir que la atracción adolescente seguía a flor de piel a pesar de los años!

Pero eso sólo le pasaba a ella. Porque él era frío como una estatua de piedra y la trataba de forma despectiva y violenta. Era evidente que no soportaba su presencia.

¿Qué iba a hacer ella con todo lo que le estaba sucediendo?

Cerró los ojos y se masajeó el cuerpo con la toalla. Quería quitarse de encima las sensaciones que el cuerpo de él había provocado en su interior, pero su propio cuerpo se negaba a abandonar su calor.

Miró por la ventana y el cielo se había vuelto gris. Esperaba que no

lloviera por la noche. Las tormentas la ponían nerviosa.

Sacó del closet un vestido largo en blanco, tejido a mano, con pequeñas flores caladas, botas bajas color café y una chaqueta corta de gamuza marrón. Se acomodó el cabello con los dedos, arrojó algunas de sus pertenencias en un bolso que se cruzó en el cuerpo y salió a toda prisa.

Nuevamente era tarde. Para variar y como ya era costumbre iba a tener que soportar la mirada despectiva de su primo por su impuntualidad.

Cuando salió hacia la camioneta descubrió el cielo más oscuro que antes, presagiando tormenta. Hizo una mueca de disgusto y arrancó el motor. Se arrepintió de no haber aceptado la invitación de Gerard para pasear por el pueblo. Había sido lenta al responder. Se hubiera podido evitar tener que estar tanto tiempo a solas con Ahmed.

¡Estúpida!

¡Soñadora, idealista y estúpida!

¿Qué había creído que iba a suceder si estaban todo el día juntos?

Un desastre emocional...

Castigada, envuelta en una maraña de sensaciones, enojada con ella misma, alterada hasta la locura y con el ceño fruncido, salió a toda velocidad hacia el *chateau*.

\*\*\*

Ahmed discutía con su prometida en su oficina, intentando prestarle la menor atención posible. No le gustaba dar explicaciones, ni siquiera tenía interés en hablar con ella y aclararle nada.

—Y encima que postergo todas las actividades que tengo para venir a almorzar contigo y tu familia... tú te marchas a trabajar, tu hermana me ignora cada vez que hago un comentario y tu sobrina... Agggggg... ese es otro temita... —vociferó dando vueltas por la oficina—. Esa niña desagradable y malcriada no hace otra cosa más que tratarme en forma odiosa, defendiendo a la tal «tía Dixie» —imitando la voz de

Damla—. Que tía Dixie de acá, que tía Dixie de allá... Que salvó la vida de mi potrillo, que salta como nadie a caballo, que... ayyyyy, la mataría.

Ahmed alzó la vista y la fijó en ella. Podía criticarlo a él cuanto deseara o quejarse de la forma en que Deniz la destrataba o no prestaba atención a sus comentarios, pero jamás le iba a permitir que hablara mal de Damla.

—Ten cuidado con lo que dices acerca de mi sobrina —le advirtió en tono duro—. No te pases del límite.

—Te estoy contando lo mal que me hacen sentir las dos y la defiendes a ella —lloriqueó Cloé haciendo mohines infantiles, sabiendo que el hilo delgado de la paciencia de Ahmed podía romperse si seguía por ese camino—. Yo soy su tía, yo, Cloé... no la otra... señorita, la sucia, con olor a caballo y mal gusto para escoger botas que trajiste entre tus brazos.

El hombre volvió a su trabajo. No pensaba darle explicaciones. La mujer miró por el amplio ventanal del primer piso e hizo una mueca despectiva.

—Ahí la tienes de vuelta, pero esta vez cambiadita y con un vestido que no es el adecuado para un establo.

Ahmed se puso de pie y la vio bajar de la camioneta y caminar hacia los peones, que la recibieron con una sonrisa sincera. En poco tiempo había logrado respeto y afecto, como siempre solía suceder con ella.

Lamentó que hubiera elegido un vestido tan largo. Hubiera preferido que dejara al descubierto sus largas piernas, las que alguna vez lo habían enredado, enamorándolo.

—Me voy a los viñedos —le informó sin poder dejar de mirarla.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó ella deseando que dijera que no porque odiaba el aire de campo.

—¿Para qué? —se extrañó él—. Voy a trabajar y no tengo tiempo de hacerte un tour.

—Está bien. De todas formas, estoy complicada de horarios —minimizó ella tomando su bolso.

—Pero si tú no haces nada de tu vida —comentó Ahmed, cortante—. No estudias una carrera, no trabajas...

—Estoy con los preparativos de la cena de gala de los viñedos —se



quejó ella abriendo los ojos.

—¡Ni que te encargaras del evento! —exclamó el hombre riendo con ironía—. Di mejor que te ocupas de «tus» preparativos para la bendita cena, la cual aborreces, y nada más.

—¡Obvio que me ocupo de mí! Y me lleva mucho tiempo elegir el vestido, los accesorios y demás... ¡Imagínate!

Sin quererlo, Ahmed revoleó los ojos con fastidio ante tanta frivolidad y no pudo evitar comparar a las dos damas.

Mentalmente Dixie tomó una ventaja que Cloé nunca lograría superar. Desde su preparación académica, su sensualidad, su entusiasmo, su sonrisa sincera, su dulzura al tratar con su sobrina, su belleza desmedida, su simpleza para elegir un atuendo, esos ojos que lo devoraban...

Todo rondaba alrededor de ella.

Volvió a mirar hacia el exterior y se extrañó al ver el movimiento que se generaba entre los peones y cómo Dixie alzaba la falda de su vestido y corría velozmente hacia la veterinaria. Sin reparar en que dejaba a su prometida parada hablando sola en medio de la oficina, corrió escaleras abajo para enterarse de lo que sucedía.

Sarket le salió al paso cuando vio su cara preocupada.

—¿Qué pasó? ¿Por qué todos están corriendo? —indagó Ahmed, preocupado.

—Llamó tu vendedor, Fulard. Uno de sus caballos de carrera, un padrillo muy cotizado, se ha quedado atascado en una cantera.

—¿Por qué tenemos nosotros que recuperarlo?

—Porque sus hombres hace una hora que lo intentan y no lo logran. Su veterinario está de viaje y... —Sarket vio a Dixie venir corriendo—. Pidió expresamente por ella.

Ahmed se fastidió. Vio a la mujer llevar su maletín e impartir órdenes entre algunos peones, solicitando elementos que podrían llegar a necesitar. Cuando la vio dirigirse hacia la camioneta roja rugió...

—Yo te llevo.

Y no dijo más nada. Se encaminó hacia su camioneta todo terreno tan oscura como la noche (como todos sus vehículos, como su caballo, como su moto, como su corazón) y la vio subirse del lado del

copiloto luego de colocar el maletín detrás. Arrancaron junto con otras camionetas que los siguieron, al tiempo que se escuchaba un relámpago lejano que avisaba la cercanía de la lluvia.

Ella se estremeció.

—Sigues detestando las tormentas —aseveró él sin mirarla.

Ella asintió sin hablar. No podía dejar de mirar por la ventanilla, no quería enfrentarlo ni hablarle ni que él le hablara.

—No entiendo por qué Fulard pidió por ti —dijo él casi hablando solo porque ella no le contestaba—. No tenemos tanta confianza como para que nos pida ayuda.

Ella volvió el rostro hacia él y le contestó con frialdad...

—Será porque confía en que yo pueda ser de utilidad. Tal vez porque hoy se dio cuenta de mi capacidad o porque no tiene a nadie más a quien recurrir y sabe que estoy cerca —manifestó con rabia—. Le dejaste bien en claro el hecho de que trabajo exclusivamente para ti las veinticuatro horas del día.

—Yo no dije eso.

—Fue como si lo hubieras dicho —lo acicateó ella.

Ahmed estaba por responderle cuando llegaron al rancho de su vecino y vieron la cantidad de peones que iban y venían sin poder hacer nada. Acababa de detenerse cuando Dixie saltó de la camioneta y, tomando su maletín, corrió hacia la pequeña multitud. Pidió permiso a los empujones y observó la situación desde la altura.

El caballo estaba en verdaderos problemas. Se había metido en un manantial natural, resbalándose en el barro y en su desesperación por salir, se había hundido aún más, haciendo el pozo más profundo.

Dixie lo notó cansado, con pocas fuerzas. Se acuclilló a su lado y lo revisó, acariciando su nariz y hablándole al oído, como solía hacer.

La escena resultaba conmovedora. El animal, con el barro hasta el cuello, que hasta ese momento había luchado en forma desesperada y arisca, se dejaba acariciar por una desconocida, y la miraba fijamente cuando ella se ponía delante suyo para hablarle en voz baja.

Las primeras gotas cayeron estrepitosamente sobre todos y ella supo que debían trabajar rápido. Dixie se puso de pie, Fulard se acercó a ella y escuchó su diagnóstico con seriedad.

—Está agotado y no creo que tenga fuerzas para seguir luchando —

comentó ella sopesando las opciones—. No quiero que esto lo desmoralice y se deje morir.

—¿Qué sugieres hacer? —la voz de Ahmed se oyó casi al mismo tiempo que el trueno ensordecedor.

Ella se volteó para mirarlo, con el cabello mojado, las gotas deslizándose por su perfecta cara, la camisa pegándose a su cuerpo. Por un segundo recordó la primera vez que se habían amado, aquella terrible tormenta de verano.

Y él supo que ella estaba rememorando ese momento porque su boca se entreabrió, expectante, como tantas veces antes de que él la besara, como reclamando su calor. Miró su antes perfecto vestido blanco embarrado, pegado a sus curvas, la mirada gris por la tormenta y la deseó más que nunca.

—Debo sedarlo para que no gaste más energías —respondió ella, volviendo a la realidad.

—Pero si está sedado no va a poder colaborar en su rescate —se extrañó el dueño—. Astroid va a morir.

—Va a ser más difícil manipularlo, pero evitaremos que se siga lastimando por su desesperación. Tendremos que hacer todo el trabajo nosotros —indicó ella abriendo su maletín y buscando el sedante.

Detuvo la jeringa con el líquido ámbar en alto, a la espera de la orden del dueño, que dudó unos segundos.

Llovía torrencialmente y el hombre no se decidía.

Ahmed se desesperó.

—Nos llamó pidiendo por ella, MI veterinaria, y aquí la tiene, en medio de la tormenta, dispuesta a salvar a su caballo —le gritó con rabia—. Ella sabe lo que hace. Es la mejor.

Dixie miró el suelo. Acababa de recibir el primer halago de parte de su primo, el primer reconocimiento sobre su trabajo. Pero no pudo detenerse a saborearlo.

—Hágalo.

Dixie se inclinó sobre el animal y lo inyectó, mientras le hablaba en forma tranquilizadora. Sintió el cuerpo ceder y relajarse, sin quedar completamente dormido.

Caminó alrededor del animal, ante la mirada expectante de los

peones y jinetes con los que había estado esa mañana. Le mostraron los intentos vanos de sacarlo, la fuerza que habían hecho y el agua que empezaba a subir más y más. Fulard le indicó que contaba con un helicóptero en caso de ser necesario y con un tractor.

Dixie pidió a sus peones que buscaran las cinchas que habían traído y dio las indicaciones para crear un cabestrillo improvisado para empujar debajo del pecho del caballo y suavemente sacarlo, utilizando la fuerza del tractor.

Ahmed pidió que acercaran el tractor y siguió embelesado los movimientos y órdenes que daba ella, sin importarle estar llena de barro, estropear su ropa, sus botas, su cabello. La vio hincarse varias veces frente al caballo para acariciarle suavemente las orejas y clavar su vista en él, tranquilizándolo y susurrando palabras ininteligibles, enamorándolo, como recordaba que le hablaba a él después de hacer el amor.

Los peones comenzaron a remover la tierra que estaba rodeando al animal con sus propias manos, pero el agua caía cada vez más fuerte, entorpeciendo su trabajo. Cada vez que cavaban, el agua los hacía caer, los hundía o los agotaba.

—Maldita lluvia, maldita lluvia —protestaba ella frustrada, nerviosa.

Le castañeaban los dientes porque había bajado la temperatura, su ropa era un desastre, su maletín había flotado en el agua y había estropeado la mayoría de los materiales.

Cuando otro intento vano se frustró, Dixie empezó a desesperarse. Golpeó el suelo con rabia, enajenada. Estaba despatarrada en el barro, empapada y sucia, pero no dejaba de hablarle al animal ni un segundo.

Ahmed se agachó a su lado.

—No voy a poder salvarlo —la oyó susurrarle, casi llorando, golpeando con el puño el barro.

—Sí, lo harás —le dijo él al oído, cubriendo su mano con la suya—. Lo harás porque eres la mejor veterinaria de emergencias. Lo harás porque no vas a resignarte ni vas a abandonar a un animal que te mira de la manera que este lo hace. Y lo harás porque yo estoy contigo, como siempre. Lo haremos juntos.

Ella alzó el mentón y clavó los ojos llovidos en sus ojos.

Le avisaron que estaba colocado el cabestrillo, que las cinchas estaban dispuestas, el caballo relajado ya que ella seguía hablándole en el medio del lodo y el agua. Ahmed le retiró el pelo que tenía pegado en la cara y se lo colocó detrás de la oreja.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Ocúpate del tractor —respondió ella con seguridad—. Vas a tener que avanzar de forma lenta y solo cuando yo te lo indique, con suavidad. Como cuando me rescataste con la camioneta de mi caída al río, ¿lo recuerdas?

—¡Cómo olvidarlo! —exclamó él sonriendo—. Logré que me adoraras como a un héroe.

Era la primera vez que le sonreía.

Y lo amó. Más aún que antes.

—Tenía 10 años —se quejó ella sonriendo también.

—Y ya hacías lío queriendo conducir sola —y se miraron hasta que las sonrisas desaparecieron.

—Te avisaré cuando puedas empezar —le dijo ella, retirando su mano, poniéndose de pie y explicándole a los peones lo que iban a hacer y cómo debían colaborar todos en ese momento.

Los minutos siguientes fueron cruciales. Trabajaron todos en equipo, a las órdenes de ella.

Después de muchas maniobras, gritos, corridas y jaladas, Astroid logró ser quitado del lodo. La mano experta de Ahmed en el tractor había sido fundamental para evitar lastimar al animal. El vehículo había compensado la fuerza que Astroid no podía hacer por los sedantes.

Cuando lograron sacarlo del lodo, el caballo estaba frío y débil, y colapsó por el esfuerzo y el estrés. Dixie hizo que lo cubrieran con mantas térmicas y le colocó suero. Pidió que lo trasladaran a los establos del *chateau* y su dueño aceptó, feliz de haber recuperado a su caballo. Ella viajó con Astroid en el transporte de caballos, atendiéndolo minuto a minuto, mientras que Ahmed volvía solo en la camioneta.

Cuando llegó al *chateau*, Astroid estaba bastante tranquilo y había recuperado su temperatura. Ahmed estaba esperándola y con el

espacio destinado al caballo acondicionado.

Después de una última revisión, Dixie le dio indicaciones al cuidador y recién ahí se relajó. Las piernas le temblaban, tenía frío y estaba helada, por eso caminó hacia su camioneta. Debía regresar a la casa y darse pronto un baño caliente o se enfermaría. La mano de Ahmed detuvo la puerta y le impidió abrirla.

—¿A dónde vas sin avisarme?

—No sabía que tenía que pedirte permiso para ir a la casa de tus padres —respondió ella temblando, pero mostrándose enojada—. Necesito cambiarme y darme un baño.

—Puedes hacerlo en el *chateau*.

Un trueno ensordecedor impidió que respondiera. Se aferró al brazo de él con temor. Ahmed contuvo la respiración, asombrado por la reacción de ella, por el calor que sintió atravesando la ropa a pesar del frío y la lluvia.

Ella se recompuso.

—Quiero ir a la casa. Estoy cansada.

—Yo te llevo.

—No hace falta —se negó ella tratando de volver a abrir la puerta. El agua seguía cayendo estrepitosamente y ellos no podían dejar de mirarse—. Déjame ir, por favor.

—Déjame llevarte. La carretera debe estar inundada y conozco un camino alternativo.

Ahmed señaló su camioneta y ella terminó cediendo. La mirada de Ariadna los siguió hasta que ingresaron en la camioneta y partieron.

El destino no se podía torcer.

Ella era testigo de que había hecho todo lo posible...

\*\*\*

Sarket y Deniz observaron la escena desde el ventanal de la oficina de ella, en silencio. Habían recibido el llamado de Ahmed contándoles que todo había salido bien y que estaban regresando con el caballo, que

hicieran todos los arreglos para que fuera colocado en un box ni bien llegara. Él mismo les había relatado a los dos cómo Dixie había manejado hábilmente la situación, cómo el animal se había calmado con ella, cómo él había colaborado con el tractor.

Ambos lo escuchaban hablar y no podían creer que fuera el mismo hombre que la semana anterior había vociferado en la construcción de los viñedos, despedido al nuevo capataz, gritado enloquecido por teléfono porque los materiales que le habían enviado no eran los correctos y había concurrido a infinidad de eventos intrascendentes llevando del brazo a la insípida de su prometida.

Hoy era otro hombre. ¡Hasta la mirada le había cambiado!

Deniz recordaba al joven que solía jugar con ella y Dix por toda la casa, la misma adoración al hablar de ella que demostraba ahora, la misma sonrisa asombrada, la misma felicidad.

¿Podía ser que lograra recuperar a su hermano de antes?

—No lo puede manejar —comentó Deniz al descuido.

—Le dije que se mantuviera lejos de ella, pero parece que le entró por un oído y le salió por el otro —dijo Sarket viendo como su mejor amigo se alejaba por el camino lateral.

—Al principio me puse contenta de tenerla de vuelta entre nosotros. Pero ahora, viendo cómo se comporta él... no sé... tengo dudas acerca de cómo va a terminar esto —manifestó ella sacudiendo la cabeza.

—¿Cuál es tu temor? —indagó el hombre mirándola de costado.

—No sé si es temor, pero recuerdo los meses que Ahmed pasó sufriendo su partida. Quedó destrozado —le confió ella, mirándolo también. ¡Cómo le gustaba ese hombre! Y siguió—: Ella sólo ha venido por un tiempo, en Boston vive con alguien, aunque no esté enamorada. Él se quedará aquí, tiene una prometida, aunque tampoco la ame. Complicado.

—Si tienen que estar juntos, encontrarán la manera. El destino decidirá —le dijo caminando hacia la puerta.

—¿Y nosotros vamos a tener que esperar también por la decisión

del destino? —le preguntó ella en un raptó de locura.

Lo dijo. Se arrepinti3.

Sarket se detuvo en su salida. Qued3 de espaldas a ella.

Cerr3 los ojos. No pod3a seguir haciéndose el tonto. Gir3 y la mir3.

—Nosotros... —dud3 qu3 decir—. Nosotros tendremos que esperar la decisi3n de tu hermano —le respondi3 sin acercarse.

—¿Qu3 tiene que ver Med en esto?

—Quisiera hablar con 3l primero —respondi3 sin dejar de mirarla.

—No ha sucedido nada entre nosotros a3n —se extrañ3 ella, confundida—. No me miras, no me registras, nunca una sonrisa. Si no hubiera sido por la conversaci3n del otro d3a hubiera cre3do que te resulto indiferente.

Sarket se acerc3 a ella, deteniéndose sin tocarla, perdiéndose en su mirada como siempre hab3a querido hacer.

—He estado enamorado de ti desde hace tantos a3os que no cre3 de que al fin pudiera llegar el d3a en que te dieras cuenta de que existo —le confes3 con voz suave—. Siempre estuviste tan lejos de m3... Te enamoraste de alguien m3s, te casaste, tuviste una hija maravillosa, sufriste por su culpa, lo dejaste, conquistaste a otro... —enumer3 casi con dolor, controlando la angustia—. No hab3a espacio para decirte nada. Y no ten3a deseos de que me dolieras m3s de lo que siempre me hab3as dolido. Por eso me mantuve lejos, trat3 de no mirarte cuando me ve3as, trat3 de que mis ojos no me traicionaran. Pero eso no significa que no est3 loco por ti.

La mano de Sarket atrap3 la barbilla de la muchacha y esta sinti3 que la obligaba a abrir los labios para 3l. En cuanto cedi3 a la silenciosa exigencia, la lengua del hombre penetr3 en su boca en una arremetida profunda, veloz, total. Deniz se sobresalt3 e intent3 retroceder, pero Sarket no la dej3.

Su boca se desliz3 sobre la de ella, ahogando el gemido de protesta. La boca de 3l era caliente, hambrienta, la lengua, directa y salvaje, mientras probaba el sabor de Deniz y la obligaba a probar el propio.

Era un beso apasionado, como el que se desea desde hace tiempo y al fin llega. Se separaron, acelerados los dos, habiendo disfrutado del contacto m3s de lo que se hubieran imaginado.

—D3jame hablar con Ahmed primero —le pidi3 3l.



Ella asintió. Él se marchó.  
Deniz se dejó caer en el sillón, apabullada.  
Sonrió. Sintió el trueno ensordecedor y la oscuridad de la tarde que caía a su fin.  
Ella y Sarket.  
Dixie y Ahmed.  
¿Sería posible que existieran segundas oportunidades?

\*\*\*

El camino que tomaron le resultó familiar. Lo habían recorrido antes muchas veces.

—En este camino me enseñaste a manejar —afirmó ella sin dejar de mirar por la ventanilla. No deseaba cruzarse otra vez con los ojos que tanto le habían quitado el sueño.

—Tienes buena memoria —y agregó de inmediato—. Desde que se construyó la nueva carretera ha quedado en el olvido, o sólo se utiliza para abastecer las propiedades de mis padres.

—Pero cuando llueve de esta manera...

—No hay otra opción para venir hasta la casa —concluyó él—. En general Niz se queda en el *chateau* y nadie viene para acá. La nueva ruta es más baja y se anega con facilidad, en especial después de las copiosas lluvias que tuvimos hoy —y la miró antes de decir—: Quizá hubiera sido más sensato que permanecieras allá también.

—Todas mis cosas están en la casa de tus padres —explicó ella sin voltearse a mirarlo—. Si me hubieras dicho que debía venir por acá, lo hubiera hecho yo sola para no incomodarte.

La camioneta zigzagueó con violencia y Ahmed, tras una maniobra hábil, la devolvió al camino.

—No es cuestión de que me incomodaras, sino que sabía que esta carretera estaría complicada también.

Ella miró el agua invadiendo la tierra y piedras del camino rústico y se volvió hacia él, con dudas.

—¿Cómo harás para regresar? Este camino se volverá intransitable

en cualquier momento.

Ahmed la miró brevemente y alzó los hombros.

—Me quedaré en mi cabaña.

—¿La que pediste que te reacondicionaran para sorpresa de tu hermana? —le preguntó ella alzando las cejas.

Med no quitó la vista del camino. ¿Cómo era posible que ella supiera que había pedido que prepararan su casa? No podía encontrar una excusa que fuera lo suficientemente creíble como para no quedar en evidencia.

El agua golpeó violentamente la camioneta del lado de ella, un relámpago casi los encegueció y Dixie se sujetó del brazo derecho masculino con nerviosismo. Rápidamente lo soltó. El movimiento que hizo el automóvil volvió a ponerlos casi al costado de la carretera, pero Ahmed controló la situación.

—Recordé que no te gustaban las tormentas.

—¿Y decidiste quedarte conmigo por eso? —ironizó ella.

—Yo no dije que fuera a quedarme contigo —la corrigió él usando el mismo tono.

—¿Y cuándo tomaste la decisión de quedarte allá? No llovía cuando diste la orden de que prepararan tu cabaña —lo cortó ella con fastidio, enojada ante su respuesta.

Quería que él le dijera que sí, que sólo lo había pedido para estar más cerca de ella. Pero no lo hizo.

—Siempre escucho el pronóstico del tiempo muy temprano —se defendió Ahmed, seco.

Ella volvió a bajar la mirada y sacó su celular de un bolsillo. Lo observó con pesar, completamente ahogado, ni una luz, muerto.

—¿Sin teléfono? —indagó él.

—Murió en algún momento del rescate —respondió ella fastidiada—. Helada, con seguridad resfriada e incomunicada.

—Le diré a Aimeé que te mande comprar uno —solucionó él con la simpleza del adinerado.

—¿Y me lo traerá a nado? —ironizó ella.

—No creo que te vayas a morir por unas horas sin teléfono ni redes sociales —se quejó él.

Ella volvió a mirar por la ventanilla, arrojando el teléfono en el

asiento de atrás del automóvil de Ahmed.

—¿Cómo fue que empezaste a saltar a caballo? —le preguntó él para desviar la conversación.

—De casualidad —deslizó mirando hacia adelante—. Cuando nos mudamos a Estados Unidos, mi tristeza fue muy grande. Mis padres no sabían qué hacer para que volviera a disfrutar de estar al aire libre —le contó sin mirarlo, en voz baja—. Estuve muchos meses enojada con ellos, con la vida, con todos. Incluso contigo.

Ahmed resopló con fastidio.

—¿Conmigo? —se asombró—. Tú me dejaste, ¿y tu enojo era conmigo? —dijo con sarcasmo.

—Yo no te dejé —se defendió ella—. A mí me arrastraron a otro país, con otra gente, otra casa, otras costumbres. No vivíamos mal pero no era el estilo de vida que manteníamos en Inglaterra —comentó casi con rabia—. Y mi enojo era contigo porque los meses pasaban y jamás recibía noticias tuyas. Ni un llamado, solo una carta, una carta horrenda.

—Pero... —Ahmed se detuvo antes de hablar.

Él le había escrito muchas veces, cartas desesperadas, tristes, ahogadas de dolor. ¿Qué había sucedido con esas cartas? Se las había entregado a su madre para que...

Su madre.

Algo había sucedido entre sus padres y los de ella, algo que había provocado esa ausencia, esas cartas que nunca llegaron. Ella decía que eran muchas. Él solo recordaba una.

—Tú me escribiste una carta.

—Te escribí todas las semanas durante meses. Y las envié religiosamente todos los lunes... —respondió ella sin mirarlo a la cara, avergonzada de esa confesión—. Pero cuando recibí la tuya, entendí que no querías saber de mí. Y cuando la tristeza fue tanta que el encierro me agobiaba, mi padre llegó un día y me dijo que concurriría a un club de equitación dos veces por semana. Imagino que pensó que volver a estar en contacto con caballos me devolvería la sonrisa que había perdido.

Las cartas de ella tampoco le habían llegado a él, solo conocía la existencia de una. ¿También sería culpa de su madre? ¿O del padre de

ella?

Tenía que averiguarlo.

Dixie continuó con el relato.

—No sé de dónde salía el dinero para pagar el lujo que ese club tenía, ni las clases individuales, ni los equipos para montar, ni la silla que usaba. Y tampoco pregunté. Imaginé que mis padres se sentían culpables y querían compensármelo de alguna manera —explicó con sencillez—. Ahora en la distancia me doy cuenta de que debió de haber sido un verdadero esfuerzo el que hicieron porque yo me codeaba con lo más selecto de la zona, hijos de verdaderos ricos.

Ahmed seguía analizando mentalmente el porqué de la separación de ambas familias. Sentía que había algún secreto que ninguno de los tres primos conocía.

Ella continuó el relato.

—Luego de un tiempo de tomar clases avanzadas porque mis profesores aseguraban que mi técnica era impecable... —y lo miró a él, señalándolo como responsable de eso a lo que Ahmed asintió haciéndose cargo de haber sido quien le enseñara desde pequeña—, un día de práctica me dieron una yegua que no era la que habitualmente montaba. Era alta, grácil, algo arisca, pero me encantó. Así que me alejé de las caballerizas para dar un paseo con ella, como siempre solía hacer antes de las clases.

—¿Se habían equivocado de caballo?

—Sí. El cuidador era nuevo y me dio una yegua novata, un hermoso ejemplar que no se dejaba montar fácilmente, destinada al salto pero que se negaba a saltar. Un animal que pronto sería despachado porque no cumplía con los fines para los cuales se la había adquirido —y Dixie hizo silencio un momento, recordando a su maravilloso corcel.

—Pero se dejó montar por ti.

—Eso fue algo que nunca nadie pudo explicar. Nebraska y yo nos acoplamos desde el principio, aunque reconozco que no nos teníamos mucha confianza —sonrió ella al recordarlo—. Mientras todos los mozos de las caballerizas nos buscaban, ella y yo terminamos en una de las pistas de salto. Brasky me llevó hacia allí casi sin que me diera cuenta.

—Siempre tuviste la increíble habilidad de abstraerte de la realidad —le recordó él con un dejo de cariño.

—Es que nos sentíamos tan bien juntas... Era veloz, segura de sí misma, con una zancada amplia y poderosa, una flexibilidad impresionante... Pero no saltaba con nadie.

—Hasta que te encontró a ti —sonrió él sin mirarla.

Ella también sonrió.

—Creo que desde que me la entregaron esa tarde por error (de ellos, lógicamente, porque yo sabía que me estaban dando una pura sangre inglés, una yegua alazana impecable), desde ese momento hasta el día de su muerte fuimos inseparables —y la tristeza le hizo callar un momento.

Ahmed notó que se había envuelto en una tristeza fina pero presente, un recuerdo que seguiría con ella.

—¿Cómo fue que saltó contigo?

—Cuando me di cuenta de que estábamos en la pista y que nadie todavía había notado que ella no era la yegua mansa y dócil que siempre me daban, empecé a probarla. Corrimos un poco. Uffffffff... —recordó con placer—. Era veloz y temperamental, pero obediente. Y de repente, sola, guio el trayecto hacia un obstáculo.

—¿Y no la frenaste? —se sorprendió él—. Tú estabas a cargo.

—Sí, pero yo quería saltar también —respondió ella con una sonrisa en los labios y mirándolo de soslayo—. No me lo pensaba perder por nada del mundo.

Ahmed rio, divertido, por primera vez relajado a pesar de la tensión por la dificultad del camino.

—El primer obstáculo fue pequeño. Brasky no dudó. Yo la dejé. Y luego empezó a recorrer un circuito que parecía conocer, pero que después supe que nunca había saltado —se maravilló ella—. Ni bien empezamos a saltar nos alcanzaron los mozos de la caballeriza, mi entrenador, el encargado del club y todo el que pasaba por allí, observadores en silencio de la comunión que ambas habíamos logrado.

—¿Nadie las detuvo?

—No puedes interrumpir un circuito cuando el caballo y el jinete están tan concentrados —lo corrigió ella—. Además, nadie nunca

había visto saltar a Nebraska. Tampoco a mí.

—Podía haber terminado mal.

—No —aseguró ella con convicción—. Brasky jamás me tiró, nunca se lastimó en un salto ni me la puso difícil. Pero sólo saltaba conmigo. Así que el instructor de salto me propuso entrenar los fines de semana y luego llegaron las competencias.

—¿Y cuándo dejaste de saltar?

—Cuando ella murió —respondió con dolor—. Hasta hoy.

—Diciéndolo así me pongo más nervioso aún —confesó él con fastidio—. Fuiste una inconsciente.

—Cyrene y yo tuvimos la misma conexión que alguna vez sentí con Nebraska —le confesó ella con sinceridad—. Yo quería saltar y ella también. Y no lo hicimos nada mal.

Ahmed no hizo ningún comentario más. Pasaron por un desvío que ya estaba anegado, aunque el camino aún podía verse. Dixie sonrió.

—Reconozco ese camino. Y a dónde lleva.

—¿A pesar de la lluvia y de los años que han pasado? —le preguntó él con asombro.

—Nunca pude olvidar ese sitio. ¿Sabes a qué lugar me refiero? —indagó ella mirándolo de reojo.

—Claro que sí. ¿Te cabe alguna duda? —la increpó Ahmed, con un dejo de tristeza—. Nuestro lugar secreto.

—El único sitio que siento totalmente mío en esta inmensidad —aclaró ella con melancolía—. Nunca pude olvidar ese lugar. ¡Soñé tantas veces con regresar y contemplar el agua escurriéndose entre las rocas, las caídas de la pequeña catarata, el verde de los árboles! —recordó ella con cariño—. Siempre mantuve el recuerdo de nuestra cueva secreta, de las figuras extrañas que formaban las rocas en su interior y su refrescante bienvenida tras las calurosas cabalgatas de verano —y trató de evitar su mirada—. ¡No es un lugar que uno pueda olvidar con facilidad!

—Pocas veces voy hasta ahí —minimizó él—. En realidad me miento a mí mismo diciéndome que es la lejanía de casa lo que me impide venir con frecuencia. Pero no es cierto —tampoco quería mirarla—. Ese sitio me recuerda tanto a ti que duele —le confesó él sin dejar de mirar el camino.

¡Nunca había necesitado tanto de ella como hasta ese momento! Hubiera deseado abrazarla, transmitirle la emoción que sentía al poder compartir esas sensaciones con ella, tantos recuerdos. Pero a cambio de eso, ni siquiera la miró.

—Por momentos creo que no fue buena idea venir hasta Francia a completar mi especialización. Menos volver aquí —comentó ella con nerviosismo—. He estado tan alejada de este sitio que siento que ya no me pertenece, que ya no tengo derecho a revivir mis sueños. Ha pasado mucho tiempo. Nosotros ya no somos los mismos aunque ese sitio, cualquier sitio en este lugar se vea exactamente igual a la última vez que lo recorrí.

El silencio en la camioneta era doloroso. Por primera vez abrían un poco su corazón para dejar paso al dolor, las dudas, los recuerdos.

Y como siempre que ellos tenían una conversación importante, una confesión de amor o un encuentro sexual, la lluvia caía copiosamente.

—Tu lugar se ha mantenido intacto, perfecto, listo para que vuelvas a mirarlo a través de tus ojos —le dijo casi sin darse cuenta de la dulzura del tono que empleaba. Ella contuvo el aliento. No supo si debía hablar, si debía pensar, si debía siquiera respirar—. Durante mucho tiempo traté de que todo siguiera en el mismo sitio, cada cosa en su lugar, hasta que tú volvieras. Y nunca volviste —casi susurró, con dolor, con la tristeza que todavía sentía al evocarla—. Creí que seguía todo intacto pero hasta ahora no había descubierto que no estaba intacto sin ti.

Y ella no supo qué decirle. ¿Cómo podía ser tan dulce, tan tierno, tan adorablemente seductor? ¿Cómo podía tenerlo tan cerca y mantener la respiración quieta, tranquila?

¡Imposible! No había podido mantenerse lejos de esa boca veinte años atrás, de esos brazos inexpertos que la habían abrazado para cobijarla de la lluvia y que terminaron explorando su cuerpo... torpemente. ¿Cómo iba a hacer ahora para guardar las distancias?

Ahmed se arrepintió de haberse abierto tanto. Ella lo había abandonado, lo había dejado a pesar de todas sus promesas, nunca se había vuelto a comunicar y ahora regresaba en forma demoledora, batallando contra la resistencia de su corazón.

No se miraron, nerviosos otra vez, esperando que el otro dijera algo que les diera el pie para dejarse llevar por los recuerdos. Pero llegaron a la casa en ese instante, otra vez en medio de una tormenta, dentro y fuera de ellos...

Med acercó la camioneta lo más que pudo, pero aun así la entrada quedaba lejos.

—Si quieres esperamos un poco a ver si amaina —le ofreció él, dubitativo, queriendo alejarse de ella lo más que pudiera, pero sin fuerzas para dejar de sentirla a su lado.

—No creo que lo haga —respondió ella, sintiendo que lo mejor era bajar y alejarse de ese hombre perturbador—. Hasta aquí está bien. Tú te vas hacia tu cabaña y yo, a la casa principal —y sin dejarlo decir nada más abrió la puerta y antes de bajar se despidió—: Nos vemos.

Ahmed la observó correr hacia la entrada donde la estaban esperando con las puertas entornadas y la hicieron entrar rápidamente.

Hubiera deseado que ella se quedara un rato más, que le contara cómo había sido su vida esos años, si alguien la esperaba en Estados Unidos, si había sufrido tanto como él.

Hubiera deseado decirle que ni bien saliera el sol la llevaría hasta su lugar secreto.

Se bajó de la camioneta fastidiado y caminó a paso firme hacia la cabaña que siempre ocupaba. Cerró la puerta tras de sí y sintió la soledad.

Algo tenía que hacer para pasar más tiempo con ella.

Era eso... o la sensación de vacío que en ese momento se había apoderado de él.

Era eso... o comerse las uñas sin saber qué hacer.

Era eso... o cerrar los ojos para rememorar su perfume, el sonido de su risa, su mirada fugaz.

Tenía que estar a su lado...

Era eso... o sentir que se moría una vez más.



## Capítulo 5

Los padres de Dixie compartían el living de la confortable casa en la que habitaban en Fort Lauderdale. Pero eso era lo único que compartían desde hacía más de veinte años: el espacio que respiraban.

Habían llegado a aceptar esa cómoda convivencia, más por costumbre que por mantener el hogar constituido.

En un principio, Joseph Cabbot había puesto el grito en el cielo. Había amenazado, jurado revancha, prometido vengarse, llevarse a su hija para siempre... Luego terminó aceptando que todos son capaces de equivocarse.

Y perdonó.

Por su hija, por el amor que le tenía a su esposa, por las apariencias, por evitar que Stella se fuera con el otro...

Se mudó a Florida, dejó su trabajo en Londres y puso un océano de por medio. Alejó a Dixie de esa familia tóxica, de esos veranos extraños en Saint Cyprien, de las visitas intempestivas de su mujer, de París y los supuestos viajes de compras, de las amigas de Stella que cubrían sus encuentros clandestinos, de la realidad de un matrimonio sin amor...

Porque él estaba convencido de que ella nunca lo había amado. Siempre habían sido tres en su cama, siempre la oscura presencia del amante maravilloso, del amor de su vida, del imposible...

Y cuando Joseph creyó que ese imposible podía dejar de serlo, hizo las valijas y arrastró a ambas del otro lado del mar.

A pesar de eso, Stella y él se querían. De una forma confortable. O al menos eso era lo que él pensaba.

Y había terminado por creerse que eso era suficiente.

Nunca había sido un hombre apasionado (de hecho, Stella no le

conocía ningún romance con nadie en todos esos años), sin intereses marcados más que para la política, el arte del buen hablar y las relaciones sociales. No practicaba deportes ni se interesaba por equipo alguno, no le gustaba cenar afuera de su casa ni regresar tarde.

Y Stella terminó amoldándose, aunque ella era todo lo contrario: alegre, ágil, deportista, con un mundo interior rico y artístico.

Con el paso de los años y la tristeza de la ausencia del hombre que amaba, sólo había encontrado refugio en la escritura, donde su mundo se volvía apasionante, donde los finales eran felices y las parejas siempre encontraban la forma de estar juntos para siempre.

Corría por las mañanas, se ocupaba de la casa, participaba de uno que otro té literario, colaboraba con un orfanato leyéndole a los niños y ayudándolos con sus tareas y escribía. Y ahí terminaba el circuito.

Tenía pocas amigas. Nuevas. Las de antes habían desaparecido, algunas cuando su status social cambió, otras porque la locura que había invadido a Joseph veinte años atrás las había hecho retroceder, temerosas de caer en murmuraciones.

A su manera era feliz. Sólo esperaba que Dixie se comprometiera con Dexter, se casara y le diera nietos. Ya era hora de que encaminara su vida. ¡No era posible que siguiera posponiendo su felicidad!

—¿No ha llamado Dixie? —preguntó su esposo sin mirarla, mientras corregía unos exámenes en su escritorio.

Stella trató de hacerse la tonta.

No le había dicho que ella estaba en Francia mucho menos con quiénes se encontraba. Sabía que había viajado para perfeccionarse, pero no cuál de los ofrecimientos había aceptado. Iba a haber problemas. Joseph nunca había podido superar la situación, y no importaba que hubieran pasado tantos años. El dolor seguía igual de intacto.

—Hoy no, pero imagino que estará ocupada adaptándose al nuevo lugar, a las exigencias de su trabajo... —y se levantó del sillón para ir a la cocina, tratando de evitar la pregunta que sabía que estaba por hacer.

—Al final no me dijo qué propuesta aceptó —dijo el hombre, quitándose los anteojos.

—Francia —sólo respondió ella, y siguió rumbo a la cocina a

servirse un café.

Pero algo en su actitud llamó la atención de Joseph, que dejó su escritorio y la siguió.

—¿Francia? —se extrañó, mirándola de frente—. Tenía propuestas muy interesantes de países más cercanos. Incluso en otros estados — su mujer seguía preparando el café sin mirarlo—. ¿Qué parte de Francia?

Stella alzó la vista. Y entonces él supo la respuesta.

La furia lo dominó, arrojó la lapicera sobre la mesada y metió las manos en los bolsillos, tratando de encontrarles un espacio para evitar tirar por el aire alguna otra cosa más.

—¿Por qué no me dijiste que volvía a ese lugar? —le preguntó tratando de controlarse.

—Yo no tenía nada que decirte —respondió ella empezando a beber lentamente su café—. Ni siquiera sabías que había viajado. Te hubieras preocupado por estar al tanto de la vida de tu hija.

Su tono era calmado, de ninguna manera pretendía confrontarlo. Padre e hija se habían alejado con el paso de los años. Joseph sostenía que los Tarik había sido una maldición, que esa familia nunca debía de haberse cruzado en su camino. Y Dixie se angustiaba tanto que a la larga terminaron por no mencionarlos.

Pero él sabía el amor que su hija sentía por el hijo del malnacido que había enamorado a su esposa al punto de casi arrancarla de su lado, sin importarles que los dos estuvieran casados y tuvieran una familia, sin importarles absolutamente nada. Por más que había seguido al pie de la letra las instrucciones de Ariadna, el destino los había traicionado.

—De haberlo sabido no la hubiera dejado viajar.

Ella sonrió.

—Dixie tiene 35 años, Joseph. ¿Todavía crees que hará lo que tú le ordenes? —indagó su mujer con ironía—. Ella no es como yo.

El hombre se contuvo.

—No la quiero cerca de ellos.

—Lo lograste durante veinte años. Tu reinado se acabó hace tiempo —le informó ella con tranquilidad—. Nuestra hija toma sus propias decisiones. Y decidió perfeccionarse en el mejor centro.

—Fue a verlo a él —aseguró Joseph sin dudar—. Los dos sabemos que es así. Corrió hacia ese hombre como tú lo harías si pudieras.

—Joseph... puedo, pero no quiero.

El hombre hizo una mueca de desdén. Tomó el teléfono y marcó al celular de Dixie.

Lo atendió el contestador. No dejó mensaje. Llamó al celular de Dexter. No atendió. Le dejó dicho que lo llamara.

—Lo estás disfrutando, ¿no? —le dijo él con rabia.

—De principio a fin —respondió ella con calma—. Sé que ha viajado para capacitarse, pero si lo hubiera hecho para regresar a los brazos de Ahmed... la felicitaría.

—¡Vive con un hombre, Stella! ¡Por Dios! —exclamó a los gritos—. ¿Dónde quedó su decencia... esa que obviamente no heredó de ti?

Ella lavó la taza que había utilizado y caminó de regreso al living para guardar el libro que estaba leyendo. Cuando pasó al lado de él, la retuvo por el brazo.

—Ruega que recapacite y regrese a su casa, a su trabajo en Boston y al hombre que ama.

—Ella no ama a Dexter —lo corrigió Stella sin levantar la voz—. Así como yo nunca pude amarte a ti. Por lo tanto, me pone feliz creer que tal vez logre volver a vivir... algo que yo nunca conseguí.

Y, soltándose, se alejó de él.

\*\*\*

Se había quitado la ropa con rapidez, arrojándola al cesto, sabiendo que sería imposible recuperarla. Desde que había llegado no hacía otra cosa más que destruir su escaso vestuario. Tendría que ir de compras.

Durante casi media hora, Dixie se dio un largo baño de inmersión para relajarse. Pero no podía lograrlo. Si bien las sales aromáticas y las velas perfumadas habían podido distenderla, no podía quitarse de

la cabeza la conversación que había tenido con su primo.

Por primera vez había descubierto una veta dulce en él, el romanticismo que sabía que existía antes. Pero se había ido a su cabaña y ella había quedado sola en la gran casa, sin nada que hacer, acompañada por esa maldita tormenta que con toda seguridad le dificultaría el sueño.

Se colocó un delicado camisón y se dispuso a leer un rato hasta la hora de la cena o hasta que el sueño la venciera, cuando golpearon suavemente a su puerta. Caminaba hacia ella cuando ésta se abrió y Dixie quedó frente a Ahmed, completamente azorado por la imagen que recibía de ella.

Clavó la mirada en la joven que iba ataviada con un corto camisón verde pálido, cuyo corpiño parecía sujeto únicamente por un par de pequeños broches dorados en los hombros. Antes de que pudiera controlar la dirección de sus pensamientos, se imaginó desprendiendo esos broches y dejando que la seda verde se deslizara por la bronceada y tentadora piel de sus pechos y sus hombros, esa piel que él conocía bien, esa piel que había extrañado y deseado tanto durante tanto tiempo.

Ahmed desvió la vista hacia los ojos de la muchacha. Con el pelo apartado por completo de su rostro, sus ojos tenían un aspecto aún más felino. Un leve rubor tiñó sus mejillas cuando le devolvió la mirada, tras lo cual inclinó la barbilla a modo de cauteloso saludo.

—Perdona que haya entrado así, pero me pareció escucharte decir que pasara —se disculpó él, algo nervioso.

Ella no supo qué contestar. Buscó con la mirada la bata, pero no la veía por ninguna parte. Alzó el mentón y sonrió.

—No hay problema. Mi habitación ha sido invadida por ti muchas veces antes, así que estoy acostumbrada.

Los dos sonrieron, nerviosos. Volvieron a mirarse, perturbados.

—Sólo quería traerte un celular para que no te sintieras tan incomunicada —le dijo tendiéndole un teléfono que no era el último modelo del mercado pero que funcionaba perfectamente—. Lo tenía en la cabaña.

Ella buscó por la habitación el suyo, revisó la mesa de luz, el escritorio y se agachó debajo de la cama, dejando entrever su pequeña

ropa interior, visión que alteró los latidos del hombre sin proponérselo.

Pero no encontró su celular.

—No sé dónde...

—Lo dejaste en la camioneta, pero fui por él y ya cambié el chip — le dijo tendiéndole el aparato, nervioso. Sus dedos se rozaron, generando una corriente eléctrica—. Hay varias llamadas perdidas y mensajes —Ella lo miró, extrañada. Él se apresuró a agregar—: Entraron cuando conecté el teléfono y puse tu chip. No es que haya estado husmeando.

—No, claro —sonrió ella levemente—. ¿Con qué motivo lo harías? Como si te interesara quién ha intentado comunicarse conmigo.

Ahmed estuvo a punto de decirle que sí, que le interesaba, que sabía que había una llamada desde Florida, varias de su madre y de un tal Dexter. ¿Quién sería ese tipo?

—Obvio que no —aseguró él.

Dixie asintió levemente, ocupada como estaba en absorber la agradable mezcla de fragancias que envolvía a su primo: el toque de perfume caro, el sutil aroma de su jabón de afeitar y la límpida esencia de su piel. Se había cambiado y lucía unos jeans gastados, una remera blanca y zapatillas deportivas... ¡para el infarto!

—Gracias por avisarme —casi murmuró, apabullada por la presencia de él en su cuarto estando ella tan poco vestida y siendo recorrida por esos ojos que tantas veces le quitaron el sueño.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Te dejo descansar —y señalando su ropa, agregó—: Es obvio que estás exhausta.

—Iba a leer un rato, ya que no tengo nada interesante que hacer. No hay nadie con quien hablar...

—Puedes ir al *playroom* y ver alguna película —le sugirió él casi al descuido, tratando de controlarse y no mirar su cuerpo, el camisón casi translúcido, las piernas delgadas, el pecho que subía y bajaba. ¿O era imaginación suya? ¿Estaba tan incómoda como él? Y aclaró—: El equipo es excelente y hay una gran variedad de títulos.

—Es una buena idea —aceptó ella sin comprender si era una invitación o él se iba—. ¿Vienes conmigo?

Ahmed se sintió descolocado. ¿Ellos dos solos? ¿Mirando una película?

—Tengo cosas que hacer —se excusó.

—No te decía ahora, tal vez más tarde —se apuró a aclarar ella. No quería que él se fuera. Y no tenía nada que ver con su temor por las tormentas, sino por una interna necesidad de que ese hombre volviera a amarla.

—No sé... —dudó Ahmed, luchando entre sus ganas y su rabia—. Tal vez me dé una vuelta más tarde. Ahora tengo bastante trabajo tedioso que hacer en mi despacho.

—Si te aburres, ya sabes... —dejó la frase inconclusa.

—Sí, gracias —contestó casi al descuido, sin poder decir que sí, aunque era lo único que deseaba—. Puede ser una buena opción para contrarrestar el trabajo tedioso.

—Otra opción para que no te aburras es traer a la mente una imagen de algo que te agrade. Yo suelo hacerlo cuando tengo que corregir exámenes de mis alumnos —sugirió ella con una sonrisa.

Él volvió a mirarla para grabarse la imagen en la retina. Ya tenía algo hermoso que evocar.

Sin decirle nada más, se dio media vuelta para irse, pero regresó en sus pasos y, tal vez por costumbre o simple familiaridad, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, igual que solía hacer cuando eran niños.

Luego se marchó.

Dixie vio cómo él cerraba la puerta y la dejaba sola, de pie, en medio del cuarto, sin poder moverse.

¿Qué le había sucedido? ¡Por Dios! Estaba completamente anonadada.

Ahmed se detuvo en el pasillo y reparó en lo que había hecho.

¡La había besado en la mejilla! ¡Por Dios!

Ella vestida pero casi desnuda, temblorosa, con esos labios tentadores entreabiertos... ¡y él le había dado un casto beso en la mejilla!

Mierda... mil veces mierda...

\*\*\*

Deniz estaba por golpear la puerta de la habitación de su madre, levemente abierta, pero se detuvo al escucharla hablar por teléfono. Iba a marcharse para regresar en otro momento, pero el tono que usaba, el enojo que dejaba entrever la hizo esperar unos segundos.

Le dio curiosidad saber con quién conversaba. Enseguida despejó sus dudas...

—Berk, deja de culparme de una vez por todas —gritó Ariadna con furia—. En esta historia los únicos culpables fueron ustedes dos. El resto desconocíamos el jueguito romántico que tenían a nuestras espaldas. Y luego solucionamos el problema de la mejor manera que pudimos.

Deniz no podía escuchar lo que decía su padre, pero reconocía que no era la primera vez que los oía discutir y a su madre acusarlo de ser responsable de la debacle de su matrimonio.

—No, no se te ocurra decir eso —continuó ella con rabia—. Joseph fue sensato y prefirió marcharse lo más lejos que pudo, fue más sensato de lo que fueron ustedes dos, y lo sabes —y hubo una pausa donde ella escuchó mientras caminaba nerviosa por su habitación en el *chateau*—. Por supuesto que tengo de qué preocuparme con ella rondando a nuestro hijo otra vez. Verla es como ver a tu adorada Stella —casi escupió con ironía y dolor.

Deniz abrió desmesuradamente los ojos. ¿Su padre y la madre de Dixie habían tenido un romance? ¿Tu adorada? Eso le había dicho ella.

Niz empezó a sumar cada una de las discusiones que alguna vez había escuchado o presenciado entre sus padres y cada ficha caía exactamente en su lugar.

Dixie nunca había vuelto a Saint Cyprien. Su nombre ni siquiera se podía mencionar en su casa.



Por más que Ahmed rogó, suplicó por su número de teléfono, escribió cartas... nunca pudieron volver a saber de ella. Entonces su hermano se convirtió en una sombra. Y el paso del tiempo hizo que la desesperación fuera mitigándose hasta quedar relegada a un dolor escondido en el fondo del corazón del hombre que hubiera dado todo por volver a tenerla a su lado.

—No, no sabía que venía. Imagínate que me pasé años tratando de que nuestro hijo se la quitara de la cabeza, y ahora que está por casarse con una joven de buena familia, que ha encaminado su vida lejos de esa mujer... ella vuelve a desequilibrarlo todo —una pausa rápidamente interrumpida por su vehemencia—. ¡No digas que estoy exagerando! ¡No has visto la forma en que él la mira! Puede mentirse a sí mismo cientos de veces, pero a mí no puede engañarme.

Deniz coincidió en eso con Ariadna: Ahmed seguía sintiendo algo por Dixie y eso era tan evidente que no estaba en discusión.

—Habla cuando vengas. ¡Porque estoy segura de que vas a venir en cuanto puedas para verla con tus propios ojos, para evocar la imagen de tu amada! ¡Son iguales... la desgracia de esta familia...! —y luego rio con ironía—. No soy tonta, Berk. No me como el cuento de que en todos estos años no has vuelto a ver a esa arrastrada. Sí, sí... di lo que quieras. Adiós.

Deniz apuró sus pasos silenciosos para alejarse lo más que pudiera del cuarto de Ariadna.

¿Había sido imaginación de su madre o en verdad Berk Tarik y Stella Cabbot habían tenido un romance por años?

Le urgía hablar con Ahmed y desentrañar el misterio.

\*\*\*

Ahmed se apoyó contra el marco de la puerta del *playroom* y la observó en silencio.

Dixie estaba colgada en una posición extraña en el pequeño sillón de un cuerpo, el más alejado de los ventanales donde se sentía el azote de la tormenta, cada vez más potente. Desde su posición veía las

piernas femeninas en el brazo del sillón, desnudas, calzadas con unas extrañas botas estilo pantuflas, en múltiples tonos de rosa y gris, con unos cómicos pompones que se sacudían con el leve balanceo que les daba, absorta en su lectura.

El libro le cubría la cara y dejaba ver parte de un short deportivo rosa estilo pijama y una musculosa gris perla. Entremedio de sus piernas, femeninas, bronceadas, sobresalían pedazos de una manta de piel blanca con la que parecía cubrirse y a la vez arrastraba por doquier.

La imagen era sensual, pero a la vez tierna y tan angelical que no sabía si sería buena idea interrumpirla.

—Si Damla llega a ver tu calzado seguro que te agrega a la lista un par para ella para que le envíes cuando vuelvas a Boston —dijo sonriendo y quebrando el silencio.

Ella se sobresaltó y se le cayó el libro de las manos. Mientras se ponía de pie para recogerlo y sin darse cuenta de todo lo que despertaba en él al verla tan femenina y voluptuosa, le respondió...

—Con toda seguridad buscaré unas para ella cuando viaje.

—Creí que ibas a estar mirando una película —comentó Ahmed entrando en la habitación y acercándose.

—No me gusta el cine en soledad —confesó Dixie arreglando y doblando la manta—. No sabía si vendrías así que leí un poco más.

—No pensaba venir —se apresuró a aclarar el hombre—. Pero terminé temprano y...

El sonido del celular del hombre los interrumpió. Ahmed miró la pantalla: Era su novia.

—Dime, Cloé —atendió él en tono fastidioso.

Dixie se sorprendió de la forma en que le hablaba. Cualquiera diría que esa llamada lo había molestado.

—Ya te dije que no puedo llegar a la cena que das —remarcó Med alejándose un poco de su prima—. No, no tengo ganas de ir. Pero además estoy en casa de mis padres y la tormenta ha provocado el cierre de las rutas. ¿No has escuchado las noticias? ¿No has mirado por la ventana?

Dixie empezó a buscar una película entre las cientos que había allí, haciéndose la desentendida, pero sin dejar de prestar atención a lo

que su primo hablaba.

—Porque tuve que traer a Dixie hasta acá y luego ya no pude regresar. No, claro que no. ¿Cómo vas a venir si te estoy diciendo que los caminos están cerrados? —casi gritó él, conteniéndose—. ¡Esta es mi casa! No entiendo cuál es el problema de que duerma aquí. ¡Lógico que está ella! No, Cloé, no dormiré con mi prima —casi susurró bajando la voz, avergonzado de los planteos infantiles de su prometida... o no tan infantiles.

Las miradas de los dos se encontraron cuando, en el ida y vuelta por la habitación, quedaron de frente, cerca.

Él alzó los hombros a modo de disculpas.

Ella le sonrió, y le hizo señas de si quería que hablara con la joven para explicarle.

Él negó con una leve sonrisa y estaba por darle la espalda cuando la intensidad de la lluvia se agudizó y potentes relámpagos estallaron en el cielo, haciendo rugir la noche. Dixie se asustó y, sin pensarlo, se abrazó a él, en un intento desesperado de no oír más los ruidos y refugiarse. Ahmed se quedó de piedra, con ella rodeándole la cintura, con los ojos cerrados por el miedo. Dixie respiró, agitada, tratando de tranquilizarse, sintiendo el calor del cuerpo masculino envolviéndola. Él la abrazó, sin importarle el teléfono, que había quedado olvidado en su mano, ni la cómoda cercanía, ni la fragilidad de la mujer, ni la forma en que su propio corazón latía, desbocado.

Una seguidilla de estruendosos relámpagos volvió a iluminar la noche, seguidos por truenos desgarradores.

—Tranquila. Yo estoy contigo —le dijo él con dulzura, como siempre solía hacer—. Nada te va a ocurrir.

—Lo sé, pero es que yo...

—Odias las tormentas —completó él, mirándola a los ojos cuando ella levantó la cabeza para hablarle—. Lo recuerdo bien y te dije que me quedaría contigo.

Se miraron unos segundos, cómodos en la incomodidad de la situación, sin saber si separarse de los brazos del otro o darse el gusto de dejar que sus cuerpos se reconocieran.

Al mismo tiempo reaccionaron.

Se separaron como si el cuerpo del otro quemara. Ahmed miró el

teléfono y volvió a apoyarlo en su oído. Pero su prometida había cortado. Él no dijo nada, pero ella se dio cuenta.

Se alejaron a lados opuestos de la habitación, sin estar dispuestos a hablar acerca de lo que había pasado.

—¿Elegiste ya la película? —le preguntó Med, encendiendo el equipo, sin mirarla y tratando de que no se le notara el nerviosismo, la imposibilidad de preguntarse qué estaba sintiendo.

Dixie le tendió una caja y él puso la película sin siquiera ver el título. No le importaba la elección sino dominarse para no tomarla entre sus brazos una vez más.

Se sentaron en el amplio sillón azul, cada uno en una de las esquinas, pero se dieron cuenta que, si bien ella había colocado las palomitas sobre la mesa, no tenía nada para beber y él se ofreció a ir por bebidas frescas.

—¿Vas a dejarme sola aquí? —indagó ella con temor—. Vamos juntos a la cocina.

Bajaron las escaleras casi al trote, Ahmed por delante.

Dixie aprovechó para deleitarse con la visión de su firme trasero remarcado por los jeans descoloridos, rotos en las rodillas, informales, y sus pies descalzos. Sintió que esa no era la vestimenta que él solía usar.

En la cocina Med tomó un pack de cervezas y ella unas patatas fritas y volvieron hacia la escalera. Cuando estaban por subir, los truenos sacudieron la noche. Dixie se paralizó frente al ventanal y la mano de Ahmed tomó la suya para recordarle que no estaba sola. Luego subió la escalera llevándola agarrada, sin mirarla, intentando controlar el impulso de volver a tenerla entre sus brazos como un momento atrás.

Volvieron a sentarse, pero esta vez juntos, rozándose apenas.

—Espero que hayas elegido algo interesante —le advirtió Ahmed en broma—. Si me duermo será tu culpa.

—Espero no dormirme yo —sonrió ella—. Estoy algo cansada.

—¿Prefieres dejar la película para otro momento? —le preguntó él rogando que no dijera que sí.

—No —casi gritó ella—. Digo... no, claro que no.

La primera media hora de la película ninguno de los dos habló. No

se tocaban, pero se sentían cerca. Atentos a lo que se proyectaba, pero al mismo tiempo con las ganas puestas en el otro. No era una película de amor sino de intriga, algo que los mantuvo concentrados y callados. Ninguno de los dos iba a dar un paso hacia el otro.

Pero estaban ahí.

Dixie se abrazó a uno de los almohadones y, casi sin que Ahmed se diera cuenta, se durmió, extendida en lo que quedaba del sillón, con la cabeza cerca de sus piernas, su cabello casi rozándolo y cayendo hacia la madera del piso como una cascada de oro.

Med sintió la respiración de ella acompañada, relajada. Se había dormido profundamente.

La película terminó casi sin que él se diera cuenta. Con toda seguridad también se había dormido en algún momento, descansando en la comodidad del sillón, con ella tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Se puso de pie despacio, tratando de no despertarla, dudando si dejarla allí durmiendo, sola, envuelta en su cabello enmarañado, con la boca entreabierta y seductora, tentadora.

Pero no.

Con toda seguridad iba a resfriarse porque el aire acondicionado estaba alto. Entonces buscó el control remoto para apagarlo. Pero no estaba por ninguna parte.

Lo recordaba en manos de ella al inicio de la película, y lo buscó entre los almohadones que estaban a un costado, en el piso, en la espalda femenina, deslizando su mano por el sillón con sumo cuidado, más por no desatar nuevas pasiones en él que por evitar despertarla.

Seguía sin aparecer.

Entonces reparó en el almohadón sobre el que ella descansaba. Se arrodilló delante del sillón, delante de la mujer que le había quitado la sonrisa durante tanto tiempo, delante del cabello que amaba oler, delante de las piernas que alguna vez lo habían rodeado. Sintió el mismo cosquilleo que veinte años atrás cada vez que la tenía cerca.

Con suavidad metió la mano debajo del almohadón, quedando aún más cerca de la mujer, la boca femenina respirando en su cuello. Cerró los ojos mientras buscaba inútilmente el control, más el propio

que el del aire acondicionado. Y cuando estaba a punto de abandonar la búsqueda y retirarse, ella se removió en su lugar, acomodándose en el hueco de su brazo, aferrándose del cuello de su remera, como tantas veces antes había hecho.

Ahmed cerró los ojos, inmóvil.

Su interior era un torrente de emociones.

La misma boca, el mismo olor...

Tenía que alejarse de esa mujer, de sus manos tocándolo, de su respiración agitada, de su cuerpo seductor. Dudó en ponerse de pie porque sabía que iba a despertarla. Entonces decidió llevarla cargada hasta su habitación, como tantas veces antes lo había hecho, aunque no hubiera vuelto a entrar en ese recinto con ella entre sus brazos por más de veinte años. Delicadamente la tomó casi sin moverla y se puso de pie con ella aferrada aún más a su cuello, rozando con sus dedos la misma piel que antes había acariciado y dejando en él el mismo río de calor que solía devorarlo cada vez que ella lo tocaba.

Tragó saliva.

Con paso lento la subió por las escaleras como si se tratara de una pluma, un objeto delicado y venerado... rumbo a la habitación que tantas veces los había cobijado, a escondidas, entre sábanas y en penumbras, sabiendo que no estaba bien amarse así, pero amándose con una intensidad imposible de dominar.

La lluvia golpeaba las ventanas con fuerza, el viento aullaba y el corazón de Ahmed estaba igual de descontrolado que el vendaval.

Su nana había dejado la cama abierta, como siempre. Los mismos pétalos de rosas que a ella le encantaban. Los mismos mimos que antes...

Por un segundo se transportó en el tiempo a la única vez que los dos habían compartido esa cama y se habían amado por completo, otra noche muchos años atrás, con otra lluvia de fondo, con ella también dormida entre sus brazos, cargada por él, aferrada a su cuello... La noche en que ella había abierto los ojos antes de que él la dejara y le había rogado... «Quédate conmigo».

Una noche mágica. Veinte años atrás.

Una noche en que él se había quedado y la había amado y le había prometido que nunca nadie la iba a amar ni a besar como él.

Se sacudió la imagen de la cabeza, alejando el pasado. La acomodó entre las sábanas, le quitó el calzado, la cubrió con el edredón y, antes de irse, se agachó cerca suyo para arreglarle las almohadas y la escuchó susurrar...

—Quédate conmigo.

Ahmed quedó petrificado. Casi dejó de respirar.

Miró su rostro, buscando la misma mirada de aquella vez, pero ella no estaba despierta.

Dio uno, dos, tres pasos hacia atrás para alejarse y salió de prisa de la habitación.

Cuando cerró la puerta, agitado, se detuvo en el pasillo, apoyándose contra la pared, acelerado, aturdido.

«Quédate conmigo».

¡No podía ser!

No podía repetirse esa noche.

No podía dejarse confundir.

Casi sin darse cuenta guio sus pasos hasta su antigua habitación, la misma que hacía años que no ocupaba. Estaba igual. Fresca, limpia, masculina...

Como siempre.

Pero el problema era que nada era como siempre había sido...

Lo más sensato hubiera sido irse de la casa, dormir en su cabaña, lejos de ella.

Pero llovía mucho.

Afuera y adentro de su corazón.

Y ella estaba sola.

Y no le gustaban las tormentas.

«Quédate conmigo».

Se escabulló entre las sábanas para quitarse de la cabeza la frase, su tono de voz, su mano aferrada en el cuello de la remera, su boca tentadora y la cama que los había recibido aquella otra noche de tormenta.

Una noche como esa.

La misma casa.

El mismo cuarto.

La misma frase.

La misma mujer.  
Pero una mujer que ahora no le pertenecía.  
¡Mierda, mil veces mierda!

\*\*\*

Deniz, Damla, Sarket, Richard y Ariadna cenaban en el *chateau*, atrapados todos por la tempestad que asolaba la región.

—Con esta tremenda tormenta adiós mis planes nocturnos —se quejó Richard, dejando el celular al lado de su plato.

—¿Alguna dama que se quedará sin tus atenciones esta noche? —sonrió Deniz con total confianza. Era uno de los mejores amigos de su hermano, sabía perfectamente la fama que lo precedía.

Sarket también era amigo de su hermano. Y también, celular en mano, se concentraba más en su teléfono que en la cena que compartían. ¿Alguna mujer ante quien disculparse?

¡Celos! Agggggg.

Y no se pudo contener.

—¿Tú también te estás disculpando con alguien por tu retraso? —indagó Niz con fastidio.

El hombre se extrañó y estaba por responder cuando Damla habló primero.

—Ay, mamá, no seas entrometida.

—Es verdad, hija —le reprochó Ariadna—. Acosas a los caballeros de esta mesa como cualquier hija de criada.

—Sólo era curiosidad —se defendió mirando a Sarket para hacerle saber que no había escuchado una respuesta.

—Dudo que nuestro gran amigo Sarket se haya visto interrumpido en alguna cita esta noche —se aventuró Richard, con una sonrisa—. Podría aseverar que la tormenta le vino como anillo al dedo.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Ariadna.

Sarket fulminó con la mirada a su amigo.

—No se refiere a nada —lo calló el hombre, serio—. Es muy



bromista.

Pero no rio. Richard dibujó una de sus deslumbrantes sonrisas en el rostro, pero no dijo nada más. A su amigo ya le había quedado en claro a qué se refería. La mujer no se dio por aludida.

—¿Y Ahmed? —preguntó el hombre extrañado de la ausencia de su mejor amigo.

—En nuestra casa —respondió Deniz, fastidiada porque Sarket no había aclarado sus dudas.

—¿Qué hace allí? —se extrañó Richard frunciendo el ceño—. Hace meses que no pasa por su cabaña.

—Fue a llevar a mi tía Dixie —le respondió Damla mientras bebía agua de su copa—. Llovía mucho y estaba agotada después del rescate de esta tarde. Y como mi tío es un caballero...

—¡Vaya caballero! —exclamó Ariadna con ironía, molesta por la situación—. Podían haberse quedado aquí los dos.

—¿Quién es tu tía Dixie? —le preguntó Richard a la niña.

—La dama que piropeaste en el hall —le respondió Sarket con una sonrisa divertida—. Rubia, tonada americana...

—Cuerpo escultural, sonrisa deslumbrante —recordó el hombre revoleando los ojos—. ¡Fue más rápido que yo! —rio, divertido—. Pero... ¿tía Dixie? —se extrañó.

—Dixie es nuestra prima —lo sacó Deniz de la duda—. Hacía años que no venía por aquí, pero pasamos muchos veranos juntos en nuestra casa, veranos inolvidables.

—¿Y tu hermano quiso recordarlos? —indagó Richard, con sonrisa pícaro—. Entiendo que haya decidido regresar al hogar familiar. Yo hubiera hecho lo mismo por quedar una noche de tormenta encerrado con esa lindura...

—¿Tú crees que mi tío se ofreció a llevarla a propósito? —le preguntó Damla sonriendo, divertida.

—Hija, por favor —le llamó la atención Niz, haciéndole señas a Richard de que se callara—. Tu tío tiene novia y Dixie también está en pareja. Me sólo le hizo un favor después del cansancio que sentía por haber ayudado al vecino, nada más.

Sarket y Richard se miraron cuando ella mencionó la presencia de un hombre en la vida de Dixie. Estaban seguros de que Ahmed no

sabía eso.

—¿Así que la belleza americana tiene novio? —insistió Richard, mirando a su amigo mientras alzaba las cejas.

—Sí, por supuesto —respondió Ariadna—. Vive con él desde hace un tiempo. Deja de especular bobadas.

—Yo no soy celoso —rio Richie.

—Mi tío sí —le sonrió Damla.

Los dos chocaron las palmas, riendo. Deniz revoleó los ojos, su madre captó el gesto.

—¿Y Jeff? —le preguntó su madre, inoportuna, como siempre—. Creí que iba a venir a cenar con nosotras.

Sarket no levantó la mirada del plato, pero estaba expectante.

—Ya sabes cómo están los caminos —respondió la joven bebiendo vino de su copa—. Quedamos en que nos veríamos en la semana. Los dos tenemos mucho trabajo pendiente.

—Nunca hay que dejar un novio esperando —le reprochó su madre, sin darse cuenta de la mirada que el hombre a su derecha le enviaba a su hija, desvistiéndola.

—No lo dejo esperando, es que en esta época hay mucho trabajo aquí y en los viñedos, más aún esta semana que empieza —se defendió Deniz, molesta por la intromisión de su madre.

—Imagino que la cosecha organizada para mañana se suspenderá después de tanta lluvia —aseveró Ariadna.

—Lógicamente —respondió Sarket—. Ya fueron todos avisados. Habrá que evaluar en qué estado quedaron las instalaciones para recibir tanta gente y realizar los rituales programados en cada cosecha.

—¡Qué pena! —se quejó Damla—. Yo quería ir a divertirme mañana a los viñedos.

—Puedo llevarte en la mañana si no llueve para que me ayudes a hacer la inspección del lugar —le ofreció Sark con una sonrisa. ¡Adoraba a esa niña!—. Puedes ser mi asistente.

Damla abrió los ojos, sorprendida y feliz.

—Sí, sí, sí.

—Entonces es una cita —le dijo el hombre, guiñándole un ojo, ante la mirada de adoración de Deniz.

Nada era más importante para ella que esas dos personas que amaba tanto se entendieran.

En medio de la conversación, del clima ameno y las risas del grupo, se sorprendieron al ver entrar a Cloé, empapada, con su vestido de colección estropeado y sus zapatos arrojando agua a cada paso. Damla frunció el gesto, molesta por la intromisión. Y se lo hizo saber sin pérdida de tiempo.

—¿Qué haces aquí?

Cloé la ignoró y lloriqueó como una niñita.

—Casi muero en esa ruta inundada y tú me preguntas qué hago aquí —se quejó, mirándola con rabia—. Por poco pierdo la vida para poder estar al lado de tu tío.

—Te hubieras ahorrado el viaje —le reprochó la niña con fastidio—. Mi tío no está en el *chateau*.

—Eso ya lo sé —aclaró Cloé con rabia—. No era aquí adonde quería estar, pero sólo hasta aquí me permitió llegar la ruta.

Ariadna le alcanzó una toalla que había traído la camarera y Sarket la ayudó a llegar hasta una silla mientras Richard le quitaba los zapatos, el abrigo y el bolso que estaban inservibles. Ella se secó el rostro con la elegancia de una princesa, de alguien que se sabe hermosa y observada.

—¿Por qué saliste en una noche como esta? —le preguntó Ariadna, asombrada de la estupidez de la mujer.

—¿No hubieras hecho tú lo mismo si el hombre de tu vida estuviera encerrado en una casona solitaria con una mujer voluptuosa, vulgar también, de esas que les gustan a todos? —respondió con otra pregunta la mujer, celosa.

Richard ahogó la risa porque Ariadna le hizo un gesto desafiante. En esto iba a defender a su futura nuera.

—Ahmed está en su cabaña, Cloé —le aclaró Ariadna para tranquilizarla—. Ellos no están juntos.

—Cuando yo lo llamé por teléfono se los oía lo bastante cerca el uno del otro —le aclaró ella—. Tan cerca que podría jurarte que la tenía abrazada mientras la consolaba diciéndole que iba a quedarse con ella por no sé qué idiotez acerca de la lluvia —comentó con ironía y rabia.

—Mi prima le teme a las tormentas —explicó Deniz.

—¡Y a mí qué me importa! —exclamó Cloé enojada—. Eso no le da derecho a secuestrar a mi prometido.

Damla rio divertida.

—Lo dices como si mi tía fuera a hacerle algo malo —dijo la niña sin poder dejar de reír.

—¡Ella no es tu tía! —casi gritó la joven.

—Tú no lo eres, que es muy distinto —gritó también Damla.

Deniz la tomó de la mano y se alejó con ella.

—Vamos a buscar algunas de tus cosas a tu cuarto porque hoy duermes conmigo.

—No quiero.

—No hay opción. No quedan cuartos en el *chateau* para darle a Cloé —le explicó Deniz mientras subía por la escalera lateral—. Duermes conmigo o duermes con ella.

Damla abrió los ojos, horrorizada.

—¡Ni muerta duermo con esa insoportable! —gritó la niña tratando de que Cloé la oyera—. Ojalá mi tío recapacite y se dé cuenta de que no debe casarse con ella.

—¡Basta, Damla! —se enojó Deniz—. Ssshhhh.

Las dos desaparecieron por la escalera y Ariadna la siguió unos momentos después luego de aclarar...

—Iré a ordenar que acondicionen la habitación de Damla para ti —le dijo a la joven y luego agregó mirando a los hombres—: La habitación de ustedes ya está lista.

Los dos agradecieron con un gesto y la observaron partir. Cuando estuvieron solos, Cloé indagó...

—Richie... ¿Med te dijo algo con respecto a esa... mujer que ahora trabaja aquí?

—No he hablado con él de otra cosa que no haya sido trabajo... mi trabajo, lógicamente —le respondió en forma ambigua. Pero sin poder contenerse agregó—: Aunque yo en tu lugar estaría bastante preocupada, preciosa. La dama es una verdadera tentación.

Sarket le hizo señas de que no siguiera.

—Ahmed sólo le hizo un favor, Cloé —se apresuró a enmendar Sark—. Probablemente mañana lo tengas de regreso y con todas las ganas

de pasar más tiempo a tu lado. Entre tú y él hay amor, lo sabes.

Los dos hombres se miraron y Richard controló la risa.

—Sí, Sarket. Pero el amor es cosa de a dos, y siempre hay una zorra que no sabe contar —expresó la mujer con desagrado.

—Vamos, Cloé... —trató de calmarla Richard—. No la conoces y ya la catalogas así sólo por ser una mujer bonita.

—La mujer bonita deja de ser hermosa cuando empieza a ponerse fácil. Exactamente como ella. Pero bueno... —dijo con tono empalagoso, poniéndose de pie y caminando sensual hacia él—. Es justo la clase de mujer que te encanta a ti, ¿no es cierto?

—A mí me encantan toda clase de mujeres... —le dijo dando un paso hacia atrás—, menos las de mis amigos. Buenas noches.

Richard subió rápidamente las escaleras tratando de alejarse lo más posible de esa joven tóxica, inexperta y provocadora. Definitivamente una mujer que no le convenía a su amigo.

—Bueno, Sark... sólo quedamos tú y yo —le dijo ella con una sonrisa, volteándose para mirarlo.

—Sarket —se oyó la voz de Deniz desde el *hall*—. ¿Crees que podamos revisar esos documentos que mencionaste en mi oficina? ¿O te parece muy tarde?

El hombre entendió el mensaje. Caminó hacia la mujer que lo tenía loco y, sin mirar a Cloé, se despidió de ella...

—Buenas noches.

Los dos se perdieron por el pasillo mientras la joven quedaba fastidiada, húmeda y sin nadie con quien hablar.

—¡Manga de maleducados! —exclamó entre dientes—. Ya van a ver cómo van a funcionar las cosas por acá cuando me case con Ahmed. Se les van a acabar las frasecitas triviales.

Y subió hacia la habitación que le habían destinado, sabiendo que su hombre con toda seguridad abrazaba en esos momentos a otra mujer.

\*\*\*

El grito desgarrador de Dixie retumbó en toda la casa

en medio de la noche y la tempestad.

Ahmed saltó en su cama, corrió las sábanas y salió despedido en *boxers* al pasillo. Allí se encontró con una asustada Dixie con el cabello despeinado, lágrimas en los ojos y aterrorizada.

—¿Qué sucede, Dix? ¿Estás bien? —le preguntó semidormido, sin poder acostumbrarse a la poca claridad.

—Dijiste que estarías a mi lado y te fuiste y los relámpagos me asustan y las tormentas me dan mucho miedo y... —ella no podía dejar de hablar y de llorar, nerviosa.

Ahmed la tomó entre sus brazos, cobijándola, sintiendo la necesidad de tranquilizarla. Le limpió las lágrimas de la cara con sus dedos, le corrió el cabello de la cara y casi creyó que no iba a poder controlar los deseos de besarla y hacerle entender que con él estaba a salvo, cuando la oyó decirle...

—Quédate conmigo —y volvió a abrazarse a él—. Quédate conmigo esta noche... por favor, Med.

Y el cielo se partió en dos, iluminándolos...

Ella quería que se quedara a su lado.

Él no quería nada más que eso.

Truenos ensordecedores dejaron aturdido su corazón.

La lluvia hacía rato que recorría su interior.

\*\*\*

La mañana la encontró confundida y desorientada.

Cuando abrió los ojos y logró ubicarse se dio cuenta de que no estaba en su habitación. No era su cama. No había su olor en la almohada. Volvió a aspirar el aroma a cedro y sándalo que caracterizaba a Ahmed... y su fragancia natural.

Tenía vagos recuerdos de la noche.

Sabía que se habían encontrado en el pasillo, que ella lloraba y él la abrazó en forma protectora. Vino a su mente la indecisión del hombre, las dudas que pasaron por su rostro. Era evidente que no quería estar cerca de ella, que se vio en el compromiso de cobijarla

debido a su angustia.

Estaba incómodo.

Cuando compartieron su cama, él se mantuvo lo más lejos posible.

Y eso, en su obnubilado estado, le resultó extraño, fuera de lugar, irreal... ¿Por qué no la abrazaba, le besaba la cabeza y la dejaba descansar sobre su pecho? ¿Por qué no enredaban las piernas como solían hacer? ¿Por qué no acompasaban su respiración?

Lo buscó con los ojos. No estaba allí.

Caminó hacia su baño. Tampoco.

Seguramente estaría desayunando o, tal vez, ya se hubiera ido.

Se sumergió rápidamente bajo su ducha, se maquilló a una velocidad inusitada y se calzó unos jeans azules ajustados, se puso una remera rosa claro, una camisa a cuadros azul, celeste rosa y blanco, botas de gamuza marrones de taco bajo hasta la rodilla, guardó algunas cosas en su bandolera marrón y bajó las escaleras casi al trote sin saber si lo iba a encontrar o no.

Caminó con paso firme hacia la salida cuando lo divisó en el amplio comedor, leyendo el diario. Estaba impecable, como siempre. Pantalón de montar ceñido color trigo, botas color café hasta la rodilla, camisa celeste jean con los primeros botones abiertos y sweater marrón con cierre.

Devastador.

Y él lo sabía.

Como también sabía que ella estaba de pie en el marco de la puerta, aunque tuviera la vista escondida detrás del periódico. La sentía allí, agitada. Podía aspirar su envolvente aroma de flores frescas, a rosas recién cortadas...

Cerró los ojos y evocó la noche que pasaron juntos, su brazo rodeándolo, apoyado sobre su pecho, aferrada al cuello de su remera, la respiración calma, el cabello haciéndole cosquillas en la cara, su pierna derecha cada vez más enroscada a él, húmeda, excitante...

Y el recuerdo lo hizo estremecerse.

No había dormido en toda la noche, pendiente de su cuerpo tan cerca que quemaba, de sus manos tocándolo, de las ganas de poseerla y someterla y volverla a hacer suya, ganas que se evidenciaban en sus boxers, donde su erección era permanente.

Bajó el diario y la observó.

Ella sonrió.

Él no.

—Creí que te habías ido —le dijo ella dejando su bolso en la silla y sentándose a desayunar.

—En unos minutos —y giró la muñeca para ver la hora—. Demoraste demasiado.

Ella se sirvió café y lo endulzó. No dijo nada.

Era obvio que el hombre no estaba de humor.

Volvía a ser la pared de antes.

—Sólo beberé café, no te preocupes.

—No me preocupa —la corrigió él—. Debo dejarte en el *chateau* de camino a mi club. Tengo muchos compromisos que cumplir —le informó de forma brusca. Y agregó con frialdad—: Y tengo que pasar por mi prometida.

El último comentario fue un baldazo de agua fría.

Frente a frente con la realidad.

Pero no dejó que se notara.

—No es necesario que me lleves —retrucó Dixie parcamente—. Me arreglaré.

—Tu camioneta quedó en el *chateau*.

—TU camioneta quedó allá. Y yo puedo caminar.

—Imposible. Vienes conmigo —sentenció Ahmed regresando al periódico sin mirarla. A los pocos segundos agregó sin dejar de leer—: La cosecha se postergó para el viernes.

—Está bien. ¿Quieres que vayamos a ver las nuevas instalaciones en los viñedos?

—No —categórico, seco—. Tengo mucho trabajo en mi club por causa de la tormenta.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció con simpleza.

—¿Tú? ¿En mi club? —sonrió irónico—. En nada. Ocúpate del caballo que rescataste y por la tarde recibe los ejemplares que compramos. Comunícate con el laboratorio por el asunto de los análisis.

—Muy bien —respondió ella, dolida—. Gerard me explicará cómo es aquí todo el procedimiento.



—¡Oh, sí! Seguro que sí —confirmó Med, sarcástico—. Mi veterinario en jefe estará feliz de hacerlo —agregó imaginando al hombre sobre ella, tocándola cada vez que pudiera, sonriéndole, disfrutándola.

Dixie bajó la mirada, cansada de los ataques innecesarios.

—No entiendo por qué estás tan molesto conmigo —se quejó ella sin entender.

—¿Molesto? Para nada.

—Ayer eras una persona diferente.

—Versión domingo —aclaró cortante.

—Entonces esperaré una semana para volverte a hablar.

Silencio otra vez. Ahmed cerró el diario y se puso de pie.

—Vámonos —ordenó—. Tu horario de trabajo está por comenzar y no quiero hacerte llegar tarde.

Y salió dando largas zancadas.

Dixie también se puso de pie, arrojó la servilleta sobre la mesa con fastidio, tomó su bolso y lo siguió. Cuando ella estuvo dentro de la camioneta, él arrancó sin hablarle. Durante los primeros minutos del viaje, ninguno de los dos hizo ningún comentario. Las miradas al frente. Una suave música en el aire. Las respiraciones aceleradas.

Pero Dixie no pudo con su genio.

—¿Pasó algo anoche que te hizo cambiar de actitud?

—¿Qué podría haber pasado?

—No lo sé. No recuerdo mucho —aceptó ella con resignación, con total sinceridad.

Él recordaba todo.

Su abrazo en el pasillo.

Sus lágrimas.

Su pedido.

—¿No lo recuerdas? —ironizó Ahmed—. ¡Qué conveniente!

—Mira... si hice algo que te incomodara o provoqué...

—No provocaste nada —la interrumpió Med—. Quédate tranquila. Tú ya no provocas nada en mí.

Y el dolor la aguijoneó. Era tal y como ella se había imaginado: No había nada.

Dixie trató de controlarse, contuvo el aliento y reguló las ganas que

tenía de gritarle «Tú sí, tú me enloqueces».

Pero no dijo nada. No iba a darle el gusto.

—Será un lunes muy complicado para mí —le dijo él cambiando de tema—. Así que te pido por favor que no me solicites para nada.

—Cada uno tiene el lunes que se merece —susurró ella, dolida.

—¿Qué dijiste?

—Me las arreglaré sola —respondió mientras él estacionaba y bajaban al mismo tiempo.

—Anoche no te las arreglaste sola para nada.

Los dos detuvieron sus pasos frente al restaurante del *chateau*. Desde el interior, todos los veían, notaron la tensión entre ellos, la forma en que se miraban, conteniéndose.

—Sabes que le temo a las tormentas y por eso te pedí ayuda — se defendió ella con dolor.

—¿Ayuda? —se rio él—. Pediste más que eso.

Ella frunció el ceño, extrañada. ¿Qué le había dicho semidormida, asustada y desvalida?

—No sé a qué te refieres.

Ahmed se acercó más para susurrarle casi al oído.

—Quédate conmigo. Eso me pediste —le dijo entre dientes. Y se alejó unos centímetros para mirarla a los ojos antes de agregar—: Pero una vez me quedé contigo y me abandonaste... No me quedaré nunca más.

Y la dejó sin palabras.

Ahmed retomó el camino hacia el restaurante y al mismo tiempo su prometida salió presurosa a recibirlo. Para sorpresa de todos, el hombre tomó a la joven de la nuca y le devoró la boca de manera dominante, girando el cuerpo para quedar con la mirada clavada en Dixie, quien no supo qué cara poner ante esa evidencia de amor.

Y sabiéndola cerca, le dijo a Cloé...

—¡No sabes las ganas que tenía hoy de verte! —y, abrazados comenzaron a caminar despacio hacia el interior de *chateau*—. Me hiciste mucha falta anoche —ronroneó él, extrañamente cariñoso.

—Imagino que la cama de tu cabaña debe de haberte parecido fría tan acostumbrado que estás a compartir las noches conmigo — aprovechó ella para sacar ventaja delante de la mujer.

—Insoportablemente fría —aseveró Ahmed sin dejar de mirar a Dixie, pero sin aclararle a su prometida dónde había dormido.

Sintiéndose acicateada e ignorada, Dixie caminó detrás de ellos en cuanto se alejaron un poco, mugiendo su rabia, sus deseos de sacarla a ella de ese lugar y alejarla de sus brazos.

Respiró hondo y suplicó al cielo que le diera la seguridad para poner a su primo en su lugar y entonces, mágicamente, esa solución llegó en el cuerpo apetecible de Richard.

El hombre le sonrió con alegre alevosía, disfrutando de la imagen que la mujer le daba. Ella también le sonrió.

Richard pasó de largo de la pareja y a Ahmed se le erizó la nunca cuando se dio cuenta de que su amigo la iba a encarar. ¿Qué le pasaba? Si él ya le había dejado en claro que esa mujer no debía ser molestada.

—Hola... ¿te conozco de otro suspiro, de otra mirada quizás? —le piropeó con divertida expresión.

Ella volvió a sonreír, disfrutando del halago, de la rapidez verbal del hombre y de la cara de estupor de Ahmed.

Richard volvió a arremeter.

—Tienes la sonrisa que quiero que tengan mis hijos.

Se detuvo frente a ella, haciendo que Dixie también detuviera sus pasos y se tentara de risa.

Ahmed también se detuvo bruscamente, arrastrando a Cloé con él, que puso cara de fastidio.

—¿Me necesitabas para algo? —le preguntó a su amigo, desafiándolo con la mirada, advirtiéndole lo que ya le había dicho sobre ella.

Pero Richard redobló la apuesta.

—¿A ti? —rió el hombre—. A ti no, a este ángel. Ella es exactamente lo que necesito, aunque a los demonios nos han prohibido enamorarnos de ángeles —dijo mirándola con desparpajo.

Ahmed revoleó los ojos, fastidiado. Especialmente porque a ella parecía encantarle ese asedio.

—Dixie Cabbot.

—Encantado de darme cuenta que mi nombre y apellido combinan con el tuyo —dijo besándole la mano que ella había extendido—. Soy

Richard Aralat, la mano derecha de Ahmed en las finanzas. Nos cruzamos ayer.

—Sí, lo recuerdo —disfrutando no sólo de la atención de ese magnífico ejemplar masculino sino también de la rabia de su primo, que trataba de mantenerse en la conversación a pesar de que su prometida le hablaba en voz baja y trataba de que siguieran el camino.

—En ese momento no sabía tu nombre, pero no por eso te quité de mi pensamiento. —la conquistó él, como tantas veces había hecho con tantas otras—. Pero estaba seguro de que nuestros caminos volverían a cruzarse.

Dixie rio sonoramente, con una carcajada que contagió a Richard, pero enfureció a Ahmed.

—Su horario de trabajo ya comenzó, señorita Cabbot.

Dixie dejó de reír y clavó su mirada en Med, descubriendo el goce en los ojos de su prometida, con una mueca sobradora que trataba de colocarla en su lugar.

—Que tengas un buen día, Richard —se despidió ella sin dejar de mirar a Ahmed. Y trató de caminar hacia los establos.

—No te vayas así —dijo deteniéndola del brazo. Y señalando hacia su amigo, suavizó el momento—: Él te ignora, yo no.

—Él no me ignora... me desperdicia —ironizó ella antes tratar de caminar hacia los establos.

Pero la voz insoportable de Cloé la detuvo cuando la escuchó decir mientras intentaba arrastrar a Ahmed con ella...

—Ay, amor, deja que el capataz se encargue de lidiar con los horarios de los empleados.

¡Y eso fue lo que la desequilibró!

—Primo... —le gritó haciendo que tanto el hombre como la mujer se dieran vuelta—. Estaría bueno que le aclararas a tu noviecita que no sabes cómo estaba la cama de tu cabaña porque no dormiste ahí — y mirando a Cloé, le dijo con las manos en los bolsillos del jean—: La cama que compartimos estaba bien calentita, te lo aseguro.

Cloé abrió los ojos en forma desmesurada y se apartó de Ahmed, quien no dejaba de mirar a Dixie pasmado. Richard se sintió confundido. ¿Qué clase de relación tenían esos dos?

Pataleó, gritó, lloriqueó y todo ante la impertérrita mirada de los

otros tres que se mantuvieron en silencio. Sin otra cosa más que hacer, se ofendió y caminó hacia el interior del *chateau*.

—Podías haberle aclarado que entre tú y yo no pasó nada —le dijo Ahmed manteniéndose calmado.

—Ahhh... ¿No se lo aclaré? —ironizó Dixie frunciendo los labios—. Lo haré la próxima vez que la vea. Y le contaré la historia de que le tengo mucho miedo a las tormentas y tú siempre has sido mi salvador —dijo manteniendo el mismo tono y sin dejar de mirarlo.

—No es necesario incomodar a nuestra pareja amiga —le dijo Richard con una sonrisa—. Me llamas y al instante me tienes a tu lado para controlar tu angustia.

Ahmed estuvo a punto de enfrentarse a su mejor amigo, pero prefirió dejarlo pasar.

—El horario de todos ya comenzó —dijo con frialdad esperando que Richard caminara hasta su vehículo para él hacer lo mismo e irse al club. Tenía mucho trabajo y Cloé tendría que dejar sus berrinches caprichosos para otro momento.

Dixie dio media vuelta e inició su camino hacia los establos. Y fue cuando Richard puso la frutilla en medio del pastel que se pensaba comer.

—Conseguiré tu teléfono y te enloqueceré hasta que no puedas negarte a salir conmigo —le gritó con una sonrisa.

Y ella se dio vuelta para gritarle también, sabiendo que todos la escucharían.

—¿Quién dijo que voy a negarme? Tal vez yo consiga el tuyo antes —y le arrojó un beso con la mano y entró en los establos junto con un par de peones que le dieron la bienvenida quitándose los sombreros.

Tremendo pedazo de hombre que no podía más de bueno. Por ahí le venía bien el cambio.

Richard pensó en seguirla, pero creyó que ya había tentado bastante a su suerte. Saludó a su amigo con la mano y se subió a su veloz automóvil con una sonrisa bailando en los labios.

Ahmed dudó si ir tras ella o seguir su camino, pero prefirió subirse a su camioneta y dirigirse al club.

¡Mierda, mil veces mierda!

Ahora Richard se entrometía en su camino. Pero... ¿qué camino?

Entre Dixie y él nunca más iba a suceder nada, por más que sintiera una descarga de electricidad cuando la tocaba, por más que su boca entreabierta lo tuviera obsesionado, por más que aún sintiera el calor de su pierna enredándolo y la misma erección se hiciera presente para recordarle que entre ellos dos aún no estaba todo dicho.

¡Mierda, mil veces mierda!

¿Podría seguir dejándose engañar?

## Capítulo 6

Casi no se vieron en toda la semana.

En realidad se vieron muy poco directamente y siempre en medio de discusiones, pero los dos estuvieron tras el otro en los momentos que se cruzaron, esperando que alguna palabra los uniera, que alguien los nombrara, que se necesitaran al menos un segundo.

Pero aún casi sin haberse visto, los dos sabían qué estaba haciendo el otro: de alguna manera se las ingeniaban para estar al pendiente.

Nada más.

Nada de hacerle dar cuenta al otro que deseaban verlo, mirarlo a los ojos, sentir su olor.

Ahmed no volvió a la casa de sus padres. Dixie masticó noches de sueños solitarios, pensando de qué manera comunicarse con él sin hacerle notar que deseaba verlo.

Ese mismo lunes Aimeé le llevó el celular nuevo que su primo le había dicho que le mandaría comprar, junto con el *voucher* para que lo canjeara por la ropa que quisiera ya que, según el «señor Tarik», debía reponer lo que hubiera perdido en horas de trabajo.

A regañadientes lo aceptó, quejándose de que era mucho más dinero de lo que costaba su ropa, que ella misma se podría comprar lo que deseara, etcétera, etcétera. Lo dejó en su mesa de luz. No tenía tiempo de ir al pueblo a comprar.

A media mañana recibió al veterinario de Astroid, el caballo del señor Fulard, para interesarse por los avances del padrillo y ver que estuviera lo suficientemente recuperado para llevárselo.

Armand Gynnet era un hombre de unos 45 años, alto, refinado y poco amigable. Manifestó que había sido una locura trasladar al

caballo hasta el *chateau* teniendo ellos tan buenas instalaciones. Los peones que estaban cerca, escuchando el tono desagradable y prepotente del francés, se mantuvieron a la expectativa, haciéndole señas a Dixie con el sombrero para que supiera que ellos estaban al acecho.

Ella les sonrió, agradecida.

—Si usted hubiera estado ahí, se hubiera encargado personalmente del tema —le retrucó ella, cortante—. Pero como la que se ocupó fui yo, las decisiones corrieron por mi cuenta.

—He venido a llevármelo —exigió, intentando tomar con prepotencia las riendas del caballo.

—De ninguna manera —refutó ella, quitándoselas del mismo modo—. Se quedará aquí hasta que yo le dé el alta —aseveró mientras terminaba de acomodar a Astroid.

Armand la tomó del codo y la dio vuelta en forma brusca, haciéndola tropezar con un fardo.

Dixie no cayó al suelo porque uno de los peones la sostuvo y, mientras la ayudaba a reponerse, otros dos tomaban al veterinario uno de cada brazo y se lo llevaban a la rastra hacia su vehículo.

El hombre se marchó con rabia, refunfuñando, quejándose de las ideas extremas de los americanos y de la forma en que el personal del *chateau* lo había tratado, que iba a enviar una queja formal a los dueños.

Dixie ignoró el comentario, agradeció el apoyo de los peones y siguió con su trabajo.

Dos horas más tarde recibió el llamado de Ahmed a su celular, alterado, fastidioso y de mal humor.

—¿Puedes decirme qué sucedió con el veterinario de Fulard que acaba de llamarme con muy mal tono para quejarse de ti?

—Cuestionó mis indicaciones y se quejó de que hubiéramos traído al caballo para acá —respondió ella mientras terminaba de peinar a uno de los ejemplares más jóvenes.

—Eso no es lo que me dijo —espetó él—. Se exasperó porque tú no le dejaste llevar al animal de regreso.

—Por supuesto que no. Aún no se ha recuperado totalmente —respondió sin contarle lo que había pasado.



—¿Por qué demonios no le devuelves el animal y punto? —gritó Ahmed, alterado—. Él es el veterinario de Fulard, maldita sea.

—Pero yo soy la veterinaria que lo atendió luego del rescate —gritó ella, llamando la atención de todos los que estaban en los establos—. Mira, Ahmed, no voy a permitir que nadie venga a cuestionarme ni a darme órdenes. ¡No le di el alta! ¡No se va de aquí!

Y cortó.

Los hombres bajaron la vista y siguieron con su rutina. ¡Tremendo carácter de la doctora! Sobre todo para imponerse ante Ahmed Tarik, un hombre de personalidad implacable.

A la media hora lo tuvo tronando en los establos, buscándola en cada uno de los espacios a los gritos.

—¿Dónde está, doctora Cabbot?

—Aquí —respondió ella desde el piso en uno de los compartimentos, curando la pata de uno de los caballos que se acababa de herir.

Él se sintió descolocado.

Venía enojado, deseoso de verla, pero sin querer que se le notara, molesto por la actitud que había tenido con el veterinario de su vecino y la encontraba arrodillada en medio del heno, con su instrumental apoyado en un fardo, con ese fantástico trasero que tenía tentadoramente ofrecido, con el cabello escapando del hierbajo que lo unía y rodeada de tres peones que, además de mirarla embobados, la asistían.

—¿Qué haces en el suelo?

—Curo a Afleet —respondió ella sin siquiera mirarlo—. Y tus gritos lo han asustado.

—Tenemos que hablar —trató de controlarse él.

—Te escucho.

—Aquí no.

—Estoy trabajando.

—Soy tu jefe y te ordeno que te levantes y vengas conmigo —casi volvió a gritar él.

—Terminaré en unos momentos. ¿Por qué no me esperas en la oficina? —propuso ella empezando a colocarle la venda al caballo.

—Porque no se me...

La voz de Sarket lo interrumpió.

—Med, necesito una firma tuya en estos documentos —le dijo mirándolo fijamente—. Salgamos un momento mientras Dixie termina y así me soluciones este problema a mí.

Los dos salieron con prisa.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Podría decirte que por los gritos que pegaste y que todo el mundo escuchó, pero la verdad es que alguien me avisó que bajarías de la camioneta un tanto... alterado.

—Aimeé —aseveró Med, revoleando los ojos.

—Tu asistente te vio salir tan desencajado que me llamó —le explicó su amigo—. Pero debiste conducir en dos ruedas porque no me diste tiempo a llegar hasta aquí antes que tú.

—Primer problema del día: la señorita veterinaria se negó a devolver el caballo a su dueño.

—Eso no es completamente cierto —corrigió ella mientras se quitaba los guantes descartables y se los entregaba a uno de sus asistentes que, solícitamente los echaba en el cesto y le pasaba una toallita húmeda que también luego descartaba y le devolvía una sonrisa.

Ahmed nunca había visto que se comportaran así con Gerard.

Pero claro, era ella. Ella y la forma en que lograba que todos desearan rendirle pleitesía.

Se enfureció aún más.

—Yo soy el que recibe las quejas y tiene que poner la cara sin saber lo que sucedió.

—Te expliqué por teléfono lo que había pasado —le dijo ella colocando las manos en la cintura—. No era necesario que vinieras hasta aquí.

Sarket lo miró, expectante. Ahmed dudó.

—Me cortaste.

—Me gritaste —le retrucó ella.

Él se pasó la mano por el cabello, tratando de controlarse. ¡Se la comería a besos si pudiera, si no quedara mal!

—¿Qué fue lo pasó, Dix? —trató de conciliar Sarket.

—El hombre vino de muy mala manera a cuestionarme, a quejarse

de que me hubiera llevado el caballo cuando ellos tienen tan buenas instalaciones —explicó ella con claridad y una sonrisa para el hombre que le caía tan bien—. Le dije que yo lo había atendido así que las determinaciones corrían por mi cuenta. Y se molestó.

—¡Lógicamente! —exclamó Med, bufando—. Con toda seguridad habrás usado ese tonito tuyo tan exasperante.

Ella lo miró, dolida.

—No recuerdo qué tono usé, pero le dije que no se lo podía llevar porque yo aún no le he dado el alta.

—Es el veterinario oficial del potrillo, ¡por favor! Se lo hubieras entregado y listo.

—No entiendo por qué debía hacerlo —replicó ella—. Además, el hombre fue muy desagradable y...

—Algo habrás dicho para provocar eso, ¿no crees?

Dixie lo miró con dolor y recelo.

—Ayer era la mejor veterinaria. Hoy cuestionas mi decisión —se quejó ella sin comprender—. ¿Versión lunes? —Sarket no entendió el comentario. Ahmed se quedó sin palabras. Ella tenía razón—. Astroid se queda aquí hasta que yo le dé le alta, sino me vuelvo a Boston —determinó con rabia—. A mí nadie va a decirme cómo hacer mi trabajo, ¿queda claro?

Y no esperó respuesta. El capataz la vio marcharse y esperó a que estuviera lejos para aclararle a Ahmed.

—Gynet se pasó de los límites, señor Tarik.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Med, confundido.

—Le gritó, la maltrató verbalmente y luego la tomó del codo y la hizo tropezar con un fardo.

Los dos hombres abrieron los ojos desmesuradamente. Pero Med se crispó aún más.

—¿Qué dices? ¿La arrojó al suelo?

—No. Mis hombres estaban allí, atentos, porque no les había gustado el tono que estaba usando el francés con la doctora. Uno de ellos la sostuvo de inmediato y no cayó. Luego sacaron al veterinario a la rastra, en medio de amenazas y gritos de que le iba a llamar a usted.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —se quejó Ahmed.

—Porque la doctora no quiso. Dijo que ella hablaría con usted llegado el caso. Pero cuando la llamó, discutieron —explicó el hombre. Y luego agregó algo temeroso—: Déjeme decirle algo, señor. Usted no tiene paciencia para tratar con la doctora Cabbot.

Ahmed abrió los ojos asombrado. Sarket ahogó una risa.

—No es que yo no tenga paciencia, sino que ella me saca de mis casillas —se defendió él bajando un tono, tratando de que no se le notara la rabia que sentía al saber que la habían maltratado—. Siempre ha sido así entre nosotros... sin términos medios.

—Yo le recomendaría que tratara de encontrar la manera porque, humildemente opino por experiencia, ella es demasiado buena en su trabajo —le dijo el capataz—. Acaba de llegar, pero todos los hombres que trabajan con ella lo hacen de buen agrado, tiene un excelente trato con todos y se está ganando el respeto que se merece. No nos gustaría que cumpliera su amenaza de volver a su país tan pronto.

Ahmed quiso decir que a él tampoco le gustaría. Pero calló.

El capataz se disculpó y dijo tener mucho trabajo. Ahmed le advirtió que quería estar al tanto de todo lo que sucedía en los establos, en especial si...

No hizo falta que aclarara nada. Alfonso García tenía claro que su jefe sentía algo muy profundo por la belleza americana. Eso era muy obvio.

Sarket se quedó mirando a su amigo, esperando que él hiciera algún otro comentario. Med bajó la vista.

—No sabes las ganas que tengo de ir por ese imbécil.

—Lo sé, Med —lo interrumpió su amigo—. Pero no vas a hacerlo, porque resultaría exagerado y extraño. No fue para tanto, lo puedes solucionar con una llamada telefónica.

Ahmed asintió y volvió al club.

Un rato después, Damla la vino a buscar para ir a ver a su potrillo y juntas, riendo, fueron a acariciar al animal, mientras Dix le explicaba acerca de los cuidados que debía recibir.

La niña era muy inteligente y bien dispuesta, y a partir de ese momento estipularon ciertos horarios para encontrarse y pasar tiempo juntas. Por la mañana, luego de desayunar cabalgarían una hora antes del inicio del trabajo de Dixie. Por la tarde visitarían al

potrillo y a veces harían ejercicio con Deniz, aunque ellas dos preferían salir a correr antes que encerrarse en el moderno gimnasio del chateau.

Ese día cerró con una llamada de su madre contándole que su padre ya sabía que estaba en Francia.

Bien. Le evitaba tener que decírselo. También le evitaba escucharlo reclamar, quejarse de que había ido hacia allá detrás de ese hombre y bla, bla, bla.

Le evitaba escucharle decir la verdad.

\*\*\*

El martes arrancó con la compañía de su sobrina montando su propio caballo y ella, con Cyrene, como se hacía costumbre. Las dos recorrieron los campos juntas, galoparon como poseídas y luego desmontaron en el mismo arroyo que siempre disfrutaban cuando era niña, tan cerca de su lugar secreto.

Cuando volvieron, Deniz las estaba esperando para ir al pueblo a la modista que le estaba dando los últimos toques a su vestido para la fiesta de la cosecha. Le sugirió a su prima que buscara uno para ese día, pero Dixie estaba dispersa, poco interesada.

Sólo tenía ganas de verlo.

Haciendo caso de su prima renovó su guardarropa y compró algunas cosas que le gustaron: unos jeans, un par de pantalones de montar, varias camisas, algunas remeras y un vestido borgoña (color obligado del evento), sencillo, corto.

Sin que ella se diera cuenta, Deniz le encargó uno a la modista que había venido especialmente de Estados Unidos, parte del *staff* de una diseñadora que Deniz adoraba y con quien había entablado una cordial relación. La mujer tomó las medidas de Dixie visualmente, con su ojo de experta. Las dos mujeres diseñaron juntas el vestido, consultando con Jaclyn Harrogate por *Skype*, quien sugirió unos

maravillosos detalles, y todo eso sin que Dix se diera cuenta de que hablaban de ella, mientras se divertía con Damla y jugaban a ser modelos.

Si Dixie pensaba que iba a acudir a tremendo evento con ese vestidito tan simple que se había comprado estaba loca. ¡Sería la más hermosa de la fiesta! Después de ella, lógico.

Aún recordaba la discusión que había tenido con su madre cuando le comentó lo que pretendía. Ariadna puso el grito en el cielo ante el comentario de su hija de que encargaría un vestido para Dixie en la misma modista exclusiva en que se vestían ellas. ¡No solo tenía que soportarla ahí sino que encima la vestía de gala!

El martes terminó con una tarde de aprendizaje junto a Gerard, sentados en la oficina de los establos, explicándole todos los pasos a seguir en el pedido de análisis para los nuevos caballos que acababan de llegar y contándole lo que estaba haciendo en el laboratorio esa semana.

Ahmed los vio salir caminando en forma distendida, ella riendo acerca de un comentario del hombre, ambas manos en los bolsillos traseros del jean azul, el sombrero algo ladeado, la musculosa oscura y la camisa suelta, preciosa, como siempre.

Una punzada de celos lo recorrió al ver cómo el francés apoyaba su mano en la espalda de ella, acompañando su paso. ¡Y ella lo dejaba!

Abrazó a su prometida con una vehemencia inusitada y la joven se sorprendió. Aprovechó el momento romántico y se colgó de su cuello para besarla en forma posesiva. ¡Bastante trabajo le había costado recuperar su confianza después del comentario de su prima!

Ese fue el momento que Dixie captó... el abrazo y el beso exagerado de la pareja.

Cerró los ojos y continuó acompañando al veterinario hasta su camioneta, para despedirlo. Lo saludó con la mano y vio como los enamorados también se iban en el vehículo de Ahmed. Volvió sus pasos hacia el establo, dolida, cuando el maravilloso Richard le salió al encuentro con una taza de humeante café que le tendió junto con su sonrisa.

—Nada me gustaría más en esta vida que me recibieras con tu dulce mirada, una mirada que fuera sólo para mí —le dijo con ternura.

—Esta mirada es sólo para ti —le aseguró ella sonriendo y recibiendo el café de buen agrado.

—Los empleados de la cafetería del *chateau* dicen que así es exactamente como te gusta. Intenso. Con crema. Poca azúcar — explicó con doble intención mientras retenía la mano femenina entre las suyas. Podría dejarse llevar por esos ojos azules y esas manos cálidas a pesar de no poder quitarse a su primo de la cabeza—. Anoche no pude dormir pensando en ti.

—¿Insomnio? —indagó ella con una sonrisa mientras bebía su café a sorbos, seductoramente.

—Tú le llamas insomnio pero yo le puse tu nombre. No es insomnio, eres tú —respondió él enredando sus dedos en uno de los bucles que escapaba del sombrero de la mujer.

—No es insomnio, es que tú tienes algo que yo quiero, y yo tengo algo que te hace falta —lo apuró ella, divertida.

—¿Sí? —se asombró él—. ¿Qué quieres tú que yo tengo? Pero por sobre todas las cosas... ¿qué es lo que te hace falta? —susurró, acercándose a su oído con sensualidad.

—Yo quiero tener una vida fuera de los establos—le respondió ella alejándose apenas un paso—. Y a ti te hace falta una mujer que no caiga rendida a tus pies y te resulte un desafío —y el hombre sonrió, fascinado. Ella se hizo la interesante—. Pero si crees que sólo te provooco un doloroso insomnio... Lamento hacerte sufrir.

—Insomnios como tú no se sufren... se disfrutan —le aseguró Richard, tratando de evitar tomarla de la cintura y acercarla a él.

Y estaba a punto de dejarse llevar por el momento cuando oyó la voz de Sarket que lo llamaba.

—Richie, no sabía que ya habías llegado.

Y prácticamente arrastró al hombre hacia las oficinas mientras Dixie se dejaba guiar por Damla hacia su potrillo.

Se despidieron con una mirada, sonriendo.

Richard tenía una sonrisa de la cual podía enamorarse con facilidad.

En ese momento la cara de Dexter vino a su mente. Debía terminar con esa falsa relación. El hombre no merecía sufrir porque ella no podía amarlo. No era justo de su parte.

Sin sospecharlo, el recordado y su padre hablaban del otro lado del océano.

—¿Qué sucede que pueda ser tan urgente, Joseph? —la voz de Dexter sonaba cansada—. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Mientras tú juegas a ser investigador en esa prestigiosa universidad de ricos, tu mujer se arrastra de nuevo a los pies de su amor juvenil —le reprochó con ironía.

—¿De qué hablas?

—¿Qué te dijo mi hija acerca del destino de su viaje?

—Comentó que era en Francia, que el laboratorio era el mejor equipado y nada más. Estaba entusiasmada porque la había escogido entre muchos postulantes.

—¡Imbécil! La dejaste meterse en la boca del lobo —le gritó molesto.

—Wow, wow, wow... ¡Momento! El hecho de que trabaje para ti no te permite hablarme de esa manera —lo cortó en seco.

—¿Cómo te llamarías tú? La dejaste viajar a los brazos de Tarik, tu único enemigo, el hombre que siempre ha amado.

Dexter se incorporó en el sillón del departamento.

—Joseph, Dixie me ama —lo tranquilizó tratando de autoconvencerse—. He invertido todo mi tiempo en brindarle paz y seguridad, un hogar al cual regresar. He sido el hombre perfecto para ella y dejé que ella me enamorara porque es muy difícil obviar sus encantos. Te aseguro que solo fue allá por trabajo.

—¡Qué necio y soberbio eres! —vociferó el hombre—. No tienes idea los años que demandó que ella lo alejara de su mente. Te he estado pagando todo este tiempo para que la mantuvieras ocupada y, de buenas a primeras, la dejas marchar... ¡Las consecuencias de tu descuido serán fatales!

Deter quedó en silencio unos minutos.

—¿Qué sugieres que haga?

—Llámala todos los días, envíale mensajes, que te tenga presente, que no tenga tiempo de dejarse embaucar por ese individuo otra vez.

—Muy bien. Pero debo ser sutil porque en general nosotros no somos tan demostrativos.

—¡Cambia eso, maldito imbécil!



Y le colgó.

\*\*\*

El miércoles la encontró regresando de su cabalgata con Damla y siendo recibida por Sarket que la estaba esperando.

—¿Me necesitas para algo? —le preguntó ella, bajando de la yegua con gracia exquisita.

—Quería hacerte unas consultas acerca las nuevas instalaciones de los viñedos —le dijo siguiéndola hacia la oficina donde la vio sacar una botella de agua mineral y dar un largo sorbo.

—Perdona, pero esa niña cada día cabalga con mayor destreza y sin ningún respeto por mi edad.

Los dos rieron.

El hombre desplegó los planos sobre el escritorio y se detuvo a explicarle cómo iba a estar organizado todo,

—Me parece que podrían hacerse algunos cambios sin necesidad de atrasar la inauguración —le sugirió ella—. Claro que toco de oídas porque hace muchos años que no voy por allá.

—Si quieres vamos ahora —le propuso él.

Ella lo meditó unos segundos. Tenía que revisar una yegua preñada, cambiar el vendaje del caballo herido el día anterior y controlar el corcel del vecino para disponer si darle el alta. Pero todo podía esperar.

—Vamos.

Salieron los dos con prisa y Dixie olvidó su celular que había dejado cargando cuando saliera a cabalgar con la niña. El capataz la saludó con su sombrero y ella le preguntó con evidente preocupación...

—¿Tu hija se encuentra mejor, Alfonso?

—Sí, doctora, gracias por preguntar —respondió Alfonso García, devolviéndole el saludo.

—Me alegro —le dijo ella mientras caminaba hacia la puerta del

acompañante de la camioneta de Sarket.

Antes de llegar se le adelantó un peón, que abrió y mientras ella subía, le preguntó...

—Doctora, ¿va a demorar? Tenía todo listo para hacerle las curaciones a Afleet —preguntó el hombre con respeto.

—Voy hasta los viñedos un momento y enseguida regreso —le dijo ella y, antes de que cerrara la puerta, indagó—: ¿Cómo sigue tu problema en la piel? ¿Fue efectivo el remedio casero que te sugerí?

El hombre sonrió.

—Muy efectivo. Ya no tengo picazón ni enrojecimiento —y haciéndole un gesto de agradecimiento con el sombrero la despidió.

Estaba por arrancar cuando se acercó con prisa uno de los camareros trayendo un jarro metálico.

—Doctora, me dijeron que se marchaba y le traje su café habitual —le dijo tendiéndole el jarro, cerrado.

Ella sonrió y lo envolvió con su mirada.

—Tienes razón. ¿Qué iba a hacer yo sin este café? —le comentó como cumplido—. ¿Conseguiste la cita que estabas deseando? —le preguntó guiñándole un ojo.

—¡Por supuesto! —exclamó el joven, alegre—. Su sugerencia fue... perfecta —le dijo mientras cerraba la puerta con una sonrisa.

Sarket la observaba en silencio, recordando las palabras del capataz el día anterior. Ella estaba adueñándose de las voluntades de todos en el lugar: peones, empleados del *chateau*, Richard, Damla, Deniz...

Y Ahmed.

Y era lógico porque su amabilidad, su don de gente, su dulzura, hacían que marcara la diferencia.

A Ahmed lo tenía agarrado por las pelotas. Aunque su amigo no quisiera aceptarlo.

Llegaron en pocos minutos y Dixie volvió a enamorarse del olor de las uvas, los colores del pasaje, las mujeres de la cosecha con sus atuendos coloridos. Era como volver el tiempo atrás.

Pero sin él.

Sarket le explicó cómo iba a quedar la obra finalizada, dónde estaría ubicada cada dependencia y ella sugirió algunos cambios de distribución que facilitarían el desplazamiento de los visitantes por el

lugar sin perjudicar la tranquilidad de los caballos. El arquitecto estaba en ese momento en la obra y escuchó atentamente las sugerencias de la hermosa mujer, un tanto embelesado y otro tanto admirado por sus ideas ocurrentes y funcionales, ideas que tomaba de muchos de los ranchos en los que había trabajado algunas temporadas mientras hacía sus prácticas.

Agendó las modificaciones y se fascinó con la nueva veterinaria, como cada uno de los hombres que trabajaba en la obra y pasaba cerca de ella, silbándole o haciéndole fiesta con el sombrero.

Sarket agradeció que Ahmed no estuviera dando vueltas por ahí. ¡Acabaría enfrentándose con todos los que allí estaban! La observó manejarse en un ambiente de hombres con la misma naturalidad con que lo haría en un evento benéfico y volvió a descubrir por qué su amigo estaba subyugado por esa mujer.

Más allá de su jean claro ajustado donde debía estarlo y la musculosa en tonos beige en degradé con celeste, las botas texanas altas, el cabello siempre alborotado, atado al descuido con cualquier objeto que encontrara a su paso, los anteojos de sol en la cabeza, sus típicos accesorios navajos... Todo en ella parecía descuidadamente colocado donde debía estar.

Dixie lo descubrió mirándola. Le sonrió.

—¿Regresamos? —le preguntó la mujer caminando hacia la camioneta.

La vuelta fue breve, lo suficiente para cruzar algunas palabras acerca del acontecimiento que se llevaría a cabo el viernes y los preparativos de la fiesta posterior. Cuando bajaron en los establos, fueron interceptados por Deniz, nerviosa, evidentemente alterada.

—¿Dónde se habían metido? —indagó entre celosa y desconfiada, postura que extrañó a Dixie.

—Fuimos hasta los viñedos —respondió Sarket.

—Ahmed hace más de media hora que no deja de llamar a sus celulares y nada.

Dixie tocó el bolsillo trasero de su jean.

—Debo haberlo dejado en la oficina —se disculpó ella—. Quedó cargándose cuando salí a cabalgar con Damla.

—Tú tampoco llevas el tuyo —la interrumpió su prima, mirando al

hombre con enojo y posesión.

¿Qué sucedía entre esos dos?

—Debe haber quedado en la oficina también —explicó él—. Bajé a mostrarle los planos a Dixie y...

—¿Y por qué tenías tú que mostrarle los planos a ella? —vociferó Ahmed mientras se acercaba a grandes pasos.

Estaba desencajado, con la camisa afuera, molesto. Varios peones detuvieron su trabajo para presencia la escena. Una vez más su patrón se las tomaría con la joven veterinaria. Se estaba haciendo costumbre.

—Estábamos comentando la distribución de... —intentó explicarle Dixie, viéndose otra vez colocada en medio de su huracán de rabia.

—¡No te estoy hablando a ti! —exclamó a los gritos, sin mirarla. Continuó descargándose con su mejor amigo—. ¿Qué tiene ella que ver con los planos de la obra?

—Se supone que es quien va a trabajar allí y quien tiene experiencia —comentó Sarket, entendiendo que la rabia de su amigo no estaba dirigida a él, pero tratando de alivianarla—. Como era difícil que la doctora Cabbot se hiciera a la idea de la obra sin haberla visto...

—Entonces decidiste irte con ella a los viñedos —completó Ahmed, descontrolado, enojado porque no había sido él quien la acompañara en su regreso a un sitio que tenía tantos recuerdos para los dos—. Y casualmente ninguno de ustedes se llevó el celular —agregó poniendo la mirada en uno y en otro.

—Fue un descuido. Nunca olvido... —empezó a explicar ella.

—¡Tú cállate! —le volvió a gritar él.

Deniz se dio cuenta de lo exagerado de la situación. Pero ya no había vuelta atrás porque su hermano estaba fuera de sí.

—Med... —le habló Sarket, conociendo la ceguera que se apoderaba del hombre en ciertos momentos—. Me dijiste que me hiciera cargo de darle el cierre a los últimos detalles de la obra porque hoy iba a estar el arquitecto en los viñedos.

—Pero no te dije que te la llevaras contigo —gesticuló el hombre, señalando a Dixie con rabia y desprecio—. Y mucho menos que le permitieras tomar determinaciones acerca de MI obra.

—Yo sólo sugerí algunos cambios prácticos —aclaró ella, tratando de apaciguar la situación.

Pero fue peor. Ahmed giró para enfrentarla directamente.

—No haces otra cosa que extralimitarte en tus funciones —le dijo escupiendo las palabras—. Aquí no eres más que la asistente del veterinario, sólo eso.

Dixie tragó su rabia.

—Discúlpame si...

—No, no te disculpo —volvió a interrumpirla él—. Das órdenes a todo el mundo, echaste al veterinario del vecino, modificaste la rutina de trabajo de estos establos y ahora determinas cómo deben ser las instalaciones del viñedo. Y todo en menos de una semana —se fastidió reclamándole delante de todos los que estaban presentes. Pero no se conformó con eso. No se detendría hasta humillarla—. ¿Crees que eres la dueña? —exclamó a los gritos—. ¡No! ¡No lo eres! ¡El dueño soy yo! —dijo golpeándose el pecho y luego señalándola—: ¡Tú no eres nadie!

Dixie estaba petrificada. Controlaba su bronca, su dolor, sus lágrimas y su mano, deseosa de abofetearlo allí, delante de todos. No podía provocarle tanto dolor.

Los peones crisparon los puños. El capataz bajó la cabeza, no podía intervenir.

Cuando no pudo sostener más su dura mirada, se alejó hacia su oficina, esquivando a todos.

Ahmed quiso ir tras ella, pero Sarket se interpuso.

—Hablemos en tu oficina.

—No.

—Sí.

Dixie tomó su celular, su bolso y las llaves de la camioneta y volvió a salir en silencio. Ahmed la vio caminar hasta el vehículo y miró a Deniz. Su hermana entendió que tenía que ir con ella.

A duras penas llegó a subirse a la camioneta antes de que Dixie saliera como alma que llevaba el diablo.

Sarket casi lo arrastró hacia adentro, empujándolo, evitando que fuera detrás de ella. Cerró la puerta de la oficina con rabia, liberando la bronca que sentía por lo sucedido, por la forma en que su mejor amigo había actuado.

—¿Acaso estás loco? —recriminó a los gritos—. ¿Cómo vas a hacer

una escena como la que hiciste por una estupidez? ¡Y delante de todos los empleados!

—¿Cómo quieres que me ponga si llamo al arquitecto y me dice que va a aplicar todas las indicaciones de la preciosura de veterinaria que le mandé a la obra? —vociferó loco de celos—. ¡Y encima me cuenta las modificaciones y son realmente buenas! ¡Maldita sea con esa mujer!

—Te dije que sus sugerencias eran útiles.

—Sí, pero no que había coqueteado con el arquitecto para convencerlo —dijo entre dientes apoyando ambas manos sobre el escritorio e inclinándose hacia adelante—. ¡Es una mujerzuela!

Sarket frunció el ceño.

—Estás desquiciado —aseveró su amigo—. Yo estuve allí presente todo el tiempo y en ningún momento ella le dijo nada inapropiado. Siempre se comporta de manera muy profesional.

—¿Entonces por qué Stevens dijo que estuvo a punto de invitarla a cenar ya que de solo ver la forma en que se balanceaba su trasero con esos jeans se le hacía agua la boca?

Un ataque de celos. Eso era lo que tenía Ahmed. Andrew Stevens era un desubicado. Y no conocía bien a Ahmed.

—No sé por qué —respondió encogiéndose de hombros—. Pero lo que sí sé es que tú estás desequilibrado. Iniciaste así la semana y vamos por la mitad y vas cada vez peor. ¿Por qué no aceptas que ella te saca de tu eje?

—¡Sí! —exclamó él a los gritos—. Para mal. Me perturba, me quita el sueño. No me la puedo sacar de la piel, por más que duerma con Cloé, por más que me desquite sexualmente con ella, son las piernas de esa maldita zorra las que siento enredadas con las mías —le confesó, agobiado—. Desde esa noche que durmió conmigo me baño varias veces al día para quitarme su olor y nada... sigue en mi sangre.

—¿Dormiste con ella? —se asombró Sarket—. ¿Cuándo?

—La noche de la tormenta, cuando me quedé en la casa —respondió Med, abatido.

—Ahhh, bueno... —entendió su amigo—. Entonces tu locura se debe a eso. Te acostaste con ella otra vez.

—No, no, no —rectificó Ahmed negando también con los brazos—.

Sólo dormimos juntos. Bah... ella durmió. Yo no —confesó pasándose la mano por el cabello—. Yo no pude moverme cuando me abrazó, cuando se acurrucó y me enredó con su pierna.

—Pero no pasó nada.

—¡No! —exclamó con rabia—. Dije que nunca volvería a amarla, que no me dejaría engañar por sus caricias.

—Pero te moviliza.

—¿No te movilizaría a ti tenerla casi sin ropa, en tu cama, abrazándote? —ironizó Med haciendo gestos con las manos.

—Pero yo no soy tú —se sonrió Sarket—. Yo me hubiera desquitado. Una mujer así tiene que ser desmedida en su forma de amar, lo debe entregar todo, seguramente —comentó él, exagerando para ver su reacción—. La hubiera colocado sobre mí y le hubiera arrancado ese hierbajo sensual que la deja adorablemente despeinada para que cayera su cabello y...

—¡Ya basta! —le gritó él, alterado.

—¿Por qué? ¿Porque no te gusta imaginarla con otro? ¿Porque sólo puedes pensar en satisfacerte tú con sus encantos? ¿Porque te pone celoso imaginarla en brazos de...?

—¡Cállate! —le ordenó Ahmed.

—¡Avívate, Med! La quieres sólo para ti. ¡Piensas que sólo contigo puede estar, que sólo debe tener ojos para ti, manos para ti, boca para ti! —le gritó su amigo—. Pues... cuidado. Te la van a quitar.

—¿De qué hablas?

—¿Sabes con quién va a cenar mañana, mientras tú caminas enjaulado por tu oficina y te ahogas en papeles para no pensarla? —la cara de Med se transformó, cayendo en la cuenta de quién sería—. Imaginas bien.

—Él no sería capaz.

—¿Por qué no? Los dos son libres y tú dices que ella no te provoca nada de nada.

Med lo miró, nervioso. Dixie iba a salir con Richard y él era un hombre peligroso, un hombre que obtenía lo que quería de una mujer.

—Yo no dije eso —susurró Med.

—Sí, lo dijiste —Med negó con la cabeza—. Entonces asúmelo: ella

te vuelve loco.

—Más que eso. Me muero por besarla —confesó agachando la cabeza—. Me siento acorralado, desvalido, desbocado. Me mantengo lejos para no tocarla, no olerla, no rogarle que me deje volver a sentir su piel.

—Sigues enamorado de ella —aseveró Sarket.

—¡No! —exclamó como exorcizándose—. Es una obsesión. Sólo una obsesión. Nada más que eso.

—¿Estás seguro?

—Si él se mete con ella yo... —se interrumpió Med.

—¿Tú qué?

—No podré soportarlo —le confesó abatido—. No podré resistirlo. Saber que él la toca... no...

—¿Qué crees? ¿Que todos estos años ha sido casta y pura? ¿Que ha estado esperando por ti?

—Sé muy bien que no —respondió con pesar—. Si a los 15 años y habiéndose iniciado conmigo era tan desprejuiciada, entregada y ardiente, no me imagino lo que debe ser ahora —comentó, sintiendo una incipiente erección.

Su amigo notó la turbación, el recuerdo que volvía a su mente. Coincidió con su amigo en que la mujer tenía una personalidad avasallante que con seguridad traería aparejada una conducta sexual desprovista de inhibiciones.

Y, conociéndolo a Med, entre los dos se desataría un verdadero tsunami.

Pero ella saldría con Richard, otro remolino devastador. Med no permitiría que su amigo le arrebatara esa mujer, su mujer, su único amor.

—¿Sabes dónde la llevará a cenar?

—No, no lo sé —respondió su amigo con honestidad—. No hay demasiados lugares por aquí. A menos que Richie haya decidido cocinar para ella, una de sus tantas cualidades. Y la lleve a cenar a ese precioso departamento que tiene en las afueras del pueblo, ese que todas dicen que es de ensueño.

Med palideció.

—Averigua qué hará.



Sarket asintió.

Tenía que pensar en algo para evitar esa cena.

¡Mierda, otra vez pendiente de ella!

¡Mierda, mil veces mierda!

\*\*\*

Deniz no había emitido palabra en todo el trayecto.

Varias veces miró a Dixie, quien manejaba a toda velocidad y limpiándose las lágrimas que caían sin control por su rostro. No era una actitud dramática. En realidad, trataba de evitar llorar, pero era imposible.

La humillación, el desprecio, la saña con la que siempre se dirigía hacia ella ya habían sido suficientes.

Se iba de allí.

Aparcó de la peor forma: casi arriba del cantero, sorprendiendo al jardinero que la vio aporrear la puerta de la camioneta con rabia. Deniz bajó tras ella y la siguió a grandes zancadas por las escaleras, esperando que en algún momento su prima detuviera esa marcha vertiginosa y aceptara conversar.

Pero la mujer no quería eso.

Se quitó las botas y las arrojó al suelo. Se despojó de sus pulseras y todos los accesorios y entró al baño, conmocionada. Abrió la ducha y, sin siquiera sacarse la ropa, se puso debajo del chorro de agua caliente, tan caliente como la sangre que no dejaba de recorrerla a ritmos descontrolados.

Deniz la observó desde la puerta abierta y se apoyó en el marco, esperando que pasara el momento de furia.

Y, cuando menos lo esperaba, su prima comenzó a llorar con verdadera angustia.

Su dolor la desplomó, la dejó sin fuerzas en el suelo, con la lluvia cayendo con fuerza sobre su cabeza, tapando su llanto desbordado, quebrada por completo. Cuando las lágrimas parecieron menguar y Deniz la notó más calma, cerró la ducha, la envolvió en un toallón y la ayudó a salir.

Dixie se quitó los jeans, la remera y la ropa interior, y se envolvió en una suave bata de felpa verde. Se sentó en la cama, contra el respaldo, los ojos llorosos aún, la nariz roja y los labios hinchados, todavía temblorosos. Su prima se sentó frente a ella.

—Dix...

La mujer la miró. Deniz le tomó la mano, cariñosa, sin saber exactamente qué decirle para justificar su angustia, cuando en verdad Dixie tenía toda la razón en mostrarse así.

—No voy a justificarlo. Med nunca tiene suficiente justificación —comenzó con voz suave—. Imagino que se descontrola de esa manera porque no puede o no quiere manifestar cómo se siente con tu presencia.

—Es evidente que no se siente cómodo —comentó ella en voz baja, dolida—. Y yo tampoco.

—Es una situación difícil para él que tú estés aquí —le confesó ella sabiendo que la lastimaría con sus palabras—. Pensé que iba a tomarlo de otra manera, pero... no. Eres un asunto inconcluso en su vida. Eres un dolor que nunca desapareció. Lo enojas, lo descolocas, mueves su estantería y no puede controlarse.

—No hace falta que busques explicaciones, Deniz. Sé que no ha sido buena idea venir —dijo Dixie tragándose sus lágrimas—. Y como no quiero crear conflictos ni generar situaciones incómodas, creo que lo mejor es que regrese a Boston en cuanto haya vuelo disponible.

Deniz la miró con detenimiento. No sabía por qué, pero sentía que no era el mejor camino.

Ahmed y Dixie tenían muchas cosas por resolver y primero tenían que hablar, sincerarse, abrir su corazón.

—No te vayas aún —le pidió como una súplica—. Espera que pase la cosecha. Mi padre vendrá ese día y seguro querrá verte. Además, es un momento que siempre quisiste disfrutar.

—No puedo soportarlo más, Niz —le confesó ella—. No para de menospreciarme, mortificarme y ofenderme cada vez que puede. ¡Y sin ninguna razón! Me ha tratado de zorra, mujerzuela, embaucadora, fácil, déspota... ya no sabe qué otra cosa inventar. Y no puedo más.

Las lágrimas volvieron a caer por sus ojos.

—Creo que sigue enamorado de ti.

La confesión abrió los ojos de la joven, sorprendiéndose.

—¿Estás loca? —le preguntó casi afirmando—. Tu hermano no quiere saber nada conmigo. Me lo ha dicho ya muchas veces. Ni soy nadie para él, ni puedo tomar ninguna decisión, ni puedo pedirle ayuda con nada —le explicó Dixie—. No me mira cuando nos cruzamos, no me habla si no es para darme órdenes o despreciarme, me ha dejado en claro que no ocupo ningún lugar en su vida ni lo volveré a ocupar jamás. Dijo que...

—Sigue enamorado de ti —afirmó Deniz sin importarle lo que su prima le decía.

Dixie se calló.

—Eso es imposible —dijo su prima y se puso de pie, caminó hacia el guardarropa y sacó un jean azul ceñido, se volvió a calzar las botas tejanas que llevaba antes y una camisa blanca con bordados en los hombros y espalda en tonos de rojo y azul, una delicia india, con toda seguridad. Flotaba con la ligereza de la tela, abotonada hasta un poco antes de la cintura, dejaba entrever levemente su vientre bronceado cuando giraba.

Se acomodó el cabello con las manos, se volvió a maquillar y, después de esos minutos de silencio, miró a Deniz a través del espejo para decirle lo único que le pasaba por el corazón.

—Él no puede amarme, así como yo no puedo volver a quererlo. Nuestro tiempo ya pasó —dijo mientras tomaba su bolso marrón—. Me iré después de la cosecha.

Y Deniz nuevamente tuvo que correr tras ella para alcanzarla mientras salía de la casa y subía a su camioneta.

¡Qué tercos eran los dos!

\*\*\*

Ahmed y Sarket salían de las oficinas y cruzaban el estacionamiento cuando las vieron llegar.

Al ver que quedaban los cuatro enfrentados, Deniz le pidió a Sarket que la acompañara para darle unos papeles que debía entregarle a

Aimeé acerca de los nuevos caballos que habían llegado.

Una patraña. Pero resultó.

Ahmed la miró a los ojos, tratando de evitar detenerse en su cuerpo, en las curvas que lo dejaban sin aliento, en la camisa que la leve brisa movía sin tenerle piedad.

—No quise herirte hace un rato —le dijo él intentando no poner sus sentimientos en esa disculpa.

—Las palabras sólo hieren cuando te importa quién te las dice —le aclaró ella mirando hacia los establos.

—Tienes razón de estar molesta. Pero al parecer hay ciertas normas que se siguen aquí que tú no estás respetando.

—¿Cómo ser? —indagó ella, mirándolo a la cara—. ¿No conversar con otros hombres? ¿No aceptar sus cumplidos? ¿Salir sin celular para que puedas controlarme o ubicarme cuando me extrañas? —sugirió con sorna, sonriéndole sin gracia.

—¿Extrañarte? —se asombró él—. Yo no te extraño.

—Sé que me extrañas, y yo también te extraño algunas veces, pero sigamos fingiendo que somos fuertes —le confesó ella, tratando de caminar hacia su oficina.

Él la detuvo del brazo.

—Estás equivocada —la corrigió él, acercándose a su oído para hablarle en forma íntima—. Tú eres parte del pasado. Y lo que más me gusta de mi pasado, es que te quedaste ahí, olvidada, hundida en el fango de las malas experiencias.

La soltó dejándola libre para seguir su camino. Pero ella redobló la apuesta y se acercó a él de la misma manera, para hablarle al oído, dejando que aspirara su perfume.

—¿Olvidada? Cuéntale esa broma a tus pantalones cada vez que me veas llegar —lo azuzó riendo—. Me encanta tu manera de ignorarme. Espero que te guste mi manera de irme con otra persona.

Y caminó hacia los establos con una sonrisa en la cara.

Ahmed se contuvo, miró hacia adelante y cuando se supo tranquilo, caminó hacia su camioneta y salió a toda prisa del lugar.

\*\*\*

Cuando llegó al club, encontró a su mejor amigo en la confitería tomando un café en la barra de madera tallada. Se sentó a su lado y le hizo señas al encargado para que le prepararan su café de siempre.

—Le pregunté a Aimeé por ti y me dijo que habías ido al *chateau* —le dijo su amigo con una sonrisa.

—Ya estoy de regreso —comentó Ahmed, parco—. ¿Terminaste las entrevistas?

—Sí. Ya hice una preselección y sólo queda que tú revises los CV así las vuelvo a citar para la segunda parte —le informó entregándole varias carpetas azules.

—Lo voy a dejar a tu criterio —le dijo Med, corriendo las carpetas hacia su amigo—. Yo estoy muy ocupado con la cosecha para hacerme cargo de eso también. Además, siempre has sabido elegir bien.

Richard sonrió una vez más, sin darse cuenta de que esa supuesta confianza en sus capacidades implicaba mucho más trabajo para él.

—Agradezco la confianza.

—Merecida —le dijo dándole una palmada en el brazo—. Lo único que ocúpate mañana mismo porque quiero dejar establecido el staff e iniciar el entrenamiento.

Asintió, sabiendo que iba a llevarle toda la tarde volver a citar a las candidatas y todo el jueves con las entrevistas nuevas que eran mucho más extensas que las primeras. De todas formas, sonrió.

El celular de Ahmed sonó.

—Sí, Aimeé. Sí, ya estoy de regreso —hizo una pausa para escucharla—. Comunícame con ella —volvió a hacer una pausa—. Dígame, doctora, ¿qué es tan urgente que amerita mi opinión? —le preguntó, seco.

Dixie le estaba informando que el caballo del vecino estaba listo para ser dado de alta y le pedía autorización para enviarlo en uno de los remolques de traslado del club.

—¿Por qué no llama a su dueño y le dice que lo venga a buscar? —se fastidió él. Y enseguida se dio cuenta de que si pedía que lo vinieran a buscar con toda seguridad acudiría el veterinario con el que

ella había tenido problemas y no quería que ese hombre volviera a relacionarse con ella—. No, déjelo así. Enviaré el remolque.

Y colgó sin saludarla.

—¿Por qué le hablas de ese modo? —indagó Richard algo fastidiado.

—¿Tengo que pedirte permiso para hablarle a MI empleada, MI veterinaria, MI prima? —preguntó Med, irónicamente.

—No la tratas como si fuera tu prima —comentó el hombre bebiendo su café—. Lo tuyo es confuso.

—Te tiene ciego —rio Ahmed—. No la conoces todavía.

—Pero tengo toda la intención de conocerla —y agregó mirándolo a través del espejo—: Y no me importa lo que opines al respecto.

Ahmed se contuvo. Estaba en el bar de su club, el lugar estaba lleno y quien le hablaba era uno de sus mejores amigos.

—No tengo nada que opinar. Sé que corres como caballo desbocado detrás de tu objetivo... hasta que te cansas. Me sentaré a ver cuándo le llega el momento a ella el sublime momento en que te aburras de esta mujer como te sucede con todas las otras —se regocijó Ahmed.

—¿Y si no me aburro?

Ambos giraron la cabeza y se enfrentaron con la mirada.

—Ella no está disponible —y el comentario sonó a amenaza.

—¿Por qué? ¿Porque tú no quieres?

—Porque te está haciendo el juego. Tiene quien la espera en Boston, mi amigo. Créeme, la conozco bien.

—¿Y qué tal si a mí no me importa ese dato? —apuró Richard apoyando el brazo en la barra y sin quitarle la vista de encima—. ¿Acaso a ti ya te hizo el juego?

Med se fastidió,apuró su café y le confesó:

—A mí me rompió el corazón —dijo con rabia y dolor—. A mí me hizo creer que yo era su maldito universo y luego se fue, me abandonó. Es una mujer mezquina, sin sentimientos.

—Creo que de todas formas me arriesgaré —le dijo el hombre terminando su café y poniéndose de pie. Ahmed hizo lo mismo y quedaron enfrentados—. Conmigo tiene una química que es innegable.

—Contigo tiene química, pero conmigo tiene historia —replicó Med

con seguridad en la voz—. No te metas con ella.

\*\*\*

El jueves llegó con un sol resplandeciente y una cabalgata divertida con Damla, donde saltaron algunos obstáculos bajos de la pista improvisada que Dix había estado preparando con la ayuda de algunos peones para entrenar con Cyrene.

A su sobrina se le daba muy bien el salto. Era estilizada y liviana, su joven yegua respondía con seguridad y ella aplaudía cada uno de sus avances. Pronto iba a tener que ejercitarse en el club porque la pista comenzaba a quedarle pequeña.

Cuando regresaron al *chateau*, se encontraron con Berk Tarik que se detuvo abruptamente al ver llegar a las dos damas.

La primera impresión fue un verdadero shock. Ariadna tenía razón: Dixie era un calco de su madre, porte parecido, el cabello, los ojos... Se vio transportado unos segundos a aquellas tardes en las que salían a cabalgar juntos a escondidas de todos, viviendo el amor más hermoso que había sentido en la vida.

Dixie lo abrazó con alegría y conversaron unos momentos antes de que ella se marchara a los establos para retomar sus obligaciones.

Pasó gran parte del día haciéndoles los exámenes de rigor a los caballos recién adquiridos. Extrajo sangre, revisó detenidamente a cada uno de ellos y los montó, probándolos. Ahmed la vio a lo lejos cuando fue para almorzar con su padre y a ultimar algunas de las actividades de los días siguientes. Detuvo su paso para mirarla trabajar con los caballos.

Ella era dulce, se notaba a la distancia que el animal era receptivo a sus caricias y a las palabras que susurraba en su oído. Dixie reía cuando el caballo respondía correctamente a una indicación o cuando se mostraba temperamental.

¡Disfrutaba tanto su trabajo!

Si él no la tratara así tal vez podría quedarse.

El almuerzo familiar no se extendió demasiado ya que Berk y Ariadna no podían congeniar en nada. El hombre preguntó por qué Dixie no almorzaba con ellos y su ex esposa respondió con brusquedad que ella era una empleada más. Ninguno de sus hijos hizo un comentario.

La tarde continuó con tranquilidad.

Dixie esperaba terminar con el tiempo suficiente para poder darse un largo y relajante baño de inmersión y poder quitarse de encima el sudor, la suciedad, el polvo que tenía en la ropa y el cabello y curar bien la rodilla que no había podido evitar lastimarse un rato antes.

Pero todavía le faltaba dejar preparadas las actividades del día siguiente para que Gerard se hiciera cargo ya que ella estaría en la cosecha y controlando las instalaciones de los viñedos. Escribió una serie de indicaciones en las planillas de los peones y el capataz e incorporó los comentarios para el veterinario en la agenda digital de la computadora de su oficina.

Mientras tanto, Sarket y Ahmed revisaban juntos el cronograma de los eventos del día siguiente y del sábado por la noche, ultimando los detalles de cada una de las actividades. Med miró su costoso reloj pulsera...

—¿Estás llegando tarde a alguna parte? —indagó su amigo, sabiendo la causa de los nervios de Ahmed.

—No. ¿Rasant ya se fue?

—Hace más o menos una hora lo vi en el *chateau* y dijo que venía para acá —respondió Sarket—. ¿Por qué?

Ahmed pulsó el intercomunicador de su escritorio sin darle ninguna explicación.

—Aimeé, llama a la doctora Cabbot y dile que el doctor Rasant la necesita en el club sin demora.

Colgó y enfrentó la mirada sorprendida de su mejor amigo.

—¿Para qué la traes hasta aquí? ¿Intentas evitar que salga con Richard? ¿Vas a controlarlos?

—Hubo un problema con dos de los caballos y Gerard con seguridad está en el laboratorio a esta hora —explicó resultando poco creíble. Sarket alzó una ceja, dudando. Lo apuró—: ¿Qué? ¿Acaso no



tengo contratados dos veterinarios para solucionar los imprevistos?

—Hace una hora que estamos trabajando sobre los eventos de los próximos dos días y no me dijiste nada de que hubiera un problema con alguno de los caballos.

—Se me olvidó.

Su amigo sacudió la cabeza, tomó su Ipad donde estaban coordinando las actividades y caminó hacia la puerta.

Antes de salir se volteó para decirle...

—Te informo que esta noche saldré a cenar con Deniz.

Ahmed alzó la vista de los documentos que estaba firmando.

—¿Con mi hermana? ¿Y desde cuándo te relacionas tú de manera social con mi hermana?

—Desde que descubrí que ella siente por mí las mismas cosas que yo siento por ella desde hace mucho tiempo —le respondió Sarket con seguridad—. Pero tranquilo... Nos estamos conociendo...

Y se marchó, cerrando la puerta.

Med sonrió.

Sabía que su amigo estaba muerto por su hermana. Siempre lo había sabido. Sólo estaba esperando que se atreviera a decírselo. Y el día había llegado.

Bien por los dos.

\*\*\*

Sarket entró en la oficina de Deniz en el *chateau* sin pedir permiso, sorprendiendo a ésta y a su secretaria, Janet.

—Déjanos solos —le ordenó Sarket en tono firme, no brusco, pero dejando en claro la urgencia y sin poder apartar los ojos de su amada.

La joven salió y cerró tras de sí.

Sarket rodeó el escritorio, levantó a Deniz de su sillón y la besó en forma arrebatada y sensual. Cuando se alejó unos centímetros de ella, la joven aún continuaba sin poder articular palabra.

—Esta noche cenamos juntos, solos, lejos de aquí... tú... y... yo —

dijo señalándola y señalándose.

Deniz agradeció que él la estuviera sosteniendo de la cintura ya que acababa de derretirse entre sus brazos.

—¿Y Med?

—Ya se lo informé a él.

—¿Qué dijo?

—Nada —respondió el hombre con absoluta confianza—. No le di tiempo de decir nada. Pero presiento que ya se había dado cuenta de que entre nosotros dos algo pasaba.

Niz sonrió y ella tomó la iniciativa de besarlo esta vez, dejándose explorar por esos labios que tanto había deseado.

—Ya estoy ansiosa.

—Organízate, porque no sé si vuelves a dormir acá —le avisó él, perdiéndose en su cuello.

—Caramba... ¡Pusiste primera! —se asombró ella sonriendo y entrecerrando los ojos.

—Y no hay quien me pare —le aseguró él—. ¿Te arrepientes?

—Para nada —respondió ella antes de dejarse besar otra vez en forma exigente y posesiva.

—Paso por ti esta noche a las ocho. Y prepara el bolso con lo que vayas a necesitar para los eventos de mañana. Antes de ir para los viñedos, pasaremos a buscar a Damla.

Y se fue, dejando vacía la habitación y agitado su corazón...

\*\*\*

## A Dixie le extrañó el llamado de Aimeé.

Había estado con Gerard más temprano y no le había comentado que fuera a necesitarla en el club.

Miró su reloj mientras manejaba. Se le estaba haciendo tarde para darse el baño relajante que se había prometido.

La cena resultaba prometedora: el hombre era exultante, apuesto, sensual, la agasajaba, tenían conversaciones interesantes y parecía deseoso de que ella aceptara sus avances, aunque sabía muy bien por Niz y Aimeé que era un mujeriego que saltaba de cama en cama.

A ella no le importaba. Tampoco estaba interesada en relacionarse de forma seria con nadie. Primero tenía que solucionar el problemita que había dejado en casa, un hombre del cual no estaba enamorada, de lo cual se daba cuenta cada vez con mayor claridad y para colmo Dexter le enviaba mensajes cada dos por tres.

Si Med se había enterado de la conquista del hombre no parecía importarle. Y ella se repetía lo que ya sabía: él había seguido con sus obligaciones, con su mujer perfecta y siempre impecable, con su vida cómoda y estereotipada.

Ella le había dicho que la olvidara y él había obedecido su pedido.

Lo había visto por momentos con ella, muy juntos y acaramelados.

Suspiró con resignación. Su celular vibró en el bolsillo trasero de su jean. Lo sacó como pudo y miró el visor: Dexter. ¡Otra vez!

No quiso leer el mensaje. Seguramente sería igual de impersonal que todos los mensajes que enviaba durante el día. No la hacía temblar de emoción ni de placer ni de nada. Si bien los últimos eran un poco románticos, le resultaban igual de intrascendentes.

Volvió a preguntarse por qué vivía con él.

«Por comodidad» le respondió la razón.

Una semana en ese paraíso le había bastado para comprobar que seguía siendo «su lugar en el mundo». Aunque extrañara dar clases en la Universidad, lo único que de verdad extrañaba. Porque allí había sido tan bien recibida que el solo hecho de pensar que no era su hogar, que tendría que irse en algún momento, la sumía en una tremenda angustia. Los peones la respetaban, conocía el nombre de casi todos y algo de sus vidas, lo cual hacía que cada uno se sintiera especial cuando ella lo saludaba. Los empleados del *chateau* eran siempre muy considerados y la malcriaban haciéndole el café como a ella le gustaba, preparándole viandas cada vez que sabían que no almorzaría allí porque debía recorrer los campos, dejándole bombones extra en su oficina.

Gerard se desvivía por cruzarla en sus recorridos al menos una vez al día, dedicando parte de su tiempo a enseñarle los procedimientos del laboratorio, comparando con ella las nuevas técnicas y disfrutando de las tardes en que les tocaba trabajar juntos.

Todos allí hacían una diferencia en su estancia.

El cuidador de Cyrene, con quien siempre montaba y la había ayudado a preparar la pista para el recorrido de obstáculos.

Damla, que la ayudaba con su potrillo, la acompañaba todas las mañanas en sus cabalgatas, reían juntas, corrían carreras despiadadas y se habían vuelto inseparables.

Deniz, que la escuchaba y la aconsejaba, que trataba de convencerla de que no se fuera, de que su hermano seguía sintiendo lo mismo que veinte años atrás.

Y Richie.

Todos los días le mandaba un mensaje de buenos días, otro para saber cómo era su día y el de las buenas noches... Le alcanzaba su café cada vez que estaba por el *chateau* como excusa para verla y le había mandado unas flores preciosas esa mañana para recordarle la invitación a cenar.

Y hacía sólo una semana que estaba allí.

Estacionó la camioneta y caminó hacia la oficina de Aimeé para saber dónde ubicar al doctor. Se vio reflejada en uno de los espejos del club y se horrorizó. Allí la gente siempre estaba perfecta, impoluta, como la prometida de Ahmed. Y ella, por Dios, estaba peor que nunca.

El vestíbulo de entrada tenía piso de mármol, blanco y negro. En las paredes se veían pinturas de palmeras, mares azules y caballos galopando libres, con sus crines al viento. Una escalinata curva llevaba a la parte superior de la casa. A la derecha había una biblioteca iluminada; a la izquierda un salón con cortinados de seda terracota y alfombras de Bruselas.

Se dirigió hacia las oficinas.

—Hola, Aimeé —la saludó sonriendo mientras se acomodaba el cabello. La joven le caía muy bien—. ¿Sabes dónde está Gerard?

—Hola, Dix —la saludó la asistente—. Disculpa, pero no he visto al doctor Rassant desde hace horas.

—Me llamaste diciendo que él me necesitaba.

La puerta de la oficina de Ahmed se abrió y él se la encontró de frente, agitados los dos.

Era un espectáculo digno de ver, vestida con esos jeans oscuros, camisa azul a cuadros y una musculosa debajo que en algún

momento del día con toda seguridad había sido blanca, botas marrones cortas, sombrero marrón... Tenía manchas de tierra en la nariz y la barbilla, en los pantalones y la camisa.

La recorrió de arriba abajo con la mirada.

Había algo exótico en esos ojos azulados y verdosos que conseguía que pareciera una hechicera. La larga cabellera caía desordenada en sus hombros, escapando de los hierbajos que siempre utilizaba para atársela, consiguiendo un efecto entre descuidado y sensual que atrapaba. Su rasgo más cautivador eran sin duda sus ojos azules, grandes, hipnóticos, cálidos e inteligentes, que en esos momentos lo observaban en forma desconfiada.

Un ligero rubor le cubría las mejillas, oscureciendo el azul de sus ojos. Ahmed intentó recordar qué aspecto tenía después de una noche de sexo salvaje y agotador. Recordó esos ojos oscurecidos por la pasión, el cabello enredado, las mejillas enrojecidas por el roce de su incipiente barba juvenil y los labios húmedos e hinchados por sus besos demandantes. La idea hizo que su cuerpo se incendiase y trató de evitar que se notara su incontrolable erección.

Dixie no se privó de mirarlo a su antojo.

Él había heredado el aspecto familiar por parte de su padre. Tenía la piel oscura y brillante, y los ojos de un ámbar sorprendentemente puro. Su grácil y poderosa manera de caminar realzaba sus piernas fuertes y largas, su trasero que ella sabía perfecto. Cada rasgo, cada gesto, cada movimiento era seductor.

Llevaba unos jeans celeste subido ceñidos, con botas cortas marrón oscuro y una camisa a cuadros turquesa y chocolate que dejaba ver una remera blanca, impecable... a diferencia de la de ella.

Apartó los ojos de ese hombre que le quitaba el aliento.

Aimeé no pudo dejar de respirar la rareza del aire que los rodeaba. Detallista y concedora del hombre, sabía que esa mujer lo desequilibraba, lo dejaba sin poder de decisión. Pero también percibía en ella un nerviosismo propio del deslumbramiento, de la admiración genuina.

Una pareja detonante.

Ahmed se hizo a un lado de la puerta y la invitó a pasar. Dixie dudó.

—Vine a ver al doctor Rassant porque me dijo Aimeé que pidió por mí —dijo sin moverse de su sitio.

—Yo pedí por ti —y el mensaje fue claro, categórico.

Dixie entró en su oficina por primera vez.

Era masculina pero simple, con muebles de madera oscura y un maravilloso ventanal que daba al campo, con tonalidades diversas de verdes, caballos por todas partes y mucho movimiento.

Ahmed se sentó detrás de su escritorio, ocultando la turbación que ella provocaba en él. Le indicó una silla. Dixie dudó. El tapizado era muy claro y ella estaba tremendamente sucia por las veces que se había caído esa tarde, más de las normales, sumado al intento de cruzar a través de un alambrado de púas.

Se sentó lo más cerca del borde que pudo.

—¿Qué quieres? —indagó ella con fastidio.

—Verte —contestó él sin pensar. Y agregó, presuroso—: Tenemos que organizar algunos puntos del evento de mañana.

—¿Tenemos? ¿Nosotros? ¿Tú y yo? —se extrañó ella, fría—. No entiendo qué puedo opinar yo acerca de la cosecha. Soy una simple veterinaria.

Él la observó detenidamente. ¡Estaba adorable!

Se distrajo pensando por dónde le pasaría la esponja enjabonada para quitarle el polvo y devolverle la luminosidad a su rostro... su cuello...

—¡Med! —exclamó Dixie levantando el tono—. Te estoy hablando.

—¿Qué decías?

—Dije que no tengo nada que opinar acerca de mañana. Es un evento que recuerdo vagamente de niña y del que por no haber tenido edad nunca pude participar.

—¿Te gustaría participar ahora? —le preguntó extrañado.

—No lo sé. Tal vez —dudó ella, recordando los maravillosos rituales que veía cuando era pequeña, rituales que le hubiera encantado seguir con él.

—Ahora eres tú la que se perdió en los recuerdos —la interrumpió él, sacándola de su ensoñación.

—Se me vinieron a la mente imágenes de muchas cosechas aquí —confesó ella con vergüenza, para no decirle que sus recuerdos lo

involucraban a él y a las veces que había deseado envolverlo en las danzas típicas que aún recordaba con anhelo.

Los rituales de conquista siempre la habían fascinado. Imaginaba que ellos dos intercambiaban uvas, bailaban en los toneles y cerraban ese baile con un beso ardiente que la hizo volver a la realidad y sentirse acalorada. Sin darse cuenta se abanicó con la mano.

—Parece que tu recuerdo fue ardiente —comentó él, deseando que ella no pudiera percibir su latente erección.

Él también se había sentido acelerado, recordando las veces que corrían juntos por los viñedos, cuando la acorralaba bajo los árboles y le robaba un beso o una caricia fugaz.

—Dime qué necesitas porque estoy ansiosa de llegar a casa y darme un maravilloso baño —manifestó cansada—. Fue un largo día. No quiero discutir, no tengo ganas de que me grites ni fuerzas para combatirte.

«¡Pero tienes ganas de salir con Richard!», se dijo él a sí mismo, conteniéndose.

—Mañana saldré temprano para los viñedos y quiero que vengas conmigo —decidió sin saber de qué otra forma retenerla.

—¿A qué le llamas temprano? —indagó Dixie teniendo en cuenta su esperada cita de esa noche.

—Pasaré por ti a las 5.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Tan temprano?

—Sí. No trasnoches con... —se detuvo antes de nombrar a su amigo, para no desenmascararse—, con tu lectura.

—Está bien —respondió ella sin aclarar nada.

Se puso de pie y en ese momento Ahmed notó la sangre en su rodilla y en el pantalón. Se levantó de golpe y se acercó, preocupado. Ella dio un paso atrás cuando él se agachó, apoyándose en una de las rodillas y la tomó por detrás de la pierna para ver su herida.

—¿Qué te pasó?

—Nada —dijo ella, tratando de soltarse—. Una tontería.

—Pero estás sangrando.

—Ya no —le mostró ella—. Un alambrado de púas con el que me enganché hace un rato, tratando de ayudar a unos peones en el

rescate de un perro atrapado.

—¿Pudieron salvarlo?

—Sí. Sólo tuve que darle unos puntos en la pata que había quedado enganchada en el alambre —le dijo ella con naturalidad—. Pero ya está bien y se recuperará pronto.

—¿Y no pudiste atenderte a ti?

—Iba camino a la oficina y me entretuve con otras cosas. Como no molestaba, lo olvidé.

¡Cómo podía ser tan perfecta!

Desde lejos le llegaba una voz conocida, pero desde muy lejos. Porque en ese momento, él arrodillado, ella desde lo alto, el mundo parecía haberse detenido.

Sentía calor en la parte trasera de su rodilla, ahí donde descansaban los dedos masculinos, un calor que le subía por la pierna y terminaba exactamente en el sitio donde hubiera querido ser tocada por él.

Mientras tanto, Cloé intentaba entrar en la oficina de Ahmed y era retenida por Aimeé.

—El señor Tarik está en una reunión así que tendrá que esperar.

—No sé quién te crees que eres para hacerme esperar a mí —se quejó la joven, de muy mal modo—. En cuanto me case con el señor Tarik —dijo burlándose del tono que empleaba la asistente—, tú quedarás fuera de este lugar, porque yo me haré cargo personalmente de sus citas.

—Eso lo determinará el señor Tarik.

Volvió a burlarse.

—El señor Tarik, el señor Tarik... —y luego levantó el tono—. Yo lo voy a determinar. ¿O acaso crees que no me doy cuenta de la forma en que miras a mi marido?

Aimeé abrió los ojos, sorprendida. ¡Justamente con él! ¡Ni se le ocurriría!

Cloé siguió, sintiéndose imparable.

—Te irás de aquí porque desentonas con el lugar... la atmósfera... la gente fina y bella...

Aimeé bajó la mirada. Cloé se aprovechó.

—Mi marido nunca te va a prestar atención porque... a ver... cómo



te lo digo... —fingió la duda—. Aparte de fea, no deberías darte el lujo de ser amargada.

Aimeé se cubrió la boca, dolida.

Deniz venía caminando por el pasillo y se shockeó al escucharla, pero no pudo reaccionar antes de que Cloé volviera a hablar...

—No eres fea... solo eres incómoda de ver.

—¡Cloé! —gritó Deniz escandalizada por el comentario y el goce reflejado en la cara de su futura cuñada. Y abrazó a una Aimeé con lágrimas en los ojos mientras le gritaba—: ¡Cállate la boca! ¡Eres tan pero tan desagradable!

—¿Por qué? —indagó la joven con ironía—. ¿Por ser honesta?

Ahmed y Dixie salieron de la oficina, espantados por los gritos de las dos mujeres y el llanto.

—¡Ah, caramba! —exclamó Cloé con sorna—. ¡Miren con quién tenía reunión mi marido! ¡La zorra!

Dixie iba a irse encima de Cloé sin miramientos cuando el brazo de Ahmed la detuvo, firme.

—¿Qué sucede aquí, Cloé? —preguntó Ahmed a su prometida, entendiendo parte de la situación.

—Tu empleada de décima, desubicada, desagradable y siempre vestida con esa ropa de rebaja, no me dejaba entrar en tu oficina.

—Hay personas que usan ropa muy cara, como tú, pero tienen sentimientos muy baratos... casualmente como tú —comentó Deniz con rabia.

—Yo le di esa orden —explicó él, obviando los comentarios agresivos hacia su asistente—. ¿Qué otra cosa le dijiste?

—Nada más... Bueno, le dije que cuando nos casáramos ella ya no iba a tener un lugar aquí porque yo me iba a encargar de tu agenda personal —agregó la joven.

Ahmed bajó la vista, cansado. Le señaló a Cloé el interior de su oficina para que entrara.

—No te ha dicho todo —aclaró Deniz—. Pero no te preocupes que ya tendremos tú y yo una charla de hermanos para que te haga abrir los ojos y no te cases con esa víbora —gritó Deniz con rabia.

Ahmed asintió, miró a Dixie a los ojos y, pasando a su lado, entró en su oficina y cerró la puerta.

Deniz y Dixie consolaron a la triste Aimeé y le garantizaron que esa harpía nunca lograría cumplir sus amenazas. Ellas se ocuparían de tirar al piso sus planes.

¿Cómo era posible que él deseara casarse con una mujer tan vil?

\*\*\*

La cena con Richard había transcurrido en un clima romántico y simple, con sonrisas dulces y una conversación fluida que había tornado muy amena la velada. El hombre sabía que debía transitar con cuidado con esa mujer, que se iba a enfrentar a uno de sus mejores amigos por ella pero que valía todas y cada una de las afrentas.

Se detuvo al frente de la casona y bajó para abrirle la puerta. No estaba seguro de si ella lo invitaría a pasar, pero deseaba con todas las fuerzas que así fuera.

Se apoyó en el costado de la camioneta y la atrajo hacia sí por la cintura, sin querer forzar a nada.

—¿Volverás a salir conmigo?

—Puede ser —jugó ella, algo aligerada por el vino—. Dijiste que tus manos iban a volver a unir todos mis pedazos rotos para arreglarme para siempre. Así que puede ser que acepte volver a verte.

—Arreglaré lo que me pidas —le susurró Richard, embelesado, totalmente rendido ante esa mujer.

—¿Tú tienes en las manos esas caricias dulces que prometiste? —le preguntó ella, dejándose besar suavemente por él.

—Tengo todo lo que necesites que tenga —le respondió el hombre antes de apoderarse delicadamente de su boca.

Pero el deleite duró poco. La dura voz de Ahmed los interrumpió.

—Buenas noches.

Los saludó desde la puerta de entrada, los brazos cruzados, el ceño fruncido, apoyado sobre el costado, intentando dominar las ganas de

golpear a su amigo hasta que entendiera que esa mujer no estaba disponible.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Dixie, extrañada.

—Dormiré en casa de mis padres esta noche. Mañana saldremos muy temprano y prefiero hacerlo desde aquí —contestó Ahmed con una sonrisa sobradora.

Richard se separó del vehículo con el ceño fruncido. Esa maniobra no se la esperaba. Y como viera que su amigo no se iba, tomó el rostro de la mujer entre sus manos y la besó posesivamente.

Med crispó los puños, pero no se inmutó. Dixie casi no devolvió el beso, incómoda.

Se despidieron con la mano y ella entró en la casa con prisa, seguida por él, que cerró la puerta.

—Así que ahora andas con mi mejor amigo —comentó él, siguiendo los pasos de ella por las escaleras.

—No veo qué te importa a ti eso —dijo ella con desgano, subiendo los escalones hacia su habitación.

—Claro que me importa. No quiero que le hagas a él lo mismo que me hiciste a mí —le reprochó Med.

—A ver... —dijo ella deteniéndose en medio de la escalera y volteando para enfrentarlo—. ¿Qué se supone que te hice a ti?

Ahmed la observó en silencio, casi a su misma altura, ella un par de escalones más arriba, desafiante.

—Me volviste loco y luego me abandonaste —le dijo él, en el mismo tono. Ella rio.

—Fui yo la abandonónica. ¡Por Dios! Te voy a dar el mismo consejo que hace veinte años... —le propuso ella, entre divertida y fastidiada, libre de lengua debido a alguna copa de más—. Olvídame.

—Ya te olvidé.

—No se te nota. Tal vez en otra vida —lo acicateó ella.

—Si en mi otra vida te encuentro, te voy a olvidar como no lo hice en esta —se juró él entre dientes.

—Miéntete —lo apuró ella con sorna—. Y tápate los pensamientos, se te pueden ver las ganas.

Y estaba a punto de retomar el camino cuando él la detuvo tomándola del brazo.

La tomó de la chaqueta, obligándola a permanecer en ese escalón, y cubrió su boca con un beso impetuoso, húmedo y alucinante. Durante un instante, ella forcejeó para soltarse, pero el calor era excesivo. No recordaba haber sentido nunca nada igual.

Ahmed le tomó la cara con las manos, le besó las comisuras de los labios, volvió a besarla con ímpetu y ella entreabrió la boca para permitir que la lengua de él se deslizara en el interior. Deseó con desesperación que ese beso no tuviera fin. Sin poder controlarse, temblaba de pies a cabeza, y estaba húmeda como no lo había estado en años. Se oyó gemir cuando Ahmed se apartó de ella.

—Tu penitencia será imaginarte de por vida, todo aquello que tú misma condenaste al olvido —le dijo el hombre con rabia y dolor—. Allí donde me abandonaste no volverás a encontrarme.

Y la esquivó en la escalera, subiendo directamente hacia su habitación.

Dixie se quedó unos segundos allí parada, intentando recuperar el habla y regular su respiración... No importaba lo que él dijera, no podía besarla de esa manera si ella ya no era importante para él.

A pesar de sus palabras... sonrió.

## Capítulo 7

**P**reparó su bolso con unas mudas de ropa. Sabía que iba a estar fuera todo el día y, teniendo en cuenta el estado en que solía volver después del trabajo, necesitaría cambiarse una o dos veces, mínimo, para estar presentable.

Deniz le había dicho que tenían reservadas las habitaciones en la casa de los viñedos, una histórica e inmensa propiedad en la que muchas veces antes se había hospedado. Allí podrían descansar antes de los eventos de la noche cuando la maquilladora y el estilista las dejarían espléndidas. Por lo tanto, guardó su modesto vestido borgoña y unos maravillosos zapatos altos que se había comprado, algunas de sus joyas y se calzó sus borcegos beige antes de bajar.

Su aspecto lo descolocó.

Bajó lentamente la taza de café para enfrentarla y nuevamente se mordió el labio para no decir nada.

Dixie dudó.

Vestía un enterito de jean celeste suelto, cómodo, ideal para el trabajo que iba a hacer, arremangado hasta debajo de las rodillas, una musculosa blanca y una camisa a cuadros con rojo abierta.

—Estás desabrigada —le dijo él, que ya tenía lista su chaqueta beige sobre la silla, mientras cambiaba de posición lentamente, dejando ver sus jeans gastados y sus botas marrones cortas.

—¿Tú crees? —insistió ella mientras se servía el café tratando de no dejarse distraer por su camisa a cuadros en tonos celestes que llevaba entreabierta, dejando ver el pecho con el que tantas noches había soñado—. Subiré por un abrigo en cuanto termine mi café.

—Por un abrigo, un pantalón largo, botas decentes y te cerrarás la camisa —le ordenó él, perdiéndose entre las hojas del periódico.

—No —respondió ella—. Necesito estar cómoda para manejar a los

caballos. Seguramente van a estar nerviosos con el traslado —le explicó mordiendo una tostada untada con queso crema.

—Del traslado de los caballos se encargará el doctor Rassant —le indicó Ahmed con firmeza.

—Pero yo voy a recibirlos, a ubicarlos en el lugar que se van a establecer —y agregó con suavidad—: Ellos y yo nos hemos estado conociendo, Med. Yo debo encargarme.

El hombre la miró directamente a los ojos.

—Dijiste que querías participar de la cosecha.

—Y lo haré si puedo —le sonrió ella—. Pero primero está mi trabajo. Por algo me llevas hasta allá tan temprano.

No le dijo que la llevaba a esas horas para estar con ella más tiempo, para aprender a detener las tormentas que los enfrentaban, para descubrir qué era lo que sentía cada vez que la miraba.

—Sí, claro.

—¿Tu prometida también va a participar de los festejos? —indagó ella con curiosidad.

—Vendrá por la noche —respondió él sin darle importancia—. Nunca le han gustado las tradiciones vitivinícolas.

—¿Y cómo hará cuando se case contigo?

Ahmed detuvo su lectura y volvió a mirarla.

—¿Cómo hace tu novio para soportar estar lejos de ti tanto tiempo... tanto que ni siquiera has puesto fecha de regreso?

Dixie bebió su café en silencio. O sea que ya estaba enterado de la existencia de Dexter.

—Está acostumbrado a mis viajes —respondió ella untando otra tostada—. ¿Quién dijo que no he puesto fecha de regreso?

Los dos se miraron incómodos.

—Se nota que la relación que los une no ha de ser muy pasional si en una semana ya has conseguido un pretendiente, saliste con él a cenar y dejaste que te besara —la encaró Med con celos.

—Se nota que la relación que te une con la desagradable de tu prometida no ha de ser muy ardiente si me besas a mí de la manera que lo hiciste anoche en la escalera —lo encaró Dix en el mismo tono.

Ahmed se puso de pie.

—Se hace tarde.

Dixie dejó la tostada en el plato, se limpió los dedos, bebió un sorbo más de café y subió a la habitación a buscar su bolso, la ropa y una chaqueta. Él ya la estaba esperando con la camioneta encendida cuando ella volvió a bajar. Dixie le sonrió de prisa y con desenfado.

Med la observó mientras bajaba los escalones de la entrada, balanceando su coleta dorada y desprolija. Sus ojos azules presentaban toques verdosos que les conferían cierta chispa deslumbrante siempre que su boca se curvaba hacia arriba en una sonrisa. Cuando se sorprendía, un destello verde opacaba el azul oscuro y eso definitivamente lo mataba. Y cada vez que abría mucho los ojos se acentuaba el azul sobre el verde. En esos momentos necesitaba oxígeno en cuestión de segundos para seguir viviendo.

Dixie arrojó sus cosas al asiento de atrás, colocó su celular en el bolsillo trasero y se puso el cinturón.

Med volvió a la realidad y aceleró. Iban rumbo a los viñedos y el viaje seguía haciéndose en silencio. El día prometía ser espectacular, sin una sola nube en el cielo y con una leve brisa que despeinaba los cabellos de Dixie por la ventana abierta.

—¿Ansiosa?

—Un poquito. Recuerdo que cuando éramos niños íbamos algunas veces a estas festividades, pero sólo nos quedábamos un rato y solíamos perdernos la mejor parte —le respondió ella sin apartar sus ojos del camino—. Cuéntame acerca de lo que va a suceder hoy.

—Primero nos vamos a ocupar de las nuevas instalaciones. Voy a dejarte un rato con los peones que te van a ayudar mientras fiscalizo que todo lo demás esté listo —le explicó él con algo de entusiasmo también—. No hay invitados o visitantes, sólo nuestro personal y amigos, pero tengo que controlar que los camiones estén preparados, los materiales, el almuerzo de todos...

—Deniz seguro va a estar porque siempre actuábamos desde niñas los bailes típicos que veíamos desde lejos —comentó ella con una sonrisa infantil, mientras se perdía disfrutando del paisaje y de las tierras que tanto amaba—. ¡Cómo he extrañado la paz que siempre me ha dado este sitio! Sus colores, sus aromas, las cabalgatas.

«Y a ti, obvio», pero ella no lo dijo.

Ahmed sonrió al descubrir que ella seguía amando las mismas

cosas que él: su tierra, su gente, sus costumbres. Pero no debía olvidar que ya no era la misma.

—Alrededor de media mañana, se iniciará la recolección de las uvas. Todos los trabajadores participan mientras cantan y bailan al compás de las canciones populares. No empezarán hasta que yo llegue al lugar, así que no vas a perderte de nada —le comentó él, sonriendo.

—¿Tú sueles participar de la recolección? —quiso saber ella, curiosa, tentada de pasar ese tiempo a su lado.

—Lo hice una o dos veces, hace algunos años, pero sólo porque faltaba gente.

—¿Por qué no participabas?

«Porque me recordaba dolorosamente a ti», pero no se lo dijo.

—Porque me ocupaba de controlar otras cosas.

—A mí me gustaría participar —le respondió ella—. Si voy a estar allí en un día tan importante como éste, creo que debería ser realmente parte de todo, ¿no?

Ay, Diosssss... ¡No podía ser más adorable!

«No olvides que esa dulzura suya fue la que te conquistó, te devoró y luego te destruyó», se recordó a sí mismo.

—¿Qué se hace luego de la recolección?

—Los mejores racimos parten rumbo a las maquinarias que serán las encargadas de todo el proceso. Te lo mostraré cuando llegue el momento —le dijo maniobrando para entrar en sus tierras—. Antiguamente se hacía a mano. El vertiginoso mundo de los negocios parece relegar la tradición, aunque los nuevos empresarios estamos comprometidos en conservar la pasión por la elaboración que supieron imponer nuestros antecesores. Producir el mejor vino es, además de un buen negocio, un orgullo que buscamos renovar cada año, cada vendimia —le explicó él con orgullo.

—A mí me gustan las tradiciones. Tener tradiciones es tener historia, es estar orgulloso de los recuerdos —comentó ella con una sonrisa en los labios, mirándolo.

—Algunas tradiciones aún se conservan. Por eso los racimos que no se envían se utilizan para mantener viva las viejas costumbres, llenando una cuba inmensa donde son colocadas todas las mujeres



solteras que participaron de la colecta de las uvas y, descalzas, bailan pisándolas —le dijo mientras estacionaba afuera de la gran mansión—. Esa era la forma en que antes se extraía el jugo. El espectáculo es muy divertido. Te encantará —le aseguró él con confianza, bajando.

—Seguro que sí, porque siempre me interesó todo el proceso para lograr un buen vino... no sólo degustarlo.

Dixie se unió a su paso rápido hacia las caballerizas mientras Ahmed le seguía contando, poseído tal vez por la atmósfera festiva que se notaba en todo el lugar.

—El proceso para hacer un buen vino comienza en el surco y dura las cuatro estaciones, con hojas amarillas, nieve sobre los parrales, flores en la vid y finalmente frutos madurados por el sol. Riego controlado y constante, ni mucha humedad ni tierra con grietas, fertilizantes y abonos naturales, por supuesto, todas las cábalas de los viñateros para espantar el fantasma del granizo.

Ella lo observaba y escuchaba con suma atención, sin dejar de mirarlo, embobada con sus palabras. Se podría decir que estaba completamente subyugada por su voz. Él continuó su explicación:

—A lo largo de los siglos, siempre fue una fiesta. Cuando el sol había madurado las uvas justo para que el vino fuera el mejor, se generaba una tensión: llegaba el dios Dionisios. Con él venía la generosidad de la tierra, la vida renacida, la alegría de la fertilidad, nombre que recibe esta fiesta ya que las virtudes de la naturaleza, el trabajo del hombre y la esperanza nunca perdida se transforman en vino.

—¡Qué maravillosa historia!

—Es el mito de la vendimia, la celebración del vino nuevo. Porque el vino es una materia tan viva como el hombre: nace, es brillante y revoltoso en su infancia, se pone difícil en la adolescencia, va adquiriendo madurez con el tiempo, envejece y muere: por eso al final vuelve a tener el mismo color de la tierra que lo vio nacer.

—¡Fascinante! ¡Y lo cuentas tan bien! —exclamó ella con un suspiro—. ¡Suenan tan romántico!

Ahmed se detuvo frente al portón de ingreso. No quería terminar ese momento, dejar de disfrutar de la forma en que ella estaba atenta a sus palabras.

—Se me olvidó decirte que al final de la jornada, en la fiesta, se elige una reina, la ofrenda más bella para el dios, entre las jóvenes solteras que participaron de la recolección —y se la quedó mirando. Ella no reaccionó ni se hizo cargo de lo que le estaba queriendo decir —. Prepárate, ¡tal vez te coronen esta noche! —bromeó él, riendo por lo bajo.

—¡No seas tonto! —le dijo ella golpeando su hombro con la palma de la mano—. ¿Quién va a querer coronarme a mí?

«Yo lo haría! ¡Créeme que sí!», pero sólo alzó los hombros.

—Siempre hay locos con ideas extrañas.

Los dos rieron. Saludó a los peones que habían llegado y ya preparaban el lugar para recibir a los caballos.

—Te dejo un momento aquí. Voy a llevar nuestras cosas hasta la casa y pasaré a ver cómo va todo.

La dejó unos momentos y entró en su casa. No sabía qué habitación le habían destinado a ella, ya que la propiedad era muy grande, con más de veinte habitaciones. Por lo tanto, dejó las cosas de los dos en su cuarto para que alguien las trasladara después.

Estuvo reunido con sus hombres de confianza durante unos veinte minutos que se le hicieron absolutamente eternos porque no veía la hora de volver con ella.

Dixie se entretuvo observando a las mujeres que reían, divertidas, alegres por la tarea que iban a realizar. Luego se unió al trabajo de los hombres, acarreando fardos, colocando agua fresca, comida para los animales y acondicionando cada uno de los espacios de cada corcel.

Ahmed regresaba cuando vio llegar al arquitecto, que le sonrió embobado a Dixie. Ella lo saludó con la mano y continuó trabajando con los peones, lo cual también lo fastidió.

—Ahmed, buenos días —lo saludó el hombre, sin dejar de mirar hacia donde estaba la hermosa mujer.

—Buenos días, Andrew. Has venido temprano —comentó en forma algo brusca.

—Quería supervisar todo —le respondió caminando a su lado.

Ahmed vio a Dixie sacar el celular del bolsillo de su jean. ¿Quién la llamaba tan temprano?

Cuando se acercó ella ya había cortado.

—Era Deniz —le dijo ella sin esperar que él le preguntara—. ¿Tú sabes dónde iba a pasar la noche?

—¿No lo hizo en el hotel? —indagó él, sabiendo que su hermana y su mejor amigo habían cenado juntos.

—Al parecer no porque me llamaba para pedirme que pasara por Damla al *chateau*, pero le dije que nosotros ya estábamos acá.

—¿Quién traerá a la niña entonces?

—No sé. Dijo que ella lo solucionaría —respondió volviendo a cargar el fardo.

Ahmed se lo quitó de las manos.

—¿Por qué estás cargando cosas tan pesadas? Para eso están los peones —se quejó entrando en las caballerizas.

—Exageras —le dijo ella bufando. Y en ese momento escuchó llegar los transportes que venían con los caballos—. Ya llegaron —dijo emocionada, apoyando su mano en el brazo marcado de él, poniéndolo nervioso—. Estoy ansiosa por ver cómo se adaptan al nuevo ambiente porque es un cambio enorme para los animales ya que pueden llegar a sentirse solos y deprimidos durante las primeras semanas. Y yo no quiero eso.

Y salió a toda prisa, casi llevándose por delante al arquitecto.

Gerard bajó del primer vehículo y se acercó a ella con una sonrisa. Med los vio conversar juntos y acercarse a la parte trasera. El francés seguía teniendo la mala costumbre de llevarla colocando su mano en la espalda de ella y eso lo fastidiaba enormemente. Caminó hacia ellos y saludó al veterinario, aprovechando para interponerse entre los dos.

Con tranquilidad observaron cómo cada uno de los animales era bajado del remolque y entregado al veterinario. Uno de ellos en particular se notaba nervioso y arisco.

Dixie trató de controlarse y no interferir en el trabajo de Gerard, pero Ahmed la notó preocupada.

—¿Qué le sucede a ese caballo?

—Tormento es un animal muy sensible —le explicó ella—. Muchos caballos pueden llegar a tranquilizarse y estabilizarse con procesos rutinarios, es decir rutinas de comida, de entrenamiento. Por eso estuve trabajando tanto con ellos estos días —y agregó sin dejar de

mirar al animal—. Pero él es especial.

—¿Crees que no va a adaptarse? Porque si no podemos devolverlo y... —Med fue interrumpido por la mano de Dixie que, sin mirarlo, le tocó el brazo para que se callara. Otro contacto efímero pero eléctrico.

—Calma. O lo vas a poner más nervioso aún —le dijo ella concentrándose en la forma en que Gerard trataba al animal—. He pasado más tiempo con él que con los otros. Salimos a caminar, nos ejercitamos, le demostré que me importa su salud y que quiero lo mejor para él —Y luego miró a su primo con emoción. Se notaba que tenía una predilección por ese corcel—. Es un caballo muy receptivo y se siente más tranquilo y menos ansioso cuando nota el cariño de uno.

—¿Podrá trabajar con gente?

—Claro que sí. Sólo necesita más tiempo que los otros.

El arquitecto se les unió, al igual que Sarket que acababa de llegar y saludó casi al descuido.

—¡Qué hermoso ejemplar! —exclamó Andrew, mientras miraba a Dixie. Y Med no supo hacia quién estaba dirigido el halago.

—¿Nervioso? —indagó Sarket, refiriéndose al caballo. Pero bien podía estar dirigiéndose a su amigo, que cambiaba el pie de apoyo, muestra evidente de su alteración.

—Sí, un poco —dijo Gerard acercándose a ella y preguntándole—: Tú lo conoces más. ¿Qué sugieres?

Dixie se acercó al animal de frente, para que la viera y la escuchara. Éste la reconoció y se dejó acariciar sin emitir queja. Ella le habló al oído y el animal frotó su cabeza contra la de ella. Los hombres miraron la escena casi sin poder creerlo.

—¿Por qué se comporta con ella de esa manera? —se asombró Andrew.

—El equino es un animal gregario y necesita comunicarse con los otros miembros de la manada —le explicó Gerard—. Con su sistema de comunicación pueden transmitir emociones básicas y establecer una jerarquía de dominio sin violencia. Los caballos domésticos tratan a los humanos como miembros de su manada, por lo que usan el mismo lenguaje corporal para comunicarse con el dueño. Así se comunica Tormento con ella, porque la considera de su manada.

—Es maravilloso —susurró Sarket.

—Ella genera eso —le dijo el veterinario—. En general en la mayoría de los caballos. Hay algo en su forma de acariciarlos, en lo que les dice en un susurro. Nunca vi algo así antes.

Ahmed sintió un silencioso orgullo por esa mujer, por la forma profesional y dedicada en que se comportaba, pero también por la dulzura que demostraba con esos animales, tan importantes para él.

Dixie se acercó al grupo de hombres con gesto preocupado, pero cuando habló se dirigió a Gerard.

—Creo que lo mejor será que lo monte un poco.

—Diré que lo preparen —dijo el hombre a punto de caminar hacia los peones.

—No —lo detuvo ella—. No creo que permita que lo ensillen.

Ahmed se dio cuenta enseguida de lo que iba a hacer. La conocía demasiado bien.

—No quiero que vayas sola —le dijo casi a modo de orden.

—Elige el que gustes y te reto.

Y no le dio tiempo a volverse atrás. Acarició a Tormento, agarró la rienda, tomó impulso, se agarró de su crin dorada y lo montó a pelo. Si antes tenía un pequeño grupo de admiradores ahora habían fundado un club de fans.

—No lo puedo creer —dijo Andrew abriendo los ojos—. Quien desearía ser caballo para que lo montaran así.

Ahmed estaba a punto de encararlo cuando Sarket lo detuvo con la mirada fija.

—¿Dónde aprendió esta mujer a montar de esa manera? —preguntó Gerard igual de maravillado mientras Dixie se quitaba la camisa para quedarse en musculosa blanca y se desabrochaba la pechera del jardinero para sentirse más cómoda.

—Le enseñé yo —le respondió a Gerard, montando de la misma manera que lo hiciera ella.

—Ida y vuelta hasta el bosque de allá —lo desafió ella con una sonrisa—. El ganador elige premio. Y que conste que me debes uno —sonrió mientras se acomodaba el cabello con un hierbajo.

Nadie podía creer que los dos fueran a correr una carrera a campo traviesa sin montura. Pero no los conocían lo suficiente. Aún Sarket,

que era amigo de Ahmed desde hacía tanto tiempo desconocía esa faceta del hombre, una forma de comportarse que era mil veces mejor que la que siempre había mostrado.

Cuando Dixie dio la orden de salida los dos jinetes se midieron cuerpo a cuerpo en una carrera desatada que hizo a todos los trabajadores detener lo suyo para contemplarlos. Él era un jinete magnífico, pero ella... ella se unía de una forma tan física con el caballo que eran uno solo. Además de la maravilla que representaba visualmente disfrutar de sus sensuales movimientos.

Cuando giraron para regresar, Ahmed supo que iba a perder. Nunca sería tan buen jinete como ella.

Los hombres la recibieron con vítores y revoleos de sombreros y Dixie alzó los brazos en forma triunfal. Saltó del caballo con esa exquisita gracia de siempre y esperó a su primo, que llegó sólo unos segundos después.

—Ay, Med, no aprendes —le dijo ella aferrándose del borde de su camisa—. Nunca, nunca, jamás vas a ganarme una carrera.

El contacto fue ínfimo, pero bastó para que los dos se electrizaran al tocarse... igual que antes. Él se perdió en sus ojos, en la forma en que el cabello escapaba de sus ataduras, uno de los breteles de su musculosa caía de costado, el frente de su jardinero abierto hacia su cintura... ¿Cómo podía una criatura ser tan celestial y al mismo tiempo tan escandalosamente sensual?

Él estaba mudo.

—Pensaré cómo me voy a cobrar mis premios —acarició al caballo y se lo entregó a Gerard. Se volvió para mirar a su primo—. Necesito cambiarme. ¿Mis cosas?

—En la casa. Dejé todo en mi habitación —respondió Ahmed tratando de recomponerse—. Pregunta al personal de servicio cómo llegar.

Los hombres la vieron irse con la misma gracia de siempre.

—Ahmed, envidio de muy mala manera las horas que pasas con esa criatura —le dijo el arquitecto con sinceridad.

Med no quiso responderle.

¡Ojalá todos supieran el dolor que esa mujer le había infligido!  
¡Ojalá algún día se enteraran cuántos años le había llevado superarla!

Y ahora estaba de regreso.  
Con la fuerza de un huracán.  
Con la belleza de un amanecer.  
Con la dulzura de la miel.  
Sacudió la cabeza. No podía dejarse convencer...

\*\*\*

El corazón le latía a mil cuando la mucama le enseñó la habitación de Ahmed, sonriéndole.

Allí había varios bolsos pequeños, un porta trajes y algunos artículos masculinos de su primo.

Pasó la mano sobre la enorme cama y tomó su almohada para encontrar su olor, aunque él no durmiera con frecuencia allí. Porque todo lo suyo olía a él, a su masculina presencia, a maderas y hierbas, a tierra mojada después de la lluvia.

Se dio una ducha rápida, pero saboreando usar su champú y se cambió con prisa porque no quería que Ahmed se fuera a la cosecha sin ella. El personal de servicio la vio salir y volvieron a sonreírle.

—¿Es la prometida del joven? —preguntó una a otra.

—No, su prometida es una niña rica e insufrible —respondió la de mayor antigüedad en la casa.

—¿Quién es ella entonces?

—No lo sé, pero el joven indicó que pusiera las cosas de ambos en su cuarto. Y ella se duchó allí —las dos se miraron y volvieron a sonreír—. Más claro que eso...

Dixie caminó hacia los establos con prisa. Sus borcegos que le habían resultado siempre tan útiles ahora le daban bastante calor. Por suerte había llevado ese short de jean desflecado y una musculosa natural con puntillas, aunque se había colocado una camisa suelta para evitar que su primo se fastidiara. ¡No podía soportar sus caras cuando se vestía con ropa demasiado ajustada al cuerpo!

Dudó acerca de su atuendo cuando todos los hombres se dieron vuelta al verla venir. Por la forma en que la miraron se sintió

incómoda. Ahmed se adelantó a cualquier comentario de los demás.

—Nos están esperando para la cosecha —le avisó con los brazos apoyados en sus caderas, tan masculino, tan sensual.

Ella le sonrió.

—Perfecto, porque yo ya elegí qué quiero de premio por mi carrera anterior —le dijo colgándose de su brazo—. Quiero que participes de la cosecha conmigo. Y no puedes negarte.

Sarket trató de ocultar su risa.

—No —le dijo Ahmed—. Lo siento, pero...

Ella se quejó y mientras protestaba vio acercarse a Richard, siempre impecable, sonriéndole. Su primo se tensó.

—Si tú no quieres acompañarme tendré que buscar otro hombre que... —empezó ella haciéndole notar la presencia del otro.

—Ni se te ocurra —le advirtió él entre dientes.

Cuando vio que su amigo caminaba derecho a ella para darle un beso y dudando de que se pasara de listo y volviera a reclamarle sus labios, la alejó de él tomándola de la cintura. A pesar de eso, Richard avanzó hacia la mujer, negándose a dejarse intimidar por su amigo. La mano de Ahmed en el pecho lo detuvo bruscamente. Todos los presentes guardaron silencio.

—Hasta ahí llegas —le advirtió.

Richard rio por lo bajo.

—Sólo iba a saludarla.

—¿Del mismo modo que te despediste ayer a la noche?

Nadie hizo ningún comentario, pero era evidente que el enfrentamiento era por disputarse a esa mujer.

—Y si así fuera, ¿cuál es el problema? —lo desafió el hombre, irguiéndose, provocador.

Ahmed lo imitó, colocando a Dixie detrás de él.

Sarket dio un paso hacia ellos, creyendo que iba a tener que intervenir. Dixie se puso nerviosa.

—No arruines la felicidad de otras personas solo porque tú no puedes encontrar la tuya —le reclamó Richard en tono de reproche.

Y la voz del capataz quebró el momento de tensión al avisarle que ya estaba por empezar la cosecha.

Med lo miró a los ojos y luego tomó a Dixie de la mano y caminó



hacia los viñedos, llevándosela con él.

Richard miró a Sarket, éste le devolvió la mirada de «te lo advertí».

—¿Qué le sucede a tu amigo? —indagó luego de saludar a los otros dos hombres.

—Tú sabes lo posesivo que se muestra con ella —le respondió Sarket con fastidio—. Te estás buscando problemas.

—¿Posesivo? —indagó Gerard sin comprender—. No entiendo qué le pasa, pero esta semana lo he notado especialmente irritable y siempre ha estado ella involucrada.

—¿Qué pasa entre ellos? —preguntó el arquitecto—. Creí que Ahmed estaba comprometido con Cloé Regend.

—Y lo está —le respondió Richard alzando una ceja—. Pero se pone loco cada vez que me acerco a su nueva veterinaria. ¡Menos mal que es su prima lejana y toda esa farsa!

—Es su prima —confirmó Sarket.

—Entonces debería comportarse como un primo —se molestó Richard—. Lo suyo va más allá de ser posesivo o de irritarse cuando uno apenas la toca... Pareciera prohibida. Como si nadie pudiera acercarse a ella. ¡Ni te cuento lo que fue anoche cuando la besé!

Todos lo miraron con los ojos abiertos.

—Estás tentando a tu suerte —le advirtió su amigo—. Espero que aprendas a mantenerte al margen porque esto no va a terminar bien.

Richard se acercó a Sarket, molesto.

—No acepté sus advertencias y menos las tuyas. Si ella me interesa ninguno de los dos va a poder detenerme.

Y se marchó hacia la casa principal donde estaba su oficina. Los tres hombres que se quedaron no hicieron ningún comentario más.

Dixie se mantuvo en silencio, caminando casi al lado de Med, hasta que estuvieron ahí. El capataz hizo una sencilla ceremonia de iniciación y comenzó con las explicaciones de rigor para ese caso.

—No hacía falta —le susurró ella sin mirarlo.

—Yo creo que sí.

—No. Hiciste una escena.

—¿Hubieras deseado que te besara? —indagó él con celos, esperando la respuesta—. ¿No te alcanzó con lo de anoche?

—¿Con su beso? ¿O con el tuyo? —lo apuró ella—. ¿Querías

demostrarme que besas mejor que él?

Ahmed bajó la cabeza para hablarle al oído.

—Sólo quería recordártelo.

Ella miró hacia adelante. Luego se acercó al oído de él, poniéndose de puntillas, sostenida por su brazo que la tenía posesivamente de la cintura.

—No era necesario porque nadie jamás me ha besado como tú —y le sonrió.

Por un momento los dos se miraron a los ojos, tocándose sólo donde la decencia lo permitía.

Pero Ahmed no pudo contenerse del todo y perdió su mano en el cabello de ella hasta su nuca, a punto de atraerla hacia su boca. El inicio de los cantos de las mujeres los sorprendió, separándolos.

—Ven que te recuerdo cómo cortar los racimos —le dijo tomándola nuevamente de la mano.

Los presentes los observaron divertidos. Era la primera vez que veían a Ahmed disfrutando de un momento tan importante para los viñedos.

Su primo le recordó la forma correcta de hacer el corte de los racimos. Para hacerlo se colocó detrás de ella, tomando sus manos entre las suyas e imitando el movimiento que debería hacer.

Ahmed detuvo el movimiento unos segundos para embriagarse con el dulce perfume de ella. ¡Dios, qué bien que olía! ¡Y tan suaves sus manos! ¡Tan cálida! Se interesaba por las mismas cosas que él, por su trabajo y su mundo.

¡Tan distinta de Cloé!

Se alejó de Dixie momentos antes de caer atrapado por su magnética belleza. Tenía que mantenerse alejado de ella. Su cercanía era mortal.

—Bueno, ahora que ya sabes cómo hacerlo... te dejo. Voy a ocuparme de mi propia recolección. Pero con seguridad nos cruzaremos durante el proceso —le dijo él luego de despedirse con la mano.

Dixie oyó las canciones y el inicio del trabajo de los hombres y mujeres y también ella se puso en marcha.

A medida que las horas pasaban, los cánticos se hacían más y más

fervientes. La actividad era enloquecedora. Ahmed seguía muy de cerca los pasos de Dixie, compitiendo con ella a la hora de recoger más racimos, robándole las mejores uvas y aprovechando para hablarle al oído.

—Si tan bien recuerdas mis besos podrás encontrar el árbol donde siempre te los robaba —le susurró la última vez que se cruzaron.

—¿Y si lo encuentro qué gano? —rio ella—. ¿Otro beso?

—Encuétralo y lo averiguarás.

Volvió a alejarse, riendo.

La cosecha llegó a su fin casi a las doce del mediodía. Cuando todos comenzaron a dirigirse hacia los comedores preparados para el almuerzo, Dixie encontró el árbol que Med había mencionado y allí estaba él, sentado a los pies, apoyado contra el tronco, esperándola.

Dixie se sentó sobre la tierra, exhausta, la camisa atada a la cintura, el cabello revuelto, sucia, pero adorable.

—Demoraste —le reprochó él con suavidad.

—Pero aquí me tienes —le dijo riendo.

Él le tendió la mano, ella la tomó. Med la hizo girar para que quedara apoyada en su pecho y compartieran juntos la vista de las tierras. Dixie se dejó llevar y descansó contra el cuerpo del hombre.

—Nunca volví a participar espontáneamente de la cosecha cuando tú te fuiste porque no podía soportar hacer nada que asociara a ti —le dijo en su oído, apoyando su mentón en el cabello de ella—. No cabalgué, no fui a nuestro lugar secreto, no salí de mi habitación. No soportaba que lloviera, que saliera el sol, que florecieran las rosas que tú amabas. No había nada que quisiera hacer en la vida si tú no estabas.

Ella se incorporó y giró su cuerpo para enfrentarlo, quedando encerrada entre sus piernas.

—Yo no tuve vida sin ti —le confesó con tristeza—. No tenía consuelo, ni deseos de comer ni hablar siquiera. Me recluí en mi nuevo cuarto que no tenía nada de mí, en un lugar que desconocía, sola. Sola en un país nuevo, sola en una escuela distinta, sola sin tu amor. Y aunque no había momento del día en que no estuvieras conmigo, tú no estabas.

Él detuvo con un dedo la lágrima que caía por su rostro. Se gritaron

en silencio te amo, un te amo que ninguno de los dos iba a aceptar.

—Tenías razón cuando dijiste que podemos seguir fingiendo, pero los dos sabemos que la única batalla que no he podido ganar es la de olvidarte —le confesó el hombre, acariciando sus labios entreabiertos.

Él se quedó frente a ella, inmóvil, mirándola a los ojos. Alzó la mano y le recorrió el mentón con un dedo, erizándole la piel con el suave roce. La joven intuyó que deseaba besarla y se sorprendió al comprender lo mucho que deseaba que lo hiciera.

Pero no la besó. Se limitó a observarla. Acto seguido, deslizó el pulgar por sus labios y Dixie reprimió a duras penas el gemido que despertaba semejante caricia.

El aire que los separaba estaba cargado de tensión. La intensidad de esos sentimientos les robaba el aliento.

—Estás aquí, exactamente entre lo que duele y lo que me gusta —le susurró Med con la poca voz que le quedaba—. Y reconozco que me enojé cuando supe que Sarket te había traído hasta acá porque quería que volvieras conmigo, no con alguien más.

Ella le acarició el rostro con ternura.

—En ese momento sólo vine a trabajar. Necesitaba volver contigo a uno de los pocos lugares que siempre he sabido nuestro, igual que este árbol, que las cuevas del arroyo, que mi habitación en la casa de tus padres... — le dijo con voz dulce—. Hay lugares que sólo nos pertenecen a los dos.

—Y solo los dos sabemos la falta que nos hacemos.

Ella asintió. Ahmed volvió a girarla para retenerla en un abrazo, para recuperar la cordura, para volver a sentirla apoyada en su pecho, para olerla. Dixie se dejó abrazar, rememorando otros abrazos, otros momentos en que, en esa misma posición, hacían planes futuros para un futuro que nunca pudo ser.

Y no vieron el ojo experto que retrató con su celular ese momento mágico, las caras embelesadas, el abrazo agitado, las ganas.

Cloé Regend recibió la foto en forma privada por una red social.

«Estas cosas suceden cuando tú te esfuerzas por mantenerte distante», así decía el mensaje de quien conocía bien.

Suspendió el masaje que le iban a dar y corrió a su closet para vestirse.

Eso no iba a quedar así.

\*\*\*

Adormecidos, embebidos, silenciosos, pero formando la pareja perfecta que siempre supo que harían, los encontró Deniz. Ante la voz de ella, los dos se pusieron de pie casi al mismo tiempo, traídos bruscamente a la realidad.

—Se los nota agotados —le dijo ella con una sonrisa.

—Sí —aseveró Dixie mirando el suelo—. La actividad fue bastante intensa.

—Lo sé, yo participé de los momentos finales. Pero imagino el cansancio de ustedes. Más aún después de tremenda carrera que se echaron, ¿no? —comentó Niz alzando las cejas.

—Ya te fueron con el cuento —rio Ahmed—. No quiero ponerme a pensar quién. Probablemente la misma persona que te retuvo toda la noche y te impidió recoger a tu hija a horario.

Deniz guardó silencio, sonrojándose. Pero la sonrisa de su hermano la tranquilizó.

—Nos quedamos dormidos —confesó ella en voz baja.

Dixie la abrazó con emoción. La veía bien, feliz, completa...

—¡Qué contenta me pone verte así! —exclamó ella—. Ahora veo amor en tu mirada. No como cuando hablabas del otro —dijo haciendo una mueca de desagrado.

—¿Ya hablaste con Jeff? —le preguntó su hermano mientras caminaban hacia el sector donde estaba preparado el almuerzo para todos, llevando de la mano a Dixie, casi sin darse cuenta.

Deniz lo notó, pero no quiso hacer ningún comentario que pudiera quebrar ese momento. No entendía qué estaba pasando entre ellos, pero ya hablaría con Dixie a la hora de la siesta. ¡Tenía tanto para contarle!

—No lo he visto desde hace días —respondió Deniz mientras se

iban ubicando en la mesa principal.

Allí estaban Berk y Ariadna junto con Damla. La niña corrió a los brazos de su tío sin dejar de notar que traía a su tía de la mano, aunque no dijo nada. Su abuela también lo notó y frunció el ceño. Las cosas se iban complicando.

Pero no sólo ellos lo notaron. Todos los que estaban allí comentaban qué clase de relación tenía el joven heredero de la fortuna Tarik con la nueva veterinaria, que se los veía tan juntos, de la mano.

Berk se puso de pie para abrazar a la joven, sonriente. Además de traerle recuerdos hermosos ella siempre le había caído bien. Deniz contó las sillas de la mesa principal y descubrió que no alcanzaban para todos. De hecho, sólo había lugar para sus padres, Damla, Ahmed y ella. Miró a su hermano con dudas. No esperaba que hubieran contado a Sarket, pero... ¿Dixie?

—No hay sillas suficientes —dijo la joven.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ahmed, extrañado.

—Están las sillas justas para la familia —respondió su madre, parca.

Dixie miró hacia la mesa donde estaba Sarket y él le señaló la silla que había separado para ella, sabiendo que Ariadna la iba a volver a despreciar, como había hecho otras veces. Ella trató de soltarse de la mano del hombre, pero él la retuvo.

—¿A dónde vas? —le preguntó con fastidio, sabiendo que toda esa confusión era obra de su madre.

—Iré a comer con los demás —le respondió ella sin saber si enojarse o sentirse dolida.

—Quiero que almuerces conmigo —le dijo él en un tono lo suficientemente alto como para que toda la mesa lo escuchara—. Eres de la familia y comerás con la familia.

Los que estaban alrededor se extrañaron del comentario y la firmeza del hombre. Ella le sonrió, agradecida. Apoyó su mano en el pecho de él, tomándolo de la camisa entreabierta y se acercó a su oído.

—No hagamos un problema de algo tan tonto. También quiero almorzar contigo, pero lo haré con Sarket que me ha guardado un

asiento —y lo miró a los ojos—. Prometo contarte todo lo que logre sonsacarle de la noche que pasó junto a Deniz.

—Es una tumba mi buen amigo. No quiero decepcionarte, pero no lograrás nada —él sonrió levemente.

Miró hacia la mesa de su mejor amigo y éste le hizo señas de que se quedara tranquilo. Richard no estaba a la vista. No quería que volviera a acercarse a ella.

—Es sólo un rato, Med —le susurró diciéndole con los ojos que ella tampoco deseaba separarse de él—. Voy a caminar hacia esa mesa y no vas a detenerme porque todos los ojos están puestos en nosotros y no quiero dar qué hablar. Sobre todo, porque aquí todo el mundo conoce a tu prometida —agregó con dolor.

—A mí eso me tiene sin cuidado —le respondió él molesto.

—No me dejarás bien parada si sigues acercándote de esa manera a mi boca —le advirtió ella haciendo lo posible por no ceder.

—Quédate tranquila —le dijo mirando hacia el fondo del salón para contenerse—. No voy a besarte.

Ella le hizo un mohín de capricho. Él rio en forma espontánea y todos se sorprendieron ante esa muestra de emociones por parte del hombre, un hombre que en general no transmitía nada.

Ahmed la dejó ir y ella se sentó junto a Sarket, que miró a Deniz y le sonrió, entendiendo la situación. Ella también estaba dolida por la forma en que su madre estaba limitando el territorio.

—Gracias por guardarme un lugar —le dijo Dixie sonriendo.

—Tenemos que unir fuerzas —le comentó Sarket riendo—. Somos los desterrados.

Ahmed y Deniz se miraron en silencio. Su hermana le susurró...

—Odio a nuestra madre cuando se comporta como si fuéramos niños y pudiera decidir por nosotros.

—Si quieres nos levantamos y nos cambiamos de mesa —le dijo él, guiñándole un ojo.

—¿Y condenar a nuestro padre a sufrir la furia de la reina? —rio su hermana por lo bajo—. Ah, y hablando de nuestro padre... No pude contarte el otro día, pero escuché parte de una conversación de mamá con él.

—¿Ahora los espías? —bromeó Med.

—Bobo. Iba por el pasillo y la escuché gritar, como siempre que habla con él.

—¿Y qué le reclamaba?

—De todo, pero... ¿sabes lo que descubrí? —le dijo ella poniéndose misteriosa—. Creo que nuestro padre tuvo una aventura con la madre de Dixie en aquella época en que venía siempre a visitarnos.

El tenedor de su hermano quedó en el aire.

—¿Estás segura?

—Eso explicaría muchas cosas —respondió su hermana—. Creo que mamá se enteró aquel verano que Dixie se marchó y su ausencia tuvo que ver con la distancia que nuestros padres se autoimpusieron.

—¿Qué le escuchaste decir? —indagó su hermano, interesado en encontrarle la vuelta a ese misterio.

—Le decía lo que siempre escuchamos, que él fue el culpable del fracaso de su matrimonio, que traía a su amante cerca de la casa para poder verse con ella, que el padre de Dixie cambió de trabajo y se marchó lo más lejos que pudo para evitar que Stella y papá siguieran viéndose.

—No lo puedo creer —reconoció Med asombrado, desviando la vista hacia sus padres que estratégicamente habían sentado a Damla en medio para no tener que hablarse—. Entonces nos separaron para separarlos a ellos...

—Sí, así parece.

Ahmed se pasó la mano por el cabello, nervioso.

—No quiero creer que mi madre fue tan cruel después de ver en qué estado estuve por tanto tiempo. Ni tan egoísta. Y también hubo una carta... —susurró con dolor—. Si mi padre ya no la amaba, ¿por qué destruyó mi vida?

Deniz le colocó la mano sobre el brazo para calmarlo.

—No saquemos conjeturas equivocadas, pero creo que tenemos que averiguar qué fue lo que pasó.

—¿Crees que Dixie sabe algo?

—Estoy segura de que no —le dijo su hermana—. Las veces que conversamos acerca de su familia nunca dijo nada, excepto que sus padres, al igual que los nuestros, tampoco eran compatibles, que si bien vivían juntos casi no se dirigían la palabra.



—Entonces es probable que sea verdad lo del romance —aventuró Ahmed, preocupado.

Los dos se voltearon a ver a la joven que reía, divertida, con Sarket, que le hablaba cerca del oído para que los demás no escucharan. Pero ninguno de los hermanos sintió celos de la situación, porque ambos sabían cómo eran Sarket y Dixie. La cuestión cambió cuando se sentó Richard en la misma mesa, del otro lado de la joven.

Ahmed se puso tenso. Sabía cuál era la intención del hombre.

—Tranquilo —le dijo su hermana—. Sark sabrá ubicarlo.

—Vamos a tener problemas él y yo —dijo Med entre dientes—. No quiere entender que ella...

Y se detuvo.

—¿Que ella qué? —lo apuró su hermana.

—No sé —respondió con honestidad—. Me juré que nunca más iba a volver a dejarme enredar por esa mujer, pero hoy logró traspasar todas mis barreras... y te aseguro que todas.

—Es tu perdición —le sonrió su hermana con cariño—. La forma en que la miras... No puedes ocultar que sigues a sus pies.

—Tú no entiendes. La odio —le dijo con dolor—. Odio que haya hecho de mí un despojo, que haya abandonado mi corazón, dejándome solo —pero se retractó—. Peor aún. Dejó mi corazón habitado por un fantasma... su fantasma. Y por eso la odio. La odio como sólo alguien que la ama puede odiarla.

—Pero no se nota que la odies, por el contrario —le reclamó su hermana—. No puedes evitar tocarla, la alejas de cualquiera que trate de relacionarse con ella. Te comportas como nunca lo has hecho. Y la gente empieza a murmurar al verlos juntos.

—No me interesa.

—Med, todos aquí saben que estás comprometido con la zorra esa, mal que me pese —dijo entre dientes sin poder nombrarla—. Pero parece que hubieras vuelto con Dixie.

—Debe tener algo mágico que, incluso odiándola, termino volviendo a ella —confesó el hombre mirándola y descubriendo a Richard otra vez demasiado cerca de ella. La joven estaba de espaldas a él, pero no parecía participar ni animar la charla del hombre. Sarket trataba de poner un espacio neutro, pero Richie no dejaba de avanzar

hacia ella.

—No puedo creer que tu primo te haya liberado —le dijo en tono irónico—. ¿Cómo es que no estás en la mesa principal? ¿No era que tú pertenecías a la familia?

—Estoy trabajando en el *chateau* y aquí, por lo tanto, ubico el lugar que me corresponde —respondió ella algo seca.

—No será por mucho tiempo si Ahmed sigue comportándose contigo de la forma que se está comportando —insistió el hombre—. En cuanto Cloé se entere...

—No sé a qué te refieres, porque entre mi primo y yo no sucede nada extraño. Tenemos caracteres encontrados y a veces chocamos. Pero, en general, compartimos los mismos gustos —le explicó ella en forma vaga, mirando a Sarket que asintió en silencio.

Le encantaba la calma de ese hombre y la paz que siempre transmitía cuando uno conversaba con él. Siempre parecía estar atento a conseguir un equilibrio en las situaciones. ¡Dichosa de Deniz que había encontrado el amor de una persona tan especial!

—Anoche me hubiera gustado terminar nuestra cita con una copa, lástima que tu guardia cárcel estaba esperándote —le dijo Richard lo suficientemente fuerte como para que toda la mesa lo oyera—. Y me quedé toda la noche pensando en ti.

—Ya está bien, amigo —le dijo Sarket bebiendo su café de a sorbos, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué es lo que está bien? Ella está bien... más que bien —le susurró cerca del oído.

Sarket vio a Ahmed tensarse en la silla y lo miró desde lejos haciéndole que no con la cabeza. Alguien avisó en voz alta que ya todo estaba listo para el inicio del ritual y sin saber cómo en ese instante, Ahmed estuvo de pie detrás de la silla de su prima. Dixie miró hacia arriba para encontrarse con los ojos del hombre que la tenía enloquecida. Estaba por ponerse de pie cuando Richard la detuvo por el brazo...

—Nunca llegará a tu vida la persona indicada si no dejas ir a la persona equivocada —le dijo frontalmente, sin importarle que su amigo o los demás lo escucharan, sin preocuparse por las consecuencias.

Ahmed iba a replicar cuando ella se paró frente a él y lo miró a los ojos, pidiéndole silencio. Med miró a su amigo con las ganas contenidas de tomarlo por el cuello, pero se contuvo. Todos los presentes se encaminaron hacia el costado del salón, donde la gente empezó a aglomerarse.

Dixie sintió la mano de Med tomando la suya y no tuvo necesidad de mirarlo. Sabía que el almuerzo había sido una tortura para el hombre.

Las uvas fueron colocadas en la inmensa cuba y todas las mujeres solteras se acercaron a ella. Ahmed la arrastró hacia uno de los costados.

—Ven, Dixie. Según la costumbre local, es un joven soltero el que debe colocar a la joven soltera dentro de la cuba.

—¿Y piensas ser tú el que lo haga? —le preguntó Richard, apareciendo a su lado.

—Exactamente —respondió Med, tendiéndole la mano a la joven, sintiendo los ojos de los demás puestos en él. Ella tomó su mano. ¡Al diablo con todo! Ahmed la alzó y la colocó dentro de la cuba. Ella se dio vuelta para decirle algo cuando escuchó el comentario que Richie le hacía a su primo:

—La costumbre local también dice que sólo debe la joven ser ayudada por su cortejante. ¿Qué estás pretendiendo?

—No te metas conmigo —le advirtió el hombre con dureza, tratando de no perder la compostura.

—Por ella me meto con quien sea —redobló la apuesta su amigo en el mismo tono, cruzándose de brazos.

Dixie vio la cara de su primo desfigurarse por el mal humor y lo detuvo cuando estaba a punto de responder. Le dijo con voz suave mientras sostenía su cara con las dos manos.

—No vale la pena que te enredes en su juego. Disfrutemos de una fiesta que siempre creímos que íbamos a compartir juntos —y lo miró dulcemente—. Veinte años fueron muchos años de espera.

¡Estaban tan cerca uno del otro, tan embriagados por el olor del vino, tan extasiados...!

Las mujeres rieron y alejaron a Dixie del borde, llevándola al centro y enseñándole los pasos de la danza. Ella era muy buena

bailarina y no pasó mucho tiempo para que los aprendiera y riera de buena gana junto con las demás mientras giraban, descalzas, y el jugo de las uvas manchaba sus ropas.

Deniz también fue colocada en la cuba por Sarket, ante el asombro de todos ya que no sabían que entre ellos dos hubiera alguna relación. También sorprendió a su madre.

Era tal la euforia, que los hombres casados, tomaron a los solteros que habían depositado a las jóvenes en la cuba y, quitándoles los zapatos, los metieron dentro. Ahmed no pudo salvarse de eso. Tampoco Sarket.

Med bailó la danza junto a Dixie, rió con ella y la persiguió divertido, rozando su cuerpo con cada movimiento. Su amigo observaba la escena desde afuera, extrañado de verlo tan alegre, asombrado por la relación que lo unía con la joven. ¡Nunca lo había visto así con Cloé!

Ariadna fruncía el ceño y golpeaba el suelo con el pie, fastidiada. ¿Cómo era posible que sus hijos estuvieran siendo parte de ese ritual?

—Tranquila, querida —le dijo Berk, aplaudiendo el baile y riendo, alegre—. Nuestros hijos se ven felices, en especial Med, a quien tanto daño le hicimos. Deberías disfrutarlo.

—¿Disfrutar que esté con esa mujer? —se quejó ella, entre dientes—. ¡Jamás permitiré que vuelva con la hija de tu amante!

—Eso no es lo importante —minimizó él—. Yo aceptaría lo que fuera por verlo feliz y sonriendo como ahora. Y si es con ella, como siempre supe que debería ser, mejor aún.

Cuando la danza terminó, Med la ayudó a bajar mientras le decía...

—¡Me sorprendieron! ¡Nunca pensé que iban a colocarme dentro a mí también!

—¡Estuvo fantástico! —exclamó ella, agitada—. ¡Fue tan divertido! ¡Y ahora estás todo sucio!

—¡Eso dices porque aún no te has visto!

—¡No puedo creer que me haya divertido tanto! —exclamó Deniz, abrazándola—. A cada momento recordé las veces que veíamos estas danzas cuando éramos niñas y al fin pudimos disfrutarlas juntas.

Richard pasó cerca de los cuatro y dijo, mirando a Med...

—Uy, amigo, parece que se te ha complicado la tarde —y todos voltearon a ver la imagen de Cloé que, de pie al lado de Ariadna, los observaba hecha una furia.

Dixie nuevamente tuvo que reconocer que esa odiosa mujer había nacido para ser modelo exclusiva en París, porque no podía estar siempre tan pero tan perfecta.

—Todavía no llegó la navidad y ya te andas regalando, zorra —dijo Cloé mirando a Dixie, quien se sorprendió del comentario. El silencio en el lugar fue total.

—Cloé —la nombró Med con enojo—. No es necesario que...

—Sí, es necesario, querido —le dijo ella, acercándose más a los dos, pero no lo suficiente como para ensuciarse—. Y perdona que te lo diga, pero entiendo que también debas tener amigas... ¡pero amigas! No zorras que anden detrás de ti.

Deniz intentó dar un paso hacia la desubicada, pero Sarket la detuvo tomándola del brazo. Dixie se mantuvo en silencio un poco porque las palabras las sentía como puñales, otro poco para evitar la confrontación, especialmente frente a todos los trabajadores con los que solía interactuar. Pero era probable que su boca se mantuviera cerrada por poco tiempo.

—¿No vas a decir nada? —la apuró Cloé, deseando que la mujer respondiera a alguno de sus agravios—. Yo entiendo que me guardes rencor, pero...

—¿Guardarte rencor? No, querida, yo no guardo porquerías —le aclaró Dixie sin levantar el tono.

—¿Qué me estás queriendo decir? —se confundió Cloé y miró a Ahmed—: ¿No vas a decirle nada? —volvió a encarar a Dixie ya que el hombre no acotó nada—. Me das pena por arrastrada. Te fuiste de aquí hace años y te enredaste vaya a saber uno con quién. Tuviste otra vida, así que ahora no quieras recuperar lo que es mío. Tu cuentito de princesas ya fue. Y colorín colorado, por andar de zorra te dejaron.

Ahmed la tomó por el brazo y la alejó de todos, sin poder evitar que Dixie le susurrara a la mujer antes de que se fuera...

—Quien no es zorra, no disfruta.

Y le sonrió ampliamente cuando Med se la llevó hacia un costado, pero sabiendo por dentro que la mujer tenía algo de razón. Deniz la

abrazó y Sarket se detuvo detrás de ella, haciéndole sentir tranquilidad.

—No la escuches. Es una descerebrada.

—Pues debería escucharla —fue la voz de su madre—. Al fin de cuentas es la mujer que tu hermano eligió para formar una familia... un concepto que Dixie parece desconocer.

—Mamá, por favor —dijo Niz en voz baja—. ¿Acaso no te has dado cuenta de la clase de mujer que es?

Cloé se soltó de Ahmed y se detuvo delante de ellas...

—¿Qué clase de mujer se supone que soy?

—Una hipócrita —le respondió la joven con desprecio—. ¡Qué triste que andes aparentando algo que no eres! Pero te comprendo porque tú vida sí que es un asco: una vida inútil, destinada a adorarte a ti misma, patética, aburrida, irreal —y la miró con desagrado antes de tomar a su prima de la mano y alejarse con ella—. Adelante... sigue siendo «feliz» en tu planeta ficticio.

—Si la envidia quemara calorías, desaparecerías del planeta, querida —espetó Cloé con rabia.

—Sigue hablando, tal vez algún día digas algo inteligente —agregó Dixie, chocando la mano con su prima como cuando eran niñas y riendo, divertidas, mientras seguían caminando hacia Ahmed y Sarket.

Cloé bufó, enojada, y le reclamó a Ariadna.

—En lugar de mandarme la fotito, hubieras hecho lo posible por alejar a esa mujerzuela de mi prometido.

—Te mandé la foto para que te despertaras de una vez —le dijo la mujer fastidiada—. Pero es evidente que te preocupaste más por arreglarte que por venir rápidamente.

Med la miró con culpa cuando los cuatro se reunieron.

—Lamento el mal momento.

—Tranquilo —le dijo ella dejándose tomar de nuevo de la cintura sin importarle que los miraran—. Soy zorra según la mujer que está enamorada de mi hombre, soy fea según la envidiosa, soy fácil según el sujeto al que nunca le presté atención.

Y él se quedó en la parte que lo nombraba como «su hombre». Esa posesión le fascinó.

—Mejor que nos vayamos a cambiar de ropa —dijo Deniz olvidándose de todo. Los cuatro caminaron hacia la casa. Mirando a Sarket le aclaró—: Nuestras cosas están en mi habitación.

—¿Me estás invitando a tu cuarto? —bromeó él.

—Por supuesto. —Lo besó ella fugazmente. Y era la primera vez que tenían una demostración de afecto entre los dos—. Damla está con mis padres así que me parece que la siesta voy a tener que compartirla contigo.

Ahmed alzó las cejas.

—Caramba... al menos podrían ser un poco respetuosos. Están hablando delante de mí y yo aún no aprobé esta relación.

—¡Como si yo te hubiera pedido permiso! —exclamó ella riendo y llegando hasta la puerta de su habitación—. Dix, la tercera puerta es la tuya. No sé dónde están tus cosas.

—En mi habitación —aclaró Med.

Deniz hizo silencio. Les sonrió.

—Entonces nos vemos en un rato —y se llevó a Sarket de la mano, saludándolos.

Med y Dixie entraron en el cuarto. Él buscó su bolso de mano mientras le decía...

—En verdad siento mucho lo sucedido y la forma en que Cloé te habló —dijo sintiéndose culpable.

—Deja de disculparte —le dijo ella quitándose los borcegos—. Pero no cuenta como asesinato si le clavo un puñal en la espalda a tu novia, porque le quedan 6 vidas.

Los dos volvieron a reír. Él no le dijo nada acerca de la familiaridad con la que ella se cambiaba adelante suyo, aunque había esperado que se mudara a la habitación que Deniz le había destinado. Le fascinó verla luchar con los cordones de su calzado, admirando sus largas piernas manchadas por las uvas, la musculosa antes beige y ahora pegada a su cuerpo, el aroma a vino que de ella emanaba.

Dixie lo descubrió observándola.

—¡No soportaba más mis botas! —exclamó sonriendo.

Ahmed también sonrió.

—Mi ropa debe de estar en alguno de estos cajones —agregó él, revisando un mueble de madera oscura.

—Mejor lávate las manos primero —le dijo ella viendo que estaba a punto de ensuciar la ropa limpia.

Ahmed entró en el baño para lavarse las manos y le gritó desde adentro que hiciera lo mismo. Dixie lo siguió y esperó a que él terminara.

—Debería darme un baño —dijo ella contemplando su imagen en el espejo—. ¡Mi cabello es un desastre!

—¡Es verdad, estás horrible! —le dijo él mientras le tiraba agua con la mano y ella trataba de esquivarlo—. ¡Mejor báñate! —exclamó mientras abría la ducha y la arrastraba hacia adentro.

Dixie gritó, riendo.

—Espera, ¡no voy a bañarme con la ropa puesta! —Pero ya era muy tarde. Su primo la mantenía debajo de la ducha tibia, evitando que se escapara. Ella rio, divertida y lo arrastró junto con ella mientras le gritaba—: ¡No seré la única que se moje!

Durante un momento reinó la confusión.

Med abrió el champú y se lo arrojó en la cabeza mientras ella lo mantenía sostenido por la camisa para que también quedara debajo de la ducha. Él trató de lavarle el cabello y ella le quitó el frasco para echarle champú también, y rio cuando él se quejó de que le había entrado en los ojos. Se empujaban, se mojaban, reían.

Pero de pronto, se hizo silencio.

—Si te quedas quieta te enjabono bien la cabeza —le dijo él, masajeándole el cuero cabelludo.

Ella no supo qué decir. Se puso de espaldas para que el hombre terminara el trabajo que había iniciado, dejando que las manos de él recorrieran su cuello también. Estaban muy cerca el uno del otro, tan mojados ambos, con el agua corriéndoles por el cuerpo, el jabón patinando por su piel y las manos, explorándolos.

Esa proximidad fue más de lo que él podía soportar.

La tenía a pocos centímetros de distancia. Sus brazos obraron como por propia voluntad, rodeándola para estrecharla contra sí. Sus labios la buscaron, enjuagando con sus manos el agua que caía por su rostro para poder verla, para darse cuenta de que sí, que era ella.

Su boca la invadió primero con delicadeza y luego con exigencia, recorriéndole con la lengua hasta el último de sus rincones. Como le



era imposible obedecer, dejó la cuestión en manos de ella, implorando que Dixie se le resistiera. Tal vez así recuperaría el buen tino.

Pero ella no tenía la menor intención de resistirse. La había sorprendido con la guardia baja. Él aumentó la presión de sus labios y con eso crecieron sus ansias. Con un suave gemido, ella se apretó a su cuerpo duro y musculoso, aferrándolo de la camisa mojada, dejándose apoyar contra la pared humedecida por el vapor.

La excitó sentir las evidencias de su deseo, una caliente erección que no se disimulaba en los pantalones.

Él renunció a su última batalla y sucumbió. Dejó de besarla sólo para quitarle la remera por encima de la cabeza y volvió a devorarla con desesperación. Ella le desabotonó la camisa con prisa, disfrutando de pasar sus manos por su vientre plano, por esos abdominales que siempre supo que tendría, tomándolo de la nuca para sostenerse ya que sus piernas no podían más ante la embestida.

La volteó sin ternura, apoyándola contra la pared para atacar su espalda y desabrocharle el short que cayó al suelo de la ducha. Pasó su mano por adentro de su ropa interior, sintiéndola caliente y dispuesta, tan tremendamente excitada como estaba él. Ella apoyó las palmas contra la pared para ahogar el gemido y la embestida. No podría controlar el orgasmo que sentía que estaba por llegar, igual de devastador que las manos que la tocaban como nunca antes la había tocado.

Ahmed disfrutó del grito de placer que dio su mujer... porque ella era solo suya.

Dixie se dio vuelta y atacó sus pantalones y sus boxers, dejando libre su intolerable erección, tomándolo entre las manos, quitándole al hombre el aliento.

Se miraron a los ojos, jadeantes. Y sin dejar de mirarlo, se agachó entre sus piernas y lo devoró, provocándole un estremecimiento de placer, una sensación que nunca antes había experimentado con ella.

La levantó de los hombros.

—Salgamos... Este no es el lugar perfecto para recordar cómo era hacerte el amor —le dijo casi sin voz.

—El amor no tiene que ser en un lugar perfecto, pero

definitivamente tiene que ser contigo —le dijo ella, posesionándose de su boca.

La alzó, ella se aferró a su cintura con las piernas y la arrastró hasta la cama que había en la habitación, rodando para ponerla debajo. Sus movimientos tenían una urgencia frenética. Estaba demasiado excitado para mostrarse suave, pero a ella le ocurría lo mismo. La piel de él quemaba; los músculos de su espalda eran duros y tensos. Clavó los dedos en ella, salvajemente.

Una vocecita dentro de su cabeza le preguntó qué diablos estaba haciendo, pero ella no le prestó atención; deslizó las manos por su pecho, por su pelo y por sus hombros, por el cuello fibroso. Él le estaba devorando los labios; ella lo instó a seguir. No soportaba tenerlo lejos de sí ni por un momento. Sujetándolo por el pelo, lo obligó a tenderse sobre ella.

—Te quiero ahora —susurró con voz ronca.

Quería sentir toda su piel moldeada a la propia, pero ese deseo no era tan fuerte como la súplica urgente de ella.

Dixie levantó las rodillas, encerrándolo. Su calor húmedo le facilitaba la penetración, pero él se detuvo por un delicioso momento, para saborear con sus dedos ese primer impulso. Ella levantó sus caderas con insistencia. Él se movía dentro de ella, deleitándola en toda su longitud. Actuaba con más suavidad y lentitud de lo que ella hubiera querido, pero esa exquisita tortura tenía sus ventajas, pues intensificaba la necesidad, prolongando las ansias. Y cuando por fin estuvo dentro de ella, inició una embestida suave pero rítmica, acentuada sólo cuando sintió que la mujer estaba a punto de estallar. Entonces arremetió contra ella en forma dura, una, dos, tres veces.

La explosión de los dos fue casi al mismo tiempo y duró una deliciosa eternidad. Momentos después, cuando él se derrumbó a su lado, inmóvil, ella murmuró...

—Maravilloso.

Él levantó la cabeza para mirarla.

—Por momentos sentí como si nunca nos hubiéramos separado, como si la última vez que nos amamos hubiera sido ayer —le dijo con suavidad, enredando un mechón húmedo.

Ella se acomodó en el hueco de su brazo. Sus labios lo acariciaron

con un toque de pluma, bajando por su cuello.

Con un suspiro de felicidad, apoyó la cabeza en la cabeza de la muchacha. Nunca se había sentido tan relajado y feliz. Se adormecieron, abrazados.

Ninguno quiso despertar del sueño en el que se hallaban inmersos.

Ninguno quiso ver la realidad.

## Capítulo 8

Ariadna caminaba nerviosa por el *hall* de la casa principi, no entendiendo cómo podía ser que esa mujer fuera tan estúpidamente superficial y no se diera cuenta de que su prometido había desaparecido junto con la mujer que había amado toda su vida.

Y la ofuscada madre de Ahmed la tenía frente a ella, como si nada, hablando por teléfono casi desde que había llegado, discutiendo vaya uno a saber con quién porque ya había perdido la cuenta de la cantidad de llamadas que había atendido.

—Cloé, por Dios, deja de hablar por teléfono que la vida real se te escapa entre los dedos, niña —se quejó la mujer con fastidio.

—Lo siento, Ariadna, pero venir hasta acá modificó todos los planes que tenía para esta noche: modista, maquilladora, estilista, masajista... ¡No te imaginas la de cambios que tuve que hacer!

—De nada te va a servir arreglarte tanto si esta noche te la vas a pasar en segundo plano —le advirtió la madre de Ahmed.

—¿A qué te refieres?

—¿No te diste cuenta de que mi hijo se fue del evento de la mano de esa... mujerzuela?

—Bueno, es su prima...

Ariadna la tomó del brazo y la sentó en uno de los sillones del salón del costado, donde casi nadie transitaba, tratando de alejarla de Berk, que conversaba con el encargado de los viñedos.

—¿Alguna vez Ahmed te contó algo acerca de ella?

—No.

—Entonces será mejor que yo te abra los ojos, porque esa mujer, la «prima» como tú la llamas, no es simplemente una prima —Ariadna hizo una pausa para ver si contaba con la atención de la ausente joven—. Ella es el amor de su vida —sentenció con dolor.

—El amor de la vida de tu hijo soy yo —le aseguró Cloé, riendo con una seguridad que a la mujer le asombró.

—¡No seas tonta! —exclamó Ariadna enojada—. Eso es una estupidez. Mi hijo no está enamorado de ti. Nunca lo estuvo ni nunca lo estará. Creí que eras más inteligente y te habías dado cuenta.

La joven la miró alzando las cejas.

—Lo que dices me está doliendo, Ariadna —le advirtió la joven frunciendo el ceño, caprichosamente.

—Es la verdad, Cloé. Para que puedas recuperar lo que estás perdiendo es necesario que empieces por aceptar la realidad —le dijo la mujer con dureza—. Mi hijo ha amado a una sola mujer en su vida y esa es Dixie Cabbot. Y ahora esa mujer está de vuelta, a pesar de todo lo que hice para mantenerla lejos, a pesar de todas las mentiras que inventé. ¡Y créeme que hice de todo!

—Pero él dijo que era su prima... —balbuceó la joven.

—Lo es. Algo lejana, claro. Pero eso no ha sido nunca un impedimento para que se amaran. Y sólo con verlos te das cuenta de que los sentimientos siguen latentes.

Cloé se tragó su orgullo y respiró hondo.

—Ahmed nunca me habló de ella.

—Porque ella lo abandonó. Y a él le llevó mucho tiempo recomponerse —dijo la mujer con rabia—. Noches y días escuchándolo llorar, sabiendo que ella nunca iba a regresar. Él no quería aceptarlo, estaba empecinado en esperarla. Hasta que le abrí los ojos y logré que se diera cuenta de que esa familia sólo había querido nuestro dinero, desde siempre.

Cloé meditó unos segundos...

—¿Qué tengo que hacer para retenerlo?

—Persíguelo día y noche, que no tenga tiempo de pensar en ella. Organiza una agenda de actividades, eventos, un viaje. Tienes que entrarle por los ojos a cada rato.

—¿Crees que eso va a servir? —preguntó extrañada—. Tu hijo nunca ha querido acompañarme a ninguna parte.

—Organiza con astucia, busca algo que le interese a él. Tienes que dejar de ser tan egoísta y caprichosa —se quejó Ariadna—. Tenemos que unir fuerzas para sacarla de su camino... como sea, ¿entiendes?

Sonó el celular una vez más. Cloé miró el visor y se puso de pie haciéndole un gesto a su suegra de que esperara un momento. La mujer revoleó los ojos con fastidio.

—Gina, tienes que traer tus cosas para el campo ya mismo —dijo mientras se alejaba un poco para hablar con su mejor amiga.

Berk se acercó a su ex mujer y la miró con seriedad.

—¿Por qué estás intentando hacerle creer a esa joven que aún tiene posibilidades con Ahmed?

—Porque estoy segura de que las tiene —respondió la mujer en un susurro—. Sólo necesita dejar de ser tan hueca, insensible e infantil. Lo demás se puede manejar. Para eso me tiene a mí de su lado.

—No sé si logres que cambie todo eso —rio por lo bajo el hombre, sabiendo que Cloé nunca podría interesar a su hijo.

—Espera y verás. Y aléjate de esta situación, porque estoy segura de que tú prefieres que la hija de esa arrastrada se quede con nuestro hijo —dijo entre dientes, furiosa—. Pero no lo vas a conseguir, como tampoco lo conseguiste hace veinte años. ¡No voy a permitir que esa mujer arruine la felicidad de nuestro hijo!

—¿Y si ella es su felicidad? —aventuró Berk, alzando una ceja.

—¡No lo es! Sólo fue un falso deslumbramiento, una revolcada insustancial, un amor infantil —gruñó ella con fastidio—. Y siempre me queda el efectivo recurso de la fortuna familiar. ¡No voy a permitirle nada!

—Yo no voy a ceder esta vez —le dijo el hombre poniéndose firme—. No vas a usar nuestro dinero para seguir haciendo infeliz a nuestro hijo.

—¡Y tú no vas a unirlo a esa ramera!

Ambos vieron a la joven prometida de Med regresar hacia ellos, tecleando furiosamente su celular.

—No sé cómo harás para separarlos esta noche —agregó el hombre—. Él bailó con ella en la cuba, él deberá ser su acompañante durante la cena. Así son las tradiciones y debemos mantenerlas. Nada de ofender a los dioses y perjudicar futuras cosechas.

La cara de preocupación de Cloé al haber escuchado el final de la conversación no sorprendió al hombre.

Ariadna alzó los hombros y minimizó la cuestión. ¡Qué tantas

tradiciones ni tantas brujerías inútiles!

Ninguna de esas creencias baratas iba a interponerse en sus planes.

Tomó a su nuera por los hombros y caminó con ella hacia el jardín.

\*\*\*

Med la sintió respirar profundamente, abrazada a su pecho. No sabía qué hacer a partir de ese momento. No entendía cómo era posible haber sucumbido a sus encantos una vez más, entregado a sus labios, a su mirada cálida.

Miró al techo y recordó las noches que la había llorado, el dolor del abandono, la dureza de las palabras de su madre al abrirle los ojos para mostrársela tal cual era: una mujer sin corazón cuya familia sólo había querido aprovecharse del dinero de los Tarik, una desvergonzada que lo había despreciado.

Pero...

¿Cuánto de cierto había en eso? ¿Cuánto dolor había encerrado su propia madre al sentirse traicionada por su marido? ¿Había sido capaz de meter en la cabeza de su hijo tantas ideas malas y confusas con el fin de no volver a tener a Dixie en su familia? ¿O sólo se había preocupado por su bienestar, por devolverle a su único hijo varón la fuerza necesaria para olvidarse de ella?

En su interior se libraba una batalla dura. Y no encontraba las palabras justas para acallar a su corazón otra vez desbocado por esa mujer.

La boca de Dixie subiendo por su pecho hasta sus labios lo sacó de su ensimismamiento...

—Desperté con ganas de besarte hasta que los labios aguanten. Y un poquito más —le dijo ella devorando su boca con dulzura—. ¿Tienes ganas de que te bese?

—Las ganas de ti no las pierdo nunca —respondió él colocándola

debajo de su cuerpo para intensificar el beso.

La mano del hombre subía demandante por el muslo de la mujer, pasaba por la cintura estrecha, y se posaba en el pecho, acariciando todo a su paso. Dixie movió la pierna de manera que el muslo de él estuviese entre los de ella; se adelantó para estar más cerca.

Con los dedos tocó más abajo en busca de la piel suave de la parte interna de los muslos, sintiéndola húmeda una vez más. Le invadió un deseo incontenible. Ella también lo deseaba. Las manos se elevaron para acariciarle e introducirse en ella. La miró y se encontró con sus maravillosos ojos, ahora ardientes.

Comenzó una lenta exploración con los labios, deteniéndose en el hueco entre los pechos. Encontró uno de sus pechos con los labios húmedos y las manos cálidas y atrajo con la boca el pezón turgente. Se quedó quieto, luchando para contener el deseo de penetrarla en ese instante, pero ella no le dio tiempo a que pudiera tener ese control. Movié las manos hacia la espalda y le tomó las nalgas, instándolo a ingresar en ella con urgencia.

Lentamente, sin voluntad consciente, completamente deseoso de cumplir con los deseos de esa mujer, entró en aquel receso cálido y acogedor. Tembló, con la respiración entrecortada, duro de placer. Los gemidos de Dixie se incrementaron; las manos le acariciaban hasta el punto que él pensó que se iba a quemar.

Su cuerpo reaccionó: la penetró profundo, hundiéndose hasta dónde pudo. Sintió que ella se estremecía y, luego, que se arqueaba debajo; oyó los gritos bajos y suplicantes: su nombre, el que tantas noches había gritado en sueños, deseando volver a estar entre sus brazos.

Dixie le respondió tensándose hacia arriba en cada penetración violenta. Cuando ya no pudo contenerse, cuando no pudo esperar, su ahogado gemido se transformó en un grito agudo. Fue un momento de éxtasis inconsciente.

Ambos habían dejado que el mundo se partiera en dos alrededor de ellos, sin importarles dónde estaban, la hora, el momento inoportuno. Cuando Ahmed se movió para liberarla de su peso, Dixie le retuvo y le hizo quedarse, aferrándolo como si tuviera miedo de que él desapareciera. Temía soltarlo y volver a la dolorosa realidad de sus



palabras despectivas, su mirada rencorosa y su mueca de desagrado ante cualquier cosa que ella hiciera.

Ahmed la miró en la casi oscuridad, sintiendo que aquella corta felicidad se le escapaba. Aun cuando tenía lo único que siempre había deseado tener, la realidad se le enfrentó.

Todo había cambiado entre ellos y, sin embargo, todo parecía que seguía igual. Sólo que ahora él estaba comprometido con otra y ella era la mujer de otro hombre. Se quedó tendido abrazándola, mirando hacia el futuro con desesperada melancolía, cuando la claridad se desvaneció delante de sus ojos.

El último rayo de luz tocó la piel de ella, dibujando el contorno de su cuerpo y su cabello. Era el atardecer. El fin ya había llegado.

—¿En qué piensas? —indagó ella, rompiendo el silencio.

—En nada. Sólo te sentía —respondió él sin querer transmitirle sus dudas y miedos.

—Por tu cara parecía que estabas arrepentido.

—¿Arrepentido de volver a disfrutarte? —la interrumpió el hombre —. Nunca.

Dixie sonrió, aliviada por la respuesta. Para ella era importante saber cómo se sentía él en ese momento. Lo había sentido entregado y complaciente, pero dudaba de que las cosas fueran a ser tan simples como hacer el amor porque ese hombre era tan complejo...

Ahmed devoró sus labios una vez más, deseando que ella no hiciera más preguntas, pero con las mismas dudas que la mujer sentía...

—¿Tú cómo te sientes? —le preguntó a pesar de temer la respuesta.

—Mi amor por ti sigue siendo inevitable, aun cuando nos separa todo lo que nos rodea —respondió la mujer con absoluta sinceridad.

El corazón del hombre latió con prisa. Y tuvo que cerrar los ojos para paladear sus palabras.

No era posible.

No podía ser cierto.

¿Acaso esta vez fuera verdad?

\*\*\*

Berk se apoyó en la barandilla de la pequeña terraza del primer piso y, mirando el atardecer, trajo a la memoria la imagen de Stella Cabbot y todas las veces que se habían refugiado en esa vieja casona, escondidos de los ojos de los demás.

Desde que tenía memoria siempre había estado enamorado de ella.

La primera vez que vio a su prima americana fue en una cosecha, en esos mismos campos, cuando ambos aún no llegaban a los veinte años. Era su primer viaje a Francia, una reunión de familia, una bienvenida que los Tarik le daban a todos sus parientes aprovechando el nacimiento de una nueva clase de vinos.

Desde el momento en que la vio, supo que no iba a desistir hasta tenerla entre sus brazos: rubia como el trigo, rebosante de vida, con los ojos del cielo más límpido y una risa que lo cautivó.

La persiguió noche y día, luchando contra la negativa de la joven que ponía como barrera la relación familiar que los unía, esquivando sus brazos tentadores y agitándose cada vez que él la besaba.

Berk estaba de novio con otra mujer. Un matrimonio arreglado por sus padres. Una mujer que le convenía... a él y a su familia.

Ariadna.

Stella volvió a su vida de siempre hasta que las vueltas caprichosas del destino los encontró casados ambos, con hijos, con otras personas que reclamaban sus besos. A partir de allí, los Tarik y los Cabbot volvieron a frecuentarse cuando sus hijos eran pequeños ya que eran invitados todos los años a vacacionar en sus viñedos.

Y Stella y Berk volvieron a sentir aquello que sólo habían escondido en su corazón durante años.

Se veían en Londres o en París cada vez que él viajaba por negocios o ella de compras. Y durante todas las vacaciones familiares encontraban la manera de compartirse, alejándose de todo y de todos. Muchas veces él le dijo que iba a separarse para estar con ella, pero Stella se negaba a traer problemas a la familia.

Veinte años atrás Berk compró el *chateau* e instaló allí a Stella cuando viajaba con Dixie. Su marido ya no iba con ellas porque su

trabajo en la cancillería se había intensificado. Y allí se encontraban a escondidas, libres de ojos acusadores, desenfrenados como siempre habían sido.

Hasta que Ariadna los descubrió. Y allí se acabó todo su mundo.

Con la furia de la mujer vinieron los reproches de Joseph quien, advertido por Ariadna, viajó desde Londres a toda prisa para defender a capa y espada su matrimonio, sin entender que Stella nunca lo había amado. Los golpes de puños no lograron quitarle a Berk el amor que tenía adentro ni los manotazos de Ariadna contra Stella consiguieron que ella dejara de amar al hombre de su vida.

Pero sí consiguieron que Joseph tomara a su hija y a su mujer y renunciara a su cargo en Inglaterra, volviendo a Estados Unidos y aceptando un empleo mucho menos prestigioso y remunerado que su trabajo anterior, esperando conseguir que Stella se olvidara de Berk al poner el océano de por medio.

Las recriminaciones de Joseph y los insultos de Ariadna tomaron a sus hijos por sorpresa, viéndose arrebatados de los brazos del amor en forma violenta e inexplicable, con Ahmed interponiéndose en el marco de la habitación de Dixie, gritando que no iba a dejar que ella se fuera, advirtiéndole que si se iba y lo dejaba se olvidara de él.

Dixie tuvo que ser arrastrada por su padre, llorando en forma desesperada y pidiendo explicaciones. Su madre, temblorosa y culpable, nada pudo responder ante sus reclamos.

Ariadna impidió que Ahmed corriera detrás de ella, llorando, gritándole que no lo dejara.

Dixie fue metida dentro del automóvil en forma violenta. Su padre cerró la puerta de un golpe y trabó los cerrojos. Ella luchó con las manijas, tratando de bajarse. Pero fue imposible. Golpeó el vidrio de atrás mientras veía a Ahmed sacarse de encima a su madre y correr detrás de ella, desesperado. Y también lo vio caer de rodillas, impotente cuando el automóvil tomó una velocidad imposible de igualar.

Dixie se volteó, enloquecida, y pateó el asiento de su padre, gritándole que se detuviera. Joseph Cabbot agitó con la mano hacia atrás y golpeó el rostro de su única hija, dejándola muda.

Nunca le había puesto una mano encima. El silencio se apoderó de

su vida desde ese momento. Durante mucho tiempo Dixie no le dirigió la palabra a su padre.

Pero fue inútil. Nunca más volvió a tener noticias de Ahmed, solo una carta que confirmaba lo que su padre decía: él no la amaba.

Mientras tanto, Ariadna vociferó amenazas a diestra y siniestra. Exigió el título de propiedad del *chateau* para iniciar un nuevo emprendimiento en ese lugar que había alojado a los amantes.

Berk nunca volvió a compartir el techo con su esposa. Se asentó en París, poniendo como excusa nuevos negocios. Desde ese momento vivió en el departamento que había comprado para estar con Stella. Y allí lloró su soledad, su amor truncado, el vacío en su interior.

Ariadna fingió delante de sus hijos que todo entre ellos seguía igual y se refugió en recuperar a Med, quien había quedado devastado.

Nunca sanó su corazón traicionado. Por eso susurró al oído de su hijo las peores calumnias sobre la familia de la mujer que amaba y contra ella misma, llenándolo de odio, de ideas erróneas, escondiendo las cartas que religiosamente le enviaba a ella, cambiando los números telefónicos, convenciéndolo de que lo único que deseaban era el dinero, que ella nunca había estado interesada en él. Escribiendo esa carta fatal...

Y Berk lo permitió, dolido como estaba, absorto en recomponerse, se alejó de sus hijos, quienes crecieron lejos suyo, sintiéndose apoyados por su padre, pero sin su presencia.

Miró el atardecer.

Ver a Dixie nuevamente era como ver a Stella. Y así descubrió que ella le seguía doliendo sin importar los años que hubieran pasado.

Nunca iba a dejar de amar a esa mujer...

\*\*\*

Stella Cabbot terminó de lavar los platos del almuerzo y sintió una invasión cálida en el cuerpo, una sensación de placer que hacía tiempo que no la dejaba

sin aliento. Se secó las manos y se sentó en la hamaca del *palier*, contemplando el sol brillando, el verde de su cuidado jardín.

Y ese verde le trajo recuerdos de la campiña francesa.

Cada tanto sentía esa oleada de recuerdos, esa calidez que tomaba posesión de su cuerpo, haciéndola cerrar los ojos y sonreír. Se mentía a sí misma diciendo que con seguridad el hombre de su vida estaba pensando en ella en ese instante... Pero eso era imposible.

El hombre de su vida nunca más la había querido en su vida.

Nunca más la había buscado. Había seguido su camino sin ella.

En Francia, Dixie estaría disfrutando del atardecer.

Seis horas de diferencia. Un océano de por medio.

Y volvieron a su memoria las veces en que su primo la persiguiera por los viñedos, los besos robados, la culpa que sentía cada vez que se dejaba abrazar por ese hombre magnético sabiéndolo sangre de su sangre.

Pero no podía dejar de sucumbir ante él.

Cuando supo que iba a casarse se creyó morir. Y lo dejó encerrado en un rincón oscuro de su corazón, encauzando su vida, trasladándose a Londres como secretaria ejecutiva de una multinacional donde conoció a Joseph.

Cuando nació Dixie creyó que su vida encontraba el sentido que hasta ese momento no tenía. Pero no podía resignarse a la falta de pasión que había en su matrimonio, a no volver a ver a su amor.

Y entonces se encontraron una vez más.

Y nada pudo detener se amor arrebatado, esa locura que sentían el uno por el otro, la ansiedad de estar entre sus brazos. Se conformaron con el poco tiempo que compartían, con los encuentros a escondidas, con un amor fugaz.

Nunca aceptó que el otro rompiera su familia.

Y cuando Ariadna los descubrió... su mundo se desmoronó.

Perdió al único hombre que había amado, el placer en cuerpo y alma, su vida en Londres, sus amistades. Joseph se volvió loco y abandonó todo tratando de poner distancia entre los dos, sin entender que la distancia del cuerpo no es la distancia del alma.

Cuando se trasladaron a Miami, Stella se encerró en un mundo silencioso y abatido, intentando consolar la angustia de su hija a quien ya había descubierto enamorada de Ahmed, repitiendo la misma historia familiar.

No tenía nada que explicarle. Dixie tampoco preguntó.

A partir de ese momento encontró en la escritura una forma silenciosa de expresarse, perdiéndose entre maravillosas historias de amor con final feliz, un final que distaba mucho de ser igual al de su propia historia. Nunca publicó nada y sólo su hija y algunas amigas la leían porque le daba vergüenza mostrar su interior.

Joseph jamás se preocupó por esa veta artística. De hecho, nunca más se preocupó de nada que tuviera que ver con ella. No volvió a hablar del tema ni a permitirle a ella hablarlo con su hija. Retuvo todas las cartas que Dixie le enviaba a Ahmed y mantuvo la promesa hecha a Ariadna de que jamás iban a regresar a Francia. Debido al cambio de nivel de trabajo con el consiguiente flujo inferior de dinero, aceptó que los Tarik pagaran los estudios de Dixie y cualquiera de sus caprichos: campamentos de verano, clases exclusivas de equitación, tenis, entrenamientos de salto. Cualquier cosa que su hija deseara hacer y la mantuviera ocupada y lejos de esa familia.

Stella y Berk nunca más volvieron a verse. Nunca más se hablaron ni se comunicaron por ningún medio.

Los dos sabían que nunca tendrían un final feliz.

Stella se encerró en su propio abrazo, cerrando los ojos al pasado y a los recuerdos que aún dolían tanto.

El amor de su vida debía quedarse encerrado en el mismo rincón del corazón que había habitado siempre...

\*\*\*

Cloé intentó abrir la puerta de la habitación de Ahmed, pero la encontró cerrada. Golpeó con impaciencia, llamándolo por su nombre, lo cual los

despertó del leve sueño en el que habían caído. Ahmed se levantó con prisa y buscó en uno de los cajones de la cómoda un pantalón de deporte en color gris y una remera básica blanca y, sin mirarla ni una vez, salió y cerró la puerta tras él.

Dixie, que se había incorporado en la cama, se quedó pasmada. Ni una palabra, ni un beso.

Corrió detrás de su prometida ante el primer llamado de la mujer.

Arrojó las sábanas con rabia y entró en el baño llevando en la mano un vestido corto en color beige onda folk con volados y flecos. Se higienizó rápidamente y se calzó las botas que encontró en un rincón.

Juntó sus cosas velozmente, pero se detuvo al escuchar la voz de Cloé del otro lado de la puerta, enojada.

—Quiero que ya mismo me expliques qué te sucede con esa zorra —dijo entre dientes la joven con rabia.

—Baja el tono —le advirtió él.

—Ningún baja el tono —lo parodió ella con una mueca—. Te fuiste con ella y hace horas que ando buscándote. Y como ella tampoco aparece, no es errado que piense que la tienes encerrada en tu cuarto —le reclamó intentando pasar por un costado y abrir la puerta. Ahmed la detuvo de un brazo.

—¡Cloé!

—¡Cloé nada! —exclamó ella subiendo la voz—. Si estoy equivocada, déjame pasar —y Dixie, que se encontraba de pie detrás de la puerta escuchando, dio un paso hacia atrás, temiendo que la mujer lograra entrar—. Tu madre me dijo que ella fue el amor de tu vida, un amor que te abandonó, que te dejó devastado y por quien no volvió la vista atrás ni una sola vez.

Dixie se cubrió la boca con la mano para evitar responderle, para que la rabia que subía por su garganta no se manifestara en un alarido enajenado y saliera tras esa estúpida para cantarle cuatro verdades.

—No entiendo por qué mi madre tuvo que hablar contigo de eso —

se molestó Ahmed bajando la vista y tomando nota de que debería tener una seria conversación con su madre.

—Me lo dijo porque Ariadna me adora y sabe que soy la mujer ideal para ti, mi amor —ironizó ella tratando de controlarse.

Ahmed revoleó los ojos para no retrucarla.

—Las dos están haciendo un mundo de nada —dijo el hombre—. Dixie nunca más va a ocupar un lugar en mi vida y en mi corazón —aseveró dándole poca importancia, con enojo, pero enojo para con él mismo por saber que sólo eran mentiras.

Dixie cerró los ojos con dolor. Una puntada se apoderó de su alma al oír esas palabras, especialmente después de los momentos que habían compartido juntos.

¿Cómo podía Ahmed hablar de esa manera cuando hacía sólo un rato que se habían amado de la forma más dulce que jamás había conocido? ¿Qué significaba entonces todo eso? ¿Una venganza? ¿Una forma de devolver el dolor que todos decían que había sufrido él ante su partida?

Pero ella había sentido una entrega total por parte del hombre. Lo había disfrutado de la misma forma que él, se habían entendido sin palabras... ¿Podía estar tan confundida al leer su corazón?

—Déjame decirte que la forma en que te relacionas con ella es confusa para todos —continuó la joven sin hacer caso de los gestos de Med. Y agregó en forma despectiva—: Tienes tus manos en su cuerpo cada vez que puedes.

—¡Es mi prima! —exclamó Ahmed minimizando el comentario. No estaba en condiciones de confrontar a Cloé cuando todavía no podía aclarar lo que estaba sintiendo otra vez por Dixie.

—¡Pero la amabas! —exclamó en tono caprichoso.

—Correcto. La amaba. Tiempo pasado —la corrigió él.

Dixie contuvo las lágrimas que estaban por caer. Todo había sido una farsa desde el primer momento.

—No sé si creerte, pero te daré la posibilidad esta noche de dejar en claro frente a todos que yo soy la única mujer en tu vida —lo apremió Cloé con las manos en la cintura.

—Como digas —aceptó Ahmed, intentando volver a su habitación.

—Y a ella... arrójala a los brazos de Richard, que se lo nota



interesado y bien dispuesto —sugirió con desdén.

—Hablaré con él.

Dixie se alejó de la puerta sabiendo que no iba a poder contener el llanto que le cerraba la garganta.

Todo había sido un engaño, un mal sueño, una necesidad de desquitarse, de recordar viejos tiempos. Se encerró en el baño para que ninguno de los dos la escuchara llorar, para ver si lograba que sus ojos no la delataran cuando su primo volviera a la habitación. Pero la conversación en el pasillo continuó, en voz baja, amenazante, exigente.

—Mejor así, porque no me interesa esa estúpida tradición por la cual deberías ser su acompañante en la gala de esta noche... ¡Ni se te ocurra dejarme mal parada delante de todos nuestros amigos!

—Haré todo lo posible, pero... —comenzó él.

Ella lo interrumpió cuchicheando en su oído.

—Si no me das mi lugar, adiós tierras que quieres comprar para ampliar el club, adiós contratos de comercialización de tus vinos en América Latina, adiós financiación de tus «inseminaciones experimentales». Sin el apoyo financiero de mi padre, perderás todas tus inversiones y no podrás enfrentar las deudas al no cumplir los contratos —dijo con tono amenazante—. Y entonces, querido mío, se caerán todos tus castillos de naipes.

Ahmed cerró los ojos sopesando las pérdidas monetarias de su desliz con su prima, una mujer que una vez lo había abandonado, que vivía con otro hombre y con la que había jurado nunca regresar.

—Lo solucionaré —se oyó decir él.

Cloé trató de seguir por el pasillo, pero el brazo de Ahmed la detuvo. Lo enfrentó.

—¿Alguna cosa que no te haya quedado en claro?

—Luego de la fiesta, tú yo hablaremos —sentenció el hombre en tono firme.

—Hablares mañana —minimizó ella—. Hoy serás mío y de nadie más —exigió pasándole la mano por el rostro masculino.

Ahmed calmó su respiración y la soltó para que se fuera. Cloé caminó con paso triunfal y se perdió por el corredor.

Cuando Med entró en su habitación, Dixie salía del baño ya vestida

y suavemente maquillada. El corazón del hombre se le estrujó.

—¿Por qué te has vestido? —le preguntó sin pensar.

—Ay, Med... —respondió ella sonriendo como pudo—. Niz seguro que me está buscando y tú también debes tener cosas que hacer para esta noche —y empezó a tomar algunas de sus pertenencias que estaban por el piso—. Mandaré a alguien para recoger mi ropa mojada del baño.

Cuando ella pasó cerca, él la detuvo tomándola de la mano. Dixie levantó los ojos para mirarlo, rogando que no pudiera leer en ellos todo el dolor que sentía en su corazón.

—Hubiera deseado tenerte en mis brazos un rato más —le susurró Ahmed con honestidad.

Ella controló su angustia y sonrió, acariciándole la cara con la mano que le quedaba libre.

—Pasamos momentos mágicos recordando un ayer que hoy no existe —trató de sonar serena y dulce, pero también terminante—. Tú tienes tu vida y a Cloé. Yo me iré dentro de poco y Dexter me espera en casa —el ceño de Med se frunció—. Siempre seremos un dulce calor en el corazón, un bello recuerdo... Pero debemos seguir nuestro camino.

Él soltó su mano sintiéndose herido. Ella fingió no notarlo.

—Hace un rato no te sentí nada más que un recuerdo —reclamó el hombre con fastidio.

—El frenesí de la pasión, cariño —le dijo ella, distante, apoyando su mano en el pecho masculino.

Ahmed se sintió confundido. No era esa la actitud que esperaba de la mujer que había demostrado bajo las sábanas el mismo deseo incontrolable y el mismo amor desbocado que cuando se encontraban a escondidas veinte años atrás.

La vio terminar de recoger sus cosas y caminar hacia la puerta, dándose vuelta antes de salir.

—Nos vemos en un rato. Y quédate tranquilo por la compañía esta noche. No necesito que me sigas como un corderito por lo sucedido en la danza de la tarde. Imagino que la gente entenderá que tienes que atender a tu prometida —le sonrió con fingida calma—. Ya encontraré con quien entretenerme.

Le arrojó un beso con los labios y salió del cuarto.

Ahmed quedó dolorosamente impactado por sus palabras. ¿Sería cierto todo lo que siempre le había dicho su madre acerca de ella? ¿Era posible que nunca lo hubiera amado?

Dixie corrió por el pasillo hasta el cuarto al lado del de Deniz, cerró la puerta rápidamente y enterró su cabeza en la almohada para llorar en absoluta soledad.

\*\*\*

Ahmed se sentó en la cama y apoyó los brazos sobre las rodillas. ¿Qué estaba pasando por su mente para permitirle a su corazón volver a caer bajo el embrujo de esa mujer? ¿Ahora qué iba a hacer?

Cloé lo presionaba y él sabía todo lo que tenía por perder económicamente si se separaba de su prometida. Estaban involucradas hasta las últimas inversiones del haras y del *chateau*. Una cifra millonaria. Pero más allá del dinero o del prestigio de su apellido, estaban los latidos de su corazón.

Y allí era donde se estaba librando una batalla.

Tomó su celular y le mandó un mensaje a Sarket. Le dijo que lo esperaba en la confitería porque necesitaba hablar con él. Se calzó unas zapatillas blancas y bajó con prisa. Su amigo se reunió con él a los pocos minutos.

—¿Qué sucede? —indagó Sarket con preocupación.

—Tengo que hablar contigo. Disculpa si te interrumpí —le dijo con sinceridad y preocupación.

—No hay problema. Nos estábamos despertando de la siesta —confesó con una media sonrisa. Pero enseguida se dio cuenta del estado de su amigo—. ¿Qué pasó?

—Un desastre —casi escupió Med, pasándose la mano por el cabello, dejando escapar el aire lentamente—. Pasó que me dejé llevar, me descontrolé, perdí el rumbo.

Sarket lo miró en silencio, analizando sus pocas palabras.

—Quieres decir que algo sucedió entre Dixie y tú —casi aseveró marcando las palabras con lentitud. Su amigo asintió—. Bueno, eso era de esperarse, sobre todo después de los acontecimientos del día de hoy —confirmó alzando los hombros—. No voy a preguntarte cómo te sientes porque es obvio que estás arrepentido.

—No sé si arrepentido sea la mejor palabra para describir todo lo que pasa por mi mente y mi corazón en este momento —aclaró Ahmed bajando la mirada a su taza de café—. Tú sabes mejor que nadie cuán importante es mi alianza financiera con los Regend, que la estabilidad económica de la familia depende de los negocios que estoy cerrando con el padre de Cloé —y Sarket asintió, serio—. Ni siquiera mi propio padre sabe que tan en juego he puesto nuestras finanzas con mis arriesgadas maniobras en las inversiones para el laboratorio o en los arreglos y mejoras de las instalaciones del *chateau*, los viñedos o el haras. Y no lo sabe porque nunca hemos tenido ningún revés en los negocios, nada que nos haya acercado siquiera a la necesidad de liquidar nuestro patrimonio.

—Estás queriendo decir que sigues con tu prometida por los arreglos financieros que tienes con su padre —afirmó su mejor amigo sin dejar de lado el tono de reproche.

—Suenas calculador y frío si lo dices de esa manera —se sorprendió Med.

—Suenas como tiene que sonar —lo corrigió Sarket—. Estamos hablando de que volviste a caer en los brazos de la única mujer que has amado en la vida y sólo se te ocurre preocuparte por los reveses económicos.

Ahmed suspiró con resignación.

—Probablemente me resulte más sencillo pensarlo desde ese ángulo que encontrar respuestas a lo que siento por ella —aceptó el hombre.

—Entonces reconoces que sientes cosas por Dixie.

—No quiero reconocer nada —se negó Med—. Pero tampoco voy a hacerme el desentendido. Quiero creer que lo que compartimos esta tarde fue producto de la situación, la emoción, los momentos vividos, los recuerdos del pasado... sólo eso. Nada más que eso.

—O sea... quieres engañarte —sintetizó Sarket—. Bien, empecemos

por ahí. Como no quieres darle a tus sentimientos por Dixie el lugar que estos merecen, prefieres echarle la culpa a la magia de la cosecha y así seguir tu aburrida vida en armonía.

Ahmed lo miró sin decir nada.

—Mi vida no es aburrida.

—Ahora no. Ahora que entras y sales de tu oficina para ver cómo y dónde te cruzas con tu prima, no. Ahora que te mudaste a la casa de tus padres como cuando eras joven sólo para tenerla cerca, no. Ahora que te dedicas a cumplirle los caprichos de comprar cada uno de los caballos que le gustan, no. Ahora que participas de la cosecha aunque hace años que te lo tenías prohibido, no. Ahora que juegas carreras desbocadas y ríes divertido y la gente se pregunta qué te sucede que se te ve feliz... ahora no tienes una vida aburrida —lo bombardeó su amigo—. Pero si repasas las razones que acabo de darte, te darás cuenta de que hay un factor común en todas ellas: Dixie. Dixie quitó el aburrimiento y la monotonía de tu vida. Y no me importa cuántas excusas pongas para justificar tu insípido compromiso con la no menos insípida de tu prometida. La razón por la cual he descubierto que puedes llegar a ser un hombre diferente, alegre, espontáneo, es tu prima... tu adorada prima... la mujer que nunca pudiste arrancar de tu corazón.

—No, no, no... —se atajó Ahmed—. No vengas tú también con esa cancioncita de que ella es la única mujer en el mundo que puede hacerme feliz porque esa es la muletilla de mi hermana. Al menos muestra algo más de personalidad —lo azuzó su amigo—. Un par de noches con Deniz y ya tienes el mismo pensamiento que ella. ¡Te hacía más dominante que dominado, mi buen amigo!

—Desvía el tema hacia el lado que quieras —le dijo Sarket alzando los hombros—. Pero no me llamaste para reforzar tu teoría de que sólo fue el fragor del momento, sino para que yo te dijera lo que pienso. Y es exactamente lo que estoy haciendo. Yo puedo entender que estés confundido, que te sientas inseguro, que no sepas qué camino tomar, que tengas dudas sobre cómo solucionar el problema económico que se avecina cuando tu futuro suegro, o ex suegro como prefieras llamarlo, descubra que no te quieres casar con su caprichosa hija única. Pero no puedo permitirte negar la realidad.

Ahmed bajó la vista una vez más. Sarket cambió el tono de voz, lo apenaba ver el estado en el que se encontraba su mejor amigo.

—Med, no cometes el error de dejar pasar tu vida sin escuchar tu corazón —pidió colocando su mano sobre el brazo de su mejor amigo—. Has estado muchos años llorándola y ahora que la tienes frente a ti... ¡No puedes dejarla ir!

—Es que no sé qué es lo que me pasa —le confesó su amigo—. Por momentos creo que ha sido sólo un desquite, las ganas de volver a sentirla mía aunque ya no lo sea. Luego siento el mismo amor que sentía hace veinte años cada vez que me mira, cada vez que vibra entre mis brazos —se pasó la mano por el cabello—. Sin embargo, antes de irse me llamó la atención la forma tan fría que usó al hablarme, como si todo hubiera sido nada más que una revolcada por los viejos tiempos.

—¿Tú lo sentiste así?

—No —se apresuró a responder él—. No de la manera que ella lo planteó —aclaró con rabia—. Dijo que teníamos que seguir nuestro camino, que cada uno estaba ahora con otra persona. No sé... Fue un témpano. Me hizo sentir como si fuera parte de su pasado y ahí fuera a dejarme una vez más.

—Y eso te molestó.

—¡Obviamente! —exclamó con rabia Ahmed—. ¿Cómo pudo hacer un comentario como ese cuando acabábamos de hacer el amor? Y luego se marchó. Le dije que no se fuera, que quería tenerla conmigo un rato más... —su vista se perdió por la ventana—. ¿Crees que escuchó mi conversación con Cloé?

—¿En qué momento hablaste con Cloé? —indagó Sarket sorprendido.

—Cloé aporreó la puerta de mi habitación hace unos momentos. Quería entrar a toda costa porque decía que Dixie estaba conmigo.

—Buen olfato.

—Por la forma en que habló intuyo que fue aleccionada por mi madre —reconoció Med frunciendo el ceño—. Me recordó que mis negocios se irán a pique si yo no le doy esta noche mi total atención sin importar las tradiciones de la cosecha, que debo de dejar a mi prima en el olvido porque al fin de cuentas ella me abandonó y yo

nunca le importé. Y esas son palabras de mi madre, de nadie más.

—¿Y tú qué contestaste? Porque si piensas que Dixie pudo haber escuchado la conversación es porque algo dijiste que pudo haberla molestado.

—Le dije que ella era sólo mi prima, que no había nada entre nosotros ni lo habría nunca —respondió arrepentido de sus palabras—. Dije que ella no era importante en mi vida y ante la sugerencia de Cloé de que la empujara a los brazos de Richie... dije que hablaría con él.

Sarket cerró los ojos.

—¿Alguna otra estupidez dijiste?

—Puede ser. Es probable que Dixie haya escuchado al menos una parte de la charla, teniendo en cuenta el tono usado por Cloé para reclamarme la falta de atención.

—Imagino que estarás indeciso acerca de cómo actuar esta noche —aseveró su amigo haciendo una mueca.

—Las tradiciones son las tradiciones, pero no puedo dejar de tener en cuenta el revés económico que me puede causar acatarlas —reconoció Med—. Por ahora estoy entre la espada y la pared: iré a la fiesta con Cloé, pero no sé qué pueda pasar cuando vea entrar a Dixie ni cuando Richard la busque ni cuando la observe bailar con otros hombres. No puedo adelantarme a lo que voy a sentir en ese momento —lamentó bajando la cabeza—. Dios se apiade de mi alma...

\*\*\*

Llorar no iba a lograr modificar nada, pero sí iba a dejar una horrible secuela en sus ojos. Por lo tanto se lavó la cara, se sentó frente al gran espejo de la habitación y respiró unos momentos para recuperar la calma.

Lo que había hecho no tenía marcha atrás. Había vuelto a caer en los brazos del único hombre que había amado en su vida y lo más

doloroso era que para él no había sido nada. Es más, estaba dispuesto a permitir que su amigo siguiera buscándola.

Cerró los ojos evitando volver a llorar. No iba a darle el gusto a ninguno.

Esa noche iba a disfrutar de la compañía de todos y cada uno de los que se le acercaran sin importar cuántas miradas reprobatorias recibiera de Ahmed. Él no era quien para determinar su comportamiento.

Sólo que primero tenía que convencer a su corazón, que se negaba a seguir latiendo de forma acompasada, acelerado por los besos, las caricias y el recuerdo de esos brazos conteniéndola.

Tomó su celular y activó el marcado rápido.

—¡Dix, amiga, qué bueno que llamaste! —exclamó Sonia con alegría—. Te atraje con el pensamiento.

—Fue mutuo —dijo ella sin la felicidad demostrada por su amiga.

—Te siento decaída. ¿Qué te anda pasando? ¿Más discusiones con el magnífico ejemplar que tienes por primo? —indagó sonriendo.

—Hicimos el amor esta tarde.

Se hizo un silencio de apenas segundos.

—¿Y tú cómo te sientes con eso? —indagó Sonia sin poder dejar de lado su formación terapéutica.

—Mal. Y feliz. Pero la mayoría de los momentos mal.

—¿Y qué te dice tu corazón?

—Mi corazón es ciego... no quiere ver la realidad.

—Veamos... ¿Por qué te sientes mal? ¿Fue desagradable la situación, te sentiste incómoda, te trajo recuerdos?

—Hacer el amor con Ahmed es como tocar el cielo con las manos. Mejor que los recuerdos. Lejos —confesó ella casi sin pensarlo—. Sigue existiendo la misma química de siempre, los mismos labios, los mismos gemidos.

—¿El mismo amor?

—Por mi parte podría decir que sí. Pero en este momento siento que entregarme a él fue una decisión equivocada.

—Decisiones equivocadas crean recuerdos inolvidables.

—Y ahí radicó el error, en creer que podíamos seguir viviendo de recuerdos, de un primer amor adolescente y puro que ahora se ha



convertido en una pesadilla —se quejó Dixie con tristeza.

—¿Qué dijo él de lo sucedido?

—A mí no me dijo nada. Ni una palabra. A su prometida le dijo que yo no era nadie en su vida —respondió con dolor. Y luego aclaró—: Claro que él pensó que yo no lo estaba escuchando.

—¿Piensas que si él hubiera sabido que escuchabas la respuesta hubiese sido otra? —aventuró su amiga.

—No lo sé. No sé si decir que sí porque es lo que siento o porque es lo que quiero —confesó ella con tristeza—. Creo que me hubiera gustado que me defendiera, que diera la cara por mí, que la echara de su lado. Al mismo tiempo siento que la respuesta que Med dio fue lógica porque sólo quiso alejarla de la habitación y evitar los problemas. Pero a mí me devastó.

—Dix, amiga, siento tanto dolor en tu voz que viajaría para darte un abrazo —le confesó Sonia con cariño—. Pero no sé si eso es lo que necesitas. Porque en este momento tienes muchas dudas, tanto tuyas como de él. Tendrían que hablar y enfrentar lo que ha sucedido.

—No sé si sirva de algo. Entiendo que esto es parte de las etapas de mi vida, todos son ciclos, nada es para siempre. Fue un momento suspendido en el tiempo, un sueño —se resignó ella con dolor.

—Tienen que hablar primero, Dix. No te vuelvas melodramática —la corrigió Sonia—. Muchas veces la forma de ver las cosas cambia después de una buena y frontal conversación.

—Por ahora me tendré que quedar con las ganas porque ya se han iniciado los preparativos para el evento de esta noche y los ánimos andan todos revueltos por aquí. Tendrá que ser en otro momento.

—¿Y tienen que verse en dicho evento? —indagó su amiga sin conocer cuál era la mecánica de la situación.

—Bueno, cómo te lo explico... Los dos participamos de los festejos y de la cosecha. Med me colocó dentro de la cuba para la danza de las mujeres solteras y se supone que eso tiene que hacerlo un hombre soltero, un pretendiente. Así que, según las tradiciones, es él quien tiene que estar conmigo en el evento.

—¡Qué mal te veo! —exclamó Sonia largando un suspiro—. Una cosecha romántica, una danza con seguridad sensual, una tarde entre las sábanas y una prometida que dudo que deje que él se te acerque

en toda la noche —sintetizó con rapidez—. Y dependerá también de cuánto se respeten las tradiciones por allí.

—Mucho —le aclaró Dixie en voz baja y sentida—. Pero me encargué de quitarle el peso de encima y le dije que entendía que tuviera que hacerse cargo de su novia, que yo iba a encontrar con quién entretenerme.

—¿Y tú crees que será así?

—Es lo que me he propuesto. A veces no queda otra opción que arrancarnos a la gente del alma a sangre fría —aceptó la joven con tristeza—. Iré a la habitación de Deniz ya mismo, dejaré que su equipo de *beauty* me arregle y luego bajaré con mi sencillo vestido borgoña, tratando de mantenerme oculta de casi todos.

—Ocultarse no es la forma en que te digo siempre que te ocupes de las cuestiones que te mortifican —le recordó su amiga.

—Lo sé, lo sé... Pero hoy no va a haber otra opción, Sonia. La prometida de Ahmed estará pendiente de todos mis movimientos y buscará la manera de menospreciarme y hacerme sentir inferior. Es una maldita perra —aclaró con rabia.

—¡Caramba! —exclamó su amiga asombrada—. Es la primera vez que te escucho hablar de esa manera.

—Es culpa de Niz, que la detesta.

—¿Tú no la detestas?

—¡Claro que sí! ¡Con toda mi alma! Es una persona desagradable, soberbia, caprichosa y altanera que maltrata a la gente haciéndola sentirse inferior y fea —manifestó Dixie con rabia—. Una princesita de lujo, una modelo etérea y perfecta, pero tan mala persona que terminas rechazándola. No la soporto.

—Y además de todo eso es la prometida de tu amor inolvidable —agregó su amiga aguijoneando más aún.

—Sí —dijo Dixie haciendo un silencio doloroso. Era la mujer que disfrutaba de sus besos y sus brazos delante de todos, mientras que ella no era nadie.

Unos golpes en su puerta la distrajeron. Deniz se asomó con una sonrisa.

—Vamos, prima. Mi equipo maravilloso ya llegó.

Dixie le hizo un gesto con la mano y se apresuró a despedirse de

Sonia.

—Prometo llamarte mañana con la descripción de todo lo que pase esta noche —dijo Dix sonriendo falsamente mientras su prima esperaba que cortara.

—Relájate y deja que todo fluya —le recomendó Sonia—. Imagino que ya no podemos hablar así que mejor nos despedimos. Confío en tu buen criterio aunque tú no lo hagas —le dio ánimo antes de despedirse.

Dixie asintió en silencio y cortó la comunicación, enfrentando a una entusiasmada Deniz, que la apresuró.

—A disfrutar de los preparativos —le dijo su prima tomándola del brazo y llevándola con ella hasta su propia habitación.

No era el momento para hablar con ella.

Era el momento de dejarse llevar.

\*\*\*

Ariadna encontró a su hijo en el estudio, envuelto en papeles con números y más números, con cara de preocupación.

—¿No deberías estar controlando los últimos preparativos para esta noche? —le preguntó mientras se sentaba frente a su escritorio.

—Hay gente ocupándose de eso, mamá —respondió sin mirarla—. ¿Necesitas algo? Porque estoy ocupado en este momento.

—Quería hablar contigo.

—¿Acerca de qué? —preguntó él sin querer enfrentarse a su dura mirada. Sabía perfectamente por dónde venía la charla.

—Acerca de Dixie.

Ahmed alzó la vista de los documentos que analizaba y se recostó contra el respaldo de su asiento. Iba a dejarla hablar primero.

—Te escucho.

Ella dudó antes de comenzar. Su hijo era un hombre muy complejo y si tocaba la tecla equivocada no podría detener la avalancha...

—Pude notar esta mañana que tu actitud hacia ella ha cambiado —

empezó con calma, lo conocía bien—. Al principio, cuando llegó, tu forma de dirigirte hacia Dixie era más tosca que lo que pude ver hoy.

—¿Y qué es lo que pudiste ver hoy que te tiene tan preocupada? — indagó él tratando de mantener la paciencia—. Es mi prima.

—No es sólo tu prima —lo corrigió ella—. Es la mujer que te mantuvo meses en un abismo de dolor —le recordó su madre—. La culpable de que te hicieras desconfiado, parco, un hombre al que le cuesta demostrar sus sentimientos. ¿Olvidaste la carta que te envió? ¿Cómo quedaste luego?

Ahmed tragó saliva en silencio, intentando no traer a su memoria las noches de tristeza del peor momento en su vida. No quería darle el gusto a su madre de que descubriera que aún le dolía esa mujer.

Pero nunca había podido olvidar esa carta...

*«¿Momentos bonitos? ¿Solo sexo? ¿De qué hablas?*

*Creí que lo nuestro era para siempre, que no ibas a poder vivir sin mí, tal como siento que yo no puedo respirar sin ti.*

*Pero veo que no, que todo fue parte de mi imaginación.*

*¡Búscate alguien con quien divertirte! Alguna de las que te revolotea en las reuniones que tu madre organiza para encontrarte novia.*

*En este instante te arranco de mi vida y de mi corazón.*

*¡Ojalá nunca más volvamos a cruzarnos!*

*No quiero saber más nada de ti.*

*Dixie»*

—Eso fue hace mucho tiempo —se defendió cambiando de posición

las piernas, buscando con qué entretenerse para no darle la razón.

—El tiempo no parece haber pasado para lo que sientes por Dixie —lo confrontó la mujer, conociéndolo bien—. Te estás dejando envolver por ella una vez más. Tal vez no te hayas dado cuenta todavía, pero quien te ve a su lado nota los cambios en ti.

—¿Lo dices porque ahora la gente se sorprende al verme sonreír? —la apuró el hombre, con ironía.

—Los que te ven sonreír no saben lo mucho que la has llorado — fue despiadada en su respuesta, dejándolo agitado—. Todos los hombres que la rodean terminan embobados con ella. Y sí... todo lo barato y de oferta atrae muchos clientes —Ahmed estaba por hablar pero ella lo detuvo con la mano—. ¿Crees que ha cambiado en algo? ¿Crees que no va a volver a dejarte? Se sacará las ganas contigo y pasará a la cama de otro. Se marchará y no tendrás consuelo. No sobrevivirás a ella esta vez.

Med se puso de pie. Ella lo miró desde su sillón, sin que se le moviera un cabello.

—Estás dando por sentado que entre nosotros sucede algo —aclaró él con frialdad—. Y estás equivocada. Sólo es una empleada más.

—El equivocado eres tú —enmendó ella—. ¿Piensas que eligió trabajar aquí al azar? Dijo que es el mejor lugar para perfeccionarse, pero tú y yo sabemos que sólo vino a reconquistarte.

—No sabes lo que dices.

—No puedes manejar lo que sientes, ¿verdad? —insistió ella con una mueca—. Tarde o temprano descubrirás que tengo razón, que sólo es una buscona. Coqueteó con Richard, embelesa a cualquiera que tiene cerca, empezando por ti. ¡Y vive con alguien, por Dios! ¡Qué poco respeta a su pareja! ¿Crees que contigo no lo hará? ¿Crees que eres el único hombre que la puede hacer vibrar? Vamos... te hacía más inteligente.

—Te estás adelantando. Que ella viva con alguien no...

—¡Pero te busca a ti! —exclamó ella, interrumpiéndolo y

poniéndose de pie en forma brusca, apoyando sus manos en el escritorio que los separaba—. Es una mujerzuela, como su madre. Tú eres un hombre comprometido y a ella no le importa. Tu padre era un hombre casado y a su madre tampoco le importó, la muy zorra.

Ahmed se quedó pasmado ante la confesión directa de su madre. Debía estar muy molesta para hacer un comentario como ese siendo siempre tan reservada en cuanto a sus cosas.

La miró en silencio. Ariadna trató de recomponerse.

—Bueno, ya lo sabes —dijo ella finalmente alzando el mentón—. Cada vez que la miro me encuentro con los ojos de su madre: la misma sonrisa, la misma mirada. Te conquistó a ti. Stella lo hizo con tu padre. Pero eso ya no tiene solución. En cambio a ti... a ti puedo salvarte aún —dijo la mujer abriendo su juego—. Odio que haya regresado. Y odio ver en ella el vivo reflejo de su madre, la mujer que arruinó mi vida. Dixie arruinará la tuya, si se lo permites.

—Puedes quedarte tranquila, mamá —mintió Ahmed—. No estoy interesado en ella. Mi compromiso con Cloé sigue en pie.

Ariadna lo miró en silencio unos segundos. Sabía que le estaba mintiendo.

—Me alegra escuchar eso. Cloé es la mujer perfecta para ti: tiene clase, dinero, posición social, un padre que hace importantes negocios contigo y que es dueño de las tierras que necesitas para expandirte y cumplir tu sueño —y agregó con frialdad—. Quítate la calentura con esa mujer si es lo que quieres y luego sigue con tu vida.

Y salió del estudio con el mismo aplomo de siempre.

Ahmed se dejó caer en el sillón nuevamente.

Quitarse la calentura...

Si al menos fuera sólo eso, sería tan simple.

Cerró los ojos. Lo único que deseaba hacer en ese momento era subir a buscarla y quedarse con ella en su habitación toda la noche, amándola de la misma manera que esa tarde o más.

Mierda, mil veces mierda.

\*\*\*

Gina abrió los ojos en forma desmesurada cuando su mejor amiga Cloé terminó de contarle lo que había sucedido esa mañana y la conversación que tuvo con su prometido por la tarde.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Gina, bella, una modelito también, igual de vacía y rica que su amiga—. ¿Y qué vas a hacer?

—No quitarle los ojos de encima a esa zorra —respondió su amiga terminando de retocar su maquillaje—. Si está buscando a mi hombre no sabe lo que le espera. ¡Nadie me quita lo que es mío!

—Todavía no es tuyo, amiga —le recordó Gina con una mueca—. Y por momentos siento que nunca va a serlo.

—¿A qué te refieres?

—No creo que sea el hombre ideal para ti —confesó dejando caer los ojos—. Tú mereces alguien más divertido, más alegre. Un hombre que te lleve de viaje y tú seas lo único importante en su vida.

—Ahmed es un hombre divertido —lo defendió Cloé. Pero su amiga le hizo una mueca—. Bueno, no tan divertido como una quisiera pero cuando nos casemos y empecemos a viajar e ir a fiestas juntos...

—Amiga, dudo que él vaya a cambiar. No quiere acompañarte a ninguna parte ahora que se supone que debe tratar de complacerte... No pongas esa cara —le advirtió Gina ante el ceño fruncido de Cloé—. Ya te he dicho muchas veces que elegiste al hombre equivocado.

—Lo amo.

—Pero él debería amarte también.

—Y me ama —le aseguró su amiga mirándola por el espejo—. Sólo que le cuesta demostrarlo.

—Pero dices que con esa «prima» es bastante cariñoso —le recordó Gina alzando las cejas.

—Es su prima, ¿no? —reprochó Cloé comenzando a fastidiarse—. Lo importante es que esta noche tenemos que estar las dos muy atentas.

—Ah, no... Yo vine a buscar una compañía tentadora. Alguno de los amigos de tu novio o el novio de alguna otra —rió divertida.

—Eres tremenda. Y vestida de esa manera seguro vas a encontrar

un hombre que te lleve a ver las estrellas esta noche —le aseguró Cloé mirando el osado vestido ajustado al cuerpo que lucía su amiga, de la misma colección exclusiva que el que ella lucía, mismo color, igual de provocativos y que las hacían verse espléndidas.

—Eso espero porque estoy sola desde la semana pasada y ya ando necesitando un hombre interesante que me sacuda de un lado al otro.

Las dos rieron. Se miraron al espejo y se sonrieron.

—Bajemos porque tengo que preguntarle a mi suegra cómo es el temita del protocolo en este evento de vejestorios —se quejó Cloé abriendo la puerta de su habitación.

—Espera. Se atascó el cierre de mi vestido —se quejó Gina intentando arreglarlo.

—No tires así porque lo vas a descoser. Déjame ayudarte y así bajamos juntas.

Iban ambas derecho al barranco de la cruel realidad.

Solo que todavía no se habían dado cuenta.

\*\*\*

Dixie estaba de pie mirando por la ventana de la habitación de su prima, absorta en los preparativos que se realizaban en el jardín y que desde allí podía disfrutar: las flores, los colores de los manteles, la gente sonriendo.

Deniz no dejaba de hablar con el equipo de belleza que la estaba atendiendo, bebiendo champagne y cotorreando, como siempre solía hacer con esas mujeres que le resultaban tan divertidas. Dixie tenía sostenido el cabello con unas pinzas pequeñas de metal, que sostenían unos marcados bucles que pugnaban por salirse y alborotar su cabello. Ya estaba maquillada y con los costosos aretes puestos, pero de pantuflas y con el vestido sencillo que se había comprado en la salida al pueblo, simple, sin ningún adorno. Y a pesar de eso se la veía preciosa.



Era un espectáculo fascinante que dejaba sin habla. Era imponente su belleza, y Ariadna tenía razón: había heredado la hermosura de su madre.

Pero Dixie tenía su mente en otra parte, no podía escuchar a Deniz por más que se empeñaba en hacerlo. ¿Qué iba a ocurrir esa noche? ¿Qué pasaría cuando tuviera que enfrentarse a su primo? ¿Qué iban a decirse? ¿Cómo iba a poder tomarle la mano para bailar? ¿Cómo iba a dejarse abrazar por él cuando todavía sentía su boca hinchada por sus besos?

—¿Dix, me estás oyendo?— le preguntó Niz, seria—. Pareces estar en otro mundo. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió Dixie con prisa—. No escuché lo que dijiste al final.

—¡No has escuchado ni el final ni nada de lo demás! —le reprochó su prima, mientras le sonreía a la modista que ingresaba en la habitación seguida por una asistente y cargada de cajas y bolsas—. ¡Estoy ansiosa por entregarme a tus manos, Juliet! ¡Y júrame que Jaclyn estará otra vez por Skype para dar su opinión!

La mujer asintió mientras le daba indicaciones a su asistente de que dejara todo sobre la amplia cama.

Dixie aprovechó el movimiento para decir que iba a buscar el celular a su habitación y se escabulló con prisa. Una buena excusa para tomarse unos segundos de respiro. Entró en su cuarto rápidamente y se sentó frente al espejo para recuperar la respiración y calmar su corazón. Se sentía acelerada y nerviosa.

Con una enorme congoja retorciendo su garganta, con las lágrimas amenazando por salir de sus ojos y estropear el maravilloso maquillaje, puso su mano sobre el corazón desbocado y suspiró.

—Ciérrate, corazón... Ciérrate y no lo dejes adentro, por favor —susurró con dolor en la voz.

Se puso de pie lentamente, dio media vuelta para buscar su celular y se quedó de piedra al encontrarse con un metro ochenta de hombre macizo y de aspecto seductor con un smoking que parecía hecho a medida, ingresando en su habitación sin haber llamado primero.

La seda le recorría sus bien formados hombros y se adaptaba a su figura como una segunda piel.

Tal y como ella había imaginado que se vería de magnífico, iba descalzo, con los bajos del pantalón remangados y una elegante corbata borgoña aflojada sobre la camisa, desabrochada. La visión era impresionante.

—No sabía si iba a encontrarte aquí —le dijo él desconcertado ante la simple belleza de la mujer.

—¿Me buscas por alguna razón? —indagó ella sonriendo, tratando de quitarse la impactante imagen de su retina.

—Quería saber cómo estabas —murmuró él sin saber si acercarse a ella o mantener esa distancia.

—Enloquecida por el equipo de belleza de Deniz —mintió ella riendo—. Recién puedo escaparme de todas esas manos sobre mí.

—Es difícil no querer tener las manos sobre ti —comentó Ahmed casi sin pensarlo.

Ella sonrió. Él no dijo nada más.

—Tú tampoco terminaste de arreglarte —le dijo ella señalando sus pies mientras intentaba ahogar una sonrisa.

—Me llaman a cada rato para solucionar algún problema y entre una cosa y otra, completo mi vestuario —también rio él—. Pero no puedo recordar dónde dejé mis zapatos.

—Me parece que estaban debajo de la cama en tu habitación. Cuando recogí mi ropa creo haberlos visto ahí —le dijo ella tratando de ocultar su incomodidad—. Busca debajo de tu cama.

—¿La misma que sigue distendida para recordar lo que hicimos? —arrojó él sin ningún miramiento.

Ella se agitó, nerviosa.

—¿A qué has venido, Med?

—Ya te lo dije —respondió él caminando lentamente hacia ella y deteniéndose muy cerca—. Me gustaría repetir ese beso que nos quitó las dudas y la ropa.

Dixie alzó los ojos hacia su mirada ámbar y los labios le temblaron. Tenía que negarse a él, huir de su mirada, alejarse cuanto antes de esos brazos que tanto anhelaba. Pero aunque sentía que podía, seguiría tratando de huir de él hasta las últimas consecuencias.

—No creo que sea buena idea —susurró ella sin dejar de mirar su boca—. No confío en mi buen criterio ni en tener las fuerzas

suficientes para negarme.

Tenía que pensar en la conversación que había escuchado antes, en la forma en que él la había mencionado, dejando en claro que no era importante en su vida. Porque si se perdía en su boca no podía coordinar sus ideas.

Ella se irguió al sentir el roce de una mano sobre la espalda. La mano de él, que se deslizaba con gran lentitud hacia arriba por su columna, dejando un calor abrasador por donde pasaban sus dedos. Su aroma inundó sus fosas nasales, mareándola, y, antes de que pudiera emitir sonido alguno, antes de que pudiera negarse, quejarse o decir que no, los labios de Ahmed se unieron a los suyos en un beso cálido y arrebatador, suave pero exigente.

Su cuerpo quedó anclado a la figura masculina por la firme mano que aferraba su cintura mientras que la otra mano reptaba por la espalda hasta su cuello, masajeándolo con calidez. Se estremeció indefensa en su abrazo, dejándose llevar por esa boca que la tenía fascinada.

Justo cuando Dixie comenzaba a perder todo rastro de cordura, la boca de Ahmed la liberó, dejándola aturdida y deseosa de más. Inclino la cabeza hasta la oreja de la joven y susurró...

—Lo siento. Discúlpame. No he podido resistirme.

Dixie se soltó de su abrazo lentamente, intentando recuperar la cordura y el buen tino, sabiendo que no podía dejarlo avanzar de esa manera.

—Fíjate cómo vas a hacer para controlarte esta noche porque vas a estar acompañado y no quiero que tengas problemas por mi culpa —sugirió la mujer con un dejo de celos en la voz—. Y tu prometida es una mujer celosa que ha estado reclamando su pertenencia a lo largo de todo el día.

—No soy su pertenencia —se quejó él con fastidio.

—¿Estás seguro? Porque tu boca ha permanecido bastante callada desde que estuvimos juntos —lo apuró ella—. Nunca dijiste nada de lo que sentías o lo que te pasaba. Nada más que silencio.

—¿A ti te parece que puedo pertenecerle a ella cuando el solo hecho de haberte dado un casto beso me ha dejado así? —la increpó él con la voz entrecortada mientras tomaba una de sus manos y se la

apoyaba en sus pantalones sobre su endurecido miembro que parecía explotar en el escaso espacio—. Mientras mi boca calla, el resto de mi cuerpo no deja de gritar el deseo de tenerte.

—Ya me has tenido —le aclaró ella, sin quitar la mano que aún estaba bajo los dedos firmes de él. Cuando Ahmed la liberó, Dixie mantuvo su mano en el mismo lugar, y comenzó a deslizar sus dedos hacia la hebilla del cinturón, aflojando los pantalones del hombre—. Pero siento el impulso de necesitarte otra vez. Y no hace falta que niegues que te pasa lo mismo.

Ahmed cerró los ojos cuando sintió los dedos de ella abriendo hábilmente su pantalón y tomando con su mano su miembro hinchado y palpitante. Su urgencia de esa mujer debía ser vergonzosa, pero no le importó.

—Debe ser pecado tenerte tantas ganas. Vamos a terminar en el infierno, mi querida —dijo el hombre entre dientes mientras la atraía hacia su boca tomándola de la nuca, en forma desenfadada. O devoraba sus labios o la desvestía una vez más.

—El infierno puede ser divertido si estás con el demonio correcto —lo apuró ella, dejándose devorar por su boca y sin dejar de acariciarlo en forma rítmica, haciéndolo estremecerse una y otra vez.

—Me gustas tanto que no puedo quitarte de mi mente —le confesó él con la voz ahogada de placer mientras le bajaba uno de los tirantes del vestido y dejaba al descubierto su seno. Abandonó su boca para ocuparse de esa maravilla dorada y turgente y la acarició con su lengua lentamente.

Dixie se inclinó hacia atrás, extasiada, dejándole más piel para besar, pero sin soltarlo, deseando quitarse el vestido y dejar que el hombre la invadiera una vez más.

Se miraron un segundo, jadeantes, deseosos de más aun sabiendo que seguramente los estarían buscando.

—No puedo más —le confesó él enfebrecido—. Quiero tomarte aquí mismo, contra cualquier pared, en el suelo... No entiendo qué me provocas.

—Yo no entiendo qué te detiene —lo apresuró ella, con un ardor desconocido.

—Tengo que irme —dijo él apesadumbrado, jadeante.

—Quiero que te quedes y sé que quieres quedarte, pero... —insistió ella retirando la mano de sus pantalones—, tú sabrás qué hacer o con quien desquitarte —y lo miró, desafiante, arrebatada.

—¿Qué quieres de mí?

—Te quiero a ti, todo, completo. Te quiero dentro de mí. Sin tantas vueltas, sin tantos recuerdos —sintetizó ella casi con rabia.

—Te entiendo pero...

—No quiero que me entiendas, quiero que te quedes, aunque no entiendas nada —exigió la mujer con firmeza.

El deseo pudo más que Ahmed. La besó desesperadamente y la arrinconó contra la pared de la habitación, levantando su vestido y obligándola a aferrarse a su cintura con sus piernas. Desde esa manera primitiva y feroz, se introdujo en ella, que estaba lubricada y ardiente, y que emitió una sonrisa perversa cuando lo sintió entrar en ella una vez más.

No hubo besos previos ni caricias románticas, entró y salió de ella en forma desaforada, sabiendo que la mujer lo estaba disfrutando de la misma forma que él lo hacía porque la escuchaba gemir y pedirle más. Llegaron al clímax casi al mismo tiempo y Ahmed devoró su gemido de deleite con un beso, deseando que le resto del piso no se hubiera enterado de lo que acababa de suceder en ese cuarto.

Quedaron apoyados contra la pared. Ella, con las piernas casi laxas, relajada. Él, sosteniéndola y tratando de recuperar la respiración.

Se miraron en silencio. Volvió a besarla, chupando sus labios, entrando en su boca con exigencia, como acababa de hacerlo en su cuerpo. Ella rodeó su nuca con ambas manos, atrayéndolo más todavía, explorando su boca con deleite.

El celular de Dixie sonó con una conocida canción de moda, quebrando el silencio. Estaba en el suelo, se había caído de la cómoda en algún momento entre jadeos. La cara de Deniz en la foto los hizo volver a la realidad.

El hombre la bajó. Ella se separó de sus brazos sin desearlo y acomodó su vestido. Él volvió a cerrar su pantalón.

—Tengo que irme y a ti te buscan —dijo él sin querer mostrar lo conmocionado que estaba ante su falta de control.

—Claro —dijo ella acomodando su cabello y mandándole un

mensaje a su prima diciendo que ya iba para su habitación.

Caminaron los dos hacia la puerta al mismo tiempo. Al mismo tiempo se detuvieron.

—Será mejor que yo salga primero —le dijo él. Med estaba por abrir la puerta cuando se volteó a mirarla. Deslizó su dedo sobre la boca de la mujer, sintiéndola hinchada por sus besos, entreabierta, caliente—. Eres como mi vino favorito: Te me antojas a cada rato... —le susurró dulcemente volviendo a besarla pero degustándola, casi con ternura —. Va a ser una noche difícil sin poder tocarte.

—No será una noche en la que bebas tu vino favorito —lo acicateó ella con dolor y fastidio.

—Veremos...

Y salió del cuarto sin decirle nada más. Dixie apoyó su espalda contra la puerta para recuperar el aliento y para darle tiempo de alejarse sin que los vieran juntos.

Alzó los ojos al cielo y suplicó.

Ni Dios la iba a poder ayudar...

## Capítulo 9

**D**ixie salió al pasillo casi sin poder respirar. No lograba recuperar el control de sus manos ni de su mente. Pero la realidad la bajó con brusquedad de la nube en la que se hallaba.

—Mira, mira quién nos venimos a encontrar aquí —rio Cloé codeando a su amiga y señalando a Dixie con la cabeza.

—¿Ella es la zorra que quiere meterse con tu prometido? —casi gritó Gina con su voz finita e irritante.

—La mismísima que parece siempre errarle a la moda —respondió Cloé burlándose de su vestido—. Yo tan de marca y tú tan de mercado —le dijo con evidente desprecio en el tono de voz.

Dixie revoleó los ojos y trató de esquivarlas en su camino hacia el cuarto de Deniz, pero se interpusieron.

—Pobrecita, cree que con ese modelito va a conquistar a alguien esta noche —se burló también la amiga.

—Fíjate que con modelito vulgar o sin él, esta nueva empleadita es la última conquista de tu adorado y con poco gusto Richard —le aclaró Cloé.

—Ya quisieras tú que yo me entretuviera con las sobras —ironizó Dixie con una sonrisa de superioridad—. Pero no. Es obvio que los hombres las prefieren huecas, porque las inteligentes les quedamos grandes.

—Vamos... —insistió Cloé, tratando de controlar su furia sin perder la compostura—. Acepta que te revuelcas con cualquiera —y miró a Gina y las dos rieron divertidas y esas risas llegaron hasta Deniz, que salió de su habitación aún sin haberse cambiado y justo a tiempo para escuchar a su prima...

—En algo estás equivocada, querida —la corrigió Dixie—. No me acuesto con cualquiera... no. En estas tierras sólo me revuelco con el

hombre que me hizo mujer, el que me acurruca cuando llueve porque sabe que le temo a las tormentas, el que se mudó a la casa de sus padres para tenerme cerca, el que me besa desafortadamente para demostrarme que sigue siendo mi maestro en ese arte, el que me entrega los orgasmos más placenteros que he tenido en mucho tiempo —y como la joven no dijera nada, agregó—: Sí, ese que tú piensas. Ese que crees que te pertenece... ¡Es mío!

Cloé no pudo siquiera cerrar la boca por el descaro de la mujer. Gina pestañeó en total silencio. Y Deniz no pudo quitar de su cara el asombro que la envolvía.

—Fue tuyo, lo abandonaste, lo perdiste —le dijo Cloé con cinismo cuando logró recuperar el habla.

—Lo que fue mío, vuelve a ser mío cuando a mí se me pega la gana —le aclaró Dixie en el mismo tono—. Y fíjate que tengo ganas aquí y ahora.

Dixie estaba por seguir caminando cuando miró a Gina y continuó con el reguero de rabia...

—El «Me caes mal» a primera vista, sí existe y lo acabo de comprobar contigo —le dijo aprovechando el silencio. Y luego se detuvo delante de Cloé—. Por el contrario, personas como tú caen muy bien. Por las escaleras, por ejemplo —y la joven dio un paso atrás con temor ante la amenaza.

En ese momento Dix descubrió a su prima en la puerta de su cuarto. Deniz recuperó la compostura y frunció el ceño.

—No pierdas tiempo con estas urracas.

Dixie asintió y se le acercó a Deniz antes de decirle...

—Hay gente que tendría que dejar de respirar y le haría un favor a la humanidad.

Estaban por entrar en la habitación cuando la voz de Gina las detuvo.

—Hola, Deniz —la saludó con sorna—. Estoy decidiendo con qué hombre pasaré la noche... toda la noche —Niz alzó las cejas dando a entender que no le importaba—. Y justamente creo que escuché llegar a Jeff.

Deniz rió, divertida. Cloé le hizo señas de que se callara.

—Ay, Gina, eres tan tontaaaaaa —la despreció la joven—. Lástima



que no se venden personalidades sino te compraba una.

Dixie estalló de risa y Niz la entró en su cuarto como cuando eran niñas.

—¿Por qué se rió así? —indagó Gina siguiendo a Cloé hacia la escalera.

—Ya no está con Jeff. Estás atrasada en los chismes de este mega fastidioso evento anual —se quejó Cloé, molesta—. Ahora se acuesta con un empleado. Al menos tuvo la decencia de elegir un amigo de su hermano. Pero un empleaducho al fin de cuentas.

Y ambas bajaron mientras se contaban las últimas novedades e iban al encuentro de la familia Tarik.

¿Sería cierto lo que la zorra había dicho acerca de que se acostaba con Ahmed? ¿Se había atrevido él a engañarla bajo sus narices?

¡Tenía que acaparar a Ahmed antes de que la bendita prima apareciera en escena!

\*\*\*

Ahmed recibía a los invitados junto a sus padres, formal, atractivo, inusitadamente feliz.

Y eso no pasó desapercibido a su padre, que le susurró en el momento que logró alejarlo un poco de Ariadna.

—Desde la mañana te noto relajado, disfrutando de la cosecha y de la fiesta —comentó con una sonrisa—. ¿Algún motivo en especial?

Med volteó la mirada hacia su padre.

—Ninguno —respondió evadiendo el tema—. Simplemente estoy contento por nuestros nuevos vinos y los contratos que pronto lloverán.

—A mí me parece que tu felicidad te sale de adentro —lo corrigió Berk mirando hacia la entrada y estrechando manos—. Pero no voy a inmiscuirme.

—Gracias por respetar mi silencio —le dijo su hijo saludando también a la gente que recién llegada.

—Voy a respetarlo pero no puedes engañarme.

—¿Por qué? ¿Porque tengo la misma cara que solías tener cuando te veías con Stella Cabbot? —lo apuró Med sin dejar de mirarlo.

Berk se sorprendió.

Nunca había querido hablar con sus hijos, ni siquiera con Ahmed, acerca de sus sentimientos por otra mujer que no fuera su madre. Ya fuera por vergüenza o por pudor. Nunca había ensuciado la imagen del matrimonio amoroso que sus hijos recordaban de la niñez.

—¿De dónde sacas eso?

—Mi madre me lo echó en cara hace un rato —respondió Ahmed sin perder la sonrisa para la gente que pasaba a su lado—. Dijo que Dixie es igual a su madre: una zorra que se entromete en la vida de hombres comprometidos. Ah, y que ella iba a evitar que la hija de esa zorra me arruinara porque contigo no lo había logrado.

—Ni siquiera lo intentó. Pero hubiera sido imposible porque amé a esa mujer desde el primer día en que la vi —confesó su padre con la mirada melancólica.

—Nunca dijiste nada.

—¿Para qué? Tu madre se encargó de poner todas las trabas, convenciéndome de que los pondría en mi contra a ti y a tu hermana, que me odiarían, inventando las exigencias más ridículas, alejando toda posibilidad de ser feliz con Stella —rememoró con vos queda—. Y tiene razón al decir que Dixie se parece mucho a su madre: la misma energía, los mismos ojos, el cabello dorado alborotado y esa sonrisa... ¡Yo moría por esa sonrisa!

Berk Tarik bajó a vista al suelo, tratando de recuperar su actitud relajada, pero costaba cuando traía a Stella a su recuerdo cada vez con más frecuencia.

—¿Alguna vez volviste a verla?

—No. Pasaron los mismos veinte años para ti que para mí.

—¿Por qué? Si ella era la mujer de tu vida... —se detuvo Ahmed sintiendo que invadía la intimidad de su padre.

—Disculpa lo pesimista, a veces creo que quizá, si hubiera sido la voluntad del destino juntarnos, ya lo habría hecho, en vez de impedirlo.

—A veces el destino requiere un poco de ayuda —comentó su hijo guiñándole un ojo—. Y tengo entendido que su matrimonio está

terminado desde hace años.

—Igual que el mío.

—¿Y si luchas por ella? —sugirió Ahmed.

—¿Lucharás tú por la única mujer que has amado?

Med miró hacia otra parte.

Su historia no era la misma. Dixie jamás había intentado encontrarlo y no había nada que se lo impidiera, y él le había dicho que se olvidara de ella, lo cual no pasaba con Stella, quien aún seguía sometida a un esposo al que no amaba por la mera costumbre. Dixie vivía con un hombre, tenía una pareja pero al mismo tiempo se dejaba cortejar por Richard, permitiéndole incluso que la besara.

Por más que Med estuviera enloquecido por esa mujer no podía dejar de reconocer que no podía confiar en ella porque en cualquier momento podría dejarse endulzar los oídos por otro hombre.

—Mi caso es distinto —comentó Ahmed con dolor—. Ella vive con alguien en Estados Unidos.

—Stella también.

—Pero el matrimonio de Stella siempre fue una farsa, papá. Igual que el tuyo con mamá. Ustedes siempre se amaron, lo único malo fue el *impasse*... el tiempo que pasó en medio de la vorágine.

—Dixie y tú siempre se han amado, Med —comparó su padre—. Y tal vez este tiempo pasado ha sido el prelude antes de la felicidad. Tal vez su vida con ese hombre también sea una farsa, al igual que tu ridículo compromiso.

—Sabes que mi compromiso es una cuestión comercial, no afectiva —le recordó Ahmed con una mueca de fastidio—. Y bien agarrado de las pelotas me tiene el padre de mi prometida.

Berk se asombró pero no dijo nada. Si bien siempre estaba al tanto de las inversiones de su hijo, últimamente le había llamado la atención la cantidad de dinero que se había gastado en remodelación y nuevo equipamiento. ¿Debía preocuparse?

Ariadna los agarró a ambos, uno de cada brazo y los guio hacia la mesa principal, una mesa llamativamente larga lo cual atrajo la atención de Ahmed. Y su preocupación.

Su madre tramaba algo. Caminó alrededor de la mesa leyendo casi al descuido los nombres de quienes ocuparían los lugares y la rabia

empezó a tomar forma en su interior.

—¿Por qué somos tantos en la mesa? —le preguntó tratando de disimular su malestar pero mirándola con fastidio.

—Al mediodía tu hermana se quejó de que la mesa que pedí que prepararan era pequeña así que opté por incluir en este festejo a todos los familiares y amigos —respondió su madre, sonriendo con ironía.

Ahmed no pudo agregar nada más ya que lo solicitaron desde un grupo de empresarios. Caminó hacia allí sin dejar de mirar a Ariadna, dándole a entender que sabía cuál era su intención. Miró hacia todos lados a ver si divisaba a su hermana, pero nada. Deniz iba a enloquecer cuando se diera cuenta de las intenciones macabras de su madre, habiendo incluido en el grupo a Jeff y también a Sarket, a Richard, a Cloé, a Gina y a Gerard.

La noche prometía ser un caos, más aún al haber notado que él se sentaría enfrente de Dixie, con Cloé a su lado y Richard al lado de su prima. Peor para Deniz que estaría sentada al lado de Jeff y con Sarket en frente.

Sacó su celular y le mandó un mensaje a su hermana, instándola a apurarse.

Tal vez aún hubiera solución a esa debacle...

\*\*\*

Pero Deniz estaba en otro mundo. Y la energía de su prima contagió a Dixie por completo. ¡Cómo podía ella no entusiasmarse con los preparativos para una fiesta! Le hacían recordar los viejos tiempos en que deseaba acudir a las fiestas que invitaban a sus tíos y a las cuales ellas no podían ir por ser demasiado pequeñas y se quedaban jugando con Ahmed.

¡Otra vez él! ¿Por qué no podía simplemente quitarlo de su mente y ocuparse de otras cosas?

Tal vez porque estaba íntimamente ligado a todo su pasado. Y definitivamente se estaba involucrando en su desastroso presente. ¿Lo estaría también en su futuro?

Durante casi una hora no se dedicaron a otra cosa que no fuera reír juntas y hacerse bromas acerca de los caballeros que iban a dejar sin habla esa noche. Dixie observaba desde un sillón como la modista y su asistente ayudaban a Deniz a colocarse el maravilloso vestido que le habían diseñado, sin dejar de estar en contacto vía Skype con la dueña del atelier, una joven hermosa, alegre y entusiasta que daba órdenes en la distancia y no dejaba de reír junto con las dos mujeres.

Pero Dixie se mantenía al margen de ese mundo. Su vida social estaba formada por un vestuario sencillo y práctico, cabello suelto, aire libre y tragos con poco alcohol. Sin embargo, su prima era una mujer europea, de mundo, modistas exclusivas, cientos y cientos de increíbles zapatos, viajes a islas paradisíacas y joyas.

Una vez más la vio girar sobre sí misma frente al enorme espejo para mirarse desde todos los ángulos. Su vestido era largo, con una elegante combinación de crepe y encaje, en obligado borgoña intenso. El cuerpo con escote barco presentaba sutiles transparencias y enmarcaba su talle con un cinturón de moño. La falda de estilo sirena mostraba un precioso dibujo de encaje que partía de la cintura y que embellecía la parte trasera del exclusivo modelo.

La combinación del maquillaje, las joyas, el peinado recogido y los maravillosos zapatos era explosiva.

Y así se lo dijo Jaclyn Harrogate, la super famosa modista y amiga de su prima, quien desde el Ipad daba grititos de alegría.

—¡Hermosa de la cabeza a los pies, mi amiga! ¡De ensueño! —repetía mil veces—. Lástima que Jenny no haya podido quedarse a ver tu desfile. Ya le mostraré fotos. ¿A ti qué te parece?

—Perfecto, Jackie, totalmente perfecto —se entusiasmó Deniz. Y miró a Dixie—: ¿Tú qué opinas, prima?

—Estás preciosa —respondió Dix emocionada.

—Ahora que ya estoy lista, sigues tú —le informó Deniz. Y Dixie se miró al lado de ella en el espejo, maquillada ya, con el cabello semi recogido en una cascada de bucles perfectamente ubicados para simular un descuido natural, y su vestido. Miró a Niz sin entender y

ella agregó—: Ay, prima, perdona, pero ese vestido es tan... básico.

—De mercado —agregó la conocida diseñadora vía Internet y frunciendo el ceño con desagrado.

—Eso dijo tu cuñada —comentó Dixie con poco entusiasmo, mirando a Deniz.

—Ya quisiera ella serlo... Pero no te preocupes. Mi buena amiga Juliet bajo las atentas sugerencias de Jackie, que es la diosa de la aguja y el buen gusto, te aclaro, diseñaron un vestido para ti.

—¿Para mí? —se asombró Dixie—. Pero... ¿cuándo?, ¿en qué momento?

—Mientras tú jugabas a ser modelo con Damla —le respondió Juliet tomándola de la mano y ayudándola a quitarse el que llevaba puesto.

Dixie no pudo decir una sola palabra después de haber visto el diseño que habían preparado para ella. Era un vestido de un color borgoña un poco más claro que el de Niz, con amplio escote en la espalda, hecho de tul y encaje de estilo sirena. El cuerpo, con un escote barco transparente, estaba decorado con aplicaciones de encaje que parecían trepar por su pecho. Tenía un gran escote redondeado en la espalda y una falda con godets de tul.

El cambio fue sorprendente.

Por un momento Deniz sintió que su prima iba a quitarle todas las miradas porque fabulosa era un adjetivo que se quedaba corto para describirla. Deniz giró el Ipad para que Jaclyn la viera y se escuchó un suspiro de asombro por parte de la elegante dama, quien llamó a su marido.

—Mao, ven rápido. Quiero que veas qué hermoso quedó el vestido que te conté que hicimos en secreto y bajo las medidas a ojo —y le mostró a la hermosa mujer que lo llevaba puesto.

—Caramba... —dijo el hombre con una sonrisa—. Menos mal que estoy muy enamorado de ti porque si no cruzaba el Atlántico para ir detrás de esa mujer —aseguró el magnífico ejemplar de hombre que había conquistado a Jaclyn desde hacía varios años y a quien adoraba.

Todas rieron y Dixie se ruborizó. Jaclyn las miró antes de despedirse y les dijo...

—Dixie, sé que esta noche vas a hacer estragos en esa fiesta, así

que te advierto algo... —e hizo una pausa teatral—. Quiero hacer tu vestido de bodas cuando elijas al mejor candidato.

Todas rieron una vez más. Salvo ella que sabía que el único al que quería enloquecer esa noche estaría del brazo de otra mujer.

Deniz vio el mensaje escueto de su hermano y apuró a su prima. Ya todos estaban abajo.

Dixie caminó por el cuarto en silencio. El balanceo de las caderas, el susurro seductor de sus faldas, la hacían sentir más femenina que nunca, y la idea de torturar a su primo con eso, puso una sonrisa de irónica diversión en sus labios.

Deniz fue por Damla y le dijo que la vería abajo, en la mesa principal.

Y Dixie se encontró sola en el pasillo, nerviosa, con las manos agitadas y el corazón a punto de salirse del pecho.

Enfiló hacia las escaleras y las bajó lentamente. Trató de identificar el torbellino de emociones que giraban dentro suyo, pero fue un esfuerzo inútil. Al notar todas las miradas en ella, tuvo la sensación de encontrarse dentro de un cuento de hadas, donde era la protagonista adorable y la más bella.

Todos quedaron en absoluto silencio cuando la vieron bajar. Muchos no la conocían aún y se preguntaban de dónde había salido tan celestial criatura.

Ahmed se acercó con pasos lentos hacia la escalera, dejando a Cloé en medio del salón, sola. ¿Cómo iba a hacer él para mantenerse alejado de esa adorable mujer? ¿Cómo, cuando la realidad era que no lo deseaba?

No podía dejar de observarla ni un instante. Entonces descubrió que no había sido la belleza de Dixie lo que había logrado penetrar en esa coraza con la que él se había protegido de ella durante tanto tiempo. Admitió que la belleza de Dixie era refinada y elegante. Pero la verdad era que ella, con su dorado cabello salvaje, sus rasgos expresivos y el color de ojos de una laguna escondida, iban más allá de la belleza, pensó él.

Era excitante. Intrigante. Vivaz. Había un encanto inocente en ella, tan cautivador que él jamás lo habría imaginado.

Todos los demás hombres del mundo tendrían que ir a otra parte a

buscar compañía femenina, especialmente Richard y Gerard, porque él la quería a ella y no permitiría que ninguno se le acercase mientras él fuera víctima de su hechizo ya que seguía bajo la influencia de la pasión y la fascinación.

Dixie era una mujer para ser exhibida y consentida.

Ahmed se acercó al borde de la escalera y le tendió la mano. Ella lo observó directamente a los ojos, desafiante. Aceptó su mano sólo porque gran cantidad de ojos estaban posados en ellos.

—Estás tan hermosa esta noche que te secuestraría para poder disfrutarte solo yo —le dijo él casi en un susurro.

—Tú también te ves muy bien... totalmente apto para convertirte en secuestrador —murmuró ella sin dejar de sonreírle al resto.

—No me tientes —murmuró él mientras caminaban lentamente hacia la mesa.

—Llevemos la fiesta en paz —dijo ella sin dejar de sonreír—. Pero te advierto que si sigues mirándome así no podré mantener la calma.

—No me tientes porque sabes que yo quiero arder hasta consumirme en todos tus infiernos —la azuzó Med en el mismo tono bajo.

—Lo que más amo de tu infierno es que lo desatas únicamente conmigo.

—¡Qué segura estás de que sólo tú desatas mis demonios!

—Obvio —remarcó ella mientras llegaban hasta la mesa—. Pero nosotros jugamos en un infierno personal y arrebatado. El otro infierno es el que te buscas al estar junto a esa —le recordó señalando a Cloé con la cabeza—. Porque no hay peor infierno que estar con alguien a quien no amas.

—En mi infierno y contigo en cualquier posición estaría mejor que en este lugar y con ella —murmuró él sin que nadie más que ella lo oyera.

—Mi posición favorita es entre tu infierno y la pared —lo provocó ella en el mismo tono y se perdió en sus ojos antes de dejarse invadir por los demás que estaban allí—. Exactamente como estuvimos hace un rato.

El hombre la miró sin sonreír. No podía expresar el volcán que sentía en su interior.



Por la siguiente hora casi no intercambiaron palabra alguna ya que todos los presentes se acercaron a saludarlos y ella trató de memorizar los cientos de nombres que eran pronunciados. Se separaron en medio de tanta gente y ella se vio rodeada por el brazo de Richard que reclamaba atención.

—Con pecados como tú cualquiera se rinde a la tentación —y le dio un suave beso en la mejilla.

Dixie sonrió. Ese hombre tenía el don de la palabra sensual.

—¿Ahora te autoproclamas pecador?

—Sólo ante ti, porque siempre me tientas —y acercándose con la nariz a su oído, murmuró—: Tú tan tentación, yo tan pecador...

Ahmed acababa de fijar los ojos en la actitud de su amigo y estaba a punto de dirigirse con paso apresurado hasta ellos cuando su hermana le ahorró el viaje.

—Richard, ¿nos disculpas? —y se la llevó hacia la mesa de tragos.

—¿Sucede algo? —indagó Dix al ver a su prima tan nerviosa.

—Mi madre me sentó al lado de Jeff y ubicó en frente nuestro a Sarket.

—¡Perra! —exclamó ella con rabia y luego se disculpó—: Lo siento, es tu madre, pero es la verdad.

—Sí, perra total —confirmó su prima—. Lo hace con maldad.

—Supongo que deberías haber hablado con ella acerca de la relación que llevas con Sarket. Y con Jeff también —le reclamó con suavidad Dixie.

—No ha habido tiempo para nada —se justificó Niz—. Sé que debía haberme reunido con Jeff para dejar las cosas en claro y que la que está en falta soy yo, pero mi madre actuó de mala fe.

—Como si le costara poco, ¿no?

—El problema ahora es... ¿qué voy a hacer? —le preguntó Deniz.

En otra parte del salón, Gina y Cloé murmuraban juntas sin dejar de observar a las primas que tanto detestaban.

—¡No puedo creer que vistan dos modelos exclusivos de Jackie Harrogate! —exclamó con rabia Cloé—. Hace rato que vengo intentando que me diseñe un modelo a mí y ni siquiera me atienden sus colaboradores.

—¿Cómo hizo Deniz entonces? —indagó su amiga con asombro—.

Porque debe haber sido ella la que los consiguió.

—Lógicamente. La primita es una gata del montón sin dinero ni clase —la despreció Cloé—. Por más que estemos fantásticas salta en evidencia que los vestidos de ellas tienen más glamour que los nuestros. Escuché por ahí que Deniz y Jackie se conocieron hace un tiempo en un evento y se hicieron amigas. ¡Agggggg, cada día la detesto más a mi cuñadita esmirriada!

—Deberías ser más lista y tratar de hacerte amiga —le sugirió Gina—, pero sólo de mentira porque si no me pongo celosa.

—No puedo ser su amiga porque la odio. Y tú tienes que odiarla también. Mientras odiamos a las mismas zorras, seguiremos siendo las mejores amigas.

—Ok, pero no me has dicho por qué la odiamos.

—Una verdadera amiga odia a quien tú odias sin importar el por qué.

Gina la codeó en forma disimulada.

—Mira quién llegó, la desgarbada secretaria de tu amorcito.

—Ay, por Dios, mira que es bien fea la pobre —se quejó Cloé frunciendo el ceño—. Y se viste tan horribilmente mal. Ven, vamos a divertirnos un rato —le dijo tomándola del brazo y acercándose a Aimeé—. Hola, querida, no creí que estuvieras invitada a un evento tan exclusivo —le dijo a la secretaria con desprecio.

Aimeé la miró en silencio antes de responder.

—Me invitó el señor Ahmed.

—Claro, Med siempre quiere quedar bien con los empleados —comentó Cloé a Gina frunciendo el ceño—. ¿De quién es el modelito que llevas? No reconozco la marca —le preguntó aguantándose la risa.

Aimeé pasó sus manos por el vestido básico que llevaba, consciente de la simpleza de su atuendo ante la hermosura de las prendas de las dos amigas.

—No reconoces la marca porque no la tiene, amiga —rio Gina.

—Si sabías que ibas a venir con un modelito tan... simple, al menos te hubieras peinado y maquillado bien —la aconsejó Cloé—. No, linda, andar por la vida sin peinarte y sin maquillarte, es un lujo que solo las guapas podemos darnos. Tú no.

—Las guapas hasta de coleta mal hecha nos vemos chic. Tú, no —la

acicateó Gina, haciendo alusión a su peinado.

La joven no podía contestar ninguna de las arremetidas de las dos mujeres, nunca estaba a la altura de sus agresiones ni se defendía. Necesitaba cuidar su trabajo y temía que Ahmed Tarik la despidiera si confrontaba con su prometida.

Pero volvió a tener la suerte de que Deniz y Dixie se dieran cuenta de que algo sucedía. Las jóvenes se acercaron a ellas, saludando con un beso a Aimeé y elogiando lo bien que le sentaba el color borgoña a su tono de piel.

Cloé, cansada de los comentarios de las primas, comentó:

—No veo la necesidad de adularla tanto. Es básica, sin gusto, sosa, invisible y debería haberse quedado en su casa.

Deniz contuvo a Dixie sujetando su brazo porque su prima estaba más que dispuesta a saltarle a la yugular a la desubicada. Pero no pudo detener su lengua.

—¡Qué endiabladamente mala eres! —exclamó Dixie entre dientes—. Busca en tu clóset tu ropa más bonita porque hoy te voy a mandar a la mierda.

—Dix... —la detuvo su prima—. No vale la pena.

—Ah, no, cierto... —aclaró Dixie con ironía—. Te mandaré a la mierda, pero ni allá te quieren ver.

—Vaya, sí que tienes un problema de actitud —la apuró Cloé sonriendo.

—Señorita Dixie, por favor... —le rogó Aimeé tratando de no llorar—. No hace falta que discuta por mí. Ya estoy acostumbrada.

—Ni sueñes que vamos a dejar que estas zorras sigan lastimándote, querida —le dijo Deniz sin dejar de fingir una sonrisa por si alguien las estaba observando—. Sólo que mi prima debe entender que no es el momento ni el lugar para hacer un escándalo.

—No te preocupes, Niz. Voy a comportarme... por el momento —la tranquilizó Dixie con la misma fingida sonrisa—. Soy una dama.

—El problema es que actúas como dama frente a los demás, pero todos sabemos que eres una zorra —la provocó nuevamente Cloé, deseando que la mujer se extralimitara y quedara expuesta ante los demás.

—Soy una dama excepto cuando me molesto, porque entonces me

convierto en una bruja del demonio, una perra sádica salida de las entrañas del infierno que te hará desear no haber nacido —la amenazó Dixie sin dejar de sonreír.

Cualquiera que las observara diría que estaban manteniendo una amena conversación a pesar de la sonrisa falsa.

—Vamos, reconoce que te caigo mal porque soy la mujer que tu «primo» se lleva a la cama todas las noches —siguió provocando la mujer.

—Estás equivocada —la corrigió Dixie—. No me caes mal, solo me emputa que respires. Ah, y eso de que te lo llevas a la cama todas las noches...

Deniz la detuvo de un tirón en el brazo.

—Basta, Dix.

—Ni todas las noches, ni todas las tardes, ni hace un rato —sonrió Dixie con deleite—. Ni contra la pared, ni en la ducha ni aquí en su cuarto.

Deniz aprovechó el silencio de la prometida de su hermano y el estupor de la amiga para empujar a su prima y hacerle señas a Aimeé de que las siguiera, llevándolas hasta uno de los baños de damas.

Revisó que no hubiera nadie antes de hablar.

—¡Dixie! Cada vez que te cruzas con ella no haces otra cosa más que tirarle en cara que mi hermano se acuesta contigo —se quejó Deniz con fastidio—. Entiendo que esa zorra te saca de quicio, a mí me pasa lo mismo, pero tampoco es para que mientas cuando discuten. Hay mentiras que no pueden sostenerse.

—¿Quién dijo que miento? —indagó Dixie mirándola a través del espejo.

Las tres mujeres se miraron unos segundos en silencio. Aimeé seguía sin acotar nada.

—Pues... —dudó Deniz— Lo digo porque pienso que si fuera cierto tú hubieras venido a mí y me hubieras dicho: Niz, me acuesto con tu hermano. Y no lo has hecho.

—Niz, me acuesto con tu hermano —le dijo Dixie con sencillez, agregando—: Y no te lo dije porque estabas ocupada con tu querido Sarket.

Deniz cubrió su exclamación de asombro con una mano. Aimeé

sonrió con aprobación.

—Entonces... es cierto.

—Es cierto —le confirmó Dixie.

—Y... ¿desde cuándo? ¿Cuántas veces? ¿Cómo pasó? —preguntó en forma de ametralladora ante la sorpresa.

—Bueno, desde hoy, aunque creo que imaginas que Ahmed fue el primer hombre de mi vida. Tuvimos relaciones ese último verano que pasé aquí, cuando yo tenía 15 años —le contestó su prima—. A ver las veces... hoy fueron tres, pero...

—Sssshhh... —la calló Deniz—. No quise preguntar eso, lo siento. Perdona. Es que me tomaste por sorpresa.

—Creo que yo debería irme para que hablaran tranquilas —les dijo Aimeé, sintiendo que no debía escuchar esa conversación.

—No, por favor, quédate —le dijo Dixie con una sonrisa—. Eres de total confianza —y luego habló con su prima—. Lamento haberte sorprendido así y también lamento la forma en que hablo con esa... estúpida, pero logra sacarme de mis casillas con demasiada facilidad. Prometo que otro día nos sentamos a hablar y te cuento todo lo que me pasa y me ha pasado desde hace años. Ahora tenemos algo que hacer con esta buena amiga.

Y miró a Aimeé.

—Querida, eres una mujer muy bella pero no sabes cómo resaltar tus encantos —le dijo Deniz con cariño.

—En la semana iremos de compras —le dijo Dixie en el mismo tono—. Vamos a encontrar tu estilo y te vamos a ayudar a mostrarte y venderte mejor. Porque eres eficiente, inteligente, ordenada y profesional, pero tienes que verte como tal.

—¿Serían capaces de ayudarme? —se sorprendió la joven.

—Obvio que sí —respondieron ambas.

—Gracias —les dijo de corazón—. Este mal día al final me trajo algo bueno.

—De malos días se construyen las armaduras —le dijo Dixie con una sonrisa—. Y quédate tranquila... Cloé no volverá a molestarte.

—Nunca más —le confirmó Deniz—. Sólo tiene que darte pena. A quien actúa con maldad hay que desearle suerte... tarde o temprano la necesitará. Por ahora, deja que le mande un mensaje a mis *beauty*

chicas y ve a mi habitación —le dijo mientras mandaba mensajes con su celular—. Te van a maquillar y a peinar en forma adecuada. No importa la simpleza del atuendo sino cómo lo complementas. Te esperamos en el salón.

Aimeé les agradeció y partió hacia la habitación de Deniz mientras las dos primas se miraban una vez más por el espejo.

—¿Estás enamorada de Ahmed?

—Lo amo, contra todo pronóstico —le confesó Dixie en voz baja—. Y por más que he intentado quitarlo de mi corazón, veinte años no han podido contra la calidez de sus manos al tocarme. Porque cuando estoy con él siento que estoy en casa. Por eso lo amo. Aunque luche contra todo, lo amo.

Deniz la abrazó en silencio, sabiendo que nada sería nunca fácil entre ellos. Dixie se dejó abrazar en silencio, sabiendo que a pesar de mostrarse fuerte nada sería nunca fácil de enfrentar con Ahmed.

Ese abrazo sería el primero de muchos que luego se verían teñidos de dolor...

\*\*\*

Ahmed no la perdía de vista ni un minuto a pesar de estar atendiendo a clientes, socios comerciales y conocidos. Siempre sonreía a todos pero la mente estaba en otra parte, tratando de encontrarla, de ver quién se le acercaba. No iba a ser una buena noche si comenzaba de forma tan desesperada.

Cuando Sarket se le acercó, se miraron sin cruzar palabra, ambos atentos a todos aquellos que los solicitaban.

—Deja de buscarla una y otra vez —le dijo su amigo en voz baja.

—No la estoy buscando —negó Med.

—Seguro.

—¿Tan obvio es?

—Sólo para quienes te conocemos bien —respondió su amigo

recibiendo un apretón de manos de un conocido capataz de la zona—. Nuestras chicas son las más bellas de la fiesta, ¿no? —comentó embobado observando a Deniz y a Dixie que regresaban juntas del baño.

—¿Nuestras chicas? —se sorprendió Ahmed—. Una de ellas es mi hermana y aún no acabo de aceptarte como cuñado. Y la otra...

—La otra te roba el aliento.

Med la contempló una vez más y sus miradas se cruzaron. Sin palabras, a los dos les quedó claro que los alrededores se desdibujaban cuando se encontraban unidos por los ojos. Sarket lo volvió a la realidad.

—¿Pudiste hablar con Dixie?

—Lo intenté.

—¿Estaba ocupada?

—No.

—¿Discutieron?

—No.

Sarket se impacientó.

—Deja de jugar a los acertijos. ¿Por qué no hablaste con ella como dijiste que harías? —lo apuró su amigo.

—Porque lo único que pude hacer fue poseerla contra la pared de su habitación —le respondió Med mientras saludaba a uno de sus vecinos.

Cuando volvieron a quedar solos...

—Me dejaste sin palabras —le confesó Sark—. No hay solución si sigues comportándote así.

—Lo sé —aceptó Ahmed pasándose la mano por el cabello—. Pero es tremendo el deseo que me arrastra cuando me encuentro a solas con ella, como si quisiera recuperar las sábanas perdidas en estos veinte años.

—Entonces empieza a hacer cálculos de tus inversiones para ver cómo harás con las pérdidas económicas que representará separarte de la alianza que forjaste con Carl Regend —le sugirió duramente su mejor amigo.

—Nadie dijo que tenga que llegar tan lejos. No habrá problemas con mi suegro, quédate tranquilo— lo corrigió Ahmed con arrogancia.

—Yo no tengo que quedarme tranquilo, para nada. El problema es tuyo —le aclaró Sarket en el mismo tono soberbio.

—Es verdad. Tu problema es ver cómo le haces para mantenerte incólume ante los avances de Jeff sobre Deniz cuando mi madre lo sentó al lado de mi hermana y dudo que ella haya tenido tiempo de aclararle al hombre que entre ellos no hay ni habrá nunca nada más —Ahmed observó los sutiles cambios en las facciones de su amigo, tan poco demostrativo para algunos—. Ah, asumo por tu cara que no te habías dado cuenta todavía.

—No.

—Sé que eres equilibrado y que generalmente controlas tus sentimientos y arrebatos pero... —Med hizo una pausa y Sarket lo observó—: Intenta no entrar en el juego de mi madre.

—Sabré comportarme, no te preocupes.

—Tu sí, él... no sé. Y probablemente Cloé, Gina y mi madre, no.

Se miraron en silencio.

A unos pasos de ellos, Berk y Ariadna socializaban con los invitados, mostrándose juntos aunque todos sabían que hacía ya mucho tiempo que no eran un matrimonio más que de apariencia y sólo para los eventos comerciales.

—¡Hermosa mesa armaste! —exclamó con ironía Berk.

—Otro más que se queja —comentó ella fingiendo fastidio—. A ti y a tus hijos nadie los entiende. Al mediodía se molestaron porque había pedido una mesa exclusivamente familiar y dijeron que yo era selecta. Ahora que incluí a todos y cada uno de los caprichos que tienen, se quejan porque no quieren fraternizar. Lo lamento... Esta noche tendrán que verse las caras sí o sí.

—Te encanta generar disturbios.

—Para nada —dijo ella haciéndose la santa.

—Nadie se traga tu postura de paz y amor —le aclaró el hombre—. Sea lo que sea que estés tramando, ten cuidado. Puede explotar en tu propia cara.

Y la dejó sola, mientras se reunía con Carl Regend, con quien trataría algunos temas comerciales. La mujer buscó con la vista a sus hijos, pero sólo pudo detectar a Cloé, a Gina y a Richard, que conversaban cerca de ella.



—¿No piensas decirme nada? —le preguntó Gina al hombre mientras giraba sobre sus tacones en forma sensual.

—Bella, como siempre —respondió Richie con galantería pero sin dejar de buscar a Dixie con la mirada.

—¿Sólo eso? —insistió la joven haciendo un mohín y acariciando su brazo.

—Eres una mujer hermosa, Gina, y lo sabes —la conformó él—. Como también sabes que lo nuestro terminó hace tiempo.

—¿Porque ahora andas detrás de la empleadita del mes? —indagó Cloé bebiendo champagne—. A ver si te la llevas a la cama de una vez así deja de andar de buscona con mi prometido.

—No sé si ella es la buscona o él el interesado en arruinarme los planes para quedarse con la dama —comentó Richard con una sonrisa.

—No seas ridículo —lo acicateó Cloé con rabia—. Ella es la que no deja de intentar arrastrarlo a sus brazos.

—Tenemos distintos puntos de vista —aclaró el hombre con una mueca—. De todas maneras sigo tratando pero mi amigo interfiere cada vez que puede.

—Hoy me dijo que te la entregaría en bandeja de plata.

—¿Y tú le creíste? —rio Richard con gracia—. Si dijo eso es porque él ya se sacó las ganas... te lo aseguro.

—Basta de tonterías —minimizó Cloé.

—No sé si es una tontería —comentó Gina pensativa—. Porque ella dijo que se acostaba con tu hombre, ¿lo recuerdas?

Cloé la taladró con la mirada. Richard los encontró juntos en la mesa de tragos, fingiendo que no se hablaban, pero en una actitud sospechosa según su criterio. Estaban uno al lado del otro sin tocarse, aparentemente sin tomarse en cuenta. Aparentemente.

—Tu cuello es perfecto para mis besos —le dijo Ahmed voz baja y sin mirarla.

Dixie sonrió mientras esperaba que le dieran su trago.

—Me gusta cuando me seduces y no soy capaz de responder sin que se note lo que provocas —respondió en el mismo tono.

—Me seduce seducirte —sonrió él levemente, alcanzándole una copa de champagne y esperando por el vino que había pedido—. Tú

pon la piel, yo me encargo de llenarte la noche de besos.

—Tú pon los besos, yo me encargo del infierno —lo apuró ella recibiendo la copa con una sonrisa de agradecimiento.

Ahmed agradeció el vino y se quedó junto a ella, tratando de pasar desapercibido aun sabiendo todas las miradas que estarían puestas en ellos.

—Necesito que regreses a mi cuarto y me dejes cumplir con las fantasías que tengo en mi mente.

—Me gustaría saber qué tramas al desear llevarme otra vez a tu habitación —dijo ella perversamente, bebiendo un poco—. Quiero ser esa fantasía que guardas en tu mente y convertirte en esclavo de las mías.

—Me voy a encargar de que cumplamos todas mis fantasías... y las tuyas también —le dijo el hombre devorándola con la mirada.

Ella iba a contestar cuando Cloé se colgó del brazo de Ahmed y el hechizo se rompió...

—Amor, vamos a la mesa ya.

Richard rodeó la perfecta cintura de Dixie y le susurró al oído...

—Hueles siempre tan bien...

—Será mi perfume —respondió ella sintiéndose incómoda ante la mirada fastidiada de Ahmed.

—Te perfumaste para el hombre equivocado —le dijo él, mirando hacia Ahmed y acompañando a Dixie hacia la mesa.

La noche comenzaba a complicarse.

Se había declarado la guerra...

\*\*\*

Estaban ocupando cada uno su lugar en la mesa cuando Sarket le susurró a Deniz, quien trataba de no mirarlo...

—Tranquila.

Ella sonrió levemente y se sentó al lado de Jeff quien la sorprendió dándole un breve beso en los labios.

—La más hermosa de la noche, sin duda —le dijo el hombre.

Deniz evitó mirar a Sark, quien con toda seguridad había visto el gesto.

Ariadna y Berk encabezaban la mesa. A la izquierda de Ariadna se ubicaban Jeff, Deniz, Richard, Dixie y luego Damla, que quedaba a la derecha de su abuelo. A la izquierda de Berk estaban Gerard, Ahmed, Cloé, Sark y Gina, que quedaba a la derecha de Ariadna. Deniz frente a Sarket. Dixie frente a Ahmed.

Sería una cena intolerable.

—La reina preside la mesa —anunció Jeff riendo con Ariadna. Y agregó en complicidad—: Agradezco que me pusieras a tu lado y no al lado del príncipe consorte. Tú eres mi preferida.

—Siempre tan adulator mi yerno —respondió ella en voz alta, apoyando la mano sobre su brazo.

Gina acotó haciéndose la tonta, lo cual le salía muy bien...

—Ay, esta fiesta es una vorágine. En el piso de arriba me rumorearon que estabas libre porque Deniz andaba liada con un empleaducho —le dijo a Jeff, quien la miró sin comprender—. Pero veo que no. ¡Lástima! Te creía disponible para quien supiera apreciarte mejor.

Jeff miró a Deniz.

—¿De qué habla?

—Es de mala educación hablar con la cabeza vacía —respondió Niz sin dejar de mirar a Gina—. Pobrecita.

Del otro lado de la mesa se escuchó con claridad la voz de Damla...

—Tía Dix, sé que debería decir que la más hermosa de la fiesta es mi mamá pero... —hizo una pausa cómplice—. Definitivamente eres tú.

Dixie rio divertida. Sabía de la magnífica relación que había entablado con la hija de Deniz y de cuánto habían comenzado a quererse. Ahmed esbozó una sonrisa cuando Dix le susurró a su sobrina.

—¿Te has mirado en el espejo? La más hermosa eres tú, sin lugar a dudas. Yo ya estoy vieja para competir con la belleza del lugar.

—Vamos, tía. Sabes que tengo razón —rio también Damla.

—Y sigues con eso de tía de aquí, tía de allá —se quejó Cloé,

bufando con rabia—. Ella no es tu tía. Tu tía soy YO.

Damla abrió la boca para contestarle pero Ahmed se le anticipó.

—Mi sobrina puede llamar a Dixie como quiera. Si ha logrado el cariño de la niña en tiempo record, tanto como para considerarla una tía que la llame tía —dijo alzando un hombro y continuando con la comida.

—Te faltó agregar que yo nunca voy a considerar a Cloé como una tía, tío —acotó Damla con fastidio—. No me importa que tú la elijas, aunque no es la primera vez que te digo que algo en tu cabeza está fallando.

Cloé abrió los ojos y Dixie contuvo la risa.

—Mocosa maleducada... —empezó Cloé casi sin darse cuenta.

—Mamá —gritó Damla desde su sitio—, esta «mujer» me llamó mocosa maleducada.

Deniz frunció el ceño, molesta.

—¿Cómo? —indagó desde su lugar.

—Me lo dijo porque le recordé a mi tío que no entiendo qué hace con alguien como ella y porque le molesta que llame tía a Dixie —y luego miró a Cloé antes de agregar—: Todavía no entiendo cómo mi tío no se dio cuenta de que Dixie es la mujer ideal para él y no tú, que no haces nada productivo con tu vida.

Dixie apretó levemente el brazo de Damla y le susurró que no siguiera.

—Diciéndote maleducada me he quedado corta, pequeño demonio —murmuró Cloé entre dientes.

—Damla, no puedes hablar así a un adulto —la corrigió Berk con firmeza aunque en el fondo estaba de acuerdo con la niña.

—¿Así educas a tu hija? —la acicateó Ariadna— Es una vergüenza la forma en que se dirige a la prometida y futura mujer de tu hermano.

—He educado a mi hija para que exprese su pensamiento en forma libre pero respetuosa —le aclaró Deniz—. Que a los demás no les guste escuchar la verdad no me hace mala madre ni a ella una maleducada.

—Amor, debes reconocer que no es forma de dirigirse a un miembro de la familia —acotó Jeff—. Deberías ponerte más firme y buscar alguna forma de castigo cuando la niña se desubica.

Sarket cerró la boca con rabia. No quería verse involucrado.

—¿Qué estás queriendo decir, Jeff? —lo apuró Deniz.

—Quiere decir que empieces a controlar a esta mocosa antes de que se te escape de las manos —le aclaró Cloé—. Bueno, ya se te escapó, es obvio.

—Basta, Cloé —la amenazó Ahmed sin mirarla.

—¿Me estás haciendo callar? ¿Acaso no te das cuenta de las cosas que está diciendo tu sobrinita?

—¿La verdad? —acicateó Dixie sin poder contenerse.

—No entiendo por qué te metes en un tema familiar —respondió Cloé sin poder contenerse.

—¿Seguro que este silencio que encontré no es tuyo? Porque te vendría bastante bien —continuó Dixie.

—Aquí se nota la diferencia entre tú y yo —comentó Cloé con una sonrisa fingida—. No tienes altura siquiera para insultarme.

—¿Insultarte? —rio Dixie—. Cuando te insulte lo voy a hacer con tanta educación que no sabrás si llorar o aplaudirme.

—Igual de beligerante que la madre —dejó deslizar Ariadna con rencor.

—Porque tu adorada casi nuerita es un dechado de virtudes... —aventuró Deniz en el mismo tono.

—Cloé, amiga, no entiendo cómo discutes con una niña por eso cuando se te pasa por alto que te está boicoteando con tu prometido —le recordó Gina. Era tonta pero no se le escapaba nada.

—A ver si al menos tú la ubicas, mi amor —se quejó Cloé llamando la atención de Ahmed.

—Damla, ya sabes que mi prometida es Cloé —le dijo su tío, presionado por la situación, mirándola con desaprobación—. Si tú no puedes llevarte bien con ella, lo entiendo. Pero no por eso tienes que hacer comentarios acerca de mí y Dixie. Entre nosotros nunca podrá haber nada porque somos primos y en este momento sólo nos une una relación laboral. La única mujer que me interesa es Cloé. Sé que te has encariñado con Dixie rápidamente, pero ya ves... no hay ni habrá nada entre nosotros —ni él mismo podía creer lo que estaba diciendo ni el tono neutro que usaba—. Así que no hagas más comentarios como el de recién, ¿entendido?

Damla miró a su tío con dolor y luego a Dixie, antes de ponerse de pie y alejarse a toda prisa hacia el tocador. Dixie se disculpó y también se puso de pie haciéndole un gesto a Deniz de que ella se haría cargo, no sin antes dejar un comentario soez en la mesa.

—¿A la desubicada de tu prometida también le vas a llamar la atención por discutir con una niña y ponerse a su altura?

—Esa es la diferencia entre tú y yo —la paró en seco Cloé, envalentonada con el comentario de Ahmed—. Sé darme mi lugar.

Dixie sonrió con ironía y lanzó su último proyectil del momento antes de seguir a Damla al tocador...

—Querida, la diferencia entre tú y yo se llama inteligencia: la que yo tengo y la que a ti te falta.

Y dejó atrás la mesa, donde los comentarios de todos se mezclaron entre el asombro y el enojo. Las miradas de muchos hombres la siguieron en admirada pleitesía, lo cual enojó aún más a Ahmed que se reprochaba en silencio el comentario desagradable que había herido a su sobrina.

Se puso de pie también para seguirla, pero Cloé lo detuvo del brazo.

—¿A dónde vas?

—A ver a Damla.

—Vas a verla a ella.

—No seas infantil —se quejó liberándose de su mano y siguiendo el camino de Dixie al tocador.

Ariadna miró a Berk. Éste alzó los hombros.

El sector donde se encontraban los tocadores tenía un *hall* central alfombrado y con algunos sillones. Allí descubrió Ahmed a Dixie, sentada hablando con Damla, quien estaba ofuscada y triste. Ninguna de las dos lo vio acercarse pero él se detuvo lo suficientemente cerca como para escuchar lo que hablaban...

—Tía, lo lamento, de veras —se disculpaba la niña—. No quería parecer maleducada pero esa tipa me saca.

—Tienes que aprender a controlar tus comentarios porque eres pequeña para enfrentarte con un adulto de esa manera. Tu madre te defendió pero no creo que esté orgullosa por la forma en que te comportaste —la retó ella con cariño.

—La odio. Odio a esa mujer desagradable y no puedo creer que mi tío esté con ella ni que piensen en casarse —le dijo apretando los dientes—. No va a hacerlo feliz. Tú sabes que no.

Dixie respiró hondo.

—Dama, amor, a veces en la vida te va a suceder que no te caiga bien la pareja de alguien que ames. Pero no por eso...

—¡No es simplemente alguien que amo! ¡Es mi tío! ¡Mi favorito! ¡A quien yo más quiero en el mundo después de mi mamá! —exclamó echándose a llorar—. ¡Cómo pudo decirme todas esas cosas defendiéndola a ella!

—Tal vez porque la forma en que te expresaste no era la correcta.

—¿Acaso mentí? ¿Acaso no piensas igual que yo, que ella no va a hacerlo feliz como podrías hacerlo tú?

Ahmed se puso rígido. No sabía si quería seguir allí, escuchando esa conversación.

A Dixie se le aceleró la respiración. No quería mentirle a la niña pero tampoco podía ilusionarla confesándole que pensaba exactamente igual que ella.

—Amor, tu tío y yo nos enamoramos hace mucho, mucho tiempo. Algunas personas nos separaron y no volvimos a vernos por veinte años. Durante ese tiempo, los dos seguimos con nuestra vida y estamos al lado de otras personas —la corrigió ella con la mayor dulzura del mundo.

—Yo sé que ustedes dos aún se aman —dijo la niña con convicción.

Med cerró los ojos. Dixie se mordió los labios.

—Nos queremos porque somos familia, pero...

—No me mientas, por favor —le suplicó con algunas lágrimas en los ojos—. Sé que soy pequeña pero puedo darme cuenta de muchas cosas que suceden a mi alrededor. Sé que mis abuelos hace muchos años que no se aman. Sé que mi madre se dio cuenta al fin de que está enamorada de Sarket y que él siempre la ha mirado de una manera especial. Sé que Aimeé se muere por Richard aunque él sea un mujeriego. Sé que Jeff ama a mi madre aunque él sabe que no le corresponde. Sé que mi tío no ama a Cloé y, por la forma en que te mira, sé que se muere por ti.

—Vaya... —comentó Dixie, asombrada—. Eres bastante perceptiva.

—También sé que se te acelera el corazón cuando ves venir a mi tío, los ojos te brillan y te sonrojas. Y también sé que a tu lado se lo ve feliz y distendido, que se lo nota auténtico. Porque mi tío era otro hombre antes de que llegaras tú.

—Damla...

—Y me gusta ese hombre que es cuando está a tu lado.

—Yo...

—Ámalo. Sólo tú puedes devolverle la sonrisa.

Ahmed sintió que se quedaba sin aire. ¿Desde cuándo esa niña se había vuelto tan perspicaz?

Algo en el aire hizo que las dos se dieran vuelta y descubrieran a Ahmed.

Damla se secó las lágrimas y corrió a abrazarlo. Dixie se puso de pie y se sorprendió al ver la mirada dura de él.

Ahmed la miró fijamente. Su expresión no cambió, ni siquiera ante las dagas que le arrojaban los ojos azul de mar de la muchacha. ¡Qué bonita era la condenada! ¡Con esos ojos absolutamente deslumbrantes!

Ella pasó al lado de los dos sin decir nada, volviendo a su lugar en la mesa sin hacer ningún comentario. Le guiñó un ojo a Deniz, que se tranquilizó y se agregó a la conversación de Gerard con Richard acerca de las inseminaciones que estaban realizando en el laboratorio.

—Imagino que te encantará sumarte al equipo, Dixie —le dijo Gerard minutos después, con una gran sonrisa—. Sólo basta que organicemos algunos horarios entre tu trabajo aquí y el tiempo de investigación.

—Sí, por supuesto —le dijo ella sonriendo levemente, aún tocada por las palabras de Damla—. Esta semana podemos armar un organigrama que me permita trabajar en el laboratorio, que es una de las razones por las cuales viajé hasta aquí.

—Creí que venías a reconquistar a tu amor de la adolescencia —comentó Gina con sarcasmo—. Veo que también era por trabajo.

—Trabajo, lógicamente —remarcó Dixie—. Una palabra que te cuesta pronunciar porque desconoces el significado.

Richard rio, divertido.

—Es verdad —dijo el hombre aun riendo—. No tienes idea de lo que



significa trabajar, querida Gina. Y eso gracias a los millones de papito.

—Pues a ti te gustó enredarte conmigo a pesar de no saber el significado de esa palabra —le recordó ella en el mismo tono—. Porque me buscaste bastante... ¡Y lo bien que la pasamos!

—Deberías tener en claro que los hombres no te buscan porque les agrada tu compañía, te buscan por fácil —le aclaró Deniz con una sonrisa falsa.

—Seré fácil pero no hipócrita —retrucó la mujer—. No ando con dos hombres a la vez... bueno, no por lo general... —rio divertida—. Pero si lo hago, los dos lo saben... Así que, Jeff, creo que hay algunos detalles que tu novia olvidó comentarte.

Deniz estaba por decir algo pero Ahmed y Damla regresaban de la mano, riendo, divertidos, y fue la excusa perfecta para dejarlo pasar. La voz de Berk desde el preparado escenario a los pies de la escalinata, evitó que hubiera otra confrontación, al menos por el momento.

—Bienvenidos, amigos, socios, compañeros de trabajo, mujeres hermosas... Esperamos que la estén pasando muy bien, degustando nuestros nuevos y codiciados vinos, la excusa para encontrarnos en esta velada —el aplauso cerrado de los presentes lo interrumpió—. Como todos los años vamos a coronar a la reina de la cosecha, la joven soltera más hermosa de la vendimia, aquella cuya gracia haya conquistado al hombre amado, a su cortejante... Como ustedes bien saben, los jueces son siempre los ancianos, aquellos hombres recolectores que bien saben de uvas y mujeres. —Todos los presentes rieron ante el comentario.

Dixie se sorprendió. Había creído que el comentario de Ahmed acerca de la coronación era sólo un chiste. Pero no. Y eso la divirtió, aunque no logró sacarla del ensimismamiento que las palabras de Damla le habían causado. ¿Ella podría hacerlo feliz?

Berk continuó...

—Bueno, ahora los dejo con uno de nuestros ancianos, mientras esperamos el veredicto.

El anciano que tomó la palabra dio las gracias y explicó el criterio utilizado para la designación.

—Como ustedes bien saben, la reina de la cosecha tiene que ser

una joven que haya participado de la misma con entusiasmo y gracia, que posea belleza espiritual... un aura pura. La dama que llevará el honor esta noche nos sorprendió a todos con su alegría y su sencillez. Verla es un placer. Todo en ella es sublime: como nuestro vino —dijo alzando la copa que llevaba en la mano y recibiendo el aplauso de todos—. La danza de la cuba es el evento que define nuestra selección: el juego con su cortejante, ese mágico momento de seducción. De más está decir que ella es simplemente... perfecta. Su galán ha de sentirse realmente orgulloso de poseer semejante joya. —La banda en vivo que musicalizaba el evento tocó unos compases creando expectativa—. Señoras y señores, la reina de la cosecha de este año es la señorita... ¡Dixie Cabbot!

Deniz aplaudió, entusiasmada, al igual que Damla. Los ojos se voltearon a verla. Dixie estaba anonadada, ajena a la escena, con los ojos perdidos en cualquier parte, pensando en todo lo que había sucedido ese día.

Cuando oyó su nombre, levantó la vista, confundida. Vio todos los ojos puestos en ella y se sintió asustada.

—Por favor, le pedimos a su cortejante, aquel cuyos ojos no dejaban de adorarla esta tarde, que la acompañe hasta el frente. Señor Ahmed.

Dixie miró a Med, nerviosa. Ahmed se puso de pie. Cloé lo retuvo.

—¿Qué vas a hacer? —sus fríos dedos se aferraron de la chaqueta de él mientras simulaba una sonrisa—. ¡No irás!

Ahmed se soltó disimuladamente y Cloé contempló, absorta, como su prometido se acercaba a esa belleza deslumbrante que tanto detestaba y le ofrecía su brazo para escoltarla hasta la escalinata.

—¿Qué es esta estupidez? —murmuró Dixie entre dientes, sin dejar de sonreír.

—Te dije que serías coronada esta noche, no me cabían dudas —respondió él sonriendo también—. Pero ese comentario que acaba de hacer el anciano va a traerme problemas con Cloé.

—Te diría que lo siento pero sería hipócrita, ¿no? —comentó ella con ironía mientras aceptaba la mano de su tío para subir el escalón.

—Quiero aclarar que la hermosa joven es mi sobrina que acaba de llegar de los Estados Unidos para continuar con su especialización en

inseminación de caballos de carrera —dijo su tío Berk con orgullo.

El anciano se disculpó.

—Todos creímos que era la prometida de Ahmed, señor Tarik. Usted también lo hubiera creído de haberlos visto esta tarde...

—Los vi, claro que sí. Y entiendo la confusión.

La cara de Cloé iba del carmesí al azul intenso.

Ahmed colocó la corona a Dixie y ambos posaron para las fotos de rigor con una sonrisa enorme. Nadie hubiera adivinado cómo les estaba costando mantener esa postura agradable pero distante entre ellos.

Los primeros acordes del vals sonaron y ella no se pudo rehusar. Su primo la condujo hasta la pista y la tomó entre sus brazos al bailar. Cuando la mano de él rozó la suya, el estómago le dio un vuelco. Hubiera debido soltarlo, alejarse de él, pero permaneció inmóvil, cerrando los dedos con fuerza. Olía igual que aquella tarde, olía a esa esencia cálida y masculina. Ella se vio asaltada por el recuerdo de sus brazos, de los duros planos de su pecho contra su piel y el relieve muscular de sus muslos cada vez que la embestía, del calor húmedo que crecía entre ambos cuando se tocaban.

Se negaba a sí misma tener que creer que la pasión que habían compartido esa tarde no había significado nada para él, que la había engañado al tomarla entre sus brazos.

—Puedes sonreír —le sugirió él en voz baja.

—Bien, sigamos mintiendo —dijo ella sonriendo.

—No es una mentira el hecho de que eres la mujer más hermosa de esta fiesta y la cosechadora más sensual que conozco.

—Deberías guardarte comentarios como ese. Por el bien de tu ya maltratado compromiso —acotó ella sin dejar de bailar.

—¿Ahora vas a recatarte? Si mal no recuerdo hemos seguido el juego de ida y vuelta desde que llegaste a la fiesta.

—Lo seguí hasta escuchar lo que realmente represento para ti —le reprochó ella con calma—. ¿No hay ni habrá nada entre nosotros? —repitió sus propias palabras momentos atrás.

Ahmed miró hacia adelante y respiró profundamente.

—Lo dije porque la situación lo ameritaba —se justificó el hombre.

—Lo dijiste porque es la verdad —lo corrigió ella—. No hay nada

entre nosotros. Veinte años atrás, tal vez. Ahora ya no hay nada. Fuimos el sueño perfecto que nunca se hará realidad.

Med evitó mirarla. Dixie continuó bailando intentando respirar con normalidad, ahogando el dolor y la pena que sentía.

—¿Qué esperabas que dijera? —la apuró el hombre—. ¿Que lo único que he deseado desde que te vi es recuperar el tiempo perdido entre mis sábanas, encerrarte en mi cabaña y no dejarte salir por veinte años más?

—Dejarte entrar de nuevo a mi vida me costó una herida más en el corazón —le confesó ella con tristeza, sabiendo que las palabras de Ahmed en la mesa eran exactamente las que sabía que iba a escuchar si alguien lo confrontaba—. Poco a poco la vida te enseña por quién debes luchar y a quién debes renunciar.

—¿Ya renunciaste a mí? ¿Ya te has rendido? —preguntó él tratando de evitar la desesperación que sentía en su corazón.

—No es rendirse, es saber que ya fue suficiente —aceptó Dixie con dolor—. ¿A qué jugamos? Si ya no hay amor entre tú y yo —se quejó ella en un susurro, tratando de asimilar sus palabras, dándoles el sentido que en verdad tenían. Ya no había amor entre ellos, aunque alguna vez lo había habido. Él no dijo nada—. ¿Por qué me afecta tanto darme cuenta de algo que en el fondo ya sabía? —se dijo a sí misma.

El tema había terminado. Quedaron uno en brazos del otro, mirándose.

—Tú siempre serás mi excepción favorita, la regla que he roto varias veces, eso que negué, eso a lo que dije «nunca más» —murmuró él con tristeza en la mirada ámbar.

Cloé los sacó de su ensimismamiento reclamando atención y Dixie se alejó en silencio hacia la mesa. Pero fue interceptada por Richard que, tomándola de la cintura, la volvió a llevar a la pista.

No pudo decirle que no. No tenía voluntad para negarse cuando sentía el corazón roto.

—Deberías desbordar felicidad y sin embargo tienes una carita triste —le dijo él al oído—. Fuiste coronada como la reina de la cosecha, la mujer más hermosa de la celebración. ¡Anímate!

Ella sonrió.

—Lo siento. Tengo la mente en otra cosa.

—Entonces me voy a ocupar de volverte a traer a este mundo. Y si estás desanimada, te consolaré —dijo acariciando su mejilla. Y enseguida bromeó—. Me gustaría ofrecerte apoyo moral, pero tengo una moral bastante cuestionable.

Dixie rio abiertamente. Ese hombre escultural siempre lograba seducirla.

Ahmed bailaba con su prometida, oyendo el murmullo de su voz en el fondo pero sin prestarle atención porque no podía perderse ni un segundo del baile de esos dos. Ardía de furia.

Bajó la mirada cuando uno de sus mejores amigos acarició la mejilla de la mujer que le quitaba el sueño.

Su mujer.

Un descarado.

No podía soportar verla en brazos de otro hombre, atenta a sus palabras, embelesada con sus ojos. Aunque se negara a reconocerlo ella le pertenecía. Nadie más podía tocarla.

Cloé le dijo que deseaba regresar a la mesa y en ese momento se dio cuenta de que Dixie y Richard ya no estaban bailando. Los buscó en la pista, en la mesa, entre la gente.

Nada.

¿Dónde se habían metido?

Mientras su padre daba el discurso habitual de agradecimiento, Ahmed se escabulló entre la gente hasta los balcones. Allí encontró a su prima, apoyada en uno de los barandales más alejados, contemplando la noche. Volteó al verlo cuando sintió su presencia, mirándolo de manera sorprendentemente directa.

En su expresión no había recelo. Se detuvo en sus ojos azul oscuro perdidos en aquella preciosa cara, muy límpidos, como cristales de color. Sus pestañas tupidas enmarcaban aquellos ojos extraordinarios. Su cabello dorado y rebelde escapaba graciosamente del sofisticado peinado y se amontonaba alrededor de su hermosa cara. Esa mujer le cortaba el aliento.

—¿Me buscabas? —su voz sonó suave, complemento perfecto para su impecable y arrolladora belleza.

—¿Por qué crees eso? —indagó él sin aceptarlo.

—Porque es la verdad. Creo que viniste por mí pero para ver si estaba acompañada o no.

Ahmed se detuvo a medir sus palabras.

En el fondo, ella tenía razón: él estaba celoso y eso era evidente.

—En vista de que te has quedado callado... —dijo ella mirándolo nuevamente, esta vez con expresión fría—. ¡Vaya sorpresa! Me encontraste sola. Seguramente pensaste que iba a estar en los brazos de tu amigo.

—Convengamos que mis dudas fueron razonables después de ver cómo te comportaste con Richard la noche que cenaron juntos —agregó él, molesto al verse descubierto.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó ella, acercando su cara a la de él—. Al fin de cuentas, puedo hacer lo que quiera. El que está comprometido eres tú.

—¿Es necesario que te recuerde que vives con alguien? —la azuzó él.

—¿A ti te consta qué clase de relación tengo con esa persona? —lo apuró ella con fastidio—. No. Pero a mí me queda clarísimo que tu prometida te tiene agarrado de las bolas y hace contigo lo que quiere.

—¡Vaya boquita! —le dijo frotándole los labios con los dedos, intentando escapar del deseo de besarlos. La mujer ahogó un gemido.

—La misma boquita que te hizo vibrar esta tarde —comentó ella, achispada por el champagne y sintiendo el mismo calor que siempre la recorría cuando él la tocaba—. Y no sabes las cosas que pasan por mi mente que esta misma boquita podría hacerte —y se acercó un poco más a él.

—Deja esa mente en calma porque vamos a quedarnos con las ganas —se quejó él igual de excitado.

—Es mi mente y puedo pensarte cuando y como quiera —susurró ella casi sobre su boca—. Quiero que me beses porque tus besos fueron los que me enseñaron lo que es pecar —y le sonrió—. Juguemos a besarnos. El que se cansa, pierde.

—Y si te beso... ¿salgo ileso?

Ella alzó los hombros y la forma en que lo hizo lo enloqueció.

Pero Ahmed aún conservaba un poco de cordura y era muy difícil que la bebida se le subiera a la cabeza, aunque no contaba con las

ganas que tenía de volver a poseer a esa mujer. Era imposible alejarse de ella.

Dixie se alejó de su boca y lo enfrentó, divertida.

—Piedra, papel o me besas.

Él bajó la cabeza y esbozó una sonrisa. Ella siempre lograba sorprenderlo.

—Estoy tentado de comerte la boca a besos pero no es el momento ni el lugar —aceptó el hombre muy a su pesar.

—Claro que no porque deberías explicar que la única mujer que deseas en tu cama soy yo. Tremendo problema, ¿no? —lo acicateó ella con un dejo de rencor—. Te deseo un insomnio lleno de recuerdos míos.

E intentó evitarlo y regresar al salón. Pero Ahmed la detuvo por el brazo, deteniéndola a su lado, atrayéndola hacia su pecho, obligándola a girarla cabeza para mirarlo.

—Mis insomnios son la muestra perfecta de que te di hasta mi tiempo —le dijo con la voz ronca—. Las ganas que te tengo y lo bien que lo disimulo.

Ella alzó un poco más la cabeza para quedar más cerca de su boca.

—Tengo antojo de ti, tu sangre la deseo más que a nada en el mundo, al igual que tus besos, tus manos en mi cuerpo y la forma posesiva como me tomas. ¿Debo ser más explícita?

Med vaciló y sus ojos volvieron a encontrarse. La electricidad fluyó con tanta fuerza que casi encendió el aire. Él murmuró algo parecido a «maldita sea», bajó un poco la cabeza y la besó en los labios con tanta exigencia que Dixie sintió un mareo mayor al que ya sentía a causa del alcohol.

Cerró los ojos y despegó los labios con ansias. Sus partes íntimas empezaron a palpar. Adelantando la cabeza y ajustando el giro hacia el lado que permitía que aún entrara más en su boca, siguió besándolo sin importarle nada.

Sus besos la enloquecían, igual que veinte años atrás. Le pasó una mano por detrás del cuello, instándolo a que se aproximara todavía más si era posible. Notó una deliciosa sensación interna que la incitó a gemir y arquear la espalda, dejando que el hombre la apoyara contra el barandal de madera.

Cuando se separaron para respirar, aturcidos, sobrepasados de ganas por el otro, descubrieron las miradas de Cloé y Richard, asombrados. Ninguno de los dos pudo decir nada.

Cloé se abalanzó sobre Dixie pero Ahmed se interpuso al mismo tiempo que Richard lograba retenerla por el brazo.

—Zorra, buscona y provocadora —le gritó sin pensar en dónde se encontraba.

Dixie le sonrió desde atrás de la espalda de Ahmed.

—No hagas un escándalo, Cloé —le advirtió Med.

—¿Acabo de verte besando a otra mujer y se supone que tengo que guardar las apariencias? —le preguntó ella sorprendida.

—Y... sí —le respondió Dix alzando las cejas—. Eres experta en fingir una relación que ustedes no tienen así que... perfectamente puedes hacerte la tonta una vez más.

—Te voy a sacar los ojos, maldita perra —dijo la mujer entre dientes, tratando de avanzar sobre ella una vez más.

—Dixie, será mejor que entremos —le sugirió Richard tendiéndole la mano.

—No vas a irte con él —se quejó Med, tajante.

—Claro que va a irse con él —protestó Cloé—. Y se marchará de la ciudad en cuanto salga el próximo avión o tú pagarás las consecuencias —lo amenazó ella.

Dixie esperó que Ahmed dijera algo, que se impusiera, que le dejara en claro que ella era la mujer que él quería a su lado. Pero el hombre no dijo nada. Ella lo miró con decisión.

—Me marcho. No te deseo lo mejor, porque lo mejor soy yo y yo no vuelvo —dijo con voz clara, por encima de la música de fondo.

Richard le tendió la mano, ella la tomó sin dejar de mirar a Ahmed.

—No te vayas con él —suplicó en voz baja.

—¿Por qué no? Necesito otro lugar, otro abrazo y otro beso. Quiero sentir lo que tú sientes al negarme. Quiero un cinismo como el tuyo.

Y lo dejó de pie en el balcón, retenido por los brazos de Cloé, mirando la forma posesiva en que Richard la tomaba de la cintura y la volvía a incorporar al núcleo de gente que bailaba y bebía, feliz.

Ahmed bajó la cabeza y crispó los puños.

Era un cobarde.



Un idiota.

Un caprichoso.

Un maldito estúpido.

Mierda, mil veces mierda por el silencio que la negaba y la arrojaba a los brazos de otro hombre.

Mierda, mil veces mierda por quedarse otra vez vacío... sin corazón...

## Capítulo 10

**D**ixie caminó de la mano de Richard, intentando regresar a la mesa principal, forzando a su cara a mantener una sonrisa ficticia, dolida por la situación que acababa de vivir y sabiendo que su nombre sería arrastrado por el suelo si seguía comportándose de esa manera con su primo.

Caminaba en medio de una nebulosa, ajena a la gente que la rodeaba, del brazo del apetecible hombre que la llevaba y de las miradas de todos. Y en ese caminar se cruzó con el vecino al que había auxiliado con su caballo, quien la detuvo con una sonrisa.

—¡Mi veterinaria favorita! —exclamó el hombre haciéndola detenerse—. ¡Coincido totalmente en que eres la mujer más hermosa de toda la velada!

Dixie sonrió, divertida.

—Se lo agradezco, señor Fulard. ¿Cómo se encuentra Astroid? —preguntó ella.

—Muy bien, y todo gracias a ti —y mirando a Carl Regend, que estaba a su lado, le comentó—: ¡No tienes idea de lo agradecido que estoy a esta dama por haber salvado a mi caballo hace unos días! Hermosa, capaz y profesional... ¡Qué afortunado eres, Richard! —exclamó dando por sentado que ambos estaban juntos.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de retrucar porque el padre de Cloé se sumó a la conversación.

—¡Así que ella es la maravillosa veterinaria de la cual no te cansas de hablar! —comentó el hombre con una sonrisa jovial. Tendría aproximadamente 60 años, alto, buen porte, cabello canoso perfectamente peinado, un traje que debía valer una fortuna, al igual que toda la ropa de su hija, y unos ojos verdes pícaros pero amables—. Un placer conocerla, soy Carl Regend, socio de su tío y de su primo

también.

Ella tomó la mano que el hombre le extendía.

—Un gusto. ¿También usted cría caballos? —le preguntó tratando de demostrar interés, cualquier cosa que la distrajera del recuerdo de la situación anterior.

—No, no, nada que ver. Invierto en ellos pero de manera indirecta —le aclaró el hombre—. Sin embargo, estaba pensando en comprar algunos ejemplares para uno de mis campos. Especialmente para cuando vienen visitas o tengo reuniones de negocios. Las esposas de mis socios se suelen aburrir y sería interesante brindarles la opción de una buena cabalgata.

—Siempre es una opción interesante si cuenta con instalaciones adecuadas y personal especializado —aclaró ella—. Recuerde que a veces esas esposas son inexpertas y puede haber accidentes.

—Te dije que ella era perfecta —dijo Fulard, bebiendo con una sonrisa.

—¿Qué raza me recomienda?

—Los caballos árabes son muy buenos para paseos y excursiones —respondió Dixie con soltura—. Es una raza que tiene buen carácter, una estética elegante, la velocidad es perfecta y su resistencia, admirable. Son animales dóciles, inteligentes y sensibles. Son perfectos para la doma por la facilidad que presentan para aprender y por la buena comunicación que establecen con sus jinetes.

—Me interesaría que usted se encargara de todo —solicitó el hombre con determinación—. Vi los nuevos establos y los ejemplares que tienen y todos con quienes hablé dicen que la responsable es usted.

—No crea todo lo que escucha —rio ella—. Hubo detrás un excelente arquitecto, un veterinario experto como el Dr. Rassant y los caballos de su buen amigo, el Sr. Fulard —agasajó ella, colgándose del brazo del hombre.

—Eso es verdad, amigo, mis caballos son excepcionales. Y tengo varios árabes que pueden servirte —le ofreció Fulard.

—Quiero que la doctora Cabbot se haga cargo de elegirlos —insistió el hombre—. Ahora me he empecinado.

Los tres rieron.

Ahmed y Cloé habían regresado a la fiesta tras un mudo silencio que resultaba frustrante y ella, al ver a la causante de su malhumor en el mismo grupo que su padre, casi arrastró a su prometido por todo el salón y sólo lo soltó para abrazar por la espalda a su padre en forma posesiva.

—Hija, aquí estás —sonrió Carl, besándola en la mejilla.

Dixie bajó la mirada, viéndose apabullada otra vez por esa mujer. No se había dado cuenta de que compartían el mismo apellido.

—Tarik, tu suegro insiste en que tu nueva veterinaria se haga cargo de elegir los caballos que quiere comprar para su campo —dijo Fulard esperando ver la reacción del hombre, posesivo como sabía que era con esa deslumbrante mujer.

—No sabía que quisieras adquirir caballos —comentó Ahmed en tono frío, profesional, distante.

—Escuchar hablar a la Dra. Cabbot me terminó de convencer —acotó el hombre—. Quiero a tu arquitecto y a tu veterinaria.

—Mi arquitecto se lo puedo presentar en cualquier momento, de hecho anda por aquí —dijo mirando hacia el resto de la gente—. Pero mi veterinaria... —e hizo una pausa para mirarla—, no está disponible.

—¿Vas a negarme ese gusto? ¿A mí? ¿Tu suegro? —insistió el hombre con firmeza y usando una sonrisa compradora.

—Lo siento, pero ella tiene una agenda muy apretada y una de los motivos de su viaje es el de interiorizarse con el trabajo en nuestros laboratorios —respondió en forma profesional—. Aquí viene el Dr. Rassant, quien no me va a dejar mentir.

Gerard se acercó al grupo, escuchando la última parte de la conversación y confirmando sus palabras.

—Buenas noches, caballeros. El Sr. Tarik tiene razón. Dixie se encuentra en estos momentos complicada en cuanto a sus horarios y, de hecho, hace un rato hablábamos de cómo organizar los tiempos para poder incluirla en las nuevas investigaciones que estamos realizando —dijo el hombre con una sonrisa.

Dixie trataba de mantener la vista fuera de la conversación, intentando no mirar a Cloé, colgada de su padre y de Ahmed ni a Richard que aún la mantenía tomada por la cintura en forma posesiva. Rogaba que la dejaran regresar a la mesa lo más rápido

posible.

Pero no.

—No me conformo con esas excusas —aclaró el hombre, mirándola.

—Lo siento, Sr. Regend —se disculpó Gerard con pesar—. La adaptación de Dixie al ritmo de trabajo ha sido rápida, por lo tanto en cuanto podamos organizarnos con toda seguridad ocupará su tiempo en el laboratorio, que es a lo que ha venido.

—¡Qué bueno que te hayas adaptado tan rápido! —exclamó Fulard.

—Es rápida... —agregó Cloé fingiendo inocencia—, para todo —y la ironía se perdió entre los nuevos acordes de la banda llamando a las parejas al centro de la pista para seguir bailando.

—Y ahora que la banda ha regresado, perdona, Richard, pero me llevaré a la dama disputada a la pista —le dijo Gerard tomándola de la mano y alejándola del joven, que no pudo objetar nada.

—Con permiso —dijo ella agradeciendo el respiro. Y antes de irse con el veterinario se acercó al padre de Cloé y le dijo en voz baja—: En cuanto me organice y tenga un día libre, pasaré a ver los caballos para usted.

El hombre sonrió, satisfecho. Cloé bufó, fastidiada. Ahmed revoleó los ojos, molesto por la desobediencia.

Todos miraron a la pareja dirigirse hacia la pista, la mano de Gerard nuevamente en la parte baja de la espalda de la mujer, desnuda por el diseño del vestido.

—Ahora entiendo por qué tiene a todos tus empleados alborotados —rió Carl bebiendo de su copa—. Si tuviera veinte años menos, sería tu nueva madrastra —le dijo a Cloé guiñándole el ojo.

Su hija hizo un mohín de fastidio. ¡Lo único que le faltaba!

—¿De qué hablaban? —indagó Ariadna uniéndose al grupo.

—Mi padre hizo un comentario desafortunado con respecto a la nueva veterinaria —le respondió su nuera.

—¿Qué dijiste, Carl?

—Dije que si tuviera veinte años menos la convertiría en mi cuarta esposa —contestó riendo.

—No sabía que estabas buscando esposa nueva —le dijo ella colgándose de su brazo con coquetería.

Ahmed pestañeó varias veces antes de reconocer en su madre una faceta de conquista que desconocía.

—No la estoy buscando, pero tu nueva veterinaria bien valdría el sacrificio.

—Bah, tonterías —dijo ella haciendo una mueca—. Es básica, sin roce social. No puedes decirme que te atraen mujeres de ese tipo.

Ahmed trató de abstraerse de la conversación, buscando la pareja que bailaba en la pista, sonriente. Dixie siempre disfrutaba de la compañía de Gerard porque era alegre, culto y muy respetuoso. Y porque Ahmed se ponía como loco cuando los veía juntos y era la mejor manera de devolverle el desagrado que ella sentía al saberlo con Cloé.

—Amor, ¿no te parece que sería buena idea poner fecha a nuestro matrimonio? —le preguntó ella, dándose cuenta de que la mirada del hombre estaba otra vez perdida en esa mujer—. Es decir, nuestras familias ya están unidas económicamente, mi padre es tu principal y más importante inversionista y creo que sería bueno cerrar eso con el broche de oro de nuestras nupcias.

Ariadna aplaudió, feliz.

—¡Totalmente de acuerdo! —exclamó con una enorme sonrisa—. El compromiso laboral ya está, sólo falta que se casen y ya será una unión indestructible. Y, querida nuera, vas a darme nietos pronto, ¿no?

—Bueno... eso no sé, suegra. Soy muy joven aún —se quejó Cloé con desagrado—. Los niños requieren demasiado tiempo y esfuerzo.

—Pero mantienen a los hombres en casa. Te lo digo por experiencia —le dijo la mujer en voz baja. Y, aprovechando que los dos hombres hablaban de negocios, le susurró—: Recuerda que prácticamente se ha mudado con ella, le dio la camioneta más costosa de la flota y se muestran con demasiada confianza ante los demás.

—Y agrégale que los encontré besándose en el balcón —le contó Cloé controlando la rabia.

—¡Igual de arrastrada que su madre! Por eso, tienes que darte prisa —le dijo antes de volver a incorporar a los hombres en la conversación y seguir mostrándose cariñosa en exceso con su consuegro.

Desde el otro lado de la habitación, Berk observaba la escena con atención. Era la primera vez que Ariadna se mostraba interesada en otro hombre en un evento social y eso le daba la ventaja y la excusa que estaba esperando para volver a introducir el tema del divorcio.

Cuando Ahmed sintió que la presión con el tema de la boda lo estaba desbordando, su hermana vino en su rescate, arrastrándolo hasta la pista.

—Gracias —le dijo con sinceridad—. Ya estaba a punto de escapar de los comentarios de nuestra madre acerca del casamiento con Cloé.

—¿Y no aprovechaste para decirle que no te vas a casar con esa insoportable porque te acuestas con la mujer de tu vida?

La pregunta de Deniz lo dejó perplejo. Ella siguió bailando y lo volvió a la realidad.

—Sorpresa —le dijo ella para que reaccionara—. Lo sé todo. Me quedé pasmada al principio porque dijiste que nunca más ibas a sucumbir ante los encantos de Dixie. Y fallaste, hermanito.

—Yo no he sucumbido a ella —le retrucó el hombre—. Es sólo que cuando uno sacude el cajón de los recuerdos, son los recuerdos los que terminan sacudiéndolo a uno.

—Te noto más confundido de lo que te gustaría reconocer —se lamentó Deniz con una mueca—. ¿A qué estás jugando, Ahmed? ¿La amas aún? ¿Intentas vengarte? No te entiendo, pero te pido por favor que no la lastimes.

—Ella me destrozó y sólo te fijas en sus sentimientos —se quejó su hermano.

—La circunstancia te destrozó. Su ausencia te destrozó. El silencio. Pero no ella —le aclaró Deniz entre dientes tratando de controlar su rabia. ¡Esa conversación la habían tenido miles de veces!—. Ella también padeció tu ausencia, tu desaparición, todo y más... pero sola.

—No me consta.

—No seas ridículo. Tu peor batalla es entre lo que sabes o nuestra madre te dijo y lo que sientes. Porque no puedes aceptar que tal vez viviste veinte años engañado.

—No vas a convencerme de lo contrario. Nunca quiso volver a saber de mí. No confío en ella. Me cansé de jugar a creerle y siempre salir perdiendo.

—Pero no puedes alejarte, como un insecto a la luz —le reprochó Niz—. Tal vez debas dejarte guiar por el corazón, aunque te lleve a lugares no planeados.

—Sigo a mi corazón, pero llevo mi cerebro conmigo —le aclaró Ahmed—. Ella no dejó más que cicatrices... Cicatrices con su nombre y apellido. Y las cicatrices cierran, pero el corazón ya no es el mismo.

—¿Entonces en qué se han convertido?

—En dos desconocidos que se conocen jodidamente bien —rio él con pesar, sabiendo que tenía roto el corazón una vez más.

—Te estás destruyendo, y lo único que haces es reírte —se quejó Deniz, molesta—. No entiendo por qué la buscas. ¿Qué estás haciendo?

—Me castigo —le confesó con tristeza en la mirada—. Me hiero con su olor, con sus besos, con su piel. Quiero creerle cada vez que se entrega a mí, pero mis voces internas se niegan a dejar de acosarme.

—La amas.

—No —rotundo.

—Sigue mintiéndote todo lo que quieras. Castígate de la peor manera, pero al final la verdad va a abofetearte fuerte: No puedes dejar de amarla. Y tu estúpida negación va a condenarte a tu propio infierno —pronosticó su hermana antes de ser interrumpida por Jeff, quien reclamó el siguiente baile.

Ahmed besó la mejilla de su hermana y cruzaron la mirada en silencio.

—Me tienes muy abandonado —le dijo el hombre, mientras la abrazaba al bailar... demasiado abrazo...

La cara de Sarket era un poema. Ariadna se disculpó con Carl Regend y caminó directamente hacia la mano derecha de su hijo, dispuesta a terminar con el capricho de su hija. Pero en el camino, Berk la interceptó...

—Estoy sorprendido de que te muestres tan desesperadamente necesitada con nuestro casi consuegro —le comentó con una sonrisa irónica.

—¿Desde cuándo estás tan pendiente de lo que hago? —lo apuró ella.

—Nunca. Pero es evidente que estás necesitando sentirte libre. Por



lo tanto, creo que va siendo hora de que firmemos el acuerdo de divorcio y cada uno siga su camino —respondió sin perder la sonrisa.

Ella rio.

—¿Estás celoso?

Él rio también.

—Hace siglos que no despiertas nada en mí —y el comentario le borró la sonrisa de los labios a la mujer—. Esta semana haré que te envíen los papeles —y continuó su camino hacia la mesa de tragos.

Ariadna caminó hacia Sarket.

—¿Aburrido? —le preguntó mientras tomaba una copa de champagne de la bandeja del camarero.

—Para nada. La fiesta está en su apogeo —respondió el hombre tratando de moderar el tono y la respuesta.

—Pero tú estás solo. No bailas con nadie —escarbó ella con la única intención de fastidiarlo.

—Prefiero observar.

—Como observador eres bastante bueno —murmuró ella antes de beber—. Y tienes nervios de acero también, porque soportar que la mujer que dice quererte baile de esa manera con el novio que todos le conocen requiere de mucho autocontrol. Porque, digo, ella no parece molesta con tanto toqueteo, ¿no?

Sarket se mordió el labio. No sólo para evitar contestarle sino porque le molestaba que Jeff se tomara esas atribuciones y Deniz se lo permitiera.

Era una tortura tenerla tan cerca y no poder tocarla, verla en brazos de otro hombre, tocada por sus manos. Le resultaba casi imposible tratarla con fría cortesía cuando su cabeza estaba llena de lujuriosas imágenes en las que la recordaba en sus brazos, la seducía con sus besos, y encontraba con la boca los sitios más vulnerables de su cuerpo.

Y ese era sólo el principio. Sarket quería horas, días, semanas a solas con ella, quería ser el centro de todos sus pensamientos y sus sonrisas, conocer todos sus secretos y sus miedos. Deseaba desnudar su alma delante de ella, mostrarse tal cual era y dejarla invadir sus espacios para siempre.

—Tal vez ella no quiera terminar ese noviazgo —acicateó Ariadna

cerca de su oído—. Tal vez no seas lo suficientemente importante como para mostrarse contigo en un evento de esta envergadura. O no todo lo que te haya dicho sea cierto.

Mientras tanto, Deniz trataba de separar su cuerpo del de Jeff, empecinado en impedirle respirar.

—Te noto distante, cielo —comentó él.

—Es que me tienes inmovilizada entre tus brazos —se quejó ella sonriendo con una mueca—. ¿Podemos salir a la galería?

Él la tomó de la mano y caminó hacia la galería de la derecha, que poseía un pequeño balcón que daba sobre el jardín. Sarket se disculpó con Ariadna y, rodeando la pista, caminó hacia el mismo sitio, pero al balcón contiguo, quedando oculto por la vegetación, pero con una vista perfecta de lo que sucedía al lado y pudiendo escuchar a la perfección.

Jeff la tomó por la cintura y volvió a atraerla hacia él, besando su cuello, aspirando su perfume. Deniz no lo detuvo y eso molestó a Sarket. ¿Y si Ariadna tenía razón? ¿Y si todo lo que había pasado entre los dos había sido un juego?

La mujer se inclinó hacia atrás y trató de mantener distancia.

—Jeff, espera. Te pedí que viniéramos aquí porque quiero que hablemos —trató de iniciar ella, pero el hombre seguía empeñado en besarla. Se puso firme y lo detuvo, sin saber que quien en verdad amaba tenía los nudillos blancos de contenerse contra el barandal—. Basta. Tienes que escucharme.

Jeff se extrañó y detuvo los besos. Pero no la soltó.

—¿De qué quieres hablar?

—Antes que nada quiero decirte que lo que pasó no fue premeditado. Tan solo sucedió —se atajó ella sin saber cómo comenzar.

—¿De qué estás hablando?

—No podemos seguir con esta farsa de noviazgo —confesó ella con culpa—. No estoy enamorada de ti y lo sabes. Al menos lo sientes. No nos engañemos.

Jeff soltó su cintura y bajó la vista al piso. Sabía que algo estaba sucediendo, no sólo por los comentarios en la cena sino porque la notaba diferente.

—¿Quién es él? —le preguntó con suavidad. Nunca había sido un hombre de hacer escándalos ni ella se lo merecía.

—¿Acaso importa? Sólo quiero que sepas que no hay culpables en esto. Simplemente nos descubrimos y...

—¿Quién es?

Deniz miró por el balcón hacia el jardín.

—Sarket.

El hombre sonrió.

—Siempre ha estado enamorado de ti —le dijo con una sonrisa leve.

Sarket se sorprendió. Creía que nadie había notado los años que hacía que la mirada se le perdía por el mismo camino que esa mujer se marchaba.

—Me llevó mucho tiempo darme cuenta de que me sentía vacía cada vez que él dejaba la habitación en la que estábamos. Inevitablemente me hice adicta a eso, que corre por mis venas estremeciéndome el alma, y agitando mi corazón —confesó ella con sinceridad—. Pero no quería aceptarlo porque temía la reacción de Ahmed. Otra vez un amigo suyo, otra vez se mezclaban las cosas.

—Me hubiera gustado que me lo dijeras antes —le dijo Jeff, mirándola a los ojos—. Siempre fuimos buenos amigos.

—Lo sé, lo siento —se disculpó ella—. No sabía que me había enamorado de él. Uno está enamorado cuando se da cuenta de que la otra persona es única. Y así es Sarket para mí, alguien único.

Sark cerró los ojos y una sonrisa de deleite se adueñó de su boca. ¡Ella lo amaba de la misma forma que él! No importaba lo que los demás dijeran, las malas intenciones de Ariadna ni los desprecios de Cloé y Gina. ¡Deniz lo amaba!

Él la había deseado en la distancia durante tanto tiempo... Se había recordado a sí mismo mil veces todos los motivos por los que nunca podría tenerla. Había sido más fácil al saber que ella amaba a otro y que no había ninguna razón para tener esperanzas. Pero sus sentimientos habían cambiado, y el hecho de que ella pudiera quererlo, lo llenó de una emoción que lo mareaba. Un minuto más sin tomarla entre sus brazos y perdería la cordura.

—¿Qué dijo tu hermano? ¿O no lo sabe aún? —le preguntó el

hombre apoyando sus antebrazos en el barandal, al lado de ella.

—Sí, lo sabe. No hemos hablado porque ha estado algo ocupado con...

—Con la nueva veterinaria —terminó Jeff la frase.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es tan obvio como lo era que Sarket moría por ti —le respondió riendo—. Dicen que los hombres intensos no pueden ocultar sus sentimientos. Y no pasa desapercibido para nadie que Med no puede controlar todo lo que ella sacude en su interior. De la misma manera que noto en ti que no has podido detener el amor que sientes por Sark.

—Es imposible parar al amor cuando ha empujado a dos hacia el mismo precipicio —susurró ella, tímidamente. No podías sentirse del todo cómoda hablando de su amor por otro hombre con quien hasta hacía poco tiempo compartía la cama.

—¿Estás segura de que es amor lo que sientes?

—Sí, porque un amor de verdad te sacude el alma, te emociona, te cura las heridas y a veces también te lastima, te apasiona, te devuelve la vida —respondió Deniz con simpleza sin saber que el hombre que la amaba se enamoraba de ella más y más—. Sabes que es amor porque además de compartir sonrisas también compartimos nuestros miedos, nervios, caricias y desconcierto. Porque nos llevó mucho tiempo pero al final decimos jugarnos.

—A ti te llevó tiempo —la corrigió él—. Creo que ese afortunado ha estado enamorado de ti desde el primer día en que te vio. Como me pasó a mí también —dijo con algo de melancolía.

—Jeff...

—No digas nada, mi dulce Deniz —la interrumpió acariciándole la mejilla y colocando la mano femenina sobre su corazón—. No sé cuántos latidos le queden a este loco corazón, pero seguro cada uno de ellos y hasta el último, llevará el eco de tu nombre.

Sarket se tensó.

Se sentía un intruso, escuchando una conversación privada, comprendiendo que el otro también la amaba pero con la felicidad de que ella lo prefería a él.

—Lo siento, Jeff, de veras —se disculpó ella con lágrimas en los

ojos.

—No llores, por favor. Soy lo suficientemente hombre como aceptar que he perdido —la consoló abrazándola—. Y te deseo lo mejor del mundo porque sabes que no puedo desearte otra cosa que la felicidad.

Se abrazaron con cariño y volvieron a entrar al salón.

Sarket fue en busca de su mujer. No soportaba un segundo más sin ella. Los encontró casi en medio del salón, de la mano. Sin poder contenerse se acercó a la pareja. Sarket incautó su boca con un beso hambriento, delante de todos los que estaban en el salón. A ninguno de los dos le importó nada.

La boca de la mujer estaba tan caliente, deliciosa. Ella respondió con impaciencia, temblando en sus brazos mientras su cuerpo trataba de acomodar todo ese placer demasiado, demasiado rápido. Dándose cuenta de que estaban otorgando un espectáculo, se separaron, algo avergonzados. Jeff palmeó el hombro de Sarket, besó la mano de Deniz y se alejó hacia la salida. Sabía reconocer cuando había perdido en buena ley.

Gina y Cloé lo vieron pasar con sorpresa en el rostro...

—¡No lo puedo creer! —exclamó la prometida de Ahmed—. Esperaba al menos algo de escándalo.

—¿Crees que estaría mal visto si fuera detrás de ese pedazo de hombre que seguramente estará triste y necesitará que lo consuelen? —le preguntó con seriedad su amiga.

Cloé revoleó los ojos con fastidio. Esa noche nada le salía bien.

Buscó a Richard con la mirada y lo encontró sentado con Dixie en uno de los tantos sillones que estaban desperdigados por el salón, ella lo escuchaba con poco interés y él enredaba sus dedos en algunos mechones que se le escapaban del peinado.

Ahmed conversaba con los últimos invitados que ya se dirigían hacia la puerta, sin haber prestado atención a lo que le decían, respondiendo a sus preguntas con cortesía pero sin interés. ¿Quién se creía su amigo que era para tocarla de la manera que lo estaba haciendo? ¿Acaso no se había dado cuenta de lo que pasaba entre ellos dos?

¿Qué pasaba entre ellos dos? Nada.

Para el resto del mundo no pasaba absolutamente nada porque en ningún momento se había hecho cargo de reconocer que algo le sucedía con esa mujer que volvía del tenebroso pasado para torturarlo. Y ahora ella estaba dejándose avanzar por uno de sus mejores amigos, que tenía una tremenda reputación como conquistador y amante generoso, con una larga lista de mujeres satisfechas y deseosas de repetir la experiencia de encontrarse entre sus brazos.

Sabiéndose observado por Med, Richard le hablaba al oído a esa mujer que lo tenía fascinado, aprovechando para aspirar su perfume y tentado por volver a saborear esos labios que aún tenía en su memoria.

Sólo quedaba la familia en el salón. Damla se había retirado a su habitación, Gina había desaparecido detrás de Jeff y los empleados comenzaban a recoger la vajilla.

La estruendosa voz de Cloé cortó los murmullos de los pequeños grupos...

—¿Nos vamos a la habitación, mi amor?

Med se encontró con los ojos de Dixie y ambos bajaron la mirada.

—No pensé que te ibas a quedar —comentó él con desgano.

—Claro que sí, cielito —se acurrucó ella aferrándose a su brazo con posesión—. Y no sabes las ganas que tengo de amanecer a tu lado.

La furia de Dixie iba en aumento con cada palabra que decía Cloé. ¡Iba a compartir la cama que ella había ocupado horas antes! ¡Y él no lo impedía!

—Y no nos esperen para el desayuno —agregó la mujer con una sonrisa—. Los planes que tengo para ti pueden prolongarse toda la noche —le dijo a su amado, caminando con él hacia las escaleras.

Los ojos de Ahmed no podían separarse de la pareja que se acurrucaba en el sillón. Dixie esperó a que se cruzaran las miradas para buscar la boca de Richie, que recordaba era experimentada y seductora, y dejarse llevar por un beso descarado y revanchista, un beso que estrujó el corazón de Ahmed pero que no impidió que siguiera caminando con Cloé hacia su cuarto.

—La peor parte de extrañar a alguien, es que lo sepa y no le importe —susurró Richard en su oído.

—Él no es de los que extrañan. Y tiene suerte. Yo tampoco soy de las que vuelven —aclaró Dixie con rabia, poniéndose de pie.

—Si no quieres que duela, no le des la importancia que no merece.

—He llorado sin que se me cayese una lágrima tantas veces, he gritado en el completo silencio de mi habitación y he sonreído a mi padre que disfrutaba viéndome sufrir —le informó ella manteniéndose entera, mientras caminaban juntos hacia las habitaciones, ante la mirada extrañada de los presentes—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Puedes sentirte fuerte, pero si no sueltas a ciertas personas que no te hacen bien, no encontrarás a otras mejores —le sugirió él.

Ella le acarició la mejilla con cariño y le sonrió.

—Te amaría, lo juro, pero estoy ocupada amando a alguien que no me ama.

La sonrisa de la mujer lo conquistó, a pesar de la tristeza.

—Yo aquí, intentando no enamorarme y me sales con esa sonrisa, esa mirada y pues, así ya no juego —le dijo Richard en broma.

—Si supieras las cosas que tu sonrisa exorciza —le confesó Dixie acariciándolo—. Gracias por querer sacarme una sonrisa en esta situación tan de mierda.

—Quiero sacarte una sonrisa... Y la ropa también —le confesó en medio de risas.

Los dos rieron y se detuvieron frente a la puerta de su cuarto.

—Esta es mi habitación —le dijo ella sin invitarlo a pasar—. Gracias por la compañía y por ser mi cómplice en el beso que te robé.

—Todos necesitamos alguna vez un cómplice, alguien que nos ayude a usar el corazón —le dijo depositando un breve beso en sus labios—. Hasta mañana.

Dixie cerró la puerta tras de sí con lágrimas en los ojos.

Ahmed iba a pasar la noche con Cloé, en las mismas sábanas que habían arrugado juntos.

Y se cubrió la boca con la mano para espantar las ganas de vomitar tanta angustia.

\*\*\*

Cloé dormía sobre su pecho. Se había desquitado con ella como tantas noches desde la llegada de Dixie, agotando las ganas que tenía por otra mujer en esa que la tenía servida.

Pero no lo había disfrutado.

El rostro de Dixie se interponía en todo momento, al igual que el recuerdo de sus piernas rodeándolo, su boca acariciando su espalda, sus gemidos ante cada embestida brutal.

Estiró su mano hasta la mesa de luz y tomó su celular. La buscó entre sus contactos y le mandó un Whap.

Dixie abrió los ojos mojados por las lágrimas, confundidos, algo dormidos. Tanteó la mesa de luz hasta encontrar su teléfono y leyó el mensaje.

*—¿Duermes o disfrutas de la cama junto a mi amigo?*

*—¿Otra vez en la cama incorrecta? ¿Arrepentido de tu elección?*

*No molestes... Voy a colgar un cartel para que me dejes tranquila.*

*—¿Tan bueno es en la cama? ¿Acaso lo prefieres antes que a mí?*

*—Tú la preferiste a ella... ¿Yo debía quedarme sola y aburrida?*

*—Te veías bastante divertida cuando lo besaste.*

*—A veces tenemos que besar a muchos sapos para encontrar al príncipe azul.*

*—Tú no tienes que besar a nadie más que a mí.*

*—¿Porque crees que eres mi príncipe azul? Algo desteñido, fíjate. No me hagas reír. A ti tengo que quitarte de mi cabeza. Y ya me estoy acostumbrando a olvidarte, no interrumpas.*

*—Si vas a olvidarme... que parezca un accidente.*

*—Estar contigo fue un accidente.*

*—Estar contigo fue importante para mí. Dime que para ti también soy importante.*

*—Se ha producido un error con tus ganas de importarme. Inténtalo de nuevo más tarde. O nunca. Y duérmete de una vez. ¿O acaso no te cansaste lo suficiente?*

*—Es de esas noches en las que me sobran caricias, pero tú me faltas. Mis sábanas saben lo mucho que te pienso.*



—Si no vas a soñarme, mejor ni te duermas. Tal vez así logres despertarte conmigo... en sueños.

—Ojalá despertar contigo fuera tan fácil como soñarte. El problema es tu ausencia en mi soledad.

—¿Qué tienes que me torturas así después de haberte ido con ella?

—Muchas ganas de estar contigo.

—Insomnio. Eso tienes.

—No es insomnio si en medio de esta profunda oscuridad y de este enorme silencio puedo verte y tocarte. Insomnio es cuando el pensamiento quiere ir a dormir a otra cama. Eso me pasa contigo.

—Duermo con otra persona.

—No importa con quién duermes. Importa con quién sueñas. Y estoy seguro de que sueñas conmigo.

—Error.

—Todo se reduce a la última persona en la que piensas por la noche. Ahí es donde está tu corazón. Niégame que soy esa persona.

—Disculpa, ¿podrías mover de tu cama a tu novia? Está estorbando mis ganas de estar contigo.

—Quita a mi amigo de tu cama que yo la quito a ella de la mía.

—¡Seguro! Para que luego te quedes mudo y niegues lo que nos pasa. Olvídalo. Duerme de una vez y al lado de quien corresponde.

—Corresponde que duerma contigo. Ya va siendo hora de que tú y yo arruguemos de nuevo las sábanas.

—No nos queda cama... ambos las ocupamos con otra gente.

—Esta casa tiene muchas otras camas. O sillones. O paredes. O pisos. Piscinas. Lo que quieras, dónde quieras. Sal que te espero.

Dixie abrió la boca para protestar.

No iba a caer en sus redes otra vez.

No iba a permitirle colocarla en segundo lugar.

¡Acababa de acostarse con su novia! Y creía que ella estaba con Richard.

Dejó el celular en la mesa. Se sentó en la cama con la respiración agitada.

No tenía que sucumbir...

Pero al segundo abría la puerta de su cuarto y se asomaba al pasillo. Ahmed cerró la puerta de su habitación delicadamente y le

tendió la mano. Ella hizo lo mismo y fue con él. Caminaron en puntas de pie por el pasillo hasta que Ahmed abrió una de las puertas y entraron. Las luces tenues de la biblioteca los recibieron en esa íntima reunión clandestina. Ahmed cerró la puerta y la apoyó contra ella, encerrándola con sus brazos desnudos.

—No podía pasar un segundo más sin ti —le susurró al oído, atrapando el lóbulo con su boca, haciendo que la mujer dejara escapar un gemido.

—No puedo evitar ceder ante ti —le confesó ella antes de dejarse atrapar por su boca.

El roce de sus bocas debería haber supuesto un alivio ante tantas ganas, pero Med sintió más calor. Dixie le acarició los hombros desnudos mientras que los labios del hombre dejaron de ser amables tomando posesión absoluta de la boca femenina. Ella se relajó y abrió la boca, dispuesta a recibirlo, y soltó un ligero suspiro. Ahmed la atrajo hacia su evidente y enorme erección que se marcaba en sus boxers blancos, deslizándose las manos por su cuerpo esbelto y caliente hasta llegar a las caderas, que tocó a través de la fina barrera de tela del camisón corto de ella, mientras ambos sucumbían al deseo mutuo.

Ella se separó unos centímetros, dudando.

—Creo que lo que hacemos no está bien.

—¿Para quién? —le preguntó él encontrando el tirante de su camisón. Ciego de pasión, enloquecido por esa mujer que volvía a embrujarlo, la apartó y llenó sus manos con el glorioso peso de los pechos de Dixie. La rigidez con que lo recibieron sus pezones lo enardeció.

—Para nadie —respondió ella ahogando la pasión que sabía no podría controlar por mucho tiempo más.

—Tú déjate llevar, que yo me encargo de ponerle más sabor a las caricias —y le desató las tiras del camisón, atacando sus pechos primero con las manos, y luego con la boca. La soltó y se perdió en sus ojos—. Por un lado me gustas... no sabes cuánto me gustas... —y la volteó contra la puerta, atacando a besos su espalda y su cuello, apoyando su miembro contra ella para hacerle notar su urgente necesidad—. Y por el otro lado... también.

Deseoso de más, hundió la mano en la sombría suavidad de la entrepierna de Dixie, que gimió, clavándole las uñas en la piel de los brazos. Deseaba arrancarle el camisón, ponerla contra la pared a la luz de la luna y meterse dentro de ella, cada vez más profundo.

—Eres mi deseo interminable —le dijo girándola nuevamente y colocando la mano femenina en su entrepierna palpitante—. Nada más dulce que olvidarse de todo entre tus piernas.

El hombre se echó un poco para atrás, respirando fuertemente. Tanta pasión lo asustaba, lo dejaba desconcertado, indefenso. Ella permaneció con el camisón abierto, seduciéndolo en silencio con su cuerpo, mordiéndose los labios con tanta sensualidad que resultaba doloroso verla y no hacer algo con esa boca. Ahmed se pasó la mano por el cabello, intentando por todos los medios aclarar sus pensamientos.

Deseaba con todas sus fuerzas tomarla, pero al mismo tiempo sabía que de hacerlo seguiría claudicando ante sus deseos. Ella dio un paso hacia el hombre y metió ambas manos a los costados de sus boxers, acompañando la bajada con el cuerpo, quedando en cuclillas ante su miembro ahora liberado y batiente. Ahmed ahogó un gemido que antecedió al placer que sabía iba a sentir cuando ella lo tocara.

La boca de Dixie rodeó el pene con delicadeza pero con firmeza también, demostrando posesividad y disfrutando de la rendición del hombre que amaba. Dixie levantó la cabeza el tiempo suficiente para regocijarse de la expresión de Ahmed, mostrando que lo que le estaba haciendo con la boca y la lengua le daba un enorme placer. Volvió a tomarle el pene con las manos y deslizó la lengua lentamente por su gruesa longitud antes de introducirse en la boca. La inmediata reacción de Ahmed dejó pocas dudas respecto al placer que ella le estaba prodigando.

Sin embargo, después de pocos segundos, la detuvo y tiró de ella para levantarla y darle un beso apasionado. Tomó la silla del escritorio que tenían cerca y la colocó a horcajadas encima de él.

—Móntame.

Ella lo miró a los ojos, desafiante, en silencio.

—¿Me estás declarando la guerra? —le preguntó alzando las cejas.

—Te estoy dejando tomar el control. ¿Qué dices? —la apuró con

una sonrisa ladeada, entregado por completo a esa mujer. Esperó unos segundos sin hablar—. El silencio también puede ser declaración de guerra.

—Hazme el amor o la guerra... —cedió ella apoderándose de su boca mientras se movía contra él hasta que Ahmed quedó suspendido a la entrada de su cuerpo—, solo te pido que no me dejes enamorarme de ti. No otra vez. Quiero todo contigo pero... ¡prohibido enamorarse!

Ahmed poco a poco, fue introduciendo su miembro en su interior. Los dos gimieron por el placer que les proporcionaba su unión.

—Te vas a enamorar de mí, así sea lo último que hagas —le prometió él entre dientes, tomándola de las nalgas y empujándose lo más adentro que podía en la mujer que le hacía perder el control de todo.

Dixie se balanceó hacia atrás y hacia adelante disfrutando de la sensación de tenerlo en lo más profundo de su ser. Las manos grandes y poderosas de Med subieron hasta los pechos de la mujer y los apretaron y masajearon mientras ella, con su constante vaivén les proporcionaba placer a ambos.

—¡Inclínate hacia adelante y déjame saborearte!

Ella le obedeció gimiendo de placer mientras él le succionaba los pechos que rebotaban sobre su boca una y otra vez. Dixie sintió que el clímax crecía en su interior, como un espiral que la arrastraba hacia la locura. La silla crujió cuando Ahmed empujó con las caderas penetrándola más adentro mientras los músculos de Dixie se ponían en tensión y lo retenían con fuerza en su interior.

—Mírame —le exigió el hombre, desencajado de deleite desmedido—. Dime que soy el único que te hace gozar así, que no deseas que nadie más que yo te penetre porque nadie más que yo te da lo que quieres.

Dixie lo miró, jadeando.

—Eres el único, siempre serás el único.

—Dime que me quieres, como a nadie, como a nada —le exigió a punto de no poder controlarse más.

—Te quiero y no es una afirmación, es un castigo —le gritó ella, sintiendo como estallaban juntos, derrumbándose encima de Med mientras los dos respiraban profundamente después de la pasión

vivida.

Ahmed la apretó en un abrazo contra su cuerpo.

—Mierda... —murmuró agitado aun, sin querer soltarla—. Y te volví a amar como si jamás me hubieras roto el corazón.

—Si rompí tu corazón fue para ver de qué estás hecho —se justificó ella, sonriendo, igual de agitada.

Él volvió a besarla, dulcemente, sin dejar que se moviera ni se saliera de encima suyo, sin dejarla escapar. Uno podía volverse adicto a momentos como aquél.

—Me puedes... te metes por mis poros y me quitas la voluntad —le susurró Med, colocando frente contra frente.

—Hace rato que yo no tengo voluntad por culpa tuya —le confesó ella disfrutando del momento.

En el silencio de las respiraciones que volvían a su ritmo normal, escucharon voces en el pasillo.

Se miraron, Dixie se puso de pie y acomodaron la silla. Cuando creyeron que estaban seguros, Ahmed abrió despacio la puerta y se asomó al pasillo. Le hizo señas a ella de que saliera. Cerraron la puerta de la biblioteca y caminaron juntos en puntas de pie.

Ahmed la tomó por la cintura antes de que ella entrara en su habitación y la besó con ternura, negándose a dejarla regresar a la cama con su mejor amigo. Ella devolvió el beso suavemente, con dolor, sabiendo que él regresaba a los brazos de Cloé a pesar de haber compartido con ella un momento eróticamente mágico.

Cuando la puerta de ella se cerró y Ahmed giró en silencio para volver a su cuarto, Sarket lo observaba desde la puerta de la habitación de Deniz con sorpresa y diversión en la mirada.

Med sonrió y le hizo un gesto de silencio con la mano.

Sarket lo saludó entre risas y entró en la habitación de su amada.

—¡No sabes lo que acabo de descubrir en el pasillo! —le dijo a Deniz mientras se acostaba junto a ella, riendo.

\*\*\*

Berk consultó su reloj, sentado en el balcón de su

estudio, lejos de la invasión de cualquiera.

Las 11 de la noche.

En Florida serían las 5 de la tarde.

¿Estaría Stella sola en la casa? ¿Lo atendería si la llamara?

Y si lo atendía... ¿querría hablar con él?

Discó su número y esperó.

—Hola —la sonora voz de Stella retumbó en su oído.

Berk colgó.

Se le desbocó el corazón tan solo con escucharla. Cerró los ojos y se sintió un cobarde, un chiquilín, un adolescente inseguro.

Stella aún permanecía con el teléfono en la mano, nerviosa. Sabía que alguien estaba del otro lado de la línea aunque no hubiera hablado. Cerró los ojos y trajo a su único amor a la memoria. ¿Alguna vez tendría el valor de llamarlo?

—¿Quién llamó? —le preguntó su esposo desde el living, mientras revisaba unas evaluaciones de la Universidad.

—No sé —respondió ella sin interés.

Colgó, sacudiendo la cabeza para quitarse las ideas dolorosas.

Berk volvió a marcar. Ella atendió nuevamente mientras se secaba las manos después de lavar algunas tazas de la merienda.

—Hola.

—Hola, Stella —atinó a decir él.

La respiración se le escapó del cuerpo. Se quedó muda.

—¿Quién es? —volvió a preguntarle Joseph quitándose los anteojos.

Stella colgó, con manos temblorosas y conteniendo las lágrimas.

Berk había escuchado la pregunta del hombre. Y sabía que ella lo había reconocido, tal y como le sucedería a él sin importar el tiempo que hubiera pasado.

Apretó el puño, molesto. ¿Por qué todavía estaba con él?

Arrojó el celular contra el sillón que tenía al lado, con rabia, con frustración, con un inmenso dolor. Hubiera querido que ella le dijera que sabía que era él, que siempre lo pensaba, que no importaba la distancia...

Minutos después su celular sonó, sobresaltándolo. Desconoció el

número pero sabía que provenía de un celular.

—Hola.

Berk cerró los ojos ante su voz.

—Stella... Vida mía —susurró con emoción.

—No puedo creer escucharte llamarme así una vez más —también se emocionó ella, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, mientras caminaba nerviosa hacia la plazoleta que quedaba a la vuelta de su casa. Había inventado una compra en el supermercado para escapar del control de su marido.

—Es la única forma en que recuerdo llamarte, mi amor —el hombre se quedó sin voz, conmovido.

—Siempre encuentras la forma de acelerar mi corazón sin importar la distancia que nos separa —le confesó ella, sentándose en un banco apartado.

—La distancia no significa nada cuando las almas están conectadas. Y las nuestras seguirán juntas sin importar el tiempo que transcurra —le habló con la voz enternecida, con la misma pasión de siempre.

—Es asombroso lo lejos que estás y lo cerca que te siento. Como tantas veces. Cuando me apoyo en el barandal de mi casa y miro mi jardín, recordando los verdes prados que recorriamos juntos, mi mente vuela hacia ti, y juego a creer que también tú me estás pensando en ese instante —le dijo ella tratando de no llorar.

—Y seguramente así sea, porque todos los días te tengo en mi mente —le aclaró el hombre.

—¿Y por qué hoy? ¿Por qué justamente me llamas hoy después de veinte años? —indagó algo confusa.

—Porque hoy por primera vez le confesé a mi hijo que siempre has sido la mujer de mi vida. Y la respuesta de él me hizo abrir los ojos —respondió Berk—. Le dije que el destino no había querido que volviéramos a juntarnos y él me dijo que a veces el destino necesita un poco de ayuda. Y porque hoy, después de veinte años de sentirme atrapado en un matrimonio ficticio, le dije a Ariadna que esta semana mi abogado le llevaría los papeles del divorcio —Stella se cubrió la boca con la mano. Las lágrimas cayeron por su rostro, sin saber si eran de dolor de felicidad—. Y me gustaría oír que tú vas a hacer lo mismo, esta misma semana. No podemos seguir inventando nuestra

historia, tenemos que hacerla realidad.

—Berk...

—No me digas que ya no me amas —la interrumpió él, levantándose del sillón, nervioso—. No me digas que no esperaste este momento. No voy a renunciar a ti; mi hijo me dijo que luchara, que no me rindiera. Y me niego a renunciar a estas ganas de acortar la distancia entre tú y yo.

—Lo haces sonar tan sencillo.

—Lo es. En cuanto tenga los papeles en mano y tú los tuyos, iré a buscarte. Y no hace falta que te traigas nada. Yo tengo la vida armada para ti. Tú estás allá y yo, aquí. Uno de los dos está en el lugar equivocado. Y ya ha sido demasiado el tiempo de castigo. Solucionemos ese error.

—Me dejas sin palabras.

—¿Ya no me amas?

—Te amaré hasta el último día de mi vida —le contestó ella sin poder contener el llanto.

—Entonces está todo dicho. Vuelve a tu casa y dile al imbécil de tu marido que quieres el divorcio. O mejor llama a tu abogado y que él lo haga.

—Yo no tengo abogado.

—Quédate tranquila. Mi estudio de abogados se contactará con el equipo americano con el que solemos trabajar y le daré tu número para que les facilites todos los datos necesarios —resolvió él con entusiasmo—. Tú ten preparados tus documentos y a mano cualquier recuerdo o chuchería que te quieras traer, no sé, fotos, libros, lo que sea en una maleta pequeña. Lo demás lo compraremos aquí, en París o donde quieras. Y espera mi llamado. No creo que se demore más de una o dos semanas.

—Estoy anonadada —murmuró ella sin poder creer lo que escuchaba—. De pensar que ya no te importaba, que habías seguido tu vida sin mí, lo cual hubiese sido totalmente lógico, me llamas con todo esto.

—Es que no quiero perder un segundo más de vida sin ti. Te he tenido siempre a kilómetros de distancia, y te he deseado a centímetros de mí. Basta de dolor, basta de culpas. Mis hijos ya saben



la verdad, no quiero seguir perdiendo el tiempo. Eres la persona correcta en los kilómetros equivocados.

—Yo nunca hablé con Dixie acerca de nuestra relación. Debería primero tener una conversación con ella.

—Ven y habla. Tu hija es una mujer maravillosa, con una sonrisa que sólo equipara la tuya, con un corazón noble que está intentando luchar contra todas las trabas que Med, su prometida y la propia Ariadna interponen. Pero a la larga sé que mi hijo va a terminar aceptando que ella lo vuelve loco, de la misma manera que tú siempre me has enloquecido a mí.

—Cuando ella me dijo que iría nuevamente a Saint—Cyprien creí que el mundo se me ponía de cabezas —le confesó, preocupada—. A pesar de todo lo que Ariadna y Joseph tramaron y nosotros silenciosamente permitimos, Dixie se arriesgaba a volver a ver al único hombre que ha amado. Pero me dices que está comprometido con otra mujer... Entonces entre ellos...

—Calma, vida mía —la interrumpió Berk con una sonrisa—. Entre nuestros hijos sucede algo, aunque traten de negarlo, aunque Med no quiera hacerse cargo, aunque su prometida lo tenga comercialmente atrapado por las inversiones de su padre. Lo solucionarán. Eso o tendremos que vivir con más decoro porque por las cuentas que he hecho, será mucho el dinero en juego —rió, feliz—. Pero a mí no me importa. A Med tampoco le importará si realmente se convence de que tienen que estar juntos. ¿A ti te interesará un amor algo más pobre?

—Si vivo contigo no me interesa nada más.

Berk cerró los ojos y respiró hondo.

—Prepara todo entonces porque te espero donde siempre, para reír junto a ti como la primera vez que nos vimos.

\*\*\*

Cuando se sentó a desayunar, Ahmed buscó a Dixie con la mirada, tratando de no ser tan evidente. Pero

ella no estaba allí. Tampoco Richard.

Su padre se veía radiante, con una sonrisa que lo sorprendió, tan diferente de la cara de fastidio que portaba su madre.

Sarket descubrió la búsqueda que hacía su amigo y, cuando sus miradas se encontraron, trató de calmarlo. Pero el hombre estaba molesto. ¿Acaso todavía seguía revolcándose con Richard? ¿No había tenido suficiente con el encuentro furtivo que habían compartido?

Damla y Deniz planificaban el día en los viñedos. La niña le decía que quería montar los nuevos caballos.

—Cuando veamos a Dixie, le preguntas —respondió Deniz ante el pedido de su hija. Y se dio cuenta de que todos habían notado que su prima aún no había bajado a desayunar, igual que Richard.

—Estarán remoloneando —le dijo Cloé a la niña—. Tu tía Dix y la mano derecha de tu tío se fueron a dormir muy tarde, muy juntos, muy acaramelados.

—No confundas a la niña —le reclamó Deniz con rabia.

—¿Confundirla? Es la pura verdad. La nueva veterinaria y el mago de las sábanas y las finanzas se están demorando bastante en bajar a desayunar, lo cual resulta sospechoso, ¿no? Y ya que tú la conoces tan bien... ¿ella prefiere los mañaneros? —indagó fingiendo inocencia.

Ahmed detuvo el camino de su taza de café hasta el plato para evitar derramar el líquido.

—¿Por qué no te callas? —expresó Deniz con asco—. Lo que no veas con tus ojos, no lo inventes con tu boca.

Cuando la camarera se acercó a servirle más café a Sarket, Ahmed no pudo con la curiosidad.

—¿El señor Aralat desayunó más temprano? —le preguntó a la joven.

—No lo he visto, señor Tarik. El señor Aralat no desayunó aquí aún.

—¿Ves? —se regocijó Cloé—. Deben haber pedido el desayuno a la cama... tan entusiasmados que estarán.

—No, señorita —la corrigió la camarera—. Nadie ha pedido el desayuno a la habitación. Permiso.

—Deberías meterte en tus asuntos, Cloé —le sugirió Sarket,

mordiéndola una tostada con queso untado.

—¡Ah, bueno! —exclamó la joven con fastidio—. Lo único que me falta es que un empleado me haga sugerencias.

—Sarket es mi mejor amigo, Cloé —la corrigió Med.

—Y es mi pareja —agregó Deniz.

Cloé levantó los ojos con desprecio.

Uno de los encargados de los viñedos se acercó a Berk para hacerle una consulta. Ahmed esperó a que terminara para preguntarle...

—Tom, ¿has visto a Richard hoy?

—No, Ahmed. Y tampoco ocupó la habitación que se le había destinado —respondió el hombre—. Me lo acaba de decir la mucama.

—¿Te das cuenta de que tengo razón? —volvió a arremeter Cloé—. Si estás tan interesado en él deberías buscarlo entre las sábanas de tu primita.

Ahmed terminó su café con rabia.

—Es lógico —continuó acicateando su madre—. Ella tampoco está aquí.

—Zorra que duerme de día, de noche anduvo de cacería —repitió Cloé con gracia, riendo con Ariadna.

Ahmed se levantó sin decir nada y dijo que tenía asuntos que arreglar. Estaría en su despacho haciendo algunas llamadas. Antes de que se alejara, la voz de su madre terminó de coronar el desayuno.

—¡No seas aguafiestas! No vayas a llamarlo justo en este momento. No interrumpas a la parejita.

—Basta, mamá —le llamó la atención Deniz.

Ahmed cerró la puerta de su despacho y se dejó caer en el sillón frente al escritorio. Quería arrojar todo al suelo, descargarse al menos con los papeles y las cosas que estaban a mano.

Encendió la computadora y comenzó a responder mails y organizar la agenda de la semana. En realidad, a confirmar o modificar lo que su asistente había organizado el día anterior. Pero no podía quitársela de la cabeza.

La imaginaba en brazos de Richard, dejándose penetrar por él, entregándole toda la pasión que la noche anterior le había dado a escondidas en la biblioteca. Y las imágenes lo torturaban.

Dos horas después salió de su despacho dispuesto a saber dónde se

habían metido esos dos cuando vio pasar corriendo a su hermana y a Sarket.

—¿Qué sucede?

—Dixie me llamó. Damla se cayó del caballo —respondió su hermana algo preocupada—. Me dijo que no era nada pero que mejor fuera hasta los establos.

Med frunció el ceño.

Los tres llegaron al mismo tiempo y se encontraron con Dixie, con cara de enojo pero intentando contenerse.

Ahmed reparó en su ajustado pantalón de montar negro, las botas naturales altas y una remera larga sin mangas en ambos tonos con dibujos de caballos, el cabello suelto, los brazos cruzados, inquieta.

La niña esperaba sentada sobre un fardo, la cara llorosa, despeinada, sucios los pantalones.

—¿Estás bien? —preguntó Deniz, revisando a la niña.

—Sí, mamá, estoy bien.

—¿Qué pasó, Dixie? —y la voz de Sarket trataba de mantener la calma de siempre.

—Preferiría que Damla se los explicara —respondió Dixie, apoyándose contra la puerta del establo.

Med no podía sacar los ojos de ella.

—¿Qué hiciste, Damla? —cuestionó Ahmed con voz firme.

—Bueno... les voy a decir lo que pasó —murmuró la niña tratando de no llorar—. Vine hasta aquí para pedirle a mi tía si podía cabalgar con los caballos nuevos. Dixie estaba montando a Tormento, ejercitándolo. Ella me dijo que sí, se bajó del caballo y me explicó que iba a ensillarme una yegua mansa con la que había estado trabajando —y miró a su madre, avergonzada—. Ella entró a los establos y habló con los peones, pero yo no quería esperar —Sarket cerró los ojos, sabiendo por dónde iba la trama—. Y monté como pude a su caballo, que es muy muy alto, pero igual lo conseguí.

—¿Montaste a Tormento sin supervisión? —la increpó Ahmed totalmente sacado por el peligro que eso implicaba.

—Sí, tío, pero sólo fue para dar un corto paseo —se justificó Damla con algunas lágrimas en los ojos—. Y a Tormento no le gustó que yo lo montara porque empezó a cabalgar rápido.

Deniz cerró los ojos y se cubrió la boca. Su hija continuó.

—Entonces lo guie hacia un montículo bajo que se había apilado en un costado. Porque yo quería saltar, como venía practicando con mi tía.

—No, no, no —la interrumpió Ahmed moviendo los brazos—. ¿Acaso estás loca? ¡Montaste un caballo que no está entrenado para el salto!

—Lo sé, tío, y lo siento mucho —le dijo levantándose y abrazando a su madre—. Y a él no le gustó porque se detuvo de golpe delante del montículo y me arrojó al suelo. Pero estoy bien.

—¿Cómo no estabas cuidando de la niña? —le recriminó el hombre a Dixie, que se había mantenido fuera de la conversación.

—Ella te lo dijo: Estaba ensillando la yegua.

—Pero ese es el trabajo de un peón —la reprendió Med—. Tú tienes que estar atenta a Damla.

—No —lo corrigió ella—. Yo le dije que esperara a que tuvieran la yegua lista y fui a dar las indicaciones. Confié en que ella me obedecería.

—¡Tú tienes la culpa! —le gritó Ahmed, enojado, nervioso, más molesto por no saber dónde había estado ella que por la situación de su sobrina.

—No, Med —lo interrumpió Deniz—. La culpa de todo la tiene Damla. Ella fue desobediente.

—Sí, tío. Fue mi culpa.

—¿Y si se hubiera lastimado? ¡Pudo haberse desnucado, Deniz! —volvió a gritar Ahmed con rabia.

—No sucedió nada —trató de calmarlo Sarket—. Y la niña ya se hizo cargo de la responsabilidad. Deniz y Damla seguramente decidirán cuál será el castigo por lo que pasó, pero no puedes culpar a Dixie.

—¡Yo culpo a quien quiero! —gritó él—. Ella es la responsable de los establos, ella es la adulta, la que tenía que estar al pendiente de que nada le sucediera —y se dio vuelta para encararla—. ¿Estabas realmente atenta a tu trabajo o respondías mensajes en tu celular? ¿O acaso no descansaste lo suficiente anoche y hoy no estás al 100 %? —Dixie lo miró sin comprender. ¿Cómo podía hacerla responsable de lo que había pasado?—. ¡No quiero que Damla vuelva a saltar! ¡Y no

quiero este caballo aquí! Devuélveselo a Fulard, dile que no sirve, que no puede trabajar con gente, que...

—¡No voy a hacer eso! —gritó ella, molesta—. Tormento no puede ser montado aún porque está en proceso de adaptación, pero eso no significa que...

—¡Casi mata a mi sobrina!

—Tu sobrina se subió sin permiso —le recordó ella.

—Sácalo de aquí. Obedece o harás peligrar tu permanencia en mis tierras —la amenazó con rabia.

Todos se miraron, incómodos.

—Lo haré trasladar al *chateau*, pero déjame seguir trabajando con él un poco más —le pidió ella conteniendo el enojo.

—Como quieras, pero se lo llevan de aquí hoy mismo.

Dixie entró en el establo, donde los peones esperaban sus órdenes, estupefactos, sin saber qué decir. Les indicó que prepararan al animal para su traslado y que avisaran al capataz del *chateau* que acondicionarán un espacio para él. Y salió del lugar.

Deniz, Damla y Sarket se habían marchado hacia la casa, pero Ahmed la esperaba allí, caminando de un lado al otro. Se detuvo frente a él.

—Ya organicé el traslado del caballo —le informó parca.

—¿Tan ocupada te tuvo mi amigo hoy a la mañana que ni siquiera bajaron a desayunar? —le preguntó en el peor tono de voz.

Dixie lo miró sin comprender.

—¿Quién te dijo que no desayuné? —lo increpó ella sin responder la pregunta que él le había hecho.

—Pensaba que eras diferente, pero, en fin, no es la primera vez que me equivoco contigo —acotó Ahmed con desprecio.

—¿Y cuál fue tu error? ¿Crear que como habíamos tenido ese encuentro intempestivo él no me iba a volver despertar ningún sentimiento? —mintió ella, dolida—. ¿Sigues creyendo que eres el único hombre que me hace gritar de placer? ¿Hasta tanto llega tu egolatría que piensas que te debo fidelidad? Te recuerdo que saliste de tu cama para encontrarte conmigo pero la dejaste a ella calentando el lugar para cuando volvieras —lo acicateó con impotencia.

—Yo no volví a tocarla después de estar contigo, después de todo lo

que nos dijimos —respondió Med entre dientes.

—Por más exquisitas que estén tus mentiras, no lograrás que me las trague —se defendió ella, hiriéndole de la misma manera que él la hería a ella—. A mí me gusta que me digan la verdad, ya yo veré si duele o no.

—Esa es la verdad. Volví a mi cama y me dormí. Me levanté, me duché y me vestí. Y esperaba verte en el desayuno pero no... Te quedaste con él, ¿verdad?

—De la misma forma que tú habías estado con ella antes de sacarme de mi cama —dijo sin aceptar nada.

—Con ella pero contigo —la corrigió con rabia—. Con tu cara, con el deseo de que fueran tus piernas las que me rodeaban —se desnudó Ahmed con la misma rabia que Dixie mostraba—. Me pregunto qué sentirá él al besar tus lugares donde yo he dejado tatuados mis besos, donde yo te recorrí completa con mis caricias. ¿Le dijiste que anoche estuviste conmigo?

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Acaso tú le dijiste a Cloé que me mandaste mensajes mientras ella dormía a tu lado? ¿Le dijiste que me pediste que te montara, que te mirara a los ojos mientras me penetrabas como un loco? —le gritó ella tratando de evitar que las lágrimas se le escaparan—. ¿Le dijiste que me confesaste que soy importante para ti, que te intereso más de lo que quisieras aceptar?

—Ya no —le dijo lapidario—. Me dejaste de interesar cuando vi que cualquiera te podía tener.

Y fue como una bofetada para ella. El fin.

—Eres un idiota.

—Y tú una cualquiera.

Dixie cerró los puños para no golpearlo. No podía sentir tanto dolor.

—Doctora, estamos listos —le gritó uno de los peones a la distancia. Ella le hizo señas de que ya iba.

—No vas a irte y dejarme aquí parado en medio de una discusión —la amenazó él con impotencia.

—Vete a la mierda.

Y corrió hacia la camioneta sin mirar atrás.

\*\*\*

Iba a seguirla pero no tendría control de nada si lo hiciera. Y manejó hacia el Haras a una velocidad imprudente.

Richard estaba en su oficina, entrevistando a una de las postulantes cuando Ahmed abrió la puerta sin golpear.

—¿Sucede algo? —le preguntó sorprendido.

—No. Quería saber cómo iba el tema de la selección —mintió él.

—Acabo de terminar la reunión con Sabrina —le dijo señalando a la joven—. Ya puedes irte y perdona por haberte retenido una hora.

La joven sonrió y se marchó. Ahmed se sentó en el lugar que había dejado ella.

—¿Ya escogiste?

—No. Aún me falta volver a entrevistar a dos jóvenes que seguro deben estar esperando en la antesala.

—¿Cuántas son las preseleccionadas?

—8 en total. Ya entrevisté a 6 y me falta dos.

—¿Desde qué hora estás aquí? —se extrañó Med.

—Desde las 9. ¿Por qué tantas preguntas?

Ahmed hizo un cálculo rápido y no le cerraba el horario.

—Iba a preguntarte en el desayuno pero como no te vi...

—Hubiera sido imposible que me vieras porque yo desayuné aquí —le dijo el hombre recostándose en su asiento—. Me dormí tarde.

—Sí, me imagino —dijo Ahmed entre dientes—. Tarde y cansado, lógicamente.

Richard frunció el cejo. No entendía hacia dónde se encaminaba esa conversación, pero Ahmed estaba muy extraño.

—Sí. La fiesta duró hasta tarde. Y cuando terminó... tú ya sabes —aventuró sin aclarar nada.

—¿Y tú sabes que lo que hace contigo, lo aprendió conmigo? —se desquitó su amigo con evidentes celos.

—Por lo que me han contado sí, calculo que debes haberle enseñado tú —siguió sin aclarar—. Has sido un buen maestro.



Los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza que hacía para no levantarse y golpearlo. Richard notó que no podría tirar más de la cuerda sin conseguir que su amigo se desbocara, por lo que se relajó.

—Besa muy bien —dijo para sacarlo de dudas. Ahmed se quedó en silencio—. Me hubiera gustado que al acompañarla hasta su habitación me hubiese permitido entrar, pero no. Me despidió con un beso. Y hasta allí me dejó llegar —ante la cara de incredulidad del otro, aclaró—: Ojalá pudiéramos comparar sus dotes en la cama, pero no, amigo.

—Pero si me dijo que estabas en su cuarto...

—Te mintió —le confesó con pena—. Me marché después de acompañarla hasta su habitación y no dormí en los viñedos porque hoy tenía a las chicas citadas muy temprano. Desayuné aquí —y le señaló una de las repisas a la derecha, con una taza sucia y restos de migas—. Por eso no me viste.

—Ella me dijo... —Ahmed se detuvo, pasó ambas manos por su cabello, confundido, entendiendo que la había encarado sin saber lo que en verdad había sucedido. Y ella lo había dejado. No se había defendido.

—Mira, Med. No sé qué sucede entre ustedes ni tengo ganas de verme en medio de la situación. Mujeres hay muchas, miles. Y aunque ella sea perfecta, ideal, no voy a enemistarme contigo por una mujer que se nota a la legua que te interesa tanto —le dijo apoyando los antebrazos en su escritorio.

—Entre nosotros no hay nada.

—¿Viniste hasta aquí por nada?

—Vine a preguntarte por las postulantes —le dijo poniéndose de pie.

—Como digas. Pero quiero ser claro contigo: Ella me besó en el sillón, yo le di un beso breve al despedirme en la puerta de su habitación, me fui para mi casa y desayuné aquí antes de iniciar las entrevistas. Nada más.

Ahmed asintió y salió sin decir palabra.

Se sentó en su propia oficina con la vista perdida en sus campos. La había vapuleado, la había tratado de cualquiera, le había dicho que ya no le interesaba porque se iba con otros hombres. Y ella no había

puesto ningún reparo, quebrándose con cada acusación pero manteniéndose incólume.

Era muy orgulloso para disculparse. Y era muy estúpido por no ir a buscar.

Haría lo imposible para no verla esas semanas. Era evidente que ella sacaba lo peor de su personalidad.

—Ahmed, me llama la secretaria de tu padre para preguntarme si vas a regresar con él a París para la reunión anual de la compañía —lo interrumpió Aimeé—. Necesito que me lo confirmes para hacer los arreglos.

Miró nuevamente por la ventana.

Ahí tenía la oportunidad que esperaba para poner distancia con esa mujer que venía a atormentarlo desde el pasado.

—Dile a mi padre que partiré con él esta misma tarde en el avión de la compañía —dijo sin mirarla.

Aimeé cerró la puerta.

Se pasó la mano por el rostro, cansado.

Lo había estropeado todo.

Mierda.

Mil veces mierda.

## Capítulo 11

Quince días.

Hacía quince días que Ahmed se había marchado a París sin haberse despedido de nadie. Y la cara de Dixie el domingo siguiente a la gran discusión fue de culpa.

Era su día de descanso pero había ejercitado a Tormento durante la mañana, ya que lo seguía sintiendo inseguro y algo arisco. Med no había aparecido por la casa grande así que ella había manejado hasta el *chateau* con el deseo de verlo al menos un momento. Y allí se enteró de que se había marchado con su tío Berk en el avión privado rumbo a la romántica ciudad de París. Seguramente con la estúpida de Cloé.

Después del ejercicio había regresado a la casa sin cruzarse con nadie de la familia, en el mismo silencio que la mantenía en una burbuja desde el accidente de la niña y la discusión del día anterior. Había desayunado sola en la enorme mansión, con la vista perdida en los rosales y la tristeza por la falta que él le hacía. Y ahora volvía cerca del mediodía, sin ánimo para hacer nada.

Gerard la había llamado para salir a dar una vuelta por los alrededores, pero ella había puesto la excusa del cansancio. Avisó que no deseaba almorzar más que una ensalada Caesar y que lo haría en el *deck*, con la maravillosa piscina de marco y la glorieta azul que tantos recuerdos le traía.

Pollo, lechugas varias, panceta ahumada, pancitos tostados, queso parmesano, aceite de oliva, queso crema y una salsa especial que recordaba bien de muchas comidas anteriores en esa casa.

Pero no tenía sabor. Nada tenía sabor.

Comió en silencio, con una suave música de fondo, bajo la sombrilla que la protegía del sol radiante.

No quiso postre, sólo jugos naturales y agua fría.

Se deslizó en la reposera blanca inflable que flotaba perezosa en la enorme piscina, decidida a dormir una siesta, enfundada en una malla enteriza rosa Dior sin breteles y con el busto torzado terminado en un moño delicado y femenino. Se cubrió la cara con un sombrero blanco y rosa y suspiró para relajarse.

No las escuchó llegar. Seguramente la música suave, el sol, su cansancio y la tristeza que sentía le jugaron en contra.

Deniz le hizo señas a Damla para que no hablara y rieron bajito. La niña le tomó fotos a su tía, porque adoraba todo lo que ella usaba y esperó a que su madre entrara a la piscina en silencio para sorprenderla.

Preparó su celular para filmar el video y casi se le cae de las manos cuando grabó a su madre dando vuelta la reposera, tirando a una casi dormida Dixie al agua fresca.

Las tres rieron, divertidas. Dixie se puso el sombrero mojado e hizo unas poses graciosas para la niña que seguía grabando las morisquetas.

Luego se rieron juntas otra vez cuando Damla le mostró el momento de la caída y las caras de Dixie.

Deniz y Dixie salieron del agua y se tumbaron en las camas al sol mientras la niña se arrojaba al agua desde el trampolín pidiéndoles que la filmaran y le sacaran fotos.

—¡Está como loca con su celular nuevo! —exclamó Niz bebiendo el jugo de naranja que le acababan de traer.

—Me alegra que hayan venido —le dijo su prima—. Este lugar estaba aburrido y desaprovechado.

Niz la miró mientras Dixie le sacaba fotos a Damla con su propio teléfono y la niña le decía que se las enviara por Wpp.

—Me dijeron que estuviste por el *chateau* a la mañana.

—Sí. Fui a ejercitar a Tormento —le explicó con los ojos cerrados por el sol—. Tu hermano lo exilió ayer. Al menos pude lograr que no lo devolviera al señor Fulard porque ahí sí que se hubiera desatado una guerra.

—El caballo no tuvo la culpa de nada —le dijo Deniz frunciendo el ceño—. Fue Damla la que lo montó sin permiso.

—De todas formas Tormento no tenía que haberla tirado. Aún tengo que trabajar mucho con él antes de que lo puedan montar.

—A ti nunca te ha tirado.

—No, pero a mí me reconoce. El problema es el uso que se le va a dar —le explicó ella—. No puede estar a disposición si se muestra tan arisco.

Se hizo silencio entre las dos.

—¿Por qué crees que Med se fue a París? —le preguntó Deniz sin mirarla.

—Tenía una reunión de la empresa —respondió ella.

—Med nunca va a esas reuniones —comentó Niz.

Dixie se quitó los anteojos de sol y la miró.

—¿Estás sugiriendo que nuestra pelea provocó su partida?

—No lo sé. ¿Piensas que puede ser así? ¿Y por qué pelearon tan fuerte? —insistió su prima—. Nosotros regresamos a la casa y nos enteramos luego de lo que había pasado. Pero el comentario de los peones es que la discusión fue muy fuerte.

Dixie bajó la vista.

—No creo que se haya marchado por eso. No fue para tanto —le dijo mirando a la niña jugar en la piscina—. Te informaron mal —y volvió a colocarse los anteojos de sol y a tomar la posición anterior.

—Esa mañana él estaba como loco porque ni tú ni Richard habían bajado a desayunar. Y no entiendo por qué tanto mi madre como Cloé insistían en que ustedes dos habían pasado la noche juntos.

—Ya sabes cómo son las dos —minimizó ella.

—Pero se mostraban muy fastidiosas con eso —dudó Deniz—. ¿Pasaste la noche con Richard? —Dixie volvió a mirarla—. Créeme que te entendería de haber sido así porque es un monumento de hombre, demasiado hermoso para ser real, pero mujeriego y seductor sin medida ni control. ¡No sabes las veces que deseé que me invitara a salir cuando era más joven! —le confesó su prima riendo.

—Lo tenías bien escondido —rio también Dixie.

—Si se llega a enterar Sarket, no me va a dejar en paz cada vez que me encuentre trabajando con el demonio de ojos azules. Eso fue hace mucho tiempo y después me resigné —hizo una pausa—. Pero mi hermano estaba seguro de que estabas con él y estaba literalmente

como un loco desquiciado. Med le preguntó a la camarera si habían desayunado más temprano y al encargado, si Richard había estado por allí pero no se conformó con las respuestas y, para completarla, Tom le dijo que la mucama había comentado que no había dormido en la habitación que le habían asignado. ¡Para qué le dijo eso! Salió como un lunático hacia su despacho.

Dixie se incorporó en su reposera.

—Ahmed supuso que Richard estaba conmigo en la habitación la noche de la fiesta —le dijo sin querer hablar demasiado.

—¿Por qué pensaría eso si él se marchó con Cloé antes que ustedes? —Dixie hizo silencio—. Mira, Dix, sé que Med y tú se encontraron esa noche en la biblioteca —su prima abrió los ojos sorprendida—. Sark los vio cuando se despedían y Med le hizo un gesto de que no dijera nada. Cuando entró en la habitación, me lo contó, feliz. Por eso no entiendo qué pasó al otro día. ¿Por qué se encontraron en la biblioteca?

—Porque tu hermano me mandó unos Wpps.

—¿Desde su habitación? —se sorprendió Deniz—. Pero si él estaba con Cloé —Dixie asintió y le tendió su teléfono con la conversación que habían tenido. Deniz leyó los mensajes y abrió los ojos desmesuradamente—. ¡Wow! Nunca imaginé que mi hermano, el frío, seco, poco demostrativo y controlador Ahmed Tarik pudiera enviar mensajes como estos.

—No lo conoces en lo absoluto —le dijo ella con una sonrisa perversa—. No tienes idea. No es ni frío ni seco ni poco demostrativo... todo lo contrario.

—Veo por sus mensajes que no es el mismo hombre contigo que con el resto. Pero... ¿tú estabas con Richard?

—No. Med creyó eso. Yo no lo negué.

—¿Por qué no?

—¡Porque él me estaba mandando mensajes a mí cuando acababa de hacer el amor con su prometida! —exclamó ella con fastidio—. ¿Por qué iba a aclararle que me había ido a acostar sola, llorando, mordiéndome los puños para que nadie me oyera? ¡Que pensara lo que quisiera!

—Y, a pesar de que sabías eso, saliste al pasillo —aseveró su prima.

—Si. Yo también tenía ganas de estar con él, aunque fuera su segunda opción, aunque supiera que había estado con otra antes, aunque ella estuviera calentando su cama. Para qué negarlo, doblega mi maldita voluntad —se quejó con rabia.

—Asumo que tuvieron relaciones en la biblioteca. ¿O se sentaron a conversar? —indagó mirándola de reojo.

—Bueno... sentarnos como quien dice sentarnos... —titubeó ella recordando ese momento—. Sí, él se sentó en la silla del escritorio. Yo... me senté sobre él —le aclaró ella con una sonrisa pícaro.

—Ya. Sin tantos datos por favor, que sigue siendo mi hermano —rio Deniz—. No voy a poder volver a entrar en ese lugar sin mirar la silla e imaginarlos allí —Las dos rieron—. Pero Sark me dijo que los dos se veían muy bien, que la escena era romántica y tierna, de hecho me dijo que estaba sorprendido de ver a Med en esa actitud, entonces... ¿Qué sucedió?

—Se puso como loco porque creyó que yo había estado con Richie íntimamente después de ese momento que compartimos juntos.

—Y tú no se lo negaste.

—No. Me molestó la forma en que me habló, reclamando que yo debería haberle dicho a Richard que habíamos estado juntos. Yo le pregunté si él se lo había dicho a Cloé. Y agregué que seguro había vuelto a tener sexo con ella, lo cual lo ofendió. Me dijo que no la había tocado después de lo que habíamos pasado juntos. Pero no le creí —bajó la vista con algo de culpa—. De ahí en adelante todo fue cuesta abajo, le dije que era un idiota, él me dijo que yo era una cualquiera y que ya no tenía interés en mí porque me iba con otros hombres —terminó el relato, limpiándose una lágrima con los dedos.

—¿Por qué no le dijiste la verdad?

—Porque una vez que habíamos empezado a herirnos ya no había vuelta atrás. Cada vez que hablábamos era con el fin de lastimarnos más y más —comentó alzando un hombro—. Una competencia por ver cuál de los dos decía la frase más hiriente —se volvió a recostar en la reposera, se puso los anteojos—. Y ganó él. Pero la que se fue, fui yo.

—Y no volvieron a hablar.

—No.

—¿Y él sabe la verdad?

—No sé ni me interesa.

—Sí que te interesa porque la cara que traes es de completo desasosiego. Estás dolida pero también te sientes culpable porque sabes que si le hubieras dicho la verdad todo se hubiera evitado.

—No merecía la verdad —le dijo sin mirarla—. Y yo no merecía que me catalogara así. En lugar de «cualquiera», debería haberme llamado «plan B», siempre a mano cuando su mejor plan se trunca —dijo con rabia contra sí misma.

Deniz se distrajo con una conversación que tenía Damla a través de su celular. La llamó con la mano y la niña caminó hacia ellas sin dejar de filmarse y de hablar, girando la cámara hacia ellas, que la miraban sin comprender.

—¿Con quién hablas?

—Saluden —les pidió ella volviéndolas a filmar. Las dos saludaron a la cámara con una sonrisa—. Tío Med, dime qué haces en París si las tres mujeres más hermosas de tu vida están aquí —le dijo la niña riendo.

Dixie se incorporó en la reposera cuando escuchó su nombre, apabullada por saber si se veía bien, si realmente hubiera querido saludarlo de saber que la niña hablaba con Ahmed, si él había preguntado por ella específicamente o sólo había sido una travesura de Damla.

—¿Hablas con tu tío Med? —le preguntó Deniz sin dejar de notar el nerviosismo de su prima.

—Sí, mamá —dijo la niña volviéndose a concentrar en la conversación vía Skype—. No, no, no. Dime que la voz chillona e insoportable que acabo de escuchar cerca de ti no es de la estúpida de Cloé.

Deniz y Dixie se miraron, expectantes. No dijeron nada.

—No, no, no mientas. Sé que es ella. Y no puedo creer que la hayas llevado a tu viaje y nos hayas dejado a nosotras acá —la niña escuchó en silencio la respuesta, que las dos mujeres no oyeron—. ¿De verdad crees que soy una niña aún? ¡Mira si voy a creerme que ella viajó sola y con la retrasada de su amiguita! Mejor hablamos cuando te encuentres desocupado.

Damla se despidió y se sentó en una de las reposeras.



—Los hombres son todos unos estúpidos —manifestó la niña con firmeza—. Subí a mis redes sociales el video de tía Dix cuando la arrojaste a la piscina y algunas fotos y el tío justo me llamó para ver cómo estaba.

—¿Justo, justo te llamó? —indagó Deniz con ironía haciéndole gestos a Dixie—. Mira tú qué casualidad, ¿no?

—Sí, a mí también me pareció raro —comentó Damla—. Y para colmo de fastidio, la voz de Cloé dando grititos por detrás.

—¿Cloé viajó con Med? —preguntó Deniz

Dix le hizo burla mientras se volvía a poner los anteojos de sol y Deniz se recostó otra vez mirando a Dixie.

—Él dice que no, que fue con Gina más tarde porque ya tenían previsto un viaje a París para comprar ropa —contestó con desconfianza—. Pero yo no le creo. Esas dos arpías aprovecharon la oportunidad de fastidiarnos.

El celular de la niña sonó y ella rio reconociendo a una de sus amigas.

—Damla, estamos tomando sol. ¿Por qué no conversas con tu amiga del otro lado de la piscina? —le sugirió Deniz.

La niña asintió.

—Amigaaaaa, voy a contarte un secreto...

Y ya no la escucharon más.

El resto de la tarde la pasaron juntas en la piscina, riendo a pesar de la tristeza, tratando de recuperar el control.

Sarket vino a buscarlas. Dixie volvió a quedarse sola.

Se durmió temprano, revuelta por la culpa de no haber sido lo suficientemente honesta con Ahmed, por haberle hecho creer que se acostaba con Richard, por haber arruinado el inicio de una leve reconciliación, por extrañarlo tanto.

Se había ido a París sin despedirse. Y estaba con Cloé.

¡Que le fuera bien!

\*\*\*

Ese lunes Deniz y Dixie le habían dedicado la mañana

enteramente a Aimeé.

Gerard se unió a esa loca «*Fashion Emergency*», cubriendo a Dixie en sus obligaciones, en pos de ayudar a una dama en apuros estéticos.

Se encerraron en un *beauty shop* y convencieron a la asistente de Med de cortarse el cabello en una sensual melena despareja, hacerse unas mechas rubias y cobre que le dieron más luminosidad a su cara y dejarse afinar las cejas.

Una experta le dio varios consejos acerca del maquillaje teniendo en cuenta el color pálido de su piel, cómo acentuar sus ojos claros de acuerdo al momento del día y a los eventos que tuviera y eligieron juntas una gran cantidad de sombras, rubores, bases líquidas, brochas, labiales y todo lo que encontraban en el camino.

Las tres se sorprendieron al ver el cambio en la mujer, que en verdad era muy bonita y ahora estaba aprendiendo a destacar su belleza.

El paso siguiente fue renovar el vestuario, tratando de hacerla ver más sensual sin ser vulgar. Ahí se encontraron con algunas reticencias de la joven que no estaba acostumbrada a exponerse físicamente. Sin embargo, entre las dos consiguieron que aceptar comprar faldas nuevas un poco más ceñidas, blusas delicadas, jeans ajustados, zapatos de tacón, botas modernas y conjuntos de ropa interior provocativos.

—¿No creen que se están adelantando un poco? —se sonrojó Aimeé al ver el delicado encaje.

—No tienes idea de lo rápido que los vas a estrenar —rio Dixie dándose cuenta de que la mujer todavía no se había dado cuenta de los cambios que había sufrido.

Deniz la miró divertida.

Se apresuraron con las compras ya que Aimeé tenía que estar de regreso luego del almuerzo, momento que las tres compartieron entre risas y recomendaciones para la nueva mujer en que se convertiría su amiga, anticipándole que debía ponerse exigente en la elección del hombre para salir. Aimeé reía sin poder creer lo que oía: esas dos mujeres exitosas, bellas, desenvueltas, le querían hacer creer que a partir de ahora su vida social iba a dar un vuelco.

Con esa misma sonrisa entró a la oficina, contoneando levemente las caderas que ahora quedaban envueltas por una falda azul marino que dejaba ver sus piernas perfectas que terminaban en unos zapatos rojos con plataforma. Su nueva melena le resultaba aún inmanejable, con un flequillo movedizo y ágil, y un dulce perfume que dejaba en el camino mientras trataba de acostumbrarse a su aspecto actual.

Richard la vio pasar de costado y entrar a la oficina de su amigo sin haberse dado cuenta de que era ella. Se detuvo en su trasero redondeado, sus piernas largas, los brazos que se veían debajo de la delicada blusa floreada en azul y rojo...

Cuando entró tras ella, se detuvo impresionado al darse cuenta de que era la asistente de Ahmed, en quien pocas veces había detenido los ojos ya que le resultaba intrascendente como mujer. Se apoyó en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir y la observó con más detenimiento. Sentada en su escritorio se encontraba su fantasía pelirroja. El fabuloso cabello de la joven, de un esplendor y un brillo que él no había visto antes en ninguna otra mujer, caía en mechones desparejos sobre su rostro, escondiendo su cara, como temerosa de que alguien descubriera lo llamativa que era.

Llevaba una blusa liviana combinada con un escote recatado pero que no podía esconder la cremosa piel del cuello. Aunque no era consciente de la imagen que mostraba, Richard la descubrió única, excepcional y brillante como la estrella más radiante.

Cuando los ojos verdosos de la mujer se alzaron y lo descubrieron en la puerta, sonrió, y el corazón del hombre se detuvo unos instantes.

—¿Eres la nueva asistente de Ahmed?

Ella rio con timidez.

—No bromees, Richard —minimizó tratando de no ponerse nerviosa—. ¿Necesitabas algo?

—Preguntarte por qué tú y yo nunca hemos salido a cenar.

—No puedes hablar en serio jamás —comentó ella sintiendo un cosquilleo—. Si buscabas al señor Tarik está de viaje.

—¿A dónde fue?

—Viajó con su padre a París, a la reunión anual de socios.

—Él nunca viaja a París y menos a esas reuniones —se extrañó el

hombre—. ¿Segura que no hay algo más?

—No. Fue una decisión imprevista —explicó la joven frunciendo el ceño—. No es habitual en él.

Richard asintió y se dio vuelta para marcharse, pero antes de irse la volvió a mirar.

—¿Mañana? ¿Tú y yo?

Aimeé asintió de forma automática. Dixie le había dicho que meditara antes de aceptar una proposición, pero no podía resistirse a ese hombre. Richard la devastó con su sonrisa y salió con paso presuroso, cruzándose con Sarket en la entrada de las oficinas.

—Buscaba a Med pero su nueva asistente me dijo que se fue a París.

—¿Nueva asistente? —se extrañó Sarket.

—La nueva Aimeé —le aclaró alzando las cejas—. Aún no puedo creer que haya pasado por alto una belleza como la de ella. He estado distraído.

Sarket rió ante el comentario. Dixie y Deniz le habían contado todo lo que habían estado haciendo en el pueblo y le habían mostrado varias fotos que habían subido a las redes sociales con la nueva imagen de su nueva amiga.

—No cambias más.

—¿Sabes por qué se fue Med a París? —le preguntó con perplejidad.

—Lo dices como si no supieras las razones —ironizó Sarket.

—No sé por qué se fue —aclaró Richard poniéndose serio—. Sino no te lo estaría preguntando.

—Tú y Dixie.

—¿Dixie y yo? —se asombró—. ¿De qué hablas?

—De la noche que pasaron juntos, del desayuno al que no llegaron y de la locura que invadió a nuestro amigo en común.

—Dixie y yo no pasamos ninguna noche juntos y Ahmed lo sabe porque se lo dije cuando vino a encararme.

Sarket guardó silencio unos segundos, sin entender lo que pasaba.

—¿Entonces...? ¿Por qué se fue?

Richard alzó los hombros sin entender.

—Le dije que no pensaba avanzar con Dixie porque no estaba

dispuesto a perder nuestra amistad, porque sé que algo sucede entre ellos. Esa mujer lo sobrepasa, lo deja desconcentrado y sin sentido. Ella es increíble —se justificó con una mueca—, pero mi relación con Med va mucho más allá de una mujer.

—Me alegra oír eso —le dijo Sarket palmeándole el hombro—. Y si te das el tiempo de conocerla, verás que es una amiga genial.

\*\*\*

Y Richard se lo había tomado al pie de la letra porque a partir de ese momento, se puso casi por entero a disposición de Dixie. Se sentía un poco culpable por haber generado un malentendido entre Med y ella y de hecho había querido hablar con su amigo sobre el tema, pero éste lo había interrumpido pidiéndole unos datos del club y luego había colgado.

Entonces trataba de compensar la situación acompañándola a todas partes, almorzando con ella en el *chateau*, comprando sus pedidos en el pueblo o llevándola a ver los caballos de los viñedos.

Pero esta vez su actitud hacia ella era de una sincera amistad. Y por más que a todos los que los veían les sorprendía la relación que los dos tenían, era obvio que nada pasaba entre ellos porque ninguno de los dos tenía gestos románticos para con el otro, ni se besaban ni andaban de la mano. Alguna que otra vez Dixie se colgaba de su brazo o Richard la corría y ella terminaba siendo cargaba en andas a las risas.

Pero era notorio el cambio de actitud de los dos. Como también resultaba llamativo para los empleados tanto del club como del *chateau* que Richard fuera visto con frecuencia en compañía de Aimeé, cenando, charlando o dando un paseo.

La joven lo mantenía distante pero interesado, a punto tal que había dejado de salir con otras mujeres, empecinado como estaba en que la pelirroja cediera ante sus encantos, pero no por capricho sino

porque se encontraba fascinado con el mundo interior y la frescura de la asistente de Ahmed.

Para Ahmed la visión de la situación era otra.

Cada vez que llamaba a su asistente pidiendo por Richard, éste se encontraba con Dixie... almorzando, en el *chateau*, en los viñedos, en el pueblo... donde fuera pero juntos, sin importar la hora ni el día.

Y eso lo ponía loco...

Para colmo, llamaba desquiciado a Sarket y su calmo amigo le respondía que era cierto, que Richard estaba acompañando a la veterinaria en esta o aquella labor. Pero nunca le preguntaba por ella. Sólo manifestaba fastidio por no poder ubicar a su mano derecha financiera.

Sarket no necesitaba que Ahmed le dijera por dónde venía su rabia. Eso era obvio. Colgaba sin despedirse y lo dejaba con el teléfono en la mano y el característico sonido de la línea.

Nunca le permitió a Sarket contarle acerca de la incipiente relación entre Aimeé y Richard, ni de que el hombre parecía realmente encaminado hacia el carril del enamoramiento. Imposible hablarle cuando Med se encontraba en ese estado.

Ese almuerzo tardío que estaban teniendo Richard y Dix, uno de los tantos, transcurría entre risas y confesiones. Los empleados del *chateau* ya estaban acostumbrados a verlos así. Hasta Deniz y Sarket que almorzaban dentro del restaurante no se sorprendieron de lo divertidos que estaban.

—¡Qué bien que le ha venido a los dos hacerse amigos! —exclamó Sark, cortando su filete.

—Sí —reconoció ella—. A Dix le ha servido para canalizar su pena, aunque la falta de noticias de Ahmed la sigue teniendo en vilo.

—Hablo con él casi todos los días, o mejor dicho, lo escucho vociferar, gritar pidiendo por Richard, dar órdenes sin sentido y volverse loco cuando sabe que ellos dos están juntos —le comentó el hombre volviendo a mirar por la ventana.

—¿No le dijiste que él y Aimeé...?

—No puedo decirle nada, nunca. Grita desde principio a fin y luego me corta —se quejó Sarket—. Este viaje lo tiene descolocado.

—Pero está con la insípida de aquí para allá —frunció el ceño la

mujer de su vida—. Y no veo que se queje.

—No sé cuánto hay de verdad en eso. Te dejas influenciar por los comentarios de tu madre pero a mí tu hermano ni me la menciona. Ariadna te lo dice para que tú se lo comentes a Dixie y así crear discordia. Típico de tu madre.

—Lo sé, amor. Por eso nunca le digo nada a mi prima. De todos modos en estos días apenas la he visto. Se la pasa con Richard o con Gerard de un lado al otro. Trabajo, trabajo y puro trabajo. O entrenar a ese condenado caballo.

—Pero lo va a sacar bueno, ya verás.

Los dos volvieron a mirar por la ventana cuando escucharon las risas contagiosas que venían del jardín. Richard dejó de reír y la contempló unos momentos.

—Por más que riamos juntos tu mirada siempre está triste —le dijo quitándole un mechón de cabello de la cara—. ¿Sigues pensando en Ahmed?

—No —respondió ella con rapidez. Luego se arrepintió—. Bueno... sí... a veces. Pero solo un poco.

—No te creo.

—Está bien. Pienso en él... bastante —confesó ella con una mueca—. Aunque desearía que no fuera así.

—¿Por qué no lo llamas?

—¡Ni loca! Me trató de puta, me dijo que me iba con cualquier hombre. Ni ahí lo llamo.

—¿Por qué dijo esas cosas horribles acerca de ti? ¿Basado en qué? —se extrañó él sin poder terminar de armar las piezas de ese rompecabezas.

—Basado en la creencia de que tú y yo habíamos pasado la noche juntos —terminó por confesar ella—. Él lo creyó, yo no aclaré nada.

—¿Por qué le dijiste que estabas conmigo?

—Yo no se lo dije. Ahmed lo supuso.

—No entiendo por qué...

Dixie buscó la conversación que habían tenido por Wpp y se la mostró, con total confianza.

—¡Ahhhhhh, bueno! —exclamó el hombre—. ¡Picante el jueguito entre ustedes! —comentó devolviéndole el teléfono—. Ahora entiendo

los planteos que me hizo al día siguiente.

—¿Qué planteos? —indagó ella.

—Med creyó que tú y yo no habíamos bajado a desayunar porque estábamos... ya sabes...

—Sí, teniendo sexo desenfrenado —clarificó ella.

—Algo así. Pero yo le dije que no había dormido en los viñedos porque me había ido a casa luego de que tú me despidieras en la puerta de tu habitación. Y creo que en ese momento le cayó la ficha.

—Reconozco que yo le di a entender que algo había pasado entre nosotros porque me puso furiosa lo que me decía, la forma en que me trataba, como si no hubiera sido él quien acababa de estar en la cama con otra mujer antes de buscarme —manifestó ella con dolor en la voz—. Pero no vino a verme después de enterarse de su error. A cambio de eso huyó a París con su prometida.

—Se fue con su padre —la corrigió Richard.

—Está allá con ella.

—Ella está de compras con la descerebrada de su amiga —volvió a corregirla él.

—Bien que te resultó interesante esa boba para llevártela a la cama —rio ella golpeándole el brazo con la mano.

—La boba es bastante interesante horizontalmente.

Y los dos volvieron a estallar en risas. Ese hombre lograba distenderla como ninguno.

Pero aunque riera, su corazón no dejaba de llorar su soledad.

\*\*\*

## Ahmed había tenido una semana dura.

Sumado al hecho de extrañarla y saberla todo el tiempo con su mejor amigo, tenía que soportar los arranques caprichosos de Cloé quien sólo quería ir de compras y de fiesta en fiesta.

No entendía cómo había hecho para llegar a París casi detrás suyo cuando él no le había dicho a nadie que viajaría con su padre. Estaba seguro de que Ariadna estaba detrás de toda esa artimaña.

Se la pasaba en reunión tras reunión, acompañando a Berk en sus



recorridas por las empresas y tratando de generar nuevos socios temiendo la avalancha que se le avecinaría cuando dijera que no iba a casarse con la hija de Carl Regend. Porque más allá de que siguiera o no enamorado de Dixie, lo cierto era que no aguantaba un segundo más estar al lado de Cloé, ni que ella lo besara, ni que lo persiguiera por toda la ciudad.

Era imprescindible extender los mercados hacia nuevas posibilidades en caso de que tuviera que salir a buscar inversores. Hasta ahora le estaba yendo bastante bien, las negociaciones estaban encaminadas en diversos rumbos y, si bien demorarían en ser redituables, a la larga serían potables.

Pero eso no le quitaba el sueño. Nunca el dinero le había resultado trascendente.

Lo que lo tenía desconcentrado y triste era la ausencia de ella.

«Llámalas», le dijo una voz en su cabeza.

¿Para qué? Jamás podría haber algo entre ellos. Ni siquiera podrían ser amigos. Ni quería serlo, ni loco.

Apretando la mandíbula, regresó al trabajo.

Pero era inútil. Dixie seguía con él, en su mente, en sus manos. Era su rostro lo que veía si cerraba los ojos. Era su olor lo que impregnaba sus sentidos, un olor que no podía quitarse de la piel.

Ella era preciosa, divertida, sexy, altanera, vulnerable y tremendamente lista. Sabía utilizar herramientas eléctricas, manejar un tractor, montar a caballo como nadie que hubiera conocido, arriar ganado, dar órdenes sin dudar y se reía de una manera que le hacía agua la boca.

La había visto aguantar embestidas dolorosas y crueles y desmoronarse perdiendo el orgullo. Había sido testigo desde niño de su absoluta lealtad a una amiga, la había visto muy avergonzada guardando silencio y otras veces dando rienda suelta a su mal genio sin medida alguna.

Sabía trabajar a sol y sombra, sin intermedios, sin almuerzo, sin quejarse y, santo cielo, también sabía jugar a amarlo, dejarlo loco de placer con sus caricias y su boca.

Podía acercarse condenadamente a la perfección.

Podía ser la mujer que siempre había querido tener a su lado.

Podía ser su complemento.

Pero no.

Se empecinaba en ir de un lado al otro con un casquivano, con un conquistador irrespetuoso y galante.

Se empecinaba en olvidarse de él.

Entonces a la mierda con ella.

Que se quedara con un hombre que nunca le sería fiel.

Que se volviera a Boston, a los brazos del mequetrefe que la esperaba en su «hogar».

Mierda, mil veces mierda por permitirse dudar.

\*\*\*

## Los días siguieron pasando para Dixie.

Comenzó a trabajar con Gerard en el laboratorio, asistiendo a las nuevas inseminaciones y registrando todo su aprendizaje para poder terminar su tesis, maravillada con las instalaciones y todo el conocimiento que el hombre le transmitía.

Una de esas tardes, le solicitó que revisara algunos caballos del Haras porque él se había retrasado en el laboratorio y hacia allí se dirigió. Según el veterinario, un par de caballos habían contraído un virus y los había notado afiebrados y decaídos. Luego de controlarlos y habiendo ya hecho los exámenes serológicos, le pidió a ella que pasara a ver en qué estado se encontraban.

Dixie pasó por sus boxes, habló con los cuidadores y los revisó con conciencia, notándolos con algunas mejorías teniendo en cuenta los informes del Dr. Rassant.

Se estaba yendo cuando le llamó la atención una yegua blanca que estaba irritada, fastidiosa. Preguntó por ella al cuidador y el hombre le dijo que se había mojado bastante durante la tormenta ya que el jinete que la había usado no había encontrado el camino de regreso. La había secado y calentado, pero seguía notándola molesta. No había hablado con el Dr. Rassant porque estaba a cargo de varios caballos más y era una temporada muy concurrida.

Dixie la revisó y frunció el ceño.

—Esta yegua tiene dermatofilosis producida por un germen que infecta la piel cuando esta se ablanda, generalmente porque ha permanecido húmeda durante un período de tiempo largo —le dijo mientras se agachaba y tomaba una de las patas de la yegua—. Mira las costras y grietas de la piel. Empiezan a tener pus.

—No lo había notado, doctora —se disculpó el hombre—. Creí que seguía sin poder recuperar su temperatura corporal. Ese día regresó muy nerviosa por la tormenta y sólo me preocupé por...

—Está bien, tranquilo —lo interrumpió ella—. Ahora lo importante es que establezcamos el tratamiento. Voy a eliminar las costras y tratarlas con un antiséptico —explicó mientras se colocaba nuevos guantes descartables—. Las zonas afectadas deben secarse completamente y la enfermedad se evita secando a los animales cuando se moja su piel.

El hombre atendió cada una de las indicaciones de ella, agradecido de que hubiera descubierto la enfermedad a tiempo.

—Tiene que tener presente que estos gérmenes se transmiten mediante el contacto con pelos y escamas infectados o con elementos micóticos presentes sobre animales, en el medio ambiente o sobre cepillos, peines, mantas, materiales de cercado. Hay que esterilizar los elementos que ha usado con ella y traer nuevos —le indicó mientras se quitaba los guantes y los arrojaba al cesto—. Sólo debe usar esos elementos con esta yegua y no compartirlos con otros caballos. Vendré a verla mañana y a realizar las curaciones.

Le sonrió y salió de los establos.

El lugar era hermoso, lleno de vida, muchas familias con sus hijos paseando, muchos caballos ejercitándose, niños corriendo por los bosques con padres detrás de ellos riendo, clases de equitación.

Casi sin darse cuenta, sus pasos la guiaron hacia la pista de entrenamiento en salto, donde pudo divisar al caballo que ella había elegido días atrás, siendo montado por un joven hábil, grácil, que disfrutaba de la actividad.

El cuidador del caballo estaba cerca, atento a cualquier necesidad del animal. Le sonrió al reconocerla, le comentó que Hidalgo era el nombre que le habían puesto al animal, que sabía que ella había sido quien lo había elegido.

—Y no me equivoqué —dijo ella sonriendo, acariciando al caballo cuando este se acercó a las vallas, dejándose olfatear.

El joven jinete le sonrió.

—Le agradas a Hidalgo. Y no es un caballo al que le agrade mucha gente porque es bastante desconfiado.

—Le agrado porque nos conocemos un poco —dijo ella susurrándole palabras al oído al animal, dejándose acariciar por su cabeza.

—¿También saltas con él?

—No. Ya no salto aunque solía hacerlo. Yo fui quien eligió a Hidalgo para este haras, con quien dio sus primeros saltos, quien lo probó... y tenía razón: es un ejemplar magnífico para saltar.

—¿Por qué ya no saltas? —indagó el joven con curiosidad.

—Porque mi yegua murió —respondió ella con algo de tristeza.

—Sin embargo, no hace mucho saltó con Cyrene —comentó el cuidador sin poder contener una sonrisa.

—Gustitos que una se da de vez en cuando. Un capricho que tuvimos las dos.

Los tres rieron.

A la conversación se unió el entrenador del joven Johnny Dez, un campeón juvenil en ascenso. Su entrenador, Jason Spark, otra estrella hípica, fue reconocido por Dixie de sus años de competencia. El hombre también la reconoció cuando ella le dijo su nombre. Sabía de sus proezas y que se había convertido en veterinaria y la especialización que había escogido. Dixie se sorprendió.

—Me gusta seguir a los jinetes que tienen mucho futuro. Y lamenté que te retiraras tan joven —le dijo con una sonrisa sincera. Era un hombre apuesto, de edad similar a Gerard, interesante, americano, con una sonrisa encantadora—. ¿Nunca te has dedicado a entrenar a alguien?

—Mi sobrina está tomando conmigo algunas clases básicas, aunque de manera informal. Pero le está tomando el gusto, además de que tiene grandes aptitudes.

—¿Por qué no la traes mañana? Siempre ando a la búsqueda de nuevos talentos juveniles.

—Pero mira que recién empieza —le advirtió ella.

—Mejor. Y trae también a Cyrene. Me gustaría volver a verte saltar.

Y de esa manera, Dixie y Damla empezaron a ir al club día por medio y siempre que los horarios de Dix se lo permitieran. De paso ella se encargaba de controlar las mejorías de los caballos que habían enfermado.

De esa manera Damla inició su entrenamiento con un *coach* profesional quien reconoció que la niña era muy buena, aún para su edad. Dixie volvió a saltar, que era su gran placer, y se hicieron buenos amigos.

Fue una distensión en medio de la soledad que la embargaba, un amigo con el que compartía su gran placer, un técnico perfecto que le permitió mejorar su propio estilo y una forma de escabullirse de la rutina.

Pasaba sus días entre el *chateau*, los viñedos y el club día por medio, donde disfrutaba con Damla de la compañía del joven campeón y su *coach*, además de suplantar a Aimeé cuando salía a almorzar con Richard.

Ese era uno de esos mediodías, donde descansaba en el sillón del escritorio de su amiga, tomando notas de las llamadas y mensajes para Ahmed, jugando a ser secretaria ejecutiva.

Se descubrió mirando hacia el interior de la oficina de él, imaginándolo sentado tras su imponente escritorio, recostado sobre el respaldo del sillón, y lo extrañó aún más... si es que se podía extrañar más de lo que lo extrañaba.

¿Pensaría en ella alguna vez? ¿O seguiría dándole todos los caprichos a la estúpida de su novia?

¿Tendría los mismos recuerdos que ella al acostarse? ¿Soñaría con volverla a tener entre sus brazos?

Y el timbre del teléfono la volvió a la realidad.

—Club *Arc En Ciel*, oficina del señor Tarik, ¿en qué puedo ayudarle? —atendió como tantas otras veces había hecho.

La voz inconfundible de Dixie dejó petrificado a Ahmed.

—¿Dónde está mi asistente? —rugió de muy mala manera, sorprendido por escucharla a ella, sabiéndola en el club sin otro motivo que el ver a Richard.

Dixie se puso rígida en el asiento.

—Salió a almorzar y tuvo dificultades con su auto. Debe estar por llegar.

—No me mientas. Aimeé siempre almuerza en su oficina o en el restaurante del club, sé muy bien cuál es su rutina —le gritó él.

—Hoy no.

—¿Y precisamente tú tienes que reemplazarla? ¿No había alguna otra de las secretarias para cubrirla?

—La estoy cubriendo yo porque da la casualidad que vine a...

—A ver tu amiguito, ¿no? —la interrumpió Ahmed con rabia y celos—. ¿Te quedaste sin almorzar con él por hacerle un favor a Aimeé?

Dixie frunció el ceño, preguntándose hasta cuando iba a poder mantener la compostura al responderle.

¿De qué amigo hablaba? ¿Ya se había enterado de que Damla y ella saltaban en el club? ¿Se referiría a...?

—¿O acaso Richard está allí al lado tuyo?

—Él no está en el club —respondió ella, seca, dándose cuenta de que el único problema era si ella estaba o no con su amigo—. Y yo no vine a almorzar con él.

—¡Oh, vamos! Si ya estoy enterado de la estrechísima relación que los une desde que me marché. Que yo no esté ahí no significa que no me entere de todo lo que sucede en mis dominios —aclaró el hombre.

—Evidentemente no te han informado bien porque...

—Sí, querida, me han informado muy bien —volvió a interrumpirla Med—. Se te nota fastidiada.

—¿Por qué crees tú que debe ser? —lo acicateó ella en el mismo tono.

—¿Por qué tu amiguito te abandonó?

—A mí él único que me ha abandonado has sido tú.

—¡Tú me abandonaste primero! ¡Tú me devastaste! —exclamó Med sin control—. Si hay alguien que puede dar cátedra de abandono eres tú y yo fui tu mejor alumno.

Dixie tragó su angustia antes de preguntarle:

—¿Necesitabas algo? —ignorando sus palabras.

—Llamaré más tarde, cuando me atienda alguien capacitado.

Y colgó.

\*\*\*

Terminando la segunda semana, Dixie rogaba que llegara el sábado para poder descansar y tomar sol.

Esa semana había trabajado mucho en el laboratorio ya que Gerard había delegado en ella algunas obligaciones. Sostenía que estaba perfectamente preparada para hacerse cargo de esos procesos mientras él se ocupaba de los caballos del club que eran muchos y variados, en especial los padrillos.

Damla y ella cabalgaban hacia el club para su práctica de salto y no se cruzaron con la camioneta de Ahmed y Berk, que llegaba del aeropuerto, ya que ellas cortaban camino por los bosques.

Los ojos del hombre la buscaron en la zona de los establos mientras bajaba su equipaje y conversaba con su padre.

Deniz salió a su encuentro con una enorme sonrisa de bienvenida, contenta de que los dos estuvieran de regreso.

—¡Qué hermosa sorpresa! La familia completa otra vez —les dijo, feliz, mientras los abrazaba con cariño.

—¿Cómo han estado las cosas por aquí? —indagó su padre con una sonrisa.

—Muy bien, ajetreadas, como es de esperarse en esta época del año, pero todo controlado. ¿Qué tal el viaje? —quiso saber ella mientras ingresaban a la confitería del *chateau*.

—Tranquilo y productivo. ¿No es cierto, hijo?

Ahmed no dejaba de mirar a todos lados, sabiendo que en ese horario ella solía estar allí, trabajando. No escuchó a su padre ni le prestó atención.

Berk miró a Deniz y ambos se entendieron sin decir nada. Med estaba buscando a Dixie, sin lugar a dudas.

—Ella no está —le dijo Deniz a su hermano.

—¿Dónde está Damla? —fingió Ahmed sin hacerse cargo de a quién estaba tratando de encontrar.

—Con Dixie en tu club.

La mirada de Ahmed se endureció. ¿Qué diablos estaba haciendo

su mujer en el club?

¡Richard!

¡Descarada!

—Nos vemos luego. Tengo muchos asuntos pendientes —les dijo tomando las llaves de la camioneta y saliendo sin esperar un segundo más.

Cuando llegó al estacionamiento del club buscó la camioneta roja pero no la vio por ninguna parte a pesar de que estaba lleno. Frunció el ceño.

No podía habérsela cruzado en la ruta porque había estado atento.

Entonces... ¿dónde estaba?

Caminó con paso firme hacia su oficina, saludando a la gente que se cruzaba pero sin detenerse a hablar con nadie.

El encuentro con Aimeé fue sorpresivo para ambos.

Ella no esperaba su regreso.

Él no esperaba ese cambio.

Le dijo que se veía muy bien, le entregó un presente que le había traído de su viaje (siempre le traía perfumes porque sabía que a su asistente le encantaban) y que ella abrió y agradeció con una sonrisa.

Ahmed le preguntó cómo había estado todo esas dos semanas.

Ella le entregó los mensajes, actualizó su agenda electrónica en su computadora y le dio un parte rápido pero detallado de las novedades y compromisos que lo requerían. Le dijo que iba a programar las reuniones postergadas para la semana que empezaba y que le dijera cuáles eran las prioridades.

Estuvieron unos minutos acomodando las fechas y los eventos próximos y, cuando ella estaba regresando hacia su escritorio con el perfume en las manos, Richard entraba a ver a Ahmed, ya que le habían avisado de su regreso.

—¡Bienvenido, amigo! —exclamó golpeando su brazo.

Ahmed se mantuvo serio, acomodando sus papeles.

No sabía cómo reaccionar ante ese hombre que le había dicho que no iba a interponerse entre él y Dixie, que su amistad era mucho más importante, pero que al final no había hecho otra cosa más que pasarse quince días al lado de ella. Y cuando estaba por mostrarse hostil, su amigo lo sorprendió con un comentario que lo descolocó.



—¡Oye, que sea la última vez que le traes un perfume a mi chica! Para eso estoy yo —se quejó con una sonrisa jugando con el cabello de Aimeé y colocándoselo detrás de la oreja, gesto que hizo sonrojar a la joven.

¿De qué estaba hablando? ¿Cómo que su chica? ¿Aimeé, su chica?

Se había ido quince días y de golpe se daba cuenta de que el mundo había seguido girando sin él.

La mujer pidió permiso y salió de la oficina con una sonrisa, cerrando la puerta, mientras Richard la seguía con la mirada, embobado. Suspiró y se sentó frente a su amigo.

—¿Qué quisiste decir con eso de «tu chica»? —le preguntó Med, sentándose lentamente ante el comentario.

—Bueno, estoy tratando de convencerla, porque aún no consigo que confíe en mí —respondió riendo—. Por qué será que no me cree, ¿no?

—¿Desde cuándo tienes algo que ver con mi secretaria? —indagó con seriedad. Richard era conocido por sus romances cortos y efímeros y Med no quería que Aimeé sufriera en manos de ese desalmado serial.

—Desde que te marchaste —le dijo con simpleza—. Creo que el cambio en su aspecto hizo que por primera vez notara su presencia. Luego empezamos a salir algunas veces. Entonces descubrí qué hermosa persona es, la calma que me transmite. Pero no me mires con esa cara. Me estoy comportando como un verdadero caballero con ella porque no es como las demás —se apresuró a aclarar—. Y sé que vas a decirme que no la lastime pero puedes quedarte tranquilo, no sucederá. En el fondo siento que ella es la indicada, la mujer que acabará con mis correrías y me hará sentar cabeza.

—¿Cómo estás tan seguro de que ella es la indicada?

—No lo sé. Tal vez porque nunca me importó estar atento a las necesidades de una mujer fuera de su cama y ahora sí —contestó riendo. Pero se puso repentinamente serio—. Ella es diferente... No son sus manos sino la forma delicada en que me toca, la forma dulce como me miran sus ojos. No es el tiempo sino lo bien que lo paso a su lado —hizo un pausa para ponerse de pie—. No sé si estará por siempre o si es una bella experiencia, sólo le doy gracias por estar

conmigo ahora, y hacer de mi vida una aventura inesperada.

—Te noto convencido.

Richard esbozó una sonrisa antes de hablar.

—Le conté mi pasado, mi presente y mi futuro. Le susurré mis miedos y le grité mis sueños. Le enseñé todos mis puntos débiles. Y no se fue. Es la indicada.

Caminó hacia la salida cuando la voz de Ahmed lo detuvo.

—¿Cuál es el truco?

—El truco es confiar en ella. Algo que tú no pareces poder hacer — le respondió sabiendo que su amigo entendía que hablaba de Dixie—. Aunque le coqueteen mil hombres, aunque baile con otros, aunque todos quieran tenerla a su lado... entre todos ellos, esa mujer te eligió a ti.

Y lo dejó solo, mirando por el gran ventanal, tratando de entender todas las emociones que lo recorrían.

Aimeé le trajo su café de siempre. Sin apartar la vista de la ventana la preguntó...

—¿Dónde está ella?

—A esta hora debe estar en la pista de salto con Damla.

Ahmed giró su silla para encarar a la joven.

—¿Damla está saltando aquí?

—Las dos lo hacen día por medio. ¡Y son increíbles!

—¿Por qué saltan en mi club? —se quejó, fastidiado, temiendo que alguna de las dos sufriera una caída.

—Porque Damla es entrenada por Jason Spark.

—¿Por qué mi sobrina, una niña aún, es entrenada por ese «divo» del hipismo si se supone que es el entrenador de Johnny Dez y de nadie más? —levantó el tono mientras se ponía de pie.

—No lo sé —se excusó Aimeé, temerosa—. Dixie y él conversaron un día que ella vino a revisar los caballos del club y...

—¿Y por qué ella revisa estos caballos si es trabajo de Gerard?

—Creo que el Dr. Rassant estaba ocupado en el laboratorio y le dijo...

—¡Me voy quince días y todos aquí hacen lo que les viene en gana! —exclamó furioso, saliendo de atrás de su escritorio—. Ubícame en el celular si me necesitas para algo urgente —comentó al salir.

Aimeé quiso llamar a Dixie al celular para avisarle que Ahmed iba para allá pero recordó que su amiga nunca lo llevaba encima cuando saltaba.

Cerró los ojos sabiendo que se avecinaba una tormenta.

\*\*\*

Tal y como le había dicho Berk, Stella recibió el llamado de su equipo de abogados en Estados Unidos e inició los trámites para divorciarse de Joseph.

Les advirtió que fueran lo más discretos posible en un principio y hasta que pudieran ya que sabía que todo se iba a complicar cuando su marido se enterara de sus intenciones con quien fuera su amante. Los abogados le aconsejaron que buscara donde quedarse cuando Joseph recibiera los papeles porque su reacción podría llegar a ser lo suficientemente desagradable como para ponerla en riesgo.

Pero ella los desoyó.

Les dijo que su marido no era una persona violenta, que nunca la lastimaría, que nada iba a suceder. Sin embargo, en ese momento de la discusión que mantenían, Stella descubrió que nunca había conocido en verdad al hombre con el que se había casado.

Había entrado en la casa enfurecido, golpeando la puerta y arrojándole los papeles a la cara mientras ella estaba escribiendo un capítulo de su nueva novela, sorprendiéndola con su actitud iracunda.

—¿Desde cuándo te has vuelto a ver con ese imbécil? —gritó caminando de un lado al otro del lugar.

—No sé de qué hablas —respondió ella mirándolo a los ojos.

—Claro que sabes de qué hablo, no te hagas la estúpida.

—Cuida tus palabras conmigo, Joseph —le advirtió ella con voz calma y tratando de mantenerse tranquila.

—¿Hace cuánto que me engañas con él? ¿Dónde se encuentran a escondidas? —vociferó el hombre comenzando a perder el control. Como ella no contestaba, tomó su laptop del escritorio y la estrelló contra la pared—. Dime dónde ves a ese imbécil malnacido de Tarik.

—Hace veinte años que no nos vemos —respondió ella sin perder la calma—. No es necesario encontrar culpables al fracaso de nuestro matrimonio.

—Si él no se hubiera interpuesto...

—Nos hubiéramos terminado separando —completó ella con resignación—. Si continuamos juntos fue por costumbre, por cansancio, por dejar el tiempo transcurrir, porque entre tú y yo no ha vuelto a pasar nada desde aquella vez.

—¡Porque yo no quería mercadería usada!

—Pero tampoco querías dejarme libre.

—¡Por supuesto que no! —exclamó con una sonrisa irónica—. Por eso no entiendo que a esta altura de nuestra vida quieras el divorcio y me haya enterado de esa manera, en mi trabajo. ¿Qué estás ocultando?

—No quiero vivir más contigo —respondió ella sin preámbulos—. Creo que este matrimonio ficticio duró demasiado tiempo. Quiero mi libertad, quiero escribir en la soledad de mi casa, quiero dejar de ocuparme de tu ropa, de tu comida y de verte la cara día a día. Me cansé.

El hombre la observó con detenimiento. Nada en ella había cambiado visiblemente, nada le daba la pauta de que estuviera viéndose con alguien. Y sin embargo, Berk Tarik se repetía una y mil veces en su mente.

—No voy a darte el divorcio. Mucho menos para que te vayas con él.

—Estás inventando.

—¿Quién paga entonces este costoso buffet de abogados? ¿Tú? —indagó con una mueca—. No voy a firmarte los papeles. Olvídate —y caminó hacia la puerta.

—Si amas a tu hija vas a tener que firmar —lo amenazó ella, haciendo que se detuviera—. Voy a contarle toda la verdad.

—No te atreverías a hierirla tanto.

—Pruébame.

—Eres tan culpable como yo.

—Soy culpable del silencio, no de las artimañas que planeaste con Ariadna para separarla de Ahmed —Se responsabilizó la mujer con

dolor—. Tú escondiste sus cartas, la aislaste, cambiaste cientos de veces de número de teléfono, la enviaste a cuanto campamento o actividad en medio de la nada pudiste encontrar e hiciste que los Tarik pagaran todos tus caprichos. Incluso trajiste a Dexter para que la enamorara y le sacara a su único amor de la cabeza. ¡Y nada te funcionó! Porque no pudiste evitar que volviera a Francia con él.

—¿Regresó con él? —gritó Joseph fuera de sí.

—¿Sabes lo que pasará cuando tu linda niñita se entere de las maniobras que has hecho a lo largo de estos veinte años para que ella no fuera feliz? —lo apuró Stella con una sonrisa irónica pero sin contestarle.

—Todo lo hice para evitar que sufriera —la corrigió él.

—Ella no lo va a ver así. Y te vas a perder todos y cada uno de sus logros, y sus hijos, y su felicidad. Porque nunca va a perdonarte.

Joseph se quedó en silencio. Stella juntó los papeles que le había arrojado y se los volvió a entregar junto con una lapicera.

—Fírmalos, prepara tus cosas y lárgate.

Joseph lo meditó unos segundos. Tomó los papeles, los firmó, se los devolvió y salió del cuarto.

Stella se sentó lentamente en la silla con los papeles en la mano, sin poder creer que estuviera tan cerca de ser libre. Quince minutos después escuchó la puerta principal cerrarse y el motor del auto del hombre que se alejaba.

Entonces lloró de felicidad.

\*\*\*

## Caminaba con paso firme hacia las pistas de salto.

A su paso se daban vuelta muchas de las mujeres que se cruzaba, siempre sucedía eso en el club. Porte, altura, elegancia, una camisa blanca impoluta, un pantalón de vestir azul marino que marcaba delicadamente ese trasero que a todas tentaba, zapatos café oscuro, anteojos de sol.

Ahmed Tarik era sin lugar a dudas un espécimen digno de admirar.

Pero Dixie no lo vio venir, concentrada como estaba en el salto que

junto a Cyrene iban a intentar esa mañana, un poco más exigente que los que habían hecho hasta ese momento.

Confiadas, yegua y jinete trotaron hacia el obstáculo, seguidas por la mirada atenta de todos los que estaban allí, Damla en su caballo al igual que Johnny, Jason y el cuidador de los animales sentados en las vallas, algunos curiosos que se habían detenido a ver a la belleza que se preparaba para el salto. Y Ahmed, detrás y a las espaldas de todos, con el pulso acelerado.

Era un salto difícil, compuesto en tres partes, con una barra delante y otra detrás, dejando un espacio entre ellas. Cuanto más ancho fuera el espacio entre las barras, más se tendría que estirar el caballo, y la separación era suficiente como para que el hombre se pusiera nervioso. Este salto era complicado y requería mucho esfuerzo del caballo, ya que era un salto en vertical, dependiendo de la altura de las barras y un salto en horizontal, dependiendo de la distancia entre la primera y la segunda barra.

Dixie respiró hondo y le dio la señal a Cyrene para iniciar el circuito. No hubo problemas en los primeros obstáculos pero sintió a su yegua incómoda en cuanto se acercaban al salto complicado. Le transmitió toda su confianza, acarició su cuello y se agachó aún más para quedar unida a ella en el momento en que despegara.

Todos dejaron de respirar esos pocos segundos, abriendo la boca ante el asombro y el temor, sonriendo cuando vieron a ambas volver a bajar a tierra sin ningún percance, y detenerse a los pocos metros.

Dixie acarició a su yegua con cariño y bajó para abrazar a Jason que ya había entrado en la pista corriendo, para recibirla con felicidad.

—¡No lo puedo creer! —exclamó ella rebotando de alegría.

—¡Te dije que lo iban a conseguir! ¡Y de primera! ¡Fue un salto magnífico! —exclamó el hombre riendo y acariciando el cuello de la yegua.

Se les unieron Damla y Johnny, felicitando a Dixie, recordando el salto y diciéndole que la técnica había sido perfecta.

Ninguno vio acercarse a Ahmed, enfurecido.

—¡Yo quiero saltar así también! —exclamó Damla saltando a los brazos de Dixie que la tomó en el aire y giró con ella, riendo.

—De ninguna manera —se oyó la voz terminante de Ahmed.

Los cuatro se dieron vuelta al mismo tiempo, atónitos. Damla se bajó de los brazos de Dixie para abrazarlo.

—¡Tío! ¡Volviste! ¿Me viste saltar? ¿Y viste el fabuloso salto de mi tía Dixie? —preguntó todo junto la niña.

—Claro que te vi saltar. Has mejorado mucho —le dijo él sin dejar de mirar a Dixie—. Y en cuanto al salto de tu tía...

Dixie aguantó la respiración. Por la mirada del hombre sabía que no se venía nada bueno.

—Un salto totalmente perfecto —sentenció Jason, entendiendo quién era el hombre ya que él y Dixie habían pasado juntos varias tardes donde cada uno se había abierto al otro.

—Sr. Spark, tenía entendido que en este club usted entrenaba solamente a un jinete —le dijo Med, seco.

—Así era en un principio. Pero cuando conocí a Dixie y a Damla...

—Claro, cuando conoció a Dixie —lo interrumpió Ahmed, sonriendo con ironía—. Ahí se dio cuenta de que podía repartir su tiempo entre el joven Dez, mi sobrina y mi veterinaria —y, mirando a Dixie, le comentó en el mismo tono desagradable que solía usar con ella—. Y tú... ¿acaso crees que estás aquí de vacaciones?

—Claro que no —respondió ella, molesta por la forma en que le hablaba delante de todos—. Mi práctica no interfiere con mi trabajo. He agregado una hora más por el tiempo que pierdo aquí y me organicé con Gerard, así que no descuido nada.

—Me voy quince días y tú ya te ocupaste de cambiar el horario de trabajo, engatusaste a un entrenador experimentado para que perfeccionara tu técnica y arrastraste a mi sobrina a un hobby muy peligroso.

—Pero, tío... —trató de defenderla Damla.

—Tú, espérame en mi oficina —le contestó sin mirarla.

Johnny le hizo señas a la niña y se alejaron para devolver los caballos a los establos y luego acompañarla a las oficinas del club. Pero Jason no se movió.

—Yo no engatusé a nadie —se defendió Dixie.

—Vamos... nos conocemos bien —ironizó Med.

—Sr. Tarik, disculpe que me entrometa —aclaró Jason con respeto —, pero yo le ofrecí a la señorita Cabbot entrenarlas a las dos porque...

—Porque satisfacer a la niña es satisfacer a la dama, ¿no? —lo interrumpió Ahmed con fastidio.

—Porque las dos tienen muchas condiciones —lo corrigió el hombre—. Y porque he iniciado una linda amistad con Dixie.

Ahmed revoleó los ojos.

—¡Otro amigo más! —se quejó Med con rabia—. No te recordaba tan pero tan sociable veinte años atrás —le dijo a ella. Y aclaró mirando al entrenador—. No hace falta que me explique nada porque sé cómo terminan las amistades de esta mujer.

—Yo no estoy interesado en nada más que su amistad, quiero que le quede claro —lo corrigió Jason, entendiendo lo que sugería el hombre.

—Todos dicen lo mismo pero terminan embrujados por ella —le aclaró Ahmed con una mueca mordaz—. Va siendo hora de que lo acepte.

—En mi caso es la verdad.

—Amigo, solo si usted fuera gay podría aceptar ese comentario —comentó inconscientemente.

—Es lo que soy —confesó el entrenador. Alzó el brazo para saludar a un hombre que lo observaba desde una de las vallas y que respondió al saludo—. Ese hombre de allá es mi pareja desde hace seis años.

Dixie bajó la cabeza, incómoda por la situación. Ahmed se quedó sin palabras. Jason le dijo a ella que la vería en la próxima clase y se marchó caminando hacia el lugar donde lo esperaba su pareja.

—Quedaste como un tonto —le dijo ella cuando quedaron solos—. Y todo por esa maldita costumbre que tienes de pensar cualquier cosa de mí.

—No quiero a Damla expuesta como la vi.

—Exageras. ¿La viste saltar? ¡Es fantástica!

—No me interesa.

—Vamos, Med. Enójate conmigo, prohíbeme entrenar en tu club, pero no te desquites con ella —le suplicó colocando su mano sobre el brazo masculino—. Si quieres yo no vengo más, pero Damla tiene un talento especial, seguramente heredado de ti porque monta con una técnica tan pura que...

—No quiero verte más en mi club —la interrumpió él—. No trabajas



aquí.

Ella bajó la cabeza.

—Está bien. Le diré a Deniz que traiga a Damla a su entrenamiento.

—Perfecto —dijo sin mirarla—. Lamento dejarte sin la sonrisa de todos los que te rinden pleitesía aquí.

Ella respiró hondo y llamó con un silbido a su yegua.

—Aunque me sonrían miles, para mí sigue siendo soledad si tu sonrisa no está presente —le confesó y sin esperar que él dijera nada más, montó a Cyrene y lo dejó parado solo en medio de la pista.

Mierda.

Otra vez había estropeado todo.

Mierda, mil veces mierda.

## Capítulo 12

**D**emoraron el mismo tiempo en llegar a la recepción central del club: Ahmed caminando a pasos largos y Dixie después de dejar a su yegua en los establos.

La detuvo del brazo en el *hall* antes de que pudiera entrar a su oficina.

—No terminamos nuestra conversación.

—Yo no tengo nada más que decirte —aclaró ella intentando seguir su camino, pero él no la soltó.

—Llego y veo que has puesto todo de cabeza —se quejó sin darle tiempo a hablar—. Cambiaste los horarios, la rutina...

—¿Y a ti en qué te afecta? —lo encaró ella molestándose—. Tú te fuiste.

—¿Y por eso la vida siguió su curso como si no fuera a regresar? ¿Por eso tu vida siguió sin mí? —se le escapó sin pensar.

—Tu error fue irte creyendo que cuando volvieras aquí habría un lugar para ti —le reprochó ella con dolor—. No te despediste, no te disculpaste...

—¿Por qué debía disculparme contigo?

—¿Por tratarme como a una puta cuando sabías que tus acusaciones habían sido erróneas? Sabías que yo no había estado con Richard esa noche, sabías que nunca había pasado nada con él y de todas formas te marchaste —reclamó ella tratando de mantener un tono bajo de voz porque cada tanto pasaba gente por ahí—. Te fuiste quince días con ella.

—Yo me fui a trabajar con mi padre —se defendió él, atrayéndola más hacia él, hasta que su perfume no lo dejó respirar.

Dixie cerró los ojos. Su aroma masculino, un olor a loción y a jabón que resultaba excitante, hizo que le diera vueltas la cabeza perdiendo

el sentido del lugar en el que estaba.

Quería abrirse paso entre los pliegues de su camisa. Deseaba que la besara sin prisa hasta hacerla perder el sentido. Sin embargo, no había duda por el tono que usaba que iba a mostrarse nuevamente implacable con ella. Y no pudo evitar su confesión...

—¿Por qué la quieres a ella con su desagradable forma de ser y a mí me atormentas con tus dudas? —le susurró intentando que no se le quebrara la voz.

La luz de la mañana que entraba por los ventanales se reflejaba en la piel del hombre y en sus largas y oscuras pestañas, dejando al descubierto diminutas arrugas alrededor de sus ojos. Quería tocar su cara con ternura, hacerlo sonreír una vez más y sentir la curva de sus labios debajo de sus dedos cuando lo acariciara.

—Yo nunca dije que la quisiera —evidenció el hombre—. Nunca podría querer a nadie más que a ti. Eres irremplazable en mi corazón.

Ella se quedó en silencio ante esta confesión, la primera que Ahmed hacía desde hacía tanto tiempo.

Amaba a ese hombre con toda su alma, desde siempre, a pesar de los veinte años que habían pasado. Pero no sabía si él se permitiría amarla. Ahmed no confiaba en ella. Se burlaba de sus pasiones, del amor que ella sabía que sentía y trataba de controlarse con toda firmeza.

Excepto cuando le hacía el amor, pensó ella.

En ese instante, se abrió el cielo en dos.

—No quiero ser alguien a quien no puedas reemplazar, quiero ser alguien al que jamás te arriesgues a perder —lo corrigió Dixie.

—Yo no quiero perderte, nunca quise que te fueras de mi lado —aclaró el hombre en el mismo tono bajo que ella—. Te lo demostré muchas veces. Pero tú te empeñas en abandonarme.

Ella trató de soltarse del brazo. Pero Ahmed no la dejó.

A pesar de que llamaban la atención manteniéndose tan cerca no le importó.

A pesar de que los empleados del club los observaban de reojo cada vez que caminaban por el hall, o cuando entraban al bar, a Ahmed nada le interesaba porque lo único que tenía en su mente era ella.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —la apuró entre dientes.

—Nada —respondió ella sin mirarlo—. De ti ya no necesito nada.

—Antes no decías eso —le recordó él—. Tampoco cuando te estremeces entre mis brazos. En esos momentos quieres todo de mí. Siempre fue así entre nosotros, desde el primer día en que estuvimos juntos, desde la primera vez que te tuve entre mis brazos. Fui tu primer hombre, el único al que has amado sin importar lo que ahora digas. Soy el dueño de tu corazón desde que tengo memoria.

—Pero no fuiste suficientemente inteligente para ser el último —se defendió ella manteniendo la vista hacia el costado, intentando no llamar la atención aunque se daba cuenta de que eran el centro de las miradas de todos.

—¿Qué nos pasó? —se extrañó Med con dolor—. ¿Me fui unos días y dejé de importarte?

—Pasó que me rendí. Me rendí porque ya no había razón para luchar, sólo un montón de recuerdos que no traerían de vuelta lo que tuvimos —se resignó Dixie con tristeza—. Así que... me rindo.

—Pero yo me niego a rendirme —se quejó él con vehemencia—. Me niego a volver a mi vida de antes.

—No te preocupes, ya tendremos otra vida para encontrarnos y quizás todo funcione. Ahora no.

Ahmed soltó su brazo, entendiendo que no iba a llegar a ninguna parte si no reconocía lo que le pasaba con ella, y debía reconocérselo tanto a sí mismo como a la mujer que había amado toda la vida.

—Quiero intentarlo contigo hasta que nos salga bien —le confesó mirándola a los ojos.

Ella lo miró en silencio, resignada.

—Nunca va a salirnos bien, Med. Porque durante años te empeñaste en creer que yo había sido la mala de la película cuando en realidad fui tan víctima como tú. Y no me extrañaste más de lo que te extrañé a ti, no te engañes —le dijo poniendo énfasis en sus palabras—. Quiero que sepas que te amo con rabia y tristeza. Te amo con el dolor de haberte amado durante veinte años esperando que alguna vez fueras por mí —y agregó tratando de no llorar.

—No sabía que me esperabas.

—No quisiste saberlo —lo corrigió ella.

—En tu carta dijiste que no querías saber más de mí, que me

arrancabas de tu vida y de tu corazón.

—¿Cómo querías que respondiera a la carta en la que tú me decías que no regresara nunca, que solo habíamos tenido sexo, nada más? — casi lloró ella.

—¡Yo nunca escribí eso! —exclamó Ahmed, dolido—. ¡Lo eras todo para mí! Y me escribiste que buscara alguien con quien divertirme y que ojalá nunca volviéramos a cruzarnos.

—¡Escribiste que jamás habías pensado en casarte conmigo, que te olvidara! —gritó ella, destrozada—. ¡Yo moría por ti! ¡Eras mi felicidad! Y ahora te encuentro, veinte años después, y descubro que el reloj de mi vida se detuvo el instante en que me subieron al auto a la rastra... Mi vida se detuvo cuando me encontré sin ti.

—Hablas como si a mí no me hubiera sucedido lo mismo —retrucó él, con el corazón agonizante—. Quedé muerto en vida ese mismo día, vacío de alma. Me convertí en un espectro.

—Tanta destrucción no puede crear nada —remató ella entre lágrimas—. Tus dudas te enceguecen, tus celos te hacen tomar malas decisiones. Y solucionas todo escapando en un avión.

—Yo no me escapé. Tengo una vida complicada, negocios que atender...

—Tienes una vida templada y monótona, una vida donde yo no tenía un espacio, simplemente porque no tengo nada de templada ni de monótona —se sinceró con un dejo de tristeza—. Yo soy intensa. Yo no lleno vacíos, no ocupo espacios, no tapo ausencias, ni apago llantos. Yo amo. Por completo, sin medidas, eternamente —dijo entre dientes, tratando de moderar el tono—. Y si hace veinte años te dije que nunca dejaría de amarte es porque hoy sigo sintiendo lo mismo. Te amo porque ya no sé qué otra cosa hacer contigo. Te he extrañado, te he buscado, te he odiado y siempre acabo amándote.

Ahmed tragó sus palabras en silencio. Levantó la vista y miró hacia el *hall* vacío.

Tenía tantos sentimientos dando vuelta por su cuerpo, la sangre corriendo en forma desbocada, el pulso acelerado.

Ella siguió...

—Y a pesar de que voy de frente con todo lo que me pasa, tú te mantienes distante, lejano, callado. Te mantienes en la historia que te

contaron, aquella en la que yo te abandonaba y no me interesaba nada de ti. Porque sólo soy una mala mujer, una cualquiera, una zorra interesada digna de tu total desconfianza —le recordó limpiando con rapidez la lágrima que le caía por la mejilla.

Ahmed sentía que debía probarle que estaba equivocada, pero sólo atinaba a quedarse allí parado con la última llama de vida que quedaba en su interior. Se habría puesto de rodillas si sirviera de algo, y sentía que debía hacerlo, pero su orgullo lo evitó. Ella había tomado la decisión.

—¿Tienes algo más que decir antes de que me marche a trabajar? —le preguntó, muy fría.

«Te amo», respondió la mente de él. Sus labios no se movieron.

Dixie levantó la mirada hacia él. Su rostro estaba muy cerca, justo sobre el suyo. Se perdió en el alma de ese hombre, quedando prisionera de sus extraordinarios ojos ámbar, hundiéndose en sus profundidades veteadas.

—Gritaría al mundo entero mis ganas de susurrarte al oído te amo —dijo él casi en un dejo de voz.

—Es de mala educación amar con el corazón lleno de dudas —le advirtió ella resignándose.

—Mi buena educación contigo termina en la cama —le recordó él con una leve sonrisa. Y sin dejar de mirarla, se confesó—. Sabes lo que siento por ti aunque no te lo diga, siempre ha sido así. Te quise desde que te vi, con el cabello revuelto enredado en tu cuello de tanto correr. Te quise cuando te robé el primer beso, cuando buscábamos escondites para estar juntos, para que nuestras manos se acariciaran sin que nadie se diera cuenta. También te quise por todas esas noches de insomnio que me causaste con tu partida, noches donde eras mía sin estar presente. Incluso en esas noches —acarició su cara con un dedo, destrozando todas las barreras—. Necesito un tiempo para hacerte entender que eres mi todo absoluto, que ni siquiera con todos mis errores me gustaría perderte.

La respiración de Dixie se hizo más lenta.

La mano izquierda del hombre buscó la femenina tímidamente, tratando de no perder el contacto físico. Ella se dejó tocar, deseosa de estar con él en otra parte, no en medio de las miradas de todos.

—Te amo con todo lo que soy, en mis mejores momentos y hasta con la peor versión de mí... —le aseguró ella—. Porque si algo disfruto, es amarte así, sin fingir.

Ahmed bajó la vista y observó los dedos de ambos, entrelazados, advirtiendo un terrible barullo dentro de su cabeza.

Sentía que le costaba respirar. Sentía la sangre nuevamente correr en sus venas, la misma ansiedad que ella despertaba en él cada vez que se tocaban.

Entonces, se dio cuenta de la razón de todo lo que le pasaba, y sintió un miedo terrible.

Estaba ciega, estúpida e imperdonablemente enamorado de ella una vez más.

Nunca había dejado de estarlo.

Sus manos se cerraron alrededor de su cintura con un suave toque que la dejó completamente desarmada. Antes de que Dixie comprendiera lo que estaba pasando, un poderoso brazo la había atraído hacia su musculoso cuerpo. Con la otra mano, Ahmed asió su nuca y tiró su cabeza hacia atrás con suavidad, en cámara lenta, o al menos así lo sentía Dixie. Su boca tomó posesión de la de ella que, se echó hacia atrás, pero él la agarró firmemente. Una cálida y deliciosa sacudida pasó a través de ella, y puso su cabeza de lado, dejándole más espacio para saborear.

En vez de desairarlo, Dixie se encontró arrastrándolo más cerca a ella.

Más allá de sorpresivo, el espectáculo era digno de verse por lo dulce y romántico, por la forma en que él exploraba su cara con sus besos tiernos, una demostración que nadie allí había visto jamás en ese hombre hosco y cortante.

Cuando se separaron, no se dieron cuenta de todos los pares de ojos que habían presenciado la escena: Aimeé, Richard, Damla, Johnny, Sarket y todos los empleados y miembros del club que iban y venían por el *hall*.

A ninguno de los dos le importó.

—Tengo que volver al *chateau* —le dijo ella con una sonrisa leve.

—Más tarde pasaré por allá —comentó él sin poder dejar de mirarla—. Primero tengo que hacer algunas llamadas. Debo poner fin a mi

estúpido compromiso de una vez por todas.

—Coincido en eso —agregó ella aferrándolo del borde de la camisa —. No la quiero cerca de ti ni un minuto más.

Ahmed sonrió. Todos allí sonrieron aún sin saber lo que hablaban porque una sonrisa de ese hombre confirmaba que las cosas iban a cambiar.

Seguían juntos, casi pegados, cuando se dieron cuenta de que todas las miradas estaban puestas en los dos.

Entonces se alejaron un poco, tratando de mantener la compostura y la frialdad del trato.

—Vamos, Damla —dijo ella mirando a la niña y tendiéndole la mano.

—¿Iremos a buscar nuestros caballos? —indagó la niña tomándole la mano—. Porque creo que los cuidadores iban a quitarles las monturas y...

—Si quieren yo puedo llevarlas porque voy para el *chateau* —ofreció Sarket, palmeando el hombro de su amigo y alzando las cejas con una sonrisa.

—Está bien —agradeció Dixie, mientras se despedía con la mano de Aimeé, Richard y Johnny.

Estaba por darse la vuelta para seguir a Sark cuando Ahmed la detuvo por la cintura y delante de todos volvió a besarla. Hubo risitas por debajo y Dixie se ruborizó.

—Tengo que irme.

—Te hubieras ido antes de enamorarme tanto —le dijo él, divertido.

Ella sonrió también y luego se fue con la niña de la mano. Med la observó partir sin poder quitarle los ojos de encima. Cuando volvió a la realidad, descubrió que todos los que se habían quedado seguían pendientes de la forma embobada en que la miraba.

—A trabajar —dijo fingiendo seriedad.

\*\*\*

Deniz acababa de recibir mensajes por Whap de



Aimeé contándole lo que había sucedido, con frases como «*te perdiste el beso más fabuloso que he visto en la vida*» o del estilo «*no pueden más de amorrrrrr*» y aún sonreía cuando su padre entró en su oficina y se sentó frente a ella.

Su hija lo miró, extrañada.

—¿Te interrumpo?

—No, para nada. Eran mensajes de Aimeé donde me contaba que al parecer tu hijo, mi hermano del alma, ya aceptó lo que le sucede con Dixie. Y que el beso que se dieron ha sido de película —rio la joven.

—Ya era hora —rio también el padre.

—¿No te preocupan las implicancias económicas de todo esto? — indagó Niz con una mueca de desagrado.

—No —rotundo—. La economía familiar se irá acomodando de a poco, sólo habrá que mover algunos activos por un tiempo, hacer algunos ajustes, pero nada más. Tu hermano y yo estuvimos ocupados en eso durante estos días en París.

Deniz abrió los ojos con asombro.

—Es decir que tú sabías que se venía esta declaración.

—No exactamente, pero tu hermano y yo hablamos muchas veces sobre el tema, así que sabía que en cualquier momento iba a definir sus sentimientos.

—Creí que con Cloé en París...

—Ella estaba de compras —la interrumpió su padre—. Cada vez que lo buscaba él ponía excusas y reuniones de por medio.

—¿Por qué no la dejó y listo?

—Porque Ahmed está preocupado por las pérdidas que va a implicar terminar con ese compromiso. Por eso se dedicó a entablar nuevos lazos comerciales a futuro para que el impacto sea mínimo — le explicó su padre—. Analizamos cada una de las empresas y cómo afrontar el revés económico. Noté a tu hermano muy preocupado porque todos podamos mantener el estilo de vida al que estamos acostumbrados, pero le dije que ni tú ni yo íbamos a poner reparo alguno en hacer ajustes con tal de verlo feliz y pleno. ¿Estás de

acuerdo?

—¡Totalmente! —exclamó Deniz sonriendo ampliamente—. Quiero verlo disfrutar de su amor por ella de una vez por todas, aunque tengamos que renunciar a los caprichos de siempre. Tenemos demasiado, papá, y él ha tenido tan poca felicidad en su vida que no quiero otra cosa más que verlo junto a la única mujer que ha amado y que sé que le corresponde.

Berk iba a comentar algo cuando se escucharon ruidos de vidrios rotos y gritos de rabia. Deniz y su padre se miraron, reconociendo los alaridos como provenientes de Ariadna.

La puerta de la oficina de Deniz se abrió de golpe y su madre entró hecha una furia y encaró a su padre.

—¡Ya sabía yo que a algo se debía tu apuro porque firmara los papeles de divorcio! —exclamó con rabia—. Estabas preparando el terreno para regresar con esa zorra, ¿no es cierto? Y no lo niegues porque acaba de llamarme Joseph Cabbot diciendo que la ramera esa lo extorsionó para que firmara también.

—Ariadna... —empezó Berk poniéndose de pie con lentitud, tratando de no sonreír ante la noticia.

Sabía que era imposible dialogar con su ex mujer cuando se encontraba así de desquiciada. En medio de las arremetidas, Deniz pudo avisarle a Aimeé que le pidiera a Ahmed que fuera para el *chateau* porque su madre estaba descontrolada.

—¡No me digas ninguna de tus mentiras! —lo detuvo la mujer—. Toda la vida te has pasado poniendo excusas y culpándome del fracaso de nuestro matrimonio cuando los dos sabemos que los únicos culpables han sido tú y tu amante, la que traías todos los veranos a esta casa —dijo señalando las paredes de la habitación—. Con ella te revolcabas frente a nuestras narices sin importarte nada de tu familia, ni siquiera tus hijos. No renunciaste a ella hasta que te puse contra la pared.

Deniz no quería ser parte de esa contienda, pero no veía la forma de poder salir de allí sin llamar la atención. Nunca había visto a su madre en ese estado.

—¿De veras todavía crees que si hubiéramos seguido juntos este matrimonio nos hubiera dado felicidad? —la increpó el hombre con

sorpresa—. ¡Nunca fui feliz a tu lado porque siempre estuve enamorado de Stella!

La confesión del hombre sorprendió tanto a Deniz como a Dixie que entraba junto a Sarket en ese momento.

¿Estaba hablando de su madre?

Escenas de una discusión parecida volvieron a la mente de la joven después de mucho tiempo. Su madre y Ariadna a los empujones, Berk y su padre golpeándose y la niñera llevándose a los adolescentes por las escaleras. Siempre había creído que todo formaba parte de un sueño.

Pero no.

En ese momento, Ariadna la descubrió en el cuarto.

—¡Tú tienes las culpa de todo! —le gritó tratando de sacudirla.

Al ver que Dixie no se defendía, Sarket se interpuso y la sacó de en medio de la furia descontrolada de la mujer.

—Mamá, por favor —le suplicó Deniz.

—Tú reviviste todos sus recuerdos —continuó hablándole a Dixie—. Fue verte a ti y volver a traer a tu madre a su memoria.

—¡Yo jamás la he olvidado, mal que te pese! —la detuvo Berk en el mismo tono desbocado—. No hace falta mirar a Dixie para traer a Stella a mi recuerdo. Nunca vas a poder entender eso.

Ariadna se dio vuelta lentamente para encararlo.

—Destrozaste mi vida —le dijo gélida—. Vivía para ti y nuestros hijos, cumplía mi rol de esposa abnegada y dedicada al hogar. Y esa maldita fiesta familiar te la sirvió en bandeja de plata. No sé cómo no me di cuenta de la forma en que la mirabas siempre, como un esclavo, un hombre sin moral ni decencia, un hombre que se dejaba guiar por sus bajos instintos.

—Un hombre enamorado —la corrigió Berk.

—Un siervo, un dominado por una mujer sin escrúpulos que hizo de ti lo que quiso, convirtiéndote en un títere de sus caprichos.

—Una mujer que me amaba y me sigue amando con la misma locura —le informó él con vehemencia sin prestar atención a las otras personas que estaban allí, sin notar que Ahmed se había sumado al grupo—. Pero a ti no te importó ver que me moría un poco cada día sin ella.

Dixie se cubrió la boca con las manos, sorprendida de lo que estaba escuchando allí, deseando salir de ese lugar pero sin poder moverse. Su llanto silencioso la estaba partiendo al medio.

—A esa mujer no le importó irse del otro lado del mundo y aceptar los pagos que religiosamente hicimos por tantos años —lo acicateó Ariadna limpiándose la cara de las lágrimas que aún le caían, furiosa—. Tampoco le importó sacrificar a su hija con tal de mantener su matrimonio.

—Ninguno de los dos quiso que las familias sufrieran por nuestra culpa —dijo Berk mirando hacia el rincón donde estaban Dixie y Ahmed, dolidos—. Si aceptamos todas tus exigencias y las locuras de Joseph fue porque nos sentíamos culpables de amarnos y no tomar la decisión de mandar todo al diablo para estar juntos.

—¡No seas mentiroso! ¡No voy a llevarme el mote de la bruja del cuento y tú el pobre hombre enamorado! Hubieras luchado por tu hijo, al menos.

—¿Me culpas de todo lo que tramaste para mantenerlos separados?

—¡Te culpo de permitirme hacerlo! —le gritó ella con odio.

Deniz mantenía abrazado a Ahmed que no podía asimilar las duras palabras de su madre, el saber al fin que era cierto que Dixie y él habían sido rehenes de una lucha familiar dolorosa. Sarket estaba parado detrás de Dixie, sosteniéndola por el brazo, creyendo que en cualquier momento la mujer caería desvanecida por lo pálida que se encontraba.

—De lo único que soy culpable es de irme lejos y dejarte hacer y deshacer a tu antojo, de dejarte llenar la cabeza de nuestro hijo con ideas oscuras —le reprochó Berk, también enojado—. Porque de mi propio calvario me hice cargo solo. Solo me ocupé de mantenerme lejos de la mujer de mi vida porque no quería romper el acuerdo que habíamos mantenido. Pero no puede seguir siendo así —y giró la vista hacia su hijo—. Med, tienes que darte cuenta aquí y ahora de que la culpa de que nunca hayas conseguido la felicidad es completamente nuestra. Tu madre se encargó de mantenerte alejado de Dixie, de inventar todas las excusas posibles y de destruir las cartas que escribiste para ella cambiándolas por otras, al igual que Joseph hizo lo mismo con las de su hija.

Dix cerró los ojos con dolor, sintiéndose traicionada.

—Eso no es cierto —lo desmintió Ariadna—. Tu secretaria las enviaba religiosamente durante años.

—No seas mentirosa, por favor —la increpó Berk—. Tú las quemabas, lo sé, te he visto hacerlo, al igual que te oí reírte con esa respuesta amarga y sin corazón que le escribiste a una niña enamorada.

—¡Ah, sí! —rio ella—. «Si te hubieras querido quedar lo hubieras hecho, si yo te hubiese importado lo suficiente. Pero te fuiste. Y espero que no regreses nunca más».

—Eres perversa —dijo Berk entre dientes y miró a Ahmed—. Pero eso no fue suficiente, hijo, ni eso ni el dinero que tu madre le giraba cada mes, ni las ideas que te inculcó y el odio hacia la familia Cabbot... Porque ni bien la viste supiste que tu corazón no podía estar equivocado, que el tiempo es tirano pero no puede con los latidos acelerados cuando la besas.

—¡Cállate! —gritó Ariadna enfurecida—. ¡Él no va a regresar con esa mujerzuela porque sabe que es una cualquiera que se encama con el primero que...!

—¡Basta, mamá! —la silenció Ahmed con voz dura, atemorizando a la mujer—. No quiero escucharte más.

—¿Vas a creerle a tu padre? ¿Vas a hacerme responsable de todo? ¡Vivieron de nuestro dinero por años!

—Todo gracias a la avaricia y el rencor de Joseph, a quien tampoco le importó el dolor de su hija ni su infelicidad. Campamentos, clases de equitación, torneos, escuelas de verano, vacaciones en las playas del Caribe... ¡Tú y yo pagamos cualquier antojo de ese hombre perverso y déspota! ¡Stella y yo pagamos con nuestro propio amor! —y giró una vez más hacia su hijo—. Por eso te ruego que vivas tu vida con la mujer que amas de una vez y para siempre, que te juegues por lo que sientes y no dejes que nada ni nadie te detenga.

—¡Ahmed está comprometido con Cloé! —vociferó Ariadna.

—Pero no la amo —sentenció Ahmed logrando hablar por primera vez—. Siempre lo has sabido, mamá.

—Eso es lo de menos —se quejó ella, irónica—. Soy el vivo ejemplo de que se puede estar casado con alguien a quien no amas. Además,

hay muchos compromisos económicos de por medio.

Dixie no entendía de qué hablaban.

—Los superaremos —contrarrestó Berk.

—¡Iremos a la ruina! —se horrorizó Ariadna y agregó mirando a Dixie—. ¡Fíjate todo lo que has causado viniendo otra vez! Nuestra familia caerá en desgracia por tu culpa, porque no puedes respetar los lazos familiares. Igual que tu madre. ¡Una rompe hogares! ¡Una maldita zorra!

Sarket apretó el brazo de Dixie para darle a entender que debía mantenerse tranquila.

—¡Basta, mamá! —la amenazó Med.

—No. Ella tiene que saber todo lo que está en juego con tu casamiento con Cloé Regend —dijo la mujer lentamente, dándose cuenta de que la joven no sabía nada al respecto y aprovechándose de la mirada desolada de Dixie—. Toda la fortuna de los Tarik se encuentra en riesgo. Las inversiones de Carl son enormes y fundamentales para mantener el patrimonio de esta familia.

—No exageres, Ariadna —minimizó Berk.

—No exagero —dijo ella sin dejar de mirar a Dixie—. Las nuevas producciones de vinos, las ventas en el exterior, los arreglos de los viñedos, las investigaciones del laboratorio...

—Se acabó, mamá —le gritó Deniz, dolida—. No te metas más.

—Ella será la culpable de todo, igual que su madre lo fue hace veinte años atrás —vociferó Ariadna sorprendiendo y aterrando a Dixie.

El descontrol volvió a reinar en la habitación y nadie se dio cuenta de que Dixie se escabullía hacia los establos.

Cyrene seguía en el club de Ahmed.

Miró a un lado y al otro. Tormento estaba ensillado, listo para su entrenamiento habitual. Cuando estaba a punto de montarlo, escuchó la voz insoportable de Cloé que la llamaba con una sonrisa.

—No sabía que seguías por aquí —le dijo mirando su aspecto y frunciendo el ceño con soberbia. Obviamente ella iba impecable de los pies a la cabeza. En cambio Dixie traía el cabello revuelto, casi sin maquillaje, los jeans desteñidos y la camisa anudada a la cintura.

—¿Dónde pensabas que estaba? —insistió ella sin mirarla.

—En tu maldita ciudad, zorra —respondió Cloé entre dientes.

—Fíjate que no, que todavía estoy aquí, acosándote —la apuró Dixie de malhumor y con prisa—. Me tengo que ir.

Montó a Tormento con destreza.

—Tú siempre con tan poca clase.

—Y tú siempre tan modelito desubicado en estos campos.

—¡Pero miren con quién tengo que hablar de moda! —exclamó la joven en marcado francés—. Ni siquiera puedes apreciar el conjunto que llevo puesto.

—Sólo sé que algo te brilla en la cabeza, en medio de esas plumas —se rio Dixie haciendo alusión al coqueto sombrerito que llevaba.

—No sabes nada. ¡Es un exclusivo y costoso pinche para sombreros! ¿A qué no sabes quién me lo obsequió en este maravilloso viaje que compartimos?

—¿Mi amante? —aventuró Dixie sonriendo.

—Si sueñas con quedarte con mi prometido te advierto que...

—Las guapas y sexys no soñamos... A nosotras nos sueñan —la interrumpió mientras se colocaba el sombrero que uno de los peones le alcanzaba—. Mi sombrero no lleva pinchecitos ni otras bobadas de niña hueca.

—Ay, ya veo, estás molesta —ironizó Cloé—. Perdón si te ofendiste cuando te dije que eras una zorra... Pensé que ya lo sabías...

—Pensar es algo que a ti no se te da muy bien —le informó ella con fastidio—. Disculpa que abandone nuestra maravillosa charla, pero tengo que trabajar. Algo que a ti tampoco se te da para nada bien.

Y partió a toda velocidad.

Los peones se quitaron el sombrero a modo de saludo cuando la vieron pasar pero Dixie, molesta como iba, no los registró. Sacudieron la cabeza con desconcierto.

Otra pelea más.

La doctora nunca tenía paz.

\*\*\*

Cuando Ahmed logró salir de la habitación lo más

entero que pudo, Dixie no estaba por ninguna parte.

Los peones le dijeron que había salido a todo galope montando a Tormento y eso no le gustó. Desconfiaba de ese caballo.

Dixie no estaba. Pero sí Cloé.

Lo besó efusivamente a pesar de que él trató de evitarlo y se colgó de su brazo, tratando de llevarlo hacia el interior del *chateau*, donde aún se libraba una batalla entre sus padres.

Ahmed le dijo que estaba ocupado. Ella hizo un mohín.

—No me vengas con eso. ¿Tú también ocupado? —se quejó la joven—. Mi papito acaba de dejarme aquí de camino a lo de Fulard porque tenía que elegir los caballos y también dijo estar ocupado.

Ahmed analizó las palabras de la joven, quien sin darse cuenta le había dado el paradero de Dixie. Con toda seguridad hacia allí se dirigía para asistirlo en la compra, tal como le había prometido.

—Deberíamos ir también nosotros. Creo que mi experiencia le va a resultar de gran ayuda a tu padre —le dijo él dirigiéndose hacia su camioneta.

Cloé subió feliz al automóvil, cualquier cosa con tal de que su padre y Ahmed continuaran relacionándose económicamente. Era la mejor manera de asegurarse la boda con ese hombre.

Cuando llegaron a las tierras del vecino, había gran movimiento en el sector del haras. Varios peones iban y venían con los caballos elegidos y sus cuidadores los montaban frente a un pequeño grupo de personas cercanas al vallado.

Cloé divisó a Dixie revisando uno de los ejemplares y revoleó los ojos con fastidio. ¡No podía sacarse de encima a esa mujer!

Dixie pidió que separaran un grupo de seis ejemplares que le parecían perfectos para el destino que Carl Regend tenía pensado y pidió que los caminaran un poco. Por el rabillo del ojo descubrió la llegada de Cloé con Ahmed y trató de evitar hacer algún gesto que delatara su fastidio.

Como siempre sucedía, ella tenía a todos embobados con sus explicaciones y la forma en que se relacionaba con cada caballo.

—¿Le gustan estos ejemplares, Carl? —le preguntó Dixie sin querer mirar hacia la parejita.



—A mí me parecen hermosos, pero la experta eres tú —contestó el padre de Cloé sin haber notado la presencia de su hija.

—Med también es experto, papá —dijo la joven, metiéndose en la conversación—. Y quiso venir para ayudarte en la compra.

Carl Regend se acercó a su yerno y saludó en forma efusiva.

—No hacía falta que vinieras personalmente. Bastante has hecho ya cediéndome un rato a tu veterinaria estrella.

—Yo no te la cedí —aclaró Med sin dejar de mirarla—. Ella vino en su tiempo libre.

—Y yo aprecio eso también —dijo el hombre con una sonrisa—. ¿Por qué me recomienda esta raza en particular, doctora?

—El caballo árabe es una raza con una reputación de inteligencia, carácter fuerte y resistencia sobresaliente —respondió Dixie acariciando uno de los animales—. Fíjese que este ejemplar tiene un pelaje de base gris, brillante, sano. Su nobleza y amistad hacia las personas y su resistencia son las características que lo hacen ideal para su idea de tener algunos para montar.

Ahmed la vio hablarle al animal, acariciarlo y sonreírle y supo de inmediato que iba a montarlo sin previo aviso. Segundos después estaba sobre el animal quien la aceptó sin ningún corcoveo, mansamente, y se alejaron hacia unos árboles. Todos se quedaron plasmados al verla montar a pelo, sin ninguna dificultad, pero más asombrados quedaron al ver a Ahmed hacer lo mismo con otro de los ejemplares y seguirla en el paseo.

—¿Por qué te fuiste sin hablar conmigo? —le preguntó el hombre cuando la hubo alcanzado.

—Porque estaba y aún estoy anonadada —respondió ella con dolor—. Nunca creí que mi padre y tu madre fueran capaces de hacernos tanto daño. ¿Ahora se va a terminar tu desconfianza?

—¿Ahora vamos a poder estar juntos?

—¿Dejarás a Cloé? —preguntó ella con dudas.

—Claro que sí.

—¿Y cómo afrontarás las deudas cuando su padre quiera cobrarte todo el dinero que ha invertido en tus empresas? A eso se refería ella cuando dijo que habría consecuencias, ¿no?

—Sí, pero no me interesa.

—A mí sí. No puedo ser la culpable de poner en riesgo el bienestar económico de toda tu familia.

—Por ti pagaría las consecuencias —le aseguró él, mirándola a los ojos.

—Yo no puedo permitirlo. ¿Cómo harás para mantener todas tus propiedades?

—Lo veré cuando suceda. Mi padre y yo estuvimos contactando nuevos inversores en París y...

—Yo no puedo ser culpable de la ruina de tu familia —se negó ella con decisión—. Será mejor que...

—¿Que siga con ella? —la interrumpió él con rabia.

—No sé. No puedo pensar ahora. Tal vez sea mejor que te cases con ella y sigas con tu vida. Yo me iré en cuanto encuentre otro sitio donde concluir mi tesis. No quiero volver a ver a tu madre ni quiero estar aquí ni un minuto más.

—No puedes irte otra vez —se asustó él—. No puedes volver a dejarme.

—Esta vez me hago responsable de mi partida —le dijo ella girando las riendas del caballo y regresando hacia el grupo de hombres que los observaban desde lejos.

Ahmed bajó la vista y la siguió, tratando de que no se le notara la rabia que sentía. No quería hacer una escena delante de nadie. Dixie confirmó los seis caballos que ya había separado y le dio algunas indicaciones al padre de Cloé. Le recomendó que un laboratorio de confianza hiciera los análisis necesarios y Carl le preguntó a Ahmed si el suyo podía hacerse cargo de eso. El hombre asintió sin querer hablar. Se arregló con Fulard que los caballos continuarían allí hasta tener las instalaciones adecuadas, aunque ya estaban en proceso.

Dixie montó a Tormento quien se mostró impaciente y ella lo calmó con algunas caricias.

—Se nota que este ejemplar se ha adaptado muy bien a ti —le dijo Fulard, reconociendo a uno de los caballos que le había vendido a los Tarik.

—Sólo a ella —aclaró Ahmed con desagrado.

—¿Ha traído problemas? —indagó el hombre con preocupación.

—No —respondió ella.

—Sí —respondió él.

Fulard los miró sin entender.

—Tiró a mi sobrina —le comentó Ahmed.

—La tiró porque no está acostumbrado a ella.

—No está acostumbrado a nadie más que a ti —le retrucó Med con fastidio—. No me sirve un caballo así.

—Si quiere puede devolverlo y...

—¡De ninguna manera! —exclamó ella, tratando de controlar a Tormento que parecía entender que hablaban de él.

—Tal vez lo haga —dijo Ahmed al mismo tiempo que ella.

Dixie lo miró con rabia.

Toda la discusión se hizo en medio del grupo de hombres y caballos que los rodeaba.

¿Y Cloé? Desesperada, molesta, encaprichada por la falta de atención y odiando a la mujer que día tras día le quitaba tiempo con su prometido, se quitó el sombrero, golpeó el suelo con sus exclusivos zapatos y nada. ¡Nadie la registraba! A tal punto era su fastidio que se pinchó el dedo anular con el pinche del sombrero que tanto dinero le había costado. Se metió el dedo en la boca, frunció el ceño y miró a un lado y al otro buscando algo con qué desquitarse.

Mientras tanto la conversación en torno al bendito caballo continuaba.

—Tormento y yo hemos estado trabajando mucho —aclaró Dixie, defendiéndolo, mientras no dejaba de acariciarlo—. De a poco se va adaptando.

—No sirve para el fin para el cual lo adquirí —determinó Ahmed, más molesto con ella por la conversación que por los modos del animal.

—Entonces no se diga más —sentenció Fulard—. Si quiere lo puede dejar aquí ahora mismo.

—¡Yo no voy a dejarlo! —exclamó Dixie, determinante—. Todos los días entrenamos juntos, cada día lo noto mejor y...

—¿Por qué no te lo quedas tú? —sugirió Carl con una sonrisa—. Yo no tengo problema en comprarlo y regalártelo en agradecimiento por tu tiempo.

—No, no, por favor —sonrió ella, incómoda—. Haber venido hasta

aquí a elegir los caballos ha sido un placer. No me debe nada.

—El caballo es mío —dejó en claro Ahmed—. Yo no he decidido aún qué quiero hacer con él.

Y los intercambios de opiniones volvieron a resurgir.

Cloé revoleó los ojos, encabritada. ¡No quería oír nada más acerca de ese caballo ni de Dixie ni de la estúpida idea de su padre de obsequiárselo!

—En cualquier momento te tira a ti también —continuó hablando Med.

—A mí no me tiraría —retrucó ella con soberbia.

Y esa fue la frase desafortunada que le dio a Cloé la idea para planificar casi sin pensarlo una venganza.

Mientras todos daban su opinión, Dixie mantenía al caballo con la rienda corta y la cabeza hacia el bosque, evitando que focalizara su atención en los hombres que lo rodeaban y se pusiera aún más nervioso. Las ancas del enorme animal estaban cerca de Cloé. Y ella tenía en la mano el bendito pinche que la había lastimado.

Lo miró en silencio.

Nadie le estaba prestando atención.

Se colocó de costado al caballo para evitar que la pateara y quedando casi a escondidas del resto debido al tamaño del animal. Y en el mayor momento de discusión, clavó fuertemente el pinche que se hundió en una de las ancas y Tormento relinchó, se paró en dos patas sorprendiendo a Dixie que estaba firmemente agarrada a las riendas y salió disparado hacia el lado de los bosques.

Ahmed buscó con la mirada uno de los caballos que habían montado y la siguió a toda carrera, intentando mantener la calma pero preocupado. Los demás subieron a la camioneta y los siguieron de inmediato.

Cloé quedó sola en medio de algunos peones, diciendo con cara de circunstancia...

—Ahmed tenía razón con respecto a ese caballo, ¿no?

Dixie no podía controlar la locura que llevaba encima su caballo.

Nunca había corrido a esa velocidad, como si lo persiguiera el mismísimo diablo pisándole los talones.

Le llevó unos segundos calmarse y tratar de relajar el tiro de las

riendas, sabiendo que lo único que no tenía que hacer era jalar de ellas porque justamente el efecto sería el contrario, le daría más apoyo para que siguiera corriendo desbocado. Al principio pensó que si iba firme y bien sujeta al caballo, llegaría un momento que por agotamiento pararía, pero eso iba a depender de si no encontraban obstáculos por el camino.

Dixie sabía que cuando los caballos huían de algo, desconectaban cualquier acción racional, por lo que podía hacerle mucho daño, a pesar de tener toda la confianza con ella. Una vez lejos se sentiría seguro y confortable, por eso lo dejaba libre.

Ahmed exigía todo lo que podía a su caballo, pero con la idea clara de que un árabe nunca iba a alcanzar a un pura sangre de carrera como era Tormento. Ni acercarse podía, aunque forzara al animal que montaba. Y los nervios lo traicionaban. Conocía las tierras de Fulard y sabía que, de continuar por ese sendero, terminarían en el arroyo lindero cuyas aguas, caudalosas por las lluvias recientes, con seguridad acobardarían al animal.

Y ahí venía el problema.

¿Se detendría?

¿Se asustaría?

¿La arrojaría?

Giró la cabeza para ver a la camioneta casi a su izquierda por un camino lateral y les hizo señas de que se adelantaran hacia el arroyo. Tal vez si se colocaban de frente lograrán que Tormento se detuviera. Claro que tendrían que cruzar el puente y para eso debían dar un pequeño rodeo. No llegarían a tiempo.

Dixie sabía que tenía que intentar detenerlo, pero no llevaba guantes para poder tirar de las riendas con la suficiente fuerza. Quizás sería mejor dejarlo correr.

Hasta que vio las aguas.

No había vuelta. Tenía que frenarlo porque aún no había enfrentado a Tormento con el impacto de las aguas copiosas y no sabía cuál podía ser su reacción, en especial si seguía tan asustado.

Lo más conveniente sería soltar una de las riendas y tirar de la otra con ímpetu haciéndole girar la cabeza al caballo hacia un lado. Si tenía en cuenta que la cabeza del equino pesaba unos veinte kilos,

para controlarlo tenía que hacer que volteara la cabeza hacia un lado pero sin exagerar. Lo conseguiría enderezándose y jalando una sola rienda. Tenía en claro que cuando estaba corriendo si uno le volteaba la cabeza, uno iba a cambiar su peso y su equilibrio, por lo tanto para no caerse y perder el equilibrio el caballo iba a parar.

Pero este movimiento no se podía hacer de forma brusca si no podía provocar que el caballo cayera. Tenía que confiar en sí misma y tirar en la medida que el caballo fuera recuperando su peso y su equilibrio. Sin guantes la maniobra iba a resultar complicada porque los nervios habían transpirado sus manos.

Observó el arroyo que cada vez lo notaba más cerca e inició el proceso. Sus manos patinaban en la rienda.

Se odió por no haberse vuelto a colocar los guantes que tenía en el bolsillo trasero de su jean, lugar donde los había colocado para palpar a los nuevos ejemplares.

Por más que tiraba con todas sus fuerzas de una de las riendas, el caballo no respondía.

Y ese momento supo que cuando llegaran al agua, Tormento la arrojaría.

Ahmed también lo supo cuando vio el cambio de estrategia de la mujer, volviendo a tomar ambas rienda y sacando los pies de los estribos para caer lentamente.

Dixie mantuvo los codos en ángulo y no tensó los músculos. Debía tratar de no caer sentada porque podría aumentar el riesgo de lesionarse el coxis, así procuraría ir completamente suelta y aterrizar con sus brazos en dirección al suelo. Si caía de pie, doblaría las rodillas mientras aterrizaba para intentar amortiguar el impacto. Tenía que agachar la cabeza y rodar alejándose del caballo. Rodar disminuiría el impacto y así evitaría el contacto con los cascos del animal; al agachar la cabeza la protegería.

Cualquier cálculo sería nada más que eso, un cálculo, porque no sabía cómo iba a reaccionar Tormento al llegar al agua.

Ahmed observaba la escena con total impotencia.

La camioneta no había llegado del otro lado y él no había podido alcanzar al animal. Y por más que hubiera deseado cerrar los ojos para no verla volar por los aires de la manera que lo hizo tomando

conciencia de que ni siquiera llevaba casco, tuvo que ser lo suficientemente fuerte para tolerarlo y saltar sin lastimarse cuando llegó hasta ella.

Los ocupantes de la camioneta también habían visto la forma estrepitosa como había caído la veterinaria.

Dixie estaba en medio del arroyo, con el agua corriendo por sus piernas flexionadas. Había caído de costado por lo cual se había dislocado el hombro izquierdo. Si bien eso había amortiguado la caída, la cabeza había golpeado con algunas rocas.

Cuando dejó de sentir que el mundo daba vueltas, Dixie movió lentamente sus brazos y descubrió el dolor en el hombro. Tendrían que volver a ponerlo en su lugar con todo el dolor que eso implicaba. Movi6 las piernas, los dedos, muñecas y tobillos y todo parecía estar en orden. Cuando le tocó el turno a la cabeza, volvió a marearse.

Y en ese momento Ahmed cayó a su lado, completamente desesperado.

—Mi amor, no te muevas. Tienes que quedarte quieta.

—Calma, Med. Sólo tengo el hombro izquierdo dislocado —le informó conteniendo las lágrimas—. Pero duele mucho.

—No te muevas. En cuanto llegue la camioneta de Fulard yo mismo te llevo hasta el hospital del pueblo. Mientras esperamos es importante que no muevas el hombro dislocado, sino podrías empeorar la lesión —le dijo quitándole el cabello mojado de la cara y ayudándola a incorporarse un poco para que el agua no siguiera mojando su camisa. El movimiento la hizo ahogar un grito. Él la mantuvo cerca de su pecho con una mano, sosteniéndole el brazo doblado por el codo ya que no tenía cómo improvisar un cabestrillo.

—Intenté detenerlo pero no pude hacerlo sin los guantes.

—Te dije que nunca cabalgaras sin ellos. Te lo dije desde la primera vez que te dejé subir a un caballo.

—Los tengo en el bolsillo del jean. Hice todo lo posible —susurró ella.

Med le miró las palmas de las manos despellejadas, casi al rojo vivo y bajó la cabeza para no estallar de rabia.

—Te dije que no me gustaba ese caballo y tú te empecinaste en mantenerlo contigo. Si no fuera porque te cumplo todos los caprichos

esto no hubiera ocurrido —se quejó él levantando la vista hacia los hombres que se acercaban y entraban en el agua también para ver cómo estaba ella.

—Sólo es un hombro dislocado —comentó Dixie con una mueca de dolor.

—Si la levantas podemos llevarla al hospital —le dijo Fulard a Ahmed—. Sino pido una ambulancia.

—Yo la cargo.

—¿Y Tormento? —preguntó Dixie tratando de girar la cabeza.

—El capataz ya lo tiene consigo —le dijo él—. Pero debes quedarte quieta.

—No quiero que le hagas nada —le suplicó Dixie con lágrimas en los ojos—. Él no tuvo la culpa.

—Ese maldito caballo...

Ella trató de quejarse pero el dolor pudo más.

Y otra vez el mareo.

Ahmed se asustó al verla perder el sentido de la ubicación. Le tomó la cabeza con las dos manos para obligarla a verlo a los ojos.

—Dixie, mi vida, mírame —le ordenó preocupado—. No vamos a discutir ahora por el caballo. Primero tenemos que llevarte al hospital.

—Pero...

—Ningún pero —le dijo antes de posar su boca sobre la de ella, en un beso efímero pero necesario. Tenía que conectarse con ella físicamente para poder calmar su atemorizado corazón.

No le importó que los demás hombres lo vieran.

No le importó que entre esos hombres estuviera el padre de Cloé.

Cuando soltó su cabeza se congeló al ver las manos manchadas con sangre. Dixie lo notó.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió mirando a los que lo rodeaban que también lo habían notado—. Voy a alzarte.

—Med, no me mientas —le dijo ella suplicante—. Conozco cada una de tus caras y leo el miedo en tus ojos.

—Quédate tranquila. Vas a estar bien. Seguramente van a hacerte una tomografía para comprobar que no hubo lesiones.



Con delicadeza y ayudado por el capataz, Ahmed cargó a Dixie y la subió en la camioneta de su vecino.

Carl y Fulard viajaban adelante. Med y Dixie, detrás.

Nadie dijo nada con respecto al beso ni a la forma en que él se dirigía hacia ella. No era el momento. Pero ninguno de los dos hombres que viajaba adelante quedó fuera de la conversación que ellos tenían atrás.

—Recuerda no castigar al caballo, porque es probable que ni siquiera recuerde lo sucedido y enfadarse no solucionará nada —le recomendó Dixie.

—Te dije que de eso íbamos a hablar después.

—Pero te conozco. Estás enfadado —se quejó ella—. Fulard, por favor pídale a su veterinario que lo revise y que su capataz averigüe qué pasó, porque sé muy bien cómo se comporta Tormento y lo que hizo no coincide con sus reacciones habituales.

—Quédese tranquila. Yo me ocupo de todo.

—Cuídelo hasta que me recupere, porque este hombre terco es capaz de querer matarlo de un balazo —bromeó ella sin poder reírse.

—¿Me crees capaz? —indagó él sorprendido.

—Totalmente.

—Porque sabes que no soporto verte sufrir sin tomar represalias —le recordó Med, acariciándole la cara.

—Entonces ve pensando qué vamos a hacer con tu madre, ¿no te parece? Bueno, ve pensando que vas a hacer tú, porque yo pienso volver a poner un océano de por medio para no tener que ver nada con ella.

La respuesta de la mujer lo dejó mudo.

—No quiero escucharte decir que vas a dejarme —le ordenó él con voz temblorosa—. No lo voy a permitir.

—Es el único camino —susurró ella con dolor—. A veces el mayor acto de amor hacia una persona consiste en desaparecer de su vida. Así que tal vez lo mejor sea dejarte ser feliz con alguien más.

—Si te vas, te llevas mi felicidad. Y también la tuya. Porque en mi vida sólo he sabido amarte a ti, eres la única mujer de la que me he enamorado —le confesó con la voz quebrada por la pena.

Fulard y Regend se miraron sin decir nada.

—Y yo me he enamorado cientos de veces. Siempre de ti —sonrió ella cerrando los ojos por el dolor.

—No te duermas. No me dejes —se asustó él.

—No me pidas eso, cariño —le rogó ella, angustiada—. Hay amores que desde el comienzo son imposibles y los dos sabíamos que cada día robado al destino lo pagaríamos con una nostalgia infinita. Tenemos que seguir con nuestras vidas, como si nunca hubiéramos vuelto a encontrarnos.

—No, no, no —se negó él—. Te amo... Y no te amo a dos sílabas, te amo con la vida, en silencio, con el alma rendida.

—Yo también te amo, pero me enamoré de un amor que no era mío —le explicó ella llorando.

—Mi amor siempre fue tuyo, sólo estuvo veinte años escondido en algún lugar de mi corazón, burlándose de mi inútil esfuerzo por olvidarte.

Dixie lo miró a los ojos.

Abrió la boca para decirle algo pero ya no pudo hablar. Su cabeza cayó sobre el pecho masculino.

—Dix, mi amor, no, no, háblame, mírame —lloró él con angustia.

Fulard estacionó en la entrada de la guardia donde un grupo de médicos ya estaban esperándolos.

La colocaron en la camilla e iniciaron el camino hacia el interior del hospital.

Ahmed los seguía a paso rápido pero se dio la vuelta para encarar a los dos hombres con los ojos desorbitados.

—No me importa lo que le haya dicho ella —le dijo a Fulard señalándolo con el dedo—. Si algo le sucede a mi mujer, yo mismo acabaré con ese maldito caballo.

Y corrió detrás de la camilla.

Las palabras fueron oídas por Deniz, Sarket y Berk, que llegaban preocupados en ese instante.

Nadie dijo nada.

Todos ingresaron a la sala y se sentaron a esperar.

\*\*\*

—Joseph, Dixie tuvo un accidente en Francia —le informó Stella a su ex sin más preámbulos.

El hombre saltó del sillón del departamento que habitaba y los anteojos se le cayeron de la cabeza.

—¿Qué le sucedió? ¿Se encuentra bien?

—Me dijeron que se cayó del caballo, pero nada más. El avión privado de los Tarik ya salió hacia el aeropuerto de Miami, así que estoy terminando de preparar mi equipaje —respondió con toda la frialdad que pudo.

Berk la había llamado de inmediato.

No tenía muchos datos para darle pero que se quedara tranquila que Dixie estaba siendo atendida en el mejor hospital de la zona. También le dijo que aprovechara y se trajera la maleta que semanas atrás le había sugerido que tuviera preparada, que tuviera en claro que ya no la iba a dejar regresar sin importar las circunstancias, que él ya tenía su divorcio y que sus abogados americanos le habían dicho que el de ella estaría la semana entrante, así que ya nada justificaba que siguiera allí.

Por esa razón, Stella se dedicó a embalar todo lo que pudo, desconectar los aparatos eléctricos y dejar trabadas puertas y ventanas. Si bien la casa les pertenecía tanto a Joseph como a ella, luego del divorcio quedaría a su nombre ya que él tendría el departamento en el cual vivía ahora y el automóvil.

Ni bien su ex se fue de la casa, cambió todas las cerraduras y las contraseñas de las alarmas. ¡No quería que volviera a poner un pie allí!

—Déjame pasar por una muda de ropa y voy para el aeropuerto. ¿Te paso a buscar? —se ofreció, nervioso.

—No es necesario, ya pedí un taxi —mintió ella sin querer decirle que Berk le mandaría a un chofer de la compañía que usaba cuando viajaba—. Te mandaré las indicaciones por wpp cuando tenga los datos del avión privado.

—¡Qué atento tu amante al mandarte su jet! —ironizó Joseph tratando de menospreciarla.

Stella pensó unos segundos la respuesta y finalmente colgó sin

decirle nada. No valía la pena.

La preocupación que sentía por Dixie le impedía sentir la adrenalina de saber que iba a volver a encontrarse con el amor de su vida. ¿Y si no resultaba? ¿Si ya no eran los mismos? ¿Si las bocas no se reconocían?

Peor aún... ¿si no se animaba a quedarse con él?

Por ahora no había dicho que sí a nada.

Su automóvil la esperaba en la entrada. El chofer la ayudó a cargar las dos maletas pequeñas y Stella terminó de cerrar la casa. Volteó los ojos hacia su hogar que nunca había sido su hogar y sonrió sin ninguna clase de remordimiento.

Extrañaría su espacio para escribir pero nada más.

Llegó con el tiempo suficiente para tomarse un café y esperar la llegada de Joseph y sus agresiones.

Pero no esperaba que éste viniera con Dexter.

—¿Por qué vienes tú? —se quejó ella con rabia.

—Porque Dixie es mi mujer.

—No, no lo es —retrucó ella entre dientes—. Nunca conseguiste que lo fuera por más dinero que este hombre te haya pagado.

Dexter iba a contestar, pero la mirada de Joseph lo detuvo.

—¿Qué te dijeron acerca del accidente?

—Sólo que un caballo la tiró. Tiene dislocado el hombro izquierdo y un golpe en la cabeza. Se desmayó al entrar en el hospital pero con toda seguridad es algo de poca importancia —la voz se le quebró y se cubrió la boca.

Joseph quiso abrazarla para consolarla pero ella retrocedió un paso. No quería tener que ver nada con él.

Cuando subieron al avión, trató de sentarse lo más lejos que pudo teniendo en cuenta que estaba preparado para diez pasajeros. Joseph se sentó con Dexter, que no dejaba de admirar la elegancia del avión.

—¡Moriría por viajar en medio de este lujo siempre! —exclamó riendo—. No me quiero imaginar lo que deben ser sus mansiones. ¡Al fin voy a poder ver los lugares que me describías! ¡Menuda fortuna deben tener!

Joseph ni siquiera lo miró. Stella se colocó auriculares y cerró los ojos.

No estaría tranquila hasta que su hija le sonriera frente a frente.

\*\*\*

La situación en la sala de espera del hospital era tensa.

Deniz y Sarket se habían sentado juntos, ella estaba muy nerviosa y él la tenía sostenida de la mano y le hablaba en voz baja. Ahmed se mantenía de pie ante el gran ventanal, con la vista fija en los árboles que se perfilaban más allá, repitiendo mentalmente la escena de la caída una y otra vez, manos en los bolsillos, rostro serio.

Berk, Fulard y Carl Regend conversaban a un costado.

—¿Cómo sucedió? —indagó Berk, extrañado—. Dixie es una excelente amazona, monta desde que la conozco.

—El caballo se puso como loco y se alzó en dos patas antes de salir desbocado hacia los bosques —respondió Fulard, apenado—. Nunca lo había visto así.

—Ella intentó detenerlo pero no pudo y, al llegar al arroyo, la arrojó al agua —agregó Carl Regend.

—Iba sin casco y se golpeó la cabeza —concluyó Fulard.

Berk miró la camisa manchada de sangre de su hijo, que parecía fuera de la realidad, abstraído de todo y de todos.

Aimeé y Richard hicieron su entrada en ese momento. Ella caminó con paso decidido hacia su jefe y tocándole el brazo con la mano en forma delicada le entregó una muda de ropa en un bolso para que pudiera cambiarse. Med registró su ropa, el estado deplorable de su aspecto y cayó en la cuenta de que la sangre era de Dixie.

Antes de que pudiera decir nada ni desmoronarse, se oyó la voz de Richard.

—Te acompaño a cambiarte.

Fulard continuaba con la conversación con su padre.

—Le aseguro, Berk, que no puedo entender qué sucedió. Ella también estaba sorprendida por la reacción de Tormento.

—¡Ese caballo es un demonio! —vociferó Ahmed caminando hacia los hombres—. Pero ella se empeñó con él. ¡Un capricho!

—Será porque está acostumbrada a los temperamentos difíciles —

comentó su hermana, mirándolo.

—Ahmed, algo debe haber pasado para que...

—No lo quiero cerca de mi mujer —dijo en tono autoritario—. No lo va a montar nunca más. Ni siquiera lo quiero en mis terrenos.

—Cálmate, Med —le dijo Richard llevandoselo de un brazo, junto con Sarket.

Carl esperó que los hombres se fueran para confrontar a Berk, que imaginaba por dónde vendría la conversación.

—Berk, estoy preocupado —empezó el hombre.

—Todos lo estamos —lo frenó él—. Dixie es muy importante: es familia —remarcó tratando de distraer el tema.

—Creo que para tu hijo es mucho más que eso.

—¿Lo dices porque Med la nombra como «su mujer»? —minimizó su padre— Ahmed siempre ha sido muy posesivo con ella, desde niños.

—Lo entiendo. Pero como padre de su prometida no puedo hacerme el desentendido. Durante todo el viaje hasta aquí, lo hizo profesándole su amor eterno —le aclaró Carl.

Berk hizo silencio. La situación era indefendible.

—Mira, Carl, eso lo vas a tener que hablar con mi hijo —se desligó el hombre con cortesía—. No estoy al tanto de lo que sucede entre ellos hoy.

—Mi hija, mi único tesoro, está en medio de todo y me niego a permitir que sufra —dijo Regend, vehemente.

—Su hija tiene muy claro cuáles son los sentimientos de mi hermano —dijo Deniz, metiéndose en la conversación.

—No lo creo desde el momento que viajó a París a encargarse su vestido de novia —Niz revoleó los ojos. Él continuó—. Mientras que tu hermano sólo lo hizo para captar nuevos inversores. ¿Qué pautas nos daría eso?

—¿Que mi hermano es un hombre de negocios? —ironizó Deniz.

—A mí me suena a que está tratando de evitar las pérdidas económicas —la corrigió el hombre—. Y no lo va a lograr. Porque si mi Cloé sufre, yo lo haré sufrir a él... donde más le duela.

Berk y Deniz se miraron, sin decir nada más. Estaba todo muy claro.

Carl Regend caería sobre las finanzas de los Tarik sin pérdida de tiempo.

\*\*\*

Era la tercera vez que Ahmed se mojaba la cara con agua fría. No podía reaccionar.

Sus amigos esperaban pacientemente que encontrara el momento de sacar todo lo que tenía atragantado en su interior. ¡Y explotó!

—No sé cómo controlar mis nervios. No sé cómo esperar con calma que el médico venga y me diga cómo está ella —dijo mirándolos por el espejo. Había miedo en sus ojos—. ¿Y si no se despierta? ¿Y si el golpe que se dio tiene consecuencias? Porque perdió mucha sangre, mis manos estaban...

—Espera —lo detuvo Sarket, con esa tranquilidad tan suya que siempre era un páramo en medio del caos—. Te estás adelantando. No perdió tanta sangre, no des vueltas sobre eso porque no te va a llevar a nada. En unos momentos vendrá el médico a darnos el parte y veremos qué dice.

—Yo no voy a poder vivir sin ella —balbuceó Ahmed angustiado—. No puedo sentir que la pierdo una vez más, que tengo que seguir mi vida sin tenerla conmigo —se dio vuelta para mirar a su amigo—. Ahora que me he dado cuenta del tiempo que perdimos, del engaño de nuestra familia y el odio que mi madre inculcó en mí... ahora no puedo permitirme un segundo más sin Dixie.

Richard, que no había estado presente en la discusión, no lograba entender del todo las palabras de su amigo.

—Med, ella va a estar bien, ya lo verás.

—Claro que sí —aseveró Sarket, pero también agregó preocupado—. Pero, amigo, tienes que cuidar la forma en que te expresas delante del padre de Cloé.

—No me interesa en lo más mínimo —respondió el hombre alzando los hombros—. Sólo ella me importa, ella y esos ojos azules como el océano que tanto me enloquecen... esos donde quiero

naufragar toda la vida.

—Te dije que entre ustedes había algo, lo sabía —reflexionó Richard—. No podías comportarte de forma tan posesiva si no sentías algo por ella.

—La quiero a mi modo, quizás no como deba, quizás no como ella quiera, pero la quiero, juro que la quiero con todo lo que soy —les confesó Ahmed.

—Lo bueno es que te diste cuenta —sonrió Richard.

—Siempre la he querido, pero supe lo letal que podía llegar a ser, cuando la sentí matándome de amor y de felicidad mientras me sonreía. ¡No puede ser que me olvide del mundo entero cuando estoy con ella y no lo reconozca! Por eso es que ahora tengo tanto miedo.

Deniz les avisó desde afuera que el médico estaba dando el parte y los tres salieron, presurosos.

Dijo que Dixie estaba bien, que ya le habían vuelto a colocar el hombro izquierdo en su posición correcta, lo cual le había dado un alivio inmediato pero que seguía con un poco de dolor. No era un caso grave porque no había daño a los tejidos y nervios alrededor de la articulación. No había presencia de una fractura o desgarro de consideración así que estaba recibiendo analgésicos para contrarrestar el dolor. Y que la habían trasladado para hacerle una tomografía por el golpe en la cabeza. Podía recibir visitas pero pocas y espaciadas para que descansara.

Cuando volvió a la habitación, Med y Deniz la estaban esperando. Dixie sonrió apenas, algo adormilada por la medicación que estaba recibiendo. Dejó que Ahmed le besara el rostro, la frente, el cabello y se perdiera en sus ojos, agradeciendo tenerla a su lado.

—¿Cómo te encuentras, prima? —preguntó Niz hablando bajo.

—Dolorida, pero menos que antes.

—Nos diste un susto tremendo. Tus padres están llegando en un par de horas, así que pronto estarás acompañada.

—No les hubieras avisado —protestó ella con una mueca.

—Imposible pedirle eso a mi padre —le dijo Med alzando los hombros.

En ese momento entró el médico a verla.

—Veo que ya no llora como una niñita pequeña —le dijo sonriendo.



—No lloré —se quejó ella.

—Claro que sí. Pero lo bueno es que nada malo sucedió con su hombro. La voy a derivar a un fisioterapeuta para que le enseñe estiramientos específicos que la ayuden a recuperar toda la movilidad y rango de movimiento de su hombro, así como ejercicios que fortalezcan y ajusten la articulación con la finalidad de reducir las probabilidades de sufrir una dislocación en el futuro.

—¿Cuánto tiempo va a llevar la recuperación previa? — preguntó Ahmed.

—Por lo general, necesitará de 2 a 4 semanas de recuperación antes de acudir a fisioterapia. El uso de cabestrillo, la aplicación de hielo y el consumo de analgésicos forman parte de la fase de recuperación — le explicó el profesional—. El tiempo total para rehabilitarse y recuperarse de una dislocación en el hombro varía de 3 a 6 meses, dependiendo de la gravedad de la lesión y de si el paciente es atleta o no. Teniendo en cuenta este caso, yo diría que en 3 meses va a estar bien. Sé que la señorita Cabbot hace salto a caballo, pero no podrá retomar las actividades antes de ese tiempo. Me comentó también que es veterinaria pero le dije que no podrá hacer fuerza con el brazo hasta que no esté completamente recuperada.

Dixie revoleó los ojos con fastidio.

—¿Cuándo tendrá los resultados de la tomografía? —indagó Deniz.

—En un rato, pero a simple vista no parece haber complicaciones. Volveré con los resultados.

Las dos horas siguientes Dixie durmió en forma intermitente, abriendo los ojos de a ratos para volver a caer en el sueño. Deniz y Ahmed se quedaron con ella, esperando las noticias del médico.

Su prima se encontraba en el cuarto con Sarket ya que habían logrado que Med se despegara de su mano y lo habían enviado a buscar café mientras conversaban con Dixie, un poco más repuesta y menos dolorida.

La entrada del médico interrumpió la charla entre los tres.

—Tengo los resultados de los estudios —les dijo con una sonrisa—. En un principio, yo la sometí a un estudio neurológico de visión, equilibrio, coordinación, reflejos, memoria y pensamiento. No hubo dificultad alguna. La tomografía se hizo para buscar indicios de

sangrado o inflamación del cerebro, así como fracturas del cráneo. No hay nada que indique que haya consecuencias de la caída, pero aunque la mayoría de las personas se recuperan completamente luego de una conmoción cerebral, puede tomar algún tiempo. El descanso es muy importante, ya que ayuda al cerebro a sanar. Al comienzo va a limitar la actividad física, de todas formas debe hacerlo por su hombro, o tareas que requieran concentrarse, como estudiar o trabajar en la computadora. Estas actividades pueden provocar que los síntomas de la conmoción cerebral, como los dolores de cabeza o el agotamiento, vuelvan o empeoren. De a poco y a medida que su médico de control lo sugiera, podrá retomar las actividades habituales.

—Por lo tanto voy a tener que estar fuera de circulación por lo menos un mes —se quejó Dixie.

—Dependerá de qué tan bien siga las indicaciones que le den los doctores.

Ahmed vio desde lejos que el médico estaba en la habitación y apresuró el paso a pesar de llevar los vasos de café.

—Su hombro estará bien, su cabeza también, la única mala noticia que tengo es que por la caída perdió su embarazo.

Deniz, Sarket y Dixie abrieron los ojos y la boca, sorprendidos.

—¿De qué está hablando? —murmuró Dixie, confundida.

Ahmed, que había oído las palabras del médico, quedó petrificado en la puerta de la habitación.

—Probablemente aún no se había dado cuenta de que estaba embarazada porque tenía apenas unas dos semanas. De haberlo sabido imagino que no hubiera montado a caballo ya que es poco recomendable en ese estado.

¿Un bebé?

¿Un bebé de Ahmed?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

La conmoción del hombre era tal que bajó los brazos sin darse cuenta de que tenía los vasos de café en la mano, que se hubieran caído de no haber sido por Sarket que anticipó la reacción. Dixie buscó la mirada de Ahmed y en sus ojos sólo descubrió vacío.

¿La haría responsable de la pérdida del bebé como en su momento

lo hizo de tantas otras cosas?

Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Despidió en su alma un hijo que no tendría.

Y lloró.

## Capítulo 13

**D**ixie y Ahmed se miraron, anonadados, dolidos. —Pero quédese tranquila que no habrá ninguna secuela de eso tampoco. Podrá volver a embarazarse pronto —y el médico descubrió la presencia de Ahmed y hacia él se dirigió—. Su mujer fue muy afortunada, señor Tarik. Su hombro sanará sin problemas, el golpe en la cabeza sólo traerá algunas migrañas y podrán planificar una familia pronto, ni bien se recupere.

Cuando el médico se marchó, Sarket tomó a Deniz de la mano y salieron del cuarto cerrando la puerta luego de que su mujer abrazara tristemente a su prima. Dixie y Ahmed se quedaron solos.

—¿El bebé era mío? —le preguntó él con frialdad.

Ella no supo cómo responder al principio. ¿Por qué la duda?

—Me ofende tu pregunta —respondió ella con dolor.

—No veo por qué.

—¿Oíste lo que dijo el médico?

—Dijo dos semanas y ese es casi el tiempo que hace que estás aquí.

—¿Vas a volver otra vez con el tema de Richard? ¿O acaso vas a agregar algún otro hombre más? —se quejó Dixie.

—Te recuerdo que compartes tu vida con alguien en Boston y, quién te dice, que hayas tenido una despedida «efusiva» teniendo en cuenta el tiempo que ibas a estar lejos —ironizó Ahmed con celos incontrolables.

—Eso y decir que ando con cualquiera es prácticamente lo mismo —manifestó ella acongojada—. Sigues catalogándome como a una zorra, tal cual las palabras de tu prometida y de tu madre.

—Yo no dije eso —se rectificó el hombre—. Pero tengo que ser práctico y lógico. No lloraré por un niño que tal vez ni siquiera era

mío.

La frialdad de sus palabras congeló su corazón. ¿Al fin de cuentas qué importaba eso en ese momento si ese niño ya no existía? Sólo servía para volver a separarlos con dudas.

—El niño era tuyo, para que lo sepas y te quede bien el dolor. Si es que te duele —le reprochó ella sin querer llorar—. Y no tuve ninguna despedida efusiva como tú la llamas. No sabes qué clase de relación tengo con Dexter.

—¿Qué clase de relación tienes?

—Nosotros... —empezó ella tratando de excusarse, pero era una conversación que dolía después de todo lo que habían pasado juntos esos días—. No somos una pareja demostrativa sino más bien sosegada.

Ahmed se echó a reír con ironía.

—¡Vamos que nos conocemos bien! —exclamó él con dolor—. Sé lo caliente, explosiva y sexual que eres.

—Soy caliente, explosiva y sexual, como tú dices... —replicó ella entre dientes—, pero sólo contigo.

—¡No me vengas con ese cuento! —se quejó Med con bronca contenida—. Mira si yo voy a creer que sólo en mis brazos te conviertes en una bomba sexual.

—Podrías creerlo si confiaras en mis palabras, si aceptaras que te amo, que siempre te he amado y que sólo tú puedes despertar en mí todo lo...

—¡Basta! —la interrumpió él—. Yo puedo creer todo eso, pero no voy a creer que vives con una persona con la que no te acuestas, no proyectas un futuro ni te interesa como persona.

—¿Cloé representa todo eso para ti? —indagó ella en el mismo tono—. A ver, que te acuestas con ella lo tengo clarísimo. Ahora, lo demás...

—Yo no vivo con ella.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Por qué vives con él? —le preguntó, molesto, acercándose a su cama—. Dime por qué vives con ese hombre.

—Porque me resulta cómodo. Tengo una vida complicada, muchos viajes por trabajo, jornadas eternas de guardia en el hospital de la

universidad, clases que preparar, evaluaciones que corregir —se excusó ella—. A la larga se vuelve comfortable volver a casa y que la comida esté lista y alguien te esté esperando. Es rutinario. Aunque suene frívolo. Peor es lo tuyo, que estás comprometido con alguien a quien no amas pero que te conviene económicamente.

—¡Y ahora tremendo embrollo en el que me he metido por esos acuerdos de negocios! —exclamó Med nervioso—. Pero no vivo con ella.

—Pero se van a casar.

—¿Y ustedes? ¿Van a casarse también? ¿Van a tener un niño que juegue en el jardín de su casa mientras sus padres siguen viviendo juntos por comodidad?

—Vivo en un departamento —lo corrigió ella, enfadada—. Y no voy a tener un niño con Dexter.

—Tampoco conmigo.

La dureza de sus palabras fue devastadora.

—Estás rompiendo mi corazón —susurró ella con lágrimas en los ojos.

—El mío está roto desde hace veinte años. Pero tranquila, nadie se ha dado cuenta porque un corazón roto es como tener las costillas rotas, nadie puede verlo, pero duele cada vez que respiro —replicó Ahmed con tristeza—. ¿Quién dice que no se puede andar con el corazón roto como si nada? Aquí me ves, soy un ejemplo de que se puede ir por la vida hecho pedazos —agregó, irónico.

—Admiro enormemente a las personas valientes que se levantan y caminan de nuevo con los pedazos de corazón haciendo ruido en sus bolsillos —también ironizó ella con el mismo dolor.

—Así me dejaste tú cuando te fuiste.

—No me fui, me llevaron —lo corrigió ella con el mismo dolor—. No te dejé, no te olvidé, no seguí mi vida sin ti como si nunca hubieras existido, que es exactamente lo que tú hiciste.

—¿Cómo que no? Tú vives con un hombre que te prepara la comida y te espera con los brazos abiertos cuando decides regresar a tu hogar —escupió él con furia, pero tratando de no levantar la voz—. Un hombre que te ama, te cuida, se preocupa por ti y planea formar un hogar contigo.

—¡No es así! —se alteró Dixie—. Dexter es una compañía, alguien que tiene intereses parecidos a los míos, que no me atosiga con celos ni competencias académicas, un hombre que no me complica.

Ahmed pensó que la descripción que ella daba era muy parecida a lo que él decía de su relación con Cloé.

Pero en ese momento estaba enceguecido.

—No puedo creerte tan fría, menos sabiendo lo efusiva y demandante que eres —negó él—. No quieres que yo descubra que ese tipo te ama con locura, se desvive por ti y no puede concebir...

—¡Nada de eso! —exclamó ella con desesperación, interrumpiéndolo—. Nuestra relación no es como la pintas o como te imaginas. Dexter es una persona fría, poco comunicativa. Jamás demuestra sus sentimientos ni manifiesta emociones fuertes, nunca me dice que me ama, nada que...

Y en ese momento las puertas de la habitación se abrieron y entraron, su madre, su padre y Dexter, con cara de preocupación. El hombre se adelantó a sus padres y prácticamente se arrojó a sus brazos, lloroso, dramatizando.

—¡Mi amor! ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien, mi cielo? ¡Casi muero de los nervios cuando tu madre nos dijo que habías tenido un accidente! Déjame mirarte para que mi alma vuelva al cuerpo al saberte sana y salva —le dijo con una energía y un ímpetu que no eran característicos de su personalidad sosegada y apática, mientras le besaba la cara y los labios—. Hubiera muerto de angustia si te perdía.

Ahmed apartó la vista de la demostración de afecto del hombre que compartía la vida de la única mujer que había amado, tratando de controlarse.

Joseph notó que la escena lo molestaba y se alegró de haber instruido a su yerno para que se comportara de esa manera si el hombre estaba en la habitación. Stella lo apartó, enojada, reclamando un abrazo de su hija, quien aprovechó para llorar con libertad y sin tener que explicar su angustia.

Ahmed se quedó a un costado, mirando por la ventana, registrando por el reflejo del vidrio lo que sucedía a sus espaldas. Cuando Joseph besó a su hija, la notó distante con él.

No le hablaba. Sólo se dirigía a su madre, quien se había sentado al

borde de la cama para tomarle las manos, y le contaba lo preocupada que estaba.

Mientras Dixie le repetía el parte médico acerca de su hombro y el golpe en la cabeza (obviando el tema del bebé por el momento), Ahmed aprovechó para comentarle algo a Joseph sin que los demás lo notaran.

—Nosotros dos tenemos una conversación pendiente —le dijo Med en tono amenazante.

—Primero tengo una pendiente con tu padre —manifestó Joseph frunciendo el ceño—. Luego hablaré contigo.

—No tengo problema en esperar —sonrió Ahmed—. Y a mi padre le va a encantar conversar contigo. Luego de eso te partiré la cara y quedarás irreconocible.

—¡Típico de los Tarik! —dijo Joseph revoleando los ojos—. Pero hace muchos años atrás no les sirvió de nada amenazarme o caerme encima a golpes. Tu padre tuvo el descaro de enfrentarme cuando era él el que estaba en falta —rio antes de acercarse y decirle al oído—. Cuando quieras donde quieras. Pero recuerda que luego tendrás que verte con mi hija cuando te lo reproche.

—Te aseguro que tu hija no me lo va a reprochar. Es más, no sé si sería mejor esperar a que se recuperara un poco para darle la posibilidad de tirar ella algunos golpes para descargar su rabia —le respondió Ahmed con la misma sonrisa en el rostro—. Se te cayó el teatrillo, Cabbot.

—¿De qué hablas?

Ahmed volvió a sonreír y caminó en silencio hacia la puerta de la habitación. Puso la mano en el picaporte y giró para mirarla... una última mirada... un doloroso adiós.

Dixie le devolvió la mirada con lágrimas en los ojos, gritándole en silencio que estaba equivocado, pero sabiendo que el hombre tenía tantas dudas que ella sola no iba a poder reconstruir su amor.

\*\*\*

Berk la había visto pasar casi a las corridas, nerviosa.



Reconocería al amor de su vida en cualquier lugar a cualquier hora. Y también vio al idiota de Joseph.

Le habían avisado del avión que eran tres los pasajeros, estaba preparado. Pero aun así le hervía la sangre.

Minutos después de que saliera Ahmed, Berk vio a Stella y al hombre joven salir de la habitación de Dixie. El hombre tomó el camino hacia la confitería y ella se sentó en unos sillones cercanos a la puerta a esperar.

Caminó hacia ella y la miró desde la altura que le daba estar de pie. Stella alzó la mirada y se le fue la respiración del pecho. Tenía frente a ella una vez más al amor de su vida. Veinte años después de esperarlo pacientemente. Muchas canas después. El mismo amor.

¿El mismo amor?

Ella se puso de pie y quedaron frente a frente. Sin tocarse, pero casi respirándose.

A ella le temblaban los labios.

A él, las manos.

—No quiero olvidarme nunca de este momento —le dijo Berk, emocionado—. Vuelvo a mirarte como siempre te he mirado, con el corazón repleto de ti.

Stella seguía sin poder hablar, las lágrimas cerrando su garganta. No sabía si reprocharle la ausencia, llorar hasta agotarse o abrazarlo con las pocas fuerzas que le quedaban.

Y eligió no hacer nada.

—Hasta que no volví a ver tus ojos no me di cuenta de lo mucho que me hacía falta reflejarme en tu mirada —continuó él—. Porque sólo allí me veo invencible.

—Inalcanzable —lo corrigió ella pudiendo articular palabras—. Yo siempre te vi inalcanzable.

—Nunca más. Eso se acabó —enmendó Berk, colocándole un mechón de pelo detrás de una oreja.

Primer contacto fugaz, estremecedor.

Se detuvo en su mejilla, dejando deslizar tímidamente sus dedos por el rostro de la mujer que había amado durante toda su vida. Ella cerró los ojos y tragó despacio, casi sin respirar.

—Suave... como siempre te sentí entre mis brazos.

Se acercó lentamente, ralentizando el tiempo, como en *slow*... y besó sus labios temblorosos en forma efímera, como si se tratara de algo que fuera a desvanecerse entre sus manos.

—¡Cómo pude vivir tantos años sin sentirte, vida mía!

Stella largó el aire contenido en un suspiro. Los brazos se reencontraron, ávidos del calor que tantos años no habían podido apagar. Las lágrimas de la mujer lo asustaron, separándose para mirarla.

—No más lágrimas, mi amor. Cuando las almas se tienen que volver a encontrar, el destino acerca los mundos, borra todas las distancias, une todos los caminos y desafía hasta a lo imposible —le aseguró Berk—. A partir de ahora empieza un nuevo camino y nada va a volver a separarnos.

—Eso dijiste hace veinte años —dudó ella—. Y no sucedió.

—Hace veinte años tú no quisiste jugarte por este amor —aclaró él—. Veinte años atrás te asustaste, no creíste en la fuerza de lo que sentíamos.

—¿Me lo reprochas? —se defendió ella.

—No... sólo te lo recuerdo —se justificó el hombre—. Porque para que lo que digo se cumpla, tenemos que estar seguros de lo que queremos. ¿Esta vez sí vas a olvidarte de todos para vivir nuestro amor? ¿O todavía hay impedimentos que te detienen?

Stella bajó la cabeza. Berk se la alzó con la mano, suavemente, hasta volver a encontrarse con su mirada.

—¿Me sigues amando? —le preguntó el hombre angustiado, con el temor de escuchar la respuesta.

—Con toda mi alma pero... —dudó ella—. No sé si te pasa lo mismo porque nunca fuiste a buscarme, nunca me llamaste, nunca...

Berk la calló cubriendo su boca con una mano, dulcemente.

—Nadie se merece esa horrible sensación de duda de saber si todavía le aman o ya no —se disculpó con tristeza—. No te busqué porque no quería ser más insistente de lo que ya había sido: no quisiste quedarte conmigo, dejaste que Joseph te arrastrara lejos sin oponerte. Y eso me dolió tanto... —cerró los ojos con rabia—. Al principio estuve enojado contigo, dolido. Luego vino la etapa de vivir el abandono, cerrar los puños para no llamarte, sentirme herido y

solo. Al final terminé por resignarme, por acostumbrarme a estar sin ti. Hasta que mi hijo me hizo abrir los ojos y descubrí que para el amor no existe edad, estatura, género, ni gustos y mucho menos kilómetros. Pero que tenía que hacer algo para recuperarte —volvió a acariciarle la cara—. A mí ninguna distancia me va a prohibir que te siga adorando con toda mi alma.

Stella no pudo contener el llanto y se vio rodeada por los brazos del hombre que siempre había deseado que la contuviera, la llevara a recorrer todos los caminos y la hiciera feliz.

—Berk, mis papeles aún no llegan y yo me siento en falta. No me siento cómoda en esta posición —le susurró ella.

—Mañana llegan a mi oficina, mi amor —le dijo él besándole la frente—. No estás en falta porque tu divorcio ya es oficial y porque ese hombre al que tú aún respetas, se encargó de atarte durante veinte años sin importarle tu infelicidad —y su tono se endureció—. No merece nada de ti.

—Yo no hice nada para alejarme y vivir mi vida. Preferí la comodidad del abandono, el silencio en mi propia casa...

—No te reprocho eso, amor mío, porque sé que no tenías otro camino —le dijo Berk limpiándole las lágrimas—. Nuestros actos nos condenaron a la soledad. Los dos fuimos parte del diabólico plan de nuestras parejas para desquitarse con lo que más amamos: nuestros hijos —Stella asintió con tristeza—. Los dejamos manejar sus vidas y llenarlos de odio, pero no pudieron hacer desaparecer su amor, como tampoco pudieron hacerlo con nosotros.

—Al menos tú te separaste de ella.

Berk acercó su cara a la de Stella para enfatizar sus palabras.

—Yo me fui de mi casa pero no fui feliz sin ti. La culpa que sentía, el negarme a considerarte perdida pero no tener fuerzas para luchar cuando habías dicho que no, clavaron una puñalada que hizo estragos en mi persona.

—Tuviste la posibilidad de encontrar otra mujer —aventuró ella con el temor de saber que podía haber estado con alguien más.

—Hubo muchas mujeres en estos veinte años que pasaron por mi vida, no te lo voy a negar —confesó Berk con honestidad—. Pero en ninguna encontraba tus ojos cálidos, tu sonrisa cómplice, tu risa

contagiosa... Ninguna eras tú.

La mirada de la mujer resplandeció, feliz. Él continuó.

—Y yo tenía miedo de solo pensar que hubiera llegado alguien más a tu vida y te hubiese hecho olvidarme.

Stella acarició su rostro, reconociendo las nuevas arrugas de su frente, la comisura de sus labios, los ojos que la miraban con la misma adoración que veinte años atrás.

Y no había más espera que soportar.

Sin preámbulos, el hombre la tomó de la nuca, la acercó más a su cuerpo y volvió a besarla como antes, con la misma intensidad y las mismas ganas.

Y ese beso fue el que dejó petrificada a Ariadna cuando volvía de la cafetería del hospital...

\*\*\*

Ahmed siguió con la mirada a Dexter cuando este entró en la cafetería.

No entendía qué podía haberle visto ella a un hombre tan insignificante. Era delgado, algo encorvado, con barba desprolija y anteojos de marco oscuro que distraían la vista de unos ojos pequeños pero inquietos. No era apuesto ni impactante, evidentemente debía de tener otras dotes.

Cerró los puños alejando de su mente las ideas que se acumulaban de ella entre los brazos de ese sujeto, amándolo, dejándose tocar.

Sarket descubrió el fastidio de su amigo.

—¿Ese es el sujeto?

—Sí.

Deniz giró la cabeza para verlo. No era el hombre que hubiera deseado para su prima. Bueno, el único hombre que quería a su lado era su hermano.

—¿Qué pudo verle a ese tipo? —indagó Ahmed en voz alta.

—¿Comparado contigo? —azuzó Deniz.

—No —se apresuró a responder Med—. Comparado con cualquiera.

—Algo debe encontrarle —comentó Sarket sin darse cuenta. Y los otros dos lo miraron—. Quiero decir...

—No quieras decir nada más —lo interrumpió su amigo.

Todos continuaron con su café sin hablar.

—Med... lamento mucho lo del bebé —se animó a decir su hermana.

—También yo, amigo —se sumó Sarket con tristeza—. Hubiera sido...

—Complicado —terminó Ahmed sin dejar de mirar su taza.

La pareja hizo silencio. Deniz no pudo contenerse.

—Hubiera sido una noticia hermosa, Med. Los niños no pueden calificarse como complicaciones —le reprochó su hermana—. Tal vez hubieran tenido que enfrentar algunas cosas pero...

—No entiendo por qué asumen que el niño era mío —se defendió el hombre con frialdad.

—Tu comentario es horrible —le reprochó su hermana—. No tienes derecho a decir algo así cuando sabes bien que...

—Sé bien que ella tiene una relación amorosa con aquel hombre y nada me garantiza que yo fuera el padre de ese bebé.

Deniz estaba por contestarle cuando Dexter se acercó a la mesa.

—Perdón que interrumpa, creo que ustedes son los primos de Dixie...

Deniz fue la única que reaccionó'.

—Sí. Mi nombre es Deniz. Y tú eres...

—Dexter, el esposo de Dixie —completó el hombre con simpleza.

—Tú no eres su esposo —retrucó Ahmed casi sin pensarlo—. Ella no está casada contigo, amigo.

Sarket apoyó su mano sobre el brazo del hombre y lo miró. No era el momento ni el lugar.

—Es verdad —sonrió el sujeto—. Es la costumbre. Ella y yo vivimos juntos desde hace tiempo y nos amamos tanto...

—Ella no te ama —lo corrigió Med con rabia—. Hazte a la idea.

Se hizo silencio en la mesa.

—No sé a qué te refieres —dijo Dexter fingiendo no entender—. Ella y yo tenemos una relación que...

—Que se va a terminar en cuanto salga de aquí —completó Med

con dureza—. Dixie no va a regresar contigo.

—¿Por qué no? —lo increpó Dexter con una media sonrisa soberbia.

—Porque yo no lo voy a permitir —le respondió Ahmed poniéndose de pie y marcando la diferencia de estatura y tamaño corporal.

Sarket también se puso de pie al mismo tiempo, haciéndole señas a Deniz que tomó sus cosas con prisa.

—No entiendo qué tienes que ver tú en eso —continuó Dexter disfrutando de la contienda.

—Ella es mía. Eso debería alcanzarte —le advirtió Med sin dejar de mirarlo—. Y si no es suficiente...

—Vámonos, Med —lo interrumpió su hermana, tomándolo del brazo.

—Me va a encantar ver tu cara cuando ella te diga que se marcha conmigo —le susurró Dexter sonriendo.

Ahmed caminó unos pasos hacia el hombre pero Sarket se interpuso.

—Eso no sucederá —le aseguró Med.

—Ya veremos.

Y Deniz arrastró a su hermano hacia la salida, ayudada por Sarket.

¡Lo único que faltaba era una confrontación en ese momento!

Ahmed se soltó de ambos y caminó adelante con toda la bronca acicateando su cuerpo.

¡Qué tipejo más osado! ¡Reclamarla como su esposa cuando no los unía nada!

Bueno... nada, como quien decía nada, no. Pero para él eso era nada.

Ella le pertenecía como siempre había sido aunque otro la exigiera como propia, la llamara su esposa y pensara arrebatarla.

Moriría en el intento, así fuera de tristeza o de impotencia, pero nadie iba a alejarlo de Dixie otra vez.

\*\*\*

—Papá, no insistas. No creo que sea el momento de

que conversemos —le dijo ella sin mirarlo, intentando no explotar de la rabia.

Joseph se sentó en la silla que había al lado de la cama e intentó tomar la mano de su hija. Pero ella se negó.

Algo no funcionaba bien.

—¿Por qué no? ¿Estás cansada? —indagó sin hacerse cargo del malestar.

—Mucho —respondió Dixie con doble intención—. Tanto que preferiría mantener esta charla luego. No me encuentro en condiciones de enfrentar tantas verdades estando en el hospital.

—Como prefieras —cedió él con cautela—. Tal vez cuando estemos de regreso en casa puedas...

—Yo no pienso regresar a Estados Unidos —repuso firmemente la joven, conteniendo la rabia y el dolor, sosteniendo la mirada dura del hombre—. Mucho menos pienso regresar a tu casa.

—¿Qué sucedió con la hija hermosa que crie con tanto amor? —parodió él tratando de hacerla sonreír.

—Pasó que esa joven incrédula que pensaba que el amor de su vida la había olvidado, que rogaba por regresar a sus brazos, fue engañada por su propio padre y orillada a la infelicidad. Eso pasa —respondió con dureza —Y por si te lo estás preguntando, sí, ya sé toda la verdad.

—No creo que tu madre...

—Ella no ha hablado conmigo, no la culpes —lo interrumpió Dixie intentando incorporarse un poco en la cama a pesar del dolor que implicaba cada movimiento, no podía quedarse quieta—. La que me informó de todo fue tu socia en el crimen, la madre de Deniz y Ahmed, mi supuesta amorosa tía Ariadna, que no resultó ni tan amorosa ni tan dulce como me hizo suponer.

—Ariadna es una mentirosa —se defendió Joseph con pocas convicciones, tratando de quitarle importancia al hecho.

—¡Basta de hipocresías! —lo detuvo ella en seco—. Ariadna se ocupó de refregarme todos los caprichos monetarios tuyos, todos los gastos a los que los Tarik incurrieron en tu afán de sacar ventaja de la situación: viajes de vacaciones, alquileres de casas de campo, club de equitación... ¡Cualquier cosa pagaron a cambio de que yo nunca

volviera a ver a Ahmed ni él supiera nada de mí! —le dijo alterada, casi sin poder mantener un tono bajo de voz.

—Berk fue responsable de costear todos tus gastos porque me lo debía por haberse interesado en mi mujer —se quejó el hombre con rabia—. Tenía que responsabilizarse porque perdí mi mejor empleo y tuve que instalarme lo más lejos que pude para evitar que Stella siguiera pensando en él.

—¿Y crees que lo conseguiste? —lo azuzó ella—. Jamás recuerdo a mi madre en un gesto cariñoso hacia ti. Nunca la vi demostrarte amor, sino estar siempre cabizbaja, culpable de cualquier cosa que dijera y te cayera mal, triste y sin vida. ¡Esa es la madre que me diste por vengativo y vil!

—Ella me engañó y a mí me dejaste la peor parte —manifestó Joseph con asombro y bronca.

—Ella se enamoró, papá. Mi madre cometió el pecado de amar a otro hombre y tú la hiciste pagar con veinte años de dolor y soledad —la defendió Dix con lágrimas en los ojos—. Y en tu afán de castigarla, también me castigaste a mí, alejándome del único hombre que amé.

—¡Los hombres de esa familia están malditos! —vociferó Joseph sin importarle el lugar en el que se encontraba.

—Maldito tú que manejaste mi vida a tu antojo y trataste de evitar lo inevitable: que Med y yo nos reencontráramos y nos diéramos cuenta de que los sentimientos entre nosotros seguían siendo los mismos —le gritó ella fuera de sí—. Porque te informo que estoy enamorada de ese hombre como hace veinte años y no voy a dejarlo otra vez, no voy a seguir siendo infeliz.

—No puedes decir eso, no estás pensando con claridad.

—Nunca he sido tan clara en mi vida —lo corrigió ella temblando los labios de ira contenida—. Rompiste mis cartas, me obligaste a creer que para él solo había sido un juego, me mantuviste en una burbuja, aislada de la realidad, envuelta en clases de equitación y clubes de verano hasta que creíste haber arrancado de mí todo lo que quedaba del amor que una vez me había hecho feliz —le reprochó Dixie llorando.

—Tenías quince años, por favor —minimizó el hombre.

—Tenía quince años y ya estaba segura de que Med era el hombre



de mi vida, la única persona con la que quería estar. Y tu egoísmo destruyó mi corazón durante tantos años que duele siquiera decir la cantidad en voz alta —le recriminó Dixie sin poder contener la rabia que tenía dentro—. No quiero verte más ni quiero oír hablar de ti. No me considero más tu hija. Voy a comenzar una nueva vida.

—No puedes dejarme fuera —se asustó Joseph—. Tampoco puedes abandonar a Dexter...

Y el mencionado abrió la puerta en ese instante, descubriendo la discusión que lo involucraba.

—Mi hermosa mujercita se siente mejor —dijo con una sonrisa al verla incorporada en la cama—. Eso significa que podremos irnos pronto.

—No iré a ninguna parte —le informó la joven sin dejar de mirar a su padre—. Y no volveré a llamarte papá porque nunca te ganaste ese título conmigo. Mucho menos ahora que he descubierto tu juego.

—Bueno, bueno... —interrumpió Dexter—. No sé qué está sucediendo pero es fuerte que le digas eso a tu padre.

—No te metas, ¿quieres? —solicitó Dixie con desprecio—. Ya sé toda la verdad, así que puedo llamarlo como quiera.

Y el hombre interpretó mal las palabras de la joven. Se acercó a ella con prisa y la tomó de la mano mientras se sentaba en la silla de al lado de la cama y hablaba sin respirar casi...

—Mi amor, perdóname, lo siento. Te juro que no puedo vivir sin ti. No hay momento del día en que no te piense ni prepare todo para tu regreso, para que te relajes del trabajo y encuentres en nuestro hogar la calma —ella intentó quitar su mano de entre las del hombre pero él se negaba a soltarla—. Ahora que sabes la verdad, confieso que al principio no hubo amor, que acepté la propuesta de tu padre porque me beneficiaba económicamente y el puesto en la universidad era interesante, pero cuando descubrí la maravillosa mujer que eras y la manera dulce en que me tratabas, me enamoré locamente de ti.

Dixie lo escuchaba con la mirada fija en su padre, la boca abierta por la sorpresa y el corazón despedazado.

—¿También estás metido en esto? —le preguntó Dixie a su padre sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Dexter, mi hija no se refería a...

Pero Dexter continuó sin tregua.

—Dix, mi amor, imagino que tendrás la peor opinión de mí, pero quiero que sepas que fue doloroso luchar contra el amor que siempre sentiste por ese hombre —casi suplicó—. Sé que no me verás con los mismos ojos que lo miras a él, sé que es el hombre de tu vida, por el que pides cuando hay noches de tormenta y te abrazo para que no temas. Es su nombre el que susurras —reconoció con honestidad—. Pero créeme, eres la persona que más amo en el mundo.

—Nunca podrás ser como él, porque a ti nunca podré amarte —le dijo ella con total frialdad. Dixie logró retirar su mano y recuperar el habla—. No hay vuelta atrás después de que alguien te empieza a parecer imbécil —le reclamó a Dexter—. Quiero que los dos se marchen de mi habitación y de mi vida —les dijo entre dientes—. No quiero volverlos a ver —y clavó sus ojos en Dexter primero—. Saca tus cosas de mi departamento y piérdete —y luego miró a Joseph—. No tienes medida ni límites. Compraste un hombre para que me enamorara, me mentiste durante veinte años y arrojaste a mi madre a una vida de dolor y sufrimiento. Eres perverso, vengativo y cruel, y no quiero saber más nada de ti. ¡Fuera de aquí!

Ambos hombres no dijeron nada más y salieron de la habitación dejando a la joven envuelta en llanto, dolida y desconcertada.

Su vida había sido una farsa.

\*\*\*

—¡Lo único que me faltaba! —exclamó Ariadna indignada.

Berk y Stella se separaron, incómodos.

Ella bajó la mirada y se sintió pequeña, como siempre se había sentido ante esa mujer de carácter dominante que la había insultado tantas veces antes. Berk se plantó ante su ex mujer, decidido a defender lo que sentían de una vez por todas.

—Hola, Ariadna.

—¿Qué demonios hace esta mujer aquí y en tus brazos? —le

reclamó como si aún tuviera algún derecho sobre él.

—Stella vino a ver a Dixie. Lo correcto sería que nos dijeras qué haces tú aquí —indagó el hombre con el mismo fastidio.

—Vine a ver si al fin nos habíamos librado de esa arrastrada —respondió con todo el veneno que pudo encontrar.

Stella intentó salir de atrás de Berk, enfurecida.

—¡No te voy a permitir que hables así de mi hija!

—Tú no vas a dejar de permitirme nada —la apuró la mujer con la misma furia—. Lamento haberme enterado de que está en perfectas condiciones porque creí que por fin iba a recuperar a mi hijo de las garras de esa embaucadora.

—Basta, Ariadna —le advirtió Berk—. ¡Cómo puedes desearle el mal a alguien! Te desconozco.

—Lo dices como si alguna vez te hubieras preocupado por conocerme —se burló ella con dolor—. Nunca te importó nada de lo que me interesaba. No me conoces en lo más mínimo. Igualmente reconozco que no es que quisiera que la pequeña cualquiera se muriera pero sí que se lastimara lo suficiente como para que se volviera a su patético mundo con su no menos patética madre.

—¡Resentida! —exclamó Stella sacando una furia que Berk le desconocía. Parecía un animal protector, capaz de quitarle los ojos a la desubicada de su ex mujer—. No alcanzaron tus malos deseos para herir a mi hija, una mujer con todas las letras, una profesional mundialmente reconocida, una...

—Una zorra que se entromete en el compromiso de un hombre serio —terminó Ariadna con desprecio—. Igualita a la madre, destructora de hogares. Dos arrastradas sin vergüenza ni pudor.

—Seré todo lo que quieras pero mi único pecado ha sido amar a un hombre legalmente ocupado pero con el corazón libre para amarme —se defendió Stella comenzando a fortalecerse.

—¡Un hombre casado! —exclamó la otra, ofuscada—. Hijos, una familia, una posición social... Me orillaste a hacer de todo para alejar a tu trágica y funesta familia de la mía. Por tu culpa le mentí a mi hijo, su padre se alejó sin miramientos, tuve que hacerme cargo de todo y...

—Y le arruinaste la vida a Ahmed —concluyó Stella, drástica.

—Igual que tu marido se la arruinó a tu hija —increpó la mujer.

—Su ex marido —aclaró Berk tomando a Stella de la mano.

—Ya decía yo que por alguna razón estabas apurado con el tema del divorcio después de tantos años —rio Ariadna con rabia—. Así que ahora ya no ocultan su amor y se muestran como dos ridículos e inmaduros colegiales.

—Nos mostramos como dos enamorados, a pesar de la edad, del tiempo que estuvimos separados y de lo que cualquiera diga. La madurez no tiene edad definida, llega cuando entendemos que tenemos la responsabilidad de nuestra vida, cuando ya no nos hacemos tontos culpando a los demás por nuestras desgracias —la corrigió Berk—. Es evidente que tú sigues siendo una inmadura.

—¡Ridículos!

—No nos interesa lo que opines —rio Berk—. Por primera vez vamos a disfrutar de nuestro amor. Mantente fuera de nuestra vista.

—Y fuera de la habitación de mi hija —agregó Stella—. Dixie no quiere verte ni yo quiero que la sigas envenenando, maldita arpía.

Ariadna avanzó un paso hacia Berk pero él caminó con Stella fuera del alcance de su ex.

La mujer quedó rumiando su rabia, pensando de qué manera iba a vengarse de esos dos...

\*\*\*

Dixie volteó la cabeza para ver quién entraba en su cuarto. No se encontraba en condiciones de sufrir más confrontaciones ese día, no más dolor.

La sonrisa de Deniz la tranquilizó, pero no pudo evitar las lágrimas de desahogo cuando sintió el abrazo de su prima. Juntas lloraron unos minutos, cada una sabiendo cuántas cosas estaban sufriendo las dos.

Deniz le limpió la cara con un pañuelo descartable y se perdió en los ojos ahora grises de tristeza de su mejor amiga.

—Dix, no sabes cuánto me duele verte así, mi vida. Vi tu cara de

sorpresa cuando el médico comentó lo del embarazo... ¿De verdad no habías sentido ningún malestar? —le preguntó acomodando su desordenado cabello y ayudándola a recostarse despacio en las almohadas.

—No, nada. Imagínate que no iba a seguir montando si hubiera tenido la más ínfima sospecha de estar embarazada —respondió Dixie ahogando el llanto—. Jamás hubiera puesto en riesgo a mi hijo.

—Eso es obvio, cariño —la consoló ella—. Ahora solo tienes que recuperarte pronto y disfrutar de...

—No tengo nada que disfrutar —la interrumpió ella acongojada—. Med me ha hecho reproches desagradables, me acabo de enterar que mi padre le pagó a Dexter para que me enamorara y...

—¿Cómo? —se extrañó Deniz abriendo los ojos del asombro—. ¿Ese hombre no se cansa de hacerte la vida miserable?

Dixie volvió a llorar. Su prima la abrazó nuevamente, acariciando su cabello mientras trataba de no llorar ella también.

—He sido engañada toda la vida, Niz. Amé a un hombre que no luchó por mí, mi padre me encerró en una torre de cristal contratando un príncipe para que me entretuviera, mi madre se hundió en su propia infelicidad en lugar de tenderme la mano y salvarme... —miró por la ventana cómo caían las gotas de una incipiente lluvia.

—Calma... todo pasará.

—Estoy devastada, aplastada por la realidad, abofeteada por la noticia de la pérdida de mi hijo y los reclamos de no paternidad del hombre que es dueño de mi corazón —continuó ella sin poder contener el llanto—. Un prometido comprado que dice que ahora me ama, mi carrera que se verá perjudicada por este accidente, un dolor en el alma que no sé con qué cubrir y la cabeza que me estalla, bombardeada de noticias turbias minuto a minuto.

—Tienes que tratar de dormir y relajar la mente.

—¿Crees que cuando despierte mi vida se habrá enderezado lo suficiente? ¿O que podré lidiar con mi realidad? —ironizó Dixie—. Acababa de recuperar a tu hermano y ahora siento que otra vez lo he perdido, igual que a nuestro hijo.

—Vendrán otros hijos, Dix.

—No —rotunda—. Y por una parte es mejor que no haya ningún

niño al que colocar de rehén de las dudas y el desamor.

—No puedes negar que amas a Med profundamente.

—Sería infantil de mi parte.

—Y también sabes lo mucho que él te ama.

—No, no lo sé —refutó ella con dolor en la voz—. Es tan volátil, tan cruel lo que hace conmigo. Te quiero, no te quiero... parece que deshojara una margarita. Hoy sí, mañana no sé.

—Confróntalo —le sugirió su prima—. Date el valor que necesitas y exige una respuesta sincera.

—Valorarse es entender que, si me va a querer de a ratos, es mejor que no me quiera— se quejó ella bajando la cabeza—. Yo no sé amar solo la mitad, ni extrañar sólo de vez en cuando.

—Ni te lo mereces.

Stella abrió la puerta suavemente y se asomó con una sonrisa.

—Iré a buscar a Sark ahora que te quedas en buenas manos —le dijo Niz dándole un beso. Y le sugirió a Stella—: Mi prima necesita una madre urgente. Por favor, te la encargo.

Salió de la habitación con prisa, dejándolas solas.

—Mamá, ¿tu sabías que papá le había pagado a Dexter para enamorarme?

La cara de dolor de Stella confirmó que sabía.

Otro engaño más para su colección.

\*\*\*

Berk Tarik caminaba pensativo por el jardín del hospital, esperando a Stella que le había pedido un tiempo para hablar con su hija. Necesitaba aclarar toda la situación con Dixie, pedirle perdón por no haber evitado que su padre la volviera tan infeliz y hablarle del futuro junto al hombre que siempre había amado.

En medio de esa ida y vuelta, vio salir por una de las puertas

laterales a Joseph junto al hombre que se decía pareja de Dixie. Los ojos de los dos antagonistas se cruzaron un segundo fugaz y el inglés torció el rumbo hacia la salida para encontrarse con su adversario.

—Justamente estaba buscándote —le dijo Cabbot con odio, deteniéndose lo suficientemente cerca como para tenerlo a golpe de puño.

Berk mantuvo las manos en los bolsillos de su pantalón, midiendo a su ex rival desde la misma altura, analizando cuánto demoraría en desfigurar ese rostro que hacía tantos años que aborrecía. Pero se mantuvo calmo.

—¿Para qué me buscabas? —le preguntó con serenidad—. ¿Necesitas decirle algo a mi mujer y no la encuentras?

—Sé dónde encontrar a Ariadna —respondió Joseph con fastidio.

—Hablaba de Stella —aclaró Berk sin sonreír.

—Ella no es tu mujer, sino la mía.

—Te equivocas. Primero voy a aclararte que nunca fue tu mujer porque siempre estuvo enamorada de mí, desde antes de que aparecieras en su vida. Segundo, ya han salido los papeles del divorcio, así que nada te une a ella ni le impide ser feliz a mi lado después de tanto tiempo. Así que, vuelvo a preguntarte... ¿necesitas decirle algo a mi mujer y no la encuentras?

Joseph avanzó unos pasos furioso. Dexter lo detuvo del brazo.

—Joseph, tranquilízate.

El hombre lo corrió bruscamente y apuntó a Berk con el dedo índice.

—Basta de dar vueltas y vueltas con ese cuentito que tuvieron hace cientos de años —se quejó Joseph.

—No era un cuento sino una historia de amor donde teníamos derecho a escribir el final que quisiéramos darle. Y eso es lo que vamos a hacer ahora. Y tampoco fueron cientos de años.

—Ella nunca va a aceptar irse contigo. Es una mujer patéticamente tradicional, pacata y cuidadosa de las buenas costumbres.

Berk apretó los dientes al escucharlo hablar de Stella en forma tan despectiva y avanzó los pocos metros que los separaban pero fue detenido por Ahmed y Sarket que volvían por el jardín.

—Papá, por favor, déjame el placer de romperle la mandíbula sin

que tú te ensucies las manos —le suplicó Med.

—El problema es entre él y yo —le dijo Berk—. Pero tienes razón en eso de que no tengo que ensuciarme las manos, no le voy a dar el gusto de verme descontrolado, sobre todo porque no tengo razón alguna para mostrarme desesperado como está él —rio el hombre—. Tengo a mi lado a la mujer que he amado con toda el alma y que me corresponde a pesar de los veinte años que tuvo que sufrir contigo. Ahora sí que va a disfrutar de la vida y la voy a tratar como a una reina.

—¡Jamás dejaré que te la quedes! —vociferó Joseph a través del cuerpo de Dexter que lo separaba de los demás.

—Siéntate a vernos pasar, Cabbot —lo azuzó Berk.

—Cuando vuelva conmigo a casa...

—No va a volver —lo interrumpió el padre de Ahmed—. Stella se va a quedar conmigo, entre mis brazos, donde siempre debió estar, de donde nunca debí dejarla ir a pesar de que quiso castigarse por amarme en lugar de quererte a ti —y le gritó con rabia—: ¡Nunca más va a llorar ni a sentirse sola! ¡Nunca voy a dejar de besar el piso por el que camina! ¡Nunca va a volver a mencionar tu nombre ni siquiera para odiarte! No eres nadie en su vida... nunca más.

Ahmed se sintió orgulloso por la forma en que su padre defendía ese amor y a la mujer que amaba con tanto énfasis.

—Cabbot, lárgate de aquí. Tu hija no quiere saber nada contigo, tu ex mujer está con mi padre y llévate a este payaso porque Dixie se queda conmigo —le advirtió Ahmed con rabia.

Dexter tomó a Joseph de un brazo y lo arrastró hacia el estacionamiento, asombrado y fracasado.

Med golpeó el hombro de su padre con cariño y le sonrió.

—Espero que seas feliz con ella —le dijo y su padre asintió.

—¿Y tú?

—Lo mío es más complejo —respondió Ahmed con una mueca.

—Decirle que la amas no es complejo.

—Palabras fáciles de decir, sentimientos difíciles de demostrar —deslizó Ahmed confundido por la situación.

Berk miró la tristeza en el rostro de su hijo y no supo cómo ayudarlo. Sólo lo vio caminar hacia su automóvil y cerró los puños



con impotencia

\*\*\*

Dixie escuchaba atentamente la historia que su madre le contaba.

Stella había iniciado su relato desde la primera vez que viera a Berk Tarik, todo lo que sentía a su lado a pesar de ser tan joven y de saberlo comprometido con otra mujer, cómo no podía rehusarse a sus besos, los encuentros clandestinos en París y en el *chateau*, las noches juntos sabiendo que debía regresar a Londres al lado de un hombre que nunca le había demostrado amor ni la había respetado.

Dixie se sintió reflejada en muchas de las situaciones que su madre le contaba: el mismo amor juvenil por los Tarik, los encuentros a escondidas, las manos que se rozaban por debajo de la mesa.

—Ahmed fue el primer hombre en tu vida, ¿verdad? —le preguntó Stella con voz suave. Dixie asintió—. Berk fue mi primer hombre también. Y a partir de ahí fue el único que quise que me tocara.

—A mí me pasó lo mismo. Nunca me sentí realmente mujer con nadie como con Ahmed. Hubo otros hombres en mi vida, relaciones intrascendentes, pero nadie como él.

—Imagínate entonces mi tortura. Berk y Joseph han sido los únicos hombres que me han tocado. Berk, el amor de mi vida. Joseph, un hombre frío, poco demostrativo, un erudito que sólo estaba preocupado por su trabajo y las relaciones sociales políticas que podía hacer.

—¿Entonces por qué no te dejó libre?

—Porque hubiera sido un escándalo para su buen nombre. Pero no entiendo por qué aceptó dejar todo en Londres y tomar un trabajo tan insignificante en comparación a la vida que llevaba allí si yo no le importaba.

—Mamá, creo que sólo quiso castigarte —le dijo Dixie tomando su mano—. Simplemente se dedicó a destruir tu mundo interior, a

tenerte sometida y bajo su control. Y lo mismo quiso hacer conmigo.

—Perdóname, mi amor —susurró Stella, abrazándola y llorando—. Nunca pensé que tu padre pudiera llegar tan lejos de pagarle a un hombre para enamorarte, pero no pude hacer nada para impedirlo.

—Lo sé, mamá. Tú no tienes la culpa.

—Sí. Tengo la culpa de no haber luchado por mi amor y por el tuyo —confesó triste—. Pensé que a los quince años sólo tenías un enamoramiento inofensivo, sin recordar lo temprano que descubrí mi amor por Berk. La historia se repetía y yo no quería que dos familias se rompieran por culpa de ese amor clandestino.

—Yo no te hago responsable, mamá. Te perdono. Te juro que te perdono —le dijo Dixie con las lágrimas cayendo por su rostro—. No pudiste con tu amor, menos ibas a poder salvar el mío.

—Pero hubiera detenido a tu padre, su malicia, la forma en que te hacía creer que habías sido sólo un pasatiempo para Med, tus cartas rotas en la basura, tus lágrimas mirando por la ventana de tu cuarto, tus ojos siempre grises por el dolor... —se cubrió el rostro con las manos—. Perdóname, por favor.

Nuevamente se abrazaron entre lágrimas.

Dixie sanó su corazón al sentirse reflejada en el amor de su madre por Berk, un amor que había durado veinte años y seguía intacto. ¿Seguiría intacto el amor entre Ahmed y ella? ¿O ya no había forma de recomponer los pedazos que habían sobrevivido?

En el fondo de su corazón creía que no había vuelta atrás.

Ahora sólo restaba decidir si se quedaba o volvía a encerrarse en su soledad...

\*\*\*

## Dos días más tarde le dieron el alta.

Dixie, Berk y Stella se hospedaron en la casa principal, lejos de las miradas de todos y tratando de descansar.

Joseph y Dexter pasaron a despedirse antes de su regreso a Estados Unidos, pero Dixie no los quiso recibir. Sólo Stella se ocupó de atenderlos en la puerta para que no entraran y decirles que su hija

les deseaba un buen viaje. Dexter la saludó con un beso que ella devolvió con una mueca de repulsión y esperó a Joseph en el automóvil.

—¿Te sientes feliz ahora que eres la dueña y señora de esta casa? —le preguntó su ex marido con sorna.

—Me siento feliz al lado del hombre que amo —le respondió ella en el mismo tono—. Por mucho tiempo fui lo que pude, hoy soy todo lo que quiero.

—Bueno, querías conquistar al gran millonario y lo conseguiste.

—Nunca tuve esa intención, lo sabes bien. Cuando Berk y yo nos conocimos él no era millonario y yo no quería conquistarlo. Las cosas se dieron así.

—Como sea... —minimizó él—. Tú te quedaste con la mejor parte de nuestro matrimonio y yo...

—Tú te quedaste con la peor parte de mí —lo interrumpió Stella.

—Siempre te amé.

—No creo que eso haya sido amor.

Joseph se adelantó y trató de tomarle las manos. Stella se lo impidió.

—No quiero estar sin ti. Me he dado cuenta de que no quiero perderte —le confesó con tristeza—. Vuelve conmigo.

Pero ella no le creyó.

—Me rehúso a volver contigo solo porque te diste cuenta de cuánto valgo. Me rehúso a obligarme a mí misma a darte una oportunidad cuando ya desaprovechaste todas—y remarcó el final—. Y me rehúso a dejar al hombre que he amado toda la vida por un ser tan vil que jugó con mis sentimientos y los de nuestra hija en su propio beneficio y que no creo que sea capaz de amar a nadie.

Y le cerró la puerta en la cara.

Deniz, Damla y Sarket almorzaron con ellos al otro día.

Aimeé y Richard la acompañaron durante la merienda y recibió la visita de algunos de los peones, el capataz del *chateau* y Gerard, quienes le aseguraron que nada estaba funcionando sin ella.

Dixie rio y les aseguró que trataría de recuperarse lo antes posible para ir a poner orden en ese desquicio. Se fueron contentos.

Pero ella se quedó igual de triste. Ahmed no apareció.

Y así siguieron las semanas, sin una llamada, un mensaje, una visita.

—No puedo obligarlo a amarme, a creerme, a aceptar mi verdad — se dijo en voz baja y triste, acariciando con tristeza el lugar donde su hijo había estado cobijado por tan poco tiempo.

Su madre cuidó de ella. Se ocupó de ayudarla con el cabestrillo, de colocarle el hielo sugerido y darle todos los analgésicos que el doctor le había recetado, asombrándose de la velocidad de recuperación de su hija.

Mientras tanto Berk organizaba los compromisos del *chateau*. Ariadna se había marchado sin dar explicaciones y nadie sabía nada de ella. Deniz se ocupaba de la mayoría de las reservaciones pero estaba acostumbrada a la organización minuciosa de su madre, por eso Berk tomó las riendas del lugar hasta que pudo volver a mantener en orden las cosas.

Sarket también fue de gran utilidad, igual que Richard. Su hermano le cedió a sus dos mejores amigos para que trabajaran esas semanas con Deniz a fin de ponerse al día con los pagos y las reservas, los problemas del personal y demás asuntos.

Pero él no volvió a salir del club. Durmió allí, comió allí y atendió todos sus negocios desde allí.

Dixie esperó pacientemente que fuera a buscarla, pero todo tenía un límite y el de ella había llegado. En contra de las recomendaciones de su madre decidió salir a dar una vuelta por los establos y le dijo que deseaba hacerlo sola.

Le pidió ayuda para colocarse un jean azul lavado, una remera básica blanca y una camisa de mangas cortas en tono marrón oscuro que combinaba con las botas de taco bajo. Stella la peinó con una coleta alta y la acompañó hasta la camioneta asegurándole que podía manejar hacia donde deseara ir.

Dixie le dijo que no. Ella iría sola.

Como pudo manejó con una sola mano ya que aún le molestaba el hombro, primero hasta el *chateau*, donde fue recibida por todos los peones con un afectuoso abrazo. Le mostraron cómo estaban los caballos que había estado atendiendo y los progresos de acuerdo a las indicaciones que ella había dado. Le prepararon su café favorito y

Damla la acompañó feliz a ver a su potrillo, que ya estaba tan acostumbrado a la niña que venía enseguida ante el silbido que Dixie le había enseñado.

Saludó uno a uno a todos los que habían dejado sus obligaciones para darle la bienvenida y besó a su sobrina con afecto y dolor a la vez. Iba a confrontar a Ahmed y de ello dependería su estancia en Francia.

Miró a su alrededor con nostalgia y pensó que por más que amara ese lugar probablemente no continuara trabajando ahí.

Cerró los ojos, juntó valor y volvió a subirse a la camioneta.

\*\*\*

Aimeé la recibió con un abrazo cálido, sorprendida de verla allí.

—¿Está solo en su oficina?

Su amiga asintió.

Dixie caminó con paso seguro y abrió la puerta sin golpear. Ahmed se fastidió ante la intromisión inadecuada y alzó la vista de los papeles que estaba firmando para reclamar la invasión pero se chocó con la imagen de ella, fuera de todo pronóstico.

La observó en silencio, deteniéndose en su pecho que subía y bajaba delatando su nerviosismo, en sus ojos azules (su color favorito), sus caderas y sus largas piernas, las mismas que lo habían rodeado, pidiendo más.

Dixie notó su turbación al descubrir que era ella, el leve temblor en sus manos, el ámbar de su mirada, su pecho, donde siempre deseaba descansar.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te trajo?

—Vine sola.

—¿Manejando? —se extrañó tratando de no mostrarse preocupado.

—Sí.

—Si estás aquí es porque necesitas algo —aseveró poniéndose de pie lentamente, dejando entrever sus pantalones negros marcados

donde a ella le gustaba que se marcaran cuando la veía.

Sus miradas se encontraron, leyéndose.

Dixie vio una chispa dorada en los oscuros ojos del hombre. La estaba mirando exactamente como siempre lo había hecho: con total entrega. Sus ojos eran subyugantes, así que Dixie bajó la mirada al pecho de Ahmed para poder dominar sus pensamientos pecaminosos. Se le aceleró la respiración y no pudo controlar sus labios abiertos, tratando de aspirar más aire, ahogándose en su deseo de ser abrazada por él una vez más sin importar lo que antes se hubieran dicho.

Med trató de controlarse y no caminar hacia ella. Le quitaba el dominio sobre sí mismo, lo hacía dudar. Lo único que sabía con certeza era que la visión de esos labios lo tentaba como ninguna otra cosa lo había tentado jamás.

Echó un vistazo a la pared que se alzaba tras ella e imaginó lo que sentiría al apoyarla allí mientras la penetraba fuerte, rápida y salvajemente. Habría jurado que podía sentirse ya dentro de ella.

—Creo que tenemos que hablar —lo interrumpió ella, haciéndolo volver a la realidad de manera brusca.

Ahmed se ajustó la chaqueta tratando de que ella no notara la incipiente erección que había provocado.

—¿De qué?

—De nosotros —respondió ella con fastidio—. De todo lo que habíamos planeado juntos, de todo lo que nos dijimos camino al hospital...

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que me diera cuenta de lo irresponsable de tus actos —le reprochó con rabia—. Te dije que no quería que montaras a ese caballo, que desconfiaba de su comportamiento, pero te empecinaste.

—Deja de culparlo —lo defendió Dixie—. Te dije y lo sostengo: algo le sucedió porque nunca me hubiera arrastrado a una carrera como esa si...

—Basta —le gritó él—. La culpa de todo la tuviste tú. Tú elegiste seguir montándolo. Tú mantuviste tu ritmo de trabajo a pesar de tu estado. Tú te negaste a suspender tus prácticas de salto cuando ponías en riesgo tanto.

—¿No escuchaste al doctor decir que seguro que aún no había notado mi embarazo? Y fue exactamente así porque no cambió ninguna de mis rutinas, no me sentí asqueada ni mareada ni tuve más sueño... ¡Nada! —le gritó ella también, con lágrimas en los ojos, que trataba de contener—. ¿Acaso crees que pondría en riesgo la vida de mi hijo con una imprudencia como esa?

—¡Nuestro hijo! —exclamó él en tono posesivo. Aimeé se sorprendió al escucharlo desde su escritorio y la asustó el tono de su voz. Llamó a Richard por el intercomunicador para pedirle que fuera—. Le arrebataste la vida a nuestro hijo, un ser inocente, lo más puro que...

—¿Y piensas que lo hice a propósito? ¿Me crees capaz de algo así? —se asombró Dixie, abriendo los ojos en forma desorbitada.

—Te creo irresponsable y arrebatada, impulsiva y negligente con tal de herirme. ¡Con tal de no perderte un salto, una cabalgata...!

—¡Vete a la mierda! —le gritó con todas sus fuerzas, aferrada al respaldo de uno de los sillones, el rostro bañando en lágrimas—. ¿Cómo puedes lastimarme tanto? ¿Acaso no me conoces lo suficiente? Un bebé hubiera sido...

—Un error —completó él, lapidario.

Y la frase la dejó muerta.

Sin palabras.

Sin forma de recuperarse.

Vacía.

Esa frase era la respuesta que necesitaba para tomar una decisión.

—Después de estos días de llorar por tu ausencia, he pensado que no sería tan mala idea seguir sin ti y continuar con lo que paré por venir a aquí. Así que me marchó. Vuelvo a Boston.

El impacto de sus palabras descolocó a Ahmed.

Un cachetazo a la seguridad que sentía.

Se marchaba.

Zas...

Eso era un adiós.

—¿Cómo que te vas? ¿Por qué? —atinó a murmurar.

—Me urge comenzar de nuevo, sin ti, sin insomnios mencionando tu nombre —respondió ella con frialdad, tratando de ocultar el dolor

que la desgarraba—. Ya no tengo nada que hacer aquí. Desde que llegué toda ha sido una vorágine imparable. Creo que solo provoqué un temblor en tu estructura autoritaria.

—¿De qué hablas? —Med sólo podía articular frases cortas. Ella estaba diciendo que se marchaba...

—Tenías tu vida perfectamente armada y yo traje desequilibrio.

—¡Cuánto crédito te otorgas! —exclamó irónico, tratando de recuperarse del impacto de saber que se iba.

Dixie bajó la vista buscando fuerzas para alejarse.

—Ojalá que ella te haga feliz. Yo ya me cansé. Ahora quiero ser un poquito como tú, dejar de hablar, irme sin importarme nada, lastimarte y no sentir culpa —le remarcó con rabia.

—Si te vas, llévate todo, nuestra historia, nuestros momentos y el amor que aún siento por ti —le dijo Ahmed dolido, con desesperación—. Llévate este amor, no me servirá sin ti.

—Quédate tú con todo lo que nos dimos, te lo regalo —se enojó ella—. Menos los te amo que me decías, esos tíralos, me di cuenta que eran falsos. No puedes amarme y herirme tanto al mismo tiempo.

—Tú tampoco me amas de verdad —le reprochó Med—. Cuando quieres de verdad, no te cansas de intentar, no te rindes. No te vas —sacudió la cabeza tratando de que las lágrimas que sentía en sus ojos, no cayeran.

—Me voy porque siento que no hay retorno —aclaró ella intentando mantenerse incólume.

Y él no pudo contener su dolor.

—Dime cómo debo hacer para olvidarte y borrar tus besos para siempre de mí... —suplicó en voz baja.

—Todavía no sé cómo llenaré los huecos sin ti, no me pidas fórmulas mágicas —lloró ella—. No me he puesto a pensar en el después de este adiós, solo sé que me harás falta, mucha falta. Pero no podemos seguir juntos si no me crees cuando te digo que no sabía que estaba embarazada, si me tildas de irresponsable al punto de preferir saltar a caballo antes que la vida de nuestro hijo.

Los sollozos la destrozaron aunque intentó mantenerse fuerte. Él no dio ningún paso hacia ella para abrazarla.

Estaba anclado en el espacio que lo contenía, detrás de su



escritorio, manteniéndose fuera del alcance de sus manos, de esa boca que deseaba absorber y hacerla desaparecer entre la suya. Pero el miedo lo tenía petrificado.

Dixie le estaba diciendo que se iba.

—Si quieres irte no seré yo quien te detenga —le dijo Med casi sin voz.

—Bien. Pero cuando llores por nuestra despedida, recuerda que me dejaste ir —le remarcó ella con dolor, limpiándose la cara con el dorso de su mano libre, sin poder evitar que las lágrimas siguieran cayendo.

—Dejarte ir también es amarte —le aclaró él.

—Entonces no hay nada más que decir.

Dixie arrojó las llaves de la camioneta sobre el escritorio de él. Y dio la vuelta, marchándose.

Ahmed quedó devastado, sin poder articular nada más. Cayó en su sillón casi sin notarlo, agarrándose la cabeza con las manos. ¡Dixie se iba!

En ese momento se permitió llorar. Lloró de impotencia, de rabia, de dolor, de temor a su ausencia.

Su vida acababa de vaciarse, una vez más. Se sentía como aquel joven que había corrido detrás del automóvil que se llevaba al amor de su vida.

Aimeé lo miró desde la puerta, llorando también en silencio. Richard había ido detrás de Dixie, quién había salido con prisa pero sin destino claro, en una carrera alocada y ciega por alejarse lo más que pudiera de Ahmed.

Cualquiera hubiera esperado que el hombre reaccionara violentamente, arrojara cosas contra la pared. Tal era su carácter explosivo y temperamental. Nadie hubiera imaginado el llanto desolado que lo agitaba, los codos apoyados en el escritorio, la cabeza hundida en sus brazos.

Era la imagen total de la desolación.

Sentía que no habría forma de recomponerse de esa estocada.

No tendría vida sin ella.

No sería nadie.

No iba a recuperarse nunca más.

## Capítulo 14

**E**l anuncio de que Dixie se marchaba fue una revolución para todos.

Aimeé llamó a Deniz de inmediato, en cuanto se dio cuenta de que no podía manejar el estado de ánimo de Ahmed. A su vez, ésta le avisó a Sarket quien rápidamente se dirigió hacia el club para estar al lado de su mejor amigo.

Richard llevó a Dixie hasta la casa principal en absoluto silencio. Sólo la escuchaba llorar en un tono bajo, apenas audible. No le dijo nada. No sabía qué decir y la joven no le dio pie para pedirle siquiera que lo reconsiderara.

Se bajó con prisa ni bien estacionó, dándole un «gracias» y sin esperar ninguna respuesta, entró.

Deniz se comunicó con su padre quien puso en alerta a Stella de que su hija estaba en camino en un estado que Aimeé había descrito como «desconsolado». Y por eso fue ella la que la recibió en la entrada y la abrazó, guiándola hacia la biblioteca, donde tomaron asiento juntas en el largo sillón.

—Cuéntame qué sucedió.

—Le dije que me iba y no le importó —lloró Dixie, logrando dejar fluir sus sentimientos con libertad.

—Vamos, Dix, no creo que Med quiera que te marches —la calmó su madre—. Tal vez esté confundido con algunas cosas que sucedieron, pero todos sabemos lo mucho que te ama.

—Se ve que no es suficiente porque no me detuvo. Es más, me dijo que amarme también era dejarme ir.

Stella sacudió la cabeza pensando que tenía mucho que charlar con ese hombre y él tenía mucho que aprender de su padre.

—No te vayas, te vas a arrepentir, hija.

—Puede ser... pero es mi decisión. Esta vez decido yo —le dijo con firmeza, limpiándose los ojos llovidos—. Yo elijo irme por mi salud mental. Él no me ama como yo creía, soy solo un capricho.

—¿Tú crees que si no te amara podría...?

—¿Tú crees que si en verdad me amara podría haberme dicho las cosas horribles que me dijo? —la interrumpió ella. Se puso de pie, nerviosa—. Tengo que aceptar que lo mejor es alejarme de este sitio y de Ahmed de una vez y para siempre. Cada uno tiene que seguir su camino.

—Entonces eres tú la que no lo ama lo suficiente —sentenció Stella mirándola ir y venir por la habitación, alterada.

—¡Lo amo demasiado! —exclamó ella con rabia—. No merece que lo ame tanto. ¡No sabe hasta dónde llega mi amor! Pero MI amor, no el suyo.

—Está asustado —lo defendió Stella.

—No digas tonterías —rio Dixie con ironía—. Está enojado conmigo, como siempre. Me ama o me odia, sin términos medios.

—No podría odiarte aunque pusiera todas sus fuerzas en ello.

—Lo dudo —se fastidió la joven, mirando por la ventana—. Dudo hasta de que alguna vez me haya amado. Quiso desquitarse una y otra vez y yo se lo permití. Una y otra vez lo dejé entrar en mi corazón y siempre volvió a destrozarlo —hizo una pausa donde desvió con la mano la lágrima que caía por su mejilla—. No confía en mí. No me cree cuando le digo que no sabía que estaba embarazada cuando caí del caballo. ¡Mira si iba a montar sabiendo que esperaba un hijo suyo!

Stella se puso de pie, nerviosa. Dixie había olvidado que su madre no sabía nada. Tampoco Berk.

—¿Un hi - jo? —indagó tartamudeando—. No me dijiste que esperabas un bebé. Y menos que fuera de Ahmed.

Dixie revoleó los ojos con fastidio.

—¿Tú también vas a dudar de quién es el padre? ¿Me preguntarás lo mismo que él? ¿Que tal vez ese niño fue producto de los festejos de despedida con Dexter? —la encaró, dolida.

—No, no te iba a preguntar eso pero imagino que es aceptable que Med haya tenido algunas dudas —se apresuró a seguir hablando ante

la mirada de su hija—. Quiero decir, tu primo sabe que vives con otro hombre en Boston. ¿No crees que es lógico que piense que Dexter y tú tienen una relación sexual plena? Digo... ¿no la tienen? Porque nunca hablamos de eso.

—No, mamá, no la tenemos —respondió ella con brusquedad—. Hace meses que no tengo sexo con Dexter, simplemente porque no despierta nada en mí. Y ahora vas a preguntarme para qué seguía con él. Comodidad, lisa y llanamente comodidad. Fíjate que entre nosotros dos el tema del sexo nunca fue gran cosa —aclaró con rabia. Y volvió a mirar por la ventana, la vista perdida en el jardín—. Nunca fue gran cosa con nadie. Sólo con Med.

—Hija, tranquilízate y ven a sentarte a mi lado —le dijo acariciando el sillón. Ella le hizo caso, hastiada—. ¿Qué te dijo el médico con respecto a la pérdida del bebé? No sabes cuánto lo siento.

Stella la abrazó, pero Dixie continuaba laxa, en otro plano.

—Dijo que todo iba a estar bien en un par de meses, que no habría secuelas porque eran muy pocos días. Dijo que con seguridad yo ni siquiera lo había notado. Pero Ahmed no lo creyó así. Me acusó de irresponsable y caprichosa, de preferir saltar a caballo que cuidar la vida de nuestro hijo —y las lágrimas volvieron a caer por su rostro—. Y eso fue la gota que colmó el vaso. No se lo voy a perdonar.

—Sabes que actuar así fue sólo un mecanismo de defensa —lo excusó Stella, tratando de hacerle entender que los dos tenían algo de razón.

—No me importa —terca, angustiada—, como a él tampoco le importó que le dijera que me iba.

—Lo dudo, Dix. En este momento debe estar devastado.

—¡Entonces ve a consolarlo a él! —le gritó poniéndose otra vez de pie—. Deja de justificarlo, por Dios... ¡Eres mi madre! Deberías estar frente a él reclamándole, en lugar de querer buscar excusas a su forma de actuar.

—No son excusas, mi amor, sino que estás cegada y a veces uno no ve claramente lo que sucede cuando está empeinado en algo —se defendió Stella intentando tomarla de la mano. Pero Dixie se negó.

—No lo conoces, mamá. No le importo en lo más mínimo. Nada de mí le ha importado nunca. Nunca fue por mí, nunca quiso buscarme a

pesar del «gran amor» que dice tenerme —volvió a gritar ella—. Me ha reprochado mi ausencia como si la suya no me hubiera afectado también.

—Creí que la violenta discusión del otro día con Ariadna había servido para que ambos se dieran cuenta de que fueron engañados, convertidos en rehenes nuestros, y me incluyo en eso, con todo el dolor del mundo —le explicó su madre—. Pensé que habían entendido que las cartas nunca llegaron porque nunca fueron enviadas y la que recibiste de él fue obra de su madre. Tanto Berk como yo callamos nuestra disconformidad tal vez porque nos sentíamos los únicos responsables de la debacle de nuestros matrimonios.

—No hubo cartas pero podía haber ido por mí.

—¿A dónde?

—Pudo averiguarlo.

—¿Con su madre taladrando su conciencia? ¿Con la idea de que eras perversa y calculadora como yo? ¡Vamos, Dixie! No puedes seguir aferrándote a lo que pudo haber sido y no fue —le reclamó Stella—. No tiene sentido ni es sano.

—Lo que no tiene sentido es que yo me quede aquí —mantuvo ella—. No tengo un lugar en su vida ni puedo soportar su indiferencia o sus ataques o su arrepentimiento que me vuelve a llenar de esperanza para luego dejarme por el suelo. ¡Que se case con Cloé y sea feliz!

—Y tú vuelves a luchar con la soledad. Porque te recuerdo que le exigiste a Dexter que se fuera del departamento, así que ni siquiera te queda esa «comodidad» —manifestó la mujer en tono irónico—. Vuelves a quedarte sola.

—Como siempre he estado.

—Como eliges estar.

—No insistas, mamá —se fastidió ella y se sentó nuevamente a su lado—. Berk y tú tienen que disfrutar de la maravillosa relación que los une y volver a París juntos, como hace tanto tiempo que no hacen.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Porque es una luna de miel para ustedes y para mí sería de hiel —le dijo haciendo una mueca—. Yo vuelvo a mis cosas, a mi trabajo, mi clínica, la Universidad. Vuelvo a rodearme de lo que me hace sentir contenida, a mi hogar.

—¿Y tu tesis?

—Tendrá que esperar. En este momento no puedo con todo, mamá  
—respondió volviendo a sentir las lágrimas en los ojos.

—¿Por qué eliges sufrir?

—Porque se ve que es lo que me sale mejor.

Y se dejó abrazar por su madre, estallando en llanto.

Stella levantó la vista y vio a Berk apoyado en el marco de la puerta, testigo silencioso de esa charla. Descubrió el mismo dolor que tenía ella en sus ojos al saber del nieto que no iba a venir.

La historia volvía a repetir una separación dolorosa.

¿No tenían que estar juntos?

¿No tenían que alejarse?

No tenían paz...

\*\*\*

Ahmed y Sarket bebían una copa en el bar del club. Habían elegido ese lugar porque era lo suficientemente concurrido como para no hacer escenas y relajarse.

—¿Qué sucedió? —le preguntó su amigo cuando el camarero colocó sus bebidas en la mesa y se alejó.

—Se marcha.

—¿Te dijo por qué?

—Dijo que tenía que seguir con su vida —respondió en forma escueta, haciendo girar los hielos en su vaso de whisky.

—¿Así? ¿De repente?

Ahmed alzó los hombros, sin querer hablar, sintiendo un nudo imposible de digerir en su garganta.

—¿Por qué no la detuviste? ¿Le dijiste que la amas más que a tu vida?

—No la detuve porque... —Med hizo silencio—, porque no sé cómo hacerlo, no sé cómo abrir mi corazón. Estoy tan herido, con tantas dudas...

—Pero en la clínica le dijiste a ese imbécil que decía ser su esposo que ella iba a quedarse contigo, que no la dejarías volver a Boston. Y ahora, imírate! —le reprochó Sarket—. No haces nada por demostrarle lo importante que es en tu vida.

—Si ella prefiere irse será porque no me ama como dice amarme —se defendió Ahmed mirando por la ventana.

—¡Estupideces! —le reclamó su amigo—. ¿Vas a dejarla escapar? ¿Vas a encerrarte de nuevo en ti mismo, sufriendo su ausencia, perdiendo la sonrisa que habías recuperado, el amor que te hace sentir pleno? Despiértate, Dixie es la clase de mujer que de verdad te quita las ganas de estar con alguien más. La mujer perfecta para ti, la que miras y comprendes la suerte que has tenido de encontrarla.

Med arrancó con dolor la lágrima que le caía por la mejilla.

La intempestiva Deniz se sentó a la mesa, agitada por la carrera que había jugado para estar con su hermano.

—¿Qué pasó?

Sarket la miró, haciéndole un gesto de que se fuera. Ella lo ignoró.

—Med, te estoy hablando.

—Amor, tu hermano y yo... —empezó Sarket armándose de paciencia.

—No me interesa, mi vida —lo interrumpió ella con una sonrisa irónica—. Quiero escuchar de boca de este energúmeno qué fue lo que hizo para que Dixie haya tomado esa decisión.

—Le dije que era la culpable de la pérdida de nuestro hijo, que no había tomado las medidas necesarias porque era una inconsciente que sólo le importaba montar y saltar y... —Ahmed se interrumpió, sin palabras.

—¡Y la enredaste como nunca! —exclamó ella en tono alto—. ¿Cómo puedes lastimarla de esa manera sin importarte el dolor que ella está sintiendo al saber que su hijo no...? —se interrumpió Deniz con lágrimas en los ojos—. Eres cruel, lo sabes, ¿no? ¡Eres jodidamente cruel!

—Niz... —trató de mediar Sarket.

—¡Niz una mierda! —lo frenó ella con rabia y volvió a mirar a su hermano—. Nunca vas a poder quitarla de tu corazón, igual que hace veinte años atrás. Pero esta vez será tu culpa. Morirás sin saber qué

está haciendo, quién se acostará a su lado, a quién dedicará sus sonrisas —le advirtió mirándolo a los ojos—. Te acordarás de ella cuando ya no te quede nadie, cuando estés solo, cuando te des cuenta que, a pesar de todo, ella estaba ahí, a un paso, amándote con toda el alma. Entonces será demasiado tarde. No habrá retorno. No quedará en ti ni un ápice de humanidad.

Y se marchó, dejando a los dos hombres en absoluto silencio.

—¿Cómo haces para sobrevivir a ella? —murmuró Med, aún dolido por las palabras de su hermana.

—Es la mujer de mi vida —le respondió Sarket con una sonrisa—. Pasa sobre mí como un huracán, no me da tregua, siempre tiene la última palabra. Pero también me colma, me hace dar gracias a la vida, me complementa —hizo silencio para elegir bien sus palabras—. Creí que sentías lo mismo por Dixie.

—Yo también lo creí —susurró Ahmed—. Se ve que estaba equivocado. Tengo tantas dudas que no puedo ver el camino. Me juró que con ese hombre no pasaba nada, que era una relación fría, pero si hubieras visto la forma en que él entró en la habitación... preocupado, besándola... Agggg... ¡Todo en ella sabe a mentira! No sé si son las palabras de mi madre que aún revolotean en mi cabeza o mi miedo a darme cuenta de que me dejé embaucar por veinte años.

—No sé, pero de lo que sí estoy seguro es que desde ahora será como el amor de tu vida, pero en la vida de alguien más —satirizó Sarket con una mueca. No quería resignarse—. ¿Por qué le reclamas tanto? ¿Qué es lo que te vuelve tan ciego?

—Ella montó a ese endemoniado caballo, a pesar de que le dije que no lo hiciera, que no era confiable —dijo con rabia entre dientes—. Hasta el último momento lo ha defendido, lo ha exonerado de toda culpa cuando fue el que la arrojó a una carrera desbocada y terminó lanzándola por los aires. ¡No entiendo por qué defiende tanto a ese maldito animal!

Por su tono, algunas de las mesas se dieron vuelta a mirarlo. Todos los sabían temperamental, pero no tan fuera de control.

—Dixie fue quien trabajó a toda hora con él, debe conocerlo mejor que tú, ¿no crees? —indagó Sarket.

—No, no lo creo —respondió Ahmed con violencia—. Lo que creo es



que, para variar, ella decidió hacer lo contrario de lo que indiqué. Es desafiante, irresponsable y le gusta llevarme la contraria. ¡Y ahí tienes las consecuencias! La vida de mi hijo se perdió, ella está herida y yo... —hizo una pausa sin saber qué decir.

—Tú estás a punto de tirar tu felicidad por el retrete —completó Sarket con total sinceridad—. Tú te niegas a ser feliz, a sentirte pleno, a desear volver a tu casa porque sabes que en ella encontrarás a la mujer que te ama más que a sí misma. Estuviste a punto de ser feliz, pero te salvaste. Quizás hasta se lo agradezcas —ironizó su mejor amigo confundido ante la actitud del hombre.

—Sólo de mí depende el querer ser feliz.

—Por eso... no quieres.

—Sark, no sé por qué te empeñas en encontrar una respuesta en mí. Dixie decidió irse a Boston, yo no la eché.

—Tampoco le pediste que se quedara.

—Porque uno no puede ir por la vida enamorándose de quien no puede echar raíces a su lado, es doloroso abrir los brazos para dejarla partir, pero no puedo obligarla a que se quede. Dice que allá está su mundo... Bueno, que vuelva a su patético mundo y sea feliz —sentenció con rabia—. Y así como se va de mi vida, ojalá se vaya también de mi mente. Tal vez no pueda olvidarla, pero sí recordarla sin que me duela —murmuró volviendo a perderse en los hielos que poco a poco iban desapareciendo.

—¿Podrás superar su recuerdo?

—Ojalá... Ojalá algún día lo único que recuerde sea lo bonito que fue tenerla en mi vida, por ahora es más fuerte el mal sabor de verla salir de ella —De repente, se puso de pie—. Tengo trabajo atrasado.

Y se marchó. Sarket frunció el ceño y se recostó en el respaldo de su silla.

Situación de mierda.

Necedad de mierda.

Mierda, mil veces mierda, una vez más...

\*\*\*

Abrir las maletas para volver a guardar sus pertenencias fue un acto que dolió mucho más de lo esperado. Cada cierre descorrido fue una rasgadura a su corazón.

Por un momento se había hecho a la idea de que nunca más iba a irse de ese verde esmeralda, de esa vida sosegada, de esas personas que la habían acogido con tanto cariño, de esos brazos masculinos que de nuevo la habían transportado al amor de los quince años con la madurez de ahora.

Pero no.

Había sido un sueño.

Dobló como pudo y casi mecánicamente las prendas que había llevado para esa aventura que le había durado bastante poco y acomodó cada cosa en el lugar que debía estar, doblada pulcramente, ocupando espacios.

Cuando tuvo la mayoría de sus cosas guardadas, tomó su computadora personal y buscó el vuelo que la sacara cuanto antes de esa desdicha: a las 7 am estaría sentada en el avión que iba a despegar de nuevo a su realidad.

Cuanto antes, mejor.

Cuando cerró el navegador se encontró con el fondo de pantalla que había cambiado pocos días atrás, una foto que le habían hecho llegar del momento en que ella y su prima, acompañadas por Ahmed y Sarket dentro de las cubas, bailaban la sensual danza de la cosecha.

Sus ojos volvieron a inundarse y cerró la laptop. Tenía mucho por hacer antes de irse.

De pie, colocando una a una sus pertenencias en el bolso de mano, la encontró Deniz cuando entró como un trompo en la habitación.

—Dime que le dijiste que te ibas para hacer entrar en razón a mi hermano, el cabeza dura troglodita.

Dixie le señaló su equipaje.

—Ya saqué el pasaje y me voy mañana por la tarde.

—¡Me quiero morir! —exclamó dejándose caer en uno de los pequeños sillones con lágrimas en los ojos.

Dixie se acuclilló a su lado, apoyando su cabeza en las rodillas de su prima.

—Niz, no me queda otra opción.

—Sí, está la opción de quedarte —la confrontó—. Dix, Med está abatido, desolado... parece un fantasma. Acabo de verlo en el club, te lo juro —le confesó obligándola a mirarla—. Él siente que...

—Siente que puede vivir sin mí —la interrumpió Dixie—. No me dijo que me quedara. No puso objeciones, no me detuvo.

—Creo que aún no lo puede digerir —lo defendió Deniz—. Está pasmado. No logra reaccionar.

Dixie se puso de pie.

—Desde que llegué no ha hecho más que hostigarme, culparme de su dolor, criticar mi vida, mi pasado, mi presente, mis actos, mis decisiones —respiró agitada—. Chasquea los dedos y salta. Se acuesta con su prometida pero me mensaja diciendo que quiere estar conmigo. Y lo que es peor: ¡YO VOY! Yo corro, lo acepto, me delego, me sepulto en el quinto infierno y voy contra todos mis principios y mi propia moral... porque lo amo con desesperación. Lo amo como debería amarme a mí —hizo una pausa con lágrimas en los ojos—. Pero él sostiene que soy una caprichosa, una descuidada, que arriesgué la vida de nuestro hijo por inconsciente. ¡Mi hijo!

Y las fuerzas desaparecieron, haciéndola caer de rodillas y estallar en llanto. Deniz la abrazó en esa posición, la cobijó en sus brazos, consolándola, acariciando su cabello, sin poder dejar de llorar tampoco, sumida en el mismo dolor.

—No puedo perdonarlo, Niz. El perdón llega cuando los recuerdos ya no duelen. Y ahora es tanto el dolor que no me queda otra que poner distancia entre los dos... una distancia que a él aparentemente no le afecta como a mí —hipó Dixie—. No puedo permitirle que me cause más dolor. ¡Perdí a mi bebé! Y el culpa al caballo, a mi caída, a mi capricho... No me pregunta cómo me siento, no tiene en cuenta mis sentimientos, mi propia pérdida —lloró cubriéndose el vientre vacío con los brazos, en soledad—. Yo también estoy devastada, sin reacción... muerta.

—Tienes razón, mi vida. Lloro todo lo que tengas que llorar, pero perdónalo. No sabe cómo manejar tanto dolor. Y tú tampoco.

Y ambas se abandonaron al llanto...

\*\*\*

Cuando Berk y Stella llegaron al club, Med estaba en su oficina, sentado en su sillón, mirando por el gran ventanal.

La pareja lo observó en silencio, compartiendo el dolor del hombre. Cuando él notó su presencia, giró el sillón...

—Papá... ¡Qué raro por aquí! ¿Necesitas algo?

—Saber por qué no me dijiste que Dixie estaba esperando un hijo tuyo —directo, sin anestesia.

Ahmed no quiso ser grosero ni decir que tenía dudas con respecto a la paternidad porque estaba frente a la madre de Dixie. Así que trató de ser lo más escueto posible en su respuesta.

—Disculpa. En ese momento no era un dato importante.

—¿No lo era porque creíste que tú no eras el padre? —lo apuró Stella sin poder contenerse pero manteniendo la calma.

Med meditó lo que iba a decir. Les hizo señas de que tomaran asiento, lo cual hicieron.

—Stella, no quiero que te sientas dolida por lo que voy a decir, pero la verdad es que tuve y tengo algunas dudas, es cierto —contestó con sinceridad—. No puedo dejar de lado el hecho de que tu hija vive con alguien en Boston.

—Vivía —lo corrigió ella—. Le dijo a Dexter que dejara el departamento cuando se enteró de que Joseph le había pagado en un principio para que la enamorara y ella se olvidara de ti.

Ahmed entrecerró los ojos con rabia. La mujer prosiguió.

—De todas formas ella iba a separarse de él tarde o temprano porque nunca lo amó y eso me consta.

—Como sea, mis primeros reproches tuvieron que ver con la duda, lo reconozco —aceptó Ahmed bajando la vista—. Y luego... bueno... hubo algunos otros reclamos que no vienen al caso.

—¿Vas a dejar que se marche? —indagó su padre.

—Ella es dueña de hacer lo que quiera —contestó sin contestar.

—No piensas retenerla —aseveró la mujer sin poder creer que la dejara escapar como agua entre los dedos.

—Dixie y yo somos adultos, dueños de nuestros actos —comentó Ahmed mientras acomodaba algunos papeles—. Cada uno tiene responsabilidades que cumplir y las decisiones que tomemos...

—¿No vas tras ella por el acuerdo que tienes con Carl? —lo interrumpió su padre, haciendo referencia al padre de Cloé.

—Papá, no quiero parecer grosero pero de mis asuntos personales me ocupo yo. Sabes que el revés financiero podrá golpearme pero no hacerme caer. No nos llevará a la ruina, pero tampoco me importaría si estuviera seguro de que es la mujer que quiero a mi lado —le respondió Ahmed, mirándolo a los ojos. Se hizo silencio.

Fue terminante.

—Que la vida te otorgue la posibilidad de perdonarte cuando te des cuenta de tu gran error —le deseó Stella.

—Me alegra verlos juntos, me pone feliz. Stella, sé que mi padre ha esperado muchos años poder compartir su vida contigo así que merecen esta segunda oportunidad —les dijo con total honestidad y una leve sonrisa en los labios.

—¿Mi hija y tú no la merecen?

La pregunta quedó flotando en el aire.

La voz de Aimeé anunciándole una llamada internacional puso fin al engorroso momento. Berk y Stella se pusieron de pie, dolidos.

—Ven a cenar a casa esta noche, hijo —le pidió su padre.

—Me estás pidiendo demasiado —redobló Med con la mano sobre el teléfono—. Pero bueno, está bien. Los veo esta noche.

La pareja salió de la oficina mientras escuchaba al hombre hablando en inglés con uno de los proveedores.

Berk tomó la mano de Stella y la besó.

—Aún existe una posibilidad —le dijo mientras se alejaban abrazados.

\*\*\*

Sólo ella sabía que ese era su último día allí. Bueno, lo sabía también Deniz, pero con una diferencia de hora que en realidad tampoco la hacía conocedora de toda la verdad.

Teniendo en cuenta eso, decidió iniciar su despedida sin despedirse, sin que los otros supieran que no volverían a verla, que esa sonrisa que hoy les daba era la última.

Pasó por el *chateau* y conversó animadamente con los empleados de la cafetería, aquellos que día a día la mimaban con el café perfecto, los dulces más sabrosos y una sonrisa permanente.

Luego estuvo un buen rato en los establos con los peones, interiorizándose de sus vidas, recomendando tratamientos, revisando como podía algunos de los caballos, riendo con el capataz que tan cariñosamente la había tratado. En cuanto se encontró sola en la que hasta ese momento había sido su oficina, dejó sobre el escritorio los informes que había terminado para dejar los asuntos en orden, una carta de agradecimiento a Gerard, las llaves de todos los lugares que tenía en su poder y una carta para Sarket.

Sarket. Él era la persona que más le dolía no poder abrazar como despedida porque sabía que ese día estaría en los viñedos hasta muy tarde.

Caminó con Damla por el campo, visitaron a su potrillo y la niña le confesó que le gustaba Johnny Dez, el campeón juvenil de salto que a veces entrenaba con ella, pidiéndole consejos para que el joven la viera bonita a pesar de su corta edad. Dixie se entristeció al saber que no vería crecer a esa niña hermosa que le había robado el corazón, no sería cómplice de sus males de amor ni estaría a su lado disfrutando sus logros, porque estaba segura de llegaría muy lejos en las pistas de salto.

Almorzó con Richard y Aimeé, maravillándose de lo bien que se complementaban y lo felices que eran al haberse descubierto el uno al otro. La notaron triste pero no quisieron hacer ningún comentario. Cuando estaban por el postre se les unió Gerard, contento de tenerla por allí tan pronto, comentándole los nuevos avances en los

laboratorios, los próximos nacimientos, las inseminaciones que habían dado resultado y las inquietudes a la espera de las cruas que estaban monitoreando.

Dixie se mostró cortés e interesada, tratando de no demostrar la nostalgia que comenzaba a embargarla al saber que ese hermoso mundo al que se había acostumbrado se desmoronaba con la misma facilidad que un castillo de naipes con el viento.

Esa noche cenaría con su madre y Berk. Ellos tampoco sabían que se marchaba en la madrugada, no había tenido el coraje de enfrentarlos porque sabía que no podrían mantener en silencio su partida. Y porque los veía tan bien juntos que no deseaba empeñar su felicidad, ni atragantarse con el llanto, ni despedirse.

Todo iba a ser repentino, de un tirón. Era la única manera de quitarse del corazón la pena.

¿Se quitaría la pena alguna vez?

Levantó la vista y miró el paisaje que se apreciaba desde el ventanal. Pensó que había lugares como ese, a los que uno regresa solo para decirles adiós.

Era un lugar magnífico.

Su lugar en el mundo.

Su redención.

Ahora, su tristeza.

Sonrió ante un comentario de Gerard sin siquiera haber oído las palabras del veterinario francés.

Ella tenía una sonrisa enorme... del mismo tamaño que su tristeza. No podía dejar de dolerle la decisión que había tomado, pero más le dolería ver a Ahmed día a día y saberlo de otra, en otros brazos, con la sospecha en los ojos.

Se despidió de cada uno con un abrazo.

No sabían que se marchaba.

Les ahorraría el dolor...

\*\*\*

La cena había comenzado. Stella y Berk trataban de

darle conversación, pero Dixie no estaba comunicativa. No abría la boca más que para decir monosílabos ni acotaba nada.

Le hablaron de su próximo viaje a París y de los lugares que iban a visitar juntos y la joven se alegró de que tuvieran tantas metas. Sintió sonar su celular en la biblioteca donde había estado un rato leyendo y se disculpó para atender la llamada.

En ese momento llegó Ahmed, arrojó sus llaves sobre la mesa de entrada y caminó directamente hacia el salón comedor donde sabía que lo estarían esperando.

Mientras tanto, en la biblioteca, Dixie hablaba con Sonia en voz baja, arreglando con su amiga para que fuera por ella al aeropuerto, escuchando en silencio las quejas por esa intempestiva huida y cerrando los ojos por no poder contestarle nada por temor a ser oída por su madre. Sonia terminó aceptando el pedido, como siempre hacía, pero se descargó tratando de hacerla cambiar de opinión.

Dixie cortó la llamada y regresó a la mesa, para encontrarse de frente con la única persona de la cual aún no se había despedido. De la única que sabía que nunca se iba a poder despedir.

Admiró sus jeans descoloridos, sus borcegos negros, la remera informal y la campera de cuero también negra que rápidamente se quitó antes de sentarse. No sabía si era triquiñuela de la nueva parejita o invasión masculina, pero en seguida colocaron un plato para él en la mesa, justo frente a ella.

Ahmed la observó sostener la corta falda del etéreo vestido de gasa en tonos marrones, ocres y verdes, con esos diminutos breteles que le hacían desear arrancarlos para quitarle la prenda por la cabeza. Las botas marrones bajas la hacían parecer más pequeña, el cabello ondulado, la fragancia de su perfume.

Bajó la vista para no volver a encandilarse.

—No sabía que había invitados a la cena —dejó deslizar Dixie volviendo a colocar la servilleta en su falda.

—Esta es mi casa, yo no soy un invitado —retrucó Med con desgano—. En todo caso, la invitada eres tú.

—Por poco tiempo, no te preocupes —le echó ella en cara.



—Med, ¿pudiste cerrar el negocio con los ingleses? —interrumpió Berk la pequeña batalla que se avecinaba.

—Estamos en la recta final —le respondió mientras cenaba.

—Recuerda que es probable que tengamos que viajar en unos días para firmar nuevos acuerdos —le comentó el hombre.

—Sí, lo sé y estoy preparando todo.

—¿Otro viaje de negocios? ¿U otra luna de miel? —indagó Dixie bebiendo una copa de su vino, una de las nuevas delicias de la bodega de los Tarik.

—No tengo por qué darte explicaciones acerca de mis viajes ni si voy o no con Cloé —arremetió Med con rabia.

—Le hablaba a mi madre y al tío Berk —le aclaró ella con una sonrisa—. Digo... primero París, luego la hermosa Inglaterra.

Ahmed la miró, molesto. Punto para ella.

—No lo sé —se apresuró a decir su madre—. No sabía que había un viaje a Inglaterra, pensé que nos quedaríamos un tiempo en Francia.

—No te preocupes, amor —le aclaró Berk colocando su mano sobre la de ella—. Será un viaje relámpago con mi hijo y luego seguiremos disfrutando de nuestra ciudad preferida. A menos que quieras acompañarme...

—No —se apresuró a decir Stella—. Londres no es una ciudad que me traiga buenos recuerdos, prefiero esperarte en París.

Berk le sonrió.

—Como tú lo decidas —y miró a Dixie—. ¿Por qué no vienes con nosotros y te quedas en París con tu madre esos días para que no se sienta sola?

—Agradezco la invitación, pero tengo mucho trabajo atrasado en Boston —declinó sin dejar de sonreírle—. Cuando les avisé que regresaba tan pronto reconocieron que mi cátedra en la universidad era un caos sin mí.

Med no levantó la vista del plato. La puñalada en medio del pecho no lo dejaba respirar ni emitir palabra.

—Eres indispensable —sonrió su madre.

—Nadie lo es, mamá —la corrigió ella—. Pero como dicto varias materias y soy la docente a cargo de las prácticas en la clínica, ha sido difícil encontrar un reemplazo. Sólo eso. Lamento que sonara

egocéntrico el comentario.

—Cuando uno es capaz para un cargo siempre resulta complicado encontrar reemplazante —aseveró Berk—. Aquí también se te va a echar mucho de menos. Según la gente con la que he hablado, desempeñabas tu trabajo en forma excelente. El doctor Rassant con seguridad se resentirá con tu partida, ¿verdad, Med? —indagó involucrándolo en una conversación que no deseaba mantener.

El hombre bajó la copa de vino tinto, la tercera o cuarta que bebía ya, y frunció el ceño con fastidio.

—Por supuesto que nuestra eminencia va a extrañarla ya que sólo faltaba que besara el suelo por el que ella transitaba.

—Gerard ha sido la persona que más me ha ayudado en este tiempo —lo defendió Dixie, mirando a Berk—. Hizo que mi adaptación fuera rápida y sencilla, me enseñó muchas cosas que con seguridad me llevo atesoradas para cuando pueda darle fin a mi tesis, que era una de las principales razones por las que acepté este trabajo.

—Yo creí que habías venido por mí —la gozó Ahmed, suavizando el tono, y sin poder dejar de mirarla.

—¡Qué bueno que compartimos esta cena! —exclamó ella con una falsa sonrisa—. Así puedo sacarte de tus dudas con respecto a eso. Vine para aprender y poder terminar mi tesis. Lo demás es producto de tu imaginación.

Punto para ella. Otra vez.

—Dix, dime cómo tienes organizado el día de mañana para poder acompañarte al aeropuerto —le dijo Berk, tratando de poner paños fríos.

—Mi vuelo sale por la tarde, así que durante la mañana me ocuparé de dejar listos algunos informes para la persona que vaya a reemplazarme —respondió con soltura, mentir le estaba saliendo bien—. Luego seguramente almorzaré con Deniz y Damla, pero por supuesto que ustedes dos serán bienvenidos.

Med no dijo nada. No lo estaba incluyendo. Punto para ella e iban...

—¿Almorzarás tú también para despedirla, Med? —lo apuró su padre.

—No. Mi prometida vendrá a buscarme temprano porque tenemos un compromiso previamente tomado. Pienso despedirme de mi prima

esta noche —le dijo, mirándola, diciéndole con los ojos lo que no le salía con palabras.

—Entonces despidámonos ahora porque estoy extenuada y aún tengo cosas que acomodar de mi equipaje —le dijo Dixie, poniéndose de pie.

Ahmed apuró la copa que acababa de servirse y se paró.

Quedaron frente a frente. Ella titubeó pero habló con voz firme y desprovista de sentimientos.

—Te agradezco por permitirme trabajar en tu laboratorio. He sumado mucha experiencia y ha sido de gran ayuda para mi futura tesis.

—Me alegro —respondió él en el mismo tono.

No sabían si darse la mano, darse un beso, abrazarse.

Ahmed caminó un paso más hacia ella y le tendió los brazos. Dixie se dejó fusionar en ellos, aspirando su perfume, cerrando los ojos y tratando de contener el llanto a pesar de ser quien había tomado la decisión de alejarse.

Él susurró en su oído antes de separarse.

—Te espero en mi cabaña en quince minutos.

Se alejó de ella, se disculpó con los demás y salió de la casa. Dixie siguió con la vista su espalda y suspiró.

Abrazó a su madre, despidiéndose en silencio, sabiendo que era la última vez en mucho tiempo que estarían juntas.

No le pudo decir nada. Se tragó la angustia y fingió una sonrisa triste.

Nada más.

Le pidió a su tío Berk que la cuidara, que la ayudara a sanar sus heridas, que la convenciera de publicar alguno de sus maravillosos libros de amor donde seguramente él era el protagonista y también lo abrazó con cariño.

—Mañana después de almorzar te llevamos al aeropuerto, así que no te despidas tanto —bromeó su madre.

Ella asintió.

Subió las escaleras con lágrimas en los ojos y supo que había hecho lo correcto al elegir marcharse sin que nadie lo supiera. No podía seguir jugando con sus emociones y salir de la vida de todos de

forma brusca era la mejor opción.

Terminó de acomodar todas sus cosas personales, reconfirmó el taxi que la llevaría hasta el aeropuerto de la ciudad de Perpignan a la madrugada, solicitándole que no tocara bocina ni llamara a la puerta, que ella estaría lista, y guardó los objetos personales que aún seguían dando vueltas por la habitación, cuando escuchó la entrada de un mensaje en su celular.

*—Han pasado más de quince minutos y no has llegado.*

Dixie bufó, fastidiada.

No quería verlo. No quería estar frente a él sin otras personas presentes porque sabía lo fácil que le resultaba al hombre hacerla flaquear.

*—No iré.*

*—Oh, sí... vendrás... Y lo harás porque sabes que no puedes perderte la última oportunidad de gozar entre mis brazos.*

Arrojó el celular a la cama, molesta.

¿Cómo podía conocerla tan bien? Un cosquilleo placentero comentó a circular por su cuerpo, como cada vez que sabía que Ahmed la iba a tomar, poseyéndola con la misma propiedad que siempre demostraba al hacerla estallar de gozo.

Otro mensaje entró.

*—No lo pienses más y ven a la cabaña... Sé muy bien que ya debes de estar húmeda e impaciente. No te hagas rogar que tengo tantas ganas como tú.*

*—Pues te vas a tener que quedar con las ganas. No habrá más encuentros entre nosotros.*

*—Vamos, ven. Ya tendrás tiempo para extrañarme y yo, para extrañarte a ti.*

*—Espero que nunca me extrañes. Y si me extrañas, espero que nunca me busques. Y si me buscas, espero que nunca me encuentres. Y si me encuentras, espero que sea con alguien más.*

*—Nunca podrás amar a alguien más como me amas a mí. Ven... Quiero dormir bajo las mismas sábanas que tú.*

Ahmed se sirvió un vaso de whisky. Sabía que no debía seguir tratando de matar la pena con el alcohol, pero no podía enfrentar la realidad.

—*Bebiste demasiado.*

Él sonrió al leer el mensaje. ¡Ni que lo estuviera viendo!

—*Bebo porque no sé cómo soportar tu partida. Eres el adiós que no sabré cómo decir.*

Dixie siguió guardando sus cosas, dejando preparado el pasaporte, el comprobante de compra de su pasaje, su IPod y un libro. No tendría ánimo para nada más una vez que el avión hubiera despegado de tierra francesa. Pensó antes de continuar con la conversación.

—*Pídeme que me quede.*

Ahmed lo leyó y sacudió la cabeza de un lado al otro.

—*No. Eres orgullosa y decidiste marcharte. ¡Hazte cargo!*

Dixie se detuvo en el frenético ir y venir para terminar su valija y ahogó un grito de rabia ante la respuesta.

—*No es que sea orgullosa, solo me cansé de ser la que esté siempre pendiente de ti, mientras tú ni te preocupas por mí.*

—*Eso dices tú.*

—*Me cansé de que jugaras conmigo, de que por ratos me amaras y en otro momento actuaras como si me odiaras. Me cansé de ser tu jodido pasatiempo sentimental.*

Y volvió a arrojar el teléfono a la cama, sentándose en el sillón más alejado, tratando de no tentarse con seguirle el juego.

—*Tú nunca podrás ser un pasatiempo porque la vida no es vida sin ti. No se trata de jugar a ver quién de los dos, gana o pierde. Se trata de amar.*

Ahmed marcó enviar y se arrepintió. No quería mostrarse tan sediento de ella, pero las decisiones comenzaban a tornarse turbias por la bebida.

—*¿Tú hablas de amor? No me hables de amor si no te desvelas imaginándonos juntos.*

—*Tú y yo con el mismo amor, deseándonos y con las mismas ganas, pero en diferente cama. Es lo que tú elegiste a partir de mañana. Deja de perder el tiempo y ven conmigo.*

Basta de idas y vueltas. La quería a su lado ya.

—*No. No iré por respeto a mí misma, porque tengo que decirte que no aunque esté enamorada hasta de las letras de tu nombre, de tus defectos, de tu ternura disfrazada de frialdad. Hasta eso me atrapó*

*de ti, me enloqueció: Tu falso amor fue mi perdición.*

Ahmed sonrió. Estaba entregada.

*—Adoro las mentes retorcidas como la tuya. Imaginarte que lo mío es un amor falso...*

Río con rabia. Ella seguía sin creer en su amor.

*—Me sorprendería que dijeras otra cosa.*

El fastidio de Dixie se estaba convirtiendo en bronca. No saldría nada bueno de eso.

*—Yo soy el sorprendido, el que tiene que reconocer que debes de tener una mente muy turbia porque de qué otra manera una mujer como tú se enamoraría de un callejón sin salida como yo.*

Ella alzó los ojos, confundida.

*—¿Una mujer como yo? No sé si es halago o castigo. No soy perfecta; soy tormenta cuando quiero, pero también a la vez playa serena.*

*—Eres de esas personas que son más tormenta que calma. Y eso me fascina.*

Dixie miró el techo, dudando qué hacer. Se resignó.

*—Ahora que todavía nos falta tanto daño por hacernos, ¿vale la pena llegar al punto de volvernos enemigos o es mejor despedirnos como amigos?*

*—No quiero ser tu amigo, ¿es que no lo entiendes?*

Ahmed se enfureció.

*—No iré, deja de intentar convencerme, Med.*

*—Si no vienes iré por ti, subiré a tu habitación, tiraré abajo la puerta y te sacaré a la fuerza. Se enterarán nuestros padres, los empleados, los curiosos, los perros del campo, los automovilistas que circulen por la carretera...*

Dixie miró a su alrededor y supo que si el hombre subía a su cuarto, descubriría su estrategia para marcharse sin despedirse. Por lo tanto bajó las escaleras a toda prisa y salió al jardín.

Su madre y Berk estaban bebiendo una copa y la vieron pasar, aunque ella ni siquiera los notó.

*—¿A dónde va con tanta prisa? — preguntó Stella en voz baja.*

Berk sonrió y le señaló la cabaña de Ahmed. Ambos miraron asombrados como el hombre abría la puerta, la joven gesticulaba con

las manos y él ponía fin a su enojo comiéndole la boca con un beso hambriento que la dejó sin fuerzas. Acto seguido la arrastró dentro de su cabaña sin dejar de besarla y cerró la puerta con el pie.

—Creo que tal vez no deberías estar tan triste —le dijo Berk, continuando con su bebida—. Es probable que a tu niña mi hijo la convenza de esa manera.

Stella seguía con la vista fija en la puerta cerrada.

—¿Tú crees? —atisbó a preguntar con dudas.

—¿No te convencerías con un beso así?

La mujer que lo amaba con locura lo miró, feliz.

—Tú me convencerías de cualquier manera.

Él besó su mano, la miró embelesado y siguieron disfrutando de la noche.

Tal vez el amor lograra sanar las heridas de esos jóvenes.

Tal vez pudieran reconocerse y perdonarse la distancia.

Tal vez la vida les diera una segunda oportunidad...

\*\*\*

Cuando logró discernir que se encontraba dentro de la cabaña de Ahmed, envuelta en sus brazos y a punto de perder su vestido, se separó de él.

—Espera, espera, espera —lo detuvo poniendo distancia entre los dos e intentando recuperar la respiración normal.

—¿Qué quieres esperar?

—No vine para esto —respondió Dixie tratando de contener las ganas de ser abrazada por él—. Vine para...

Ahmed caminó hacia ella y volvió a besarla, tomándola de la nuca, devorando sus labios con dulzura y pasión. Dixie sintió el sabor del alcohol mezclado con su lengua, que la recorría con confianza, sabiendo exactamente dónde buscar. La miró con ternura, deteniéndose en sus ojos, buscando su cuello.

—Regáñame en la mañana, mi amor —dijo con voz ronca, acariciando con su aliento la curva del cuello femenino—. Por la

mañana podrás gritarme todo lo que quieras, me arrancarás los ojos si lo prefieres. Pero ahora vamos a la cama.

Dixie trató de negarse pero su cuerpo la traicionaba.

—Vine a despedirme.

—Mañana, mi amor —le dijo llevándola hacia su cuarto—. Me he pasado toda la cena observándote, hasta volverme loco de deseo. Llevo tu perfume en la sangre, desde que me abrazaste, embriagándome como si fuera vino.

—No me culpes de tu ebriedad —se quejó ella en un susurro mientras no dejaba de besarlo con locura—. Ya estabas bebido cuando llegaste, no te detuviste en la cena y huelo a whisky en tu boca. ¿De qué quieres escapar?

—De tu partida —le dijo bajándole los breteles de su vestido y tomando uno de los pezones duros con la boca—. Cuantos más obstáculos pones entre nosotros, más enloquezco.

—Decide qué es lo que quieres o déjame ir, porque en el medio sólo duele. Y tú te niegas a aceptar que no puedes vivir sin mí —gimió ella cuando el hombre atacó con la boca su otro pecho.

—Lo acepto, te lo juro —murmuró él pasando la lengua por el cuello de la mujer, que se inclinada hacia atrás, presa del placer.

Ella recuperó su postura para mirarlo fijamente, con los vestigios del dolor porque sabía que era una despedida, nublándole el cerebro.

—Fuiste la forma más triste y bonita que tuvo la vida de decirme que no se puede tenerlo todo. Ya me hiciste mierda, ¿me puedo ir?

—No te irás ahora, no, porque yo sólo te quiero feliz y desnuda. ¿Tú qué quieres?

—Yo quiero un hombre que me apoye en todo: en la mesa, en la pared, en las escaleras...

Ahmed sonrió, perverso. Abrió los brazos.

—Aquí me tienes. Soy todo lo que quieres y necesitas.

Dixie lo observó, extasiada.

De pronto se arrojó contra él sin pensarlo, echándole los brazos al cuello, recibiendo su boca con ferocidad desenfrenada, impulsada por la pasión que sentía por ese hombre, saltando dentro de ella.

Mientras caminaban con pasos cortos hacia la cama, las manos de Ahmed la recorrieron toda, quitándole el vestido por la cabeza y



arrojándolo al suelo, mientras ella hacía lo mismo con su remera.

Cerró los ojos, mareada, al levantarla él para depositarla sobre el acolchado aún extendido, retorciéndose para quitarlo por debajo de su cuerpo que se ofrecía a él sin ningún pudor. Med se arrodilló a su lado, recorriéndola con las manos en forma posesiva, redescubriendo todos sus rincones y viéndola retorcerse de placer.

Cuando él le quitó la ropa interior, ella gritó, liberada para erguirse por sobre él y despojarlo de sus pantalones y los boxers. Se sentó a horcajadas sobre su miembro erecto, atrapándolo en su interior en un solo movimiento, dejando suspendido un segundo el placer que los envolvía.

La cabellera suelta cayó sobre el pecho masculino y el hombre se maravilló de la seda de su textura al tomarla de la nuca para volver a besarla, mientras ella cabalgaba lentamente sobre él, enloqueciéndolo.

Con la mano que le quedaba libre, Ahmed buscó su sexo, caliente, endurecido, y la tocó sin tregua, sintiendo cómo ella subía y bajaba sobre su miembro, a punto de explotar de deleite. Dixie no pudo controlar sus gemidos ni la ola de excitación que la recorría entera. Él aceptó los movimientos, probando los límites del autodomínio hasta que ya no pudo soportar más y estalló sobre ella con la caliente humedad del mutuo desahogo, sintiendo cómo la joven se sacudía, exteriorizando el mismo placer.

Dixie sepultó la cara en el cuello de Ahmed, besando la piel sudorosa, que sabía a sal, murmurando con pocas palabras el exceso de amor que sentía en ese instante.

Los brazos de Med la apretaron; su boca le rozó tiernamente la frente.

La levantó para sacarla de encima, la acostó en la cama a su lado, abrazándola, y antes de que los latidos del corazón se le hubieran apaciguado, se quedó dormido.

\*\*\*

En el momento en que Stella terminaba de vestirse

para ir a desayunar, Dixie contemplaba por la ventanilla del avión, con las lágrimas cayendo por su hermoso y acongojado rostro.

Eran las 8 de la mañana. Había embarcado sin retraso y el avión había despegado a las 7:05 am según lo estipulado.

Lo más doloroso había sido salir de la cama de Ahmed, dejándolo sumido en un sueño profundo de alcohol y pasión. Lo había contemplado en silencio para memorizar cada una de sus facciones: su nariz, su boca de labios tentadores, sus cejas oscuras, las pestañas tupidas que acompañaban esos ojos ámbar que tanto adoraba.

La sábana cubría su cuerpo de la cintura para abajo dejando al descubierto su pecho bronceado y esos brazos fuertes que la tomaban de la cintura sin delicadeza.

Susurró un «Adiós, mi amor» que el hombre nunca oyó.

El taxi estuvo en la puerta a la hora señalada y, como pudo, bajó su equipaje en silencio, tratando de que nadie se enterara de su huida.

Veinte minutos después hacía el check in en Air France.

Además de doloroso, el viaje sería largo. Estaba por llegar al aeropuerto de París Orly, donde tendría que hacer trasbordo con British Airways, destino a New York, con una espera de casi dos horas.

Y tal vez en ese viaje de ocho horas podría dormir y dejar que el tiempo pasara por su cuerpo, igual que la soledad que ya empezaba a embargarla.

Hubiera deseado abrazar de nuevo a su madre, pedirle que por favor y de una vez por todas fuera feliz sin preocuparse por ella, que se atreviera a compartir sus maravillosas historias de amor, que todavía tenía tiempo, que nunca sería tarde para abrirse al mundo. Pero no. Se conformó con el beso después de la cena.

Hubiera deseado besar muchas veces a Damla, rogarle que cuidara a su caballo y se cuidara ella cada vez que saltara, pero sin temor, con la misma seguridad con la que venía haciéndolo hasta ahora, porque tenía un gran futuro en ese maravilloso deporte, que le iba a mandar las botas prometidas, una nueva gorra y cualquier otra cosa que le pidiera. Pero sólo pudo dejarle las pulseras navajas que la niña

adoraba.

Hubiera deseado tomar las manos de Sarket y darle las gracias por tanto, por cuidarla, por hacer feliz a su prima, por transmitirle muchas veces esa paz que él respiraba. Pero sólo pudo dejarle una carta.

Hubiera deseado un beso largo de Deniz, una sonrisa diciéndole que todo estaría bien, un momento compartido a solas, riéndose juntas, como cuando eran niñas. Pero se había tenido que conformar con una mirada de despedida.

Hubiera dado todo porque Ahmed le pidiera que se quedara, que enfrentaran a todos, que no le importaba el dinero que iba a perder por culpa del padre de Cloé, que lo único que deseaba era estar con ella, que fuera suya para siempre, que nunca volvería a desconfiar de ella. Pero no. Se tuvo que tragar las lágrimas y cerrar la puerta de su cabaña, diciéndole adiós de una vez por todas, asumiendo que nunca podrían estar juntos.

Ahora, sentada en el aeropuerto de París Orly, perdió la mirada por el ventanal donde los aviones iban y venían, donde la gente reía o tenía cara de preocupada, donde tal vez alguien, igual que ella, estuviera sufriendo por amor.

Ya estaba lo suficientemente lejos para que nadie pudiera detenerla.

Aún no habían descubierto su partida, pero con toda seguridad no faltaba mucho. Las recriminaciones llegarían pronto. Su celular estaba apagado y así se quedaría hasta que llegara a casa.

Ya no era tiempo de reproches.

Ahora era tiempo de olvidar.

\*\*\*

Ahmed sintió la mano femenina recorriendo su espalda. Sonrió aún con los ojos cerrados, sintiendo como ella se metía entre las sábanas y lo abrazaba por detrás. Tomó su mano entre las suyas y en ese instante

se dio cuenta de que no era Dixie quien lo buscaba, cariñosa.

Sin importarle su desnudez, saltó fuera de la cama y se dio vuelta para enfrentar a la desconocida. Y se encontró con Cloé, desnuda en su cama, entre las mismas sábanas en las que unas horas antes había amado a la única mujer en su vida.

¿Dónde estaba Dixie?

—¿Qué haces aquí? —preguntó con fastidio mientras se ponía los boxers y manoteaba su pantalón.

—Esa no es manera de recibirme —respondió ella frunciendo el ceño. Y dejó caer la sábana para mostrarle su cuerpo—. Vuelve a la cama y pasemos un momento divertido antes de salir a nuestro compromiso.

Ahmed se asqueó. ¿Cómo podía seguir al lado de esa mujer? Encontró el vestido de la joven sobre una silla y se lo arrojó a la cara.

—¡Vístete que cualquiera podría entrar!

—¿Me estás despreciando? —insistió ella con un mohín caprichoso—. ¡Ahmed Tarik, quiero que vuelvas a traer ese cuerpo a esta cama!

Ahmed se colocó una remera blanca, se calzó los borcegos y la enfrentó con desagrado...

—Te dije que te vistieras. ¡Muévete! —le gritó mientras salía a toda prisa hacia la casa principal.

Y supo que algo andaba mal cuando encontró a Stella llorando en brazos de su padre, quien le besaba el cabello y trataba de calmarla.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó con temor sin saber si en verdad deseaba escuchar la respuesta.

—Dixie se marchó —respondió el hombre con pena.

—¿Cómo que se marchó? —insistió Med.

—Me dejó una carta —le dijo Stella, hipando—. En ella dice que no iba a poder enfrentar la despedida, así que prefirió irse en la madrugada.

—¡Pero su avión salía por la tarde! —bramó él sin darse cuenta de que Cloé ingresaba también en el comedor.

—Eso es lo que nos dijo ayer —le explicó su padre—. Pero al parecer la reserva era en el vuelo de las 7 de la mañana.

—¡No puede ser! ¡No! ¡No es cierto! —lo negó él con la voz y con las manos, sintiendo que el suelo se abría a sus pies—. Ella no puede haberme dejado, no después de la noche que pasamos juntos.

—¿Pasaste la noche con esa zorra? —bramó Cloé, parándose frente a su prometido—. ¿Cómo pudiste engañarme otra vez?

Berk detuvo a Stella por el brazo y le hizo señas de que mantuviera al margen de la discusión.

—Va siendo hora de que te des cuenta de que nuestro compromiso se ha ido al infierno —comenzó Med tratando de mantener la calma—. No quiero estar contigo, ni quiero verte nunca más.

—Pero nosotros vamos a casarnos —vociferó la joven haciendo una escena de celos.

—Ya no. No puedo casarme contigo porque no te amo, nunca te he amado —le confesó con cansancio—. Me siento frío y solo estando contigo y sentirse solo estando con alguien, es una tortura. Así que imagínate lo que es mi vida a tu lado.

—¿De qué hablas? ¡Eres un patán! —se quejó mientras le cruzaba la cara con una sonora bofetada—. Pero no creas que vas a salir indemne de esto. ¡Ya mismo iré a las oficinas de mi padre para contarle lo que has dicho! Y ve preparándote, porque todo este mundillo exclusivo en el que vives se va a venir abajo cuando las deudas te devoren —y antes de dirigirse hacia la puerta, agregó—: La zorra te dejó, pero tú me dejaste por ella. ¡Y eso te costará todo lo que tienes!

Después del portazo, Ahmed se dejó caer en una de las sillas.

Ya no le quedaba nada.

Y pronto le quedaría menos aún.

\*\*\*

Durante las ocho horas de viaje hacia New York, Dixie se mantuvo con la vista en la ventana, su iPod a todo volumen, torturándose con las peores canciones románticas del mundo, cerrando los ojos a su nueva

realidad, tratando inútilmente de dormir, de que el tiempo transcurriera velozmente.

Pero nada servía.

A las 13 y 25 aterrizó en el aeropuerto JFK, donde tendría que esperar otras dos horas hasta embarcar en un vuelo de American Airlines que la llevaría hasta Boston, final del recorrido, inicio de su infelicidad.

No quiso encender su celular y llamó a Sonia desde una cabina. Su amiga le dijo que Stella se había comunicado con ella varias veces, tratando de saber acerca de su paradero, cómo se encontraba, y para pedirle por favor que la acompañara en todo momento.

Dixie se largó a llorar.

—A veces es bueno alejarse de ciertas personas un mes, un año, o toda la vida —le dijo su amiga, tratando de aliviar su dolor.

—¿Qué botón hay que presionar para dejar de extrañar?

—No hay botones, amiga —susurró Sonia con dolor ante el sonido de sus lágrimas—. Ven rápido a casa.

Dixie caminó como una autómatas por el aeropuerto, tratando de despejarse, pero todo era inútil.

Embarcó a las 3 y 30 pm rumbo a Boston, sabiendo que no había marcha atrás.

Ella había tomado esa determinación.

No podía darse el lujo de dudar.

\*\*\*

La tristeza embargó el *chateau* cuando se corrió la voz de que la adorada veterinaria había partido.

Sarket consoló a Damla que lloraba a cada rato, a Deniz que trataba de mantenerse entera y a su amigo, desolado.

Cuando encontró la carta que Dixie le había dejado, también tuvo que contener algunas lágrimas. Había logrado entrar en su corazón en forma vertiginosa, más aún cuando había visto los cambios en su mejor amigo.

Ahora nadie reía.

Por más que habían insistido a su celular, éste daba siempre apagado.

Dixie ya había puesto un océano de por medio. Y Ahmed no sabía qué hacer.

—Y yo que juraba que podría soportar su ausencia —murmuró su amigo, pasándose la mano por el cabello, sentado detrás de su escritorio—. No hace ni un día que se marchó y parezco un animal enjaulado.

—Pero la dejaste ir —acicateó su amigo.

—Fue su decisión. Pero te juro que creí que después de pasar la noche juntos lo iba a pensar mejor —le confesó con dolor—. Ella me dijo que le pidiera que se quedara.

—Pero tu orgullo te lo impidió.

—Dicen que donde la esperanza ve puntos suspensivos, el orgullo ve el punto final —comentó Ahmed en voz baja.

—Si ganó el orgullo es porque nunca existió amor —se quejó Deniz.

—Ella quiso irse en lugar de luchar —se defendió Ahmed.

—Ella esperaba que tú le dijeras algo, Med —le reclamó Deniz perdiendo la paciencia—. Y te hiciste el superado, el ególatra, el idiota de siempre —Sarket la miró y le hizo señas de que bajara un poco el tono. A ella no le importó—. Nunca pudiste ponerte los pantalones, echar a Cloé de tu lado y gritar a voz en cuello que Dixie es la mujer de tu vida. Y ahora ella se marchó, no sólo de tu vida, sino de la de todos. Mi hija no para de llorar culpándote de todo, yo estoy destrozada, y tú... —se detuvo un segundo—. ¡Tú te mereces lo que sientes! —le gritó con rabia.

—Niz —Sarket levantó la voz para hacerla callar—. No es necesario que le hables así a tu hermano.

—¡Claro que es necesario! —bramó ella con rabia mirando a Sarket—. Es necesario porque no puedo verlo así de destruido. Porque yo estuve a su lado todos y cada uno de los días que sufrió por ella veinte años atrás, creyendo que lo había dejado, que no le importaba lo mucho que él la amaba. Y a pesar de eso, la dejó volver a Boston —Y miró a su hermano—: ¿No aprendiste nada?

Ahmed volvió a mirar por la ventana.

No. No había aprendido nada.

Aimeé le avisó que Carl Regend lo esperaba en una hora en su oficina y que se lo escuchaba enojado. Ahmed asintió y le pidió que reservara un vuelo para Londres ese mismo día. Con su padre o sin él, viajaría para cerrar los negocios con los británicos. Ahora más que nunca tenía que encontrar nuevos socios.

La caída había comenzado.

Y no había forma de detenerla...

\*\*\*

## A las cinco de la tarde aterrizó en Boston.

No tenía fuerzas para apurar su salida ni para recoger su equipaje. Cargó todo como pudo y salió.

El abrazo de Sonia dio rienda suelta al llanto que había logrado contener durante el último tramo del viaje.

—Me llevó una vida reencontrarlo. No me imagino las que voy a necesitar para aprender a darlo por perdido —sollozó en brazos de su amiga.

—Transitaremos juntas el camino. A la larga la herida sanará —le aseguró su amiga mientras caminaban hacia el estacionamiento.

—La herida empieza a sanar desde el instante que se dice adiós, el problema es que el corazón nunca cree en las despedidas—dijo secándose las lágrimas—. Vuelvo veinte años atrás, al mismo dolor...

—De ningún adiós se sale con las alas intactas, ni el corazón completo —la consoló antes de que entraran en su automóvil—. ¿A tu casa?

—Sí. Necesito situarme en mi propio tiempo y espacio, en mi rinconcito preferido —murmuró mirando al frente—. Ahí me encuentro, me ubico, me escucho. Es mi descanso, mi refugio... Necesito reconstruirme.

Su amiga asintió y condujo en silencio.

\*\*\*



Cuando Ahmed entró en el despacho de Carl Regend, se encontró con Cloé parada detrás del imponente sillón que ocupaba su padre. Eran obvias las razones por las cuales había sido citado.

El hombre reclamaba por el abandono del compromiso ante un Ahmed impertérrito, frío.

—Mi pequeña dice que ya no van a casarse.

—Así es.

—¿A qué se debe eso?

—Se debe a que no amo a Cloé y me parece una pérdida de tiempo para los dos seguir dándole rienda suelta a esta falsedad.

—Ella te adora —dijo Carl, sintiendo la mano de su hija sobre su hombro—. ¿Todo esto es culpa de tu veterinaria?

—Ya no tengo veterinaria —aclaró Med en el mismo tono.

—¿La dejaste marchar a pesar de todo lo que le dijiste el día de su accidente? —se sorprendió el hombre—. Te creía más inteligente.

—No he venido a demostrarle cuán inteligente soy, sino a aceptar las consecuencias de la ruptura de nuestras relaciones comerciales.

—Me alegra que lo tengas claro, porque imagínate que no puedo seguir favoreciéndote en los negocios cuando tú hieres tanto a mi princesa —le informó Carl.

—Eso queda aclarado. Le pido que me mande los documentos que necesite que firme para desvincularnos y que lo haga lo antes posible porque salgo de viaje hoy —comentó Ahmed con firmeza—. Desearía conocer el panorama económico al que tendré que avenirme antes de partir.

—¿Entiendes que tu revés financiero será duro de remontar?

—Entiendo que vivir esta mentira no es sano para nadie, pero acepto las consecuencias de mi decisión. Es su hija y no esperaba menos que saliera en su defensa, pero déjeme decirle, Carl, que usted también sale perdiendo al tomar esta determinación tan visceral. Nuestros negocios nos beneficiaban a los dos.

—Es cierto, pero tengo muchos otros negocios. Y una sola hija —explicó el hombre—. No puedo permitir seguir tratos comerciales

contigo cuando la estás dañando tanto con tu decisión de romper el compromiso.

—Lo comprendo. Pero esta presión no va a hacerme cambiar de opinión —le aclaró Ahmed y luego miró a Cloé—: Me parece normal que recurras a tu padre para que te consuele, pero no para presionarme. No me interesa cuánto dinero pierda y te lo digo por si tu intención era esa. No te amo y creo que tú tampoco me amas a mí. Te encaprichaste conmigo, nada más.

—No me importa lo que pienses —berreó ella con su tono nasalizado—. No nos casaremos pero te irás a la ruina. Y quiero ver si esa arrastrada te recibe pobre, sin herencia, sin futuro y sin hogar.

Ahmed sonrió de lado, resignado.

¿Cómo había podido compartir tanto tiempo con esa joven desagradable y resentida que sólo deseaba lastimarlo?

—Cloé, aunque no lo entiendas, terminar mis relaciones comerciales con tu padre no me volverá pobre —la corrigió Med—. Perderé inversiones, tendré que mover capitales, tal vez vender algunas propiedades... pero nada más. Encontraré otros socios con quienes hacer negocios y listo. Pero en el caso de que no los encontrara, quédate tranquila. Podré recuperarme pronto. Acepto las consecuencias.

Ella golpeó el suelo con el tacón de su zapato, enojada. Ahmed se acercó más al escritorio y le tendió la mano a Carl.

—Siempre será considerado un amigo de la familia —le dijo Ahmed mientras el hombre se ponía de pie y estrechaba su mano.

—Te lo agradezco. Me hubiera gustado que nuestros lazos se afianzaran en lugar de despedirnos así, pero bueno...

—Papá, por favor, tienes que odiarlo como yo —le exigió la joven.

—Basta, Cloé. Madura de una vez y entiende que Ahmed te está haciendo un favor —le gritó con fastidio.

La joven se mantuvo con los labios apretados mirando como el hombre salía de la oficina sin volver la vista atrás.

\*\*\*

A las seis de la tarde Ahmed dejó su equipaje en la habitación del hotel en Londres y volvió a revisar su celular.

Nada.

Le había marcado pero sólo había dejado sonar el teléfono dos veces antes de colgar, nervioso.

Ella no había dado noticias. Eso le había dicho su hermana y también Aimeé.

Cerró los ojos, recostado en la cama, con las piernas cruzadas y las manos detrás de la cabeza.

Comenzaba el doloroso camino del adiós...

## Capítulo 15

Los primeros quince días fueron devastadores. Dixie trató de reorganizar su vida sin Ahmed y sin Dexter, quien ya había abandonado el departamento antes de su llegada, aunque no la universidad, donde también dictaba algunas cátedras. Por suerte sólo lo había visto de lejos un par de veces, siempre rodeado de su núcleo de investigadores.

Mejor mantenerlo a la distancia. Demasiado dolor le había causado al descubrir las artimañas de ese hombre y su padre.

Había viajado dos días a Texas para brindar declaración como perito experto en un caso que hacía algunos meses que venía siguiendo y otros dos días a San Francisco para asesorar a un empresario en la adquisición de algunos caballos para una de sus estancias en Nuevo México. En ambas oportunidades había viajado acompañada por Sonia, quien no quería dejarla sola con el tiempo suficiente para pensar.

Habían salido de compras juntas, especialmente en Texas donde había adquirido muchos accesorios tanto para ella como para Damla y se los había enviado como obsequio para que la tuviera presente.

Pero nada, ni el reconocimiento, ni el dinero ganado, ni haber hecho un excelente trabajo, lograba devolverle la sonrisa.

—Dix, quiero que hagas el esfuerzo por cambiar esa cara, amiga — le dijo Sonia en el avión cuando iban de regreso.

—No tengo otra cara, querida —susurró Dixie mirando por la ventanilla—. Ahora nada ni nadie hace mi corazón latir, pero todos pueden romperme. Odio eso. Odio sentirme tan vulnerable. Y sola.

—Estás más triste desde que hablaste por teléfono con tu prima. ¿Te ha dicho algo que quizás...?

—No hablamos de él —la interrumpió Dixie—. No le permito que me hable de Ahmed, si a eso te refieres. Deniz me cuenta de su vida, de Sarket a quien ama cada día más, de su adorada hija a quien extraño a rabiar y de mi madre y su padre, que siguen en París. Ahora ella está a cargo del *chateau*, así que anda muy complicada con el trabajo —y volvió a perderse entre las nubes.

—¿Tú le has contado la verdad acerca de cómo te sientes? ¿O le has vuelto a mentir, fingiendo que estás superando lo que pasó?

Dixie miró a su amiga a los ojos y no dijo nada.

No era necesario. No le mentía a Deniz, sólo simplemente obviaba aquellas partes de su vida que resultaban dolorosas o que la hacían sentirse expuesta.

Tampoco quería saber nada de su primo, ni siquiera si estaba allí o seguía de viaje, con Cloé o con quien fuera...

Tenía que sacarlo de su mente, arrancarlo de su corazón y eso sólo lo lograba trabajando más y más.

Había reestructurado su cátedra en la Universidad, las pasantías de sus alumnos, las prácticas en la clínica y sumado algunos viajes que la tendrían con la cabeza en cualquier otra parte menos en Saint—Cyprien, especialmente luego de la llamada telefónica de su prima.

—Llegaron los resultados. Tengo aquí el sobre —fue lo primero que le dijo Deniz cuando ella atendió su celular.

Ambas sabían a qué se refería.

—Ábrelo.

Deniz rasgó el papel y Dixie esperó pacientemente a que su prima le dijera el resultado del análisis, aunque ella ya lo sabía.

—Tenías razón —susurró Deniz, dolida.

—Claro que la tenía —afirmó Dixie, seca—. Pero te dije que había pedido que hicieran el análisis para que no quedaran dudas de lo que le había dicho a tu hermano, porque de las dudas estoy hasta la coronilla.

—¿Quieres que se lo entregue cuando...?

—No —respondió Dixie, interrumpiéndola—. No es la intención. Pero quería demostrarle que yo no tenía duda alguna, que estaba convencida de lo que decía. No tiene ningún sentido ahora. Ya es tarde.

Habló unos minutos más y le dijo que tenía una clase que dar.  
Recordar la conversación sólo hizo que algunas lágrimas trataran de escaparse de sus ojos, pero logró controlarlas.  
No podía seguir llorando por él.  
Él había continuado su camino.  
Ella haría lo mismo...

\*\*\*

Esos primeros quince días los dividió entre Londres, Viena y Roma. Iba del hotel a las reuniones empresariales y de regreso al hotel. Estuvo en cenas benéficas, almuerzos para recaudar fondos, desayunos laborales. No descansaba en ningún momento así luego caía rendido en la cama del hotel, sin posibilidades de regresar a su recuerdo.

Hablaba casi todos los días con Aimeé, quien coordinaba sus reuniones de trabajo y mantenía al día su agenda, al igual que con su padre, con quien había coincidido un par de días en Londres.

No quiso atender las llamadas de Deniz aunque sí las de Sarket, quien le hacía las consultas necesarias acerca de los viñedos y el *chateau*, y las de Richard, quien había quedado a cargo del club.

Pero no sabía nada de ella. Ni quería saber.

No preguntaba ni la llamaba ni un mensaje, nada.

—Med, Gerard quiere saber si las investigaciones se van a continuar o si momentáneamente está suspendido el trabajo en el laboratorio —insistió Sarket esa mañana.

Ahmed miró por la ventana del hotel el despertar de Roma, una ciudad que hubiera amado recorrer con Dixie...

—Por ahora no tengo nada definido. Dile que siga con los controles de las inseminaciones pero que los estudios van a tener que suspenderse. Al menos de momento —dijo con pesar—. Espero que no por mucho tiempo, ya que las reuniones están dando frutos.

—Es bueno oír eso —sonrió su amigo—. Aquí, tanto el *chateau* como los viñedos y el club están en auge y nos tienen a todos trabajando hasta altas horas.

—Lo sé y créanme que lamento no contar con el capital para contratar nuevo personal que les dé una mano.

—No te preocupes, amigo —Sarket hizo una pausa antes de preguntarle—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues aquí, haciéndome un corazón con lo que encuentro. Hilos cortados, balas perdidas, pedazos de espejo. Todo sirve.

—Valientes los que recogen sus propios pedazos, y se arman solos —felicitó su amigo con dolor.

—No es valentía. Es desesperación. Me enamoró con cada una de sus palabras, y me destrozó con cada acción, rematándome con su partida. Y terminé como cualquier enamorado: con un corazón roto — le confesó Ahmed apoyando el codo sobre la mesa para sostener su cabeza y dejar caer las lágrimas que trataba de tragarse—. Ahora sólo me queda reconstruirme, de a poco, con lo que encuentre.

Sarket lo sintió llorar y cerró los puños.

—Amigo, desearía estar allí para darte un abrazo, para mirarte a los ojos y decirte que todo este dolor pasará.

—No querría que me vieras llorar como a un niño.

—Llorar es de hombres... —lo corrigió Sarket—. Es de hombres que saben amar con el alma y que, por uno u otro capricho del destino, pierden al amor de su vida.

—Yo no perdí al amor de mi vida, ella me dejó —se quejó el hombre.

—No vamos a discutir eso —lo detuvo Sarket—. Ahora tienes que tratar de continuar, tratar de relegar esos sentimientos que te dejan por el suelo y te impiden encontrar el camino de regreso.

—Es que no siento que haya camino sin Dixie —sollozó Med—. Trato de no sentir nada por ella. Ya no quiero sentir nada, te lo juro. Pero la pienso cada mañana cuando me despierto y cada noche antes de lograr dormir. Entonces trato de sacarla de mi mente a como dé lugar, pero ella vuelve a aparecer ante mí cada día y cada noche. Es inútil, siempre lo es.

Ahmed se despidió de su amigo y se limpió la cara con la servilleta

de la mesa del desayuno. Tenía que encontrar la forma de seguir. Él sabía que debía hacerlo.

Pero no se daba cuenta cómo.

Ella se había ido y continuaba sin él. Tenía que hacer lo mismo.

Pero no encontraba el camino.

Mierda, mil veces mierda.

\*\*\*

Las dos semanas siguientes las transitó con menos sollozos, tal vez porque le había permitido a la tristeza colarse en sus ojos.

Dixie no lograba disfrutar ninguno de sus logros. Y Sonia se estaba preocupando.

Hablaba varias veces con Stella y le contaba que su querida hija parecía un fantasma: delgada, etérea, melancólica. Ningún plan la divertía, nada la hacía reír. Stella le dijo que no sabía nada de Ahmed, que seguía de viaje de una ciudad a otra, pero que se había separado de Cloé definitivamente.

No sabían si contárselo a Dixie o dejar que ella fuera la que lo averiguara. Cualquiera de las dos alternativas removería las heridas aún sin cicatrizar.

Por ahora Dixie sólo sonreía a medias. Muy pocos entenderían que una sonrisa podía ser una herida que no cicatrizaba, y que se abría cada vez que se recordaba a esa persona amada. Y ella no podía quitarse los recuerdos de la mente ni del corazón.

—He sobrevivido otro día sin saber de ti, sin escribirte, sin decirte que te extraño —susurró para sí misma mientras ya acostada, miraba algunas de las fotos que aún conservaba en su computadora, deteniéndose en una de los dos sonriendo—. He sobrevivido otro día... ahora solo me falta el resto de mi vida.

Tocó la perfecta cara de Ahmed en la fotografía.

—Me perderé en el recuerdo, hasta llegar al olvido.

Y comenzó a eliminar todas y cada una de las fotografías de Francia



donde estuvieran juntos, sin poder evitar que las lágrimas cayeran por su rostro.

—Es fácil borrar fotos y conversaciones, lo difícil es borrar recuerdos —murmuró cerrando la computadora y apagando la luz para dormir—. Esta noche tu recuerdo duele un poco más. Déjame dormir y mañana me dolerás de nuevo, ¿sí?

Y cerró los ojos para no volver a llorar.

\*\*\*

Casi un mes había pasado desde que se había marchado a Londres y al fin regresaba a su casa, su hogar, su cama, su soledad.

Era de madrugada.

No le había querido avisar a nadie de su regreso, adelantando un par de días la vuelta porque ya sentía que no podía seguir demorando volver a encontrarse con los mismos lugares que compartiera con ella antes de su partida.

Sentado en el balcón de su casa del club, bebía un whisky en silencio, música instrumental sonaba adentro, silencio de paz en el bosque. Ahora tenía que recomponerse económicamente y encauzar todos los negocios que había tramado en esas semanas y que seguramente les devolverían la solvencia necesaria para continuar con las investigaciones y las nuevas cruas de caballos que tanto le entusiasmaban.

O al menos le entusiasmaban antes.

Miró por la ventana hacia el estacionamiento del club y su vista se detuvo en la camioneta roja que usara ella.

Otra vez ella.

No había dado una vuelta por el *chateau* ni por los viñedos ni por las pistas de salto y sin embargo una simple camioneta desataba de una vez toda una vorágine de recuerdos de la única mujer que amaba.

—Si tan sólo el recuerdo se pudiera tocar —susurró Med con dolor—. Creí que en estos días había aprendido a lidiar con mis demonios

luego de tu partida, pero dejaste un infierno lleno de recuerdos aquí.

La recordó subiendo por primera vez a la camioneta cuando se la había enviado, acariciando el volante, cerrando los ojos para aspirar el olor al cuero. La recordó de tantas formas que tuvo que cerrar fuerte los ojos para bloquear tanto dolor.

Bebió más whisky.

—Podrás olvidarte de mí, pero no de nuestros recuerdos —auguró con cansancio brindando al aire—. Te dejaría en paz en mi mente si el recuerdo de la forma de reír que tenía contigo me dejara en paz a mí.

Y se durmió sentado allí, en medio de los recuerdos, el alcohol y la soledad.

\*\*\*

Aimeé se sorprendió de verlo en su oficina cuando llegó con Richard esa mañana y los dos lo saludaron con mucho afecto. Como siempre que viajaba, le entregó a su secretaria varios presentes, aclarándole a su mejor amigo que no eran perfumes, como le había reprochado la última vez que le hiciera un regalo.

Aimeé le dijo que el Sr. Fulard había llamado varias veces para saber si había regresado ya que estaba muy interesado en reunirse con él cuanto antes. Ahmed le dijo que le avisara que ya estaba allí.

Durante las dos horas siguientes, Richard y él analizaron las cuentas de los viñedos y del club, evaluando los gastos que se habían suscitado en su ausencia, las ventas y las inversiones que requerían prioridades. Ahmed lo puso al tanto de las nuevas transacciones comerciales que había hecho en las distintas ciudades y ambos coincidieron en que prontamente volverían a contar con la liquidez de antes.

En el almuerzo se les sumó Sarket al grupo y los tres hombres comieron en un apartado del club para poder seguir las conversaciones de las medidas a tomar en todas las propiedades y

hacer un balance de las ganancias obtenidas a pesar de los acuerdos económicos que se habían roto.

Sus dos amigos sonrieron al verlo tan concentrado en recuperarse económicamente porque al menos tendría con qué entretenerse.

Aunque su mirada siguiera siendo triste.

Aunque pocas veces sonriera.

Aunque sus ojos se perdieran por los ventanales, en silencio.

Cuando Ahmed dijo que tenía que irse a la reunión con Fulard, los dos amigos se miraron en silencio. Su vecino había pedido por favor que el Dr. Rassant lo acompañara, por lo tanto pasó a buscar al veterinario por los establos y juntos se dirigieron a las oficinas.

Ninguno de los dos quería hablar de ella.

\*\*\*

Sonia le había suplicado que la acompañara. Y Dixie no había podido decirle que no.

Ahora estaba agradecida de haberlo hecho porque no había mejor terapia que tirarse en el césped y dejarse rodear por muchos cachorros activos y mimosos.

Una vez al mes, su mejor amiga trabajaba con una fundación de adopción responsable de mascotas y abrían las puertas de la granja a todas las personas que quisieran ir a colaborar o a adoptar una mascota, responsabilizándose de darle cuidados y mucho amor.

El círculo se iniciaba con el rescate y continuaba con la recuperación, culminando con la adopción. El objetivo principal de la organización era la concientización de la sociedad, el respeto irrestricto por la vida y el bienestar de los animales que se lograba si la sociedad se involucraba.

Se daban charlas acerca del cuidado adecuado y el no abandono de las mascotas, la esterilización como único medio de control poblacional, la adopción en lugar de la compra de animales, el rechazo a toda forma de sacrificio o eutanasia. Y a Dixie le encantó poder participar de las actividades con las familias que visitaban el lugar,

guiar a los niños, mostrarles los perros que esperaban amor y sonreír como hacía demasiados días que no hacía y hasta lagrimear cuando los animales eran adoptados por familias amorosas.

Durante toda la tarde, una hermosa perrita blanca peluda, con una orejita negra y otra gris manchada, iba de un lado al otro detrás de ella, lamiéndole las manos, corriendo entre sus piernas y buscando su atención.

Varios niños habían jugado con ella pero no se dejaba tomar en brazos por nadie, excepto por ella.

Y al final de la jornada había quedado entre los pocos animalitos que no habían sido adoptados ya que, si bien era muy cariñosa, no respondía a los intentos de socializar con nadie más que con la hermosa veterinaria.

—Creo que esta pequeñita ya eligió dueña —le dijo Sonia, acariciando la cabecita del animal.

—¿Te refieres a mí? —le preguntó ella, extrañada—. Yo hice todo lo posible porque se fuera con algunos niños, pero nada. No se dejaba alzar.

—¿Y no te parece que es porque te eligió a ti?

—No. No puedo, Sonia —se excusó ella con pesar, alejando a la perrita con las manos, suavemente, para que entrara en el canil.

Pero ésta se empecinaba en que ella la alzara, saltándole, desesperada. Finalmente lo hizo, y le llenó la cara de lengüetazos, haciéndola reír, divertida.

—Tienes mascota —le dijo su amiga, riendo también.

Y a partir de ese momento, Esperanza y Dixie se hicieron inseparables.

Durante las horas en que ella daba clases en la Universidad, Esperanza se quedaba en la clínica al cuidado de Sonia que la estaba entrenando para que formara parte de su grupo de cachorros de asistencia a niños con autismo. Luego iba con su dueña mientras hacía sus recorridos entre los caballos, demostrando ser una gran compañía ya que se llevaba muy bien con otros animales.

Por las noches, si bien tenía su cucha preparada, la mayoría de las veces se metía en su cama y terminaba acurrucada a su lado.

Agradecía que Esperanza la hubiera elegido ya que le había

devuelto las ganas de hacer cosas y de cuidar a alguien.

Aunque aún le doliera su ausencia.

Aunque las lágrimas se agolparan en su garganta en forma sorpresiva.

Aunque su dolor siguiera agarrotando sus músculos cada vez que quisiera levantarse de la cama en las mañanas.

Tenía que aceptar que vivir sin él se estaba volviendo una tortura.

\*\*\*

Ahmed se sorprendió de encontrarse con Carl Regend en la oficina de Fulard. Ambos hombres los esperaban junto con el capataz de su vecino, quien, seriamente, se mantenía a un costado.

—Aquí me tiene, Fulard —le dijo Ahmed luego de saludar con la cabeza a los otros dos—. ¿Qué era eso que no podía esperar?

—Siéntese, Tarik. Tenemos que hablar.

Ahmed tomó asiento en uno de los sillones individuales, al lado de Carl, que se mantenía en silencio.

—Quise que estuviéramos presentes todos los involucrados para que no quedaran dudas acerca de lo que voy a decir —comenzó su vecino. Y lo miró a Ahmed—. Luego del incidente con Tormento y a pedido de su veterinaria, le solicité a mi capataz aquí presente que se hiciera cargo del caballo.

—Si va a reclamarme la manutención del animal... —comenzó Med.

—Ahmed, sería bueno que escucharas primero lo que tiene que decirte —lo interrumpió Gerard, serio.

Fulard le hizo señas a su capataz, quien explicó.

—Ese mismo día me hice cargo de Tormento. Se lo notaba extremadamente agitado, alterado y belicoso, no dejaba que nadie se le acercara.

—Les dije que era un caballo malditamente terco —se quejó Ahmed.

El capataz prosiguió.

—Le pedí al señor Fulard que llamara al doctor Rassant porque nuestro veterinario no podía acercarse al animal y, como había estado bajo su cuidado antes, sugerí que viniera a verlo.

—El día en que Tormento arrojó a Dixie, vine a pedido del Sr. Fulard —le informó Gerard, sabiendo que luego se comería una recriminación por haber actuado sin la conformidad de Ahmed—. El caballo estaba muy nervioso y no me dejaba revisarlo, pero sí me permitió sedarlo. Cuando estuvo dormido, pude notar hinchazón en una de sus ancas, enrojecimiento y una marca circular que tenía sangre alrededor.

—Imagino que en la carrera se lastimó —lo interrumpió Ahmed. Gerard le hizo señas de que esperara.

—Ahmed, el caballo fue agredido —sentenció Fulard, sin poder esperar más tiempo—. A tu caballo le clavaron algo.

—¿Cómo? —preguntó Med poniéndose de pie bruscamente.

—Sí —confirmó Gerard—. El caballo recibió un pinchazo de un alfiler de sombrero, y aún estaba enterrado en su piel y por eso estaba dolorido y asustado y no se dejaba tocar —Ahmed se dejó caer en el sillón, entendiendo que Dixie había tenido razón—. Una vez sedado pude quitarle el pinche, curar la herida y aplicarle un calmante. Varios días después se recuperó.

—¿Por qué no me informaron de esto?

—Porque estabas de viaje todo el tiempo —le dijo Fulard—. Y aproveché para enviar a analizar el pinche encontrado. Imagínate que quería saber si había huellas porque evidentemente había sido intencional.

—¿Estás queriendo decir que quien pinchó al caballo tenía la intención de que arrojara a Dixie en su carrera? —indagó Ahmed abriendo los ojos.

Carl Regend se mantenía en absoluto silencio. No quería preguntar las razones por las cuales lo habían citado a él también cuando no tenía nada que ver con la situación.

—Sr. Tarik, la forma en que fue lastimado el caballo demuestra saña y furia, alguien que había perdido el control de sus actos —le aclaró el capataz.

—¿Quién pudo haber querido herir a Dixie? —se extrañó Carl,

tratando de no ver la realidad.

—Eso es lo que todos nos preguntábamos —respondió Fulard—. Y por eso mandé a analizar el objeto —y mirando a su socio y amigo, sentenció—: Fue Cloé, Carl. Ella hirió al caballo. Sus huellas son las únicas que están allí.

Regend y Ahmed se pusieron de pie al mismo tiempo.

—¿De qué estás hablando? Mi hija no puede estar involucrada en algo tan aberrante —la defendió Carl—. Ella no sería capaz. Además..., ¿cómo obtuvieron sus huellas?

—De una taza que usó en el *chateau* —respondió el veterinario.

Ahmed trataba de contener su furia. La mano de Gerard en su brazo era un recordatorio de que se calmara.

—Cuando indagué entre mis hombres, dijeron que ella era la que estaba más cerca del animal —comentó el capataz.

—Y todos recuerdan el pinche en su sombrero —agregó Fulard.

—No puede ser —murmuró el padre de Cloé con dolor—. Mi hija no sería capaz de hacer algo en contra de Dixie.

—Tu hija la odia —le dijo Ahmed entre dientes—. Tú parece no conocerla, pero es despiadada, déspota y rencorosa.

—¡Por tu culpa! —exclamó el hombre tratando de tomarlo del cuello. El capataz y Gerard se interpusieron entre los dos hombres ya que Ahmed reaccionó también ante la agresión—. Tú la lastimaste, tú eres el responsable. Fulard y yo fuimos testigos de cómo le decías a Dixie que era la única mujer que habías amado, cuando estabas comprometido con mi pequeña princesa. ¿Crees que ella merecía eso?

—¡Dixie podría haber muerto en esa caída! ¡Su hijo murió como consecuencia del arrebató caprichoso de su hija! —gritó Ahmed.

La mirada de todos era de confusión. Nadie había mencionado un bebé.

—No creo que Cloé haya medido las consecuencias —se entrometió Fulard.

—Eso no me interesa. Tendrá que pagar por lo que hizo —demandó Ahmed soltándose de Gerard, y arreglando su ropa—. Quiero que cargue con la culpa de lo sucedido.

—Te devolveré las inversiones —le ofreció Regend con lágrimas en los ojos—. Pero no hagas nada en su contra. Lleguemos a un acuerdo,

por favor.

Ahmed trató de recuperar la respiración normal, pensando cómo responder. Pero descubrió que no quería nada de esa familia. No quería tener ningún negocio con Carl Regend.

No lo necesitaba.

—Voy a quedarme con todos los informes —le dijo a Fulard extendiendo la mano. Su vecino le dio la carpeta—. No voy a presentar cargos contra ella, pero quiero que la aleje de mí para siempre: No quiero verla, ni cruzarla en ninguna velada ni recibir ningún mensaje de su parte. Sería mejor que se marchara de aquí por un largo tiempo —amenazó el hombre—. No quiero tener nada que ver con su familia, Regend. Si antes lo consideraba un amigo sepa que ahora ya no lo es.

—Ahmed, quisiera recompensarte manteniendo nuestros negocios anteriores porque...

—No, gracias —lo interrumpió él—. No lo necesito —y miró a Fulard—. Mañana mandaré a buscar a mi caballo y le agradezco todo lo que ha hecho.

Le tendió la mano y salió de la habitación seguido por Gerard.

El camino de regreso lo hicieron en silencio hasta que llegaron al *chateau*.

Ahmed se bajó casi de un salto, furioso, dolido, sabiendo que ella siempre había tenido razón acerca del animal pero él no había querido escucharla. Gerard lo siguió, preocupado. Entraron ambos en la oficina de Sarket, que se encontraba con Deniz, revisando unos pedidos y se quedaron mudos al verlo tan alterado.

—¿Qué sucede, Med? —lo interpelló su hermana.

—Cloé fue la responsable de la caída de Dixie y de la pérdida de su bebé —contestó dejándose caer en el sillón junto a su amigo.

—¿De qué estás hablando? —lo interrogó Sarket y miró a Gerard.

—Fulard me hizo revisar al caballo cuando Dixie estaba en el hospital —explicó el veterinario—. Y descubrí que había sido herido con un pinche de sombrero y aún lo tenía clavado en la piel.

Deniz se cubrió la boca con la mano, imaginando el dolor del pobre animal y entendiendo lo que había sucedido.

—¿Cómo pudo ser tan perra? —se preguntó ella con rabia—. Odiaba a Dixie pero esto... esto es demasiado. ¿No hay dudas?



—Fulard mandó analizar el pinche y estaban las huellas de Cloé —susurró Med, con los ojos cerrados—. Dixie me dijo una y mil veces que Tormento nunca la hubiera tirado sin razón, que averiguara lo que había pasado, que el caballo no era agresivo sino un poco desconfiado y yo... yo no le creí.

Las lágrimas volvieron a su rostro y Deniz se sentó a su lado y lo abrazó. Gerard saludó con la cabeza y se retiró en silencio, sabiendo que estaba demás en la conversación familiar.

—Trataste de encontrar un culpable y era más fácil que ella fuera la responsable, porque tú nunca pudiste volver a confiar en Dix —le dijo su hermana, llorando también—. Med, le dijiste cosas horribles, lo sabes. ¡Fuiste una mierda!

—Lo sé. Lo sé —lloró el hombre como un niño en brazos de su hermana—. Y no me lo puedo perdonar —miró a su hermana, limpiándose la cara—. Lo siento, no sé qué me pasa, pero es tanto el dolor que no puedo más que llorar.

—Las lágrimas son la forma en que tu cuerpo habla cuando tu boca no puede explicar el dolor que siente —le explicó ella ayudándolo a limpiarse el rostro con su pañuelo—. Med, tengo que mostrarte algo.

—¿Aún hay más? —demandó él.

—Me temo que sí —le dijo ella y trajo de su escritorio los análisis que había recibido semanas atrás.

Med abrió el sobre y frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—La prueba de paternidad —respondió su hermana—. Dixie pidió que analizaran los restos de su... —se le cortaron las palabras—, bebé y que confirmaran que era tu hijo. Yo llevé tu cabello y aquí están los resultados.

—¿Qué quería probar con esto?

—Quería que tú no tuvieras dudas.

—O que no las tuviera ella —la corrigió con rabia.

—No, Med, ella no tenía ninguna duda —le dijo Sarket—. Dijo que quería que supieras la verdad porque no le creías. Cloé fue la culpable de que ella perdiera el bebé que era de los dos... como siempre te dijo.

Ahmed miró los resultados con lágrimas en los ojos.

—No le creí. No le creí nada de lo que me dijo —susurró con la voz

entrecortada—. No le creí que el caballo no tenía la culpa. No le creí que sólo había estado conmigo, que con ese mequetrefe no tenía relaciones desde hacía meses... ¡Fui tan soberbio y tan ciego! —lloró en silencio—. No sé por qué no pude creerle, si sólo dijo amarme. Pero no, yo no lo pude aceptar. Seguí en mi mente con la idea de que era caprichosa, que solo le importaba ella y nada más que ella. Me quiero morir.

Sarket abrazó a Deniz y ambos miraron al hombre que no dejaba de leer una y otra vez los datos del análisis.

—Tengo que ir por ella —manifestó poniéndose de pie—. Tengo que recuperarla a como dé lugar y traerla conmigo. Lo único que quiero es que me abrace y que me bese los escombros de mi vida, para reconstruirme —dijo impidiendo que la lágrima que caía por su cara llegara al suelo.

Deniz sonrió.

—Es tiempo de que sean felices, amigo —le dijo Sarket con una sonrisa.

La seguridad que había experimentado segundos atrás se desvaneció.

—¿Y si no quiere volver? ¿Y si se ha resignado o ya no me ama? ¿Si la busco y me dice que me vaya?

Deniz y Sarket lo abrazaron, riendo.

—Eso no pasará porque está loca por ti —le dijo su hermana.

—Igual de loco que estás tú por ella —certificó su amigo.

Por primera vez en muchas semanas, Ahmed sonrió.

\*\*\*

La Universidad de Tufts era la segunda institución más antigua del área de Boston, siendo reconocida como una de las mejores universidades de EE.UU. en materias de investigación y docencia. En ella, cerca de 9.000 estudiantes completaban su formación

académica a través de las titulaciones universitarias y los cursos de postgrados que en sus facultades y escuelas universitarias se ofrecía.

Poseía tres campus y Ahmed tuvo que trasladarse hasta Grafton, donde funcionaba la Escuela de Medicina Veterinaria Cummings, donde trabajaba Dixie. Trataban a más de 80,000 pacientes en el Centro Médico Veterinario Cummings. Sus académicos clínicos eran internacionalmente aclamados y se centraban en ofrecer el mejor diagnóstico para la prevención de enfermedades animales. Como comunidad de investigación, buscaban nuevas e innovadoras formas de prevenir enfermedades humanas y animales antes de que se desarrollaran, y curas y terapias para otras.

A pesar de la enormidad del lugar, Ahmed no tuvo problemas en ubicarla, ya que todos allí la conocían.

Cuando la mencionó, le dieron un plano del campus y le marcaron los lugares donde podría encontrarla de acuerdo al día y horario. En ese momento se encontraba dando una cátedra en el pabellón central.

Se deslizó en el aula, al fondo, donde ella no pudiera verlo y durante casi una hora la escuchó hablar acerca de la anatomía de los caballos. Una vez más se maravilló de la manera en que hacía parecer simple lo difícil, cómo respondía ante las dudas de sus alumnos, cómo explicaba con firmeza los criterios para la calificación del próximo examen y, con disgusto, la manera en que los hombres allí presentes parecían devorarla con los ojos.

Llevaba un vestido básico negro por las rodillas con botas altas pero sin tacón, también negras y una campera de jean, que le restaba seriedad al atuendo. El cabello suelto, los anteojos de sol sobre la cabeza y maquillaje tenue. Era femenina y delicada, pero no quedaban dudas de su capacidad.

Cuando sonó el timbre dando paso a la finalización de la clase, varios alumnos se acercaron a ella y los atendió hasta que se marcharon todos, momento que aprovechó Med para escabullirse sin ser visto.

Ya era la hora del almuerzo, y la vio dirigirse hacia la cafetería donde se sentó con algunos profesores, al lado de una joven mujer de

cabellos rojizos con la que rio por momentos.

No podía quitar los ojos de ella.

Se había imaginado encontrarla muerta de dolor, llorando por los rincones, casi como había estado él. Pero la veía repuesta, segura de sí misma, requerida por todos, saludada por varios de grupos de alumnos que se la cruzaban en el camino y con los que bromeaba a veces.

Por la tarde, la vio salir de los vestuarios cambiada con un ambo en color violeta, dirigiéndose hacia la clínica.

Allí la escuchó instruir a los alumnos de su clase, mostrar ejemplares, escuchar sus observaciones y corregir los errores. Era placentero oírle y descubrir esa faceta de enseñanza que la hacía adorable. Su voz lo acompañó en todo el proceso, ya que se mantuvo todo lo cerca que pudo para no perderle pisada.

Unas horas después la vio jugar con una perra pequeña que parecía encantada de verla y conversó animadamente con la pelirroja una vez más.

Ambas estuvieron trabajando con algunos cachorros. Se notaba que los estaban entrenando. Luego los llevaron a una zona cercada con algunos niños que esperaban con sus padres.

La pelirroja se ocupó de ubicar cada cachorro con un niño, mientras que Dixie se mantenía atenta a la reacción de los animales ante el contacto de los niños. Ahmed se dio cuenta de que eran autistas, que algunos lograban comunicarse con los perros y se emocionó ante las miradas asombradas de sus padres.

La descubrió triste sólo al final de la tarde, cuando se sentó en uno de los bancos del campus con un café grande y una agenda electrónica.

En ese momento, Dixie se permitió volver a su realidad, a la tristeza que la embargaba, la soledad de la que era presa día tras día.

Cuando la vio limpiarse una lágrima del rostro, sufrió.

Dio unos pasos hacia ella pero un grupo de estudiantes, con batas de colores, se le adelantó y la rodeó para hablarle. Pasaron caminando juntos hacia la salida, cuando la escuchó decir...

—Los espero mañana bien temprano para iniciar los recorridos. Les recomiendo que revisen los capítulos que les indiqué ayer porque

voy a evaluar a través de preguntas y no quiero tomar a nadie desprevenido.

—Gracias, doctora —dijeron al unísono.

La vio ir en busca de la perra blanca, subirse ambas a un automóvil y partir. La siguió de cerca en un taxi por temor a perderla, hasta que bajó en una torre de departamentos de pocos pisos, con un bonito jardín al frente.

De modo que tenía mascota.

Y ese era su supuesto hogar.

Cerró los ojos y volvió al hotel. Pero no podía dormirse. Las manos le temblaban, sentía un sudor frío en la piel.

No sabía si tenía derecho a llevársela de su mundo, a arrastrarla fuera de esa realidad donde parecía sentirse cómoda y segura, respetada, solicitada y querida. ¿Haría bien en proponerle volver al *chateau*, a esa vida tan poco variada en lugar de permitirle crecer en su profesión, formar nuevos profesionales, sanar animales y ser parte del proceso de adaptación de tantos niños?

Si ella le decía que sí, le daría el universo.

Pondría a su disposición todos los recursos que quisiera, la dejaría abrir su propia clínica, armar un centro de rehabilitación para niños discapacitados en su club... lo que fuera, lo que ella deseara...

¿Podría volverse egoísta y privar a tanta gente de su maravilloso don?

\*\*\*

Dixie miró por la ventana de su departamento, ya estaba amaneciendo.

El día anterior se había sentido rara, confundida. Había volteado varias veces para ver sobre su hombro, creyendo que alguien la estaba observando. Pero no había nadie.

Tal vez la sensación era porque muchos de sus alumnos le hacían consultas cuando se los cruzaba en el campus...

Acarició a Esperanza y entró en el baño para vestirse.

Deslizó por su cuerpo un vestido de mangas cortas, estilo recto, con un pequeño corte sobre la rodilla derecha, con el frente en color turquesa, el cuerpo en gris perla y la falda superpuesta en ambos tonos, ingenuamente sexy pero sencillo, que no dejaba entrever nada pero que le sentaba a las mil maravillas. Las botas cortas en gamuza turquesa con taco fino, cartera gris, accesorios en ambos tonos y unos anteojos de sol redondos en celeste completamente alucinantes.

Se recogió el cabello en la nuca y salió con su perra detrás.

Cuando ella llegó a la Universidad, Ahmed ya estaba allí, tratando de pasar desapercibido entre tantos estudiantes y profesores que iban y venían. Vestía un jean azul oscuro, remera blanca y borcegos camel, imperdibles anteojos de sol y la cabeza baja para que ella no lo descubriera.

Dos veces se cruzaron cerca en la mañana. Ambas veces él se camufló en varios grupos de jóvenes que iban y venían, pero ella sintió su aroma en el aire, su perfume.

Volteó para encontrarlo, pero no estaba allí. Su mente le estaba jugando una mala pasada.

Se sentó de espaldas a ella en la cafetería y la escuchó hablar con la pelirroja y llamarla Sonia. Le dijo que hacía varios días que no sabía nada de su madre, que la llamaría esa noche para ver cómo estaba.

Pero no habló de él.

Escuchó una voz masculina que se sentaba en la mesa. El hombre bromeó con las dos mujeres y abiertamente invitó a Dixie a tomar algo esa noche. Med cerró los puños y se tranquilizó.

Ella rechazó la invitación aduciendo cansancio. El hombre dijo saber que se había separado de su pareja y que le encantaría salir alguna noche con ella. Ahmed la sintió sonreír y volver a declinarlo.

Cuando volvieron a quedarse solas, Sonia le reprochó que continuaba cerrándose a conocer gente nueva. Dixie le dijo que no le interesaba, que ahora sólo quería concentrarse en su trabajo, poner en movimiento la clínica de recuperación y dejar pasar los días, las semanas. La vida, le dijo la otra.

La oyó suspirar.

La observó toda la tarde sin poder acercarse a ella.

No sabía qué decirle.

No sabía cómo empezar.

No podía dejar de mirarla con su ambo azul eléctrico, la sonrisa radiante y todos los alumnos rodeándola, algunos ya empezaban a alejarse, quedaban a su lado dos o tres alumnas.

—Tienes razón —le dijo una a la otra, continuando la conversación—. Yo también he notado su presencia desde hace rato.

—Es que ha estado todo el día rondando por la Universidad.

—¿Será un perverso?

—Ay, Dios, ojalá lo sea y me haga caer en sus redes.

Las dos rieron, divertidas, mientras Dixie ordenaba los elementos que habían utilizado.

—¿No es fabuloso, doctora Cabbot?

—No sé de qué hablan.

—Del maravilloso ejemplar masculino que no deja de mirar hacia aquí desde hace un buen rato —contestó una de ellas, disimulando.

Dixie giró bruscamente sin darle tiempo a Ahmed de esconderse y se quedó de piedra al descubrirlo.

Med, sabiéndose descubierto, caminó hacia ella delante de las alumnas se plantó y le dijo sin miramientos...

—He venido a llevarte conmigo.

Las dos jóvenes aullaron, exaltadas, dándose cuenta de que su profesora era la afortunada mujer.

—¿Qué haces aquí, Ahmed? —indagó ella sin aliento.

—Ya te lo dije recién, vine a buscarte. No he tenido noticias tuyas mientras que hablas con todos los demás —se quejó el hombre—. No me gusta la idea de ser el único que se haya quedado fuera de tu vida, cuando, con toda certeza, diría que soy el que te ama con el alma.

Las dos alumnas se abanicaron con las hojas que tenían en la mano, ahogando un grito de adoración. Eso llamó la atención de los que pasaban por allí, que se sumaron al grupo que seguía la conversación de los dos sin que éstos lo notaran.

—Te recuerdo que me dejaste marchar sin poner objeción.

—Te recuerdo que decidiste irte por caprichosa y temperamental —la corrigió él alzando las cejas.

—Es verdad, yo me fui, yo me alejé. ¿Entonces que haces acá? Yo continué mi camino y destruí cada recuerdo concreto porque ya no te

quiero encontrar en mis rincones, menos en mis sueños y es por eso que estás donde ya no te busco porque busco mi felicidad. Ya no quiero amarte, quiero ser feliz —dijo ella de un tirón, quedándose sin respiración.

—No puedes continuar tu camino sin mí —le dijo él—. Porque me haces falta aquí... —y se señaló el pecho—, donde alguna vez lo fuiste todo.

—Vete, Ahmed.

Él dio un paso más y se acercó peligrosamente a su boca antes de decir...

—Mírame directo a los ojos y dime que ya no me quieres. Demuéstrame que puedes estar a tres cm de mi boca y no tienes que resistir besarme.

Los suspiros de las jóvenes la sacaron de la ensoñación.

—Estoy trabajando, Ahmed. Tienes que irte —le dijo tomándolo del brazo y llevándolo lejos del grupo. Le señaló la salida—. No puedo hablar ahora, menos delante de mis alumnos, por favor, no me comprometas. Te llamo luego.

—Bien, nos vemos esta noche —le dijo volviendo a colocarse los anteojos de sol. Estaba por seguir su camino pero volvió unos pasos, la tomó de la nuca y devoró su boca con pasión desesperada.

Hubo vítores desde el grupo que los observaba y Dixie se soltó tratando de no demostrar ninguna emoción.

Cuando él se marchó, volvió hacia el grupo de estudiantes y trató de continuar como si nada hubiera pasado. Sus alumnas la vieron volver a darse la vuelta para ver si él se había marchado y notaron la duda en sus ojos.

—¡Vamos, doc, no nos va a decir que va a dejar a ese pedazo de hombre suelto en esta ciudad!

—Si se le nota el amor de acá a la luna.

—No sean exageradas.

—Pero dijo que venía por usted. Si viniera por mí no lo dudaría.

—Seguirle sería dejar este mundo, dejar todo atrás... no lo sé —murmuró ella, nerviosa. Él estaba allí.

—Por diosssssssssssssssss, dejaría todo porque un hombre me mirara de la forma en que él la miraba a usted, atravesándola —



comentó una de ellas—. ¡¡¡Hay más promesas en esa mirada que en una iglesia!!!

Todas rieron, incluyendo a Dixie.

—Doctora Cabbot, usted merece cambiar esa cara de tristeza con la que volvió de su viaje. Y acéptelo, la forma en que se le aceleró el pulso cuando lo vio es evidencia de que lo ama.

—No digas tonterías —minimizó ella.

—¡Y ese beso! De telenovela centroamericana, por favorrrrrrr.

—Un hombre que la besa así no puede tener buenas intenciones —le aseguró otra con un guiño.

—Júreme que lo verá más tarde.

—No, júrenos que va a seguirlo ahora mismo —la apuró otra.

Dixie volvió a mirar hacia la salida. No podía creer que Ahmed estuviera allí.

El hombre caminaba a paso lento acercándose a la confitería que a esa hora estaba llena de estudiantes.

—Me hizo mucho daño —susurró ella sin dejar de mirarlo.

—Pero vino a buscarla. ¿No vale eso?

—No sé si vale lo suficiente.

—Entonces averígüelo.

Dixie respiró, agitada, y sin pensarlo, fue tras él. Ahmed caminaba cerca de las mesas externas de la confitería, esquivando alumnos que iban y venían y sin retribuir a las sonrisas de las mujeres que lo miraban con interés al pasar.

Y en ese momento la escuchó llamarlo. Se detuvo en seco y giró, justo cuando Dixie lo alcanzaba, agitada por la corrida. Se miraron en silencio.

—¿Por qué has venido después de todo este tiempo?

—Porque estuve de viaje reorganizando mis negocios —respondió él, quitándose los lentes de sol—. Mi compromiso con Cloé terminó el día que te marchaste y, como era de esperarse, su padre terminó también nuestra sociedad, así que estuve recorriendo algunas ciudades en busca de nuevos socios. Te dije que por ti pagaría las consecuencias y es lo que hice.

—Lamento que por mi culpa hayas tenido que tomarte ese trabajo.

—Yo lamento no haberlo hecho antes —la corrigió él—. De todos

modos mi padre y yo ya habíamos estado organizando algunas reuniones, así que durante casi un mes me la pasé viviendo de hotel en hotel.

—¿Pudiste solucionarlo?

—Sí. Tendremos que ajustar algunas cosas por un tiempo, pero nada más que eso —le explicó con paciencia—. Y cuando regresé, nuestro vecino Fulard, me citó en sus oficinas para informarme que, de acuerdo a tu pedido, había investigado el incidente de tu caída y atendido a tu caballo.

—¿Cómo se encuentra Tormento? —preguntó ella con tristeza.

—Ahora está muy bien —contestó Med—. Cloé le cavó su pinche de sombrero en una de sus ancas y por eso salió desbocado, llevándote a la rastra.

Dixie abrió desmesuradamente los ojos, ofuscada.

—¿Qué dices? ¿Ella lo lastimó intencionalmente? —no podía salir del asombro—. Esa maldita perra mató a mi bebé —murmuró entre dientes sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Nuestro bebé.

Levantó la mirada y se frotó las manos, incómoda.

—¿Cómo está mi caballo?

—Ahora bien. Aún tenía el pinche clavado, pero Gerard lo atendió y ya debe estar en casa, esperando tu regreso.

—Te dije que él nunca me hubiera tirado. Pero no me creíste. Como tampoco me creíste que estaba completamente segura de que el bebé era tuyo.

—Deniz me dio los análisis —asintió él con dolor—. No te creí, es verdad, pero tenías razón.

—Claro, ahora que tienes las pruebas en tus manos, decides que soy de fiar —le recriminó ella hablando entre dientes para que nadie la escuchara, a pesar de saber que muchos pares de ojos los miraban—. Fíjate que ahora no me sirve. Ahora no quiero saber nada contigo.

—Los dos sabemos que no es verdad —insistió él, mirándola a los ojos—. Sé que estabas esperando que te buscara.

—¡Error! —exclamó ella poniendo los brazos en jarra—. ¿Crees que quería que vinieras por mí?

—Mientras sigas respirando, lo querrás —le respondió él, y los

suspiros de las damas que escuchaban la conversación se oyeron detrás—. Mientras yo continúe con vida tú eres mía y yo soy tuyo. Mi vida es la tuya, no saldrás de ella aunque quieras.

—No, lo siento, no puedo —se negó ella retrocediendo unos pasos—. Tengo mi vida aquí, mi hogar, mi trabajo, la clínica, el proyecto con los niños autistas. No voy a dejar todo por ti, porque eres un condenado patán que sólo me busca cuando quiere, cuando se le viene en gana.

—No es así. Te amé desde que eras una niña, fui el primer hombre en tu vida y tú, la única mujer que he amado. Dejé que la maldad de mi madre me corrompiera el alma por veinte años y cuando regresaste diste vuelta mi mundo —le confesó él, delante de todos, sin importarle nada—. Sé que amas este lugar, que todos te respetan, que tienes proyectos, pero yo no puedo vivir sin ti ni tú tampoco puedes vivir sin mí. Te daré lo que quieras: una clínica, un espacio en mi club para que desarrolles el programa con los niños, vendrás a dar todas las charlas que desees, seguirás con tus proyectos, pero por favor... hazlo conmigo. No me dejes. Te quiero con el alma y sin mirar atrás —y sin dejar de mirarla a los ojos, señaló a toda la gente que estaba a su alrededor, pendientes de lo que hablaban—. Y si todos los que están aquí se preguntan por qué lo intenté y lo intento tantas veces contigo, les diré que lo hago porque estoy seguro que eres el amor de mi vida.

El silencio en el lugar era total. Todo el mundo esperaba la respuesta de la mujer, conteniendo la respiración.

¡Ese hombre era maravilloso! Más le valía no dejarlo escapar.

—Demuéstrame que valdrá la pena —le suplicó ella con lágrimas en los ojos.

Y ante la mirada atónita de todos la tomó en sus brazos y la besó como si fuera lo último que pudiera hacer en la vida.

\*\*\*

Dos semanas tardaron en poner al día las obligaciones

de Dixie.

Viajaron juntos a Los Ángeles, donde ella tenía que presentarse en la corte como experta y Ahmed aprovechó para ponerse en contacto con potenciales clientes de sus vinos.

Allí, y a pedido de Deniz, se contactaron con Jaclyn Harrogate, quien se había ofrecido a diseñar su vestido de novia. Jackie y su esposo, Mauricio Soler, los invitaron a su casa y los dos hombres lograron simpatizar rápidamente. El estudio de abogados de Mauricio se haría cargo de toda la documentación necesaria para los nuevos emprendimientos de los Tarik en la ciudad. Dixie conoció también a Jenny, la hermana y socia de Jackie, y entre las tres diseñaron el vestido de bodas para que Dix cumpliera su sueño.

El regreso a Saint—Cyprien fue maravilloso.

Damla se enamoró de Esperanza, Deniz les dio la noticia de que iban a ser tíos, Richard y Aimeé les contaron sus planes de boda y su madre y Berk regresaron de su viaje para recibirlos con todo el amor que merecían.

Se enteraron de que Ariadna ya no sería un problema: Se había instalado en una villa en La Toscana junto a un adinerado caballero. Mejor así.

Cloé se había mudado a París luego de que su padre la obligara a buscar un trabajo y volverse productiva.

Esa noche, Ahmed miraba el techo de su habitación con paz en el alma.

Tenía todo lo que siempre había deseado. No podía pedir más.

Dixie se dio vuelta en la cama y se escabulló debajo de su brazo, aferrándose a ese hombre que tanto adoraba...

—¿Tienes insomnio, amor?

—No es insomnio, me gusta soñar despierto.

—¿Y qué sueñas?

—Sueño que estás aquí en mis brazos y te puedo besar y no allá, tan lejos, donde sólo podía soñarte.

—Pero no es sueño, aquí me tienes —ronroneó ella semidormida, acercándose más al hombre—. Y siempre me haces falta.

—A ti lo que te hace falta es que te bese como siempre has querido, y te haga el amor como nunca imaginaste —le dijo riendo mientras giraba con su cuerpo y se colocaba sobre ella.

Dixie abrió los ojos y sonrió.

—Siempre me hace falta que me recuerdes físicamente lo mucho que me amas —le dijo ella atrayendo su boca para invadirlo.

—Si el universo supiera cuánto te amo, le daría vergüenza ser tan pequeño —le aseguró, perdiéndose en su cuello—. Te amo con locura, con devoción y con el alma. Eres tan pero tan mía que, si me hicieran un electrocardiograma, seguro aparecería tu nombre.

—Para siempre —susurró ella antes de dejarse devorar por esa boca que conocía tan bien.

—Sí. Al fin. Después de tanto amarte sin tenerte, te tengo para amarte. Eres definitivamente mía, Dixie Cabbot, mía para siempre...

# Epílogo

Dos años después...

**L**uego de tantos años de espera, nos ha llegado el tiempo de ser felices.

*Cada pieza ha ido encajando en su lugar: Deniz y Sarket se casaron una vez que nació nuestro sobrino, Damla está de novia con el campeón juvenil masculino de salto (no esperaba menos de la campeona nacional juvenil), Richard y Aimeé están a punto de ser padres y los tortolitos Stella y Berk siguen de arrumaco en arrumaco.*

*El club cuenta ahora con un sector especial donde los caballos forman parte de un proyecto de socialización con niños autistas. Nos trajimos a Sonia hace ya más de un año y Gerard está feliz de la vida. ¡Y ella, ni les cuento!*

*El chateau quedó en manos de Deniz y Sarket, los viñedos manejados por Richard y el club, por mí. Y todos formando parte de todo.*

*Creí que nunca iba a alcanzar tanta felicidad.*

*La miro dormir a mi lado, de espaldas, y aún se me hace un nudo en la garganta. ¡Es tan perfecta que me asusta amarla! Se merece el universo entero y me escogió a mí.*

*Soy impulsivo y tengo mal genio, no tolero las bromas ni me gusta salir de noche, pero a pesar de todo, ella se quedó conmigo.*

*Se metió bajo mi piel como nadie más. Sé que actúa como si me odiara un minuto, y luego como si me necesitara desesperadamente al siguiente. Nunca acierto en nada, y no la merezco, pero estoy*

*malditamente enamorado de ella. Hasta las entrañas.*

*Una vez mi padre me dijo que si dos personas estaban destinadas a estar juntas, se encontrarían al final del camino, aún tras mil tropiezos. Y esa fue nuestra historia...*

*Nos conocimos siendo niños.*

*Adolecimos juntos, nos descubrimos en cuerpo y alma y luego la maldad del amor no correspondido nos separó durante veinte años.*

*Me hicieron creer que ella no me amaba.*

*Le hicieron creer que yo había seguido mi vida sin buscarla.*

*Y nuestro amor por los caballos obró el milagro de reencontrarnos, de gritarnos el abandono, de amarnos apasionadamente a pesar de que nuestros ojos dijeran que nos odiábamos...*

*No le creí aunque mi corazón sabía que decía la verdad.*

*Y la dejé partir.*

*Pero fui por ella, porque entendí que teníamos que seguir amándonos hasta las últimas consecuencias... hasta que nuestras almas dijeran basta.*

*Llámenme anticuado, pero aún creo en las miradas profundas, aún creo en los besos con dulzura. Aún creo en los mensajes de amor que al leerlos enrojecen mejillas. Aún creo en las relaciones que duran toda una existencia.*

*Llámenme anticuado, pero aún creo en el amor.*

*Acaricio su espalda desnuda, ella se acomoda de lado. Arrastro mi mano hacia su incipiente panza de futura y feliz mamá. La llegada de este hijo será el broche maravilloso para este maravilloso amor.*

*Aunque no quiera despertarla, beso su cuello y me sonrío. Se acomoda en el hueco de mi hombro y vuelve a conquistarme con esa sonrisa mágica que es lo único que necesito en la vida para ser feliz. Su sonrisa me da seguridad, me desarma, me vuelve agradecido todos los días de que aceptara quedarse a mi lado, para siempre...*

*Una vez le dije que pagaría las consecuencias de amarla sin importarme lo que perdiera en el camino.*

*Pero casi la pierdo a ella por mi necedad.*

*Ahora es mía. Y saberlo me devuelve a mi eje, me enternece y me hace suspirar.*

*MÍA PARA SIEMPRE...*

*Eso me permitió descubrir que el amor nos obliga a pagar las consecuencias de nuestros actos, pero a cambio nos colma de felicidad.*

*Brindo con ustedes por este amor sin final...*

**FIN**



# Agradecimientos

Este nuevo desafío literario llegó a ustedes gracias al apoyo de mucha gente que me sostuvo y estuvo a la expectativa de la vida de Dixie y Ahmed...

Como siempre, mi familia. Mis padres, Mirta y Eduardo, con tanto orgullo exhibiendo mis logros. Mi hermana Alejandra, que reconoce que, a pesar de estar enamorada de Gino (protagonista de No engañes a tu corazón, en Wattpad), Ahmed ha sido hasta ahora su favorito. Mi cuñada Karina, la ansiosa, la desesperada por ver la tapa, la piloto de las giras literarias y mi correctora *number one*. Mis hijos Eric y Alondra, que soportan mi aislamiento en medio de las crisis de inspiración (incluye auriculares y gestos de chau chau) pero se ponen felices cuando me ven feliz. Y mi marido Gustavo, al que ataco a cada rato durante el proceso de maquetado con lágrimas en los ojos de la emoción que me provoca la cercanía del momento en que les entrego mi obra.

A mis amigas desde hace tanto que ya no se cuenta: Pato que juró que arrojaba mi novela anterior por la ventana si Jackie no se quedaba con Tommy (logré persuadirla) y Alina que está desesperada por leer este nuevo hijo literario.

A mi gran amiga Claudia, la primera de mis lectoras beta, la que me hace la devolución perfecta de cada capítulo y me manda mensajes cuando llueve sugiriendo que es ideal para seguir la escritura. La palabra que siempre me acompaña en el proceso creativo, con quien comparto los posibles caminos y a quien sorprendo con vueltas impensadas (jurame que me perdonaste por haber mandado a Ahmed 15 días a París). Gracias por estar... siempre...

A Miri Alfaro, amiga, fan y seguidora a full... Aunque no sepa a dónde vamos ni qué libro presento, siempre está conmigo con los

pulgares arriba y la mejor onda. Te quiero, loquita.

Este año he cosechado muchas colegas y amigas que me han enseñado tanto que no sé si se han dado cuenta de todo lo que las aprecio: María Laura Gambero (mi madrina literaria), María Border, Sabrina Mercado, Vane Spinelli, Vale Naya, Erica Vera, Anita Amado, Gabriela Romero, Eme E de Kelly, Karina Almada, Gabriela Romero, Natalia Samburgo, Rocío Bescos, Morena Barrasa, Laura Isaac, Yamila Bianqueri, Patricia Coria, Marcela Chiquilito, Mimi Romanz y Mariela Giménez, compañeras de ruta, risas en meriendas y encuentros y tanta solidaridad...

Un agradecimiento especial para el primero de los grupos literarios que me abrió las puertas sin conocerme y acogió mis letras con tanto cariño y respeto, *Nora Roberts Argentina (Amigos de los libros)* en las amorosas manos de Mabel (nos esperan las rutas argentinas, preparate) y Laura (Mardel nos va a volver a encontrar en un abrazo) y a todos aquellos grupos de lectura que siempre apoyan a las autoras autopublicadas e impulsan sus sueños.

A H. Kramer que aceptó el reto de hacerme volver a llorar con sus diseños y lo logró. Mi amo maquetador, *my friend*, la silenciosa compañía vía mail, su forma tan clara de leerme la mente... Tu arte traspasa, tu magia hace posible que mi magia brille... Juntos en esta vida (ya sabemos que venimos de otras pasadas).

Y por primera vez quiero nombrar a algunas de mis lectoras fieles, aquellas que ya son amigas, que tienen poca paciencia y suspiran igual que yo cuando leen novelas de amor... Natalia Libros (esas reseñas, esas ganas de darte y permitirnos a las casi desconocidas compartir nuestro arte. Agradecida por nuestros mensajes de audios eternos y por esa princesa de rulos que me mata de amor), Ale Romano (mi chilena devota de Mao, mi primera lectora extranjera, cariñosa hasta la médula y siempre ansiosa por más. Gracias por apoyarme del otro lado de la cordillera... Ya nos vamos a encontrar para el abrazo!!!), Lily Marynberg (amé tus reproches por Sharon, tu enamoramiento de los abogados sexies y los mensajes divertidos. Un poquito de esta nueva novela va para vos también) y Anto Mazzei (mi chiquitina eléctrica, morí con cada uno de tus audios... Sos mi lectora más joven y tenemos una conexión alterada que me mata... Sos

divina!).

Y a todos y cada uno de los que me siguen en esta aventura, me impulsan a esforzarme cada vez que piden más y me endulzan el alma con sus palabras.

Esta vez aposté a un amor que perduró una vida, viniendo de otro amor igual de fuerte, porque creo que cuando nuestro complemento llega a nosotros, no importa cuán grande sea la distancia o el paso del tiempo... nunca vamos a sentirnos completos si no estamos entre sus brazos.

Ahmed y Dixie estaban destinados a estar juntos desde siempre, desde que no tenían memoria. Y cada uno pagó caras las consecuencias de los errores de otros.

Por eso merecían un final feliz... porque de finales felices debería estar hecha la vida.